

REVISTA ESPAÑOLA

DE



AMBOS MUNDOS,

PUBLICADA POR MELLADO.

TOMO 4.º--AÑO 2.º

JULIO DE 1855.

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO,

CALLE DE SANTA TERESA, NUM. 8.

PARIS,

LIBRERIA ESPAÑOLA,

Rue de Provence, n. 42.

DEPOSITO GENERAL,

Rue St. Andrée des Arts, n. 47.

TODOS LOS LIBREROS DE ESPAÑA,
AMERICA Y EL ESTRANERO, ESTAN AUTORIZADOS
A RECIBIR SUSCRIPCIONES A LA REVISTA ESPAÑOLA DE AMBOS
MUNDOS, BAJO LAS CONDICIONES QUE SE ESPRESAN
EN LA ULTIMA PLANA DE ESTA CUBIERTA.

1855.

Ayuntamiento de Madrid

LITERATURA ESPAÑOLA Y ESTRANGERA,
HISTORIA POLITICA, FILOSOFIA, VIAGES, CIENCIAS, INDUSTRIA, ETC.

ENTREGA DEL MES DE JULIO DE 1855.

- I.—DON PEDRO DE CASTILLA.—ANÁLISIS DE LAS OPINIONES SOBRE SI FUE CRUEL O JUSTICIERO. (Artículo primero), por don Antonio Ferrer del Río (de la Academia de la Historia).
- II.—HISTORIA LITERARIA.—ESTUDIOS CRÍTICOS SOBRE LA JERUSALEN LIBERTADA DEL TASSO, por don José Amador de los Ríos, (de la Academia Española).
- III.—UN PASEO A LAS RUINAS DE HERCULANO Y POMPEYA, por don Cayo Quiñones de Leon.
- IV.—EL PRÍNCIPE DE MAQUIAVELO.—CESAR BORGIA, O LA ROMAÑA EN 1502.
- V.—REVISTA POLITICA DEL MES DE JUNIO, por F.

REVISTA ESPAÑOLA
DE AMBOS MUNDOS.

TOMO IV.

1

DE ALFONSO X EL SABIO
REYES CATOLICOS

REVISTA ESPAÑOLA
DE
AMBOS MUNDOS.

TOMO CUARTO.

MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Santa Teresa, número 8.

—
1855.

REVISTA ESPAÑOLA

DE

AMBOS MUNDOS.

TOMO CUARTO.

MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO.

En la calle de Santa Teresa, número 4.

1855.

DON PEDRO DE CASTILLA.

ANÁLISIS DE LAS OPINIONES SOBRE SI FUE CRUEL O JUSTICIERO.

ARTICULO PRIMERO.

Al fin de mi *Exámen histórico crítico del reinado de don Pedro de Castilla*, premiado por voto unánime de la Real Academia Española en el certámen que abrió el 2 de marzo de 1850, puse una nota con citas de varios autores, que han aplicado las calificaciones opuestas de cruel y de justiciero á este monarca. Dicha nota me parece incompleta; la escribí á punto de espirar el plazo del certámen y no pude perfeccionarla; hoy intento cumplir lo que entonces no me permitió la angustia del tiempo.

Mi idea fué patentizar que la opinion contraria á don Pedro se apoyaba en la razon y la autoridad, en los hechos y en los juicios de los varones mas reputados, y que reuniría todos los votos á no ser porque existieron quienes exageraran las obligaciones del vasallage; porque de aquel rey descendieron no pocos por líneas espurias ó bastardas; por que algunos ingenios mas ó menos felices adulteraron y adulteran con las galas de la poesía la historia; porque no discurren con rectitud cuantos publican sus pensamientos.

Desde luego ocurre que la historia no se deriva de la adulacion ser-

vil al trono, del interés de familia, de la facultad de fingir que se concede á los poetas, de la ligereza de juicio de muchos que manejan la pluma. Muy otras son sus legítimas fuentes, y quien desea hallarlas se remonta á la época de los sucesos, proponiéndose la verdad por único norte; busca documentos; oye, por decirlo así, á los testigos presenciales; consulta despues á los inmediatos; y por último refiere y falla segun las leyes fundamentales de la moral eterna. Los que supongan que todo es licito al que manda, hasta desoir los consejos y tiranizar á su antojo; los que no se conmuevan de ira ante quienes solo quisieron ver á sus plantas miserós esclavos con mordazas, para que no exhaláran quejas, y segures al cuello por si rompian las mordazas; los que no sepan someter la voluntad al entendimiento, la simpatía á la exactitud, enfrenando la imaginacion voladora y espaciándose en la cordura tranquila, renuncien á escribir de historia. Esta, sin los requisitos de verídica, imparcial y severa, carece de objeto; no puede servir de enseñanza; conculca todo lo bueno y santo; alienta al poderoso que triunfa; descorazona al desvalido que padece; ensancha la autoridad hasta la tiranía; restringe la dignidad humana hasta la esclavitud mas afrentosa; encomia las atrocidades; escarnece los infortunios; impulsa á dudar de la Providencia, es anticatólica é impía. Y contra su intencion sin duda la hacen tal los que apellidan *Justiciero* al soberano que de 1350 á 1369 ensangrentó á España y escandalizó á todo el orbe.

Para desvariar á su gusto prescinden absolutamente de la nacion que venia luchando desde Covadonga y acababa de vencer junto al Salado y en Algeciras por cerrar el Estrecho á los africanos, y reducir el emirato de Granada á sus ya decadentes fuerzas, y sujetarlo en fin á las armas cristianas: no hacen ningun caso de la sociedad necesitada de una organizacion robusta, y segun procuraron crearla Fernando el Santo, Alonso el Sábio y Alonso XI: rehusan indagar que hizo ó intentó el hijo de este por satisfacer tan perentorias necesidades; y solo consideran al rey don Pedro atacado y vencido por el bastardo don Enrique. Mirando á uno y otro como pudieran á dos particulares que jugaran pacíficamente una partida de ajedrez sin mas interés que el del amor propio, rebajan el punto de vista histórico á unas proporciones mezquinas, y cual si la condenacion de don Pedro significára la apoteosis de don Enrique, ignoran que toda aquella infausta era se resume en esta fórmula breve y clara—«Don Pedro fué cruel y tirano: don Enrique usurpador y asesino al sentarse sobre su trono; y Castilla, no llorando la catástrofe de don Pedro y aplaudiendo la exaltacion de don Enrique, de-

»mostró que para librarse de los tiranos, transigen los pueblos con los »usurpadores, y les instan á llegar pronto, y se echan en sus brazos á »ciegas, y les piden hasta de hinojos que remedien ó alivien sus males.»—Si la fórmula es dura, ni la razon ni la experiencia la reconocen mas suave; y la historia del rey don Pedro es una de tantas manifestaciones como se hallan en todos los paises y siglos de que la legitimidad no pone á cubierto de la usurpacion cuando se despeña á la tiranía. Esta es una verdad inconcusa; proclamada respecto de aquel rey castellano por los contemporáneos de sus inauditas crueldades; repetida por los que las supieron de boca de los testigos oculares, como nacidos de allí á poco; adoptada sucesivamente por los varones de mas peso; combatida por los irreflexivos ó parciales; nunca eclipsada; hoy semejante al sol en lo refulgente.

Don Pedro Lopez de Ayala, descendiente de la clarísima estirpe de Haro, soldado ilustre, muy instruido en letras, cronista el mas notable de su siglo, vivió desde 1332 hasta 1407. Contóse entre los que mas perseveraron al servicio del rey don Pedro: le llevó la lanza siendo doncel en ocasiones muy solemnes, y no abandonó sus banderas sino cuando salió huyendo de Castilla. Despues escribió su crónica y la de don Enrique II. y la de don Juan I. y el principio de la de su hijo don Enrique *el Doliente*, acreditando siempre dotes de historiador esclarecido y la de la imparcialidad sobre todas, pues al referir lo que ha visto, hermana la sinceridad y la energia, aplaude lo digno con entusiasmo y censura lo vituperable sin saña. De su veracidad son auténtico testimonio los documentos que existen de entonces y los autores que, aun escribiendo aisladamente sin noticia unos de otros, legaban á la posteridad aserciones como las suyas. Ninguna de las crónicas de Lopez de Ayala raya donde la de don Pedro de Castilla, ya se considere la relacion que se denomina *abreviada* ya la que se conoce por *vulgar* y se recomienda por el mejor esmero y la mayor copia de datos. Una y otra pintan al rey don Pedro irascible, sordo á los consejos, desenfrenado en las pasiones, temerario, sin mas regla que su capricho, *cruel* en suma. Tal se le describe igualmente en todos los escritos del tiempo.

Hasta siete años antes de su muerte, acaecida el 9 de enero de 1387, escribió don Pedro IV de Aragon, sobrenombrado *el del puñal* y *el ceremonioso*, la crónica de su propio reinado. Allí afirma que don Fernando IV *el Emplazado* solia decir que, de haberse hallado presente á la creacion del mundo, hiciéralo Dios de otro modo, y que por voz sobrenatural se le anunció esta formidable sentencia: *Puesto que has vitupera-*

do la sabiduría de Dios, de aquí á veinte dias morirás y á la cuarta generacion acabará tu dinastía. Lo cual se cumplió segun el rey historiador, porque don Pedro *mientras reinó no hizo sino mal* en la guerra que le declaró injustamente, en la muerte dada á su esposa, en sus tratos con hembras, *ora con unas, ora con otras, viviendo con ellas en pecado* y quitando la vida á muchas personas allegadas como doña Leonor, reina viuda aragonesa, y tia suya, *que hizo matar á moros, porque ninguno de Castilla quiso poner en ella las manos.*

Mateo Villani, historiador florentin como lo habia sido su hermano Juan y lo fué luego su hijo Felipe, califica á don Pedro de malicioso, muy atrevido, de corazon y sañudo, cruelísimo, bestial, dado á hacerse obedecer ásperamente porque, temiendo á sus barones, halló manera de que el uno infamara al otro, y con pretextos los empezó á matar por sus propias manos, desalmado, que trasformó todo el ánimo real en tiranía. Sobre haber hecho matar á los que no quisieron reconocer por reina á doña María de Padilla, dice de este modo:—«No puedo prescindir de »morder con diente de perpétua infamia la memoria de aquel inicuo tirano, y de traspasar en su vituperio la sencillez de mi habitual estilo. »He leído y releído en antiguas escrituras lo que se refiere de atroces y »perversos paganos, y de los bárbaros principalmente, y he hallado cosas semejantes, pero no recuerdo haber leído nunca que se juntaran »tanta injusticia, tanta impiedad, tanta crueldad en algun príncipe cristiano.»—Se debe añadir que este historiador juicioso no alcanzó todas las de don Pedro, pues murió el año 1362 de epidemia.

Juan Froissart, nacido en Valenciennes hácia el año 1337, cronista de Beltran du Guesclin á quien tanto debió don Enrique, habla de don Pedro no poco. Le tacha por la índole perversa, por la lujuria, por la detestable costumbre de aconsejarse de judíos; se escandaliza de verle acaudillar á los moros; halla natural que el que llevó tan mala vida acabara de mala muerte, *porque tarde ó temprano paga Dios á cada uno segun sus obras*, y que, haciéndose aborrecer de grandes y pequeños, desearan todos por soberano á don Enrique, aun siendo bastardo.

Ben Jaldun, escritor árabe del siglo XIV, en su *Enciclopedia histórica* trata de los reyes cristianos de España y particularmente de los de Castilla. Aunque equivoca ciertos lugares, compendia muy bien los trastornos de la época del rey don Pedro, á quien llama *Beter* en su idioma, y la guerra que le hizo don Enrique, conde de Trastámara. Palabras suyas son estas: «Andando el tiempo hácia la egira de 768 »(1367) la fortuna se mostró propicia al conde, el cual logró apoderar-

»se de todo el reino de Castilla; y los cristianos siguieron su bandera
 »á causa de lo mal que querian á Beter y de lo disgustados que estaban
 »con su gobierno.»

Don Pedro Gomez Alvarez de Albornoz, que en 1372 era arzobispo de Sevilla, escribió una *Memoria de los principales hechos de su vida* sobre las cubiertas de un decreto de Graciano, hoy existente en la biblioteca de la catedral de Toledo. Cómo juzga á aquel soberano se puede inferir de esta frase acerca de los tratos que hizo para traer de alia-
 do al principe de Gales. *Nada cumplió de lo prometido segun su costumbre.* Del aplauso con que don Enrique fué ascendido al trono da tambien idea exacta en este pasage, cuando habla de su nueva entrada por Castilla. *En octubre volvió á Burgos, y á dos leguas le salieron á recibir procesionalmente el prelado y el clero y muchedumbre de ambos sexos.*

Hartos comprobantes son los que aduzco de la opinion formada por los coetáneos de don Pedro de Castilla sobre su carácter y su reinado; pero aun existe otro testimonio de entidad tanta que por sí solo bastaria a condenar sin apelacion la memoria de aquel soberano. Un caballero hubo llamado don Pedro Fernandez Niño, que «fué siempre con el rey don »Pedro fasta que murió é despues de su muerte nunca quiso obedescer al »rey don Enrique; é otros caballeros fueron de aquella opinion é algunos »salieron del reino, é aunque él non salió, siempre duró é tovo su inten- »cion é pasó sus trabajos fasta que murió» segun en la Crónica de su nieto don Pedro Niño, asegura Gutierre Diez de Games. *Este cuento de los reyes, he traído* (dice el mismo cronista) *porque lo fallé asi escrito de don Pero Fernandez Niño que fizo escrebir algunas cosas de su tiempo:* importante revelacion puesta al fin del capitulo segundo, cuyo titulo es el siguiente. «Cómo comenzó en Castilla la division entre los hijos »del rey don Alfonso, el fijo legítimo, que era el rey don Pedro, contra »sus hermanos, é ellos contra él, donde se siguió que muchos linages »de Castilla cayeron é otros se levantaron que non eran tamaños.» Al golpe se descubren el interés y el crédito de una relacion sacada de otra que se escribió por encargo de un tenacísimo parcial de don Pedro: pues bien, alli se le retrata con estas tintas. «El rey don Pedro fué ome »que usaba vivir mucho á su voluntad, mostraba ser muy justiciero, »mas tanta era la su justicia é fecha de tal manera que tornaba en »crueldad. A cualquier muger que bien le parescia non cataba que fuese »casada ó por casar, todas las queria para sí; nin curaba cuya fuese. »Por muy pequeño yerro daba grand pena: á las veces penaba é mata-

»ba los omes sin por qué á muy crueles muertes. Ovo privado un judío
 »que llamaban Samuel Levi: mostrábale desechar los grandes omes é
 »facerles poca honra, é facer sus privados omes de poco fecho non fi-
 »dalgos, nin omes de autoridad. Este judío otrosi enseñábale á querer
 »saber las cosas, que son por venir, por hechizos é casa de estrellas. E
 »dice aquí el autor que estas cosas eran fechas por el diablo autor de
 »la muerte, é que así engendraron muerte. Quiso saber mas de lo que
 »le convenia: ovo de tomar aborrençia con muchos: tendió el cuchillo
 »é alcanzó á muchos de su reino; por las cuales cosas le aborres-
 »cieron todos los mas de su reino, é con el gran temor que le habian al-
 »zábanselo ya algunos... Aquel rey tenia á Dios muy airado de la mala
 »vida que habia vivido: ya non le podia mas sufrir, porque la mucha
 »sangre de inocentes que él habia derramado le daba voces sobre la
 »tierra.» Cualquier rasgo, por mucho que fuese su esmero, desluciria
 esta acabadisima pintura.

Ademas tiene contra sí don Pedro de Castilla otro gran testimonio, la bula de excomunion fulminada por el papa Inocencio VI, traida por su legado Beltran, obispo de Sena, y publicada en 1754, no habiendo querido ceder á las amonestaciones pontificias para que hiciera vida con la reina doña Blanca su esposa. Allí consta que la habia dejado *por movimientos non castos, é que tomara otra muger como non debia é manifestamente á abrazamientos mortales*, y que, sin dejarla tomó otra muger en matrimonio, *si tal nombre merece haber, estando el otro matrimonio primero atemplado é públicamente fecho, en escándalo del mundo, de su fama muy grave perjuicio é en deshonra é menosprecio de la Iglesia de Dios*. No hay escrito alguno de sus dias que no atestigüe sus desmanes.

Pasando de los escritores contemporáneos á los mas inmediatos, se encuentra igual uniformidad de pareceres. Don Rodrigo Sanchez, obispo de Palencia, nacido en Arévalo el año 1405 y muerto en Roma el de 1474, autor de una *Historia de España*, impresa en latin á su costa y merecedora de estima, tuvo tal idea del rey don Pedro que le equiparó con Herodes Berenguer de Puig Pardinna, escritor lemosin de principios del siglo XV, despues de afeár juiciosamente en el *Sumario de España* que Beltran du Guesclin socolor de dar libertad á don Pedro se le entregára á don Enrique, añade «y matáronle aquí, por donde vino á »concluir sus dias y su malicia: fué muerto á muerte cruel, degollado »por manoe de su hermano, así como aquel que habia sido el mas »cruel principe del mundo; y en lugar de entristecerse, se alegró toda

»la tierra.» El Despensero mayor de la reina doña Leonor, muger de don Juan I, llamado Juan Rodriguez de Cuenca, al decir del marqués de Mondejar en sus *Memorias de don Alonso el Sabio*, escribió un *Sumario de los reyes de España*. Todo lo que dice de don Pedro se copia á la letra.

«E despues que finó este noble rey don Alfonso regnó su fijo el rey don Pedro, el qual, por sus pecados é de los sus regnos, obró de guisa que sus obras adebdaron de morir, segund morió. E dos meses antes que este rey don Pedro fuese á Montiel, donde él morió, acaesció que, estando en Sevilla, fizo llamar á un su fisico que era grande estrólogo que decian don Abrahen Aben Zarsal, é dijole el rey estando apartado con él. Don Abrahen, bien sabedes que vos é todos los estrólogos del mi regno me dijisteis siempre que fallabades por vuestra estrologia que mi nascimiento fué en tal constelacion que yo habia de ser el mayor rey que nunca ovo en Castilla de mi linage, é que habia de conquistar los moros fasta ganar la casa sancta de Jerusalem é otras muchas cosas de victorias que yo habia de haber; é agora paresceme que todo es el contrario, porque cada día ves que todos mis fechos van en destroicion de mal en peor sin ninguna enmienda; por lo cual digo que vosotros los estrólogos, que esto me dijisteis, que me lo dijisteis por me li-songear, sabiendo por el contrario, é non sopisteis lo que me dijistes. E estonces el don Abrahen dijole. Señor esto nasció é nasce porque quiere Dios, é á lo de Dios é á sus juicios, no hay quien lo pueda estorcer, salvo lo que es la su merced.—E dijole el rey estonce. En toda guisa yo vos mando que sin ninguna dubda é sin ningun resclo me digades la verdad de esto que os pregunto—El Abrahen, despues de ser muy afincado del rey sobre ello, dijole—Señor, la vuestra merced ¿si yo vos dijere la verdad de esto que me preguntades, será seguro de vos que non reciba mal por ello?—E el rey le dijo que fuese seguro sin ninguna dubda; é estonce le dijo el don Abrahen—Señor ¿si acaesce que un día que faga muy grand frio sobejo ademas un ome entrare en un baño que esté muy caliente, sudará?—E el rey dijole—Si por cierto, ca por grand frio que faga, si yo entro en un baño que estoviese muy caliente, como vos decides, sudaria.—E estonce le dijo el don Abrahen—Señor, aquel sudor contra la constelacion del tiempo es, ca el tiempo non adebda sudar, salvo haber frio. E señor, tal constelacion es á vos que, por pecados vuestros é de los vuestros regnos, las vuestras obras fueron tales que adebdaron forzar la constelacion del planeta de vuestro nascimiento, así como fuerza la calentura del

»baño al grande frior del tiempo.—E acabado el don Abrahen de le decir estas palabras, abajó el rey la su cabeza é fuese sin le decir ninguna cosa, mostrando el gesto que otorgaba en lo que decia. E este don Abrahen Aben Zarsal, que le dijo esto, fué padre de don Mosen Aben Zarzal, fisico que es agora de nuestro señor el rey don Enrique III.»

Sobre lo conceptuoso de este juicio histórico basado en auténticas noticias, es digno de atencion que se expresára de esta suerte uno de los servidores de palacio á tiempo en que ya estaban superadas todas las dificultades que desde la aciaga noche de Montiel nacieron acerca de la sucesion á la corona. Don Enrique III, nieto de don Enrique II *el Bastardo*, habia hecho bodas por capitulacion especial con doña Catalina, hija del duque de Lancaster y de doña Constanza, y nieta de don Pedro y de la Padilla. Asi y todo, el Despensero Rodriguez de Cuenca no pudo menos de patentizar lo mal que usó de su libre albedrio el soberano, de cuyo gran denuedo cabia esperar fundadamente la final ruina de los moros.

Cien años iban transcurridos desde la trágica escena de Montiel y todos los escritores habian condenado uniformemente las crneldades de don Pedro de Castilla, no habiendo manera de atribuirlo en alguno á odio ni á miedo, y con la circunstancia de no copiarse unos á otros. Don Enrique IV, sobrenombrado el *Impotente*, reinaba cuando se escribió la primera frase de que se ha hecho uso para rehabilitar á don Pedro como lo han intentado varios sin fruto.

Cierto anónimo hubo á las manos un ejemplar del *Sumario de los reyes de España*, compuesto por el Despensero Rodriguez de Cuenca, y apropiándosele sin duda en la creencia de que no habria otro, alteró el principio de la obra, adicionó unos reinados, y escribió nuevamente otros, entre cuyo número hay que contar el de don Pedro. Realmente este anónimo le desconceptua mas que todos los escritores antecedentes, como que le hace envenenador de su madre, y violento hasta el extremo de meterse á caballo en el Guadalquivir contra un legado del Sumo Pontífice que, segun afirma, vino en una galera á excomulgarle por haber dado muerte al abad de San Bernardo. Lejos de calificarle de justiciero, se expresa de este modo al tratar de la invasion que el *Bastardo* hizo contra Beltran du Guesclin y otros extrangeros por Castilla.—«Y como se supo en Toledo y en todo el reino que el dicho rey don Enrique era venido y venian con él muchas gentes, y prometia á los que algo valian, porque le ayudasen, y non le fuesen contrarios, á unos caballos y á otros oficios, ansi por esto y por la grande crueldad que

«habian visto en el dicho rey don Pedro, la mayor parte del reino favorecía á este don Enrique.» No obstante de ser el Anónimo adicionador del Despensero tan explicito en la apreciacion histórica de don Pedro, tal como ya venia formulada por todos, sus alteraciones de cronología y mas aun ciertas palabras escritas incidentalmente originaron la opinion seguida mas tarde por algunos sobre merecer aquel monarca la calificación de *Justiciero*. Tratando de que el rey Bermejo de Granada habia sido ayudado por don Pedro de Castilla, añade, *según que mas largamente está escrito en la Crónica verdadera de este rey, porque hay dos Crónicas, la una fingida por se disculpar de la muerte que le fué dada*. Esta especie soltada al aire es el apoyo fundamental de los que apellidan *Justiciero* al rey don Pedro de Castilla.

Por primera vez al cabo de un siglo se suscitaron así sospechas contra la probada veracidad del famoso cronista don Pedro Lopez de Ayala. Poco despues Hernan Perez del Pulgar, del Consejo de don Juan II, llamóle no obstante en sus *Claros varones de Castilla* hombre de gran discrecion y autoridad y ocupado gran parte del tiempo en leer y estudiar, *no en obras de derecho, sino en filosofia é historias*, siendo varios los libros agenos que dió á conocer en Castilla y los que produjo su pluma, como *el de Caza* y *el Rimado de Palacio*, ademas de las crónicas ya citadas.

Supuesta la de don Pedro, diversa de la escrita por Lopez de Ayala, faltaba atribuirle á un autor fijo y que pareciera autorizado. Lo ejecutó así Pedro Gracia Dei, rey de armas de los reyes Católicos y escritor de valer muy escaso, en la *Historia del rey don Pedro el Justiciero*. Sin otras pruebas que su dicho da por autor de *la presupuesta crónica verdadera* al obispo de Jaen don Juan de Castro. Lo propio repitieron años mas tarde en malas coplas don Francisco de Castilla, vástago de una de las ramas bastardas del rey don Pedro y el dean de Toledo don Diego de Castilla, descendiente del mismo linage y que verosimilmente fué el que puso al texto de Gracia Dei la glosa con que anda confundido. Facilísimo seria separar el texto y la glosa, aunque fuera tiempo malgastado, pues ni del uno ni de la otra se puede sacar algo de sustancia. Ni Gracia Dei, ni su glosador vieron la supuesta crónica del obispo don Juan de Castro, ni alegaron mejor testimonio que el del Anónimo adicionador del Despensero, y esto sin conocer la relacion original y si solamente la sustituida. Ello si aseguran que el rey don Pedro fué muy buen cristiano y citan por prueba su testamento en huena edad y sana salud, y acordándose de la muerte; se fijan en las mandas que deja á

varios conventos, y no en que, ya casado con doña Blanca y en vida de ésta con doña Juana de Castro, llama á doña María de Padilla esposa y reina, señalando para la sucesion del trono á su prole. Tampoco les choca la cláusula nada cristiana en que, luego de prohibir á sus tres hijas doña Beatriz, doña Constanza y doña Isabel que se casen con don Enrique, ni con ninguno de los bastardos, dice á la letra.—«E si alguna »de ellas casare con alguno de ellos que hayan la maldicion de Dios é »la mia, é que no pueda haber ni heredar mis reinos ella ni ninguno de »estos sobredichos con quien les yo defiendo que non casen, ni ayan »ninguna cosa de cuanto les yo mando por este mi testamento.»

Con el referido dean don Diego tuvo correspondencia el insigne Gerónimo de Zurita sobre la crónica atribuida al obispo don Juan de Castro. Conocidas son la erudicion y sana critica del que dió ser á los famosos *Anales de Aragon* tan justa y generalmente estimados: en ellos juzgó como Lopez de Ayala y demas coetáneos, á don Pedro de Castilla; hallando defectuosísimas las impresiones de la crónica de este soberano y las de don Enrique II y don Juan I hechas hácia los años 1495 y 1542 en Sevilla, y el de 1526 en Toledo, dedicóse á poner las oportunas enmiendas con presencia de muchos manuscritos para imprimirlas nuevamente al par que la relacion de los primeros años del reinado de Enrique III, no publicada todavía. Muy al cabo estaba naturalmente el gran analista de Aragon de cuanto se relacionaba con don Pedro de Castilla, al paso que el dean don Diego, como descendiente de este monarca é interesado en la rehabilitacion de su memoria, debia juntar para procurarlo todo lo que los impugnadores de la veracidad de Lopez de Ayala habian recogido desde que el anónimo adicionador del *Dispensero* y Pedro Gracia Dei escribieron mal de su crónica á los últimos del siglo XV hasta el año 1570, en que tuvo lugar la importante correspondencia á que se alude.

Comenzóla don Diego manifestando no tener duda acerca de la crónica atribuida á don Juan de Castro, aunque no habia podido topar con ella, pues *autores y otras personas de autoridad* aseguraban que la habia escrito. De ser falsa la crónica de Lopez de Ayala parecíale bastante prueba la enemistad del cronista con don Pedro y la circunstancia de componerse y divulgarse en tiempo del rey don Enrique, sin citar por supuesto otros testimonios que el anónimo adicionador del *Dispensero* y Pedro Gracia Dei. Sumamente cortés Zurita halagó cuanto pudo la opinion del dean don Diego, expresando que á nadie pesaria del hallazgo de la crónica del obispo don Juan de Castro ni de la justificacion de

don Pedro de Castilla, quando se veian de tan lejos las causas y respetos particulares. Sin embargo le pareció que no habia para que gastar en esto muchas palabras ni fatigarse en fundar si hubo ó no hubo tal historia, porque *entretanto que no saliere, para los que no la viesén, seria como si nunca fuera*. Entre lo mucho notable que dijo despues hay necesidad de copiar lo siguiente—«Mas pues venimos Vm. y yo á estar tan conformes en abrazar y amar esta opinion por lo que algun dia puede suceder para que no lo creamos, sino que lo veamos, si Dios fuere servido, me parece advertir que suele haber grandes embustes para burlar de las gentes, introduciendo una nueva opinion y queriéndola derramar por el vulgo con artificio.....No puedo entender con que fundamento, ya que carecemos de la relacion de aquellas verdades que no sabemos por no haberse publicado, se dé autoridad para tener por falsa esta historia vulgar que tenemos, cuyo autor fué Pero Lopez de Ayala....Los hechos que él escribe parecen á mi juicio tan verdaderos que *ninguna diligencia humana bastaria en estos tiempos á convencerle de mentira*; y muchos de ellos están muy averiguados con diversos instrumentos y memorias antiguas, y se tienen por notorios, y se comprueban por otras historias; no solamente de los reinos de Portugal y Navarra, porque dejemos las de Aragon y Francia por la enemistad que tuvieron con aquel príncipe, sino de Italia y Inglaterra. Quanto mas que no sé yo que ninguna cosa grave que se intentase contra el rey don Pedro, que fueron muchas y muy escandalosas, se dejase de referir en su lugar, y fueron tan calificadas que los infantes y hermanos del rey, que intervinieron en ellas, y otros grandes de estos reinos merecian mil muertes por sus atrevimientos y rebeliones; y aunque el autor no lo escriba con esta calidad, importa poco, para condenar y mas agravar sus culpas y levantamientos, no llamarlos traidores y rebeldes, si cuenta el hecho como pasó; pues de la misma suerte vemos que se hubo en los casos que cuenta de las ejecuciones tan rigurosas y fieras que se mandaron hacer por don Pedro. Lo cual dejó el cronista de encarecer segun la calidad del hecho lo requería, pues por todo ello pasa sin exagerarlo con grandes encarecimientos, contentándose con decir *que le fué mal contado, que no hizo en ello su servicio, que hizo lo que la su merced le fué*, y otras palabras tan comedidas como estas.....No sé yo, aunque he mirado en ello curiosamente, que de ningun hecho que este autor refiera se le pueda imputar nota de falsedad; antes á mi juicio escribió con gran libertad y como convino á la dignidad de su persona, siendo de tanta au-

»toridad y habiendo intervenido en mucha parte de los consejos y negocios....Y el que primero le puso este nombre de falsa historia, no »descubriéndonos la verdadera *ni las razones y fundamentos de ella*, »debiera, como en cosa en que tanto iba, dejarle convencido en algo »como indigno que se le diese fé y crédito; aunque cuanto mas se quisiese esto apurar, como es materia de inquirir la verdad, puesto que »padezca y se ofusque, pero al fin ella misma como luz se irá descubriendo. Finalmente digo que, en ley de prudencia, será cosa acertada »no desechar ni infamar esto que tenemos hasta que en su lugar suceda otra cosa mejor, pues en mano de cada uno está darle el crédito que »quisiere conforme á lo que los mismos historiadores usan en lo que »ellos tienen por dudoso.»

Floja por demas fué la réplica del dean don Diego; dijo que el obispo don Juan de Castro no osó publicar su crónica y *los que la vieron no osarian tampoco copiarla*: reprodujo la especie de que, habiendo servido Lopez de Ayala á don Enrique, esto bastaba para tener su crónica por sospechosa; añadió que, si bien se miraba, algo diferian de aquel cronista ciertas palabras de los que impugnaron su obra; y que las relaciones puestas en las historias de otros países eran tomadas de Lopez de Ayala, de cuya crónica se habian hecho muchos traslados. Sin duda no quiso apretar mas Zurita á quien se mostraba tan flaco de razones para sustentar sus pareceres, y limitóse á exponer que en su juicio hasta mas necesidad tenia don Enrique de autor que justificase sus empresas, porque en la crónica de Lopez de Ayala se le culpaba de muchas maldades y traiciones; y que, pues faltaba la supuesta crónica verdadera, no sería difícil juntar las cosas que se dejaron de decir en la que algunos tachaban de falsa, con lo que *se podria hacer un compendio que fuese muy provechoso y apacible á todas gentes*. Quizá esta insinuacion de Zurita originó la glosa puesta al texto de Gracia Dei y en que no se hace sino amplificar las especies emitidas por el dean don Diego de Castilla en sus cartas.

Así el famoso analista de Aragon se adelantó á todos en atajar la opinion favorable á don Pedro de Castilla que iba tomando vuelo á impulsos del incremento de la autoridad real y de los intereses de familia: antes que otro alguno hizo patente que para quitar á don Pedro la nota de *cruel* no bastaba el descrédito de Lopez de Ayala, pues otros autores contemporáneos habian aseverado lo mismo; y tambien antes que otro alguno dudó con muy sólidos fundamentos de la existencia de la crónica atribuida al obispo don Juan de Castro. No los esforzó como podia y

se le alcanzaba de cierto, por no indisponerse con el dean de la Santa Iglesia Toledana, á quien profesaba amor y respeto; de otro modo no se concibe que dejara de alegar una prueba evidente de que la supuesta crónica del obispo don Juan de Castro no ha existido nunca, prueba que se deduce lógicamente de lo que el mismo Gracia Dei afirma con estas palabras «La historia verdadera del rey don Pedro escribió Juan de »Castro, obispo de Jaen y despues obispo de Palencia, *que pasó en »Inglaterra con el rey don Pedro por capellan de doña Constanza su »hija.* Y en Inglaterra le dieron el obispado de Achis y despues volvió »en Castilla con la reina doña Catalina, hija del duque de Alencastre, »y en su tiempo fué proveido de los dichos obispados.»

Dando realce á estos apreciabilísimos datos con fechas de exactitud muy rigurosa se vigoriza un argumento que salta á los ojos, y contra el cual no hay réplica posible. Don Pedro fué á Bayona de Inglaterra el año 1366 á pedir ayuda para recuperar su corona: doña Catalina, hija del duque de Lancaster y de doña Constanza, vino á casarse con Enrique III el año 1388; por consiguiente el obispo don Juan de Castro estuvo no menos de veinte y dos años fuera de Castilla y en Inglaterra. Para escribir una crónica favorable á don Pedro se hallaba en las mejores circunstancias, pues no le podían alcanzar las iras de don Enrique *el Bastardo*, y era capellan de doña Constanza, á quien, segun la voluntad de su padre, correspondia la corona desde que su hermana mayor doña Beatriz pasó de esta vida. Tan celoso defensor de los derechos de doña Constanza se hizo el duque de Lancaster, su esposo, que llegó á desembarcar en Galicia con fuerzas no escasas, y tan confiado se lanzó á la empresa que trajo toda su familia, como que no desperdició prevenciones para llevarla á feliz remate. Mucho se la hubiera obviado don Juan de Castro con su crónica de don Pedro de Castilla, opuesta á la de Lopez de Ayala; entonces como ahora se justificaba con escritos la razon de blandir el acero: entonces como ahora se solia allanar con la pluma el sendero de la victoria. ¿Qué mejor manifiesto pudo esparcir el duque de Lancaster en apoyo de los derechos de su esposa que una crónica de don Pedro, cual se supone que la escribió don Juan de Castro? ¿Cómo se le habia de ocultar que, solo divulgándola profusamente, alcanzaria á neutralizar el efecto producido por la de Lopez de Ayala, de la cual se dice que don Enrique mandó sacar muchos traslados para co-honestar sus traiciones? ¿Por ventura es siquiera verosímil que el obispo don Juan de Castro, capellan de la heredera del rey don Pedro y á resguardo de la saña del usurpador don Enrique, escribiera á favor de

aquel y contra este, solo por el placer de escribir, y que el duque de Lancaster no sacara fruto de un trabajo tan en armonía con los derechos de su esposa, ó que, sacándolo oportunamente, no quedara un solo ejemplar de la crónica decantada ni en Castilla, ni en Inglaterra? Con- teste quien guste á estas preguntas que destruyen hasta la probabilidad de la existencia de una obra que nadie absolutamente declara haber visto, ni el anónimo adicionador del Dispensero al hablar de una crónica verdadera y otra fingida, ni Pedro Gracia Dei al citar al obispo don Juan de Castro como autor de la verdadera.

Dos crónicas de don Pedro de Castilla existían entonces y existen ahora; pero ambas de Lopez de Ayala: una la *abreviada*, escrita sin duda en tiempo de don Enrique II, otra la vulgar, ordenada positivamente en el de don Enrique III. De la primera se hallaban muy pocos originales, y muchos de la segunda, de donde se quitaron algunas cosas que podrian ofender, despues de asegurada la sucesion del reino, como afirma Gerónimo de Zurita en el prólogo que dispuso para publicar una edicion de las crónicas de don Pedro Lopez de Ayala, á quien el eminente Ambrosio de Morales llamó *autor muy principal y señalado*, con motivo de examinar de órden del Consejo de Castilla los manuscritos de que se habia servido el gran analista de Aragon para ordenar el texto y las enmiendas y anotaciones. Sea dicho de paso que la circunstancia de escasear mucho las copias de la crónica *abreviada*, en que se pintan mas al desnudo ciertas crueldades de don Pedro, y la de ser abundantes los traslados de la *vulgar*, menos fuerte en algunos pasages, mueve á dudar que don Enrique *el bastardo* tomara tan á pechos como se dice la propagacion de la crónica del hermano, á quien arrebató la corona.

Tras de las especies vertidas en la segunda mitad del siglo XV sobre la crónica verdadera de don Pedro y sobre ser su autor el obispo don Juan de Castro, se supuso en la primera mitad del siglo XVI la existencia de un ejemplar de ella en el convento de Gerónimos de Nuestra Señora de Guadalupe, sacado de alli por el doctor don Lorenzo Galindez Carvajal y cambiado por sus herederos. Lo que acerca de esto hubo hallábase referido por fray Diego de Cáceres, monge de aquel célebre santuario, sobre una hoja de pergamino que servia de guarda al ejemplar allí existente de las crónicas de Lopez de Ayala. Don Fernando el Católico expidió una cédula al prior y monges en octubre de 1540 de la cual se copia lo siguiente—«Yo he sabido que en esa casa está una »crónica del rey don Pedro, que diz que es la mas verdadera de cómo »pasaron las cosas de aquel tiempo; y porque yo la quiero mandar ver,

»por la presente os ruego y encargo que luego la deis á la persona que
 »esta mi cédula os presentare, para que la traiga.»—En abril de 1511
 tomó la crónica de manos del prior el escribano Pedro de Vega, me-
 diante el correspondiente recibo. Despues de copiarlo el citado monge,
 dijo con textuales palabras:—«Este libro estuvo en poder del doctor Car-
 »vajal y sus herederos veinte y ocho años. Como quiera que se pidió
 »muchas veces por parte de este monasterio al doctor Carvajal antes que
 »muriese, nunca se pudo cobrar dél, diciendo que tenia necesidad dél
 »para cosas del servicio del rey. E despues dél muerto, lo pidió este
 »monasterio á su hijo Diego de Vargas Carvajal. E finalmente yendo á
 »Salamanca yo fray Diego de Cáceres *le cobré* en el mes de hebrero de
 »1539 de Antonio de Carvajal, comendador de la Magdalena, hijo del
 »dicho doctor Carvajal, *en cuyo poder estaba*, y le di conocimiento fir-
 »mado de mi nombre como me lo entregó. *Y así fué cobrado y traído y*
 »*restituido este libro á esta santa casa á honra y gloria de Dios.*» Ya
 conocido un testimonio tan irrefragable, resta solo añadir que el libro
 sacado por el doctor don Lorenzo Galindez de Carvajal, y devuelto reli-
 giosamente por uno de sus hijos al monasterio de Guadalupe, no con-
 tenia la historia de que se finge autor al obispo don Juan de Castro, si-
 no las cuatro crónicas escritas por Lopez de Ayala *del rey don Pedro y*
don Enrique II., y *don Juan el de Aljubarrota*, y *don Enrique III. su*
hijo el Doliente, como el propio fray Diego de Cáceres asegura. Se ex-
 plica muy bien que llamara la atencion el ejemplar del monasterio de
 Guadalupe, siendo uno de los pocos de la crónica *abreviada* de Lopez
 de Ayala y encabezándolo el proemio que este buen cronista compuso y
 que en ninguno de los ejemplares de la *vulgar* se encuentra.

Dictando reglas Luis de Cabrera *para entender y escribir la historia*
 aventuróse á declarar que Felipe II leyó la crónica *desapasionada y ver-*
dadera escrita por el obispo don Juan de Castro, y que de resultas dis-
 puso que se borrara al rey don Pedro el sobrenombre de *Cruel* y se le
 pusiera el de *Justiciero*. Mas circunstanciadamente dijo Francisco de
 Pisa en su *Historia de Toledo* lo propio, pues supuso haberlo mandado
 Felipe II, *visitando los retratos de los serenísimos reyes sus antecesores*
en el real alcázar de Segovia. Tal vez sea verdad que Felipe II conside-
 rará así al rey don Pedro; no puede serlo que formara opinion semejan-
 te por haber leído la crónica del obispo don Juan de Castro, pues si á
 sus manos llegara un ejemplar de obra tan ponderada como nunca vis-
 ta, no se perdiera ciertamente de nuevo, antes bien dada á la imprenta
 y propagada hubiera servido para extender por todas partes y á todas

las generaciones el concepto que tuvo, según se supone, del rey don Pedro, como quien se creía señor absoluto de las vidas y haciendas de los vasallos.

Nada más oportuno ahora que citar una obra clásica y escrita bajo la protección de Felipe II por varón religioso, de quien tenía la más alta idea, y que se la presentó para que fuese publicada, no haciéndose en vida suya, porque le duró ya pocos meses. Se alude á fray José de Sigüenza y á la excelente *Historia de la orden de San Gerónimo*, que produjo su grave pluma. Ya estaba terminado el magnífico monasterio de San Lorenzo y acudían á verle y admirarle gentes de todos los países, cuando Felipe II, poco propenso al entusiasmo y al elogio, solía decir con su seriedad de costumbre—*Los que vienen á ver esta maravilla del mundo no ven lo principal que hay en ella, si no ven á fray José de Sigüenza; y, según lo que merece, durará su fama más que el mismo edificio, aunque tiene tantas circunstancias de perpetuidad y firmeza.*—Además, cierto día en que varios ministros celebraban á este insigne monge, unos por virtuoso y otros por santo, atajó el mismo soberano los discursos con las siguientes notabilísimas palabras. *¿Para qué os cansáis en eso? Decid lo que no es fray José y lo que no sabe, y acabaréis más pronto.* No se necesitan más pruebas en demostración del mucho caso que hacía el tal rey de los dictámenes de tal monge. Como su orden religiosa tuvo nacimiento en España y en los días del rey don Pedro y por virtud del celo ferviente de don Fernando Yañez Figueroa y don Pedro Fernandez Pecha, hombres de calidad y criados en el real palacio, hubo de trazar las circunstancias de aquel tiempo, y lo hizo con su habitual maestría, expresándose de este modo—«En tiempo que reinaba en Castilla y Leon el rey don Alonso el XII (ó el XI según diversas maneras de cuenta) padre del rey don Pedro, llamado el Cruel con harta razón y por esto único de este nombre (tanto puede en las cabezas un notable vicio que hasta el nombre mancha) aparecieron en España unos ermitaños, etc.»—Y más abajo—«Salió el rey don Pedro tan avieso y de tan fiera condición como todos saben; alborotóse el reino, llenóse de recelos el más seguro pecho; todo era sospechas, injurias, venganzas, muertes.»—Este voto, que en materias de sana crítica vale por muchos, cierra el debate sostenido durante el siglo XVI sobre la crueldad ó la justicia de don Pedro.

A las especies aventuradas en el siglo XV, por quienes se ha notado relativamente á la Crónica verdadera de este monarca y á ser su autor el obispo don Juan de Castro, añadieron algunos de sus defensores

otra, que, á no ser torpísimamente calumniosa, abonaria bastante su pésima causa. Dicha nueva especie se reduce á manifestar que don Pedro tomó aborrecimiento á doña Blanca, su esposa, porque la halló en cinta de resultas de haber faltado á la honestidad con don Fadrique, maestre de Santiago y uno de los bastardos de don Alfonso XI, que se adelantó á su encuentro hasta la frontera de Francia.

Nunca se inventó calumnia mas infame y grosera: se funda simplemente en un romance, cuya antigüedad no parece anterior á la segunda mitad del siglo XV. Lo citó primero que nadie Ortiz de Zúñiga con referencia á un *Romancero general* impreso el año 1573 en Sevilla. Toda la letra del romance es contraria á la historia, porque ni Coimbra fué jamás sitiada por don Fadrique, donde se le supone mientras, segun los falsos versos, doña Blanca daba á luz un infante; ni esta infeliz reina vivió nunca en Sevilla dentro de ningun palacio, de donde se finge que Alonso Perez, secretario de don Fadrique, sacó muy sigilosamente el fruto del forjado adulterio para que lo criara en Llerena una judía llamada Paloma; y aun resalta la falsedad mas notoriamente en otro romance, quizá de igual fecha y de la propia mano, en que se pinta la muerte de don Fadrique como consecuencia inmediata del alumbramiento de doña Blanca, y la prision de esta, originada por lo afligida que se mostró del asesinato del maestre. Ademas la calumnia se descubre ya desde los primeros versos del romance;

Entre las gentes se suena,
Y no por cosa sabida,
Que d'ese buen maestre,
Don Fadrique de Castilla,
La reina estaba preñada,
Otros dicen que parida.
No se sabe por de cierto,
Mas el vulgo lo decia.....

¿Qué testimonio histórico es el decir aislado del vulgo, y menos en contraposicion de hechos auténticos y dichos graves y razones de crítica sana? De que esta calumnia tomára algun cuerpo se halla explicacion suficiente al final del mismo romance, donde se asegura que don Enrique el Bastardo hizo almirante de Castilla al supuesto hijo de su hermano el maestre y de la reina doña Blanca. Achaque es de los genealogistas atropellar por todo á trueque de encumbrar las estirpes de que se

hacen historiadores; y así los de la ilustre casa de los Almirantes no escrupulizaron mancillar el honor de una reina, solo para que esta familia trajera su origen del trono por ambas líneas, aunque ilegítimas una y otra. Sin duda el maestre don Fadrique tuvo prole, mas de ningún modo en la reina doña Blanca de Borbon, cuya castidad fué tan limpia como su desventura grande.

Hechos son consignados en la crónica de don Pedro Lopez de Ayala que don Fadrique dispensado de asistir á las córtés de Valladolid de 1351, estuvo como maestre de Santiago en Llerena, y que tampoco presencié las bodas de su hermano don Pedro; que este le vió en Cuelar á muy poco de celebrarlas, *é rescibióle muy bien y que don Fadrique puso sus amistades con doña María de Padilla, é con Juan Fernandez de Henestrosa, su tío, é con Diego Garcia de Padilla, su hermano, por facer placer al rey.* Sin pasar mas adelante queda extirpada radicalmente la calumnia, pues no se concibe que don Pedro recibiera muy bien á don Fadrique, si hubiera deshonorado á doña Blanca, ni que don Fadrique fuera tan villano que, despues de alcanzar favores de la reina, se le declarára contrario y pusiera amistades con la manceba del soberano y con toda su parantela. Además el año 1353 fueron las bodas de don Pedro y de doña Blanca, el abandono de esta, la vuelta del rey á sus brazos por consejo de la Padilla para atajar las alteraciones ya amenazantes, y el nuevo desamparo de la infortunadisima reina. Si por su deshonestidad se apartó don Pedro de su lado ¿cómo tornó de nuevo á su compañía aunque por brevisimo tiempo? ¿Cómo siendo tan naturalmente iracundo, alargó los plazos á su venganza de modo que hasta el año 1358 no se deshizo de don Fadrique, ni hasta el de 1361 de doña Blanca? ¿Y qué verosimilitud hay en que nobles y plebeyos empuñáran las armas en demanda de que su rey hiciera vida con una reina tan mal guardadora de su decoro? Y si no tenían sospecha de sus fragilidades ¿Cómo dice el romance que andaban en lenguas del vulgo?

Al cabo, si únicamente se hubiera de apelar á la crónica de Lopez de Ayala para desmentir la infame calumnia, aun quedaria á sus desacordados propaladores el efugio de tachar por apasionadas las aserciones del cronista; pero existen pruebas mas luminosas de la inocencia de doña Blanca. Por privilegios y concesiones de don Fadrique en su calidad de maestre de la orden de Santiago, consta que el 4 de marzo de 1353 estaba en la Fuente de Cantos, el 19 del mismo en Usagre, el 1.º de abril en la Fuente del Maestre, y todo mientras doña Blanca de Bor-

bon hacia el viage de Francia á Castilla para casarse con don Pedro; mal pudo pues ir á recibirla hasta la frontera. Aun despues de forzar á los obispos de Avila y de Salamanca el rey don Pedro á dar por nulo su matrimonio, para contraerlo con doña Juana de Castro, siguió llamando á doña Blanca *reina y esposa*, como se vé en la confirmacion que el 16 de agosto de 1354 hizo en Medina del Campo de la donacion del lugar de Vallecillo, otorgada por su madre doña Maria á Juan Fernandez Cabeza de Vaca, cuyo principio dice á la letra: *Yo don Pedro, por la gracia de Dios rey de Castilla etc., en uno con la reina doña Blanca mi muger, vi una carta de la reina doña Maria mi madre etc.*; de donde resulta por declaracion del mismo soberano que doña Blanca seguia mereciendo el titulo de esposa suya. Verdad es que trabajó para que se anulase este matrimonio hasta cerca de la Santa Sede, pero sin fundamentos que abonaran la instancia, como lo espresa claramente la bula ya mencionada y expedida por Inocencio VI en 1354, diciendo del rey don Pedro de Castilla: «Sobretomó otra muger, con la cual, *puestas por* »*el algunas protestaciones frivolas las cuales alegó ante nos, que él ha-*»*bia fecho con dicha muger antes que él contrajese matrimonio con la*»*reina para colorar el pecado por él fecho é encubierta de la iniqui-*»*dad del atemptada.*»

Evidentemente don Pedro estaba disgustadísimo de su enlace y se esforzó cuanto pudo por legalizar el abandono de su esposa: no cabe duda en que, si la hubiera hallado impurezas, le sobrarian razones para el repudio, y en que estas no fueran calificadas de *protestaciones frivolas* por el Padre comun de los fieles.

Solo mandando asesinar á la infeliz reina doña Blanca, logró don Pedro deshacer este matrimonio. Ni Alfonso Martinez de Urueña quiso darla yerbas con que muriese, ni Iñigo Ortiz, que la custodiaba en Medinasidonia, consintió en que, mientras estuviese en su poder, se la hiciera daño; cuando pasó al de Juan Perez de Rebolledo fué su fin desastroso, *e dello pesó mucho de ello á todos los del regno despues que lo sopieron, é vino por ende mucho mal á Castilla*. Consta ademas que Perez de Rebolledo no pudo seguir viviendo en Jerez, de donde era vecino, porque le baldonaban todos, y que al cabo pagó en la horca su alevosia. Otra nueva prueba justificativa de la inculpabilidad de doña Blanca es de consiguiente la indignacion general que produjo su asesinato y el encono manifestado contra el perpetrador de crimen tan horrendo hasta por sus propios convecinos.

Lo mismo atestigua el epitafio puesto verosimilmente á los princi-

prios del reinado de Isabel la Católica sobre el sepulcro de doña Blanca, cuando se le mudó de capilla en la iglesia del convento de Jerez de la Frontera perteneciente á los franciscanos. CHRISTO OPTIMO MAXIMO SACRUM. DIVA BLANCA HISPANIARUM REGINA, PATRE BORBONEO, EX INCLITA FRANCORUM REGUM PROSAPIA MORIBUS ET CORPORE VENUSTISSIMA FUIT; SED PRAEVALENTE PELLICE OCCUBUIT IUSSU PETRI MARITI CRUDELIS ANNO SALUTIS MCCCCLXI. AETATIS VERO SUAE XXV. No parece probable que la lápida de este sepulcro se hallara en blanco antes del año de 1483 en que dentro de la misma iglesia fué trasladada de un lugar á otro; ni que, ya estuviera en idioma vulgar, ya en lengua latina, infamara la inscripcion las cenizas y la memoria de la victima ilustre en tiempos en que aun no se habia acometido el temerario empeño de panegirizar á su verdugo. De todos modos es importante históricamente la aseveracion del epitafio, y mas si se puso por inspiracion de la grande Isabel I como parece casi seguro.

Hasta los primeros impugnadores de la *crueldad* de don Pedro y panegiristas de su *justicia* son favorables á la honestidad de doña Blanca. Relativamente á las bodas y al inmediato desamparo de la reina se atiene al texto de la Crónica de Lopez de Ayala el Anónimo adicionador del Dispensero, y afirma tambien que los hermanos del monarca y los grandes del reino, que estaban en Valladolid, *hobieron muy grande enojo é tovieronse por burlados é creyeron que algunos hechizos malos tenia fechos al rey la dicha doña María de Padilla*. Palabras del Anónimo son asimismo estas:—«E de acuerdo de todos.... enviaron á don »Juan Alfonso de Alburquerque al rey don Pedro... para decirle.... que »non era honra suya nin de sus reinos *dejar á tan noble é virtuosa reina como era la reina doña Blanca de Borbon é tan generosa é fermosa que ellos é todo el reino eran contentos mucho con ella*»—Refiriendo haber cumplido Alburquerque el encargo se explica de este modo:

«E el rey don Pedro, como lo oyó, fué muy enojado por lo que don »Juan Alfonso le decia, é respondióle que en ninguna manera non lo *falaria*, é que sopiese *que la reina doña Blanca en sus ojos le parescia mal é que doña María de Padilla le parescia la mas fermosa dueña que en todo el mundo habia, é que era el su primer amor*; por ende que él no »tendria otra muger si non doña María de Padilla. E don Juan Alfonso »le tornó á afincar mucho cerca dello, *fablándole muchas razones, é dándole muchos y buenos consejos, é amonestándole lo que dello podria nacer*. E el rey le respondió, desdeque vió que tanto le afincaba, muy

»sañudamente, diciéndole que, si mas se lo decia, que non se podría »bien fallar dello.»—Aqui se consigna explicitamente la única y verdadera causa de abandonar don Pedro á la reina, su desenfrenada pasión hácia la Padilla y el frenético ahinco de convertir en leyes supremas sus mas detestables antojos.—Este Anónimo supone asesinada á la jóven reina en Urueña y á golpes de maza por órden de don Pedro é inmediatamente que entró en Toro y deshizo la liga, y por efecto de la parte activa que atribuye en ella á tan desventurada señora. Nada habla del asesinato de don Fadrique.

Al revés, Gracia Dei y su glosador callan la muerte dada á doña Blanca; y es de notar que tampoco emiten especie alguna contra su honra, al citar el trágico fin del maestre de Santiago que fundan en sus rebeliones, ligándose con Alburquerque y sosteniendo la liga dentro de la ciudad de Toro.

En resúmen hasta fines del siglo XVI no existieron mas orígenes para el elogio del rey don Pedro de Castilla que la noticia dada por el Anónimo adicionador del Dispensero sobre ser fingida la Crónica de Lopez de Ayala: el dicho de Gracia Dei dando por autor de la Crónica verdadera al obispo don Juan de Castro; y la especie vagamente indicada en un romance contra la castidad de doña Blanca. Aducidas ya pruebas muy bastantes de la veracidad del cronista Lopez de Ayala, de la inverosimilitud de que don Juan de Castro escribiera lo que se supuso, y de la atroz calumnia fundada en *el decir del vulgo sin que nadie lo supiera por cierto*, resta indagar el giro que en los siglos posteriores siguieron y siguen los opuestos dictámenes acerca de la *crueledad* ó la *justicia* del rey don Pedro.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

HISTORIA LITERARIA.

ESTUDIOS CRITICOS SOBRE LA JERUSALEN LIBERTADA DEL TASSO.

«*La Jerusalem libertada*, indigna del título de poema, es únicamente una fría y pesada compilación, sin proporción ni gracia, de un estilo oscuro y desigual, llena de ridículos versos, de voces bárbaras, de viciosos giros y de frívolas comparaciones: no hay en ella belleza alguna que disculpe sus innumerables defectos.» Tal juicio formaba y esparcía por toda Italia la famosa Academia de la Crusca, al darse á luz aquel extraordinario libro, que dirigiéndose á su autor, hacia poco tiempo despues prorumpir á Clemente VIII en estas memorables palabras: «*Venid á honrar esta corona que ha honrado á cuantos antes de ahora la han recibido.*»—¿Cuál de ambos fallos tenia por norte la equidad y la justicia? Al de los *Infarinati*, dictado acaso por ciega envidia y mezquina impotencia, ha respondido el constante y unánime aplauso de la posteridad, concediendo al vate de Sorrento el privilegio otorgado solamente á los grandes poetas: el del Sumo Pontífice que le llamaba á Roma para coronarle en el Capitolio, parecia interpretar lo porvenir, conquistando al mismo tiempo la durable estimación de los doctos para quien tenia la gloria de formularlo. Estendida la justa fama de aquella obra inmortal á todas las naciones, apenas hubo idio-

ma que no sirviera de depositario á sus innumerables y subidas bellezas, galardón logrado sólo en el transcurso de los siglos por Homero y Virgilio, y apenas alcanzado hasta entonces por el inspirado autor de la *Divina Comedia*. Y no fué por cierto España el último pueblo que rindió al genio del Tasso tan merecido tributo: siete años despues de aparecer en Venecia, llenos de lagunas é incorrecciones los catorce primeros cantos de la *Jerusalem libertada*, dábala completa á la estampa en castellano Juan de Sedeño, dedicándola á Carlos Manuel, duque de Saboya (1).

¿Por qué pues tanto aplauso y tal ahinco en las naciones cultas de Europa para traer á sus nativas lenguas aquel poema, cuya calificación habia encendido viva guerra literaria en la misma patria del poeta, llenando sus últimos días de amargura...? ¿Por qué desde los postreros años del siglo XVI se repiten los ensayos para aclimatar en todos los paises aquel laurel frondoso, nacido espontáneamente en el suelo de Italia?... Cuando nos paramos á considerar que van pasados cerca de tres siglos y que lejos de amenguar esta manera de culto, tributado á la *Jerusalem libertada*, crecen hácia ella la veneración y universal respeto, no es ya para nosotros maravilla el anhelo con que todas las literaturas han pretendido poseerla. La *Jerusalem libertada*, (escribia en el pasado siglo un crítico, cuyo voto no puede infundir sospechas de parcialidad) presenta las cruzadas bajo un punto de vista absolutamente favorable. «Son en ella un ejercito de héroes que bajo la conducta de un capitán virtuoso, viene á libertar del yugo de los infieles la tierra consagrada por el nacimiento y la muerte de Dios. El asunto de la *Jerusalem*, considerado en este sentido, es el más grande que jamás haya podido elegirse. Tratólo el Tasso dignamente, dándole tanto interés como grandeza. Su obra fué perfectamente desempeñada: casi todo aparece en ella ligado con arte; y conduciendo diestramente las aventuras, distribuye con no menos sabiduría las luces y las sombras. Haciendo pasar al lector de la alarma de la guerra á las delicias

(1) Los referidos catorce cantos, se imprimieron en Venecia el año de 1580 por Celio Malaspina: Angelo Ingegneri hizo poco tiempo despues dos ediciones de todo el poema, valiéndose de una copia corregida de mano del Tasso (Casalmaggiore y Parma), y echando en cara á Malaspina la infidelidad de su publicacion; pero armado este de otro manuscrito más correcto, repitió las ediciones ya completas (Venecia 1581 y 1582), cuyo éxito movió á Febo Bonná, grande amigo del Tasso, á darla á la estampa, consultando al autor para que saliera con mayor lustre su propia obra. Bonná hizo dos ediciones (Junio y Julio de 1584), logrando ambas aceptación fabulosa. Esta variedad de impresiones fué causa de que Sedeño vacilára, «luchando con las nuevas y diferentes estampas que de la *Jerusalem* habian salido,» al emprender sus tareas.

de las pasiones amorosas, y llevándole desde la pintura de las volup-
tuosidades á los combates, excita gradualmente la sensibilidad, y
de libro en libro vá excediéndose á sí mismo (1).» Semejante juicio,
que contrasta grandemente con las censuras formuladas por otros no
menos respetados críticos, es á nuestros ojos cabal medida de la estima-
cion que merece la *Jerusalem libertada*; apareciendo tanto más alta la
gloria de su autor cuanto mayores fueron las dificultades con que hubo
de luchar para obtener el éxito á que aspiraba.

Resonaban, al acometer tan árdua empresa, dentro y fuera de la Ita-
lia los felicisimos cantos del Ariosto; y aplaudidas como nunca lo habia
sido obra de ingenio humano, sus peregrinas ficciones, copiosa y rica
suma de las creaciones caballerescas, habíase levantado la epopeya ro-
mántica á su más alto punto de idealidad, oscurecidos por el *Orlando*
Furioso cuantos ensayos se habian hecho desde *I Reali di Francia*,
Buovo d' Antona y Spagna hasta el *Orlando Inamorato* de Boyardo.
Mostrábase por el contrario la epopeya, que recibia el título de clásica,
pobre, fria y descolorida; y ya eran objeto de absoluto desprecio, ya
de sátiras y diatribas los poemas heroicos que teniendo por norte las
obras de la antigüedad, reconocian por fuente principal de sus bellezas la
dócil imitacion de Homero y de Virgilio. No habia en verdad produci-
do esta escuela, á cuya cabeza aparece el Trissino, ninguno de aque-
llos portentos del arte, que hiriendo viva y poderosamente la imagina-
cion de doctos y vulgares, fundan en el asenso comun los títulos de su
inmortalidad, avasallando al par el gusto y la razon y erigiéndose en
única pauta y exclusivo modelo. Ni la *Italia liberata* del mismo Tris-
sino, calcada fiel y nimiamente sobre la *Iliada*, sin alcanzar no obs-
tante ninguna de sus grandes bellezas; ni la *Alamanna* de Oliviero,
que teniendo por asunto la guerra hecha por Carlos V contra los pro-
testantes, era un remedo harto desdichado de la *Iliada* y de la *Italia*
liberata; ni *Il Constante* de Bologneti, que evocando la mitologia de
griegos y latinos, cantaba las aventuras del emperador Valeriano, apri-
sionado por Sapor, rey de los persas; ni tantos otros poemas como si-
guiendo las huellas de estos cultivadores del arte, vieron la luz pública
hasta mediados del siglo XVI, pudieron sostener siquiera la compara-
cion con el *Orlando Furioso*, quedando asi vencida la escuela clási-
ca, cuya impotencia exageraban y aun escarnecian los admiradores de
Ariosto.

(1) Voltaire, *Essai, sur la Poésie épique*, chap. VII.

No otra era la situación de la república literaria y la suerte de la epopeya, cuando concibió Torcuato Tasso el generoso pensamiento de ilustrar la historia de las letras italianas con la creación de un poema heroico, capaz de emular las glorias con tanta razón adjudicadas á las locuras del *Orlando*. Conocido su nombre y celebrado su talento poético desde su primera juventud, habia ensayado ya sus fuerzas en casi todos los géneros de poesía entonces cultivada: debíale la lírica los *soneti* y las *canzoni*, en que siguiendo las huellas de Bembo se ostentaba digno admirador de Petrarca; dábale la Aminta el primer lugar entre los poetas bucólicos de los tiempos modernos; conquistábale el laurel trágico el *Torrismundo*, eclipsando la fama de Speroni, Dolce, Alamani, Martelli y Rucellai, que habian recibido el coturno clásico de manos de Trissino, y habíale engrandecido por último los doce cantos del *Reinaldo* la estimación de los eruditos, revelando á Italia la existencia de otro gran poeta épico. Bajo tan brillantes auxilios acometió pues el Tasso la difícil empresa de la *Jerusalem libertada*, cuyo sublime pensamiento fermentó en su mente por el espacio de diez y ocho años. Ambicionaba su alma la gloria de Ariosto, y advertíale su razón de los escollos y peligros que debia encontrar, al emprender cuerpo á cuerpo dudosa lucha con aquel invencible coloso, á cuyas plantas habian caído marchitas las coronas de cien esclarecidos ingenios. Ni le consentia tampoco su educación literaria, formada en el respeto de la antigüedad clásica, volar sin freno por los espacios ideales, recorriendo á la vez el cielo y la tierra y acumulando situaciones, incidentes y resortes poéticos con aquella variedad prodigiosa, de que sólo pudo salir triunfante la rica vena y poderosa imaginación de Ariosto; variedad que, por lo libre y suelta, era únicamente propia de la epopeya caballeresca. El Tasso habia elegido el asunto de su poema en la historia de los tiempos medios: eran las Cruzadas el acontecimiento más grande presenciado por la humanidad en aquellos días, y fija su vista en esta empresa de gigantes, descubrió en el choque de la civilización cristiana y de la civilización sarracena los inmensos tesoros que su mente habia soñado. No hubo menester ya lanzarse, como Ariosto, al mundo fantástico, donde tal vez se hubiera extraviado; y exento de los temores, que al recordar la gloria del *Orlando Furioso* le aquejaban, halló franco y expedito sendero para bosquejar las costumbres de la edad media con el pincel de Homero y de Virgilio, realizando así en más amplia escala el meritorio pensamiento que desde su juventud habia iniciado en su poema de *Reinaldo*.

Sabia el Tasso, no obstante, que la poesía no es la historia, y no olvidaba que si bien el asunto por él escogido tenía verdadera grandeza para mover y excitar el entusiasmo de casi todos los pueblos de Europa lejos de disminuir su interés el encanto de lo maravilloso, debía acrecentarlo y ennoblecerlo, imprimiéndole aquel sello sobrenatural y divino alma de la epopeya. Mas ¿cuál debía ser la máquina empleada en un poema que tenía por asunto la libertad del suelo, donde había nacido y muerto el Salvador del género humano?... Iba á poner Tasso frente á frente dos pueblos, opuestos en creencias, distintos en costumbres y lenguajes; armado el uno en nombre de Dios, llevado el otro á la defensa de sus hogares por el amor de la patria; y error imperdonable hubiera sido en él resucitar la mitología de griegos y romanos, al pintar aquella extraordinaria lucha, en que debían resplandecer la austera verdad y santa fé del cristianismo, contrastando las deslumbradoras supersticiones y ciego fanatismo de los mahometanos. Buscó, pues, lo maravilloso en el fondo mismo de la creencia de uno y otro pueblo, y halló en ellas inagotables fuentes: Dios y sus ángeles fueron los protectores del ejército cristiano, conducido á Palestina por el más sublime entusiasmo religioso: Satan y sus ministros, patrocinaron al pueblo de Mahoma, poniendo en juego las malas artes, con que magos y encantadores suscitaron contra los guerreros de Dios el desorden de los elementos y las tempestades de las pasiones. Fecundado así el pensamiento que le animaba, fuéle ya fácil cosa desenvolver la acción de su poema, dirigiendo convenientemente el curso de los sucesos á la conquista de Jerusalem y libertad del Santo Sepulcro.

Con semejantes elementos poéticos, no admitidos por algunos eminentes humanistas, bien que celebrados por casi todos los grandes críticos de nuestros días (1), aspiró el Tasso á dar forma á la elevada

(1) Hoy que la crítica literaria no se contenta ya con la simple apreciación de la forma exterior y quila las obras del ingenio por sus verdaderos títulos, aplaude, en efecto, lo que culparon los preceptistas del siglo pasado. Boileau, que no pudo negar al Tasso el haber ilustrado á Italia con la *Jerusalem*, decía que no hubiera logrado este objeto,

Si son sage héros, toujours en oraison,
N'eut fait que mettre, en fin, Satan á la raison,
Et si Renaud, Argant, Tancrede et sa maitresse,
N'eussent de son sujet egayé la tristesse.

Y el mismo Voltaire, cuyo juicio, en general, no podía ser más favorable á la obra maestra del Tasso, reprobaba la intervención en ella de los espíritus infernales. Pero este elemento poético, por emanar de la creencia cristiana y estar hermanado con las costumbres populares, no puede ser de mejor ley. Lo repugnante hubiera sido que el Tasso hubiese traído á su poema el desautorizado ajuar de la mitología.

concepcion de su mente; y no queriendo ser vencido por Ariosto en la riqueza y variedad de los acontecimientos, esforzóse por nutrir la accion de la *Jerusalem* de episodios interesantes y variados al infinito, que modificando el terrible efecto de cien y cien batallas, contadas siempre con nuevos y más brillantes colores, pusieran al lado de aquellas sangrientas escenas el grato y risueño espectáculo de la vida pastoral, y tras las solemnes é imponentes ceremonias del culto, presentáran la seductora pintura de los placeres y dulces guerras del amor, contribuyendo todos estos episodios al desarrollo y progreso de la accion, á que se agrupaban. Huia el Tasso así de fatigosa variedad y abundancia como de infeliz sequedad y pobreza; y desembarazado de estas dificultades, invencibles sin duda para quien no estuviese dotado de su ingenio, fijábase con singular empeño en la descripcion de los caractéres, parte muy principal de todo poema, y en que tomando á Homero por guia y maestro, excedia sobremonera al autor del *Orlando Furioso*, acusado por respetables criticos de haber fundido en un mismo molde todas sus figuras.

Era Gofredo de Bullon, duque de Lorena, cuyo valor admiraban al par Italia y Alemania, el capitán designado por los principes católicos para llevar á cabo la santa empresa de las Cruzadas. Guardóle el Tasso, al presentarle en la *Jerusalem*, el esfuerzo invencible y la piedad ardiente que le concedia la historia; é hízole grave, prudente y circunspecto, dándole la magestad y grandeza de alma, convenientes al caudillo que iba á colmar los deseos y esperanzas del mundo cristiano. Al lado de Bullon ponía á Reinaldo y Tancredo, principales personajes del ejército congregado contra la morisma: Reinaldo, apasionado, vengativo, fogoso á la manera de los antiguos héroes, debía recordar la gran figura de Aquiles con sus terribles impetus y tremenda cólera, siendo como el hijo de Peleo, necesario á la conquista de la ciudad asediada por los suyos. Tancredo no tan arrebatado, ni impetuoso, bien que no menos esforzado, más generoso y tierno, estaba destinado á despertar las simpatias y el cariñoso respeto de aquellos mismos guerreros, que al llorar con él la desventura de su amor, reconocian el temple superior de su alma. Güelfo, Raimundó de Tolosa, Baldovino y Eustaquio, Rugiero y Oton, los dos Robertos y finalmente Odoardo y Gildipa, dulces é inseparables esposos, cuya dicha y gloria consistió en pelear unidos y morir al golpe de un mismo acero, completaban la primera y más brillante cohorte de aquellos héroes, que al aparecer en un mismo cuadro ostentan la prodigiosa variedad de afectos, que hubiera podido prestarles la rica y nunca igual naturaleza.

Mas si brillan los paladines de la Cruz con entera y reciproca independencia, pensando, hablando y obrando cada cual de distinto modo, no son menos dignos de elogio los personajes que ennoblecen la defensa de la Santa Ciudad, dificultando su conquista. Clorinda, Argante y Soliman, traídos á Jerusalem, por el peligro del islamismo, ofrecen en la diversa fisonomia que los anima, tan prodigioso brillo que segun la expresion de un respetable historiador, llegan á eclipsar en ciertos instantes á los mismos héroes cristianos (1). La primera (que se muestra en el teatro de los sucesos, salvando las preciosas vidas de Olindo y de Sofronia, y refrenando la impotente saña de Aladino, suspicaz tirano, encanecido en la crueldad), amamantada por una tigre, que pareció comunicar á su corazon la dureza y bravura, de que hace frecuente gala, odia profundamente el nombre cristiano y llevada de esta aversion, que se trueca al morir en ardiente fé, rechaza el tierno amor de Tancredo, por el mero hecho de profesar éste la ley de Cristo. Argante, dotado de fuerzas prodigiosas y encendido por el feroz deseo de exterminar á los cruzados, solo halla dique á su bélico furor en la diestra de Reinaldo, único héroe cristiano que ha logrado ver sus espaldas en mitad de los combates. Más reservado y prudente, si bien tan empeñado como Argante en el triunfo de los sarracénos, atiende Soliman, perdido ya su reino, á la defensa y guarda de la ciudad; y uniendo al ejemplo el consejo, ni da tregua á las armas, ni perdona fatiga para rechazar los temibles asaltos del campo enemigo. Y en medio de estas figuras trazadas con vigorosos rasgos, supo el Tasso colocar las tiernas y simpáticas de Erminia, velada de melancólicas y dulces tintas; infortunada virgen, que guardando en su pecho el más puro tesoro de amor, ni tenia la fortaleza de Clorinda para avasallar la pasion que Tancredo le inspiraba, ni poseia tampoco los artificios de Armida para someterle á su imperio. Es por último la creacion de esta maga, que logra adormecer el valor y patriotismo de Reinaldo en sus encantados jardines, una imitacion de la *Alcina*, bosquejada en el *Orlando Furioso* por el fecundo pincel de Ariosto, quien habia tomado á su vez esta invencion de la *Carandina* del *Mambriano*, poema debido al ingenio de Francesco Cieco da Ferrara; pero al seguir las huellas del vate de Reggio, aventajóle esta vez en gran manera el cantor de la *Jerusalem*, legando en sus versos en cambio de una muger sensual que se valia de las artes mágicas para saciar sus carnales apetitos, una princesa malhadada que por contribuir

(1) Guinguené, d'*Hist. litter. d'Italie*, part. II, cap. 46.

á la salvacion de la patria, encendia con sus propias manos la hoguera en que debia más tarde consumirse. Por esto, lejos de concitar la malquerencia de los lectores, como sucede á la torpe Alcina, y á su modelo, interesa vivamente la desgracia de Armida abandonada por Reinaldo, y queda hondamente grabada en la memoria su inconsolable tristeza.

Tal era el caudal de que disponia el Tasso para revestir de la forma poética la *Jerusalem libertada*. Al combinar tan varios elementos, al poner en relacion tan encontrados caracteres, para conducir á su fin una accion tan grande y heroica, desplegaba extraordinaria inteligencia del arte; y excitando sucesivamente la admiracion, la piedad y el terror, lograba fundar la unidad de interés de su epopeya, ley suprema de toda obra del ingenio, en la variedad misma de las situaciones. Mérito es este superior en la pluma del Tasso, reconocido por casi todos los críticos modernos, quienes al quilatar los aciertos de su inventiva, no vacilan en declarar que: «si tal vez no halló en su corazon acentos como los de Priamo y de Héctor en la *Iliada* y los de Dido en la *Eneida*, imaginó escenas, cuya creacion hubieran podido envidiar Homero y Virgilio (1).» Estas multiplicadas y admirables situaciones, ya enclavadas íntimamente en la accion principal, ya nacidas de los bellísimos episodios que las exornan y revisten, constituyen en efecto los principales encantos de la *Jerusalem libertada*. Desde la interesante aventura de Olindo y Sofronia (donde han creído descubrir algunos escritores cierta relacion misteriosa con la vida del Tasso y de la princesa Leonor, mientras la han condenado otros como extraña al resto del poema) ostenta ya el cantor de Godofredo aquella riqueza de tintas y delicados matices, que debia embellecer todos sus cuadros. Recordaba sin duda al trazar este episodio, ideado, segun insinuamos arriba, para bosquejar el carácter feroz y sanguinario de Aladino y la noble figura de Clorinda, una preciosa leyenda oriental, traída á las literaturas modernas por el converso español Pedro Alonso (2); pero dotando á Sofronia de aquella sublime abnegacion y varonil entereza, que sólo pudo aprender en la historia de los mártires, y dando al piadoso Olindo aquel amor puro y acendrado, que se alimenta en el silencio y aparece únicamente para conquistar la admiracion y el respeto de las almas elevadas, hacia la esencialmente suya; y despertando el mas vivo interés por aquella raza que, al yacer en duro cautiverio abrigaba tales virtudes,

(1) Mennechet, *Cours complet de litterature moderne*, tom. I, Lecc. XVI, París, 1858.

(2) *Disciplina Clericalis*, táb. I, ed. de París, 1824.

parecía justificar bajo el aspecto meramente humano, el generoso empeño con que habían corrido los cruzados á salvar la Palestina. (Canto II).

Mas si han convenido los criticos en que este patético cuadro se halla un tanto desligado de la accion principal del poema, no sucede asi respecto del bellissimo episodio de la fuga de Erminia, cuyo interés y oportunidad son unánimemente elogiados. Ni podia esperarse otra cosa, al ver pintadas con tan brillantes rasgos las sucesivas situaciones en que coloca el poeta á la desgraciada princesa, que lanzada de su reino por la espada de Tancredo y acogida á Jerusalem, contempla el terrible combate en que pone á riesgo su vida aquel denodado guerrero, y seducida por su amor abandona los hospitalarios muros, ganosa de curar sus heridas. En las dudas y temores que asaltan su corazon, ya representándole los peligros de su honor y su fama, ya impulsándole á atropellar por todo para llevar la salud al hombre á quien adora; en la infantil alegría con que acoge el proyecto de ceñir las armas de su amiga Clorinda, para salir sin riesgo de la bien guardada ciudad; en el angustioso anhelo con que espera, cercana al campamento cristiano, la vuelta del escudero enviado á la tienda de Tancredo para anunciarle su encubierta llegada; y finalmente en el susto y mortal congoja que se apoderan de su alma, al ser descubierta por el latino Poliferno, derramando la alarma en el campo cristiano, mientras huia despavorida sin direccion ni camino, supo atesorar el Tasso todas las bellezas del arte; preparando en las zozobras de aquella fatigosa y larga noche, á que sigue para la infeliz Erminia no menos triste dia, la apacible mañana en que llega á orillas del Jordan y halla seguro albergue en un aprisco de pastores. Contraste consolador el que ofrece al pecho fatigado aquella hermosa campiña, donde se mezcla el murmurio del rio al apacible canto de las aves, donde á los alegres acentos de las rústicas zagalas se une el son de dulce avena, y donde vestida de pellico ofrece la paz sus gratos dones, hablando por boca de un venerable anciano el lenguaje de la verdad que menosprecia y huye las vanidades del mundo!....(Canto VI y VII). La desconsolada virgen que tales riesgos habia corrido por salvar la vida de Tancredo, ansiando infundirle el mismo amor que la devora y gozar á su lado la felicidad que su alma presiente, hállale al cabo exánime sobre la arena, junto al cadáver del feroz Argante; y derramando sobre él abundoso llanto y estampando en sus moribundos labios ardoroso beso, logra restituírle á la vida, al pronunciar mágicas palabras, alcanzando así el único bien que en la tierra amicionaba. (Canto XIX).

No tan vario en sorprendentes situaciones, pero sí de los más bellos del poema, es el episodio del combate y de la muerte de Sueno, hijo del rey de Dania. Este valeroso príncipe, que inflamado por la fama de las grandes proezas de los héroes cristianos, y arrebatado de entusiasmo religioso, corría al suelo de Palestina para contribuir con dos mil vasallos suyos á sacar del poder sarraceno el Santo Sepulcro, vióse acometido, al pisar la Tierra Santa, por el poderoso ejército de Soliman, y oprimido de numerosas huestes comprende que sólo le era dado alcanzar

Corona di martirio, ó di vittoria.

Una noche entera pelea el malhadado ejército de Sueno, contando cada uno de sus soldados el número de veinte alfanques asestados contra su pecho. Al brillar la nueva aurora, mira el hijo del rey de Dania delante de sí una muralla de muertos y ve correr á sus plantas un río de sangre. Sólo cien guerreros sobrevivían en tan desigual contienda; mas lejos de abatirse su esforzado corazón, levanta su voz para confortar nuevamente á sus vasallos, y ensalzando el ejemplo de los que con su sangre les habían trazado el camino del cielo, opone al enjambre de bárbaros que por todas partes le acosa, un corazón de diamante. Abruñado bajo el peso de tantos golpes, pero no vencido, cae finalmente el malogrado Sueno herido por la espada de Soliman, conservando en su diestra el hierro formidable, que esgrimido por la de Reinaldo, debía poner término á la vida de aquel príncipe agareno. Un guerrero solo salva la suya entre todos los desdichados daneses, que hallaron la tumba, donde pensaron conquistar eterna gloria; y sacado de entre los muertos por dos hermitaños, que le muestran el cadáver de su príncipe vuelta la faz al cielo, armado de su espada, y puesta la siniestra mano sobre el pecho en ademán suplicatorio, recibe de aquellos santos varones el hierro predestinado; y repuesto algún tanto en la gruta por los mismos habitada, parte en busca del campo latino, obedeciendo así los preceptos de la Providencia. De esta manera se enlazaba estrechamente á la acción el patético episodio de Sueno, digno modelo de narraciones heroicas. (Canto VIII).

Igual felicidad y acierto descubrimos en los demás episodios ingeridos por el Tasso en la *Jerusalem libertada*: tiene, no obstante entre todos mayor interés por las circunstancias que rodean á los personajes, la historia de los amores de Armida y Reinaldo, fuente de bellísimas

pinturas y patéticas situaciones. Armida, sobrina de Idrate, el más celebrado mago de Oriente, persuadida por él de que hace un señalado servicio á la patria, dirigese al campo cristiano para seducir y apartar del asedio de Jerusalem á los más valientes caballeros. Bella, como ninguna, astuta, diestra en todo linage de intrigas mugeriles, y amaestrada en las artes mágicas, aparece en los reales de Gofredo, segura de postrar la entereza de los más temibles paladines y aspirando á prender en sus redes al mismo caudillo. Llorándose desposeida de la herencia de sus padres, proscripta y fugitiva, implora con fingida pena su proteccion; y cuando esta no sea posible, ruégale que le conceda corto número de guerreros cristianos para rescatar á Damasco, cuya posesion facilitarán sus parciales. No logran sus lágrimas seductororas vencer la razon de Gofredo, atento siempre al fin de la santa empresa de la Cruzada: en cambio enardecido Eustaquio y otros jóvenes campeones por el dolor y la hermosura de Armida, y llevados del sentimiento caballeresco, conjuran á Bullon, en nombre de la galanteria francesa, para que les permita restablecerla en el reino de sus abuelos; y el prudente caudillo cede al cabo á sus instancias, consintiendo en que diez caballeros de su campo abracen la fingida causa de la sagaz encantadora. Gozosa de su triunfo, esfuérase esta por aumentar el cortejo de sus adoradores, desplegando todas las gracias y encantos de que la habian dotado arte y naturaleza; y arrastrando consigo la flor de los guerreros cristianos, encerrábalos en su castillo, bajo el influjo de mágicos conjuros, enviándolos despues á Egipto, en cuyo camino reciben libertad de manos de Reinaldo. (Canto IV, V y X).

Este príncipe, á quien la muerte dada á Gernandó, hijo del rey de Noruega, habia lanzado del Campo de los cruzados, es desde aquel instante blanco de las iras de Armida: atraído por sus artes á la isla del Oronte, donde le adormece el deleitoso canto de las sirenas, vuela la ofendida maga á ejecutar en él los furores de su venganza; mas vencida por su varonil hermosura, siente brotar dentro del alma el fuego de una pasion desconocida, que la humilla y la avasalla. Trocado así el odio en vehemente amor, pónole dormido aun, en un carro y traspórtale á una de las islas Fortunadas, para gozar allí sin rivales ni testigos el fruto de sus deseadas caricias. La pintura de estos encantados jardines, que pone el Tasso en la cima de una escarpada montaña, recordando la isla de Aleina imaginada por Ariosto, respira toda voluptuosidad y molicie; oyéndose en medio del misterioso concierto de las aves, las aguas y los vientos la voz del fénix que dotado de lengua humana, brinda inagota-

ble dicha á los dos felices amantes. Reinaldo olvida en estos lugares la religion y la patria y con ellas las grandes hazañas de los Cruzados y los sueños de sus presentidas glorias; y mientras lloran su ausencia los paladines de la Cruz y sufren los estragos de las armas de Argante, Soliman y Clorinda y de los conjuros de Ismeno, enérvase y enloquece en brazos de Armida, decorando su pecho, avezado á bélicos arreos, adornos femeniles. Al cabo es roto este encantamiento por el poder superior de otro mago cristiano, que obedeciendo la voluntad de Pedro, el hermitaño, encamina á Carlos y Ubaldo al palacio de Armida, desvaneciendo todo obstáculo que se oponia al logro de esta empresa. La vista de los dos guerreros despierta de repente en Reinaldo el apagado instinto de la gloria, y reconocida por él la afrentosa postracion en que vive, al escuchar las nobles exortaciones de Ubaldo, aléjase de aquellas miradas del placer, sin que puedan ya aprisionarle de nuevo las tiernas, sumisas y apasionadas súplicas de Armida, que intenta al menos seguirle como esclava, pues que no puede ya señorearle como amante. Grande es el dolor y más terrible aun la desesperacion de Armida, al verse abandonada: dolor y desesperacion que traen á la memoria la malhadada suerte de Dido, pérfidamente burlada por el hijo de Anquises. Mas vuelta en sí, no apela como la triste reina de Cartago al hierro suicida para poner término á su quebranto; sólo el deseo de la venganza agita ya su corazon; y destruyendo sus jardines y palacio encantado, vuela en busca del Soldan de Egipto, para filiarse bajo sus banderas; otorgándose en premio al que la vengue del pérfido Reinaldo. Restituido en tanto al suelo de Palestina, descubre este en el escudo misterioso, con que le arma el mago cristiano, la historia de sus descendientes, y vencedor de la selva encantada, y triunfante de Soliman, Adrasto y Tisaferno, logra por último salvar á la desdichada Armida de la nueva desesperacion que la arrastraba á cortar el hilo de sus dias. (Cantos XIV, XV, XVI y XX).

Esta maravillosa é interesante historia, que se liga y rodea á la accion de la *Jerusalem libertada*, como se enlaza al tronco robusto del olmo la frondosa yedra, sobre enseñarnos hasta qué punto lleva el Tasso la fecundidad de su imaginacion, no temiendo la comparacion de dos grandes poetas como Virgilio y Ariosto, venia á resolver en el campo literario uno de los mas dificiles problemas apareciendo en ella en estrecho maridage el elemento heroico y el elemento caballeresco. Lástima grande que al poner en manos de Reinaldo el misterioso escudo, se dejara llevar del adulatorio propósito del cantor de Encas y del vate de

Reggio, ensalzando más de lo justo el valor y las hazañas de una serie de príncipes que apenas logran celebridad en la historia, la cual terminaba en Alfonso II de Este, indigno pagador de esta no merecida alabanza!..

Tras estos felices esfuerzos de la inventiva del Tasso, admiran todos los críticos, al examinar la *Jerusalem*, la gran copia de rasgos sublimes que la avaloran y son claro testimonio de la constante aspiración de su ingenio á remontarse á las regiones de la belleza ideal, brillando al par en la pintura de los personajes y discursos que pronuncian, en la descripción de los combates y en la elección de las comparaciones. «Semejante inclinación, dice un escritor digno de todo aprecio, resulta ya desde la invocación del poema, dirigida á aquella musa, que

..... di caduchi allori
Non circondi la fronte in Elicona,
Ma su nel cielo infra i beati cori
Hai di stelle immortali aurea corona;

reconócese asimismo en la manera nueva y verdaderamente sublime, con que se hace la exposición; en aquella mirada que lanza el Eterno sobre la Siria y sobre el ejército cristiano, mirada que penetra en el fondo de los corazones de todos los gefes y que nos hace también penetrar en ellos, dándonos á conocer desde los primeros versos, no solamente los personajes sino también los caracteres. Sin hablar de pasajes y episodios enteros que parecen dictados por esta aspiración continua á lo grande, lo bello y lo honesto, hállese también esa dote característica del Tasso en infinito número de pensamientos y de afectos, indicados algunas veces por la actitud sola ó por la expresión del rostro, como cuando advertido Reinaldo por Tancredo de que Bullon quiere prenderle, sonríe antes de responder, y un gesto desdeñoso anuncia tras esta sonrisa la indignación de su alma; anunciados otras en el más noble y poético estilo, como son los de aquel anciano que muestra al mismo héroe, libre apenas de los brazos de Armida, nuestro verdadero bien, no en las llanuras agradables, entre fuentes y flores, en medio de ninfas y sirenas, sino en la cima de un monte escarpado donde la virtud habita.»

No cumple á nuestro intento el proseguir señalando todos y cada uno de los retratos, arengas y descripciones, donde brillan esta elevación y nobleza, pues que además de prolijo, sería infructoso semejante empeño, cuando basta la lectura de la *Jerusalem* para saborear estas

bellezas de expresion, superiores á todo elogio. Pero no juzgamos fuera de sazón el advertir que ya pinte y haga hablar á Gofredo en medio de los príncipes coligados, ya le presente al recibir el mensaje del Soldan de Egipto, cuyos pactos rechaza con magnánimo pecho; ora le ponga en mitad de sus soldados para aplacar la discordia que los divide, ora le muestre implorando la clemencia divina, ó elevando al cielo sus miradas en hacimiento de gracias, siempre hallaremos aquellas vigorosas pinceladas que dan vida y majestad á tan generoso caudillo, poniendo de relieve los inmensos recursos poéticos poseidos por el Tasso. Y no brillan menos estas preciosas dotes, respecto de los retratos de los demás personajes, terminados cuidadosamente aun en mitad del fragor de las armas; arte difícil donde no tiene el cantor de Gofredo numerosos rivales. Séanos licito recordar sobre este punto algunos rasgos. Tancredo y Argante, cuya lid habia quedado aplazada desde los primeros cantos del poema, se encuentran al fin, y resuelven terminar el comenzado duelo: la lucha es terrible: cubiertos de heridas, despedazadas sus armas, corre la sangre por todas partes; Argante se derrumba al cabo, como una montaña; y mientras le ofrece Tancredo la vida, procura asestarle traidoramente una estocada, obligándole á darle muerte. Y sin embargo de esta accion reprobada, cuando vuelto en sí por los cuidados de Erminia y de Vafirin, su escudero, es conducido Tancredo al campamento cristiano, indignase de que se deje abandonado el cadáver de Argante, negándole así la honra debida á su insigne esfuerzo. (Canto XIX, oct. 116 y 117). Asaltados por Soliman los reales de Gofredo, embisten al valiente mahometano los hijos de Latino, cayendo uno á uno á los terribles golpes de su exterminador alfange; y mientras el triste anciano se lanza á la pelea, hallando la misma suerte que habia cobijado á sus cinco hijos, contempla Soliman á Lesbino, su querido page, acosado por la espada de Argilan, y vuela á socorrerle, separándose de Bullon, cuyo encuentro habia sido por él ambicionado. Tarde llegó al sitio donde Lesbino caía sin vida, cual tierna flor cortada por impii mano; y al mirar su rostro cubierto de la palidez de la muerte, aquel hombre para quien era la sangre grato espectáculo, siente enterrecido su feroz corazón, brotando de sus ojos abundosas lágrimas. El poeta exclama, al reconocer este triunfo del arte:

Tu piangi Soliman! Tu, che dirutto
Mirasti il regno tuo col ciglio asciutto?
(Cant. IX, oct. 86).

En la última batalla que pone término á la accion del poema, parece en cambio recobrase toda la ferocidad del sultan de Nicea: Odoardo y Gildipa, que al comenzar el combate habian logrado derrotar á los persas, encuentran (ya de vencida los sarracenos) al no desalentado Soliman que procuraba en vano traerlos de nuevo á la lid. Gildipa se adelanta á herirle la primera; pero insultando á entrambos esposos con descompuestas palabras, asesta el musulman tal golpe al pecho de la infeliz heroina, que rompiendo las armas que lo defienden, penetra su alfange en aquel seno.

Che de colpi d'Amor degno sol era.

Vacilando un momento sobre la silla, abandona las riendas, próxima á desplomarse del caballo. Odoardo vuela en su ayuda, y sosteniendo con el brazo izquierdo á su agonizante esposa, intenta vengarla con el derecho, agitado su corazon á un tiempo por la piedad y por la ira. El hierro de Soliman descarga de nuevo sobre aquel doloroso grupo, y cortado el brazo que recibía el cuerpo de Gildipa, cae esta desplomada, no tardando en seguirla el desdichado Odoardo, mientras se ufana Soliman de tal victoria. (Canto XX).

A estos rasgos originales, que pudiéramos multiplicar fácilmente, se agregan otros muchos de un mérito relevante, que descubriendo las fuentes en que el Tasso se inspiraba, enseñan el camino que debe seguirse para valorar las obras del ingenio con la sóbria y discreta imitacion de los antiguos. Ciertamente es que esta manera de imitacion, la cual lejos de humillar el verdadero poeta enriquece sus mas estimables creaciones, se halla sólo al alcance de los hombres privilegiados que saben asimilar y hacer suyos los tesoros de otros tiempos, siendo el escollo natural en que se estrellan los impotentes esfuerzos de las medianías. Por eso al considerar el acierto y oportunidad con que el cantor de Gofredo recuerda ó imita, dando nueva vida y frescura á los incidentes y situaciones, que traslada á su poema, en lugar de dirigir contra él severos cargos, tenémosle por digno de todo estudio y alabanza. Sus imitaciones que provienen de la prodigiosa estension de su lectura, de la observacion asidua é inteligente de la antigüedad clásica y de la riqueza extraordinaria de su memoria, ni se limitan á un solo modelo, ni se encierran en una época determinada: el Tasso tiene presente al mismo tiempo todas las producciones y todos los géneros: la poesia y la histo-

ria le ofrecen sus creaciones, no sólo en el siglo de oro de las letras griegas y latinas, sino tambien en los de corrupcion y decadencia; y enriquecido ya con los despojos de la antigüedad, vuelve su vista al arte de la edad media para demandarle inspiraciones. Así, mientras le vemos tomar por maestros principales á Homero y á Virgilio, no se desdén de seguir las huellas de Lucano y Silio Itálico, de Ovidio y Lucrecio, de Claudiano y Eliodoro, ni olvida tampoco á Julio César y á Tácito, pagando igual tributo á Dante y Petrarca, Sannazaro y Vida, sus compatriotas.

Tarea larga seria la de señalar todos estos recuerdos é imitaciones: sobre los ya indicados nos será permitido, sin embargo, traer aquí algunos ejemplos que justifiquen nuestros asertos. Argante (que aparece en la escena como embajador del Soldan de Egipto) al escuchar la respuesta dada por Gofredo á la demanda de aquel soberano, expresada por Aleto, pliega con ademan feroz su manto, y dando á escoger al caudillo cristiano entre la paz y la guerra, desplégalo con no menor ferocidad al oír el belicoso grito, con que responde el ejército cristiano á la propuesta del Soldan, sacudiéndolo despues y declarando guerra á muerte á Bullon y los suyos. Este rasgo era visible recuerdo de la pintura que hace Silio Itálico de Fábio, al declarar la guerra al senado de Cartago: he aquí el pasage de Silio:

Non ultra patiens Fabius texisse dolorem,
Concilium exposuit properè pratribusque vocatis,
Bellum se gestare sinu pacemque profatus
Quid sedeat legere ambiguus neu fallere dictis
Imperat: ac særo neutrum renuente Senatu,
Ceu clausas acies gremioque effunderet arma,
Accipite infaustum Libyæ eventuque priori
Par, inquit, bellum; et laxos effundit amictus.

(*De Bello Punico*, lib. II, v. 382).

Asaltada Jerusalem por los cristianos, y apretados en todas partes los sarracenos, veíase ya la ciudad á punto de rendirse, cuando herido Gofredo por una flecha, retrocede el ejército sitiador, restituyendo á los sitiados el perdido aliento. Soliman y Argante, rivales en el valor y en el anhelo de la gloria, ven llegado el momento de coronar sus esfuer-

zos, desbaratando á los cruzados. Argante provoca al rey de Nicca, diciéndole:

Solimano, ecco il loco ed ecco l'ora
Che del nostro valor giudice fia.
Che cessi?....O di che temi?....Or cortá fuora
Cerchi il pregio sovrán chi piú il desia.

(Cant. XI, Oct. 63).

Semejante rivalidad, que contribuye en gran manera á caracterizar á los dos caudillos sarracenos, tenia ejemplo en los *Comentarios* de César, donde los centuriones Vareno y Pulfion, ilustres ambos por sus hazañas, se excitan á salir contra los gaulas, que tenian cercado el campamento romano, con gran peligro de sus aguerridas legiones. Pulfion que disputaba á Vareno la supremacia de las armas, le dice:

¿Quid dubitas Varene?....Aut quem locum probandæ virtutis, tuæ spectas?....Hic dies de controversiis nostris judicabit.

Y estos recuerdos tan hábilmente aprovechados por el genio del Tasso, refiérense tambien á personajes entre cuyos caractéres no existe una relacion tan estrecha. Tal sucede con la expedicion de Argante y de Clorinda, en que intenta esta heroína poner fuego á la gran máquina de guerra que tan profundo terror habia infundido en los cercados: ni un rasgo siquiera hay en la pintura de uno y otro que traiga á la memoria la tierna amistad de Eurialo y Niso, simpáticas figuras trazadas por el delicado pincel de Maron; y sin embargo existe notable semejanza entre una y otra aventura, semejanza que se hace todavia más sensible al comparar las sucesivas situaciones en que uno y otro poeta colocan á sus personajes: proyecto, discursos, presentacion al rey, alegría y esperanzas de que éste se muestra poseido, hasta las mismas frases y aun los versos del Tasso parecen calcados sobre los de Virgilio, dándonos cabal idea del talento con que el cantor de la *Jerusalem* sabia apropiarse las bellezas de la literatura clásica, sin arriesgar su reputacion, ni ser tenido por descolorido copista.

Esta facultad de las inteligencias superiores, tan elogiada por los críticos franceses en sus primeros poetas, resalta aun más en el Tasso respecto de los pormenores, siendo tan frecuentes las felices imitaciones de los vates latinos, que, segun la opinion de algunos escritores, puede asegurarse que vió los objetos de la naturaleza á la luz que aquellos les prestaban. Da esta circunstancia cierta elevacion y dignidad al estilo y

lenguaje de la *Jerusalem*, convenientes en gran manera á la magestad del asunto; pero si licito nos parece el observar que reconocen tan noble origen multitud de las bellezas de expresion que esmaltan el poema justo creemos tambien el dejar consignado que no pocas son originales del Tasso, quien pinta y describe con admirable sencillez y frescura, siendo generalmente afortunado en la eleccion de los símiles. Separar todas las imitaciones de los rasgos originales empresa es propia de los comentaristas, quienes no han escaseado en verdad esfuerzo alguno en este linage de ensayos: á nosotros cumple solo manifestar que ya recuerde, ya invente, procura y logra siempre mantenerse á la altura de las situaciones, si bien la riqueza de imaginacion le lleva alguna vez a falsearlas con inútiles é impertinentes circunstancias. Defecto es este que exageraron los enemigos del Tasso, al aparecer la *Jerusalem libertada* y que han reconocido despues su más ardientes admiradores, hallándolo propagado á la mayor parte de los poetas del siglo XVI. «¿Quién puede gloriarse de estar exento?» (decia Metastasio, al comparar el mérito de los dos grandes ingenios, entre quienes veia dividido el campo literario). «Bueno fuera (añade) que las obras del uno estuviesen limpias de ciertos *concetti*, indignos de la elevacion de su talento; pero tambien repugnan en las del otro sus bufonías, poco decentes para un escritor ilustrado. Reconócese que en el poema del Tasso podrian haberse expresado los sentimientos amorosos de una manera menos afectada; pero lograría mayor estima el autor del *Orlando*, si los hubiese pintado de un modo menos natural. Sería no obstante el colmo de la malquerencia, de la vanidad y de la pedanteria el afanarse por descubrir en estos seres luminosos algunos despreciables lunares, esparcidos entre innumerables bellezas.»

Huyamos pues la digna censura de Metastasio: el sumario exámen que hemos hecho de la *Jerusalem libertada* prueba que si este poema sólo puede ser antepuesto ó nivelado por la ciega parcialidad á las inmortales creaciones de Homero y de Virgilio, merece un lugar distinguido entre las primeras obras del arte. «Injusto seria (escribe un conienzudo crítico) preferirle entre los antiguos las producciones de Lucrecio, Stacio y Silio: entre los modernos, á pesar de algunos pasages sublimes de los *Lusiadas*, no puede Camoens sostener la comparacion, sin riesgo de ser vencido: Milton, más sublime aun, tiene contra sí la rareza, la tristeza, en una palabra, la infelicidad del asunto: el Ariosto ha burlado con demasia en el suyo, apartándose á sabiendas de la dignidad de la epopeya: ni Francia ni otra nacion de Europa posee, finalmente,

obra alguna que pueda disputar á la *Jerusalem libertada* el galardón del poema épico: hallándose colocada inmediatamente despues de la *Iliada* y la *Enéida*, es por consecuencia el primero de todos los poemas heróicos modernos (1).»

Más adelante tendremos tal vez ocasion de completar estos estudios con el exámen de las traducciones castellanas de la inmortal obra del Tasso, reconociendo así la influencia que ha podido ejercer en la literatura española de los tres últimos siglos.

(1) Ginguéné, *Hist. litt. d' Italie*, parte II, cap. 46.

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

UN PASEO

A LAS RUINAS DE HERCULANO Y DE POMPEYA.

Dos cosas existen en Nápoles que llaman preferentemente la atención del viajero, y que pudieran justificar por si solas la prodigiosa afluencia de extranjeros que á esta capital acude. Una de ellas es el Vesubio, sobre el que no hace mucho tiempo la *Revista de España y del Estrangero* publicó un exacto y notable artículo; la otra, son las ruinas, si así pueden llamarse de las dos ciudades que hemos nombrado al empezar estos renglones; celebradas y famosas en el día, que sus desiertas casas y sus calles silenciosas se presentan á nuestra vista como un recuerdo solemne de tiempos que pasaron; mucho menos conocidas y apreciadas en la lejana época de su existencia. Sea esto efecto de la natural propension de ciertos ánimos á dar grande importancia á lo pasado y tener en poco lo presente, ó de los motivos positivos que la maravillosa exhumacion de ambas ciudades prestan á nuestra admiracion, el hecho no deja de ser de todos modos igualmente exacto.

Este pais, que no es por cierto donde mas progresos ha hecho el movimiento que impele á los pueblos modernos hácia el fomento de sus intereses materiales, cuenta, sin embargo, varios caminos de hierro, y

uno de ellos que conduce hasta Nocera, distante unas veinte millas de esta capital, atraviesa las alegres poblaciones de Porticci, Resina, torre del Greco, á las que las columnatas de Herculano sirven aun de sólido cimiento, Pagani y otras varias, pudiendo dejar al viagero á pocos pasos de Pompeya. Nada hay comparable al aspecto que presentan los campos que por ambos lados del ferro-carril se estienden.

Su extraordinaria fertilidad les permite dar casi simultáneamente tres cosechas, y en un mismo término obsérvanse espesos trigos ó maizales, árboles frutales y pujantes parras, cuyas ramas entretejidas con las de los árboles inmediatos forman vistosos pabellones. Esto no obstante, tal es la calidad de aquellos terrenos y lo esmerado de su cultivo, que dejan rara vez de acudir al labrador con un cuarenta por uno; mientras que los mejores de nuestra Castilla destinados tan solo á los cereales producen difícilmente la mitad en las buenas cosechas.

Cuando se fija un poco la atencion (y no es posible dejar de hacerlo) en lo rico y variado de estos paisajes, en los encantos de su voluptuoso cielo, y se siente la influencia benigna de este clima, compréndese sin dificultad por qué la Italia ha sido y será siempre la patria predilecta de las letras y las artes, aun prescindiendo de las causas naturales que deben tambien influir en la organizacion de sus individuos, y á pesar de los obstáculos que gobiernos mas ó menos ilustrados puedan oponer á su desarrollo. Embebidos en estas y otras consideraciones de igual naturaleza, atravesamos las deliciosas casas de campo de Porticci, punto de reunion de la alta sociedad en el otoño, y llegamos en pocos minutos al pueblecito de Resina, bajo cuyas casas yace en parte Herculano, circunstancia lamentable, puesto que á ella debemos que sus escavaciones se hallen desgraciadamente interrumpidas.

Las laboriosas investigaciones de algunos eruditos apoyadas sobre varios pasages de escritores antiguos, no habian sido bastantes para acertar con su situacion verdadera, y la casualidad vino tambien esta vez para mortificacion de nuestro orgullo en auxilio de la ciencia.

Un pobre labrador cavando un pozo en el sitio que ocupa el teatro, fué la causa de un descubrimiento que habia de llenar de admiracion á la Europa culta, suministrar nuevos materiales á la historia y producir una especie de revolucion en las artes, puesto que la imitacion de los numerosos objetos de tan inesperado modo exhumados, generalizóse desde entonces y se hizo en extremo frecuente.

Empezáronse flojamente las escavaciones en el año 1711, y á pesar de haber tenido ya lugar por entonces la estraccion de interesantísimos

objetos, continuaron punto menos que abandonadas, hasta que en 1738 el rey Carlos III comenzó á darles un nuevo y mas poderoso impulso. El verdadero y formal descubrimiento de la ciudad de Herculano puede, pues, decirse que data desde esta última época. Que su fundacion sea debida á Hércules, como algunos eruditos pretenden estribando la mayor fuerza de sus argumentos en la analogía de los nombres, ó que sea mas pobre y humilde su linage, asunto es que no juzgamos de la mayor importancia, ni su dilucidacion propia de un artículo de esta especie. Creemos que el lector se contentará con saber que existía ya en los primeros tiempos de la república romana, que los griegos fundaron en ella una colonia, y que sitiada por los romanos que no tardaron en someterla, conservóse constantemente en su poder, hasta que un suceso para nosotros felicísimo, vino á sepultarla. Cual haya sido este es cuestion que no se halla completamente resuelta, puesto que graves inconvenientes pueden oponerse á la opinion mas generalmente admitida, á saber: que las lavas y cenizas producidas por la horrorosa erupcion acaecida en el año 79 de nuestra era, de la que Plinio el Joven nos ha trasmitido tan circunstanciados y preciosos pormenores, contó en el número de sus estragos el soterramiento de estas dos insignes ciudades.

En efecto, las observaciones geológicas hechas modernamente, suministran indicios fuertes contra este dictámen, cuyo mayor apoyo por otra parte, ha sido hasta aquí, y aun continúa siéndolo un respeto exagerado por la historia. Pero ni aun en este terreno quieren darse sus contradictores por vencidos, y fuerza es confesar que no carecen completamente de valor los argumentos que aducen. Plinio el Joven que dedica á Tácito una larga carta refiriéndole la dolorosa pérdida de su tío, victima de su inconsiderado amor á la ciencia y de las iras del Vesubio; Plinio el Joven que desde el cabo Miseno observaba tambien las diversas faces de aquella erupcion espantosa, y que con tan vivo colorido numera sus estragos, ni una palabra dice de los dos pueblos que nos ocupan; y solo Dion-Casio que escribió cien años despues su historia romana, sienta una opinion que á la sombra de su autoridad, y acaso sin el suficiente exámen, ha sido posteriormente propalada. Las fabulas por otra parte con que este historiador mezcla su narracion, como cuando dice que estrañas y gigantescas figuras vagaban por el espacio la noche que precedió á aquella erupcion famosa, que un rumor de trompas que de las entrañas del Vesubio salia habia difundido el espanto por las poblaciones comarcanas, y otras patrañas por el mismo es-

tilo, prueban al parecer de un modo convincente, que no es su simple aseveracion en la materia uno de aquellos argumentos que cierran todo lugar á la duda.

El espesor de las materias que hoy dia cubren á Herculano es nada menos que de 60 pies, volúmen escesivo para haber sido de una sola vez acumulado, y entre las diversas capas que lo forman, y que hacen subir hasta nueve los geólogos, solo la quinta afirman que pueda haber ido á parar alli por medio de una erupcion volcánica.

Pero por bajo de estas capas encuéntranse otras cuatro que de ningun modo admiten como de la misma procedencia, y que habian ya bastado y aun sobrado para sepultar la ciudad, á escepcion de las últimas graderías del teatro colocado en la parte mas elevada de ella. Es cierto que se han hallado rollos de papiro carbonizado que constituyen hoy uno de los tesoros mas preciados de este real Museo, y que carbonizadas están tambien las vigas y maderos que forman el armazon de algunas casas; pero la fuerza de semejante argumento cae completamente por tierra cuando se sabe que este efecto puede muy bien ser producido sin el auxilio del fuego, y bastando para ello el que tales objetos hayan estado soterrados durante un largo espacio de tiempo y mayormente si han recibido el contacto de aguas que se hallasen mas ó menos impregnadas de ácido sulfúrico. Asi se han observado bosques enteros sepultados por los aluviones, transformados en carbon completamente; siendo ademas una opinion acreditada entre las personas de la ciencia, no ser otra cosa el carbon fosil mas que una sustancia vegetal. El fuego por el contrario hubiera con mas probabilidad reducido á cenizas los papiros y hecho desaparecer completamente los innumerables objetos que han sido por fortuna conservados y entre los que se cuentan hasta legumbres, frutas, pan, etc., etc. Los geólogos y naturalistas concluyen pues de estas razones y de otras varias que omitimos por no hacer este apunte sobradamente prolijo, que el soterramiento de entrambas ciudades no pudo tener otro origen que el de uno ó mas inmensos aluviones que arrastrasen en su curso las materias volcánicas que el Vesubio ha depositado y esparcido por sus inmediaciones, asi como otras no volcánicas de que tambien se hallan cubiertas. No de otra suerte ha perecido en nuestros dias el pueblo de Gasalonga, inmediato al famoso monasterio de la Cava, y en la antigüedad las ciudades de Baia y de Puteolum, donde aun se conservan hoy dia en pie y como desafiando á los siglos de que parecen el emblema, los restos magestuosos del templo de Serapis y otras ruinas notables.

Destruida la opinion que suponía la catástrofe que nos ocupa producida por las encendidas lavas y cenizas arrojadas en la erupcion del año 79 de nuestra era, tocaba á sus contradictores indagar la época en que pudo haber tenido lugar. Séneca escribe, y lo refieren tambien otros autores, haberse verificado en su tiempo un fuerte terremoto que ocasionó grandes daños en estas dos desgraciadas poblaciones, y en Pompeya particularmente obsérvanse todavía señales que así parecen plenamente confirmarlo. Hemos visto poco antes ademas que Dion-Casio, que escribió en el último tercio del siguiente siglo, es el primero que habla de la destruccion de entrambas ciudades, y pues que así confundió la causa que la produjo, es de suponer que semejante suceso hubiera tenido lugar con bastante anterioridad á su tiempo. Pero lo que puede añadir nueva luz á la materia es una curiosísima circunstancia que puede observarse en varios puntos de Pompeya, y mas claramente en la calle de los Sepulcros. Hállanse en ella apoyados todavía contra las paredes varios fragmentos arquitectónicos con prolijas y elegantes labores, y que presentan claras señales de haber pertenecido á edificios que el terremoto que Séneca refiere debió haber destruido; y á su lado véanse otros pedazos de la misma piedra, en los que se observan idénticos dibujos aunque no del todo concluidos, con lo que se conoce que los habitantes de Pompeya trataban de reparar los estragos de la primera catástrofe, cuando otra mayor y mas completa vino á hacer inútil su trabajo y á ofrecer una nueva prueba de la vanidad é insuficiencia de la prevision humana.

Resulta, pues, de aquí que el suceso que nos ocupa debió acaecer de todos modos poco despues del ya citado terremoto, y por consiguiente en la época poco mas ó menos que hasta ahora le habian asignado; circunstancia que podría conciliar en nuestro concepto ambas opiniones, no viendo graves inconvenientes en admitir que un aluvion, si, pero un aluvion producido por la erupcion famosa de que nos hemos ocupado, fué la causa de tamaña catástrofe; no siendo en verdad cosa rara que el Vesubio arroje torrentes de agua hirviendo al mismo tiempo que las demas materias que encierra en sus abrasadas entrañas. De todos modos lo mas importante es que quede fijada la época que hasta aquí se habia comunmente señalado, pudiéndonos servir para determinar hasta cierto punto cual era el estado de las artes, y lo generalizadas que se hallaban en el pueblo romano, en un tiempo en que este habia llegado al grado mas alto de su poder.

La estrella de Roma derramaba entonces por el mundo sus mas vi-

TOMO IV.

4

vos resplandores, y estaba aun lejos el día en que la caída de aquel coloso, semejante á los héroes de Homero, debía hacer estremecerse la tierra que por tantos años lo habia sustentado. Fatigado de conquistas, y lleno el orbe de su gloria, Roma gozaba tranquilamente del fruto de sus victorias; y las inmensas riquezas de sus patricios allegadas del mundo entero y generalizadas en extremo, hicieron brotar por todas partes teatros, circos, templos y otros monumentos que aun con justo título nos admiran, ya que no podian emplearse en empresas industriales que aquella época desconocia, y que tan poco en armonía se encontraban con las ideas en ella dominantes. Asi veremos en los dos pueblos que vamos á recorrer, ambos de no grande importancia en la antigüedad, edificios de inmenso coste, de puro gusto, y de los que aun bajo este solo aspecto, podrian gloriarse justamente las primeras capitales de nuestros días.

Apenas llegados á Resina apoderóse de nosotros uno de esos guías que por toda Italia pululan, conocidos con el modesto título de *Ciceronis*, y que tienen el raro privilegio de referir con un admirable aplomo los sucesos mas inverosímiles y absurdos. Acompañados, pues, de este inevitable personage, bajamos la estrecha escalera que conduce al teatro, habiendo encendido préviamente las velas de cera que debian alumbrarnos en aquella nueva catacumba. La existencia de la poblacion á que el teatro sirve de cimiento, no ha permitido ponerlo á descubierto, ni dar en lo interior la suficiente estension á las escavaciones, habiendo sido preciso dejar algunos puntos obstruidos, y establecer nuevas entradas y salidas, que le hacen asemejarse á un verdadero laberinto. Pero aun en este estado obsérvase perfectamente su forma, su distribucion, sus dimensiones, y la imaginacion suple con facilidad lo que no pueden ver los ojos. Recorrimos parte de sus corredores, cuyas paredes se hallaban, y aun se hallan en algunos puntos revestidas de bruñidos mármoles, subimos por aquellas graderías en las que tantas veces se habia sentado el pueblo de Augusto, Neron y del gran Tito; entramos en el gran palco espacioso y casi intacto del procónsul ó gobernador de la villa, en donde se encontró la elegante silla curul de bronce que hoy se admira en el Museo, y nuestro pecho se sentia oprimido y nuestra imaginacion se espaciaba en un mundo de recuerdos. Entramos tambien en el proscenio, de una anchura considerable, y casi el doble de la que tiene el del teatro de San Carlos, uno de los mayores de Europa. El fondo lo forma una fachada sencilla, adornada con varias columnas, lo que constituia, como es sabido, la única decoracion en aquellos tiempos

conocida. Allí habian resonado hacia diez y ocho siglos los versos de Plauto y de Terencio, y allí tambien un gran pueblo divertíase y se regocijaba confiadamente la vispera del dia que debia dejarle sin patria, sin hogar, y á algunos sin familia. Asi es la vida.

En la parte anterior del proscenio hállanse unos nichos semicirculares que se suponen destinados á los músicos, y á entrambos lados de él encontrábanse las dos estatuas de los Balbos, que figuran hoy tambien en el Museo como la mayor parte de los objetos estraidos. Detras se encuentra una especie de aposento que nuestro guía calificó, no sabemos si con razon ó sin ella, de vestuario, y en cuya pared revestida aun de la materia que lo hubo soterrado, vése la impresion perfectamente señalada de un cuerpo humano, que el *lapilo*, reducido por el agua á un estado de pasta, pudo formar pasando por encima de algun busto, ó acaso mas bien de alguna de las máscaras que usaban los histriones, puesto que tan solo el rostro ha quedado señalado.

Lo que nos restaba ver en Herculano era una calle que conducia antiguamente hasta el mar, hoy retirado como una milla de la ciudad, y algunas casas en peor estado que las de Pompeya y que no presentan con respecto á estas ninguna particularidad notable. Es de deplorar que los demas descubrimientos que se han hecho haya sido necesario soterrarlos nuevamente por creer que asi lo exigia la seguridad de las poblaciones que se hallan sobrepuestas, y que no nos sea dado á nosotros admirar el foro, dónde los romanos desplegaban toda la grandiosidad de su arquitectura, y entre otros varios edificios, la soberbia casa llamada de los Papiros, por ser en ella donde se encontraron encerrados en varias cajas de forma cilindrica 800 rollos ó volúmenes de que hemos hecho poco antes mencion, y que la ciencia moderna ha conseguido desenvolver y descifrar en gran parte, á pesar de hallarse completamente carbonizados. De esta casa fué tambien estraida la estatua célebre de Aristides, y solo en su espacioso patio rodeado de numerosas columnas de mármol blanco, encontráronse quince estatuas de bronce que servian para adornar dos grandes fuentes, cuyos recipientes ó pilones estaban revestidos de mosaicos.

Lujo sorprendente en un pueblo no de la mayor importancia, y que sirve para darnos una idea de lo que podian ser las casas de los Luculos, Poliones y otros personajes cuyas riquezas tanto nos ha ponderado la historia. De Herculano, pueblo de mucha mayor consideracion que Pompeya, han sido estraidos los objetos de mas precio y de todos géneros que hoy forman la sin par coleccion de este Museo; y no cesaremos de

deplorar que no se ocurra el medio á algun entendido arquitecto de establecer un sistema de escavacion que conciliase la seguridad de las poblaciones que se hallen en la parte superior, con la continuacion de unas investigaciones de que tantas riquezas podriamos todavia prometernos. La Italia debe saber sobradamente el partido que saca de los tesoros de que la ha hecho la antigüedad depositaria, para que así descuide la explotacion de objetos que pudieran doblar el número, ya tan considerable, de extrangeros que acude constantemente á rendirle el tributo no solo de su admiracion sino de sus riquezas.

Visitado Herculano, encaminámonos á Pompeya, descubierta por efecto de otra casualidad en el año 1748, y que yace en gran parte bajo una capa de *lapilo*, cuyo mayor espesor es de ocho á diez pies. Durante esta corta travesía fuimos repasando en nuestra memoria las infinitas vicisitudes por que la humanidad habia pasado, los trastornos, guerras y desastres de todo género que la habian afligido en el espacio de tiempo que las ruinas á que nos dirigiamos y las que acabábamos de dejar representaban; y al reflexionar al mismo tiempo sobre tantos imperios acabados, tantas ciudades destruidas y tantos grandes hombres de quienes queda apenas la memoria, una multitud de ideas tristes asaltaban nuestra mente. El hombre ha sido en todos tiempos desgraciado, nos decíamos, y las huellas que ha dejado en la historia, hallanse harto frecuentemente regadas por su llanto. Anduvimos algunos pasos mas, y nos encontramos en la calle de los Sepulcros, situada á la entrada de la ciudad, como es sabido era costumbre entre los romanos. Los viajeros y transeuntes podian de ese modo al echar una mirada sobre aquellos fúnebres monumentos, y al leer las inscripciones en ellos colocadas, inspirarse de profundas y severas ideas, y recibir altas lecciones de moralidad y virtud. A entrambos lados de la calle, vése una larga série de sepulcros, la mayor parte completamente intactos, todos de piedra, y muchos de ellos notables por su grandiosidad y elegancia. El pueblo romano es uno de los que mas han sabido honrar la memoria de los muertos, y á esta costumbre, tan propia para excitar una emulation noble y generosa, se debió en gran parte segun Polibio, la superioridad que por tanto tiempo obtuvo sobre sus enemigos. Consérvanse en algunos de estos monumentos curiosos, bajos relieves representando los combates de gladiadores que precedian á veces las exéquias, varias alegorias de la muerte, sacrificios, etc. etc. Algunos de ellos encuéntranse vacíos, en otros véense todavia urnas cinerarias; vasos lacrimatorios, huesos y varias monedas con las que las almas debian de pagar su

pasage al terrible barquero del Averno. La calle presenta una regular extension, se halla perfectamente enlosada con anchos pedazos de lava, en los que la huella de los carros está aun profundamente señalada, y de trecho en trecho se encuentran los *sediles*, bancos semi-circulares donde los vivos descansaban al lado de los muertos. Inmediato al sepulcro llamado de Diómedes, se observa el *silicornium*, lugar donde los parientes y amigos del difunto se reunian y celebraban un banquete en su memoria, y aun se ven en él la mesa, los asientos ó lechos en su derredor, y los restos del altar en que se hacian los sacrificios á las divinidades infernales.

En la estremidad de la calle está la puerta de Herculano, una de las cinco que hasta ahora se han descubierto, y á la derecha de ella una garita, donde se halló el esqueleto de un centinela, su casco y lanza. Aquel infeliz murió víctima de la disciplina, á la que es sabido que el pueblo romano debió en gran parte sus conquistas, y este solo rasgo pudiera servirnos, á falta de otros, como una prueba del grado de rigidez á que habian sabido llevarla. Al pasar bajo el arco de aquella puerta por la que habian pasado tambien millares de hombres colocados en situacion tan diferente de la nuestra, de costumbres y creencias tan diversas y al hallarse dentro de aquella ciudad casi intacta y surgida como por encanto del seno de la tierra, siéntese uno trasportado á otra edad, la memoria que ensancha en cierto modo los términos de la vida, trae á la imaginacion multitud de recuerdos y el ánimo se queda absorto y sorprendido. Todo alli se encuentra en un estado de conservacion admirable, teatros, casas, tiendas, y al contemplar las habitaciones que han sobrevivido diez y ocho siglos á sus últimos moradores, sus pinturas, sus muebles y utensilios, siéntese una emocion estraña y le parece á uno asistir á las escenas mas íntimas de la vida de un pueblo que estamos acostumbrados á admirar desde nuestra infancia. Háse dicho que un paseo por Pompeya es mas instructivo que la lectura de muchos volúmenes de historia y poesía latinas; nosotros creemos que puede al menos ser en muchas cosas su mejor y mas útil comentario. La descripcion detallada de todo lo que contiene, seria interesante para muy pocos, enojosa para los mas y excederia con mucho los limites de un artículo.

Habremos, pues, de contentarnos con apuntar tan solo lo que juzguemos mas notable. Nos hallábamos en la vía Domiciiana, y una de las primeras casas, donde entramos fué en la conocida con el nombre de Salustio, por haberse observado este escrito en su fachada. Esta casa

es una de las mas bien conservadas y mejores de Pompeya, y en ella pueden contemplarse todavía pinturas de admirable frescura, de dibujo correcto y en las que se nota un conocimiento perfecto del claro oscuro y del colorido. Además de cierta clase de adornos de sumo gusto, que domina en todas las habitaciones hasta ahora descubiertas, y que presenta una singular semejanza con las conocidas *lochas* de Rafael, véñese también en sus paredes varios pasajes mitológicos, descollando entre otros el que representa á Acteon convertido en ciervo, acosado por una trahilla de perros que encarnizadamente le persiguen, y á Diana gozándose en su venganza. La figura de la diosa está dotada de la conveniente espresion, y por estas y otras muestras que tanto en Pompeya como en Herculano se han descubierto, viénese en conocimiento fácilmente de que el arte de la pintura no debió ceder en nada entre los antiguos al de la escultura de quien se le supone hijo, y que los cuadros de Zeuxis, Protogenes y Apeles podrian figurar dignamente al lado de las obras mas celebradas de Fidias y de Praxiteles.

Las costumbres de los antiguos, así como lo que podríamos llamar ciertas formas ó conveniencias sociales diferian tanto de las nuestras, cuanto su sensual y complicada mitología de la pureza y espiritualismo de la religion revelada, y así no es extraño ver á menudo reproducidas, bien por medio de la pintura, ó bien en estatuas, mosaicos y bajos relieves, escenas repugnantes bajo el punto de vista en que nuestra sociedad se halla colocada y alguna de las cuales la administracion napolitana se ha visto obligada á ocultar á los ojos del público, encerrándolas en la parte reservada de este real Museo.

Pocos son los asuntos familiares que hemos visto reproducidos en Pompeya, poquísimos los históricos y muchos los mitológicos, sobresaliendo en particular los que mas directamente hablan á los sentidos, objeto preferente del culto antiguo. El amor, las ninfas, las gracias, las bacantes, ofrecian inagotables inspiraciones á sus artistas, como á sus poetas y véñese representadas continuamente bajo diversas formas y actitudes, las mas veces aéreas y graciosas. Nosotros mirábamos todos aquellos diversos restos del arte antiguo como una ilustracion, digámoslo así á las palabras de sus poetas, de sus filósofos y de sus oradores; apreciábamos la íntima conexion que las letras y las artes han tenido en todos tiempos, sirviéndose frecuentemente de intérpretes las unas á las otras, y nos esplicábamos de esa manera por qué al renacimiento de las letras debió ir unido el empeño que caracterizó á la época en que tuvo lugar, por la exhumacion y estudio de los monumentos ar-

tísticos que debían servirle de indispensable y fecundo comentario.

La distribucion de la casa de Salustio, así como la de todas las demás que hemos observado, es sencilla, y puede servirnos para conocer hasta cierto punto el modo de vivir de los romanos.

Entrase por un pequeño vestíbulo que conduce á un grande átrio en medio del cual se halla el *impluvium*, lugar destinado á recoger las aguas de las lluvias, que iban á parar desde allí á una cisterna inmediata; á los lados de este átrio se encuentran varias habitaciones, por lo general reducidas, sin ninguna comunicacion interior, y recibiendo la luz por la puerta de entrada ó por ventanas colocadas á sus lados.

En seguida éntrase en el *tablinium*, pieza de conversacion y de recibimiento, que generalmente se hallaba adornada con mayor esplendor y esmero; de allí se pasa al *peristilum*, en medio del cual habia un jardín y á los lados pequeños aposentos, y por último se llega al *tridinium*, *triclinium* ó comedor, en donde se halla colocada una mesa cuadrilonga de piedra ceñida por tres de sus lados de asientos continuados, ó mejor dicho, lechos (puesto que sabida es la costumbre de los romanos de comer recostados) quedando el otro expedito para que los esclavos pudieran servir mas fácilmente. El lujo que en sus cenas desplegaban los romanos era verdaderamente prodigioso, y sirve para darnos una idea del grado de corrupcion á que habian llegado sus costumbres, despues que una no interrumpida série de conquistas les hicieron dueños de las riquezas del mundo entonces conocido y en especial del opulento imperio asiático. Baste saber que, segun Suetonio, Vitelio inventó un plato cuyo valor equivalente en nuestra moneda viene á ser de unos dos mil duros, y en cuya composicion hizo entrar lenguas de papayos, hígados de peces raros traídos de las regiones mas remotas, y otros ingredientes mas propios para aumentar su coste que para regalar los paladares. Las mesas eran tambien á veces de marfil y de metales preciosos, y algunas se hallaban cubiertas con una sutilísima lámina de conchas de tortugas que hacian venir con este objeto del Océano Indico, y á la que llegaban á dar un brillo y transparencia semejantes á la del mas terso cristal.

En las casas de mas importancia que la que acabamos de describir, como por ejemplo las llamadas de Pansa, del Fauno y otras, antes del tridinio hállase otro peristilo con sus correspondientes habitaciones á los lados, y en el centro vastos estanques ó elegantes fuentes. Los intercolumnios están á veces cerrados, hasta una proporcionada altura, con una ligera pared revestida de un estuco en extremo consistente,

cuya composicion nosotros no conocemos, y que era de muy comun uso entre los romanos.

Esta pared servia para sostener una linea continuada de tiestos y jarrones de balsámicas flores, y á veces en medio del peristilo hallábase tambien otro jardin. La naturaleza tenia siempre una buena parte en las producciones de todo género de los antiguos, y su sistema de arquitectura les permitia gozar mas que nosotros de su variado y aqui siempre apacible espectáculo.

En el peristilo suele generalmente encontrarse una especie de altar ocupado por la divinidad, cuya cualidad dominante mas en armonia se hallaba con los gustos y pasiones del dueño de la casa, lo que no obstaba para que tributasen el mismo culto á los lares y penates cuyas imágenes colocaban por lo comun en las alcobas. Las casas no tienen generalmente mas que uno ó dos pisos, aunque se han hallado algunas, entre otras la llamada de Diomedes, que cuentan hasta tres, repitiéndose en todas la misma distribucion con muy pocas variantes. No decimos que esta sea la mas cómoda, ni que pudiera ser la mas á propósito para satisfacer el gusto ni las exigencias modernas, pero si que presenta un conjunto grandioso y uniforme, que lo severo y rico de los muebles y adornos con que sus habitaciones se hallaban decoradas debia aumentar grandemente.

Al considerar el número de estatuas estraídas de ambas ciudades, multitud de objetos de todos usos y materias trabajados á veces con un esmero y gusto notables, los mosaicos que forman el pavimento de las casas mas miserables, la profusion de pinturas, pórticos, etc., etc., siéntese uno penetrado de admiracion hácia el pueblo que tales monumentos nos ha legado de su saber y de su riqueza, y poco dispuesto á convenir con cierto autor moderno, en que lo mas grande que hay en la antigüedad es la distancia que de ella nos separa. El orgullo de nuestro siglo no se limita á exagerar el estado actual de la civilizacion, en toda la estension que puede darse á esta palabra, sino que achica y deprime cuanto se refiere á épocas que no por lo distantes podemos sin injusticia dejar de considerar bajo algunos conceptos como muy superiores á la nuestra.

¿Cuántos filósofos puede nuestro siglo oponer á Sócrates y á Platon su divino discípulo? ¿Cuántos poetas á Homero? ¿Y qué monumentos en las artes trasmitiremos nosotros á las generaciones sucesivas, que valgan los muchos que el genio de los griegos y romanos ha dejado esparcidos por el mundo, y que aunque mutilados por el tiempo aun hoy

nos admiran y sorprenden? Sin desconocer nosotros los adelantos que la constante tendencia del hombre hacia su mejoramiento y progreso ha producido en diversos ramos del saber humano, creemos que la evidente desproporcion que existe entre sus deseos y sus facultades le reduce las mas veces á describir un círculo vicioso; y al considerar los brillantes rastros de las antiguas civilizaciones, las tinieblas que por algun tiempo las ofuscan, cual reaparecen y de nuevo se ocultan, la humanidad se nos representa como Sisifo, agotando sus fuerzas por levantar la inmensa mole, que cercana ya á la deseada cumbre una mano misteriosa derrumba y precipita.

En la casa del Fauno que poco ha hemos nombrado, y á la que el género de las pinturas que en ella se observan ha hecho dar ese nombre, halláanse dos cosas notables; la una es un fragmento de vidrio en una ventana, que destruye la opinion que comunmente se tenia de que esta aplicacion era desconocida á los antiguos. Es sin embargo indudable que su uso se hallaba poco generalizado, y esta circunstancia como observa muy bien Th. Hope en su Historia de la arquitectura, parece haber influido no solo en el sistema de construccion de aquel tiempo, sino hasta en los hábitos domésticos de los antiguos. La luz del sol, dice, no podia penetrar en sus aposentos sin esponerlos en gran parte á las inclemencias del cielo; para ellos el interior de sus habitaciones debia ser la noche, el exterior el dia, y de ahí el que adoptasen el foro ó la plaza pública como lugar mas á propósito para sus asuntos y transacciones diarias, consagrando la noche al estudio, á la comida, á las reuniones íntimas, y á todas aquellas ocupaciones en fin que mas particularmente reclaman el hogar doméstico.

La otra particularidad de que hemos hablado al nombrar la casa de que nos ocupamos, es el soberbio mosaico que formaba el pavimento de una de sus habitaciones, y que hoy se encuentra en el Museo. Representa la batalla en que Alejandro destruyó el temible poder de los persas, hizo prisionero á su monarca y obtuvo por precio de su victoria uno de los imperios mas vastos y opulentos de que nos han hablado las historias. Véase en él á Dario subido sobre su carro, y apretando convulsivamente un inmenso arco, atributo característico de los reyes de su raza. Un fiel criado aguija sus caballos y procura ponerle en salvo sacándole de la pelea; á su lado cae traspasado por la lanza de un soldado macedonio uno de sus primeros caudillos, á juzgar por la riqueza de su traje y por la dolorosa expresion con que el monarca le mira dar su postrimer aliento; y el héroe de la Grecia montado sobre un vigoroso cor-

cel, agita á la cabeza de sus falanges su formidable espada, y arrolla y deshace cuanto encuentra. La espresion de las principales figuras, lo complicado de su composicion, lo correcto del dibujo y todos los demas accidentes que en él se advierten, hacen de este mosaico una obra maestra bajo todos conceptos, y han sido origen de que sea por algunos considerada como copia de alguno de los cuadros con que es sabido que Apeles quiso asociar su gloria á la del héroe macedonio su contemporáneo y amigo. En esta misma casa hánse hallado varios vasos de bronce, brazaletes y anillos de oro, pedazos de un lecho de marfil, algunas piedras preciosas, estátuas, bajos relieves y otros objetos que atestiguan la opulencia de sus antiguos dueños.

Contigua á ella encuéntrase otra, en la que entre varias preciosidades descuella una bellísima fuente revestida de mosaico formando caprichosos y elegantes dibujos; los frescos que adornan las paredes del aposento en que se encuentra, que es el tridinio, representan apacibles paisajes, viéndose en ellos varias figuras y poblaciones medio perdidas en un horizonte pintado con inteligencia suma. La casa de baños es una tambien de las que con mas gusto y riqueza se hallan decoradas, y sin exageracion podemos decir que bajo este aspecto al menos, escede á la mayor parte de las que hemos visto en las poblaciones modernas.

La vista de los edificios privados que hasta alli habíamos recorrido, y á muchos de los cuales su sistema de arquitectura les da un aspecto verdaderamente monumental, habia escitado en nosotros tan hondas impresiones, que no creíamos que estas pudieran aumentarse, ni nuestra admiracion subir mucho de punto visitando los edificios públicos. Al hallarnos sin embargo en medio de aquel espacioso foro, lugar en un principio destinado á las turbulentas reuniones en que un pueblo indomable dictaba al mundo leyes, posteriormente á sus diarias transacciones; y al considerar las aras de aquellos templos en que solo falta lasangre humeante de las víctimas y cuyas prolongadas y solitarias columnatas parecen aumentar la magestuosa calma de aquellos lugares, una nueva y mas profunda emocion vino á apoderarse de nuestra alma. El espectáculo que contemplábamos era verdaderamente de aquellos que mas fuertemente escitan todas sus facultades y que nos trasportan y subliman á vagas y desconocidas regiones. Mirábamos de un lado el Vesubio, del otro el mar, y nos hallábamos en medio de una ciudad por la que habian pasado mas de diez y ocho siglos. Las fuerzas de la naturaleza, la inmensidad, la duracion de los tiempos parecian alzarse ante nuestros ojos, y el hombre se achicaba y como que desaparecia en el abismo

de todas aquellas ideas que embargaban nuestra mente y hacian rebo-
sar una especie de religioso entusiasmo en nuestro pecho.

Los templos mas notables son el de Venus, vasto y magestuoso; el de Isis, divinidad que los romanos importaron de Egipto, y cuya está-
tua asi como algunos de sus atributos se encontraron derribados en
tierra; y el Panteon, al cual sirve de ingreso un pórtico espacioso ador-
nado con dos órdenes de columnas. En el medio hay un vasto recinto
cuyo centro lo ocupan doce pedestales destinados á otras tantas deida-
des, y á los lados del peristilo véanse diversas habitaciones que servian
para los sacrificadores y augustales. En un lugar mas elevado hállanse
cuatro nichos, uno de los cuales se supone que debia ser ocupado por
la estatua de Augusto de la que solo se ha encontrado un brazo susten-
tando un globo, y á su lado se halló la de Livia, célebre por su hermo-
sura y por el ascendiente que obtuvo sobre su marido. Véanse ademas
de una parte y otra altares y grandes macizos de mármol donde se de-
positaban los instrumentos que servian para los sacrificios, y se hacia
pedazos la carne de las victimas que los sacerdotes repartian en seguida
entre el pueblo.

Contiguo al templo de Isis, hállanse los tribunales decorados con
varias estátuas de varones eminentes, y no lejos de ellos la Basilica,
donde desde un lugar elevado los magistrados anunciaban sus senten-
cias al pueblo, que las escuchaba esparcido por los vastos pórticos de
aquel magestuoso edificio. Debajo del lugar destinado á los jueces há-
llase la prision, desde donde los infelices que en ella gemian podian es-
cuchar el fallo que debia decidir de su suerte. En ella se hallaron varios
esqueletos, y á uno de ellos hubo que arrancarle los hierros que todavia
oprimian sus huesos carcomidos.

Faltábanos por ver el circo y los teatros; el primero se halla á algu-
na distancia de la parte de la ciudad hasta ahora descubierta, y las ca-
lles que conducen á los segundos son de mas que regular anchura,
bastante derechas, y están provistas de cómodas aceras que presenta-
rán como una cuarta de elevacion.

Madrid no las ha tenido de esta forma hasta hace pocos años, y aun
hoy dia se ven privadas de ellas diversas capitales. En Pompeya ademas
obsérvanse algunos trozos embutidos con menudos pedazos de mármol
de diversos colores, formando groseros mosaicos, que es de suponer
fuesen mas esmerados y perfectos en pueblos de mayor importancia, y
que de todos modos revelan un lujo á que no sabemos que ninguno de
los modernos haya llegado.

De los dos teatros que existen en Pompeya, uno se supone destinado á las representaciones cómicas, y el otro de mucho mayores dimensiones y capaz de contener veinte mil almas, al género mas elevado de la tragedia. En uno y otro las investigaciones del arqueólogo ó del anticuario serian completamente inútiles; la imaginacion suple sin ningun esfuerzo los pocos estragos que el tiempo ha hecho, y nada mas fácil que practicar en ellos las escasas restauraciones que serian necesarias para volverlos á su primitivo estado. La tragedia antigua tendria de ese modo un lugar en que manifestarse si no mas digno mas adecuado al menos que los teatros de París y de Lóndres, donde ha sido en estos últimos años representada con un celo y fervor laudables, y que es lastimoso no ver siquiera imitados por países á quienes ligan con la antigüedad vínculos mas estrechos, y depositario mas que otro alguno de sus tradiciones.

Los asientos se hallan dispuestos á manera de gradas, estando destinados los primeros, mas anchos y espaciosos y que es de suponer cubriesen elegantes cojines, á los senadores, magistrados y patricios; los segundos á la plebe, y los últimos, divididos en varios compartimientos á la manera de nuestros palcos, á las mugeres, division que no existió hasta el tiempo de Escipion el Africano, segun Suetonio nos refiere.

Vénse tambien varias de las cavidades en donde se hallaban empotrados los grandes cepos que servian para sostener el *velarium*, especie de toldo que preservaba á los espectadores del ardor del sol y de la lluvia y que llegó á hacerse objeto de tan escesivo lujo, que se nos cuenta que en Roma, Neron mandó hacer algunos de púrpura, sembrados de estrellas de oro, en cuyo centro se hallaba él representado sobre un carro tirado por los caballos del Sol.

Lo que nos es mas difícil adivinar es el medio de que los histriones se valian para dar á su voz todo el volumen y estension que aquellos vastos recintos requerian, y solo algunos suponen, no sabemos si con datos suficientes, que se colocaban en la boca ciertas planchas de acero propias á aumentar su sonoridad. Hánse encontrado algunos billetes de hueso de forma circular que se conservan en el Museo, y en los que se ven de un lado un número debajo de una inscripcion griega, y del otro la figura del teatro trazada groseramente.

El estado de conservacion en que el anfiteatro se encuentra, no es menos perfecto, y al contemplarlo viénense naturalmente á la imaginacion los sangrientos juegos, cuya ferocidad, toda la dulzura que una

civilizacion adelantada produce en las costumbres no fué capaz de desterrar, y de los que solo pudo purgar á la tierra la única religion que ha penetrado íntimamente en la parte moral del hombre, y fortificado sus mas nobles y elevadas facultades. Y esto nos induce á considerar una de las diferencias esenciales entre la civilizacion antigua y la moderna.—Los romanos semejante en esto á los griegos, no se representaban á sus dioses como seres morales y perfectos, dotándolos por el contrario de todas las miserias y flaquezas humanas, y ensalzando de este modo pasiones que el cristianismo posteriormente ha depurado ó proscrito.

De ahí esa inmensa inferioridad moral en que respecto al nuestro su estado social se encontraba, y de la que se resienten aun sus primeros filósofos; cuyas máximas, por otra parte, privadas de una sancion sobrehumana, ni podian ir revestidas de la autoridad necesaria para imponérselas al pueblo como precepto, ni generalizarse lo bastante entre sus individuos.

Por lo demas, no hay duda que las condiciones de su gobierno que tanto facilitaban el desarrollo de los caractéres, eran sùnamente favorables al adelantamiento de las artes que amaban con extremo, y en las que, no menos que en las letras, nos han trasmitido tipos dificiles de sobrepujar, bellos como la naturaleza que los inspiraba, y como ella tambien inmutables y eternos. Su legislacion, ciencia que reasume en gran parte el saber de un pueblo, al mismo tiempo que retrata sus costumbres, ha sido justamentente llamada en muchos de los puntos que abraza, la razon escrita y aun se estudia en las escuelas; y no pocos de los conocimientos que poseian, y algunos de los cuales han naufragado en el calamitoso trascurso de los siglos podrian bastar seguramente para humillar un tanto nuestro orgullo.

Ocupados en estas reflexiones llegamos á la estacion del camino de hierro, distante un buen trecho del anfiteatro, á la sazón en que acababan de llegar tambien los convoyes de Nocera. Un satánico silbido volvió á poner en movimiento aquella imponente máquina que se arrastró al principio lentamente y con un ruido agudo y penetrante, adquiriendo á poco tal velocidad que nos creimos conducidos por una legion del inferno, viniéndonos tambien á las mientes las fantásticas cabalgaduras en que Goethe trasporta á Fausto y su siniestro compañero á las escarpadas cumbres del Brocken, donde las brujas y los espíritus celebran su fiesta.

Al considerar durante esta brevísima travesía, que solo una docena

de hombres se encuentran actualmente trabajando en Pompeya, y que las tres cuartas partes de la ciudad se hallan todavía sepultadas, acordámonos de lo que pocos días antes habíamos oído á una persona entendida, á quien dolía no menos que á nosotros tan vituperable abandono. Si Pompeya, decia, hubiese existido en el territorio de la Gran Bretaña, sus ruinas estarían no tan solo completamente descubiertas, sino que se hubiera inventado algun medio que asegurase su conservacion, preservándolas hasta de las mas ligeras influencias atmosféricas; en Francia hubieran sido descubiertas, y lo que es mas, aumentadas; y en España.... aun yacerían probablemente bajo tierra. Apreciacion que juzgamos harto característica, y cuya exactitud, aun en la parte que nos concierne, estamos tentados á reconocer, por mas que en ello padezca nuestro orgullo.

CAYO QUIÑONES DE LEON.

NAPOLES 12 de junio de 1843.

EL PRINCIPE DE MAQUIAVELO.

CESAR BORGIA,

O LA ROMAÑA EN 1502.

I.

El viajero que recorre la Italia por la costa del Adriático, admira la pintoresca situación de la pequeña república de San Marino colocada en la cumbre de un aislado monte conocido en la antigüedad con el nombre de *Titan*. Piensan algunos arqueólogos que fué el objeto de un culto particular aun antes que la mitología lo hubiese hecho mirar como uno de los puntos sobre los que apoyaron los gigantes su empresa de escalar el cielo. Cuando el cristianismo iluminó el mundo, sus primeros rayos, cual los del sol, vinieron á dar en la montaña donde un piadoso albañil colocado en el número de los santos fundó la congregación social que lleva su nombre y que fiel siempre al espíritu de la primitiva Iglesia, ha visto pasar las edades sin participar de los dolores ni de los beneficios de sus violentas agitaciones.

En todos tiempos los habitantes de esta escarpada roca habian rechazado las agresiones temporales, que contra ellos á nombre de la autoridad espiritual habian emprendido los obispos de Montefeltre, conservando ilesa y pura su libertad. A nada daban importancia mas que á

su conservacion, siendo la condicion de su existencia política, formando su espíritu nacional. Estos cristianos exentos de ambicion, mas indiferentes á las promesas del porvenir, que á los rueuerdos de lo pasado, dejaban caer tranquilos las horas en la noche eterna de los tiempos.

Poníalos su pobreza al abrigo de la conquista. Los hombres poderosos tienen frecuentemente pueriles vanidades que satisfacer: los señores de la Romaña podian mirar el *Titan* como la garita de un centinela en medio de sus dominios y desear elevar su poder sobre un monte que dominaba la provincia entera. Los republicanos de San Marino no concebían tales pensamientos, y vivían en la mas completa seguridad.

El espíritu regenerador de la edad media habia penetrado aunque débilmente en la república del Titan. Una secreta inquietud se apoderaba de los ánimos, un ardor sin limites, un deseo vago agitaba la juventud siempre deseosa de novedades, parecíale así no encontrar bastante espacio para vivir sobre la montaña. Para mantenerlos en las costumbres trasmitidas de siglo en siglo los ancianos citaban las tradiciones orales de lo pasado. Se acordaban de que Guido de Montefeltre, conde de Urbino, gefe de los gibelinos en la Romaña refugiado en San Marino habia abandonado la vida aventurera de soldado para espiar bajo el cilicio las rapiñas que el espíritu de la guerra y de los partidos le habian hecho cometer. Por imponentes que fuesen tales rueuerdos no podian contener á la juventud arrastrada por la fuerza impulsiva de hechos contemporáneos. Los pensamientos virtuosos que endulzan los últimos momentos del hombre encorvado por la edad no puede sentirlos lo mismo el que apenas comienza á vivir.

Aunque estraños á los sucesos de esta larga época trabajada por la guerra y la usurpacion los ciudadanos de San Marino se resintieron de su influencia: los cambios mercantiles los atraían á las ciudades de la llanura, y sencillos, crédulos y aislados, poco á poco se dejaron arrastrar á las dulzuras del lujo y seducir con la vista del oro. Pero de vuelta á la montaña al contacto de sus costumbres comprendían la inutilidad de los vanos objetos que habian tan vivamente excitado su atencion, tal vez tambien el peligro de usos políticos pero engañadores, dejaban de sentir deseos nuevos importunos, y cuando en medio de la familia que los oía hablaban de sus largas escursiones parecían alguna vez dudar de la exactitud de su memoria.

Nada habia cambiado en esta situacion incierta cuando en el segundo año del siglo XVI César Borgia duque de Valentinois, hijo natural del papa Alejandro VI, se apoderó con rapidez de los bellos señoríos de

la Romaña. Dueño de Rimini sus tropas se acampaban al pie del Titan, sin que los habitantes de su tranquila cumbre supiesen aun que la mayor parte de las ciudades que se veían como un ramillete blanco en una vasta pradera hubiesen sido reunidas bajo la ley de un solo hombre, sin que pudiesen soñar siquiera en perder su independencia.

De repente las ideas nuevas germinaron en los ánimos; los nombres de civilización, de renacimiento, de desarrollo de facultades humanas anunciaron la existencia de una oposición formada contra la trasmisión estéril y monótona de las antiguas costumbres. Algunos ciudadanos avanzaban aun mas, á querer ser gobernados por un príncipe, cuya noble ambición tendía al engrandecimiento progresivo de su poder; sin embargo, los sagrados nombres de patria é independencia pronunciados con entusiasmo acallaban inmediatamente esas voces sacrílegas.

La presencia de algunos extranjeros habia producido esta súbita efervescencia sin ejemplo aun en San Marino. Bajo pretexto de conocer las instituciones de la república se habian dedicado á hacerlas mirar como antiguallas: y parecia que sentían ver en el seno de la Italia un estado tan atrasado en el camino del progreso; habian hablado á sus habitantes de ciencias, de bellas artes, de política y de industria, enumerándoles las conquistas del talento humano. La vanidad nacional se agitaba en el ánimo de jóvenes ciudadanos y los hacia vivamente desear romper las líneas de lo pasado para lanzarse en una nueva carrera. La antigua union de la gran familia no existía ya; los ancianos y los jóvenes divididos en opiniones, se reunían bajo banderas diferentes; pero en uno y otro partido el amor á la patria hacia latir todos los corazones: aqui no veían la conservación de ella sino en la observancia escrupulosa de las tradiciones: alli creían que las innovaciones debían reanimar el principio vital por largo tiempo aletargado. Ninguno de los dos partidos pensaba en que esta cuestión suscitada inopinadamente por agentes secretos ocultaba tal vez su opresión y sus cadenas.

César Borgia en efecto, habia enviado á la montaña hombres encargados de preparar los ánimos á recibir su ley. Nunca usó de la fuerza de las armas sino, despues de haberse frustrado la de la astucia. Este príncipe que por su carácter y por sus acciones personifica él solo una época entera, (la que precede en Italia al siglo de Médicis ó de las Artes,) debia para mantener sus conquistas en la Romaña no dejar detrás de él ningún asilo á sus enemigos. En medio del foco de divisiones intestinas en que en el crisol de la civilización se fundía el porvenir, San Marino, con sus virtudes primitivas aparecía á las miradas del conquis-

tador como una fortaleza inespugnable ocupada por cristianos de la primitiva Iglesia, conservados en su estoica sencillez por alguna hada como un resto de supersticion grosera hubiera hecho creer.

Importaba á Valentinois establecer su dominacion sobre un pequeño estado, cuya alta reputacion de sabiduría influia moralmente sobre las ciudades de la Romaña.

Su politica habia trazado el mejor camino para llegar al fin y en su impaciencia hubiera deseado trepar él mismo á la montaña para arrojar en el alma de los buenos republicanos la levadura de largas controversias que llevan pronto á su ruina á las gastadas instituciones. Experimentaba por otra parte una viva curiosidad de ver lo que hoy se llama una sociedad momia. Pensaba que no podrian reconocer bajo un modesto traje al hijo de Alejandro VI, y tal vez á la importancia que al parecer daba á esta escursion romanesca era posible agregarle otro motivo secreto y extraño á sus intereses políticos.

Si en la llanura un solo hombre arreglaba en el fondo de su pensamiento la marcha de los sucesos, en el Titan los ciudadanos movidos por un hilo invisible ofrecian el imponente espectáculo que todas las sociedades presentan á su vez cuando las ideas nuevas vienen á destruir las antiguas. En esta revolucion espontánea el presente intermedio entre el pasado y el porvenir asistia tranquilamente á la lucha para colocarse en seguida al lado del vencedor. Los hombres maduros se mostraban bastante indiferentes á los debates preliminares, que en aquel pueblo sin experiencia se asemejaba á un juego nuevo. Los ancianos en la plaza pública, á presencia de los magistrados, en el santuario de las leyes, defendian con incomparable ardor lo que doce siglos habian respetado. Recitaban la leyenda del santo fundador y con la lectura del Evangelio parecian fortificarse contra los ataques del siglo: sus abellos blancos, sus modestos vestidos, su varonil apostura, la influencia moral de su edad, la pureza de su vida eran elocuentes discursos, poderosas armas; parecian rejuvenecerse con el pensamiento de combatir por la igualdad cristiana.

Las conferencias de los jóvenes ciudadanos no tenian aquel carácter legal tan marcado como las de sus antagonistas. El lugar que habian escogido para sus reuniones lo indicaba bastante: era un sitio que el terror habia dejado desierto, la yerba no crecia en su suelo, y parecia cubierta de una lepra caliza, viéndose en él dos postes en cuyos extremos habia dos cajas de hierro que encerraban cráneos humanos. La agitación mas viva reinaba en estas conferencias, emitianse las opiniones

con el calor y la audacia que causan las pasiones y dan los pocos años. Pero esta fuerza y esta energía de la juventud hacia sentir mas el espíritu refractario de las ideas nuevas. Todo lo que la imaginacion tiene de seductor venia á reemplazar el orden antiguo de cosas, que encerraban la vida en limites demasiado estrechos. Era necesario recurrir á las ciencias, á las artes y á la industria, manantiales inagotables de goces y de bienestar. Era necesario conquistar otras costumbres con las armas en la mano, y como locos estos jóvenes escuchaban solo un instinto secreto, no teniendo noción alguna de las cosas que podian cambiar su posicion. El cambio era una cosa precisa para ellos. ¡Así se anuncian las revoluciones!

Habia en San Marino un joven que por una prudencia rara á su edad se habia hasta entonces llevado bien con los dos partidos. Con los ancianos se mostraba entusiasta de la virtud que despues de tantos siglos mantenía la república pobre, pero libre, sin renombre pero tambien sin dolores. Con los jóvenes ciudadanos su corazon se dejaba llevar de las risueñas promesas de una esfera mas ancha, su ardor marcial revelaba el encanto que tendria para él la idea de una batalla; se creaba fantasmas sobre las grandes palabras que servian de reunion á sus compañeros de edad. Este joven se llamaba Agosto, de unos 15 años de edad, pero habia recibido del cielo un talento precoz. En su situacion equivocada habia una cosa extraordinaria: nadie lo conocia por su familia, recién nacido se le encontró depositado sobre la tumba del santo fundador, confiado á la piedad de los ciudadanos. Sus primeros quejidos enternecieron todos los corazones; el gran consejo le habia adoptado á nombre de la patria; una muger desecha en lágrimas le presentó su pecho lleno que la boca moribunda de su hijo no tomaba ya, y Marina de la Peña, hija de una persona recomendable habíase encargado de velar por el pobre espósito, al que dió el nombre de Agosto. Educado en medio de todos, conforme iba creciendo, iba cada vez mas grangeándose el afecto general, las madres le acariciaban como á sus propios hijos y los ciudadanos se mostraban cada vez mas orgullosos de su buena accion. Tratado como hermano por sus compañeros, como hijo por los hombres, jamás habian intentado descorder el velo de su nacimiento, y menos en hacerle sentir su desgracia. Pertenecia á la patria con tanto derecho como aquellos que alli habian recibido la vida; y como él mismo decia su familia era la mas numerosa porque se componia de todas las familias: su madre era la montaña.

Como todos los niños de San Marino, Agosto era alto, esbelto, acti-

vo, intrépido y fiero, pero aventajaba á los otros por la superioridad de su inteligencia. Siendo aun muy jóven adelantó á sus compañeros en las ciencias eclesiásticas, y en las fiestas nacionales habia recitado los cantos de la *Divina Comedia* del Dante, ó los sonetos de Petrarca. En los figurados combates á que los niños juegan, cuando luchaba con uno de mas fuerza que él, su destreza le daba la ventaja; su viva imaginacion adelantaba siempre el pensamiento un poco tardo de los de la antigua raza patriarcal, y su conducta en los momentos de indecision en que se encontraba la república demostraba su gran prudencia. Bello, gracioso, intrépido como la juventud, era sin embargo reflexivo, cual si las blancas canas del rector de San Juan *sotto le Penne* hubiesen sombreado su barba, singularidad que era preciso atribuir á sus relaciones con aquel anciano eclesiástico que le habia empleado en copiar los comentarios, sobre la moral de Aristóteles, por Juan de Gili, ciudadano de San Marino á quien su aficcion á las letras habia llevado á la corte de los señores de Urbino y de Rimini. Pero la ciencia daba al jóven un brillante barniz sin perjudicar por eso la enérgica sencillez de la educacion que todos recibian en la montaña, educacion basada en el trabajo y en la oracion.

II.

Maria de la Penna trenzaba sus hermosos cabellos con mas cuidado que de costumbre y sus miradas consultaban la placa de acero pulimentada que le servia de espejo. Los espejos de Venecia no eran conocidos aun en el Titan, el lujo consistia en algunos ornamentos de iglesia enviados de regalo por el papa Pio II. La muger que habia llenado para Agosto todos los deberes de una madre, encontrábase, sin querer, superior á las mugeres de San Marino por una circunstancia bien rara en esta montaña. Habia viajado. Educada desde la infancia por su tio Giovanni de la Penna que hacia poco tiempo habia muerto rector de la universidad de Padua, le habia seguido á Pisa donde el amor de las ciencias conducia á este sábio. No sin asombro se vió en la gran ciudad á los habitantes de la pequeña república ofrecer por la forma y sencillez de su trage, la simplicidad de sus discursos y la rectitud de sus pensamientos un contraste pintoresco con el lujo de sus ciudadanos y las es-

tudiadas pretensiones de su lenguaje. En esta época la reunion de sabios componiase en su mayor número de miembros del clero que no rechazaba á ninguna persona, fuese el que fuese su origen; el genio y el talento por si mismos y de derecho se colocaban á la cabeza de la sociedad para llenar su mision de dirigir las masas. En el palacio de los pisanos el ciudadano de San Marino con su capa de lana oscura y su alto calzado de monte atado por una grosera correa habia impuesto el mismo respeto que si llevase suntuosos vestidos. Su sobrina con su hermoso pelo negro trenzado sobre su cabeza como una corona de condesa prendida de un velo blanco, con su falda de paño burdo corta, su corpiño de escarlata encantaba por su natural gracia en medio de las ricas damas que arrastraban largos vestidos de terciopelo de Génova ó brocado de oro adamascado de seda. Sin embargo á pesar de este contacto Marina habia permanecido sencilla, y de vuelta á la montaña quiso encargarse de la educacion del hijo adoptivo de la patria. La simpatia que demostraba hácia él era un sentimiento que no admiraba á nadie y Agosto la pagaba con su cariño y agradecido respeto los cuidados y amor de una verdadera madre, cuyo nombre merecia teniendo el alma de tal.

Marina consultaba al espejo, pero no encontró ya en él lo que en otro tiempo la embellecia sin saberlo. Su mirada se dirigió hácia Agosto que se hallaba á su lado; contempló con una especie de placentero orgullo la hermosura del jóven y su frente elevada que coronaba una reluciente y espesa cabellera. El suspiro de pesar que se formaba en el pecho de la muger espiró antes de nacer, cuando sus ojos entristecidos se apartaron del fiel acero para fijarse sobre Agosto para analizar sus facciones dulces, nobles, pero contraídas por una espresion salvaje; olvidó sus mas hermosos dias por él, y no vió mas que el ángel cuyos primeros pasos habia dirigido. Acababa de pasar por la imaginacion del jóven una de aquellas graciosas imágenes dulce recuerdo de aquellos hermosos dias.

—¿Por qué quieres detenerme? decia con un aire de impaciencia, ya debería estar sobre los picos para contar las once ciudades, para ver el mar teñido de púrpura con los últimos reflejos del sol, y los puntos blancos de la otra orilla.

—¡Pobrecillo! respondió con un reprimido suspiro, contar las once ciudades, ver el sol reflejarse sobre las ondas y jugar con las fantásticas crestas de la Dalmacia no son ya diversiones de tu edad, dí mas bien, que quieres reunirte con todos esos jóvenes locos que armados con palos claveteados envidian las costumbres de la llanura. ¡Ay! ¡no

saben lo que desean! al que es virtuoso, ¿qué le falta para ser feliz?

—Pues bien, si, querida Marina, quisiera estar en medio de ellos; pero para tranquilizarlos, para hacerles conocer aun esta virtud de los tiempos antiguos que desprecian hoy. Verdad dices, no tengo ya edad para permanecer ocioso, ó ir saltando sobre los precipicios: quiero, debo ser útil á la patria... déjame salir, iré á la plaza al lado de los venerables defensores de nuestra libertad.

—¡Patria, libertad! que bien grabadas tiene esas palabras!

—Son las primeras que mi boca ha pronunciado, las únicas que hacen latir mi corazon.

—¡Desgraciado, cuyos solos parientes son el misterio y la compasion!

—No, no, todos los ciudadanos son mis hermanos en esta gran familia.

—Quédate aquí, Agosto, quédate. ¿Piensas acaso que los ancianos fijan su atencion en ti en sus graves conferencias?

—Sin duda, yo les esplico lo que quieren los jóvenes ciudadanos: yo trato de hacerles comprender que seria posible introducir algunas innovaciones sin comprometer la independencia de la república.

Nada respondió, empero estrechó entre sus manos la cabeza de Agosto, miróle afectuosamente, estampó un beso sobre la osada frente del jóven, añadiendo despues con dignidad:

—¡Ya tiene quince años!

Enseñándole entonces una imagen de la Virgen, Marina dijo al jóven tratando de contener el llanto que humedecía sus párpados:

—En nombre de la Madre de Dios, hijo mio, concédeme algunos momentos aun. Espero un huésped, un extranjero: quiero confiarlo á tu cuidado... Esta santa imagen que conoce todos los pensamientos, Agosto, me la dieron en la llanura, en una de esas ciudades que brillan en el seno de la civilizacion. Sin embargo, he abandonado sin pesar la gran ciudad, para volver á mi pobre montaña. ¡Ay! Mira como la Virgen tiene fija su vista en nosotros, oremos ante ella, hijo mio, la oracion calma las agitaciones del alma, y la da valor.

Arrodillóse delante de la santa imagen, inclinó su frente hasta el suelo, y el jóven enternecido, sin conocer la causa, la imitó con piadoso recogimiento.

En aquel momento llamaron suavemente á la puerta. Palideció Marina, y un hombre embozado en una capa de color sombrío entró en el cuarto. Este hombre parecia de elevada clase y á poco que se le exa-

minase con gran atencion descubriase en él un aire de grandeza y magestad. Sin embargo, era de mediana estatura, sus facciones no tenian nada de notable, su andar era brusco; pero la espresion singular de su mirada y cierto movimiento de cabeza producian al primer aspecto algo que causaba miedo; mas tarde la seguridad de su apostura y la energia de su gesto, contribuian sobre todo, á aumentar el temor que ocasionaba su presencia.

Marina se adelantó á su encuentro.

Por afable que fuese la sonrisa del extranjero su mano al estrechar amistosamente el brazo de la jóven la detuvo á una respetuosa distancia.

—Os reconozco muy bien, la dijo con acento frio y casi severo.

Su mirada fijóse entonces sobre Agosto: un movimiento de sorpresa y de placer agitó sus facciones; pero prontamente reprimido vino á perderse en la ordinaria movilidad de su rostro. Desembozóse el extranjero y se sentó. Segun la moda de aquel tiempo llevaba un justillo de un color vivo y en un cinto de piel de búfalo un puñal de una forma particular.

—Ven, dijo al jóven haciéndole señal de que se le aproximase, ven mi hermoso amigo, ¿te llamas Agosto? Para quince años estás muy alto y robusto.

Adelantóse hácia él Agosto, y por respuesta le dijo:

—Llevas un hermoso puñal.

—Sí, respondió el extranjero colocando una mano sobre el mango, el mejor obrero de la Romaña no imitaria semejante trabajo. Si deseas esta arma, te la regalaré mas tarde como una memoria, cuando nos conozcamos mejor.

—Te doy gracias, replicó el jóven meneando la cabeza, no sabria servirme de ella. Jamás tendré aqui deseo ni ocasion de ver brillar una hoja tan corta. En nuestra pacifica patria no conocemos mas armas que las defensivas. Nuestro acero amenaza de lejos, y bastaria este puñal para hacerme conocer que eres extraño á nuestras costumbres sino vieses tu asombro al oirme.

Amigo mio, tu lenguaje debe asombrarme en efecto. Sí, soy extranjero.

¿Un agente tal vez del obispo de Montefeltre?...

—No tomes ese aire amenazador: he nacido en otro pais.

—¿En Urbino acaso y su estenso territorio?

—El sonido de tu voz dulcifica esa pregunta y me recuerda la

union que reina entre los señores de Urbino y los hombres de San Marino. Mas largo es mi viage, he subido el Arno desde Pisa.

—¡Pisa la Sábia! exclamó el jóven, la desgraciada hermana de todas las ciudades libres..... ¡Cuántas veces me ha hablado Marina del encanto que hay en vivir en los hermosos valles que riega un rio! ¡Cuándo habla de Pisa es tan dulce su mirada!... Como ahora, mira.

Volvió la cabeza el estrangero hácia el lado donde se hallaba Marina. De pié frente á ellos, los consideraba esta con una especie de éxtasis. Un gesto de proteccion, un ligero movimiento de cabeza le fueron dirigidos, sin que ella lo notase absorta enteramente en sus recuerdos.

—¿Con qué te ha hablado de Pisa? replicó el desconocido: está bien. Cuando yo era jóven, estudiante, tambien ella me contaba allí las maravillas de su montaña, y sin ella no vendria yo así á visitar este pueblo de hombres libres sobre su escarpada roca.

—El águila coloca su nido sobre los puntos mas inmediatos al cielo.

—Sí, este monte domina toda la Romaña.

—Sus habitantes no tienen mas que dejar caer su vista para descubrir las mas grandes ciudades, añadió el jóven levantando con orgullo la cabeza.

—Debe ser un magnifico golpe de vista en efecto. Pero, mi hermoso amigo, dijo el huésped repitiendo con un poco de ironía las palabras del jóven ciudadano, ¿no me procurarás tú el placer de dejar caer una mirada sobre la Romaña? De tí reclamo el servicio de un hospitalario guía.

—Con mucho gusto, ciudadano de Pisa. No tenemos palacios que enseñaros, porque lo que nos tiene orgullosos no tienta la codicia de los príncipes.

—Estoy encantado de oirte hablar de esa manera. Me gusta, Agosto, me gusta ese noble orgullo que te hace levantar altivamente la frente. ¿No quisieras recorrer paises donde cada dia objetos nuevos se presentaran á tu vista? ¿No quisieras acercarte un poco á la corte de los príncipes? ¿El nombre de Roma ó de Ferrara, no hace latir tu corazon? ¿El traje de oro y de seda del page ó la armadura del guerrero no tendrían ninguna atraccion para tu ambicion?

—Te perdono ese lenguaje, respondió Agosto, no conoces aun nuestra felicidad.

—Ven, estoy impaciente por verlo todo.

—¡Ver! es poco, es necesario oir.

Y salieron juntos. No bien habian pasado el umbral de la puerta Marina dió un grito de desesperacion, algunas lágrimas asomaron en sus ojos, pero un movimiento convulsivo las detenia en los párpados. Se retorcia los brazos colocada delante del sitio que habia ocupado el forastero, devorada por amargos pensamientos proferia palabras inco-nexas, unas veces con impetuosidad, otras lentamente, parecia hallarse sumergida en una crisis de dolor ó de desesperacion.

—¡Ni una sola palabra para mí! ¡Ni una sonrisa de consuelo!—¡Todas mis esperanzas destruidas en un momento! ¡Castigo severo....justo! y por premio de tantos desvelos quiere arrebatarme á mi ternura, quiere....¡Dios mio, ayúdame! Tiempo ha que el arrepentimiento ha penetrado en mi desgarrado corazon....No, no, ¿por qué temblar? No consentiré dejar su patria, no bajará á la llanura....y él! él, yo que aguardaba hacia quince años, es así como cumple sus promesas! ¡Oh Pisa! ¡fatal viage!....todo es mentira lejos de la montaña....es necesario que no la abandone ¿qué sería de mí entonces sin esperanza para mantener mi vida?...¡qué, ni una palabra! ¡solo una mirada desdeñosa! ¡yo temblaba en su presencia!... ¡Dios mio, Dios mio! y tú, santa protectora, á la que he dedicado mi alma, dame valor.

Se sentó apoyando con violencia sus apretados puños sobre sus rodillas, fijó su sombría mirada sobre la puerta y permaneció por largo espacio en la misma postura.

III.

En el momento en que el huésped de Marina y su conductor llegaban á la gran plaza, un ciudadano de cabello encanecido y firme paso guiaba tambien por su parte á un hombre igualmente embozado en una capa. Este último, jóven aun, era de una estatura regular: su color moreno y su viva fisonomía anunciaban la superioridad de su talento, pero cierto viso de tristeza y reflexion parecia combatir momentáneamente su natural alegría. Era Nicolás Maquiavelo, ciudadano de Florencia que en lo sucesivo fué tan célebre y cuyo genio apreciado, ó desconocido, debia dar tantas lecciones á los pueblos ó á los reyes. Aunque habia preparado ya sus inmortales trabajos, aun su nombre no era

el terror de la virtud. Sin embargo, por un sentimiento secreto de importancia y de vanidad inherente á los escritores, ó tal vez por causas secretas, habia resuelto ocultar este nombre que podia pronunciarse en San Marino, sin temor de escitar recuerdos, y antes de subir la montaña, habia dejado en Rimini algunas personas que le acompañaban.

Saludáronse al encontrarse los dos conciudadanos con respeto el joven, con bondad el anciano. Los dos extranjeros se miraron con desconfianza. Hallábanse reunidos muchos ciudadanos en la plaza. Al lado de la iglesia algunos haces de lanzas groseramente labradas hallábanse guardadas por un hombre con un mosquete al hombro: una culebrina estaba colocada debajo de una tienda hecha con ramas de pino.

—Ved aquí lo que el rigor de los tiempos y la maldad de los hombres nos obliga á guardar cuidadosamente, dijo el anciano dirigiéndose á los extranjeros. Nuestro mas fiel aliado el señor de Urbino, nos envió esta arma, cuyo ruido desconoceríamos aun, si los jóvenes del pais no nos hubiesen pedido como un favor el oirlo: uno solo se atrevió á ponerle fuego, y es este valiente joven.

Agosto hizo un gesto afirmativo, y su compañero satisfecho le dió un golpecito con la mano sobre la espalda.

La plaza estaba formada por un cuadro de casas casi todas uniformes, la mas vistosa era la del gobierno, pero las puertas estaban constantemente cerradas. Los negocios del Estado se trataban allí, al sol, en presencia de todos, y el sonido de la campana convocaba á los ciudadanos y á los servidores de Dios. El archivo estaba depositado en el santuario de la parroquia: á la puerta de esta administraban justicia los magistrados, pero los pleitos eran raros, porque ocupados todos en sus trabajos dormían tranquilos pensando en un porvenir pacífico y no deseando mas sino que el día siguiente se pareciese al de la víspera. Estos detalles dados por el anciano tenían mas valor por la simple rusticidad con que los daba. Hizo notar á sus huéspedes la muchedumbre que se agolpaba á su alrededor, y los examinaba con desconfianza, porque el patriotismo les hacía mirar como un enemigo secreto, á los que no habian nacido sobre el Titan.

—Hoy, continuó el venerable ciudadano lanzando un profundo suspiro, sopla el viento de la discordia sobre la montaña: la division entre los miembros de la gran familia compromete la vieja república y la felicidad de este pais.

Mostraron los extranjeros su sorpresa.

—¿Qué puede desearse mas hermoso, ni mas raro que la pacífica

existencia de esta república? respondió Maquiavelo. Habeis encontrado la solucion de un problema, que tantas naciones buscan inútilmente, una independencia que no turbará jamás la ambicion y la guerra. ¡Ah! conservad en su primitiva pureza vuestras instituciones sencillas, pero fuertes. Todas las ciudades de Italia, sobre las que la Providencia habia arrojado una chispa del fuego sagrado, que arde aquí como un faro, despues de haber salido en otro tiempo del estupor de la esclavitud, han vuelto á recaer en ella gastadas con sus agitaciones.

Estas palabras pronunciadas con noble franqueza circularon de boca en boca. Los viejos partidarios de lo pasado se aproximaron entonces con respeto al que las habia proferido, y en lugar de desconfianza le mostraron la mas risueña acogida. Guardaba silencio el huésped de Marina. Habia brillado en sus ojos una singular alegría, al oír hablar de querellas intestinas; demasiado prudente para contradecir una opinion que parecia dominar en aquel sitio, limitábase á examinar con calma todo lo que chocaba á sus sentidos. Preguntaba algunas veces á Agosto sobre cosas indiferentes, pero su aire, el acento de su voz, su continente, todo revelaba en él alguna cosa misteriosa. La conversacion de su jóven guia parecia ocupar solo su atencion. Sin embargo, cuando vió prodigar á Maquiavelo el respeto de aquellas gentes, trató de lisongearle aunque con destreza y circunspeccion, cual si tratase de procurarse un protector para una ocasion dada. Sin duda el ciudadano de Florencia guiado por un tacto seguro no hubiera dejado de concebir sospechas y aun temores sobre este estraordinario personage, si no hubiese estado enteramente ocupado en oír las relaciones de los buenos montañeses. Por otra parte el hombre del puñal se recataba mas desde que Maquiavelo le proporcionaba los medios de conocer la clase de hombre con quien le ponía en contacto la suerte. Mientras que la simpatia republicana se manifestaba entre el florentino y los ancianos del Titan con largos discursos, y grandes frases, dirigiéndose á su jóven conductor le dijo en tono cortado y rápido:

—Amigo, eres tú el solo de tu edad en la montaña, no veo aquí mas que cabezas calvas y barbas encanecidas,

—¡Silencio! respondió Agosto en voz baja, no turbes la felicidad de nuestros padres: se olvidan por un momento de la desunion que reina entre los ciudadanos.

—Asi pues, la porcion mas varonil de la poblacion, continuó el ciudadano de Pisa, aquella para quien está reservado un largo porvenir soporta con impaciencia la monótona existencia, que recuerda la infan-

cia del mundo, que los poetas han llamado la edad de oro. Sé tú mismo juez, amigo mío. ¿El hombre maduro no tiene necesidades distintas de las de un niño en mantillas? ¿Las naciones envejecen como los hombres? ¿Encanta tu vista un juguete ó una espada?

—Creo que blandiría con placer una lanza, respondió Agosto, y que una coraza sentaría bien á mi talla, empero no compraría el derecho de ser guerrero á espensas de mi libertad.

—No hay vida mas gloriosa que la del soldado.

—No hay vida mas pura que la del verdadero ciudadano de San Marino.

No replicó el extranjero: sonrióse de este tono decidido, y el anciano confió al joven el cuidado de guiar sus huéspedes al monte de la *Guaita*.

La *Guaita* significa Atalaya ó garita. Es el punto mas elevado de esta altísima montaña que rodeada de nubes casi constantemente oculta á los ojos los precipicios formados por inmensos trozos de roca desprendidos de la roca principal. Por este lado presenta á lo lejos la imágen de una torre gigantesca construida perpendicularmente por la mano de los hombres: pero al lado opuesto una bajada suave y cubierta de verde festoneada de viñas hace prolongar la vista hasta aquella célebre calzada bañada por el mar Adriático y llamada en la antigüedad *via Flaminia*. Los modernos la llaman la Marca de Ancona. Desde allí y no lejos de la ciudad de Rimini comienza el único camino que conduce á la república de San Marino.

Encaminándose hácia la cresta del monte, Agosto iba enseñando á los extranjeros los sitios mas notables, explicándoles la piadosa tradición de cada uno de ellos. Antes de llegar á la cumbre detúvose Agosto en el sitio donde se reunía la juventud. La concurrencia era allí mas numerosa que en la gran plaza, y cesó el tumulto cuando vieron á los extranjeros. Agosto continuó hablándolos.

—Aquí, dijo mostrándoles dos sombríos postes, Jacobo Pelizzaro que vendió la patria al obispo, espió en otro tiempo su crimen, y nuestros padres han visto morir aquí á Ripa Transone, falsario y ciudadano desleal.

Apresurando despues el paso iba á continuar su camino, pero los huéspedes detuvieron sus miradas sobre aquel sitio, lúgubre página de la historia del pais, y mientras Maquiavelo trataba de explicarse porque habian escogido los jóvenes con preferencia á cualquier otro aquel sitio por punto de reunion, desembozándose el desconocido se dejó ver con

marcada afectacion de la curiosa multitud. Tuvo su apostura de repente un no sé qué de magestuoso é imponente. Un erudito al verle así, hubiérale comparado á Rómulo al dar la señal del robo de las Sabinas.

—¡Bella juventud! exclamó con voz fuerte, apostaría mi cabeza á que recela sin saberlo de los grandes capitanes y de los artistas de genio.

Aun hablaba, cuando uno de los que mas influencia parecia tener en la reunion examinando con atencion su vestido y sobre todo la forma de su puñal se sonrió con él con cierto aire de inteligencia y le dijo á nombre de todos:

—Bien venido seas noble extranjero á la montaña. Perteneces á lo que veo á esas grandes ciudades, cuyos recursos desconocidos de nosotros las han colocado en el rango de las naciones. Pero sabe que no aguardamos mas que un momento favorable para salir del circulo en que han vivido nuestros antepasados, circulo demasiado estrecho ya para su raza, que ha crecido. Ansiamos mostrar á nuestra vez á la Italia lo que pueden los hijos de nuestros padres.

—Bien, muy bien, jóvenes, respondió el desconocido dejando conocer en sus palabras un aire de proteccion y superioridad; vuestra existencia es desconocida de vuestros propios vecinos, y es laudable la ambicion de querer ocupar un puesto entre los pueblos. ¿Que momento mas favorable quereis aguardar? Cada porcion del inmenso pais que se desarrolla á vuestros ojos tiende á tomar una nueva forma. Imitad este grande ejemplo. Señores poderosos encontrareis, que os ayuden en esta noble empresa. La naturaleza de vuestro clima os lleva á la intrepidez....

—Pero os hace tambien mirar la libertad como el primero de los bienes, exclamó Maquiavelo interrumpiendo al desconocido, y no moderando ya mas la santa cólera que enaltecía toda su persona. ¿Y quién os garantiza la conservacion de esta independencia, que hizo á vuestros padres tan largo tiempo felices, cuando por satisfacer una impía vanidad, vais á buscar el yugo que los poderosos no tardarán en imponer á este monte libre, y libre siempre, cuando el resto del mundo gemía esclávo? ¡Jóvenes ciudadanos! no teneis derecho de comprometer la herencia de tantos siglos, y estoy seguro que legareis sin mancha á vuestros sucesores la independencia, que sin mancha habeis recibido. Marchad á reuniros con vuestros ancianos, postraos delante de ellos en este sitio, donde la ley castigó al culpable. Abandonad este lugar donde se espian los crímenes como os lo recuerdan aquellas calaveras. La muerte está aquí pendiente sobre vuestras cabezas, no la muerte que da la gloria,

brillante velo con que se cubre la tiranía, sino la muerte infame que castiga para execración de la posteridad.

Siguióse un murmullo imponente á esta atrevida alocucion, agitóse la multitud cual las olas del mar levantadas por la tempestad y en la duda en que se encontraron los extrangeros sobre la naturaleza del tumulto continuaron su marcha hácia la *Guaita*.

Entusiasmado Agosto estrechó la mano del florentino. Tenia orgullo en cumplir su deber de guía, y sin embargo su pensamiento se ocupaba frecuentemente en sus jóvenes compatriotas. La elocuencia de Maquiavelo encantaba su alma, empero un secreto instinto de adelanto y de porvenir se rebelaba contra él.

La *Guaita* es una especie de bastion natural. Cuando las disensiones intestinas que devastaron la Italia obligaron á los habitantes de San Marino á ponerse en guardia contra la insaciable ambicion de los barones, la cumbre de este monte tomó el aspecto y el nombre de una fortaleza, *Castrum, Castellum*. En la segunda mitad del décimo siglo Beranger, rey de los lombardos, huyendo de las armas victoriosas del emperador Othon, vino aquí á buscar un asilo para él y los suyos. Jamás habia rehusado la hospitalidad este estado de cristianos. Entonces y bajo la inspeccion de un rey desgraciado se combinó un sistema de defensa. Tallóse la roca: el pico y la llana del santo albañil que habia fundado esta sociedad, sirvieron para conservarla. El piadoso pensamiento de Marino se trasmitió de siglo en siglo, la libertad pacífica tuvo un asilo sobre la tierra.

Llegados á la cumbre de la *Guaita* los compañeros de Agosto fueron muy bien recibidos por el ciudadano que se hallaba en ella de guardia. Este servicio de corta duracion se miraba como un placer, y muchas veces la familia del que estaba de guardia lo acompañaba sobre este pico. Una jóven cantaba allí hilando: la presencia de los extrangeros no la intimidó; pero la hizo guardar silencio. La impresion que los huéspedes recibieron al tender la vista y ver bajo sus pies aquella inmensa comarca, revelóse en ellos repentinamente, aunque de muy diferente modo. El hombre del puñal levantó magestuosamente su cabeza, animáronse sus miradas con nuevo brillo, en cuanto á Maquiavelo inclinó tristemente la cabeza; pero con una solemne admiracion.

—Aquí se respira libremente, dijo el último rompiendo el silencio, y sin duda respondiendo á algun pensamiento interior: ninguna sombría muralla ofusca los ojos.

—¿Vuestra señoría es de Florencia? no hay qué dudarlo, preguntó el

huésped de Marina, con el cortesano tono del habitante de las grandes ciudades.

—¿No hay calabozos mas que dónde han dominado los Médicis? respondió Maquiavelo.

—No, por las llaves de San Pedro que las abren todos, replicó el desconocido; pero al lado de su mostrador trasformado en palacio, es donde el sonido gutural echa a perder la lengua de Boccacio y de Petrarca.

—Vuestra señoría tiene delicado oído, dijo el florentino con un ligero movimiento de altivez.

—¡Hola! señores, dijo Agosto con tono burlon, se levanta viento y creo prudente prevenir á vuestras señorías, que corren riesgo de ser arrebatados como ligeras plumas si tienen así sus capas.

—Aprovechémonos del consejo, respondió el huésped de Marina. ¡Muchas gracias, mi buen amigo! casos hay en que se echa de menos una buena pared para guarecerse.

—Si, replicó Maquiavelo, cuando irritado el cielo envía grandes calamidades, y desata todas las plagas, cuando el peligro es comun, entonces son iguales el poderoso y el débil.

—¡Agosto! exclamó de pronto con fuerte é imperiosa voz el hombre del puñal, ¿qué ciudad es esa que veo á nuestra derecha como un punto blanco?

—Esa es Ancona, respondió el jóven: á aquel lado está Rávena, aquí Faenza, allí Forli.

—¡Forli! repitió el florentino con entusiasmo: ¡Forli! ¿dónde acaba de ilustrarse para siempre Catalina Sforza, el honor de su sexo y la vergüenza del nuestro!

—¿Pues qué ha hecho? preguntó con viveza el sencillo habitante de la montaña. ¡Hola! ciudadanos, venid y rogad conmigo á este extranjero, que nos cuente una historia.

—¡Una historia! exclamaron todos los que se hallaban en la Guaita.

La jóven que estaba hilando se colocó en primér término para oír mejor. Agosto continuó:

—¡Habla, habla, buen extranjero! las noticias no llegan pronto á nuestra montaña. Los crímenes de los Malatesta son conocidos de la Italia entera, y nosotros ignoramos sus detalles; nosotros que podemos ver desde aquí el techo de su palacio y el recinto de Rimini. Habla, extranjero, tus palabras nos servirán de mucho gusto. El acento de Florencia puede desagradár al habitante de Pisa porque es natural que no guste

la voz del que quiere dictarnos leyes... ¡pero bendito sea Dios! aquí podemos oír todos los idiomas, aun el latín del obispo.

—¡Un habitante de Pisa! repitió Maquiavelo sorprendido.

—Yo lo soy, respondió con altanería el desconocido echando mano á su puñal; el Arno no nos trae mas que agua turbia.

—Reconozco al Pisano en esas palabras, dijo el ciudadano de Florencia, el que arrastra sus días lejos de Pisa esclavizada puede sin temor estrechar la mano de un amigo de los Soderinos.

—La voz del que odia á los Médicis, replicó el huésped de Marina, del que ha conspirado contra su poder, es mas grata á mi oído que las espirituales hipérboles de Boccacio y las brillantes antitesis de Petrarca. Esta es mi mano.

Manifestáronse los dos extranjeros sus mútuos sentimientos con amistosa dignidad; pero con reserva.

—¿Qué hizo, pues, Catalina Sforza, preguntó de nuevo Agosto, y quién son esos Soderinos con cuya amistad se muestra tan orgulloso un ciudadano de Florencia?

—Me admiraria, sino hubieses nacido en esta montaña, de que en la edad feliz en que te hallas y en que los juegos ocupan siempre á los jóvenes, dices tanta importancia á conversaciones políticas; pero en el fuego que brilla en tus miradas, veo cuál es la fuerza de las instituciones, la que me ha enseñado la experiencia en su grande escuela. Los Soderinos, cuyo nombre sin duda acabas por primera vez de oír, son los que quieren infamar con el nombre de conspiradores.

—Perdona, extranjero, no comprendo el sentido ni el valor de esa palabra. ¿Los conspiradores forman una clase aparte en un gran pueblo?

—Siempre, y es la mas numerosa, cuando el pueblo desconoce sus deberes. Algunos conspiran contra la patria, estos son los principes. Los otros conspiran contra estos cuando los oprimen. La ambición de uno solo contra todos ó el odio de todos contra uno solo son los móviles poderosos de las conspiraciones.

—Gracias, añadió el joven, porque sin tí hubiera ignorado siempre lo que acabo de saber. ¿Los Soderinos serian, pues, principes que han salido mal en sus proyectos contra Florencia, puesto que tú su partidario te hallas errante lejos de las orillas del Arno?

—¡No! ¡no! exclamó Maquiavelo, son ciudadanos virtuosos que comprenden y lamentan mas vivamente que los demas los males de todo un pueblo.

—¡Y qué claman contra los opresores, porque no pueden ellos serlo! replicó Agosto.

Echáronse á reir los habitantes de la montaña; el desconocido con una brillante mirada de alegría, dió las gracias á Agosto por su maliciosa observacion, al paso que Maquiavelo dejaba marcar en su rostro el disgusto que le causaba el inofensivo epígrama.

Despues de un momento de profundo silencio el futuro historiador de Florencia tomó la palabra, recordó los tiempos en que hombres aventureros abandonando el arado por las armas llegaban á ser bajo el nombre de *Condottieros*, los árbitros de la Italia y se colocaban sobre los tronos que habian defendido. Presentó la Península devastada por los reyes de Francia Carlos VIII y Luis XII: y á César Borgia despojándose de la púrpura romana de Cardenal para aparecer bajo el nombre de Valentinois á la cabeza de un ejército sembrando el terror, tomando ciudades, pero detenido de repente delante de Forli por Catalina Sforzia, cuando la mayor parte de los señores de la Romaña huian cobardemente al acercarse el conquistador. Exaltó el valor heroico de aquella muger, que habia caído prisionera entre las manos del baron de Allegre, pero que reclamada por Borgia como buena presa, habia logrado desaparecer de la vista de todos.

—¡Ay! dijo al terminar, la Italia la busca, y la llora; la Italia que tan vivamente aprecia las hazañas, y tan impotente es para imitarlas!... La historia conservará el recuerdo de la condesa de Forli. La fama no es ingrata, condena la tiranía. Valentinois puede vencer, oprimir, su memoria será maldita...

—¡Amen! amigo de Florencia, dijo inmediatamente el hombre del puñal. Os doy gracias, por mi cuenta, de vuestra historia á pesar de las contradicciones que hay en ella. ¡Por San Miguel qué haceis á Borgia un gran politico! Cuánto mas temible era la condesa mas importante era deshacerse de ella.

Guardaban silencio los habitantes de San Marino, reflexionando sin duda en la suerte reservada en el mundo al débil; iba Maquiavelo á tranquilizarlos cuando divisaron á lo lejos un grupo de caballeros, cuyas bruñidas armaduras resplandecian á los rayos del sol. El hombre que estaba de guardia en la *Guaita* dió la señal enarbolando una bandera, y bien pronto respondió el tañido de la campana de la poblacion.

VI.

La población de San Marino hallábase en movimiento, cuando Agosto y sus huéspedes bajaron de la *Guaita*. Un mensajero había anunciado la llegada de una embajada del duque de Urbino. Propagada rápidamente esta noticia, reuniéronse á la primera señal los jóvenes y los ancianos olvidando sus divisiones para mostrar á los enviados de su fiel aliado un justo tributo de amor y de reconocimiento. Habíanse colocado prestamente todos los habitantes desde la puerta de la ciudad hasta la gran plaza, todos los magistrados aguardaban á los enviados del duque. Confundidos en la muchedumbre los dos extranjeros observaban sin ser observados. Fácil era leer en su fisonomía lo que en ellos pasaba. Maquiavelo en el colmo de su entusiasmo hallábase allí, llevado por las masas del pueblo, en una esfera de su gusto, y circulaba libremente su sangre en la arteria pública. Habitado á las tumultuosas escenas de Florencia, respiraba sobre la montaña sin que ningún pensamiento de temor viniese á turbar las pulsaciones regulares de su corazón. El espectáculo de un pueblo reunido en la plaza pública para ejercer colectivamente los derechos individuales, le recordaba el Foro romano, é inflamados sus ojos buscaban la tribuna de las arengas. ¡Encontraba sobre este nuevo Palatino la imagen del pueblo rey en el tiempo de sus virtudes!

Las mismas causas producian diferentes efectos en el ciudadano de Pisa. Sin necesidad de disimular en medio de la muchedumbre, dejaba ver en su tétrico rostro una secreta inquietud. Animado de un principio opuesto, al que representaba el florentino, miraba bajo otro punto de vista aquella población entregada á sus propias pasiones. No veía trono desde el que se hiciese oír una voluntad única para reunir y compactar los flotantes pareceres y voluntades, para mandar en virtud de una razón superior.

Interrumpióle en su meditacion el ciudadano que en la reunion de los jóvenes se habia sonreído con él con cierto aire de inteligencia, el que aproximándose y cogiéndole de la mano, le dijo en voz baja:

—¡Todo va bien! Ves, amigo, te cumplimos nuestras promesas, ¿cumplirás tú las tuyas?

El huésped de Marino se estremeció, empero, rápido en calmar sus

emociones, fijó sobre el que se le acercaba una mirada indiferente respondiéndole con frialdad pero en voz alta:

—¿Qué significa ese lenguaje, ciudadano de Titan? Sin duda te equivocas.

—Llevas un hermoso puñal, contestó sin desconcertarse el San Marínés.

—Sí, es un arma, que se ha convertido en el adorno mas necesario en nuestras ciudades, añadió con flema el pisano. Pregunta sino á ese noble habitante de Florencia, si algunas veces no es mas prudente salir sin capa que sin puñal.

Hizo Maquiavelo un gesto afirmativo, terminando esta singular conversacion la aparicion de la bandera de Montefeltre que fué saludada con unánimes aclamaciones. Llegaron basta donde estaban los capitanes los enviados del duque de Urbino, y el mas profundo silencio reinó durante su conferencia que duró mas de una hora. Despues uno de los magistrados levantó la voz é hizo saber al pueblo que esta embajada tenia por objeto hacer comprender á los San Marínese la necesidad de guardar una actitud imponente, y conservar, de concierto con el duque de Urbino, una neutralidad armada, aunque César Borgia hubiese mostrado por Urbino y San Marino sentimientos de estimacion, amistad y benevolencia, limitándose á exigir solo algunos subsidios para las necesidades de la guerra.

Un grito espontáneo interrumpió al orador. Fué acogido en el nombre de Borgia con aclamaciones que asombraron á los ancianos y á los enviados de Urbino. Los subsidios fueron votados inmediatamente por unanimidad.

—Ya lo veis, ciudadanos, nuestra adhesion por las santas leyes de la patria nos protege contra un poderoso enemigo. Sin embargo, acaban de hacernos saber que ciudades ricas y fuertes han sido abandonadas por sus señores á merced del conquistador. El nieto del noble duque de Urbino, Francisco de la Rovera, prefecto de Roma, ha abandonado su señorío de Sinigallia: Juan Sforzia anda errante lejos de Pésaro, y el orgullo de los Malatesta no hace ya temblar á Rimini. Los romaños sufriendo hoy tristes represalias, ellos que en todos tiempos aventureros y turbulentos han combatido bajo tantas diferentes banderas: ellos que á la voz de un guelfo ó de un gibelino ó del primer condotiero trocaban la paz del hogar doméstico por el tumulto de las batallas, sin fuerzas contra la adversidad doblan la cabeza delante de un formidable enemigo. Ciudadanos, acabais de conceder los subsidios exigidos por el duque de

Valentinois, y os felicito por ello! El oro que juntamos no puede ser útil para nuestra felicidad, sino empleándolo en interés de nuestra independencia, en satisfacer y apagar la codicia de nuestros príncipes.

Un oficial de Borgia, que habia acompañado á los embajadores, presentó sus credenciales para cobrar las cantidades reclamadas.

Paguemos, paguemos, fué el grito general.

Reunianse en esta exclamacion dos pensamientos muy distintos, el porvenir y lo pasado. De pronto hendiendo la muchedumbre presentóse á los enviados de Urbino y á los magistrados de San Marino, un hombre vestido con el traje de los aldeanos de Montefeltre... Era este hombre el duque de Urbino en persona. La mas infame traicion le arrebató sus estados. Bajo el pretesto de ejecutar una sentencia del Papa contra el señor de Camerino, habiase presentado sobre las fronteras de Perugia César Borgia á la cabeza de un pequeño ejército. Protestando de nuevo su amistad por el duque de Urbino le habia enviado á pedir prestadas cuantas armas y artillería tenia para vengar la causa de la Santa Sede. El de Urbino habia cedido á los ruegos de este formidable enemigo, que así que lo vió privado de medios de resistencia, entrando de improviso con sus tropas en el territorio de Urbino se habia apoderado de Cagli, una de las mas importantes ciudades, y dirigiéndose á la residencia del duque, solo pudo escapar éste de la muerte huyendo á favor de un disfraz.

Escitó esta noticia la mas violenta indignacion en la Asamblea. Palidecieron el florentino y sus compañeros, estremeciéndose ambos de rabia si bien suscitada por diverso motivo. Recobró muy pronto el pisano su ordinaria calma, en tanto que Maquiavelo fijando una melancólica mirada sobre el noble señor parecia echar de menos sus esperanzas. Sonreíase tristemente al ver los groseros vestidos que habian protegido al potentado abandonado por la fortuna; sin embargo, el aire noble del duque, su continente, la varonil y valiente expresion de su dolor presagiaban aun para él un venturoso porvenir.

El amor que Guidobaldo duque de Urbino inspiraba á sus vasallos y aliados hacia unir á su vida todo el interés de la legitimidad. Escapado al puñal de Borgia era el alma de un partido, y el horror natural que hace nacer la traicion se convertia en un refuerzo moral tanto mas poderoso y eficaz cuanto que aun estaba indecisa la usurpacion. Los romañoles no debian, por otra parte, de tardar en sentir el oprobio de un yugo humillante y coaligarse en favor de las víctimas. Valentinois, era temido, la desgracia de los príncipes destronados hacia olvidar sus pasa-

dos estravios, y reanudaba en cierto modo los rotos vínculos entre ellos y sus pueblos. Todas estas ideas espuestas por Maquiavelo como otras tantas probabilidades pusieron sombrío y meditabundo al ciudadano de Pisa. Nada le parecía indiferente de cuanto allí pasaba: los hombres mas notables por su prudencia y saber reuníanse á los magistrados para acordar las medidas que debían tomar en tales circunstancias, y en el seno de este pueblo, guardando un solemne silencio, parecido al del reo que aguarda el fallo de sus jueces, el hombre del puñal atormentábase con la sencillez, la calma y el aparato de aquella conferencia política, cual si se tratase en ella de sus propios intereses. Al fin hizose oír una voz. El pueblo fué de parecer de que lo grave de las circunstancias exigía que se pidiese socorro á las ciudades libres de Italia. Algunos ciudadanos nombraron á Florencia, á este nombre cediendo á un impulso natural de su alma salió de entre el pueblo Maquiavelo, y con una elocuencia desconocida hasta entonces en el Titan, presentó al gobierno de la república florentina como sordo á toda consideracion que no fuese su política interesada: dejó entrever con destreza que la señoría aliada de la Francia, y respirando con pena bajo la influencia de los Médicis, trataría tal vez de adherirse á la fortuna de Valentinois. Aplaudido vivamente fué su discurso; el único que debió comprender mejor que todos su fuerza lógica y guardó el mas obstinado silencio, fué el extraordinario ciudadano de Pisa.

Designóse despues la señoría de Venecia, como á la mas independiente, como á la enemiga natural del conquistador de la Romaña. Guidobaldo resolvió ir él mismo allí á defender su causa poniéndose de acuerdo con su nieto Francisco de la Rovera. Esta resolucion del augusto anciano causó en el pueblo esas dulces emociones, presagios de sacrificios y victorias... Echóse entonces de ver, que el mandatario de Borgia habia desaparecido, y algun tiempo despues el vigia de la *Guaita* hizo avisar al consejo, que numerosas tropas tomaban posicion alrededor del pie de la montaña. Era imposible la fuga.

—¡Imposible! dijo Agosto en medio de la consternacion general. Solo hay una cosa imposible para nosotros; el ser esclavos. ¡Hermanos! gritó, ¡hermanos, seguidme! ¡seguidme!

Y se alejó de todos aquellos que formaban el partido deseoso de novedades.

V.

—Cuando Maquiavelo se reunió al ciudadano de Pisa, dominándose éste le saludó con afable sonrisa, y estrechó en sus manos la suya.

—Florentino, mi buen amigo, le dijo: mucho me he alegrado de haberos oído hablar de ese modo: muchísimo tiempo hace que habia sondeado la política de los Diez, y si fuese bastante rico para comprarla, no vacilarian en venderme la república.

—Tal vez, respondió Maquiavelo; pero tu cabeza y la suya serian las arras de ese trato.

—Vamos, replicó, veo que en Florencia como en Pisa no se lleva tan mal la esclavitud en dejando suelta la lengua para hablar contra la opresion.

—¿Qué quieres? Es la protesta de los débiles...

—Pero por mucho que digamos que el príncipe puede atreverse á todos, los débiles forman siempre mayoría, dijo con alegría el pisano.

—Es un torrente devastador esa mayoría, cuando conoce la voz que la guia.

—¿Qué es necesario, pues, para dar curso á esas aguas estancadas?

—Salir bien al principio.

—¡Con tono triste ha pronunciado esas palabras el amigo de los Soderinos!

—Sin embargo, no se ha abatido mi valor al primer revés,

—Comprendo, noble ciudadano, el sentido de esas palabras... La causa de un florentino es hoy la de todo pisano que tenga orgullo: ¿porqué hemos venido á esa comarca donde el mas temible guerrero de Italia acaba de plantar su bandera? ¿Por qué nos hallamos aqui, sobre esta roca?... Responde francamente, nos hemos estrechado la mano con afecto: podremos tener opiniones diferentes sobre algunos puntos poco importantes; pero no hay motivos para que desconfiemos el uno del otro; habla: para Florencia, como para Pisa Valentinois.....

—¡Blasfemas! exclamó Maquiavelo: es un deber odiar á los Médicis, es un crimen comprometer la salvacion de la patria: águila ó buitres, ¿qué importa? siempre es un ave de rapiña.

—Detente, vas mas lejos que mi pensamiento. ¿Qué quieren en Florencia asi como en Pisa? Establecer sólidamente un gobierno de su gus-

to: ¿quién ayuda en su noble empresa á los ciudadanos animados por el bien público? Un hombre poderoso. ¿Qué desea Borgia en este momento? Dinero. Y con algunos subsidios no podríamos...

—No, no, ciudadano de Pisa, le interrumpió Maquiavelo, es imprudente siempre entregar el pais á los estrangeros. Piensa en la suerte de Ludovico, el Moro. Acabas de ver á un caballero obligado á huir de sus vasallos á ocultar su gerarquía bajo un grosero disfraz, ¿y piensas aun en el hijo de Alejandro VI? Señor pisano, no basta querer el bien, es menester querer el bien con discernimiento. Borgia ha llevado mucho tiempo la sotana encarnada: le ha quedado la maña del clero y su astucia bajo el casco de guerrero: y la doblez es una coraza que se ciñe perfectamente á su talle. Tiene demasiada avaricia por coronas para dejar escapar la ocasion de colocar sobre su frente la ducal de Florencia, si se le presenta, y despues otras aun. Recuerda su divisa *Aut Cesar, aut nihil*.

—Perdona, tus reflexiones son exactas. La imaginacion vuela, pero el amor de la patria ilumina...

—Cuando no ciega. Sin temor podemos hablar en esta montaña donde la libertad confia en el órden, como la igualdad en el trabajo. Sabe que el amor de la patria me aleja de Florencia, mas aun que mi odio á los Médicis. Mas vale que reinen los Médicis que no un estrangero. De dos enemigos combatamos por de pronto el mas terrible. Sabe tú que llevas un puñal, que este cuerpo endebles que ves, ha crugido entre los instrumentos de la tortura sin que mi boca implorase gracia, ni revelase el nombre del mas oscuro ciudadano. La pluma del escritor tiembla aun entre estas destrozadas manos, y sin embargo, escribo por el interés de ese pueblo que deja perecer sus mas firmes apoyos; por él he venido á Romaña.

—Esplicate, ¿aborreces á los Médicis?

—Pero amo á mi pais, y Valentinois, siembra en él oro, y corrompe alli como aqui á los jóvenes ciudadanos, fomenta las revueltas.

—Muy bien, ahora se vuelve contra él tu patriotismo. ¿Qué vienes á hacer aqui?

—Lo que se puede cuando uno es débil, está aislado..... ¿No seria glorioso sostener el valor de todos los principes que no han querido doblar la rodilla ante el *despurpurado*?

—¡Perfectamente! ¿hacer causa comun con los Savelli, los Ursinos, los Vitelli, en fin, con todos esos nobles señores que en secreto se juntan en Magione?... ¿Qué dices á esto, ciudadano de Florencia? ¿Por qué

me miras con aire sorprendido? ¿Tu amor por la patria no te llevaria por ventura al lado de los confederados á menos que no sea la misma señoría quien te envíe á ellos? En cuanto á Borgia es prudente saber si conviene mas perderlo ó ganarlo.

—Pero... ¿qué dices tú, ciudadano de Pisa?

—Una palabra para mi pais y ayudo tus proyectos.

—Nunca aconsejaré nada contra él. Cuando una república se estiene por la conquista muy pronto pierde su libertad. ¡Admira la fecunda sabiduría que hay en la pobreza de los habitantes de esta montaña!

—¿Crees tú que no están ya cansados de ella?

—Mientras Roma fué pequeña, fué virtuosa.

—Pero destinada á gobernar el mundo, el espíritu humano le debe su progreso, su desarrollo. Piensa en la mágica influencia que aun hoy ejerce.

—Hoy domina de nuevo por el crimen.

—¡Cuidado con la excomunion!

—Desafío los rayos del Vaticano sobre esta roca desde donde se ven formarse las tempestades.

—Tratemos de detener en ella á Guidobaldo.

—Para que quede espuesto á las astucias del zorro. ¡No!... Valentinois se alegraria mucho de tener un pretexto para plantar su bandera sobre la *Guaita*. En Venecia es en donde el duque de Urbino servirá la santa causa de la libertad. El amor de sus vasallos y de sus aliados nos será muy favorable al ver que la usurpacion lo aleja de sus estados. La desgracia inspira grande interés.

—Ves muy largo, ciudadano de Florencia, y así me asocio á tu fortuna.

—He contraido la costumbre de meditar viviendo con Aloisio Alamanni.

—Eso quiere decir que eres poeta.

—He emborronado algunas páginas jocosas, pero deja uno de reirse cuando ha visto el cadalso.

—Es decir que uno de los miembros de la *Sociedad de los Jardines* abandona los proyectos de conspiracion que allí se traman sin cesar contra los Médicis y conspira hoy contra Borgia.

—¿Quién te ha enterado tan bien, ciudadano de Pisa? ¿Y cómo sabes tú lo que pasa en los jardines de Rucelai?

—El que tiene el pensamiento de librar su patria debe saber todo lo que pasa en el palacio del opresor.

—Me basta esa palabra, Bruto y Casio no dirían mas.

—Ni tampoco harían lo que proyecto... en verdad, ciudadano de Florencia, la política mejor combinada se estrella muchas veces en la casualidad. Lejos estaba de preveer que encontraría sobre esta roca un enemigo de los tiranos de Toscana. Unamos nuestros proyectos, pues, y que Valentinois sepa bien pronto de cuanto es posible el amor de la libertad.

—Gracias; mil gracias, señor de Pisa, yo doy de muy buena gana un consejo, pero el valor físico no siempre es el compañero de la prudencia. Dejemos obrar al pueblo, su fuerza es el odio á la tiranía y triunfa cuando quiere. El duque de Urbino conserva el amor de sus súbditos, Borgia al contrario no tiene en su favor sino tropas mercenarias, desunidas, ambiciosas, sin disciplina, dispuestas á servir al que mejor les pague...

—¡Vive Dios! que hablas como un sabio!

—Los condotieros saben hacer traicion, y no morir. Ese es todo el secreto de la decadencia y de la ruina de Italia.

—Todos los aliados de Borgia no son así, y el rey de Francia...

—El papa Alejandro se sirve del poder espiritual para adquirir el temporal, y como dicen los franceses

*Vendit Alexander sacramenta, altaria Christum
Emerat ille prius. ¿Non ipse vendere potest?*

Los sacramentos, y altares
Vende hoy Alejandro sexto.
Los vende que suyos son
Porque los compró primero.

—Pero el rey no mira lo temporal para conquistar lo espiritual.

—Es verdad, aun no saben todavía en Francia que aumentar el poder de otro es debilitar el suyo propio.

—Vive Dios, que tienes la vista mas larga que la espada de Carlo-Magno!

—Nada despeja tanto la imaginacion como los calabozos y el tormento. Se conoce lo que valen los principes cuando se les considera en el platillo de la balanza donde os pesa su justicia. Concebir el pensamiento de arrebatarles su poder, es haber destruido ya todo su pres-

tigio y lo que se llama conspirar contra ellos es siempre una reaccion natural.

—Es mas, señor de Florencia, es el presentimiento de un porvenir mejor, pero cuidado, será preciso que no os oigan las gentes de este pais. La necesidad que sienten de una existencia mas amplia, mas digna de un pueblo, esa tendencia á aproximarse al centro de las luces, los arrastraria contra las instituciones que tanto os admiran. Nosotros republicanos corrompidos ó ilustrados, como quieras, nos dejamos llevar de las olas fugitivas de lo presente porque nuestras pasiones ocultan el gérmen del bienestar, y alternamos asi sin percibirlo de la tiranía á la libertad y de la libertad á la tiranía. Pero las masas, ese rebaño que padece por todas partes, es esclavo, siempre esclavo, del pastor, de los perros, ora el pastor tenga el nombre de tiranía, ora tenga el de libertad.

Durante esta conversacion, en que cada cual trataba de engañarse mutuamente, llegaron á la casa de Marina.

En tanto en otra parte los jóvenes ciudadanos que habian llegado al pié de los sombríos postes rodearon á Agosto cuya exaltacion lejos de enfriarse por la reflexion aumentábase al contrario á medida que el pensamiento maduraba sus proyectos. Levantó con magestad la cabeza, y echando en derredor suyo una mirada segura: ¿hay algunos de entre vosotros, dijo, que dude de mi amor y adhesion á la patria?

Una respuesta y unánime exclamacion espresó el horror que semejante duda inspiraba; un noble pudor coloreó la frente de Agosto que continuó:

—Entonces puedo hablar con sinceridad. Me habeis visto trasportado por las nuevas ideas, cuando nos revelaban un porvenir mas vasto. Me he lanzado como vosotros en esta esfera de promesas en que las ciencias y las artes debian desarrollar nuestras facultades, en que la industria debia asegurar nuestro bienestar. No he cesado sin embargo de bendecir la existencia de lo pasado, monótona sin duda, empero exenta de revueltas y de esclavitud. Respondedme, ¿quereis por primera vez reconocer el yugo de un señor?

—¡No, mil veces no! gritaron de todas partes, antes morir!

—Pues bien, continuó Agosto, es preciso olvidar vuestros sueños, despedirnos de este fúnebre sitio, y volver á bajar á la plaza pública.

Manifestáronse algunos sordos murmullos.

—¿Con qué derecho nos habla asi cual si fuera nuestro amo? se pre-

guntaban. ¿Por qué renunciar á nuestras mas caras esperanzas en el momento de verlas realizadas?

No tardó en restablecerse el silencio. Agosto continuó entonces con las señales del mas profundo dolor:

—En vano trataríamos de crearnos nuevas ilusiones, amigos, hermanos míos, hemos comprometido la independencia del Titan. Algunos pérfidos extranjeros han hablado, y en nuestra buena fé hemos dado crédito á sus palabras. Nos han provocado á un cambio y en nuestra impaciencia tendíamos nuestros brazos á Borgia, sobre él solo fundábamos nuestro porvenir.

—No, no, dijeron algunas voces.

—Es Borgia! repitió Agosto con tono firme. ¿Qué confianza podemos tener en ese conquistador sin fé, ahora que conocemos sus crímenes?... Habéis visto al noble duque de Urbino, ese fiel amigo que ha contado en su desgracia con la lealtad de los habitantes de la montaña, con sus virtudes republicanas.

El entusiasmo que escitaron estas palabras manifestóse en la asamblea por un murmullo ligero al principio, pero que fué creciendo despues considerablemente. Restablecióse el silencio y continuó Agosto:

—Abrámos paso libre al duque de Urbino, pues que nuestros comunes intereses lo alejan de este asilo. Protejámos no su fuga, sino su retirada, y en lo sucesivo sometamos cuanto hagamos á la aprobacion de nuestros ancianos magistrados.

Todos los ojos siguieron entonces la mirada de Agosto, que se dirigió hácia la cumbre de la *Guaita*, como para llamar en su auxilio el pico virgen de toda dominacion estrangera. Gran sensacion causó este movimiento en el corazon de los San Marinenses. Aquellos ojos contemplaron con un sentimiento religioso de respeto y de orgullo aquel bastion. Podían distinguir sobre la pared el ancho escudo, donde el águila de la familia de los Montefeltre estendia sus inmensas alas sobre las tres torres titánicas y aquella escultura que tres siglos no habian bastado á destruir, recordando la constante proteccion que los señores de Urbino daban á la independencia de la montaña imponia la noble obligacion de proteger al desgraciado duque.

En lo interior de la ciudad habian abandonado los ciudadanos la plaza pública sin haber decidido nada de importante sobre las medidas que debian tomarse en aquella grave circunstancia, aplazando una nueva reunion general para el dia siguiente.

La traicion del fuerte despierta la prudencia del débil. La desapari-

cion del enviado de Valentinois, cuyas tropas se veían en movimiento al rededor de la montaña exigía la mas activa vigilancia, y con el temor de que agentes secretos no escitasen alguna revuelta en la ciudad, se resolvió que todos los extranjeros que se hallasen en aquel momento en ella, despues de haber justificado los motivos de su estancia en la montaña, presentasen un fiador ó quedasen prisioneros.

La aprobacion del gobierno vino á dar á la generosa empresa de los jóvenes ciudadanos nueva animacion. Ocupábase la poblacion entera de esta expedicion á la que se preparaban con imponente calma. Las puertas de la ciudad quedaron cerradas indistintamente para todos, con prohibicion absoluta de que sus guardas dejasen entrar, y sobre todo salir á nadie fuese quien fuese. Era importantísimo que Valentinois no pudiese ser informado de la excursion que se meditaba.

VI.

Marina estaba de pie, habia estendido sus manos sobre la cabeza de Agosto arrodillado delante de ella. Su continente anunciaba una resolucion fuerte, sin embargo sus ojos humedecidos con lágrimas y su trémula voz revelaban á pesar suyo su viva emocion.

—Sé valiente, le decia, nuestro santo protector y la Virgen Madre de Dios aparten de ti todo peligro y la muerte. ¡Pobre hijo mio, te bendigo! Mil riesgos te esperan en la llanura, pero no son los mas grandes los del combate. Resiste con valor los alhagos de los sentidos. Allí todo es mentira, todo es engaño. En la guerra no pienses mas que en el enemigo, pero en la hora de descanso no pienses mas que en Dios. Marcha, Agosto mio, libra á la Romaña del traidor llamado Valentinois.

—¡Marina, Marina! gritó con voz terrible al entrar el ciudadano de Pisa, ¿estás cansada de su vida? ¿Por qué envías al combate á un niño cuyo brazo es aun muy débil?

—Su brazo es temible, porque su corazon odia el perjurio y la traicion, respondió ella sacando gran valor del fondo de su alma.

—¡Muger! dijo el pisano con voz aun mas terrible, el padre de este niño ha hablado.

—¡Mi padre! exclamó con viveza Agosto, ¡mi padre! ¿quién es? ¿lo conoces tú, extranjero?

—Su padre, añadió Marina, es el padre comun de los hombres, su madre es la patria.

—¡Muger! repitió el pisanó con imperioso tono, el padre de este jóven manda que me siga.

—No tiene padre, respondió Marina con imponente firmeza: ¿quién puede pretender este sagrado título? Nadie ha llenado con él los deberes de tal, nadie tiene el derecho de arrancarle á la gran familia. El desgraciado que le dió el ser, ha osado decir: ¿es mi hijo? ¿há cumplido sus juramentos? No, no, no tendrá padre en tanto que una muger de la montaña no pueda decir con orgullo: ¡es mi hijo!

—Buen estrangero, dijo Agosto, háblame de mi padre, si es verdad que tú le conoces....

—En Roma te aguarda....

—En San Marino debe repararse su crimen, apresuróse á decir Marina, y volviéndose con aire de autoridad hácia Agosto añadió: ¿oyes la campana que llama á los hombres libres á la tumba de nuestro santo fundador? Marcha, hijo adoptivo de los ciudadanos, marcha á orar por los culpables. Yo te bendigo....

El jóven salió precipitadamente, no escuchando mas que su entusiasmo. Atento espectador de esta escena habia visto Maquiavelo reflejarse diversos sentimientos en el rostro de su compañero. Lo imponente de su voz y de su gesto acababa de ceder de pronto al ascendiente de una sencilla habitante de una pobre ciudad, y la apostura de aquel hombre en quien todo revelaba una posicion superior al vulgo hubiera bastado para dejarle penetrar el misterio del nacimiento del jóven, si dominada de sentimientos demasiado vivos para poder reprimirlos no se hubiese apresurado á añadir Marina.

—¡Se ha marchado! Al fin puedo libremente reconvenirte.... Quince años y mas me has hecho aguardar este dia, que ha llegado para destrozar mi corazon.... ¡Debia yo volver á verte asi para espiar mi falta! ¿Nada soy para tí y esperas arrebatar me el solo bien que me hace amar la vida? No, no es hijo tuyo: el perjuró no merece tenerlo, tú no puedes nada aquí, ni sobre él ni sobre mí. El Arno no corre en nuestra montaña, tú rostro no tiene ya el candor y la gracia que me ha seducido. Ya no eres el estudiante de Pisa. Te ha envejecido el crimen, que veo impreso sobre tu frente, que ya no cubre una hermosa cabellera. Me asustaría tu mirada á no sentirme protegida por una fuerza mas que humana.... ni te temo, ni te compadezco. Vuelve á Pisa: el que he llevado en mis entrañas, el que he guiado en su niñez, aquel cuyo nombre

has elegido tú mismo antes de su nacimiento, Agosto no abandonará la sagrada tumba que fué su cuna.

—Marina, respondió el pisano con voz mas dulce, el error de mi juventud y de la tuya debe repararse: ese niño que has criado como tierna madre, le amo ahora que le he visto, y á su vista se han conmovido mis entrañas. Puedo hacerle progresar en la carrera de las armas, ó de la Iglesia, puedo cumplir á mi vez lo que es para mí un deber de conciencia. En cuanto á nosotros, Marina, tenemos patria, costumbres, intereses diferentes. No nos queda mas que lamentar lo pasado. Que Agosto me siga y...

—¡Cállate!

—¿No tendrías orgullo en oír resonar en la Italia el nombre de tu hijo?

—El sepulcro es sordo.

—¿Con qué prefieres tu felicidad á la suya?

—La felicidad es ser libre y vivir en la montaña.

El hombre del puñal quiso entonces recurrir á la elocuencia de Maquiavelo. Preocupada enteramente con su dolor Marina no habia al pronto visto al extranjero. Dió al verlo un grito de desesperacion, y se tapó la cara.

Iba á responder Maquiavelo, iba á sostener á la hija del Titan en sus resoluciones, iba á elogiar la severa virtud de las repúblicas, que hace preferir la independendencia á todas las superfluidades del lujo, á todas las vanidades de la gloria, cuando entró una muger y vino á distraer la atencion.

Dos pedazos de paño grosero de diferente color, sujetos al rededor de la cintura por una correa de cuero de la que colgaban medallas antiguas é imágenes de santos de plomo pintado formaban el extraño vestido de aquel nuevo personage. Su andar atrevido, su feroz fisonomía, su tono de autoridad vulgar tenian un no se qué de solemne, que asombraba é imponia algunas veces á los que dirigia sus palabras de oráculo.

Antes de pasar el suelo de la puerta dió tres golpes con un palo que llevaba en la mano, y en cuya punta se veia una imagen singular adornada de lazos y cintas: cerró los ojos y dijo con tono grave:

—¡Quién quiera que seais los presentes, yo os saludo en nombre del destino cuyo órgano soy!

Adelantóse lentamente á su encuentro Marina.

—¿Eres tú, Zingana? la dijo, entra, entra, y bien venida seas!

La adivinadora abrió los ojos y los clavó sobre la joven, meneó después la cabeza, y con tono triste la dijo:

—Estás seria y colérica, muy cambiada te encuentro, hermosa hija de la montaña... Si, la huella de profundas emociones se ve aun marcada sobre tu rostro... Marina, ¿se han cumplido mis palabras?

—Siempre me has anunciado la verdad, Zingana, respondió Marina. Los pesares en que no quería creer, devoran mi corazón en este momento.

—¡Ay! ay! exclamó la gitana. Me echan la culpa cuando suceden las desgracias que anuncio, y jamás me dan gracias de las felicidades que pronostico.

Una carcajada interrumpió á Zingana, volvióse con aire severo hacia el hombre del puñal, y mirándole con dignidad:

—¡Hombre! le dijo, soy vieja, tengo el don de prevision, y el jefe de la Iglesia tres veces me ha bendecido. ¿Por qué te ríes?

—Zingana, respondió el pisano, has robado las bendiciones del Santo Padre.

—No, no, tres monedas de oro han pagado sus oraciones.

—¿Ignoras que la Iglesia prohíbe tus impíos sortilegios? La hoguera es el castigo de las brujas.

—Están perdonadas mis faltas, el Papa ha querido conocer el porvenir.

—¡Silencio! vieja maldita mientes.

—¿Piensas que se equivoca nunca mi ojo, y que no puedo reconocer en el palacio de una dama romana y con traje seglar al que he visto cubierto con la tiara?

Arqueó las cejas de un modo extraño y terrible, y á pesar de la impaciencia que mostraba Marina por consultarla, fijando una mirada investigadora sobre el hombre que tan duramente la habia tratado, vertió en el suelo un saquito de arena fina que llevaba, y trazando en ella un círculo y signos cabalísticos, dirigióse después al extranjero con ese tono de entusiasmo que siempre produce un poderoso efecto.

—Entra en este círculo, tú, que me amenazas, sabrás lo que puede mi arte. Nunca es inútil la verdad, y tal vez un día al acordarte de mis palabras, podrás aprovecharte de ellas... Entra, te digo, me siento inspirada. Hace mucho tiempo que no me he hallado con tanta fuerza para leer en el porvenir, á no ser en el día en que en el palacio de una romana reconocí al papa Borgia.

—¿Qué has podido tú decir al sucesor de los apóstoles, bruja endiablada?

—¿Por qué tiemblan tus labios al proferir inectivas? Hombre tímido y pusilánime entra con paso firme en este círculo.

—En vano tratas de hacerme creer que tengo miedo. ¡Habla! dinos ¡a suerte de Alejandro VI ó salgo del círculo.

—¿Has oído revelar al sacerdote el secreto de la confesión? El jefe de la Cristiandad nada debe tener oculto para los fieles. Yo he dicho á Borgia que se mataría él mismo.

—¡Ah! ah! ah! un papa suicida!

—¿Por qué no? es un hombre como tú... deja esa risa forzada, y pisa la arena sobre la que ya encuentro huellas parecidas á las que me han revelado el destino del pontífice romano.

Apoderóse de la mano del pisano, y obligándole á dar tres vueltas al rededor del círculo, pronunciaba lentamente estas palabras sacramentales:

—*En el nombre del Padre, en el nombre del Hijo, en el nombre del Espíritu Santo, yo te conjuro Satanás, Astaroth, y Belcebú!*

Marina con el rostro severo asistía con interior alegría á este espectáculo. Fácil era de ver la fé que tenía en las menores acciones de la maga. La venganza, este sentimiento tan dulce al amor engañado, haciale esperar y desear para el traidor un porvenir de tormentos. Solo Maquiavelo conservaba la tranquilidad de un alma libre de todo interés personal, y superior á las preocupaciones. En cuanto al hombre del puñal salió del círculo mágico agitado de un estremecimiento, é involuntaria convulsión.

La vieja, examinando con ojo ávido la señal de las pisadas sobre la arena mágica, dejaba escapar bruscas exclamaciones, cuyo sentido era difícil penetrar.

—¡Singular conformidad! dijo; la huella del sacerdote y la del guerrero... Qué líneas!... Victorias!... Victorias!... un abismo! un caballo con el vientre abierto.

—Dió un grito terrible el pisano.

¡Calla, condenada! exclamó, ¡calla! toma, aquí tienes oro, marcha á tu Aquelarre si quieres evitar la hoguera.

Arrojó dos monedas de oro, y apresuróse á abandonar aquel sitio: su rostro se hallaba alterado, una mortal palidez cubría sus facciones. Maquiavelo le acompañó, no solo para saber los motivos de su extraña conducta, sino también para tranquilizarle.

—Perdona, le respondió reponiéndose poco á poco, es una debilidad inconcebible, cuyo efecto no soy dueño de reprimir... Si, han pronosticado á mi madre el dia de mi nacimiento, que conservaria la vida, si me metian en el vientre de un caballo vivo.

—Yo no veo en eso mas, que una profecia ordinaria, respondió Maquiavello. Es un remedio que se emplea contra ciertos venenos como medio de transpiracion. Meneó tristemente la cabeza; pero en aquel momento llegaron á ellos algunos ciudadanos para intimarles la órden de presentarse ante los magistrados.

VII.

Habia circulado el rumor de que se habia tratado de seducir con oro y promesas á uno de los ciudadanos encargados de la guardia de la puerta de la ciudad, para que dejase penetrar por ella durante la noche á algunos soldados de Valentinois. Decíase que el seductor habia desaparecido en el momento en que los jóvenes ciudadanos trataban de prenderle. Todos los extranjeros habian sido llamados delante de los magistrados. Esta órden no produjo efecto alguno en Maquiavello, empero el pisano se puso pálido y tembló.

El florentino nombró su patria; pero no pudiendo hacerse recomendar por ningun ciudadano, iban ya los magistrados á pronunciar su arresto provisional, cuando pidió permiso para escribir al duque de Urbino. En cuanto recibió éste el mensaje del extranjero, vino á buscarle en persona, y le abrazó tiernamente.

—En mi palacio, dijo, en medio de mis súbditos hubiera yo querido recibir al mas digno ciudadano de Florencia. El cielo me lo envia para consolar mi infortunio. Magistrados de San Marino, ¿qué podemos temer de Borgia, cuando un rayo de luz brilla sobre vuestra montaña? El amor de la libertad alienta el generoso corazon que palpita en este pecho: y me honro en estrechar la mano de un amigo, esta mano que debe enseñarnos á los que tenemos las armas á guiarlas á la victoria!

Inclináronse los gefes del gobierno delante de Maquiavello, que bajó su cabeza ante el duque. En tanto que se tributaba este homenaje á su compañero, miraba el pisano á aquellas virtuosas gentes con ojos de envidia, de compasion y de cólera. Llególe su vez de responder á las preguntas de los magistrados.

—¿Quién eres? le preguntaron.

—Soy ciudadano de Pisa, respondió.

—¿Cómo te llamas?

—Lenzoli.

—¿Qué te ha traído á esta montaña?

La alta reputacion de que goza el gobierno de San Marino.

—Lenzoli de Pisa: jamás hemos rehusado la hospitalidad en esta montaña, conocemos sus leyes y sus deberes. Libre has subido á lo alto de esta roca, y libre bajarás de ella cuando nuestra falange haya conducido lejos de las garras del buitre al descendiente de los amigos de nuestros antepasados, y nuestro amigo mismo. Hasta entonces eres nuestro prisionero.

—Sábios magistrados, respondió Lenzoli con aquella calma y tranquilidad que tan á propósito sabia tomar, son muy prudentes vuestras decisiones para que tenga que decir nada contra ellas un partidario de la independencia de los pueblos. Feliz el príncipe que tiene amigos como vosotros. Me someto gustoso á vuestro fallo, porque este ciudadano ilustre sabe cuan grato me es el respirar el aire de aquí.

Poco tiempo antes habia entregado Maquiavelo á un enviado de Guidobaldo unas notas sobre el arte de la guerra: habia el duque combatido algunos de sus principios, y en la correspondencia que habia mediado entre ellos en esta discusion habia anunciado el florentino su intencion de desenvolver un dia su sistema en una obra que iba á escribir. En esta circunstancia acababa de atraerle la recompensa mas lisonjera para un escritor, y el duque de Urbino respetando el incógnito que parecia querer guardar, habia hecho formar mil conjeturas al pisano. Maquiavelo estaba demasiado orgulloso con su posicion; pero demasiado generoso tambien para no acudir al auxilio de su compañero, cuyos secretos le habia hecho descubrir la casualidad. Habló, pues, por él, y aun obtuvo una libertad que modestamente rehusó el pisano solicitando como un favor quedar bajo la caucion y custodia del joven Agosto, cuyo huésped era, cuando tuviese que separarse de los altos personajes con quien el cielo le habia puesto en contacto. Habia tanta cortesania en sus modales, en su lenguaje, que encantado de ellos Guidobaldo le manifestó su benevolencia, y le invito á que con Maquiavelo subiese con él á la Guaita, para gozar de la puesta del sol.

—¡Buenos amigos! dijo el príncipe.

—¡Escelentes ciudadanos! añadió Maquiavelo.

El pisano guardó silencio.

Llegado que hubieron á la cumbre de la montaña, los tres extranjeros contemplaron maravillados el magnífico panorama que se ofrecía á su vista.

—¡Oh patria mia! exclamó con entusiasmo Maquiavelo, ¡Florencia! También el sol en este momento dora sus risueños contornos, las vidrieras de sus palacios, las tranquilas aguas de su río; pero el aire mefítico de la esclavitud ha corrompido tus ricos habitantes. La antigua virtud de la Toscana y de la Italia entera se ha refugiado sobre una estéril roca: allí permanece invencible... grandes ciudades, cuyos muros diviso, todas lanzais tristes gemidos, todas llorais vuestro antiguo esplendor, vuestra perdida libertad. Aquí solo, aquí escucha el cielo acciones de gracias... ¡Oid!... la voz del Rubicon al través de los siglos acusa aun á César. Los arcos levantados á Augusto y á Trajano no consuelan á Rimini y Ancona de sus pasadas desgracias, del malestar de los tiempos presentes y de los temores del porvenir. Yo te saludo, Rávena, donde el Dante exaló sus quejas. Espera y sé fiel Urbino, tu noble padre alza dignamente su cabeza, que no ha abatido la traición. ¿Vosotras, que os doblais bajo el yugo de Valentinois y del extranjero, Faenza, Cesena, Cervia, Pésaro, no os alzareis á la señal de la venganza?

—Tengo el presentimiento de que será libre la Romaña, dijo Guidobaldo.

—La Romaña verá cumplirse su destino, añadió con profético acen- to Lenzoli.

—Cualquiera que este sea, prosiguió el ciudadano de Guaita en la Guaita no nos ligaremos á él. Nuestros pergaminos prueban que el monte Titan jamás formó parte de la Pentápoli y del exarcado de Rávena. El rey Pepino no ha podido comprender en su piadosa donacion, lo que por ningun título le pertenecía.

La sangre fría y aire de importancia con que hizo el San Marínés su patriótica observacion, produjeron en los tres huéspedes un efecto que se manifestó por una risa sardónica en el pisano, por un gesto de aprobacion en el duque, y por una mirada de asombro en el florentino.

—Preguntad á la turba esclava, dijo Maquiavelo, lo que han hecho sus antepasados, y os responderá con un estúpido silencio. En un pueblo libre se trasmite de edad en edad todo lo que interesa á la patria. Esta historia oral es la fuerza de sus instituciones.

Dirigiéndose despues al ciudadano del Titan continuó:

—¿Y qué hombre libre no teme las santas artes y las mañas de Alejandro VI?

—Tanto como nuestros padres temieron al poderoso genio de Gregorio VII, respondió el ciudadano de la montaña.

—¡El poderoso genio! repitió Maquiavelo: ¿por qué hablar así de aquel mendigo, que encadenó los reyes y los pueblos?

—¿Por qué? exclamó el hombre del puñal con imponente voz y faltando á su pesar á la especie de reserva que parecia haberse impuesto. ¿Preguntan por qué hace el leon temblar á los ciervos? ¿Por qué el águila se cierne en los aires, por qué alumbra el sol al mundo? hablas esta mañana del genio militar, que ha hecho reyes de algunos hombres muy oscuros, pero el verdadero genio no sufre dominacion alguna, porque él es todo, comprende todo como Dios: tiene la mision de regir el universo. El colocó tan alto á mendigos, á pescadores, á cuyo solo nombre bajaron eternamente la cabeza los gefes mas poderosos.... ¿A que llamarías tú genio, ciudadano de Florencia, sino á esta facultad de establecer grandes cosas en el mundo? Pontífice de un solo Dios quiso Ildebrando que no hubiese mas que un solo gefe para dirigir su pueblo. Habia comprendido bien el catolicismo. Vino á consumir aquella ley social, y á darle el último término de su desarrollo. ¿Sabes tú lo que sería hoy la humanidad, si un hombre salido de la clase mas baja no se hubiese colocado superior á los reyes? Un cuerpo sin fuerza, una de esas sociedades estériles, de que nos ofrece un pálido bosquejo esta montaña. El poder espiritual ha perfeccionado la especie humana: en el seno de la Iglesia se han elaborado las ciencias, cuyos beneficios nadie puede negar. El clero ha conducido con paso rápido el mundo por medio de los príncipes.... mirad el camino que ha andado, hoy descansa. Discursos impíos anuncian nuevas teorías suponiendo nuevas necesidades. Se comienza á criticar el antiguo sistema, pero una época de transicion debe aguardar á los nuevos reguladores. ¿Vendrá otro Ildebrando y tal vez Alejandro VI, á quien acusamos como hombre, trata de tener firmes las riendas que han dejado caer las manos de sus predecesores? ¿No se ha visto recientemente el espectáculo imponente de dos poderosas naciones sometiendo sus diferencias y disensiones al desinteresado juicio del padre comun de todos los fieles, y poner fin con su fallo á interminables guerras? ¿Hay mas grande honor para la humanidad, que esa bendicion papal dada al universo, que ese poder moral que se estienda hasta los límites del mundo, á medida que la ambicion del hombre ensancha la esfera? ¡Eterno destino del nombre de Roma! tal vez Ale-

jandro VI, como aquel rey de Macedonia, cuyo nombre lleva, sueña en efecto en un poder unitario universal. Las armas de su hijo César Borgia protegen esta grande idea, que fué la del héroe cuyo nombre lleva también. Ciudadano de Florencia, cree en mis palabras, largo tiempo he meditado en estas serias materias que preocupan todos los ánimos. La libertad no florecerá sino á la sombra de la silla del apóstol cristiano: los principes no sacudirán la obediencia filial que deben al poder espiritual, sino para oprimir los pueblos.

El asombro del duque y de Maquiavelo hizoles callar al pronto, cautivando su atencion. Sin embargo, Maquiavelo respondió con aquella afición natural, que tiene todo escritor á disputar.

—Ciudadano de Pisa, yo que jamás rechazo una idea si es justa, por opuesta que sea á mi opinion, reconozco que hay verdad en tus palabras. No se puede negar el hecho, el clero fué largo tiempo el guia de la humanidad.

—Lo fué siempre, replicó Lenzoli, cuya elocuencia se animaba con esta discusion, su mision es la de serlo. El pueblo le sigue, como la columna de fuego que guiaba á Israel.

—Sea, dijo Guidobaldo: ¿pero hoy es por amor á la civilizacion por lo que el clero quiere aun ser el señor de los reyes?

—Dudarlo es una impiedad, el clero solo puede preveer el porvenir de la humanidad, porque tal es el objeto de toda ciencia. La ciencia de la especie humana debe ser el patrimonio de aquellos, para quienes nada tienen de oculto las conciencias.

—¿Pero, continuó el futuro historiador de Florencia, es por mantener á las naciones bajo una pasiva obediencia, ó para ensanchar la esfera de su existencia por lo que Alejandro VI y Valentinois cometen á porfia tantos crímenes? Todo el tiempo que el saber permaneció encerrado en los claustros, debieron los monges ejercer una influencia natural: pero deben perderla ahora, que las ciencias y las artes brillan con todo su esplendor en el seno de las ciudades, El pueblo sigue siempre la columna de fuego que le guia, has dicho, pero los sacerdotes no forman hoy sino la de negro humo que vá detrás. Que el clero invoque el nombre de Dios para conservar la humanidad en las virtudes cristianas, y permanecerá omnipotente.

—Y los pueblos sumidos siempre en la misma ignorancia.

—Florencia acaba de ver á fray Gerónimo Savonarola estrellarse en sus proyectos. Ya no se cree que un hombre hable con Dios. Pasó el tiempo de las revelaciones.

—Pero, ¿qué hubiera hecho Savonarola, si como Moisés, Ciro, Theseo, Rómulo, hubiese profetizado con las armas en la mano?

—¿Qué creencias quieren imponernos los debastadores de la Italia?

—Quieren afirmar las que condujeron el mundo al grado de perfección en que se halla.

—Es ya demasiado tarde. Han producido todo el bien que podían producir. Wiclef, Juan Hus, y Gerónimo de Praga han comenzado una nueva época, sus sucesores la acabarán.

—¡No, por la espada de San Pablo! Esos pretendidos reformadores quieren detener la marcha del progreso, y hacernos retrogradar. Vanas son sus palabras, frías sus interpretaciones como su letra; no, no sofocarán el espíritu del Señor. El cristianismo es eterno ¿y qué religion puede existir sin pontífice?

—¡E infalible sin duda!

—La diabólica risa que asoma á tus lábios, ciudadano de Florencia, no destruirá lo que es indestructible. *Ubi Petrus, ibi ecclesia*. ¿Qué es el cuerpo sin la cabeza? ¿Has visto tú andar á un decapitado?

—A San Dionisio de Francia, si no lo lleva á mal vuesa señoría.

—Burlona es la respuesta pero es la del que no puede contestar con razones. ¿No se necesita de un vínculo de unidad? El papa es Pedro por el poder, Samuel por la jurisdicción, Moisés por la autoridad, Melchisedech por el orden, Abraham por el patriarcado.

—Señor Lenzoli de Pisa, dijo Maquiavelo con tono entre sério y burlesco, si manejas la espada tan bien como la palabra te abrirás paso en la refriega. Extraño es tu amor á la libertad, que anima tu corazón contra los mejores amigos de la democracia. Los papas fueron lo que debieron ser cuando solo se limitaban á emplear las censuras, pero han reunido la fuerza de las armas á la de las indulgencias para imprimir el terror y la veneración, y usando mal de uno y otro medio han perdido enteramente el primero y se han puesto á discreción del otro.

—Verdad dices, ciudadano de Florencia, respondió Lenzoli en el mismo tono. Así es que el papa actual ha reconocido el error y encargado á su propia sangre defender su propia causa. En cuanto á mí, soy amante de la libertad, pero no de la que aprisiona al hombre dentro del recinto de una ciudad, que inspira el mezquino sentimiento de la patria; soy amante de la libertad católica, es decir, poderosa, universal, porque es de origen cristiano. La palabra de Dios es universal como su pensamiento.

—¡Por mis barbas! ciudadano de Pisa, dijo Guidobaldo, tú has be-

bido en el vaso de algun alquimista que tenga pacto con el diablo, ó bien con Su Santidad Alejandro VI. No diria mas su hijo bastardo.

—Noble señor de Urbino, yo discuto franca y libremente con hombres capaces de comprenderme y de contestarme. Valentinois dicen que tiene una ambicion sin límites: su larga espada está apoyada en el poder papal, sin embargo, si mandase yo las tropas que vemos maniobrar en este momento en el llano, antes de que se hubiese puesto el sol, ya habria enarbolado mi bandera en este sitio en que estamos, porque diria á los habitantes de la montaña: obedecedme, sois ciudadanos del Universo.

—Mientras se realizan vuestros sueños, librenos Dios de los Borgia.

—¡Amen, noble duque!

—Pienso en todo lo que acabo de oir. ¿Quién eres tú cuyo cerebro abarca una idea tan vasta que Dios solo ha podido concebir?

—He pasado mi juventud en la universidad de Pisa, mano á mano con el hijo de Lorenzo de Médicis (1). Pico de la Mirandola, Juan de Lascaris y todos los sabios que atraia la corte de Florencia no se han desdeñado de combatir mis doctrinas: la idea de la unidad religiosa ha engrandecido al mundo, ella sola debe regenerarlo eternamente en el porvenir. En cuanto al presente suscribo á cuanto querais para detener los progresos de Valentinois.

—Que me dé su socorro Venecia, y le enseñaremos lo que valemos en el arte de la guerra.

El duque de Urbino y Maquiavelo cambiaron entre si una sonrisa de inteligencia. Sorprendióla Lenzoli, y se arrugó su frente, anubláronse sus ojos, y se contrajeron sus labios al pronunciar las palabras siguientes:

—La dificultad está en abrirse paso hasta allí: las tropas de Borgia están al pie de la montaña.

—Las batiremos, respondió Guidobaldo levantando su encanecida cabeza.

—Os confundirá su número.

—Nuestros amigos de San Marino no están enervados por la molicie.

—Cualquiera que sea su número debemos temer su encuentro con hombres avezados á los combates.

(1) Lorenzo de Médicis, cardenal despues, y papa bajo el nombre de Leon X, y que dió nombre á su siglo por el renacimiento de las letras.

—Mercenarios viles, añadió Maquiavelo, no defienden como nosotros por convicción una causa, y huyen cuando el peligro es mayor ó escude á la paga que reciben.

Un movimiento convulsivo agitó al pisano.

—Tal vez esa es la verdad, dijo con una especie de forzada resignación, cambiando la involuntaria espresion de su semblante. ¡Durmamos, pues, en el seno de la esperanza!

Y mañana, añadió el duque, el nuevo sol saludará nuestra victoria.

Doraban la base del monte en aquel momento los últimos rayos del astro del día.

—¡Esta es la felicidad! esclamo Maquiavelo. La encuentro al fin sobre esta montaña. Aquí no hay señores ni esclavos. No hay mas que virtudes. ¡Venturosa comarca!

—Un señor reina aquí, respondió Lenzoli con exaltación, pero es el de todos los pueblos. Venturosa comarca!... Tal vez sus habitantes no tratan de apartarse del sendero trazado por la religion. Las sutilezas, y vanas controversias no vienen á apagar en ellos la antorcha del catolicismo, creen con ciega sumision en el verdadero Dios... Con todo, languidecen en esta tranquila felicidad cuando todo se renueva en torno de ellos... No, no hay felicidad posible para un pueblo que permanece estacionario!

VIII.

El ciudadano de Pisa fué confiado á la custodia de Agosto, como el mismo habia pedido. Hallábanse sumidos en la calma y mas profundo sueño todos los habitantes de la montaña. Solo Lenzoli no dormia, y permanecia asomado, inquieto y meditabundo, á la ventana.

—¿Quién será este hombre? pensaba el hijo adoptivo de los ciudadanos, todo es extraordinario en él, me impone un respetuoso temor á mí, que hasta ahora solo he temido á Dios omnipotente? por qué se entrega á una profunda meditacion á la hora del sueño? Por qué temblaba Marina algunas veces en su presencia?... Marina habitó en Pisa, y Pisa es la patria del extranjero...

Un gesto de Lenzoli interrumpió estas reflexiones. Despues de haber paseado una inquieta mirada sobre cuanto le rodeaba, cual si de repen-

te se hubiese acordado de su posición echóse de pechos sobre la ventana para mirar al llano, y pareció contar las hogueras que habían encendido las tropas acampadas en él. Un movimiento involuntario del joven hizo estremecer y exclamó con terror:

—¿Quién está ahí? á la guardia!

—¡Perdon! perdon! tartamudeó Agosto asustado con lo brusco de esta exclamación. No tema nada su señoría, yo soy su guarda en efecto, no se conocen traiciones en la montaña, y le ruego se entregue tranquilamente al sueño, de que yo también tengo necesidad.

—¿Estabas cerca de mí, joven? respondió el pisano. Ven acá, escucha: acércate... mas cerca aun: siéntate sobre mis rodillas... ¿estás temblando?

—No: pero hace muchísimo tiempo que no me ofrecen semejantes bancos, he manejado la lanza!... Tienes unas miradas tan extraordinarias!

—¿Te dan miedo, y has manejado la lanza?... Tranquilízate: mis ojos espresan la alegría que siento al encontrarme solo contigo... el sueño se ha hecho para esas gentes calmosas que solo piensan en sí.

—¿Por que no duermes tú, y en qué piensas?

—¿En qué? atrevida es la pregunta... pero me gusta tu carácter. Responde, Agosto, ¿has visto alguna vez un grande ejército?

—Desde que he nacido, ningún enemigo ha amenazado á la montaña.

—¡Qué noble oficio es el de la guerra!

—¡Oficio!... Nosotros no sabemos usar de las armas, sino para rechazar injustas agresiones.

—Querido mío, si los hombres fuesen bastante ciegos para rechazar el bien que se les presenta, ¿no sería justo y humano obligarles con las armas á recibirlo?

—Cristo no intentó ese camino.

—Otros tiempos necesitan otros medios. ¿Creo que sabes leer?

—Sí, en este libro que ves aquí, es un regalo que me hizo Marina: no hay página que no conozca.

—¡Es una hermosa obra!... La noche está clara, léeme algo.

—Con mucho gusto. ¿Qué quieres que te lea?

—Abre á la aventura, todo es bueno, es *La ley de gracia*.

Tomó el joven el libro, y leyó con voz alterada por una emoción, cuya causa ignoraba:

—«En el año quince del imperio de Tiberio César, siendo goberna-

»dor de la Judea Poncio Pilato, Herodes tetrarca de la Galilea, su hermano Felipe tetrarca de Iturea, de la provincia de Traconita, y Lisania tetrarca de Abilena, y Anás y Caifás grandes sacerdotes hizo
»Dios oír su palabra á Juan hijo de Zacarías en el desierto: y fué por
»todo el país de las inmediaciones del Jordán, predicando el bautismo y
»la penitencia para la remisión de los pecados, según estaba escrito en
»el libro de las palabras del profeta Isaías: oyóse la voz de éste que
»gritaba en el desierto: preparad las vías del Señor, allanad sus caminos, todos los valles se llenarán, todas las montañas y colinas desaparecerán, los caminos torcidos se enderezarán y los hombres verán á
»Dios su Salvador.»

—¿Comprendes este pasaje? preguntó el extranjero con un tono de voz que se insinuaba hasta el fondo del alma. Vamos, esplicame lo que entiende el profeta por el camino del Señor.

—Es á la vez el tiempo pasado, el tiempo actual y los tiempos venideros hasta el reinado de Dios.

—Entonces, como dice el apóstol, todos los valles se llenarán, todas las montañas se allanarán. Pero hasta entonces nuestro deber es, contribuir á preparar el camino del Señor con los instrumentos que el tiempo coloca en nuestras manos. La guerra es hoy el medio de allanar los senderos.

—¡La guerra! ¡cuándo Cristo desarmó al apóstol!

—Si, los primeros cristianos no debían emplear sino la dulzura, la paciencia y la persuasión para propagar su fé sobre la tierra. Pero otra cosa es mantenerla en ella.

—No te comprendo.

—Lo creo. ¿Cómo comprenderás tú lo que se diga del porvenir cuando ni aun sabes lo que han querido decir en lo pasado? Pero mira, ¿no divisas en la llanura las hogueras de las tropas de Valentinois, dueño de la Romaña en nombre de la Iglesia?... Pues bien, si él viniese á decirte: una de esas grandes ciudades que ves, será tu patrimonio, entrégame tu montaña...

Indignado Agosto iba á responder; pero le intimidó la mirada del extranjero.

—Me aterra, dijo, ¿qué pretendes de mí? terribles historias me han contado acaecidas en esta montaña. Dicen que el enemigo del género humano para tentar á nuestros antepasados vino en figura de reyes, procónsules, bajo la mitra de oro de los obispos, y bajo la sombría capucha del anacoreta... Tiemblo á pesar mío, aunque el rector de

San Juan *Sotto le Penne* me demostró lo absurdo de estas groseras fábulas.

—No, querido mio, las que te parecen fábulas hoy, fueron otras tantas verdades en otro tiempo, y tal vez llegará un día en que la guerra no sea mirada, sino como una tradicion de poetas, contradicha por los arqueólogos: entonces el llano y el monte nivelados se confundirán, entonces solo todos los hombres verán á Dios su Salvador.

—¿Eres algun ministro del Evangelio, que con tanta seguridad lo esplicas?

—No, no, hermoso niño, no soy mas que un pobre soldado.

—¿Y qué vienes á buscar en este árido monte?

—Vas á saber lo que vengo á buscar. Pero dime, ¿te interesa mucho esta montaña?

—Es mi patria, mi única familia.

—No, hijo, no. Me pertenece el secreto de tu nacimiento, y es llegado el momento de revelártelo.

—Es verdad... ¡has hablado de mi padre, y he podido estar tanto tiempo solo contigo, sin tratar de descubrir al autor de mis dias!... perdona, buen estrangero: hoy la patria debia ocuparme enteramente. Tiene tantos derechos á mi reconocimiento!...

—Me gustan y apruebo esos sentimientos; pero el que jamás ha estrechado la mano paternal ¿sabe los deberes que impone el vinculo sagrado, la santa autoridad de padre?

—Ninguno los ignora aquí: amor, respeto y sumision.

—Bien, bien. No en vano deposité tu cuna en el santuario de la montaña; mis deseos se han cumplido.

—¡Tú! ¡tú! exclamó, ¿fuistes árbitro de mi destino? ¡Ah! no detengas por mas largo tiempo los latidos de mi corazon.

—Pues bien, Agosto, abraza á tu padre...

—¡Tú! ¡tú! ¿por qué no lo he adivinado?

—¡Si, hijo mio, soy tu padre! Forzado á confiar tu infancia á manos estrañas, he querido que fuesen puras.

Precipitose Agosto en los brazos del estrangero con los ojos inundados de lágrimas.

—¡Padre mio! ¡padre mio! repetia entregándose á la mas viva alegría, cual sino pudiese cansarse de decir esta palabra.

—Si, lo soy: y para verte, Agosto mio, para gozar un instante de estos dulces abrazos, he desafiado los obstáculos, he salvado las distancias... no pensaba entonces que este momento de felicidad debia acarrearle terribles resultados.

—¿Qué dices? ¡Santo Dios! espílicate...

—He dado mi palabra solemne, querido hijo: sino estoy en la llanura antes de la aurora, es segura mi deshonor y mi muerte.

—¿Qué oigo!

—Tengo que vengar mi honor ultrajado en público palenque... al menos decia yo, si mi brazo hace traición á mi valor, habré visto antes al que me debe su existencia. Quería adquirir con tu vista un motivo para amar la vida, y fuerzas para defenderla contra mi enemigo.

—¡Batirse solo!... ignoramos en la montaña semejantes costumbres. ¡No debía conocer á mi padre sino para llorarlo! .. ¿Ese extraño y singular combate lo aprueban los hombres sábios y juiciosos?

—¿Lo llaman el juicio de Dios?

—Eso es profanar su nombre.

—Hijo mio, desde que los hombres se han reunido en sociedad todo lo que tiene el carácter de una ley, todo lo que impone respeto á eso que se llama pueblo, es de esencia divina. Caballero, debo seguir las costumbres de mis iguales. Dios y la espada, he aquí nuestro derecho.

—¡Caballero! grande honor debe serlo, pero si el honor es grande el título de tal lleva consigo penosas obligaciones, segun lo que me han contado de la caballería.

—Amar á su Dios.....

—Proteger al débil contra el poderoso, reprimir la injusticia, vengar al oprimido, ser fiel á sus juramentos y no faltar jamás á su palabra.

—Bien dicho, hijo mio, cuando la edad te haya hecho hombre te calzaremos la espuela.

—En nuestra montaña todos son hombres y caballeros, cuando saben distinguir el bien del mal.

—Agosto, tu padre te ofrece un campo mas vasto para que se distinga tu brazo en las batallas, y la rectitud de tu juicio en la administración civil.

—¡Dios me salve! padre mio y señor, no abandonaré el monte en que fui criado. En quince años no ha desmentido un solo dia su ternura Marina y no la abandonaré con ingratitud. Ella sola debe ser mi madre, ella sola ha llenado los deberes y sufrido las penas de tal.

—¿Qué! ¿no deseas conocer á la que te ha llevado en sus entrañas?

—Ella ha podido vivir sin su hijo.

Hubo un momento de silencio. Combatía Agosto entre sus deberes de ciudadano y de hijo.

La palidez de Lenzoli, su acelerada respiración, eran seguros indi-

cios de los rápidos y sucesivos movimientos que agitaban su pecho. Tomó la palabra.

—Agosto, es preciso que yo baje á la llanura. El tiempo corre prontamente al lado de un hijo: no debe sorprenderme el día en tus brazos.

—Padre mio, respondió el jóven palideciendo á su vez, ningun huésped, ningun habitante debe abandonar este recinto.

—Sálvame, dijo el extranjero cuya agitacion se aumentaba: te lo suplico, te lo mando.

—Los magistrados han dado su decreto.

—La voz de la naturaleza te habla: tú salvarás á tu padre.

—La puerta está guardada.

—No es imposible la huida si existe alguna brecha, alguna salida por el lado de los picos.

—No hay medio alguno de evasion, la naturaleza y el arte han hecho inaccesible este sitio.

—No se trata de subir á él, sino de bajar... la noche nos protege.

—Una muerte segura seria el resultado de este temerario designio.

—En este caso aqui tienes oro, corre á las guardias de la puerta, da y promete.

—Seria encargarme de una mision inútil.

—¿Prefieres esponerme á la vergüenza, á la muerte tal vez? ¿Serás parricida?

Esta terrible palabra produjo sobre el jóven una impresion tan viva, que lo sacó de repente del abatimiento en que se hallaba sumido.

—No, no, exclamó, tus pasos hollarán la llanura antes de salir el sol. Nada es aqui imposible para la virtud. Aguarda, espera. ¡Ayudadme, Dios mio!

Y despues de haber estrechado en sus brazos al sorprendido extranjero echó á correr precipitadamente, desapareciendo en las tinieblas.

(La continuacion en los números siguientes.)

REVISTA POLITICA ⁽¹⁾.

Aun cuando el ministerio tal como estaba á fines de mayo no augurara larga existencia, es lo cierto que empezó junio sin pronósticos de que su muerte se hallara cercana, ni de que la padeciera por influencias ó presiones desconocidas donde quiera que son verdad los gobiernos constitucionales. Pero á muy breves dias apareció en crisis el ministerio, terminando con dimitir cinco de sus individuos las carteras.

Todo provino de un decreto sobre Milicia nacional acordado en consejo, rubricado por la real mano el 3 de junio, é inserto el 4 en la Gaceta. Sus disposiciones se reducian á suspender el alistamiento forzoso, á no consentir mas allá del año corriente la exaccion de las cuotas á los exceptuados, y á transmitir el gobierno á sus delegados de provincia la facultad que tiene para excluir de las filas á los que no inspiren completa confianza.

Por de pronto la opinion pública celebrólo generalmente, casi por unanimidad la prensa, y el primer dia ni una voz sonó dentro de las Cortes en su contra. Sin embargo veinte de los treinta comandantes de la Milicia madrileña pensaron de otra suerte, é hicieron renuncia de sus cargos: con sobresalto ó por afan de hacer figura, se declaró el Ayuntamiento en sesion permanente: imitóle anhelosa la Diputacion de la provincia; y comisiones de su seno pasaron á exponer al duque de la Victoria y al conde de Lucena los inconvenientes de que se ejecutara lo mandado.

Consecuencia de esto fué que la noche del 5 se celebrara consejo de gabinete. Al empezar dominó el pensamiento de sostener el real decreto, fundán-

(1) Esta Revista no es ya de la bien cortada pluma que ha trazado las de los números anteriores.

se en la conveniencia de reformar la ordenanza de la Milicia y en la posibilidad de patentizar que el ministerio no se habia excedido de sus atribuciones. Por que reconocida la necesidad de reforma, dilatándose indefinidamente á causa de las dificultades con que tropezaba la comision encargada de prepararla, y no llevando trazas las Córtes de ocuparse pronto y de plano en el asunto, algo habia de hacer en tal situacion el gobierno. Ademas éste no iba contra el espíritu de la ordenanza vigente con la calidad de interina. Por enero se prevenia hacer el alistamiento forzoso, y era ya entrado junio: para los gastos de la fuerza ciudadana se exijian las cuotas á los exceptuados, y estos gastos parecian ya nulos, despues de haber destinado las Córtes diez millones de reales á su armamento: nada mas natural que trasmitir el gobierno sus facultades á los que le representaban en las provincias; y sobre todo si el real decreto contenia algo digno de censura, era de esperar que, pesadas las circunstancias, un bill de indemnidad de las Córtes saneara los procederes de los ministros.

Con el dictámen apoyado en tales razones dió por tierra el señor Madoz pintando el peligro de que el ministerio sufriera una derrota, y que ésta alcanzára al general Espartero en quien se vinculaban todas las esperanzas. De resultas, los señores don Claudio Anton de Luzuriaga, don Francisco Lujan, don Joaquin Aguirre y don Pascual Madoz dimitieron sus carteras á imitacion de don Francisco Santa Cruz, el cual habia manifestado irrevocable propósito de no ser ministro, luego que supo la renuncia de los comandantes de la Milicia y la oposicion que el Ayuntamiento de Madrid y la Diputacion provincial hacian al real decreto de 3 de junio.

Les sucedieron el general don Juan Zabala en Estado, don Manuel Alonso Martinez en Fomento, don Manuel Fuente Andrés en Gracia y Justicia, don Juan Bruil en Hacienda y don Julian Huelbes en Gobernacion, jurando en manos de S. M. el 6 de junio por la mañana.

Don Juan Zabala, de reputacion militar excelente y muy justa, no ha intervenido, que sepamos, en asuntos como los que ahora tiene á cargo. Don Manuel Fuente Andrés fué redactor del *Eco del Comercio*. Don Manuel Alonso Martinez cuenta á la sazón de 27 ó 28 años, y hace muy poco terminó el estudio de la jurisprudencia, siendo aventajadisimo entre sus condiscipulos de la universidad de la corte. Don Juan Bruil es un opulento comerciante de Zaragoza, director de la caja de descuentos de la misma, y ha figurado como vicepresidente en su última junta. Don Julian Huelbes hace ya tiempo que viene representando en las Córtes á su provincia de Toledo.

Ocasionada y resuelta contra las prácticas parlamentarias consideróse esta crisis ministerial con razones muy justas. Al par que el Consejo de ministros, juntábase en las Córtes un centenar de diputados la noche del 5 entre demócratas, progresistas puros y algunos templados, y hasta la una hablaron mucho, sin que determináran nada. Tentativas hubo para que las Córtes se manifestáran descontentas de los ministros salientes y aun hostiles á los entrantes; mas atajólo todo el general San Miguel, que presidió la junta aquella, poniendo por delante la contingencia de ofender al señor duque de la Victoria.

Por consecuencia de una interpelacion del señor Ruiz Pons sobre la caída antiparlamentaria de los cinco ministros y la formacion del nuevo gabinete y de una proposicion del señor Ulloa, pidiendo que las Córtes declaráran no haber quedado satisfechas de las explicaciones dadas sobre el asunto, platicóse largamente de los citados sucesos en las sesiones del 9 y del 12. Todos los ministros salientes hicieron uso de la palabra: el señor Santa Cruz con energia muy serena; el señor Luzuriaga con el buen seso que le es propio; el señor Lujan con apasionamiento; el señor Aguirre con sobriedad muy vigorosa; el

señor Madoz con desventura; resueltos los cuatro primeros á dar su apoyo al gabinete; ignorante el último de lo que haría, bien que determinado á retirarse á la vida privada, si se viese en el caso extremo de hacer la oposicion al duque de la Victoria.

Sustancialmente explicaron los ministros salientes sus renunciaciones, manifestando que su conciencia les habia inspirado obrar de esta suerte para evitar complicaciones, y que, á pesar de merecer la confianza de la corona y de no haber incurrido en la censura de las Cortes, usaron de su libre albedrio, por que la responsabilidad acaba donde éste cesa. Con tal motivo se puso de manifiesto la vida trabajosa que ha arrastrado el último gabinete, no alcanzando mayoría digna de tal nombre, sin embargo de los esfuerzos de sus individuos por caminar siempre de acuerdo, sacrificando muy á menudo las opiniones particulares y uniéndoles el vínculo de la moralidad y el patriotismo.

«Aquí no ha habido mayoría permanente (dijo uno de los ex-ministros): aquí no ha habido mayoría actual, constante: aquí se ha formado una mayoría de agregaciones, unas veces accidentales, otras veces, diré, preternaturales por no decir contra la naturaleza de las cosas; y así no se puede gobernar.... Si los ministros salientes hubieran tenido la simplicidad de creer que contaban con la mayoría ¡cuántas y cuántas mortificaciones hubiera sufrido nuestro amor propio! Para convencerse de esta verdad basta considerar la historia parlamentaria de estos ocho meses, que ha sido una serie de crisis, de amagos de censuras ó de proposiciones de censura, que, si no llegaban á sazón, no consistía en la popularidad que los ministros salientes gozáramos entre la mayoría de los diputados.»

Quien hablaba de este modo era el señor de Luzuriaga, añadiendo que habian podido seguir de ministros, mientras su amor propio era el solo que hacia el gasto, mas no desde que el pais iba á sufrirlo. Todo á propósito del mal efecto del decreto de 3 de junio entre las filas de la fuerza ciudadana, por lo cual no quedaba otro arbitrio que desvirtuar la Milicia ó reformar el decreto, y siendo lo primero contrario al patriotismo, y opuesto lo segundo al decoro, se decidieron á la renuncia.

Esto colocaba la cuestion en el terreno, ya señalado por la prensa y desde la tribuna, pues el decreto se habia firmado por todos los ministros, y parecia natural que juntos cayeran ó perseveraran en sus puestos. Cómo salió el señor Luzuriaga del apremiante raciocinio, lo revelan estas palabras suyas—«Señores, en toda esta clase de doctrinas, responsabilidad mancomunada y todas las que tienen relacion con ella, hay mucho de ficcion, de lo que se llama ficcion en derecho; y la ficcion en este caso estaba en oposicion con la realidad. Los ministros que hemos salido, por nuestro carácter, por nuestra profesion, por todas nuestras circunstancias, hemos debido ser aquellos, á quienes correspondia meditar esta ley, estudiar hasta que punto, por ejemplo, un decreto, que ha restablecido una ley, puede ser modificado por otro decreto; hasta que punto esa ley restablecida estaba en oposicion con el decreto nuevo y otra porcion de cuestiones de esta especie. Y cualquiera sabe que, por su profesion y estado, los dignísimos generales que para bien del pais han quedado en el gabinete, no tenian que ocuparse de esto y que no era posible se ocuparan. No se les ha de juzgar por eso, señores; no se les ha de exigir que vayan á estudiar ahora la ley de 1836, que estudien la fuerza comparativa de un decreto, nó; se les ha de juzgar por si salvan ó no al pais; ciertamente que por eso se les juzgará.» Hay que asentar que esto recaia sobre estar ya suspendido el decreto de 3 de junio por una real orden del 7.

De significativo hubo además en estos debates el coincidir el gabinete re-

constituido y cuatro de los ministros salientes en declararse contra los demócratas de una manera terminante: aquel por boca del señor Alonso Martínez; estos por la del señor Luzuriaga. «Entre los demócratas y nosotros hay un abismo,» decía el joven consejero de la corona. «No está el partido demócrata dentro del campo de los liberales,» decía el señor Luzuriaga. Y al par revelaba el señor conde de Lucena, obligado á explicar una frase suya, que al tiempo de ser llamado el señor Madoz para formar parte del gabinete, opinó que un ministerio donde entrara la extrema izquierda, tendría mayoría en las Cortes. Y además el señor Coello, aludido por el ex-ministro de Hacienda, sostuvo de palabra lo que en su periódico *La Epoca* había escrito sobre la semejanza de la conducta del señor Madoz respecto del duque de la Victoria con la del señor Bravo Murillo cuando derribó al duque de Valencia. Todo lo cual parecía dar á entender que de resultados de la crisis sobreexcitada por el señor Madoz, como se ha dicho, no imaginaba este quedar ocioso y libre para veranear donde mas sea de su gusto.

Nada fecundo en bien de España produjo la discusion asi inaugurada y mantenida, á no ser la esperanza que puedan engendrar para tiempos mas ó menos remotos los aplausos con que fueron acogidas estas frases del señor Luzuriaga. «Soy muy amante de la union de todos los liberales, y lo he dicho antes de ahora, y no exijo para nadie el sacrificio de sus opiniones, porque los deshonraria. Opiniones legítimas y muy diversas caben dentro de la monarquía constitucional: caben y están bien, y en su día cada una es provechosa al país. Los espíritus extremos, contra su intencion, contra su buen deseo, van á acabar con la libertad; eliminando hoy á unos, excluyendo mañana á otros, harán que esto acabe.»

Por fin de lo relativo á la última crisis réstanos consignar solamente que, desaprobando las Cortes la proposicion del señor Ulloa, se declararon satisfechas de las explicaciones dadas sobre su origen, curso y remate.

Lo mucho que debíamos prometernos de la union de todos los liberales para consolidar el régimen parlamentario, se comprende por los maravillosos efectos de su íntima alianza para combatir al galbanizado carlismo. No han durado un mes sus postreros amagos. Dícese que la conjuración estaba muy ramificada y que ha estallado prematuramente, porque la vigilancia de las autoridades logró descubrirla antes de que llegara á sazón completa. Ello es que los que se lanzaron al campo han desaparecido del todo: vanamente han buscado apoyo los ginetes sublevados de Zaragoza y los paisanos del campo de Bello, que se armaron á las órdenes de los Marcos, en el Maestrazgo y en Cataluña: acosados por columnas de tropa bien dirigidas y por los milicianos nacionales de los pueblos, varios cabecillas, y entre ellos el capitán Corrales, sublevador de la caballería de Zaragoza, han sido pasados por las armas: los soldados arrastrados á la sedición han vuelto á sus banderas: los mozos, que abandonaron sus hogares, se han acogido á indulto.

Ni han tenido menos desdichada fortuna los que la buscaron propicia en Navarra: apenas asomaron dos ó tres partidas, inermes los mas de los que iban en ellas, cargáronlas resueltamente los carabineros y los guardias civiles, y no hallaron otro recurso que el de trasponer la frontera. Columnas iban de las vencedoras en Aragón á perseguir y exterminar á los que pretendían alterar la paz de Navarra: su Diputación provincial se aprestaba á alistar compañías de cuerpos francos para el mismo objeto; nada ha sido al fin necesario.

No pequeña parte se debe del pronto y cabal triunfo á la noble y leal conducta del gobierno de Francia, cuyas autoridades han impedido la comunicación entre los carlistas emigrados y los que alzaban de nuevo su empolvada

bandera. Justo ha sido por tanto el voto de gracias acordado para el vecino imperio por la inmensa mayoría de las Cortes Constituyentes.

Por dicha la victoria ha dado lugar á la clemencia. Diezmados habian de ser los soldados que se insurreccionaron en Zaragoza, y se les conmutó la pena en la de servir por diez años con destino á nuestras posesiones ultramarinas. Sentenciados estaban á muerte tres sargentos del regimiento de caballería del Principe y un paisano, complicados en la conspiracion descubierta en la corte: por su indulto habia clamado toda la prensa, y oido el parecer de los ministros, S. M. que anhelaba dar esta nueva muestra de su indole generosa, lo ha otorgado con general aplauso. Efecto contrario hizo en Zaragoza el indulto del faccioso Millan, puesto ya en capilla; mas instantáneamente el duque de la Victoria transmitió por el telégrafo eléctrico muy dignas palabras á los zaragozanos, y se calmó la efervescencia.

Aun no ha desaparecido completamente la partida de los Hierros en el territorio de Burgos: cerca de esta ciudad ha incendiado la silla-correo, que salió de Madrid el 10 por la noche, llevándose ademas la correspondencia del gobierno, que traía la silla procedente de Francia, y quemando las cartas de los particulares. Posteriormente detuvieron la diligencia en que iba lord Hobden mas allá de Buitrago, no molestando á nadie y limitándose á llevarse los tiros de caballos.

Doloroso es que la obececacion de los carlistas parezca enfermedad grave y sin cura. Para ellos carecen de importancia y significado los lecciones de la experiencia. Miles de sus defensores soltaron las armas hace mas de tres lustros para tender los brazos en Vergara á los que habian mirado como enemigos. Todos los que en Valencia y Cataluña pugnaron todavía desesperadamente por sostener su arruinada causa fueron ahuyentados de todas sus guaridas y hasta del reino los que no acataron la legitimidad y la victoria. Años mas tarde pudieron todos regresar decorosamente á su patria sin mas que reconocer el trono de doña Isabel II y la Constitucion del Estado: muchos aprovecharon tal coyuntura, y se separaron por siempre de sus antiguas filas y rindieron homenaje al nuevo orden de cosas, con lo que mermaron considerablemente los partidarios del carlismo. Aquellos que persistieron en sus errores trataron de encender de nuevo la guerra fratricida, esperanzados en que les seria favorable el espíritu de reaccion difundido por toda Europa á causa de los trastornos que tuvieron principio en París el 24 de febrero de 1848. Otra vez apuraron las amarguras de la derrota, y se pudieron convencer de su impotencia, y tornaron á pisar paises extraños. Cabrera, su prohombre, nada pudo á favor de una causa muerta, y distó infinito de ser lo que antes. Casi no vive ya ninguno de aquellos que por compromiso de honra, ó por agravios personales, ó por sus propios intereses radicados en el régimen antiguo, fueron á engrosar el ejército del Pretendiente. De los que aun no han muerto, se hallan los mas bajo la bandera triunfante, á cuya sombra nacen y crecen las nuevas generaciones todas. Mas no obstante lo elocuentísimo de tales hechos, hay carlistas reincidentes é ilusos que esperan mejorar sus horas, y no reprimen la satánica tentacion de probar nuevamente fortuna. Ahora acaban de salir muy escarmentados de su temeraria intencion; y así y todo es fama que se esfuerzan por reproducirla. Tanta pertinacia y testarudez les impiden ver claro y que ya es pasado su tiempo: que para excitar disturbios si son potentes, porque en toda sociedad hay gentes de animo bullicioso, y aficionadas á aventuras, y á codiciar lo ageno por suyo, pero que ya no les asiste virtud para avanzar poco ni mucho en las vias de la victoria. Sangre correrá por desdicha y toda de hermanos: ellos originarán sin duda zozobras y desastres; pero no conseguirán otra cosa que precipitarse por

derrumbaderos, cuyo desemboque es el cadalso. Ultimamente el maestro de escuela de Matadepera, cerca de Tarrasa, se ha levantado por Montemolín al frente de diez ó doce hombres. Al punto salieron en su persecucion mozos de la escuadra y al toque de somaten han marchado á lo propio los nacionales de los pueblos circunvecinos, con lo que de seguro esta partida de facciosos acabará en su misma cuna.

Sucesos deplorables han afligido á la ciudad de Santiago de Galicia, originados por la carestía de los comestibles. Su Ayuntamiento hizo mucho porque se restableciera instantáneamente el reposo: no pudo conseguirlo, hallándose la Milicia nacional dividida y pensando parte de ella como los tumultuados: al cabo prevalecieron los juiciosos y dispersaron á la plebe, que les hizo frente á pedradas. Ya calmado el motin, un miliciano asesinó á su capitan, don Pedro Fernandez de Taboada, disparándole un tiro á boca de jarro. Inmediatamente se trasladaron las autoridades militar y civil desde la Coruña á las poblacion mal tranquila y la declararon en estado de sitio. Esta es una prueba mas de la mala organizacion de la Milicia y de la urgencia de su reforma. Cayendo la ley sobre el delincuente, apellidado Vallejo, ha sido fusilado por un piquete de nacionales de su compañía. Menos las compañías de preferencia, todas han sido desarmadas. Igual providencia ha considerado necesaria el capitan general de Cataluña respecto de la Milicia de San Andrés del Palomar, de Igualada y de Badalona, á consecuencia de los disturbios promovidos por los operarios contra los fabricantes.

Realmente, aunque el órden público no descansa aun sobre sólidas bases, hay fuerza en el gobierno para reprimir á los perturbadores, contando como cuenta con el apoyo de los sensatos. Lo que le trabaja á todas horas es la cuestion rentística y sin esperanzas de mejora. Harto expia la culpa del abandono en que dejó al señor Collado, cuando este se opuso muy cueradamente á la abolicion de los derechos de puertas y consumos, promovida por irreflexivos diputados, ganosos de una popularidad vana y fugitiva y fecunda solo en apuros y sinsabores. Necesitando cubrir un déficit no despreciable entre los presupuestos de ingresos y gastos, aventuráronse á hacerlo mayor todavía con suprimir recursos permanentes, y no parece sino que discurrieron de este modo. — «Nosotros ganemos la popularidad de abolir tributos, y compónganse como puedan los ministros de Hacienda para ir adelante.» — Por lo que hace al señor Collado se compuso, dejando seguidamente su cartera; su sucesor el señor Sevillano se compuso, no haciendo nada y calentando muy pocos dias la poltrona; su sucesor el señor Madoz se quiso componer de varias maneras, bien que se le malograron una á una, sin quedarle ya mas arbitrio, ni otra esperanza que un anticipo forzoso, cuyo proyecto leyó á las Cortes el 4 de junio.

Calculando alli el déficit del presupuesto en 200.000,000 de reales, fijábase en igual cantidad la partida que para cubrirlo se habia de aplicar de los fondos procedentes de la venta de bienes del Estado, del Clero, y del 20 por 100 de los propios. Interin fuera recaudada esta suma, los comprendidos en la contribucion territorial y de industria y comercio, cuyas cuotas anuales dentro de una provincia llegáran ó pasáran de 500 reales, adelantarian el importe de una anualidad de sus respectivos cupos, haciendo su pago por partes iguales dentro de los meses de junio, agosto, octubre y diciembre. Como el déficit no se cubria con el producto del anticipo, se podrian interesar voluntariamente por las cantidades que fueren de su gusto los contribuyentes de cuotas menores de 500 reales y los de cuotas de mayor suma y cualesquiera otras personas, admitiéndoseles en equivalencia de estas suscripciones voluntarias, los créditos vencidos ó que vencieren dentro del presente año por documentos espeditos

por las oficinas del gobierno, ó comprendidos en las distribuciones mensuales de fondos. Se entregarían á los anticipantes forzosos y á los suscritores voluntarios billetes, emitidos por el tesoro en cantidad igual á sus créditos respectivos con el interés anual de 8 por 100, pagado de semestre en semestre, contándose desde 1.º de setiembre. Estos billetes, los intereses que hubiesen devengado y el importe del descuento se admitirían como metálico por todo su valor en pago de los bienes del Estado, del Clero y del 20 por 100 de los propios y de la redencion de censos, de que habla la ley de 20 de mayo. Todos los billetes que se emitieran así por el tesoro y no se hallaren amortizados de la manera señalada, se pagarían á metálico ó se admitirían en pago de contribuciones en dos mitades, una el 1.º de enero de 1857, otra en igual día de 1858. Por cuartas partes y en los plazos ya dichos se admitiría para el préstamo forzoso á la suscripción voluntaria la cantidad procedente del anticipo decretado en 19 de mayo de 1854, que se debía satisfacer en el presente junio. Si por consecuencia del examen definitivo de los presupuestos, resultase un déficit menor que el calculado, se haría á los contribuyentes en el último plazo la correspondiente rebaja.

Treinta horas despues de leído este proyecto á las Cortes no era ya su autor ministro de Hacienda. Que suerte le hubiera cabido, si llegara á debate, no es posible augurarlo, pareciendo sin embargo que verosimilmente no se librara de oposicion muy vigorosa, como que, aparte la cuestion de legalidad y la consiguiente diferencia entre una providencia decretada por el gobierno ó votada en Cortes, no se concibe qué elementos mayores de popularidad, de aceptación y de conveniencia existan entre el anticipo impuesto por el conde de San Luis en 1854 y el propuesto por el señor Madoz en 1855. Ello es, que los aplausos obtenidos por este, cuando hizo su ostentoso programa, distaron mucho de producirse al poner en claro que todo venia á parar en un anticipo forzoso, convirtiéndose de resultas la ilusion halagüeña en tristísimo desencanto. No hay para que detenerse en el análisis de la última idea rentística del que fué victoreado como el segundo Mendizabal por el señor Alonso Cordero, debiéndose considerar caducada desde que abandonó su silla.

Un dictamen sobre la proposicion del señor Guardiola, relativa á que no se exigiera la parte de contribuciones de consumos, que dejó de satisfacerse por las pueblas durante las juntas, se discutía el 13 de junio, cuando el nuevo ministro de Hacienda hizo uso de la palabra en esta forma.

«Señores, yo respeto y aprecio, como es de apreciar, el celo con que los autores de la proposicion manifiestan su deseo, de que se condone á los pueblos, por quienes abogan, la cantidad que son en deber por el derecho de puertas y consumos; pero como han dicho muy bien los señores que me han precedido en la palabra, si esa condonacion se hiciera, resultaria un déficit mas en el presupuesto, déficit que despues tendria que pesar sobre los pueblos que han cumplido con sus obligaciones, ó bien tendríamos que venir á parar á lo que ha dicho muy bien el señor marqués de Albaida: á aumentar esos 6 ó 7 millones de déficit que hubiera, déficit que no se pagará, y trampa adelante.

«Yo, señores, no puedo manifestar cual será mi sistema, cual será mi plan. porque ni lo he estudiado suficientemente, ni he tenido tiempo para ello. He dedicado todas las horas que me ha sido posible al ejercicio de mis funciones, y creo que no he hecho poco en proporcionar los recursos que han sido necesarios para cubrir las apremiantes obligaciones que con la mejor voluntad de mi predecesor estaban desatendidas.

«He recibido ya la nota del presupuesto de gastos, y ahora tengo que bus-

«car recursos para cubrir ese presupuesto. Si apelaré ó no al derecho de puertas y consumos, no puedo decirlo de buena fé en este momento. Quisiera evitarlo; quisiera evitar tambien el anticipo forzoso; quisiera todo lo que es de querer cuando se procede con la lealtad y buena fé con que yo voy á obrar en esta ocasion. Yo me presentaré aqui ante todo con la franqueza que me es característica como un buen aragonés: al frente de la junta de Zaragoza he sabido acreditar que he tratado de que no quedase nada desatendido, y de que se cubriesen todas las obligaciones, procurando tambien al mismo tiempo algunas economías.

«Ahora estoy ocupado en un trabajo muy superior á mis fuerzas. Tengo que solicitar el auxilio de las Cortes: tengo que pedir informes á todas las personas que puedan ilustrarme, porque yo vengo aqui sin pretensiones de ninguna especie. Partiendo, pues, de este principio, desearia que ni el señor marqués de Albaida ni cualesquiera otros señores diputados me interpelasen acerca de mis intenciones hasta que pueda yo manifestarlas todas de una vez. He dicho.»

Estas modestísimas frases hallaron muy buena acogida en las Cortes. Dias andando, empezaron á circular noticias de que el plan del señor Bruil estaba cimentado en el restablecimiento de la contribucion de puertas y consumos, bien que tratára de dorar la pildora de suerte, que la atravesáran las Cortes. Es fama que al leerlo al Consejo de ministros en la noche del 19, se suscitaron dificultades ocasionadas á que otra vez quedara vacante la poltrón de Hacienda; dificultades nacidas, no de que el Consejo disintiera de las justas razones, que al proyecto servian de apoyo, sino de la contingencia inminente de que fracasara en los debates. A modificarle determinóse el señor Bruil, segun parece; mas ya de este primer tropiezo provino, que la paga de mayo, anunciada para el 20 de junio, no se empezará á satisfacer sino dos dias mas tarde; esto es el 22 en que el ministro de Hacienda leyó su plan ya modificado á las Cortes. Sustancialmente es como sigue.

1.º Que el tesoro cobre los recargos de la contribucion territorial afectos hoy á los gastos municipales y provinciales, y que ascienden próximamente al 3 por 100 de los productos de la riqueza.

2.º Que cobre tambien la tercera parte mas de las cuotas del subsidio industrial y comercial afecto hoy en mayor escala á los mismos gastos.

3.º Que el pago de uno y otro recargo que se calcula en 100.000,000 de reales, se verifique en este año por toda una anualidad.

4.º Que el gobierno alli donde lo juzgue oportuno, pueda cobrar directamente el 15 por 100 de la contribucion territorial.

5.º Que desde 1.º de agosto la sal se venda á 50 rs. el quintal la cual dará un aumento de 28.000,000.

6.º Que se autorice al gobierno á reformar los aranceles segun tarifas que presenta y sin tocar á la cuestion algodonera, calculándose en 15.000,000 el aumento anual de ingresos.

7.º Que se fije un derecho de 2 por 100 sobre las herencias de primer grado; de 8 y 10 sobre los de cuarto grado y estraños, y de uno sobre las mejoras de tercio y quinto, con otro pequeño derecho sobre los arriendos, calculado todo en 4.000,000.

8.º Que los pueblos reemplacen los recargos de la contribucion directa que se apropia el Estado con derechos sobre el consumo, conforme á tarifas que debe aprobar el gobierno.

Todos estos recursos se fijan al año en 143.000,000 y para éste en 119. El resto se toma de la desamortizacion hasta los 200.000,000 del déficit. So

retira el anticipo y se aplazan para el año próximo el impuesto sobre la renta, la gran reforma de los aranceles, del papel sellado, de la contribucion industrial y la de consumos.

Mas que de complacencia parecieron de disgusto las impresiones producidas por su lectura. A la verdad, generalmente hablando, resalta en la sustancia del plan de Hacienda el buen sentido que el señor Bruil ha acreditado en todo, menos en el proyecto leído á las Córtes, declarando de abono, para los efectos de clasificacion y demas derechos pasivos, el tiempo transcurrido desde 1.º de junio de 1843 hasta fines de agosto de 1854, respecto de los empleados de todas las carreras separados entonces, ó que por motivos exclusivamente políticos renunciaron sus puestos ó cargos.

¿Se aprobará ó no se aprobará el plan del señor Bruil por las Córtes? Nos inclinamos á lo segundo. ¿Quién heredará su cartera? Fuere quien fuere necesariamente ha de proponer un anticipo forzoso, ó ha de recargar las contribuciones existentes ó ha de pedir las nuevas. Porque el déficit existe y es indispensable que se cubra ó el crédito viene á su última ruina. Sin aventurar conjeturas sobre lo venidero, basta para palpar la penuria de nuestra Hacienda lo que resulta de estos datos.

Las distribuciones de fondos acordadas en Consejo de ministros para los meses de enero, febrero y marzo de este año, ascienden á 109.495,716 rs.

Los ingresos presupuestos para dicho trimestre por las oficinas de Hacienda fueron 270.741,724 rs. y lo recaudado ha sido, 252.536,129 rs.

Resta manifestar á propósito de la Hacienda que el señor Bruil dijo, que presentaba su plan con *desconfianza*: que, si lo aprobaran las Córtes retiraría el proyecto de anticipo forzoso, y que de la propia manera retiraría el suyo en el caso de que se hallara otro de mas ventajas. A 25 de junio escribimos esto, y ya se asegura que el señor Bruil se dispone á dejar su cartera, impulsado por el convencimiento de que sus ideas rentísticas no hallan eco entre los diputados. Su tránsito por el Ministerio no habrá sido infecundo á pesar de todo; pues careciéndose absolutamente de recursos al tiempo del nombramiento, encontrólos para satisfacer el semestre de la deuda exterior á muy breves horas, para ir cubriendo las obligaciones de la Caja de Depósitos con esmero, para abonar los premios de la lotería y atajar así la baja de esta renta, para dar la paga de mayo. Se ha acreditado, pues, de muy celoso y de hombre de intencion sana.

Todo anuncia, no obstante, que pronto recibirán las Córtes otro ministro del ramo á prueba y será el quinto en menos de un año. Si con la facilidad que se destruye, se edificara, restaurárase la Hacienda de un soplo. Es lo que las Córtes no debieran de dar al olvido cuando vertiginosas y febricitantes abolieron los derechos de puertas y de consumos, imitando al que tira su fortuna por la ventana. Muchos, casi todos votaron la supresion funesta, y ahora nadie concibe la manera de suplir sus productos. Y no hay que hacerse ilusiones galanas de la cuestion de Hacienda depende el que la situacion actual caiga ó dure con el código fundamental y todo.

Impreso ya lo que antecede, la comision de presupuestos ha dado su dictamen sobre el plan de ministro de Hacienda, reducido á que se sirvan desaprobarlo las Córtes, por contrario al artículo 12 de la ley de desamortizacion de 1.º de mayo, por insuficiente para las necesidades que agovian al Tesoro, y por ser de índole inconveniente y gravosa al desarrollo de la riqueza del pais los escasos recursos que proporcionaría al gobierno. Este por boca del general O'Donnel declaró en el seno de la Comision de presupuestos que hacia cuestion de gabinete, no la aprobacion del plan del ministro de Hacienda, sino la de cualquiera otro que facilitara pronto recursos, siendo irrevocable el propó-

sito de retirarse todos los ministros, sino se proponian y se aprobaban sin demora. No faltó quien dijera (y parece que fué el marqués de Albaida) que no estaban obligados á enseñar al que no sabia; especie insostenible por lo menos entre cristianos, aunque de su religion no tengan mas noticias que las del catecismo de Ripalda.

Ya el señor Brail habia dicho al presentar su plan á las Córtes, que estaba dispuesto á aceptar otro quo ofreciera mayores ventajas: y es lo que el general O'Donnell ha repetido en nombre del Ministerio todo. De resultas, abundan planes, cuya discusion está pendiente, uno del señor Figuerola, dando la preferencia al anticipo forzoso: otro de los señores Egozque y Labrador proponiendo la emision de billetes ó de asignados, cuya circulacion sea obligatoria y sin el mas leve descuento: otro del señor marqués de Albaida dividiendo en tres clases los gastos y reduciéndolos en mucho: otro del señor Sanchez Silva teniendo por mejor que se autorice al gobierno para abrir un empréstito nacional voluntario de 200.000,000 de rs. efectivos con un beneficio de 10 por 100 á los prestamistas en el acto de hacer la entrega. A estos planes hay que añadir los de los señores Gaminde y Gonzalez Alegre, de cuya sustancia daremos noticia si les toca el turno del debate, pues lo que ahora se susurra es que se tratará sobre el del señor Figuerola ante todo, y que verosimilmente será aprobado por gran mayoría.

Desde el 31 de mayo al 49 de junio se han votado todas las bases constitucionales aun pendientes, la 12, la 14 y las restantes de la 18 á la 27, no por su orden; á causa de retirar la Comision varias para redactarlas de nuevo, sino á medida que presentaba sus dictámenes, y discutiéndose entre tanto las no modificadas. Por evitar confusion es preferible que su numeracion nos sirva de guia para copiarlas á la letra.

12. Corresponde al rey convocar y abrir las Córtes, y suspender y cerrar sus sesiones y disolver el Congreso; pero con la obligacion en este último caso de convocar otras Córtes y reunir las dentro de dos meses.

Las Córtes se reunirán á mas tardar el dia 1.º de noviembre todos los años, y durante cada uno estarán reunidas á lo menos cuatro meses consecutivos, contados desde el dia en que se constituya el Congreso de los Diputados.

Cuando el rey suspenda ó disuelva las Córtes antes de cumplirse el término prescrito en el párrafo anterior, las Córtes nuevamente reunidas estarán abiertas hasta completarlo.

En el primer caso previsto en el párrafo anterior, la suspension de las Córtes en una ó mas veces no podrá esceder de treinta dias.

14. Es relativa á la Diputacion permanente de Córtes, para velar por la observancia de las leyes, y con facultades hasta para hacer la convocatoria, si el gobierno dejare pasar la época señalada.

18. Cuando el rey se imposibilitare para ejercer su autoridad y la imposibilidad fuese reconocida por las Córtes, ó cuando vacare la Corona, siendo de menor edad el inmediato sucesor, nombrarán las Córtes para gobernar el reino una regencia compuesta de una, tres ó cinco personas.

19. En cada provincia habrá una Diputacion provincial compuesta del número de individuos que determine la ley, nombrados por los mismos electores que los diputados á Córtes.

Estas corporaciones entenderán en todos los negocios de interés peculiar de las respectivas provincias, y en los municipales que determinen las leyes.

20. Para el gobierno interior de los pueblos no habrá mas que ayuntamientos, compuestos de alcaldes, regidores y sindicos, nombrados todos directa ó indirectamente por los vecinos que paguen contribucion directa para los gas-

tos generales, provinciales ó municipales en la cantidad que, conforme á escala de poblacion, establezca la ley.

21. Los ayuntamientos formarán las listas electorales para diputados á Cortes, y las rectificarán las diputaciones provinciales, con intervencion precisa del gobernador civil, dentro de los términos y con arreglo á los trámites que prescriba la ley.

Estas listas serán permanentes.

Los individuos de estas corporaciones y los funcionarios públicos de todas clases que cometan abusos, faltas, delitos en la formacion de las listas, ó en cualquier otro acto electoral, podrán ser acusados por accion popular, y juzgarles sin necesidad de autorizacion del gobierno.

22. El año económico empieza el 1.º de julio.

23. Todos los años dentro de los ocho dias siguientes á la constitucion del Congreso, en el período de los cuatro ó mas meses consecutivos en que habrán de estar reunidas cada año las Cortes, al tenor de lo prescripto en la base 42, presentará el gobierno el presupuesto general de gastos é ingresos del Estado para el inmediato año económico, como tambien las cuentas de recaudacion é inversion de los fondos públicos del penúltimo año para su examen y aprobacion.

El presupuesto habrá de ser precisamente discutido y votado dentro del citado período de los cuatro ó mas meses de reunion forzosa de las Cortes.

24. No puede el gobierno, ni las diputaciones provinciales, ni los ayuntamientos, ni autoridad alguna, exigir ni cobrar, ni los pueblos están obligados á pagar ninguna contribucion ni arbitrio que no esté aprobado por ley expresa.

Los contribuyentes que apronten el todo ó parte de sus cuotas ilegalmente exigidas, sin ser apremiados ó ejecutados, perderán lo que hubieren entregado quedando á beneficio del Tesoro público.

Los ministros, corporaciones y empleados que á esto faltaren, y los empleados que obedecieren ó intervinieren en la exaccion de cantidades no aprobadas por las Cortes, perderán sus empleos y todos los derechos á ellos anejos, sin perjuicio de las penas que se les impongan como infractores de la Constitucion.

25. Las Cortes fijarán todos los años, á propuesta del rey, la fuerza militar permanente de mar y tierra.

Las leyes que determinen esta fuerza se votarán antes que la de presupuestos.

26. Habrá en cada provincia cuerpos de Milicia nacional, cuya organizacion y servicio se arreglará por una ley y el rey podrá, en caso necesario, disponer de esta fuerza dentro de la respectiva provincia; pero no fuera de ella sin otorgamiento de las Cortes.

27. Las leyes determinarán la época y el modo en que ha de celebrarse el juicio por jurados para toda clase de delitos, y las garantías mas eficaces para impedir los atentados contra la seguridad individual de los españoles.

Lo de mas nota en el curso de la discusion de estas bases se reduce á dos votos particulares del señor Rios Rosas, uno en contra de la diputacion permanente de las Cortes, y otro á favor de la intervencion de la Corona en la designacion de alcaldes; el voto particular de don Modesto Lafuente, que aprobado forma hoy la base relativa á la época en que deben ser presentados y discutidos los presupuestos; la oposicion de la fraccion conservadora á que se consignára la existencia de la Milicia nacional como base; y una enmienda del señor Alonso (don Juan Bautista), cuyo espíritu era que el juicio por jura-

dos para toda clase de delitos se estableciera tan luego como una ley lo decretara, y que se procediera á su formacion pronto.

Una enmienda del señor Escosura, aceptada en voto particular por los señores Lasala y Valera, y convertida en dictámen de la mayoría de la Comision, ha sido aprobada por las Córtes é incluida entre el número de las bases adicionales. Su importancia es gravísima á todas luces, como que trata de que se declaren parte integrante de la Constitucion del Estado, no sujetas á reforma sino por los trámites que ella, y vigentes por autoridad propia de las Córtes y sin sancion de la Corona, las leyes de ayuntamientos, diputaciones provinciales, órden público, libertad de imprenta, Milicia nacional, elecciones, organizacion de tribunales y relaciones entre el Congreso y el Senado.

Vigorosamente impugnó este pensamiento el señor Rios Rosas, sustentando un voto particular que hizo. A su ver si se trata de bases para esas leyes, poco ó nada se puede añadir á lo ya aprobado, y por consiguiente será una redundancia; si la idea es que formen dichas leyes las Córtes actuales, no parece que tengan vida para tanto. Dificil es responder con razones á este final de su discurso.

«A lo que con eso se daría lugar seria á que la nacion rompiese al año ó á los dos años ese lecho de Procusto, deshaciendo alguna de esas leyes, privándose á la Corona, para un porvenir indefinido, del derecho que tiene á cooperar á la formacion de las leyes juntamente con el Senado y el Congreso. Y bien ¿se han de hacer sin la concurrencia de esos tres votos solemnes leyes que rijan al pais 30, 40 ó 100 años, privándose á las Córtes venideras del derecho que les dan los electores para hacer ó deshacer las leyes? ¿Es este el régimen constitucional que dan á su pais la revolucion de Julio y las Córtes constituyentes? Esto no pueden quererlo las Córtes, ni lo consentiria la nacion.»

Sin embargo las Córtes lo han querido, votándolo el 30 de Junio. Por declaracion del señor Lasala en la sesion del mismo dia se sabe que una de las trabas que la comision intenta poner á la reforma de la Constitucion y de las leyes consideradas como parte integrante de ella, es que no puedan ser tocadas en el transcurso de diez años.

Entre los proyectos de ley votados últimamente por las Córtes se cuentan el del ferro-carril de Langreo; el del ferro-carril de Barcelona á Zaragoza; el de anulacion del contrato á favor del señor Feijóo y Sotomayor para trasladar gallegos á la Isla de Cuba, aunque inexplicablemente lo consideraron digno de estudio los señores Alonso (don Juan Bautista) y Ordax y Avecilla; el relativo á crear recursos para la conclusion del canal de Isabel II. Sustancialmente consiste en autorizar al ministro de Fomento á emitir acciones de á mil reales cada una para hacer efectivo un capital de cincuenta millones á que asciende lo que se calcula indispensable para la terminacion de todas las obras. Un 8 por 100 anual será el interés de estas acciones, y no bajará del 10 por 100 la cantidad destinada para su amortizacion todos los años. Garantia de la amortizacion y del pago de los intereses serán el producto de la venta del agua en lo interior de Madrid y sus afueras, un crédito de cuatro millones de reales que figurará todos los años en el presupuesto del Estado, y un recargo en los derechos que pagan los artículos que no son de primera necesidad en las puertas. Gracias al impulso que ya están recibiendo las obras de la traida de aguas á Madrid y al que van á recibir, segun parece, las de ensanche de la Puerta del Sol, que se proponen llevar á cabo dos capitalistas sin gasto alguno del ayuntamiento, ni otra condicion que la que se les permita rifar las casas que levanten de nueva planta, ganarán el sustento centenares de familias, reducidas hace

meses á la miseria por la paralización de todo, á consecuencia de la desconfianza y el desasosiego que han originado las circunstancias.

Dos personajes ilustres han fallecido en el último junio, el Señor don Florencio García Goyena y el señor duque de Castroterreño: aquel magistrado de ilustración grande y de rectitud muy entera, presidente del Consejo de ministros el año de 1847 y ahora presidente de Sala del tribunal supremo de Justicia: este ya nonagenario, decano del ejército de nuestra patria, muy consecuente en sus principios, enérgico para sostenerlos, á pesar de los años, en las ocasiones mas peligrosas, con prendas de carácter adecuadas á captarse el afecto de todos, acreditándolo así en diversos mandos militares; últimamente ejercía el del real cuerpo de Alabarderos.

Nuestras relaciones con los Estados Unidos han mejorado considerablemente de semblante. Al turbulento Mr. Soulé ha sucedido el sesudo Mr. Dodge como representante de aquella república en nuestra Corte. Sus palabras al poner en manos de S. M. las credenciales dan testimonio indubitable de las sanas intenciones de su gobierno. Ya no se habla de expediciones piráticas á Cuba, donde han cesado por consiguiente las comisiones militares y se disfruta completo reposo. Por sucesor del señor Cueto vá á los Estados Unidos como representante de España el señor don Alfonso Escalante. Y para que nada falte al buen sesgo de los tratos entre esta república y nuestra patria, Mr. Soulé que en escritos arrebatados acusó á Mr. Perry, su secretario en esta Corte, de *traidor y expia*, ha quedado muy mal parado de resultados de un manifiesto, que el ofendido se ha visto en la necesidad de dirigir á sus compatriotas, revelando la nada plausible conducta de aquel diplomático respecto de los españoles y su gobierno.

Aun no ha tomado posesion de su puesto en Méjico el señor Antoine y Zayas: á nuestro antiguo encargado de negocios, señor Lozano, se han remitido órdenes apremiantes para que venga á España: segun las últimas noticias están á punto de ser zanjadas todas las dificultades; y parece acreditarlo así la circunstancia de haber agraciado el presidente de aquella república ó nuestro último ex-ministro de Estado, señor Luzuriaga, con la gran cruz de la orden de Guadalupe.

Casi nada podemos decir hoy de Roma. Tras de la sorpresa general que allí produjo la sancion real de la ley de desamortización discutida y votada en Cortes, no parece haber ocurrido otra cosa que la reclamacion de nuestro embajador el señor Pacheco contra la *Civiltá católica* por haber copiado lo referido, á propósito de la sancion de la ley sobredicha, por el *Diario de los Debates*. Sólo se habla de haber sido consultado el cardenal Brunelli sobre este asunto, y de que, si como es monseñor Franchi solo encargado de negocios, fuera Nuncio, ya habria recibido orden expresa de la Santa Sede para retirarse de nuestra Corte.

Lo mas importante de lo ocurrido en el extranjero durante el mes de junio es la ruptura de las conferencias de Viena, la ocupacion del mar de Azoff y la toma del Mamelon Verde por los aliados; el mal éxito de su primer ataque contra la torre de Malakoff el dia 18; el atentado contra la vida del cardenal Antonelli á las puertas del Vaticano; el viaje del monarca de Portugal á Francia y á la capital del mundo cristiano, y la presentacion de nuestro embajador don Patricio de la Escosura en la corte de Lisboa, pronunciando en ocasion tan solemne un discurso notable sobre la fraternidad entre ambas naciones así por su origen, como por sus anales, y sus glorias y desventuras.

Aquí habiamos pensado cerrar la presente Revista; pero nos impele á alargarla una novedad grande. Cerca del anochecer del sábado 30 de junio se empezó á divulgar por Madrid que el señor duque de la Victoria habia dimitido

su cargo. No conociéndose antecedente alguno que diera la menor probabilidad á este suceso, pusieronlo todos en duda, y hasta los que se precian habitualmente de enterados en los arcanos ministeriales, se encogian de hombros, y no acertaban el cómo ni el por qué de la dimision de Espartero. Este se habia hallado á lo último de la sesion en las Cortes, sin que ni en sus palabras, ni en su fisonomía se advirtiera ninguna señal de disgusto; platicado habia con varios de sus compañeros y con algunos diputados como todos los dias; y ni la mas leve sospecha concibió nadie de que su dimision se hallaba ya escrita. No obstante, escrita estaba de seguro, y al poco tiempo la tenia S. M. en sus reales manos; cuyo documento importante dice así, segun la *Gaceta*:

SEÑORA: Cuando toda la nacion resolvió el año próximo pasado recobrar sus derechos y extirpar los abusos que se habian introducido en el gobierno del Estado, fui llamado por el heroico pueblo de Zaragoza para que autorizase y sostuviese el movimiento que con el propio objeto se habia verificado en aquella ciudad y en las demas poblaciones de Aragon. Acudí allí sin vacilar á coadyuvar y defender tan nobles intentos, y ofrecí en los términos mas solemnes que emplearía todos mis esfuerzos para que la voluntad nacional fuese cumplida. Entonces V. M. se sirvió mandar que viniese á su lado, nombrándome presidente del Consejo de Ministros; y acepté este honroso y delicado cargo con la firme resolucion de dejarlo luego que se verificase la reunion de las Cortes Constituyentes, que fué una de las principales peticiones que hice á V. M. al ocupar mi puesto, y que V. M. admitió sin repugnancia.

Reunidas que fueron las Cortes Constituyentes tuve la honra de presentar á V. M. la dimision de mi cargo, consecuente con la resolucion arriba mencionada; pero circunstancias de todos conocidas me obligaron á continuar al frente del gobierno, en virtud del mandato de V. M. hasta que fuese votada la Constitucion del Estado.

Esta ya lo está, puesto que lo están las bases; y estando cumplidas mis ofertas, y no permitiendo mi salud ocuparme de las cosas públicas, ruego á V. M. se digne relevarme del cargo de Presidente del Consejo de Ministros, y se lo agradeceré como el mayor favor que V. M. puede dispensarme.

Dios guarde la vida de V. M. por muchos años. Madrid 30 de junio de 1855.—SEÑORA.—A. L. R. P. de V. M.

BALDOMERO ESPARTERO.

Sobresaltada y alligida la reina ante suceso tan inesperado, procuró afanosamente inclinar al duque de la Victoria á desistir de su designio; mas nada de cuanto le dijo S. M. inspirada por su amor al bien de la nacion española, y previendo el conflicto que iba á resultar sin remedio, fué bastante para que el Presidente dimisionario se ablandara, y ofreciera seguir á la cabeza del gabinete. De palacio salió firme en su pensamiento, bien que oyendo de la boca de S. M. que la dimision no seria aceptada.

Apenas se despidió el señor duque de la Victoria de la Augusta Señora que ocupa el trono, ésta necesitada de consejo y de ayuda envió á llamar presurosamente al general O'Donnell para contarle lo acaecido y evitar que pasara adelante. Con asombro escuchó el conde de Lucena lo que S. M. se dignó decirle, y sin tardanza fué á casa de Espartero. Tras de una entrevista no corta y terminada, segun se asegura, con lágrimas y abrazos, determinóse el presidente del Consejo de ministros, á que su dimision no tuviera curso, y por tanto, la crisis quedó concluida.

Al parecer en su origen hay algo mas de lo que suena, y ciertamente las explicaciones del periódico oficial satisfacen á pocos. No falta quien pretenda hallar conexión entre el paso dado por el general Espartero, sin noticia de los demas ministros, y la venida á Madrid de unos comisionados de Zaragoza con objeto, que suponen encaminado á desaprobacion la clemencia con los facciosos y la marcha poco liberal del gobierno. Fuera muy aventurado lanzarse á discursar sobre esta conjetura, que acaso peque de muy vaga. Dias andando se aclarará todo, y Dios mediante, para la próxima Revista estaremos en proporcion de referir cuanto haya habido en este imprevisto y muy trascendental caso.

F.

CRONICA LITERARIA.

Lettres sur les representations theatrales dans le pays basque (cartas sobre las representaciones teatrales en el pais vascongado) por Mr. Michel.

A fines del siglo pasado Mr. Jomard, miembro del Instituto de Francia, anunció por la primera vez el hecho muy curioso en verdad de que en el pais vasco-francés existia de muy antiguo un teatro popular, y que con el título de *pastorales* se conocian en el Bearne y en otras provincias limítrofes del Pirineo varias piezas dramáticas mas ó menos rudas, que venian representándose de tiempo inmemorial en ciertas y determinadas épocas del año, y en tal ó cual pública solemnidad. En una de ellas, de que da minuciosa cuenta en el tomo XVIII de su *Historia literaria de Francia*, el ilustre académico creyó hallar vestigios de la antigua novela caballeresca conocida con el nombre de *Fierabrás*. Pero ya sea que el descubrimiento pareciese á la sazón de poca importancia, ya que la atencion del público estuviese dirigida hácia otro punto, el hecho es que la indicacion de Mr. Jomard quedó sin resultado y la investigacion no pasó por entonces adelante. Mr. Francisque Michel, escritor muy conocido por sus trabajos sobre la edad media y que á la publicacion ó reimpression de varios libros caballerescos y cantares de Gesta de los siglos XIII y XIV, ha añadido últimamente la de algunas obras en lengua *euskara*, ó vascongada como son los *Proverbios* de Oinhart y otros, fué el primero que siguiendo con asiduidad y constancia la leve indicacion hecha por Mr. Jomard, logró reunir datos enteramente nuevos y en extremo curiosos acerca de un teatro popular en toda la region conocida con el nombre de Gascuña ó Vasconia francesa; datos y apreciaciones que en este momento da á luz en una série de cartas dirigidas al autor de Clara Gazul, y del Ensayo sobre el rey don Pedro de Castilla, Mr. Prosper Merimé.

De las piezas mismas llamadas *pastorales*, por estar comunmente representadas al aire libre y por pastores, Mr. Michel parece haber recogido de la tradicion oral, único archivo donde podia conservarse un teatro de tales condiciones, como unas treinta y cuatro, cuyos argumentos están tomados ya de la Biblia, como la pastoral de Moisés, la de Abraham y la de Nabucodonosor, ya de la leyenda como son las relativas á San Luis, San Pedro, Santiago de Compostela, San Roque, San Alexo, los tres mártires, Santa Inés, Santa Catalina, Santa Elena, Santa Engracia, Santa Margarita y Santa Genoveva.

Tambien la mitología ocupa su lugar en el teatro vascongado con la pastoral intitulada *Baco*; y la historia antigua está igualmente representada en las de Astiages y el grande Alejandro. Pero lo que mas abunda son los argumentos tomados de los antiguos cantares de Gesta, como la pastoral de Clodoveo, rey de los franceses, la de los Doce pares de Francia, la de Carlomagno, la de los cuatro hijos de Aymon, las de Godofredo, Tibaldo, y Ricardo duque de Normandia; así como una de origen mas moderno intitulada *El gran Sultan Moustaphá*. Otras hay cuya fuente no es tan fácil determinar, como son la de *Juan Caillabit y la princesa de Gamatia*, y la de *Juan de París*, y *Juan de Calés*, que pudiera haber sido tomada de un cuento inserto en la *Bibliothèque bleue*, coleccion de cuentos é historias populares publicada por un anónimo á fines del siglo pasado. Hay ademas en el repertorio vascongado tres piezas distintas intituladas *Napoleon 1.º*, de las cuales la primera abraza el periodo del Consulado; la segunda, que es la mas larga, el imperio, y la tercera y última su prision y destierro en Santa Helena.

No dice el autor si se propone ó no publicar alguno de estos dramas ó farsas populares, pero es probable que no lo haga, atendido su mérito literario que debe ser corto ó ninguno. Todas las que hasta ahora se han descubierto están escritas en prosa, con muy pocos incidentes dramáticos, como era de esperar de un pueblo rudo, y poco civilizado: parecen tener bastante semejanza con los antiguos misterios y los autos que por Navidad, Semana Santa, y en otras fiestas solemnes de la Iglesia se representaban en nuestros templos, ó en los palacios de los grandes señores, aunque, como es consiguiente, son de carácter mas libre y casi enteramente profanos.

Pero oigamos lo que el autor dice acerca de la representacion de estos dramas populares, de los actores mismos, y de los preparativos mas indispensables de papeles para su ejecucion.

«Resuelto ya el punto de que ha de haber representacion dramática, los jóvenes del lugar, que por lo comun no saben leer ni escribir, van á casa de un letrado, que las mas veces es el maestro de escuela, y le declaran su intencion. Discútese desde luego acerca de la eleccion de la *pastoral*, y la gratificacion que ha de señalarse al director de la compañía, el cual reúne á un tiempo las varias capacidades de copiante, ensayador de papeles, contador y apuntador. Cuarenta francos, sin contar la manutencion, suele ser la recompensa señalada al individuo que reúne tantas y tan varias atribuciones. Escusado es decir que antes de salir á la escena, los actores ensayan su papel cuatro ó cinco veces cuando menos en una casa particular.

«La construccion del teatro en que se hace la representacion se reduce á las *modicis instravit pulpita tignis* de que ya habló un poeta. Algunas tablas fuertemente clavadas sobre vigas, que descansan sobre hileras de toneles vacíos, forman el escenario que podrá tener como un metro y medio de elevacion sobre cinco metros de longitud. La parte superior del teatro está dividida en dos mitades iguales, de las cuales la una forma el escenario, y la otra el vestuario de los cómicos. Una cuerda estendida á la altura de unos tres metros, y de la

que cuelgan cortinas mas ó menos lujosas, segun la localidad y las circunstancias, forma una línea divisoria entre ambos departamentos, los cuales se comunican entre si por medio de aberturas practicadas á los dos extremos. A la izquierda del escenario se levanta una enorme tarasca, á manera de manequí que mueve los pies y brazos por medio de cuerdas ocultas debajo del tablado: es Alá, el Dios terrible de los musulmanes; cuyo oficio consiste en aplaudir los crímenes y fechorias de la gente malvada y hacer ridículas contorsiones siempre que á la escena sale algun personage virtuoso, y de conciencia pura, ó santidad reconocida. Tambien sirve aquel espantajo para diversion y solaz del público durante los entreactos, si tal nombre merecen las interrupciones casuales y harto frecuentes de la representacion.

«No son los actores los únicos que tengan derecho para estar en las tablas, puesto que no solo las personas distinguidas del lugar ocupan un sitio preferente en ellas, sino que hasta las mismas costureras que han confeccionado los vestidos de los actores, los mozos que tienen á su cargo los bastidores y decoraciones; el ensayador de papeles que desempeña públicamente y de una manera harto visible el oficio de apuntador, y dos músicos, uno que toca el violin, y el otro la flauta, acompañándose al propio tiempo de una especie de pandereíta, tienen su asiento señalado dentro del mismo escenario. Estos últimos no tocan nunca en los entreactos, sino solamente durante la representacion acompañando el canto por los actores de ciertas oraciones dirigidas al Altísimo, ó los coros de niños que nunca faltan en dichas pastorales.

«Casi todas las que se conocen empiezan por un prólogo á la manera de Eurípides, en que se dá á conocer el argumento. En algunas de ellas, el mismo actor que recita el prólogo anuncia al público la conclusion del drama, y hace resaltar su moralidad, dirigiendo saludables consejos á los padres, ó á las madres, y á la juventud del lugar. En cuanto al tono declamatorio, puede decirse que es de la medida jámica y conforme en todo á las reglas contenidas en el *Arte Poético* de Horacio.

«Por lo que toca á los trages, escusado es decir que mediante un derecho adquirido de tiempo inmemorial, y que nadie hoy dia se atreveria á disputar, los jóvenes de la localidad piden y obtienen cuantos vestidos, joyas y arreos pueden hallarse en manos de gente rica y acomodada. El peinado, principalmente, es objeto para ellos de singular predileccion, y los actores de ambos sexos salen á la escena con la cabeza adornada de infinitas joyas y de todo género de cintas de seda. Cada actor se viste á su modo y segun su fantasia, procurando acercarse lo mas posible de la idea que tiene formada del personage que representa. Asi pues el traje de un rey cristiano se compondrá las mas veces de un pantalon de casimir blanco con galon de oro, un chaleco de damasco de seda, botas de campana y un frac de paño negro, del corte y hechura usado en el dia; una corona de metal, una cadena de lo mismo, una espada de corte, baston con puño dorado, guantes blancos, dos relojes con sus correspondientes cadenas, y por añadidura la cruz de la Legion de Honor. Los cortesanos que acompañan al Rey usan un traje parecido, con la sola diferencia de llevar sombreros de tres picos, puestos en facha y adornados ademas de cintas y plumeros. Ni salen menos grotescamente vestidos los principes musulmanes con sus pantalones de mameluco, su enorme turbante siempre coronado de la proverbial media-luna, su marlota encarnada, botas de montar y un descomunal alfanje con puño dorado. Si hay intermedio de baile, los bailarines salen á la escena vestidos de payasos, con cascabeles en el calzado y en el sombrero, cubiertos de blanco y encarnado, y llevando además en la mano un baston con puño de metal.»

«Los concurrentes á estos espectáculos no están obligados á dar retribucion alguna, pero los actores tienen varios medios de cubrir los gastos de la representacion. Consiste el primero en el refresco que les ofrecen y costean las personas mas acaudaladas de la vecindad mediante una suscripcion voluntaria, y el cual se sirve indistintamente á actores y espectadores todo el tiempo que dura la representacion. Concluida ésta, empieza por lo comun el baile, en el cual toman parte todas las mozas y mozos del lugar; pero el honor de danzar los tres primeros *muchicos*, se saca á pública subasta por un comisionado de los actores, y es bastante frecuente el ver pagar por el primero 200 francos, 50 por el segundo y 30 por el tercero, con lo cual la compañía tiene lo suficiente para cubrir sus mas precisas atenciones.»

En cuanto á la época en que empezó á usarse esta clase de representaciones populares no es posible fijarla con exactitud, pues si bien es cierto que el argumento de algunas de ellas está conocidamente tomado de leyendas de santos, y cantares de Gesta, que estuvieron muy en voga durante todo el siglo XIII y parte del XIV, tambien lo es que otras relativas á la encarnizada lucha entre cristianos del Pirineo y árabes de nuestra península, y principalmente la que tiene por argumento la muerte de Roldan, parece mas bien una creacion indigena que no una imitacion de los antiguos misterios usados en aquellos siglos. A esta última opinion parece inclinarse Mr. Michel, quien, como suele acontecer en semejantes casos, se enamora de su asunto hasta el punto de suponer que el antiguo teatro vascongado tuvo, cuando menos, tanta importancia como el de otros paises. Pero nada de lo que el autor dice en apoyo de esta su conjetura, nos parece concluyente, y por otra parte los restos que aun se conservan de este drama popular, alterados como están por las generaciones sucesivas, y modificados segun el tiempo y las costumbres no son tales ni tantos que nos permitan formar juicio cabal en asunto de suyo tan difícil como delicado. La estrechez misma del círculo á que hoy día se halla reducido el teatro vascongado, seria para nosotros un poderoso argumento en contra de la grande importancia que se le quiere atribuir. El mismo autor confiesa que las pastorales en lengua *euskara* que ha logrado recoger han sido casi todas compuestas en el distrito llamado La Soule, cuya capital es Mauleon. En este pequeño recinto, del cual fueron naturales Oihenart, Archu, y los mejores poetas vasco-franceses es donde se conservan los repertorios dramáticos mas notables, así como tambien es el punto en que con mas frecuencia y mayor esmero se representan dichas pastorales. Ni en el Labourd (Labordan) ni en la baja Navarra se conoce esta clase de diversion, y nosotros podremos añadir que tampoco hay memoria de que los vascos-españoles hayan usado de ellas en ningun tiempo.

Tampoco es posible averiguar quienes sean los autores de estos dramas; todas las diligencias hechas por Mr. Michel con dicho fin han sido infructuosas. Todo lo que ha podido rastrear es que los maestros de escuela generalmente son los encargados en sus respectivas aldeas ó localidades de preparar y dirigir estas representaciones, y que por lo tanto ellos son los conservadores de estos monumentos literarios: á ellos ha acudido el autor para procurarse los restos del teatro vascongado que forma el asunto de sus interesantes cartas.

P. DE G.

MUSEO DE LAS FAMILIAS.

SEGUNDA SÉRIE.

AÑO DÉCIMO TERCIO.

SE HAN PUBLICADO DOCE VOLÚMENES QUE COMPRENDEN LA PRIMERA SÉRIE.

1843 á 1854.

PROGRAMA DEL VOLUMEN DE 1855.

Estudios Históricos.

HISTORIA SAGRADA. — HISTORIA UNIVERSAL. — HISTORIA DE ESPAÑA. — BIOGRAFIA DE HOMBRES CELEBRES DE TODOS LOS PAISES Y DE TODAS LAS EPOCAS. — SUCEOS CONTORPÓRNEOS.

Estudios de Viages.

MONUMENTOS. — CURIOSIDADES. — RELIGION. — TRAGES. — USOS Y COSTUMBRES DE TODOS LOS PUEBLOS DEL MUNDO. — GEOGRAFIA PINTORRSCA.

Religion y Moral.

LEYENDAS. — COSTUMBRES. — FIESTAS Y SOLEMNIDADES RELIGIOSAS. — ANECDOTAS, CUENTOS Y MAXIMAS MORALES. — EDUCACION.

Ciencias y Artes.

FÍSICA. — QUÍMICA. — ASTRONOMIA. — HISTORIA NATURAL. — MINERALOGIA. — HIGIENE PUBLICA Y PRIVADA. — NUEVOS DESCUBRIMIENTOS — BELLAS ARTES. — ARQUEOLOGIA. — CUADROS, ESTÁTUAS, PINTORES Y ARTISTAS CÉLEBRES. — MUSICA.

Estudios de Industria.

EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS EN 1855. — PROCEDERES MECÁNICOS. — INVENCIONES — MÁQUINAS Y APARATOS DE APLICACION PRÁCTICA. — AGRICULTURA.

Estudios Recreativos.

NOVELAS. — ARTICULOS D COSTUMBRES. — PROVERBIOS. — PIEZAS DRAMÁTICAS DE FACIL EJECUCION. — POESÍAS. — LEYENDAS. — CUENTOS Y ANECDOTAS. — MODAS.

Como se ve por el anterior programa, el MUSEO DE LAS FAMILIAS es una verdadera *Enciclopedia Popular*. Todas las materias se tratan en él de un modo ameno, sencillo é inteligible, revistiéndolas de formas agradables á propósito para interesar á las personas de cualquiera clase, sexo, edad ó condicion que sean.

La firma de los literatos de mas nota, puesta al pie de los articulos, doce años de existencia y una suscripcion siempre en aumento y siempre numerosa, justifican su popularidad, á que sin duda contribuye lo ínfimo de su precio, el lujo de la edicion con bellisimos grabados en el testo, y el esmero con que se cuida que no haya ni una frase, ni una palabra que pueda ofender la moral y las buenas costumbres.

El MUSEO por su índole, por su objeto y por su forma, es el libro de todo el mundo y puede penetrar sin riesgo en el interior del hogar doméstico como el amigo íntimo de las familias.

Se publica un número mensual que consta de 48 columnas en cuarto mayor, ó sean tres pliegos de á ocho páginas con su correspondiente cubierta. Los doce números del año forman un tomo. Cada volumen es una obra independiente.

Precio de suscripcion al Museo en América por un año tres pesos fuertes para los puntos de la parte acá del Istmo y cuatro para los demas, libre de todo gasto. Estos precios se entienden que son para las poblaciones que reciben la correspondencia directamente, el aumento que deben pagar los que no se hallen en este caso lo fijan los corresponsales segun la localidad.

En las islas de Cuba y Puerto Rico, 40 rs. por un año enviándose los números por el correo libres de gastos. — En Madrid 30 rs. por un año y en provincia 36 franco el porte.

Se suscribe en Madrid, en el establecimiento de Mellado, calle de Santa Teresa, núm. 8; en provincia, ultramar y el estrangero en casa de los agentes y corresponsales de dicho establecimiento.

NOTA. Los suscritores al Museo por todo el año de 1855 que adelanten el importe de la suscripcion, tienen derecho á las primas y regalos ofrecidos en el prospecto que se da gratis en los puntos donde se suscribe.

REVISTA ESPAÑOLA DE AMBOS MUNDOS.

Se publica todos los meses por entregas de 120 á 150 páginas en 8.^o mayor. Cada semestre forma un tomo de mas de 800 páginas.

PRECIO DE SUSCRICION EN ESPAÑA, AMÉRICA Y EL ESTRANGERO.

MADRID.	Seis meses	50 rs.	— tres meses	30 rs.	— Un mes	10 rs.
PROVINCIA. . . .	—	60	—	24	—	12
PARIS.	—	15 fs.	—	8 fs.	—	3 fs.
AMERICA.	—	5 ps.	—	3 ps.	—	1 ps.

PUNTOS DE SUSCRICION.

- MADRID.** Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8, y despacho del mismo, calle del Principe, núm. 23.
- PARIS.** Depósito general á cargo de los señores Laplace et Hosteins, rue Saint Andréé-des-Arts, núm. 47, y Librería española de M. Schmitz, rue de Provence, núm. 12.
- HABANA.** Señores Charlain y Fernandez.
- PUERTO RICO.** Don Ignacio Guasp.
- PROVINCIAS Y AMERICA.** En casa de todos los agentes y corresponsales del establecimiento de Mellado.

Nota. La correspondencia se dirige á Madrid ó á París, á nombre de don Francisco de Paula Mellado, director y editor propietario de la REVISTA ESPAÑOLA DE AMBOS MUNDOS.

TOMOS PUBLICADOS.

Los números que han salido á luz de la Revista hasta fin del año 1834, forman dos gruesos volúmenes, en cuya redaccion han tomado parte los señores: Breton de los Herreros, duque de Rivas, marqués de Pidal, Baralt, Lafuente (Fr. Gerundio), Magariños Cervantes, Mora, (don Jose Joaquin), Amador de los Rios, Rossel, Ochoa, Carolina Coronado, Hartzenbuch, Muñoz del Monte, Gavino Tejado, Borao, Sanz del Rio, Monlau, Cánovas del Castillo, Gayangos, Alvarez Peralta, Iznardi, Ferrer del Rio, Zorrilla, Cañete, Gofy, Bermejo, Pasaron, Caunedo, Castelar (don Emilio), Velez de Paredes, y otros escritores aunque menos conocidos no de menor mérito. Estos tomos, que forman cada uno de por sí una obra independiente, se venden reunidos con la notable rebaja que espresan los siguientes

PRECIOS EN ESPAÑA, AMÉRICA Y EL ESTRANGERO.

Madrid.	80 reales.
Provincia.	90 id.
Cuba y Puerto Rico.	100 id.
Paris.	25 francos.
América por los vapores.	8 pesos fuertes.
Id. por buques de vela.	5 id. id.

Nota. El precio de cada uno de los tomos separadamente es el mismo de suscripcion por un semestre á la Revista.

REVISTA ESPAÑOLA

DE

AMBOS MUNDOS,

PUBLICADA POR MELLADO.

TOMO 4.º--AÑO 2.º

NOVIEMBRE DE 1855.

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO,

CALLE DE SANTA TERESA, NUM. 8.

PARIS,

LIBRERIA ESPAÑOLA,

Rue de Provence, n. 12.

DEPOSITO GENERAL

Rue St. André des Arts, n. 47.

TODOS LOS LIBREROS DE ESPAÑA,
AMERICA Y EL ESTRANGERO, ESTAN AUTORIZADOS
A RECIBIR SUSCRIPCIONES A LA REVISTA ESPAÑOLA DE AMBOS
MUNDOS, BAJO LAS CONDICIONES QUE SE ESPRESAN
EN LA ULTIMA PLANA DE ESTA CUBIERTA.

1855.

Ayuntamiento de Madrid



LITERATURA ESPAÑOLA Y ESTRANGERA,
HISTORIA POLITICA, FILOSOFIA, VIAGES, CIENCIAS, INDUSTRIA, ETC.

ENTREGA DEL MES DE NOVIEMBRE DE 1855.

- I.—LA NOVELA Y LOS NOVELISTAS EN ITALIA, por F. T. Perrens, (version de A. Martinez del Romero).
- II.—LOS CABALLEROS DE SAN JUAN DE JERUSALEN, por don José María Antequera.
- III.—ESPOSICION UNIVERSAL DE PARIS, por don Manuel Casado.
- IV.—EL PRINCIPE DE MAQUIAVELO.—CESAR BORGIA, O LA ROMAÑA EN 1502. (Continuacion).
- V.—REVISTA POLITICA DEL MES DE OCTUBRE, por F.

LA NOVELA

Y LOS NOVELISTAS EN ITALIA.

LA ESCUELA DE MANZONI.—LA NOVELA DEMOCRÁTICA Y EL DOCTOR GUERRAZZI.—LA NOVELA ÍNTIMA Y M. CÁRCANO.

A ningún país es dado separar completamente sus destinos políticos de sus destinos literarios, y hoy vemos á la Italia llevar en los trabajos del espíritu la misma aspiracion hácia la independencia y la unidad que marca desde el principio del siglo el desarrollo de su vida nacional. Lo único que hay que reconocer es que, en el dominio de las letras esta noble aspiracion no encuentra los mismos obstáculos que en el dominio de los intereses públicos. Si en este momento faltan las grandes obras y las direcciones fecundas, por lo menos algunas conquistas durables han abierto una vía en donde no queda mas que asegurarse. Al lado de los maestros, ya apreciados aquí mismo (1), continúa toda una escuela joven, con un ardor infatigable, si no siempre victoriosa, la obra de la renovacion literaria principiada hace cincuenta años. Espectáculo es este que la Europa desatiende algun tanto, y que sin em-

(1) Véase principalmente á Manzoni en la *Revue des deux mondes* del 4.º de setiembre de 1834; á Pellico, 45 de setiembre de 1842; á Leopardi, 45 de setiembre de 1844, y á Nicolini, 45 de setiembre de 1845.

bargo merece una atencion seria. Saber en qué proporcion participa la Italia de la vida intelectual de nuestro siglo, no es una cuestion que conviene tratar con indiferencia; y el que quiera interrogar de cerca á los recientes trabajos literarios de la península transalpina, esperamos que sobre este punto se acercará á nuestra opinion.

Antes de todo, para no caer respecto á los escritores italianos en un esceso injusto de severidad, no deben olvidarse las circunstancias en que se hallan para producirse, y qué clase de obstáculos pesan sobre la expresion de su pensamiento. El público del lado de allá de los Alpes conoce estos obstáculos, y por lo mismo tiene indulgencia con aquellos que procuran vencerlos. Un atractivo mas poderoso que el mérito literario hace que el lector italiano se aficione al escritor; pues sabe que bajo lo que se le dice, hallará lo que no pueden atreverse á decirle; y no teniendo otro pensamiento que la resurreccion de la patria, todo lo acepta, todo lo perdona, con tal que se le mantengan sus deseos y sus esperanzas. De ahí su predileccion por la filosofia que establece los principios, y por la historia, que demuestra su aplicacion ó violacion en los hechos. Otros géneros literarios,—la poesia y la novela,—se ocupan en celebrar las glorias pasadas de la patria ó en formular sus esperanzas presentes. Por las letras y en las letras es como la Italia realiza en cierto modo esta unidad tan deseada, que se le escapa en el órden de los hechos politicos. Ante las obras del arte y del talento, caen las barreras municipales, las preocupaciones provinciales desaparecen y se desvanecen los rivalidades de concejo; la gloria de Manzoni pertenece á Nápoles y á Roma no menos que á Milan; Leopardi no es romañol, es italiano. Esta voluntaria solidaridad así en la gloria como en la desgracia, digase lo que se quiera, es un argumento sério en favor de las aspiraciones unitarias. En todos los casos, provoca manifestaciones que debe haber placer en estudiar.

En la novela es en donde se traduce quizá mas precisamente esta tendencia de Italia á hacer de las obras literarias la expresion indirecta de las preocupaciones politicas. La novela histórica, por ejemplo, es la que ha tenido mas lugar, despues de la historia, propiamente dicha, en la literatura contemporánea de Italia. Los escritores que han sucedido á Manzoni y á su escuela han conservado este cuadro, pero introduciendo en él un nuevo espíritu, que personifica el doctor Guerrazzi, en su violencia un tanto declamatoria. Mas recientemente todavía, se ha dado una nueva direccion, y la novela de costumbres se ha colocado al lado de las leyendas sacadas de las crónicas italianas. Bajo estos tres aspec-

tos,—novela histórica, novela democrática, y novela de costumbres,—quisiéramos examinar la literatura contemporánea de Italia.

I.

Puede afirmarse sin vacilar, que el período en que ha florecido la novela histórica propiamente dicha mas allá de los Alpes ha terminado al presente; pero le ha sobrevivido la tendencia nacional que fué su carácter. Conviene pues, hacerse cargo de esta tendencia tal como nos la ofrece la primera mitad del siglo, si queremos seguirla y apreciar con exactitud su estension por sus manifestaciones mas recientes.

La novela histórica ha nacido en Italia con el autor de *I Promessi Sposi*; sin embargo, hay un novelista que, en el orden de los tiempos, ha precedido á Manzoni. Walter Scot tuvo en Giambattista Bazzoni un imitador tan dócil como celoso. Mas tarde, debia obedecer Bazzoni no menos complacientemente á la influencia de Manzoni. Sin embargo, era mucha ventaja haber venido primero: *Il Castello di Trezzo* fué leído con mucha diligencia. Olvidáronse desde luego la debilidad de la acción y del diálogo, las negligencias de estilo, los errores de hechos y aun de color histórico; apenas notaron que el autor hacia bien la pintura de los trages, pero nunca la de las personas; y que si narraba mucho y estensamente, aun podrian despues de haberle leído, preguntarse cual era por último el objeto de su libro. No hubo ojos ni oídos sino para las escenas de subterráneos, de salteadores y de calabozos que entonces causaban emocion, y que á la vez habian apasionado á la Inglaterra y á la Francia. Hoy que el gusto ha hecho justicia á estos entusiasmos pasajeros, ¿quién lee, pues, aun en Italia, la primera novela de Bazzoni? Por mas que hizo el autor de *Il castello di Trezzo* para desquitarse mas tarde en una nueva narracion, *Falco della Rupe*, infinitamente superior á la primera; esta obra pasó casi desapercibida. Acaso la posicion oficial del autor en la administracion austriaca le perjudicó á los ojos de los patriotas italianos; pero una causa mas seria esplica la indiferencia del público: *I Promessi Sposi* (1) habian salido á luz.

(1) De dos maneras se ha traducido en español el título de esta magnífica novela: *Los esposos prometidos*, y *Los novios*. Aunque esta última sea la mas comun en nuestra lengua, estamos por la primera por parecernos mas culta.—La citada novela no ha tenido todavía una buena version española.

(Nota del traductor.)

No entra en nuestro plan detenernos en la notable novela de Manzoni; importa solo, para apreciar la escuela de escritores que ha originado este libro, decir algunas palabras de las cualidades que han estendido y prolongado hasta hoy la influencia del ilustre novelista. Resignado, por conviccion religiosa, á todas las voluntades del cielo, tranquilo vecino de Milan por tantos años sin que las revoluciones le hayan enseñado el camino del destierro, Manzoni ha infamado á la ocupacion estrangera con el simple relato de los males que ocasiona, y su misma moderacion, su imperceptible sonrisa, y su dulce pero incisiva ironia, hablan mas elocuentemente en favor de la autonomia de los pueblos que pudieran hacerlo las imprecaciones mas enérgicas. Dudo que fuese este el objeto que se proponia: indudablemente no quiso sino hacer una novela de costumbres nacionales al gusto de su tiempo; pero por inclinacion, eligió la época de la dominacion española, tan propia para hacer alusiones contra la dominacion austriaca. La conciencia del erudito y el talento del narrador forman el resto; y la Italia, no solo ha contado una bella obra de mas, sino un acto, un primer paso en esa via de recuerdos históricos y nacionales que le han devuelto el sentimiento de sus derechos y de sus deberes.

La alianza de la ficcion y de la historia ha llegado á ser para la Italia, merced á Manzoni, un medio de meditar, de oponer su pasado al presente, y en cierto modo de recobrar la posesion de si misma. Desde entonces se formó una escuela, y en un grupo de escritores decididos, unos por la simple ambicion del triunfo, otros por los móviles mas serios, en seguir la via trazada, pueden notarse algunas fisonomías dignas de una mencion ó de un recuerdo, aun en el rango secundario en que los había colocado la imitacion. Hubo novelistas puramente eruditos al lado de los discípulos mas fieles al ejemplo del maestro; y hubo tambien algunas tentativas originales que conviene no echar en olvido.

Un anciano hoy casi octogenario, Rosini, profesor en la universidad de Pisa, y conocido ya por varios trabajos serios y algunas poesias, fué el primero en marchar sobre las huellas de un maestro mas joven que él. Mejor hubiera hecho en no dejar nunca la ciencia por la novela: nadie posee menos imaginacion que el erudito profesor, aun de esa imaginacion exterior que sirve á veces para ocultar bajo el esplendor de la forma la pobreza del fondo. Historiador sobrado escrupuloso para tratar libremente los temas proporcionados por la historia, Giovanni Rosini hace de sus narraciones otros tantos procesos verbales, redactados en el estilo oficial y frio de un escribano sin entrañas. Jamás hay un sentimien-

to, nunca se encuentra una palabra que salga del corazon y que afecte; los personajes se agitan, la historia los conduce; por todas partes no hay mas que hechos ó diálogos como pudieran hallarse en una acta de acusacion. Unase á esto su mediana habilidad en la eleccion del asunto, y se tendrá una idea de lo que es Rosini como novelista. Rosini ha publicado muchas *leyendas*, porque despues de lo que acabo de decir, ya no me atrevo á emplear la palabra novelas. En la una, *Ugolino della Gherardesca*, el héroe, como el título indica, es aquel famoso gibelino cuyo horrible suplicio han inmortalizado los versos de Dante. ¿No es temerario, pregunto, tomar al poeta florentino uno de sus *grandes muertos*? y ¿puede hablarse de Ugolino despues de él, aunque fuese para cortar su vida? Es indudable que hay cierto interés en saber cómo un hombre semejante ha podido merecer tan desastroso fin; pero en esto veo cuando mas la materia de una nota, de una disertacion histórica, y no el asunto de una novela.

El *Ugolino* de Rosini nos recuerda *l' Inferno* y la torre del hambre; su *Monaca di Monza* nos recuerda á Manzoni. Trátase en efecto de esa Gertrudis cuyas sombrías aventuras forman uno de los episodios mas notables de *Los esposos prometidos*. Con una sobriedad, que es un carácter de su talento, deja Manzoni á Gertrudis en su celda desde que ya no tiene parte en los infortunios de Lucia; abandónala á sus remordimientos, y nada nos dice del resultado de su intriga criminal. El lector, sin embargo, no olvida á esta estraña criatura, y cuando se le dan noticias de ella, las escucha con mucho gusto. Véase ahí indudablemente por qué la *Monja de Monza* tiene mas de doce ediciones: el título ha hecho la fortuna de la obra. ¿Es posible, en efecto, atribuir este resultado á otra causa distinta? Rosini no tiene ninguna de las cualidades que le permitirian salir con honor de una lucha con Manzoni: esponerse á la comparacion era ó mucha audacia, ó demasiada modestia. Si Gertrudis inspira interés, es á causa de los tormentos de su juventud; pero ya criminal ¿cuál puede ser su porvenir, sino una larga y monótona espionacion, ó una série de crímenes nuevos? Entre estas dos alternativas, Rosini escogió la primera; para ello debió desnaturalizar los caracteres tan bien establecidos por Manzoni; y los detalles de la narracion no redimen esta infidelidad.

La tercera leyenda de Rosini, *Luisa Strozzi*, no es de tal naturaleza que nos haga modificar nuestro juicio. Supérfluo es, pues, invocar á este nuevo ejemplo de una equivocacion tan sensible. Rosini ha desconocido completamente la diferencia que existe entre la tarea del erudito

y la del novelista; felizmente tiene otros títulos que sus leyendas á la estimacion pública. Sin hablar de su enseñanza, sus numerosos trabajos de historia y de filología, le aseguran un lugar honorífico en los anales literarios de su país. Por ejemplo, no se olvidará su edicion y su excelente comentario á Guicciardini.

Un erudito habia sido el primer discípulo de Manzoni, el segundo fué un poeta. Esta vez la imitacion se acercó mas y pareció mas digna del modelo. Pocos meses hace que todo Milan seguia gimiendo los restos mortales de Tommaso Grossi. Ligado con Manzoni en una amistad estrecha, marchó Grossi por mucho tiempo al lado suyo, pero por una vía diferente. Sus poemas y sus cuentos en verso le dieron una gran reputacion, y tal era la seduccion de sus cantos, que pudiera llamársele el Lamartine de Italia. Esto no obstante, contra este hombre tan pacífico y tan bueno se lanzaron varias criticas, algunas veces serias, pero casi siempre acerbas é injustas. Mal templado para la lucha, Grossi no intentó hacer frente á sus enemigos; renunciando á esa poesia que habia constituido su gloria, y en una cierta medida, la de su generacion, resolvió seguir á su amigo sobre el terreno no menos disputado de la novela histórica. Los que conocian á esta naturaleza delicada y tierna, hubieran podido admirarse de que no prefiriese escribir una novela de costumbres íntimas; su genio hubiera estado mas á su placer; pero era tal todavia la influencia del triunfo obtenido por Manzoni, que parecia temerario tentar fortuna, é imposible esperar el triunfo en otro género. Grossi era sobrado modesto y demasiado entusiasta de aquel á quien llamaba su maestro para pensar de otra manera que todo el mundo. Dejóse ir tranquilo con la corriente, hasta que un dia se vió salir á luz á *Marco Visconti, storia del trecento cavata dalle cronache di quel secolo e raccontata da TOMMASO GROSSI*.

La intencion de imitar á Manzoni era evidente: veíase la huella en la eleccion del asunto, en la dedicatoria, en el estilo, en la composicion, y hasta en las menores espresiones. Sin embargo, el conjunto de la obra no es mas que un largo rodeo de lo que hay de mas profundo y de mas escogido en la poética del autor de *I Promessi*. Despues de estar bien inspirado del genio de la época, cuyos rasgos principales queria retratar, Manzoni habia inventado una fábula y personajes que no tenian otra vida que la que él mismo les daba. A su ejemplo, Grossi hojeó los libros y los manuscritos; pero fué mas bien para hallar en ellos un tema de fácil desarrollo que para saber la historia. Tomó, pues, una aventura bastante brutal, en la cual ejecuta un gran papel el condottiero Marco

Visconti; solamente que para hacerla romancesca se vió obligado á desnaturalizarla, y así su obra tuvo todos los inconvenientes de la narracion histórica sin tener su fidelidad. En vez de un pueblo, Grossi no resucita mas que á un hombre, y aun presta al feroz capitan de la edad media costumbres dulces y generosas que no tiene en la historia, y que se parecen mucho á las del modelo que en sí mismo encontraba el autor. Sea como quiera, tomemos á Visconti tal como nos le pinta. ¿Por qué permanece éste fuera de la accion? ¿Por qué parece que hay dos líneas paralelas que el famoso condottiero y los demas personajes siguen sin encontrarse nunca? Tartufo, aun estando ausente, es el alma de la casa de Orgon, nada se hace en ella sino por él ó para él; Marco Visconti, al contrario, por presente que se halle, no obra en nada sobre los acontecimientos.

Pero si se hace abstraccion de las inexactitudes históricas del poeta milanés, si se consideran su asunto y sus personajes como puras creaciones de su talento, será imposible no admirar el conocimiento del corazon humano que demuestra Grossi en esta novela. Si falta al autor el sentido histórico, tiene por lo menos el sentimiento moral en grado sumo. Conoce las pasiones, sabe hacerlas hablar su verdadero lenguaje, nos conmueve, nos arranca lágrimas, nos hace amar á sus personajes, y á él mas que á todos ellos, porque se conoce bien que es su alma quien los anima. De modo que, á pesar de las dilaciones, de las digresiones é inverosimilitudes, este libro merece un lugar distinguido entre las novelas de la Italia contemporánea.

Grossi habia dado á la novela histórica una especie de gracia elegiaca. Cantú hizo dominar en ella la erudicion, como Rosini, pero con mas habilidad. Su novela de *Margherita Pusterla* es muy estimada en Italia, y digna, bajo ciertos respectos, de su reputacion. Las aventuras trágicas que cuenta Cantú en esta obra, dan mas bien asunto á escenas patéticas que á una novela. Si superabunda el dolor, faltan las pasiones, ó por lo menos son demasiado necesaria y constantemente las mismas. Desde el momento primero está decidida la suerte de las victimas; y si el lector se empeñase en concebir alguna esperanza, Cantú se apresuraria á quitársela, advirtiéndole que la historia que cuenta está sembrada de desgracias. La novela, pues, se encierra en los episodios, y esto es un defecto; pero no obstante, alguno de estos episodios forma una notable novela, y da una alta idea del talento del autor. Cantú trata ademas la letra de la historia con un respeto digno de elogio. Tiene también un conocimiento perfecto del carácter del desterrado político y un sen-

timiento muy pronunciado de la inaptitud cívica del vulgo. *Margherita Pusterla* data ya de veinte años, y sin embargo, este libro parece haberse escrito ayer, pues lleva el sello de la triste realidad, tal como nos la han demostrado los acontecimientos. ¿Veis al pobre desterrado figurándose que todo el mundo va á armarse para devolverle una patria? ¿Adivinais sobre su arrugada frente los sentimientos acerbos á los cuales se abre su alma ulcerada? El jóven patriota se indigna de ver que á pesar de las calamidades públicas, los artesanos prosiguen sus trabajos, los comerciantes dan de mano á sus negocios, y los ciudadanos todos saborean como antes las tranquilas alegrías de la familia. Admirase de que estos hombres, que hubieran gemido si un pedrisco hubiese destruido sus sembrados, permanezcan insensibles á la opresion de la patria, al destierro de sus defensores. De buena gana sacudiria á esos muchachos que siguen con alegría á los soldados, á sus trompetas y tambores. ¿No es esto un doloroso y verídico retrato?

Cantú parece haber tomado en la intimidad de Manzoni y de Grossi sus mejores inspiraciones; no es él el último á quien haya sido fructuosa esta intimidad. A este historiador sucedió muy luego un hombre que casi no habia conocido de la naturaleza y de la fortuna sino sus mas amables sonrisas. La naturaleza le habia hecho artista; su buena fortuna le hizo yerno de Manzoni, soldado, diputado, y aun ministro. La política ha dado á Máximo d'Azeglio un brillo de que su nombre no necesitaba para traspasar los Alpes; su triple talento de pintor, de novelista y de poeta, hubiera asegurado su reputacion. Lo que hay sobre todo digno de elogio, es que, entre tantas aptitudes ó funciones diversas, haya sabido dar unidad á su vida. Imitador de Manzoni, no por carencia de talento, sino por piedad filial, ha sabido abstenerse, merced á sus hábitos activos, de imitar esa resignacion al mal que no quiero llamar cristiana, porque en el estado en que se encuentra hoy la Italia no podria ser una virtud. Antes que todo, Máximo d'Azeglio es italiano. Mas que otro ninguno, ha consagrado su vida á combatir por la independencia de la patria. Cambia de armas y de trage, pero está siempre sobre la brecha: novelista cuando ha dejado la espada, hombre de Estado cuando ha soltado la pluma; siempre activo, decidido, convencido.

Dos novelas han señalado el sitio de M. d'Azeglio en primera linea despues de su maestro. *Ettore Fieramosca*, la produccion primera de este elegante ingenio, daria, sin embargo, de él una idea muy incompleta, aunque esta obra haya tenido en Italia un éxito popular. El hecho de armas de Barletta, ese combate caballeresco entre italianos y

franceses (1), le ha proporcionado una ocasion de lisongear á algunos antiguos rencores, que hubiera valido mas dejarlos dormir. Esta es una rehabilitacion un poco sospechosa del valor de los italianos. La ligereza con que nosotros hablamos á menudo de la valentia italiana, puede escusar únicamente la importancia que se da en Italia al desafio de Barletta, como á la novela que ha popularizado la relacion de él. Séame permitido decirle, sin embargo: los descendientes de los Piccinini, de los Malatesta, de los Braccio de Montone, de los Ferrucci, y los compatriotas de los defensores de Venecia y de Brescia no necesitan atenerse á tan poca cosa; su pasado y su presente nos responden de su porvenir.

Si Máximo d'Azeglio no hubiese publicado mas que el *Ettore Fieramosca*, gozaria con justo título del favor público en Italia, pero no hubiera obtenido de los hombres de gusto esa estimacion reflexiva y motivada á la cual le da incontestables derechos *Niccolò dei Lapi*. El *Ettore Fieramosca* era un homenaje tributado al gusto gótico del tiempo, hacia los torneos y desafios de la edad media; *Niccolò dei Lapi* es un retorno feliz á una estética menos comun. «Por todas partes se encuentra, dice el autor en su prefacio, la narracion de las guerras y de los acontecimientos políticos;» pero la vida intima, las pasiones de esos hombres que han desempeñado su papel, con brillo ó sin él, sobre la escena del mundo, he aquí lo que casi no se encuentra en parte alguna, y lo que Máximo d'Azeglio ha querido darnos á conocer, colocándose en una de las épocas mas gloriosas de la historia de Florencia. Allí los

(1) Los dos historiadores que refieren este hecho, Paulo Jovio y Guicciardini, no están acordes. El primero, á quien sigue Azeglio, echa la culpa á los franceses. El segundo, sin disimular su derrota, pone la provocacion y las bravatas del lado de sus adversarios. Sabido es hasta qué punto es disputable la autoridad de Paulo Jovio. En cuanto al desafio mismo, ¿hay que darle tanta importancia, puesto que uno de nuestros campeones era piamontés, y que Bayardo, aunque presente, no fué llamado á tomar parte en el combate?

(Nota del autor.) (*)

(*) Por mucho respeto que nos merezca el autor del presente artículo, no podemos menos de decir que, como francés, no es extraño haga poco aprecio de nosotros, cuando no indica que hubo guerreros españoles en el combate caballeresco de Barletta, autorizado precisamente por el Gran Capitan Gonzalo de Córdoba. Los primeros campeones que se presentaron en la liza fueron Iñigo, Azevedo, Correa, el viejo Sagredo, el celeberrimo Diego Garcia de Paredes, y otros que, aunque menos conocidos, eran todos valientes caballeros. El famoso artillero Pedro Navarro habia recibido de Gonzalo el encargo de servir de padrino. Veamos algo de lo que sobre el valor de los españoles dice el mismo Azeglio en el cap. 48 de su *Fieramosca*: «Non ostante si riaccese la zuffa, e durò finché il sole già cadeva verso occidente, ed i Francesi bravissimamente seguitarono la loro difesa, tantochè convenne alla fine alle due parti di rimanersi: i giudici decretarono uguale l'onore della giornata, dando agli Spagnuoli vanto di più valenti, e quello di più costanti ai Francesi.»

(Nota del traductor.)

hombres mas oscuros son dignos de que se investiguen sus actos, y estos actos realzan sus menores sentimientos. ¿Cómo no admirar á esta raza enérgica que cree en las promesas de un fraile ahorcado y quemado (1) por ella, y que cree en aquellas hasta el punto de resistir á la hambre, á la peste y á la traicion? ¡Locos, si se quiere, pero locos sublimes, que bajo el reinado de la violencia han querido, con peligro de su vida, creer en la fuerza del derecho!

Y no quiere decir esto que *Nicolò dei Lapi* sea una obra perfecta. Podrianse sin duda censurar en el estilo varios giros demasiado exclusivamente piamenteses; podria uno sentir que el autor tuviese demasiada sensibilidad para conmoverse fácilmente, y señalar en fin, cierta vulgaridad en las combinaciones de la intriga y en la mayor parte de los caractéres; pero podria tacharse sobre todo á M. d' Azeglio de no haber permanecido bastante fiel á su programa, y de haber entrado con suma frecuencia en el detalle de los hechos históricos. Despues de Nardi, y sobre todo despues de Varchi, ¿qué necesidad habia de contar diversos episodios del sitio ó batalla de Gavinana? De estos acontecimientos lamentables, no deberia verse en la novela sino la influencia que han ejercido sobre los destinos de los principales personajes: el lector deseoso de conocerlos mejor recurriria entonces á la historia; ademas, se podian reunir en un apéndice los textos importantes de los cronistas. De esta manera al menos, la grandeza del hecho y sus consecuencias politicas no harian olvidar las consecuencias privadas, y la novela no dejaria de ganar en ello.

Tambien era de desear ver en el desarrollo de las pasiones algo de nuevo y original; pero de las dos hijas de Nicolò, la una tiene demasiada abnegacion para estar muy seriamente enamorada; al paso que nos repugna el amor que la otra tiene á un traidor. La atencion gusta fijarse mas sobre Nicolò de los Lapi. Este carácter está bien concebido, y desarrollado con talento. Nicolò es un anciano de ochenta y nueve años, amigo en otro tiempo de Gerónimo de Savonarola, hoy inalterable partidario y propagador celoso de sus ideas. En esta alma fuertemente templada, el patriotismo no ahoga los demas sentimientos, pero los domina; y ¿qué cosa mas natural en el momento en que la patria corre los ma-

(1) Fr. Gerónimo de Savonarola, dominicano, prior del convento de San Marcos de Florencia, célebre predicador, adversario violento de la casa de Médicis y de la corrompida corte del papa Alejandro VI, mirado como santo y profeta, fué quemado despues de ahorcado en la plaza pública de Florencia el 23 de mayo de 1498, por orden del antedicho papa.

(Nota del traductor.)

yores peligros? Nicolò, casi siempre en escena, hace olvidar la insuficiencia de los otros personajes; interesa y conmueve siempre, aun cuando sus sentimientos, como los del viejo Horacio, sean demasiado heroicos para ser humanos. Es menester oírle reprender á su hija por haberse deshonrado no tanto por la pérdida de su virtud cuanto por la eleccion que ha hecho de un enemigo público para amante suyo. Es menester aun oírle responder con una calma estoica al nombre de cada uno de sus hijos, cuando le preguntan por ellos: ¡muerto por la patria! No sé si hay en toda la obra una escena mas noble y magestuosa que aquella en que, rodeado de toda su familia, recibe á esa hija que primero habia echado de casa, y con ella á su seductor, no porque un casamiento haya lavado la falta, sino porque este casamiento ha devuelto un ciudadano á Florencia que se halla apurada. Se dirá que son sentimientos forzados; pero no olvidemos que este anciano de costumbres antiguas habia adquirido en su intimidad con Savonarola la conviccion de que debe amarse mas á la patria que á la propia familia, y sacrificárselo todo. Pero si existe este deber, aun en circunstancias ordinarias, ¡cuán imperioso se hace al estar la patria en vísperas de sucumbir! En fin, la traicion abre al estrangero las puertas de la desventurada ciudad, y el anciano octogenario da un adios con firmeza á la casa que le habia visto nacer, en donde habia vivido, en donde contaba morir; toma con su familia entera el camino del destierro, por no permanecer una hora mas dentro de sus muros deshonrados, y á la traicion de su yerno debe el que le hundan en los calabozos, y que haga caer su cabeza el hacha del verdugo. Asi perece con Florencia este hombre, la personificacion mas pura del patriotismo, y á este noble sentimiento debe tambien el autor de *Nicolò dei Lapi* sus mas bellas inspiraciones.

Máximo d' Azeglio habia encaminado á sus límites verdaderos el género ilustrado por Manzoni. Despues de él casi no hay que indicar mas que extravíos. La escuela se continúa, pero como por tradicion, y con una marcada decadencia. Debe nombrarse, solo por recuerdo, á los escritores que la representan todavia: Canale ha publicado á *Gerolamo Adorno*; Varese, á *Folchetto Malaspina*, *Sibilla Odaleta*; Colleoni, á *Isnardo*; Cagianca, á *Giovanni Tonesio*; Rovani, á *Lamberto Malatesta*; Bresciani, al *Judio de Verona*; Travisani, á *Los Mercenarios de Monteverde*; Madama Sajani, á *Los últimos dias de los caballeros de Malta*. Todas estas obras se distinguen por algun mérito; esta por laboriosas investigaciones, aquella por cierta facilidad; pero ninguna se recomienda por su originalidad é invencion. Hubiera ya concluido con la novela

histórica, si no conviniese decir una palabra de la última obra que ha producido esta escuela, para convencernos mejor de que su gloria está toda en el pasado.

El autor de la novela de que nos queda que hablar, M. Corelli, ha buscado un modelo, y, despues de maduras reflexiones, se ha fijado en G. Rosini. Ciertas afinidades naturales le hacian casi una necesidad de esta eleccion. Ignoro si Corelli tiene tanto saber como Rosini, pero á ciencia cierta tiene mas imaginacion que él. Nada diré de su *Oliverio Capello* que remonta al año 1846, y que no es una obra bastante distinguida para detenernos en ella. En cuanto á *Fra Girolamo Savonarola*, la última novela de Corelli, publicada en Turin en 1852, el autor tenia una ruda tarea que llenar despues de la sencilla y encantadora narracion de Burlamacchi. Esta narracion no dejaba lugar sino á la historia propiamente dicha; y Corelli, adoptando para su asunto un cuadro romancesco, daba motivo á una comparacion peligrosa entre sus invenciones y la cándida crónica de Burlamacchi. Ya no tiene hoy la credulidad sus privilegios antiguos; y si todavia la queremos en los monumentos del pasado, nos reimos de ella en nuestros contemporáneos. Corelli ha sucumbido, pero, en vez de narrar simplemente, ¿por qué siempre ese lujo de una erudicion fácil, y esas descripciones de lugares que estarian mejor en un diccionario de geografia ó en una guia de viajeros? ¿Por qué remontarse hasta la conjuracion de los Pazzi y parafrasear los historiadores, despojándolos de todo su interés, de todo su brillo? Glosa de Nardi y de los demas analistas florentinos, ó reminiscencia mal disfrazada de un drama de Revere (*I Piagnoni e gli Arrabbiati*), el libro de Corelli no es ni una historia ni una novela; es una série de escenas sin enlace, una galeria de personajes monótonos todos parecidos; y que el autor, sin andarse en escrúpulos, atribuye á sus antecesores. Su Lora, ¿no es una pálida y desgraciada copia de la Selvaggia de M. d'Azeglio? Savonarola al menos está estudiado concienzudamente, pero la ejecucion es débil; y encuentro mejor al atrevido predicador en las páginas sencillas y parciales de sus discipulos inmediatos.

Vemos pues, que la novela histórica en Italia, separada de su poética natural y primitiva, casi nada tiene de novela; nada debe al arte, es una crónica de segunda ó tercera mano, esceptuando el encanto que presta la sencillez á las antiguas relaciones. Hoy, pues, es esta una forma manoseada. Manzoni habia dado un modelo casi completo; cada cual al punto tuvo á honor marchar sobre sus huellas; y todos, como si se hubiesen convenido de antemano, se mostraron infieles á lo que tiene su

método de mas esencial, de mas verdadero, de mas delicado, de mas sublime. Manzoni toma la historia no como un tema, sino como el lazo de los personajes que quiere poner en movimiento; inventa una fábula, puebla la escena de seres fantásticos, pero mas verdaderos, sin embargo, que muchos de los héroes tomados de las crónicas. Introduce entre ellos algun hombre ilustre, cuyo carácter y hechos describe con mucho cuidado y exactitud, lo arroja al centro de la ficcion, toma inspiraciones de los cronistas y de los historiadores para dar á cada uno el traje, las costumbres, las ideas de su tiempo, de su estado; pero se guarda muy bien de hacerlos concurrir por una imitacion poco hábil, y sabe sujetarse; la historia y el arte ganan á la vez en ellos. Sus discípulos infieles, escepto uno solo, hacen todo lo contrario: toman por asunto principal algunas circunstancias de los anales de un pueblo, por héroe algun personaje de estos anales; dan las unas á luz, ponen los otros en escena con mas ó menos detalles; disimulan cuanto pueden la pobreza de sus invenciones bajo un aparato pomposo de hechos, y alcanzan de este modo un mediano resultado, una honorifica mediocridad. Ocupados únicamente del objeto, aplauden los lectores italianos; pero nosotros que vemos las cosas á sangre fria y de mas lejos, somos forzosamente mas severos. Bajo el punto de vista del arte, la decadencia es completa. Si el mismo Manzoni se dignase entrar en la lid, temo que quedasen sin efecto sus ejemplos y sus lecciones. Bajo el punto de vista politico, la novela histórica ha contribuido al sacudimiento de 1847: esta será su gloria; pero este movimiento se ha frustrado. Para nuevos esfuerzos se necesitan nuevas armas.

II.

El doctor Guerrazzi, ¿tenia, antes de 1847, el presentimiento de la impotencia final de la novela histórica? Tentado estaba uno á creerlo viendo las modificaciones profundas hechas por él en la estética del género. Los acontecimientos marchaban á su placer demasiado lentamente, los italianos demostraban una paciencia suma, y quiso acelerar el desenlace. Para eso ¿qué habia que hacer? Puesto que la multitud de los lectores parecia no comprender la leccion encerrada en los hechos históricos que se ponian á su vista, necesario era hablar mas claramente; y este no era cosa fácil en un pais en que el poder ejerce una inquisicion

tan minuciosa sobre la palabra y el pensamiento; Guerrazzi resolvió hacer el ensayo.

Ignoro si se impuso esta tarea porque la creyó útil, ó si la creyó útil porque convenia á sus gustos ó á su temperamento; lo que hay de seguro es que, ninguno mejor que él era á propósito para desempeñarla. Naturalmente moroso y declamador exacerbado por las desgracias públicas en medio de su propia fortuna, y á pesar de la posicion brillante que habia adquirido como letrado, no tenia esfuerzo que hacer para gemir y maldecir; bastábale decir en voz alta lo que pensaba callando desde mucho tiempo. De ésta manera se constituyó el cantor de la desesperacion. Para el doctor Guerrazzi, Dios es el gran destructor, las mugeres ocultan un alma pérfida bajo rostros seductores; en la vida, no hay mas que miseria y crimen; entre los hombres, nada mas que víctimas y perseguidores; todavia se hallan mil verdugos para un mártir. La lira de Guerrazzi tiene una cuerda sola, y desde luego se ve, que aunque pueda resonar en su hora con algun vigor, un canto tan monótono fatiga á la larga. En él es este un vicio orgánico ó por lo menos un mal sin remedio mientras Italia no sea independiente y libre. Y aun está la maldicion de tal manera en el giro de su espíritu, que si sus ideas triunfasen, se le veria casi al dia siguiente en las filas de la oposicion.

Éra necesario un testo á las declamaciones; ¿en dónde hallarle mas abundante y mas variado que en la historia? Habia, pues, lugar á no salir enteramente del cuadro que por otra parte consagraba la autoridad de un talento feliz, y Guerrazzi comprendió que no podia hacer mejor que encerrar en él sus liricos arranques. Una vez adoptado este sistema, y cualesquiera que sean sus inconvenientes, es justo reconocer que con un escrúpulo raro en Francia, el novelista se abstiene de desnaturalizar los hechos históricos: son en sus libros tales cuales están en los cronistas, por lo menos en cuanto á su sustancia. Si carece de color, hay que atribuirlo, no á la voluntad, sino al ánimo de Guerrazzi. Para reproducir fielmente la historia, hubiera convenido ser menos personal, saber identificarse con los hombres, comprender sus pasiones, sus costumbres y su tiempo, y no rebujarlos todos en una librea y darles á todos sus ideas, sus sentimientos, y hasta su lenguaje.

No obstante este vicio capital, que hace de la novela histórica el mas falso de todos los géneros, Guerrazzi ha obtenido en Italia un gran resultado, que creo es necesario atribuir principalmente á dos causas. Desde luego bajo sus verbosas é hinchadas amplificaciones, hay un talento real de exposicion y de narracion, una verdadera poesia, un co-

lorido digno de revestir un pensamiento mas nutrido. En seguida la lengua de que se sirve el autor no está estropeada por los idiotismos lombardos ó piamonteses, de que no saben abstenerse Manzoni y Máximo d'Azeglio: es ese puro toscano, ese ideal de la lengua italiana que la academia de la Crusca conserva con un cuidado religioso. Y no solamente habla toscano Güerrazzi, sino que lo habla y escribe mejor que nadie. Aunque sepa muy bien el francés, ha permanecido italiano, y el genio de esta gran nacion revive en sus obras con sus cualidades, pero sobre todo con sus defectos. No puede negarse que esto es una causa muy legítima de buen suceso; y si á esta ventaja se junta la naturaleza de los asuntos tratados, esa lisonja continua á las preocupaciones italianas, la vehemencia de las imprecaciones contra todas las tiranías bajo las cuales la Italia se ahoga y procura desasirse en vano, la novedad de sus ataques contra la Iglesia católica en un pais en que ésta ha reinado hasta ahora sin rival, se comprenderá no solo el triunfo, sino tambien la influencia inmensa que ha debido conquistar el doctor Güerrazzi. ¿Cómo no olvidarse de notar las numerosas imperfecciones de sus obras, cuando habia que leerlas en secreto, cuando se las saboreaba como fruto prohibido?

Sin embargo, Güerrazzi no entró en la liza completamente armado; y aunque en la obra que le dió á conocer se puedan ver ya todos sus defectos y presentir sus cualidades, seria injusto juzgar á este talento por la primera y mas imperfecta de sus producciones. Si la *Battaglia di Benevento* merece que nos detengamos, es sobre todo, como ensayo de transicion entre la escuela histórica y la que Güerrazzi pretendia crear.

La *Battaglia di Benevento* es la derrota de Manfredo por el hermano de San Luis, es la caida de los gibelinos en la Italia Meridional. Por la eleccion misma de este asunto se revela toda la inesperienza del escritor. Se sabe su objeto: combatir con los remedios mas violentos la enfermedad de languidez de que está atacada la Italia, y que los extranjeros se apresuran demasiado á declarar incurable. Pero, ¿de qué parte puede venir la alusion que se busca? ¿por qué punto puede enlazarse la conquista de Carlos de Anjou con la historia contemporánea? Para evitar toda equivocacion, Güerrazzi procura decirnos que su héroe es Manfredo, representante de la nacionalidad italiana y de la patria oprimida. Echar mano de un malvado para representar un principio tan noble, es una insigne torpeza; pero no insistamos mas. Los alemanes ¿eran, pues, menos extranjeros en Italia que los franceses? ¿tenian otro derecho con-

tra ellos que el del primer ocupante? La patria, en fin, el sentimiento nacional ¿existía en esta época, y los güelfos no podían llamarse al menos tan buenos patriotas como los gibelinos?

Poco importa la exactitud de los detalles cuando el espíritu de la historia está tan estrañamente violado. De buena gana se dispensaría al novelista el abuso de los adornos románticos, si se viese que pintaba en su relacion una verdad moral é histórica. Por desgracia hay en el escritor tanta ligereza como pretensiones. No vaya á creerse que Guerrazzi se coloca entre los novelistas: la *Battaglia di Benevento* es una historia. Si no se ha atrevido á darle este nombre, «es porque no es el libro quien constituye el título, sino el título el que hace al libro, y porque ya no sabemos lo que es la historia.» Mr. Villemain piensa al contrario, y con mucha mas razon, «que en las épocas cercanas á las grandes crisis sociales y políticas, todo el mundo tiene el sentimiento histórico.» Además de esto, Guerrazzi mismo condena sus pretensiones científicas y su capricho, imaginando una intriga amorosa que nada tiene de real, nada aun de verosímil, nada de simpática, y que nos lanza desagradablemente al mundo de la ficcion. El interés que no se puede conceder á Manfredo, no se fija tampoco en los dos príncipes jóvenes, que son los únicos personajes algo honrados de este libro; y con mas razon falta á la turba que los rodea. Ningun carácter vigoroso se destaca de él, ningun incidente dramático viene á despertar la atencion del lector, sin cesar fatigado por oscuras complicaciones.

A pesar de tan grandes defectos, han aprobado á Guerrazzi los elementos nuevos que presentaba en un género comprometido por una imitacion servil. Apasionáronse por sus trozos de melodrama y sus maldiciones patrióticas; y no cuidaron de preguntarse si estas no eran inútiles digresiones. La cuestión del arte quedó oscurecida. Habia lugar, sin embargo, á notar que las innovaciones del novelista liornés se reducian á bien poca cosa: sus antecesores veian en la historia un texto para descripciones; él la toma como un texto para declamaciones, y aun en esta parte oratoria, que constituye toda la originalidad de sus libros, no es siempre original. No es raro hallar en las páginas mas bellas de Guerrazzi reminiscencias un tanto disfrazadas de Goëthe, de Chateaubriand, y en particular del lord Byron. Yo no acuso ciertamente al novelista italiano de haber querido ocultarnos lo tomado de otro; estoy seguro que no tiene conciencia de ello, y que cree crear cuando no hace sino acordarse. Además, él mismo se ha caracterizado un dia con una dureza de espresiones cuya responsabilidad le pertenece. «Yo seria un hombre

eminente, decia, si tuviese un poco menos del mono y un poco mas del águila.»

L'Assedio di Firenze es muy superior á la *Battaglia di Benevento*. Güerrazzi en esta novela toca ciertamente los recuerdos mas grandes de la historia florentina. A este sublime sacrificio de un pueblo que se sepulta en la gloria, no ha faltado mas que un poeta capaz de rivalizar con Homero ó Dante. ¿Habrá quien diga por qué solo entre los historiaros ha encontrado vengadores la causa de los vencidos? En el *Assedio di Firenze* puede notarse mas de una página elocuente; pero es de sentir que para este escritor sea siempre la historia un accesorio y las declamaciones lo principal. Por fortuna la pasion política anima esas *tiradas* tan repetidas. Güerrazzi como toscano, ama y celebra á los heroicos defensores de su patria; gime por su derrota, de la cual jamás ha vuelto á levantarse Florencia; maldice á los traidores que la han vendido y á los impíos que la han comprado; á veces llega á estar realmente conmovido, y otras comunica tambien su emocion. Hay que aplaudir lo que introduce de natural al través de su hinchazon ordinaria; una cita dará mejor á conocer los defectos y las cualidades de la obra de Güerrazzi. Tomemos la introduccion de *L'Assedio di Firenze*. Este trozo contiene el pensamiento esencial del libro; él nos dará á conocer la disposicion de ánimo en que estaba el autor cuando lo compuso.

«Sola te encuentras ¡oh alma mia! no procures engañarte; levanta la voz y deja salir tus sollozos. ¡La paciencia! ¡oh! la paciencia es una cosa dura; mejor conviene al bruto que al hombre; haz un azote de esta cadena espiritual para cruzar con él el rostro de tus opresores. ¡Los poderosos de la tierra te flagelan con varas de hierro y aun con escorpiones! (1) Emplea contra ellos las varas de tu paciencia exasperada. ¡Atrévete! David triunfó con la honda, y tus enemigos no son gigantes, ó cuando mas son gigantes de locura. Si exhalas tus gemidos, no es en tí ni cólera ni cobardia: es que la desgracia va pesando cada dia mas sobre la raza mortal. Cuando el estoico levanta la cabeza y dice: «Nunca he llorado,» ha mentido. Porque no hayan corrido lágrimas de sus ojos, ¿afirmará el soberbio que no ha llorado nunca? ¿Corre menos rápida el agua hácia la mar bajo la helada superficie del rio? Todo llora aqui abajo; todos los dias vierte lágrimas la naturaleza,—el rocío de los cielos,—sobre las miserias de la creacion. Gime, gime, ¡oh alma mia! Ya no

(1) *Pater meus cecidit vos flagellis, ego autem cadam vos scorpionibus.* (Reg., l. III, cap. 12, v. 11.)

existen las musas, los genios, las hadas ni Apolo. El dolor, que, antes de ellos, inspiraba los cantos de los hombres; el dolor, que sobrevive á los sepulcros; el dolor, que abre y cierra las puertas de la vida; el dolor, que mide el tiempo,—he ahí lo eterno, he ahí la única musa del hombre!

»Mucho tiempo hace ya que he aprendido á estar en guardia contra las esperanzas humanas. Vivo en medio de los hombres, pero nada les pido; nada espero ni temo de ellos. Mortales ¿qué podriais darme? ¿Vuestro odio? ¿la prision? ¿el destierro? Todo esto ya lo he recibido de vosotros. Esto ha sido como la piedra que lanza el loco por el aire y que le cae sobre la cabeza. ¿Vuestra compasion? ¡Oh! bebed esa copa de vinagre y de hiel; yo sé sobrellevar vuestro odio, pero no vuestra compasion; guardáosla para vosotros mismos, porque como yo habeis venido al mundo, como yo vivis, y sufrireis la muerte como yo; en vosotros como en mí reinan las enfermedades del cuerpo y del espiritu, el error, el sufrimiento, la necedad, la culpa.

»Nuestro globo está poblado de una raza que por decrepitud, por embrutecimiento, por ceguedad ó por cobardia, se arrastra sin esfuerzo sobre esta morada de destierro y grita á los que la preceden: ¿A qué ir tan de prisa? La dicha está en el reposo. ¡Cómo! ¿no sabeis que vivir es correr hácia la muerte? El reposo no es la vida. Pasar de una desgracia á otra, agitarse incesantemente en la inquietud y la tristeza, castigar y ser castigado, amar, aborrecer, ser unas veces ángel, otras demonio, gusano y Dios, he aquí la vida. ¿Es ésta un bien? ¿es un mal? Preguntadlo al que pudiendo crear solamente el bien, no lo ha querido. Si la ausencia de la pasion fuese la felicidad, la tumba no tendria menos vida que el hombre. Pero la diferencia que hay entre el hombre y la piedra, os la dirá San Estéban, que murió apedreado. ¡Seres impasibles! ¡preguntad á los sacerdotes de Júpiter la suerte de Niobe! Sin embargo, guardáos bien: vuestros sacerdotes tienen el poder de trasformar los corazones en piedra; pero, lo mismo que la hidrofobia, este poder no pasa á la segunda generacion, y en el tiempo en que estamos, es menester mirar esto como un bien.

»¡Escuchen, pues, esos hombres, pero no oigan: miren, pero no vean! Aborrezco sus juicios; y aunque mi voz se haga oír cerca de sus moradas, deseo que resuene solitaria como el rugido del leon en las arenas del desierto, como el grito del águila sobre las rocas de los Alpes.»

Segun estas últimas palabras, habia fundamento para creer que Guerrazzi habla solo para sí, á fin de aliviar su corazon, que rebosa de

amargura; sin embargo, un poco mas abajo nos dice que se dirige solo á los jóvenes, «porque el tiempo le ha enseñado que los cabellos blancos no son sobre la cabeza de los ancianos una aureola de sabiduría, que cada año borra una virtud, y que mucho tiempo antes de morir el hombre no es mas que un cadáver.» Pero, ¿que dice á estos jóvenes de quienes hace su auditorio? «La fuerza no ha concluido con nadie un pacto eterno. Mientras que vuestros brazos, levantándose hácia el cielo, sientan el peso de las cadenas, no pidáis gracia.... Dios está con los fuertes. La medida de vuestra abyeccion está colmada; ya no podeis descender mas abajo; la vida consiste en el movimiento; luego volveréis á salir. Tened la cólera en el corazón, la amenaza en los lábios, la muerte en la mano, romped todos vuestros dioses; no adoreis á otro que á Sabaoth, al genio de las batallas, os volveréis á levantar. Nuestra bandera terrible á los hijos de los cimbrós flotará una vez todavía sobre las torres enemigas; la antigua tumba de Mario se abrirá y dejará ver su espectro; una vez todavía arrastraremos en el polvo hácia el campo de Marte, las coronas de los tiranos. ¿Seremos entonces felices? ¿qué importa? ¡Que vuelvan! ¡oh! ¡que vuelvan, esos días deseados, esos días de ventura para el orgullo italiano! Amor es el placer de oprimir, pero hay todavía un placer: la venganza regocija el espíritu de Dios.»

De manera que todo este desaliento no es mas que una figura de retórica, y este libro un grito de guerra. Demostrar á los italianos la virtud y el infortunio de sus antepasados, ¿no es enseñarles á elevarse á la altura de la una y á librarse del otro?

Aun hay en esta introduccion algunas páginas elocuentes. Guerrazzi nos pinta la naturaleza bella y risueña como se le presentaba en los dias de su juventud, cuando, semejante á la viagera alondra, se levantaba para recibir sobre su cabeza las primeras bendiciones de la luz y del sol. Entonces todo lo admiraba, las formas del león, las manchas del tigre, los colores de la digital, las ondulaciones del océano. Mas tarde descubre el mal y el veneno oculto bajo estos brillantes exteriores: maldice á la mar enfurecida, al sol que arroja igualmente sus rayos sobre el hierro del asesino y sobre la herida de la víctima. Huella con sus pies la cicuta que habia dado muerte á Sócrates. Si el pesimismo de Guerrazzi no tuviese otro fundamento que el que él presenta en la brillante introduccion que intento yo resumir, seria bien superficial y bien poco racional; porque para que ciertas cosas sean *bien*, es menester que otras sean *mal*. El racionio de Guerrazzi ha sido el de un espíritu llevado al último estremo: no viendo si no el mal en el orden de los he-

chos políticos, concluye preguntándose si no constituía este por todas partes el fondo de las cosas, y si no se encontraba el bien solamente en la superficie. Esta es la lógica de la pasión, y así debía ser la del autor de *L' Assedio di Firenze*.

Fácil es comprender cuán á gusto suyo debió encontrarse este genio atrabiliario en presencia de un asunto semejante. La ruina de la florentina república era mas que una catástrofe municipal: era el estertor de la libertad italiana acosada en su último asilo; era el dolor mas grande y juntamente la gloria mayor del pasado, una lección de heroísmo y una escitación á la venganza. Con todo, en vez de una obra maestra, Güerrazzi no nos ha dado sino una obra en que la brillantez del estilo no sería bastante á libertarla de sus mortales dilaciones; pero tambien es necesario reconocer que esta obra es la que ofrece la mas viva y la mas sincera espresion de su talento.

El Asedio de Florencia principia por la relacion de los últimos momentos de Maquiavelo. Este grande hombre, en su lecho de muerte, dicta á sus desconsolados amigos su testamento político, ó mas bien comienza estensamente con ellos la historia de Florencia, las agitaciones del pasado y las amenazas del porvenir. ¿Hay necesidad de decir que las últimas palabras de Maquiavelo á los hombres de corazon que rodean su tumba entreabierta son presentimientos fatídicos, ó mas bien oráculos razonados que dan la clave de todo lo que va á seguir? Y esta clave no es inútil, porque los acontecimientos van á sucederse sin transición, sin otro enlace que los que en ellos ha puesto la historia. Así es que asistimos sucesivamente á los últimos esfuerzos de la independencia en las provincias italianas, despues á no sé qué conferencia entre Carlos V y Clemente VII, que se dicen uno á otro duras verdades, cuando el autor está cansado de decirlas á entrambos; despues asistimos á los singulares pasatiempos del emperador con su astrólogo y á las fiestas que demuestran el tratado de alianza que ha concluido con la Santa Sede. Poco á poco el drama adelanta un paso. Los primeros complotes de los traidores, las últimas tentativas de los florentinos cerca del papa, compatriota suyo, para conjurar el peligro, las deliberaciones interiores de los magistrados de Florencia, los discursos patrióticos de los predicadores formados por Savonarola, son las escenas principales que constituyen lo que podría llamarse la parte segunda del poema. En fin, principian los combates, los desafíos solemnes, un tanto multiplicados, el proceso de los traidores subalternos, insuficiente para sujetar á los otros mas hábiles y mas peligrosos. Ya entonces se van estrechando

do los sucesos con estremada rapidéz, y despues de la batalla de Gavi-nana, despues de la muerte del heróico Ferruccio y de los últimos defen-sores de Florencia, sigue la relacion de los castigos terribles que la jus-ticia de Dios impuso mas tarde á casi todos los verdugos.

El peligro casi inevitable de una série tan larga de escenas, era la monotonia. Algunos episodios notables que se desprenden de ellas no atenuan sino imperfectamente este defecto. Citaremos en particular la escena entre un tráfuga florentino y dos campeones que se presentan para combatirle. Ludovico Martelli y Dante de Castiglione han enviado al campo imperial á desafiar á Bandino Bandini, florentino que ha ido á asociarse á los opresores de su patria. Bandini acepta el cartel, pero es menester encontrar un caballero que consienta en prestar al traidor el apoyo de su brazo y en medirse con Dante el patriota.

—«Ilustre príncipe, dice el tráfuga Bandini á Filiberto de Chalons, príncipe de Orange y general en jefe del ejército imperial, ruego á vuestra señoría que designe entre los caballeros nobles que os rodean al que debe asistirme.

—«Con mucho gusto, Bandini. Conde de Lodron, este lance ¿no es-cita vuestro valor? ¿No quereis añadir un nuevo hecho de armas á los que ya os honran?

«Oyese el ruido de una pesada armadura de hierro, y se ve adelan-tar á un coloso alemán. Tenia el rostro blanco como la cera, los cabellos la mitad grises y la otra mitad de un rubio flavo. Sobre su lisa frente se veía que con dificultad se fijaba un pensamiento, y que apenas nacido desaparecía; sus músculos tenian la rigidez del hierro de que estaban constantemente revestidos; el corazon era en su pecho como un ataúd de mármol: si por acaso nacia en él algun sentimiento, bien pronto era sepultado allí como un cadáver en su féretro, y sin embargo el conde de Lodron era un valiente y leal caballero.

—«Príncipe, respondió con rostro impasible, todos mis abuelos desde Varnefrido el Sajon, duermen con honor en sus sepulcros de piedra. Tal vez el moho de los siglos haya corroido su escudo guerrero, pero ni en vida ni en muerte ha empañado su brillo la vergüenza. Tengo por una infamia asociarse á la querella de un traidor, y no hay ni recompensa ni castigo que pueda hacerme combatir por él.

—«Conde, interrumpió el príncipe de Orange encendido de cólera, ¿qué significan esas palabras? ¿Luego todos los florentinos que se hallan en mi campamento deben ser mirados como traidores? Os engañais, pelean por los Médicis, que son los legítimos señores de Florencia; pe-

ro vos mismo, conde ¿no combatis para ponerlos en posesion de su antiguo dominio?

—»Yo combato por S. M. Carlos V. mi señor, replicó el conde, y llevó la mano á la frente en testimonio de respeto. En cuanto al papa y á su familia, lejos de darles mi vida, no me bajaria siquiera para levantarlos. Hasta ahora, nadie ha mirado á los Médicis como príncipes....

—»Basta, conde; elegiremos á alguno que esté mejor dispuesto.»

En vano se dirige sin embargo el príncipe de Orange á los caballeros que le rodean. Un gentil hombre italiano y un hidalgo español son consultados sucesivamente y responden como el conde aleman. Entonces se retratan vivamente las angustias de Bandini.

«En cuanto á Bandini, se hallaba agoviado bajo el peso de su ignominia; su rostro estaba pálido como la ceniza; tenia los ojos fijos en el suelo, y hubiera querido que este se hubiera abierto para tragarlo. Jamás sacerdote alguno ni ningun tirano imaginaron en su ferocidad un tormento que se acercase á lo que entonces sufría Bandini, y es bastante dicha, por que los ojos de los hombres no se levantarían ya hácia el cielo, si no estuviese habitado por un Dios terrible para el alma de los traidores.

»Habia á la sazón en el campamento un jóven hermoso y brillante, apenas de diez y ocho años de edad. Bettino Aldobrandi hubiera podido ser el orgullo y la esperanza de su patria, si la hubiese conocido; pero conducido á Roma desde su infancia, educado en la corte del papa, su corazon latia solamente por los Médicis. No menos valiente que aturdido, corria tras los combates como á una fiesta. Movidó de compasion por Bandini, no se preguntó si este hombre habia merecido su desventura, ni si era aquel el principio de la terrible pena que reserva la divina justicia á los traidores; vió á un hombre humillado, y sintió la necesidad de tenderle una mano auxiliadora. Sin embargo vacilaba por modestia. Acercóse á Bandini de puntillas, y le dijo al oido:

—»¿Me aceptaríais por vuestro compañero?

»¿Habeis leído en el Génesis la historia interesante de Agar, cuando, vencida por la sed en medio del desierto, deja á su hijo debajo de un árbol y se aleja para no verle morir? ¿Y qué de repente aparece el ángel consolador que le enseña donde hay una fuente? Pues así pareció á Bandini la generosa oferta de Aldobrandi. Miróle permaneciendo inmóvil por algun tiempo, despues le echó impetuosamente los brazos al cuello, le estrechó con fuerza, y, acercando su rostro al del jóven, ver-

tió una lágrima, la mas amarga y la mas triste que jamás hayan derramado los ojos de los mortales.

—»Si, ¡te acepto! exclamó, ¡te acepto! Pero si hubieras tardado siquiera un minuto, me hubiera atravesado el pecho. La vida no es para mí mas que un desierto, y tú eres el único que te ofreces á acompañarme en estas soledades de la infamia. Tú te has ligado á mi destino; ahora ya no es tiempo de aborrecer su horror y su fatalidad: ya no te suelto, te agarro como el demonio agarra su presa, y te rodeo con mis brazos cual una serpiente con sus ondas.

»Y Bettino, sonriéndose con una angélica dulzura, le respondió:

—»¿Por qué intentas infundirme turbacion? ¿No sabes que el que no conoce los remordimientos es inaccesible al temor?

»Y volviéndose al principe de Orange, le dijo:

—»Con permiso de vuestra señoría me uniré á este caballero para responder al desafio.....»

Cada cuál podrá notar cierta exageracion en los detalles de esta escena; pero tampoco dejará de reconocer en ella alguna grandeza. Por toda la obra se hallan esparcidas semejantes bellezas; pero lo que en ella quisiera yo ver mejor, son caractéres. Solo dos ó tres figuras se distinguen por la vida y la firmeza del dibujo. Citaremos al mendigo Pieruccio, que es el Jeremías de la ciudad asediada. En algunos de los discursos que el autor pone en boca de Pieruccio, hay el verdadero sentimiento de lo que constituia la originalidad de Florencia en el siglo XV. Ademas, en esta novela las pasiones democráticas no son un anacronismo, como sucede en la *Batalla de Benevento*. ¿Por qué no las espresa el autor con mas sencillez? ¿A qué, pues, mezclar en ellas una aspereza de genio que pertenece mas bien al novelista que á su héroe? Tengamos odios vigorosos, asi lo quiero, pero al menos que estén compensados por afectos poderosos. Para tener derecho de maldecir tan obstinadamente á los hombres y á las cosas, al presente y al pasado, convendria marchar á un objeto, y tener este objeto por el mejor de todos, ó aun por el único que sea permitido seguir al hombre honrado. Pero Guerrazzi no se atiene á esto. Despues de haber espresado amargamente su horror por la tirania, y su desden por el régimen constitucional, añade: «Quizá podrian convenir á Italia las formas americanas con las modificaciones que piden el carácter de los hombres y la naturaleza de las cosas, quizá tambien no le convendrian. El régimen federativo parece deber adaptarse en gran manera á la contrariedad de pareceres que existe entre las diversas naciones italianas; pero si las confederaciones contienen

gérmenes de discordia, perpetúan el mal. Tiempo tenemos, sin embargo, de pensar en esto. Lo que es ahora, nuestros amos no me incitan á sentarme en sus consejos ni á tomar parte en la deliberacion de sus leyes.»

Guerrazzi no ignoraba, cuando escribia estas lineas, que bien pronto estaria en el caso de pronunciarse sobre tan graves cuestiones; y fácilmente se ve que estaba preparado á la dictadura. Por cierto que á un hombre cuyas ideas son tan poco atrasadas, le sienta mal el venir á burlarse y á maldecir á aquellos que con peligro de su gloria y de sus vidas han propuesto una solucion, aun cuando se hayan engañado. Desgraciadamente Guerrazzi no perdona á nadie: reyes y ministros, nobleza y ciudadanía, instituciones y costumbres, gobiernos y religion, todo es perseguido con su áspera censura. ¿Debemos admirarnos si los principes italianos han puesto y ponen todavia tantos obstáculos á la introduccion de un libro semejante en sus estados? Solamente en Paris pudo hallar Guerrazzi un editor. Semejante hecho, digámoslo de paso, no explica suficientemente los sarcasmos y las injurias con que con tanto gusto regala á nuestro pais el escritor liornés.

Isabella Orsini, su tercera leyenda, no tiene, como cuadro histórico, la misma importancia que el *Asedio de Florencia*; pero el narrador no se entrega en ella con tanta frecuencia al mal gusto y á la ampulosidad. El asunto mismo indica mas inteligencia de las condiciones de la novela: si los personajes están todavia tomados de la historia, no figuran en ella sino por la casualidad de su nacimiento ó por alguna escena trágica de su vida privada, cuyo recuerdo se ha perpetuado. El interés en *Isabella Orsini* nace mas bien de algunas escenas interesantes, que del hábil desenvolvimiento de los caractéres. Entre los personajes que rodean á *Isabella*, y que están todos vaciados en el mismo molde, no hay verdaderamente que señalar sino la picante pero fugitiva silueta de una dama de honor, cuya obsequiosa docilidad para con su señora presta al narrador algunos agradables detalles. Descariamos encontrar con frecuencia en Guerrazzi estos análisis finamente irónicos; pero su genio no es este: solo se encuentra bien cuando puede inspirar terror ó celebrar la desesperacion, y casi no conoce otro medio para conseguirlo que el abuso de la palabra. Podria explicarse esta tendencia pesimista si las tres novelas que han dado á Guerrazzi una celebridad tan justa mas allá de los montes, fuesen posteriores á la revolucion de 1848. Cualquiera que haya sido la conducta de este abogado, de este literato arrojado por la borrasca á la cabeza de la república toscana, su castigo ha superado ciertamente á sus errores y á sus faltas. Ha visto desvanecerse su popu-

laridad en algunas horas, y caer su poder ante una simple manifestacion de la municipalidad florentina; ha pasado muchos años en una dura prision, ha sufrido las angustias de un largo proceso, y en fin, ha debido partir para un destierro provisionalmente perpétuo. Por menos seria cualquiera pesimista; pero ¿no es una enojosa disposicion de espíritu el serlo decididamente y en todo el curso de su vida?

Como estamos viendo, era imposible que la revolucion de 1848 dejase de determinar en el escritor liornés un doble aumento de amargura. La última obra de Guerrazzi ha aparecido despues de su condena, y bastaria para demostrárnoslo la exageracion que reina en ella. Sobre las orillas de Córcega, en donde al presente se halla desterrado el ex-dictador, ha escrito el *Marqués de Santa-Prassede ó la Venganza paterna*. Esta obra rara puede caracterizarse con una palabra: es un tejido de horrores. El marqués de Santa Práxedes, viudo ya y cercano á la vejez, se casa con una jóven bella, con una siciliana, que habia sido la querida de Marco Antonio Colonna, uno de los vencedores de Lepanto. Irritados de este casamiento, cuatro de los hijos del marqués asesinan á esta madrastra que deshonra su nombre, y huyen de la casa paterna. Al volver el marqués del Vaticano, en donde le detenian sus funciones de camarero del papa, no halla mas que un cadáver, y muere al momento, atacado de apoplejía, no sin haber maldecido antes á sus parricidas hijos. Esta maldicion fatal los persigue en su huida y pesa sobre sus culpables cabezas. Devorado el uno por la sed del oro, principia por entregarse á la usura, y muere despues envenenado por uno de sus hermanos, que regatea al sacerdote la misa de sus funerales y su atahud al carpintero. El mismo envenenador, apasionado por la alquimia y las ciencias ocultas, comete una multitud de asesinatos para arrancar á las entrañas sangrientas de sus víctimas el secreto de la vida, y muere bajo el hacha del verdugo. El tercero, un disoluto, un beodo, muere quemado por los licores de que abusa, de ese espantoso mal que se llama combustion espontánea. El cuarto, que llega á ser capitán de buque no puede desecher los remordimientos, quiere poner término á ellos concluyendo con la vida, y se hace matar por los turcos. En cuanto al quinto, que no habia tomado parte en el asesinato, se libra de la maldicion y sobrevive solo á todas estas catástrofes; pero el autor, que hubiera podido sacar un gran partido del contraste de un hombre de bien entre tantos malvados, mira sin duda su existencia como una escepcion, sus aventuras como una digresion, y ni aun se digna decirnos cómo vive ni cómo muere.

Por monótona, por desprovista de intriga que sea esta narracion horrible, hay que tomar en consideracion á Güerrazzi, primeramente por su insistencia laudable en escribir en una lengua y en un estilo que pueden servir de modelo en donde la hinchazon no sobrepuje; en segundo lugar, por algunas escenas hábilmente descritas, la de la combustion de Marco Massimi, el hijo tercero; por el carácter del usurero, poco original, es verdad, y demasiado recargado, pero en fin, en donde se encuentran las huellas de un estudio serio; y es menester tomarlo en consideracion, sobre todo, por la modificacion que parece haberse obrado en sus ideas sobre la moral. Hasta aqui nos habia presentado siempre al crimen triunfante, á la virtud perseguida; pero en esta obra no hay una falta que no tenga su castigo, ¿Principiaria Güerrazzi á creer que la justicia vengadora no siempre espera á la otra vida para castigar á los culpables? Por desgracia, si el asunto es honorífico, los medios empleados para conseguirlo carecen completamente de habilidad.

Lo que hemos dicho del novelista florentino hasta para demostrar que no tiene ni la flexibilidad ni la libertad de espiritu necesario para escribir una novela. Es demasiado claro que carece á la vez de imaginacion para crear y de arte para componer, segun las leyes del gusto y de la razon. Acaso la nueva obra que anuncian de él, y que dicen aparecerá dentro de poco, el *Apéndice al Juicio final*, ó *el Asno abogado*, nos manifieste una feliz trasformacion de su talento; pero mucho tememos que Güerrazzi no sea lo que ha sido hasta hoy, un declamador elocuente.

Un crítico italiano espresaba últimamente su parecer diciendo, que la escuela de Güerrazzi se concluia con él. Este parecer no era temerario, y lo creo muy cerca de realizarse. Eugenio Maestrazzi ha sido el único que ha tenido el singular capricho de imitarle, no diré en lo mas inimitable, sino seguramente en lo menos racionalmente imitable de los novelistas italianos, y el resultado de sus esfuerzos da lugar á esperar que el género declamatorio quedará siendo un accidente aislado en la literatura italiana. *La Liga lombarda* y *Juana d'Anjou*, merecen apenas mencionarse, porque Maestrazzi no ha sabido tomar del autor del *Asedio de Florencia* sino sus defectos.

III.

Acabamos de ver á la novela histórica desarrollarse en Italia bajo una doble influencia. En la escuela de Manzoni la conciliacion entre la

historia y la ficción es el objeto de esfuerzos por lo común muy poco diestros ó estériles. Para Güerrazzi, la historia llega á ser un tema de declamaciones políticas. La Italia parece haber sacado del cuadro elegido por el autor de los *Prometidos* todo cuanto podía esperar de él. ¿Por qué, pues, no se interrogaría mas de cerca? Procurar por la evocación de los recuerdos del pasado despertar el sentimiento nacional, es una tarea noble que se ha ejecutado; resta una obra mas delicada que ensayar. Los escritores de Italia apenas han estudiado la vida contemporánea. ¿Temen tocar quizá á algunos dolores demasiado agudos? ¿No hay fuera de los hechos políticos todo un dominio moral é íntimo en que pueda pretender establecerse la novela? «Para abordar la novela de costumbres, dicen los italianos, no tenemos nosotros esa vivacidad de los franceses que pica sin herir, que pone el ridículo en evidencia sin exagerarlo; y en cuanto á la novela de carácter, carecemos de un centro político para estudiar el carácter nacional en su expresión mas condensada. No conociendo la vida pública, no podríamos hacer mas que arrastrarnos servilmente bajo las huellas de los franceses.» ¡Pero qué! con un poco de estudio y de talento ¿no se llega á hacer un retrato en vez de una caricatura? ¿Hay necesidad de estar iniciado en la vida pública para describir la vida privada, para contar las escenas del hogar doméstico? El enfermo conoce su mal; no tiene razón en creerlo incurable; para curarse de él, le bastaría quererlo. Sé que esta voluntad se concilia poco con las pasiones políticas que animan al mayor número de los italianos; pero se encuentran algunos talentos mas dulces, algunos ánimos menos dispuestos á subir á la brecha, que tienen en las letras el atrevimiento de que carecen para la vida pública, y que no temen entrar en la nueva vía. Sus esfuerzos tienen para nosotros tanto mas precio cuanto que parecen un piquete ó mira plantada en el camino del porvenir. Además, emplear el arte para el arte, como se dice hoy, no es tan inútil como podría creerse. En las cosas que dirige la Providencia se alcanza tanto mejor el objeto cuanto menos se preocupa uno de él; solamente que como es menester desprenderse del mundo exterior, y arros-trar de un modo estoico los dolores mas agudos, pocos hombres en Italia son capaces de este esfuerzo á menos de no haber sido quebrantados en la lucha, ó de no ver de ella sus peripecias ni consecuencias. En todos los casos tienen admiradores, pero no discípulos; por mas armoniosos que sean sus cantos, quedan sin eco.

Esto es lo que ha sucedido á Nicolás Tommaseo. Conocido es este respetable mártir de la independencia; se sabe la mansedumbre y la

virtud de que dió pruebas durante la última insurreccion de Venecia, en donde marchó siempre al lado del heroico Manin, participando primero de sus esperanzas en la hora del combate, y despues de su firmeza en la hora de la derrota. Hoy casi ciego, olvida en el seno de su familia los amargos deberes de la vida pública, y busca en sus creencias religiosas un consuelo supremo. Sin embargo, enteramente no ha renunciado á las antiguas esperanzas: desde el fondo de su retiro, publicaba, apenas hace tres años, una obra escrita en francés bajo el título de *Rome et le Monde*. La eleccion de la lengua francesa indica bastante que Tommaseo intentaba dirigirse á toda la Europa católica. Como solucion del problema social pendiente hoy todavía, y para salvar á la religion amenazada, proponia quitar al papa todo poder temporal. Si esta proposicion es de un católico, al menos es de un católico como hay pocos.

Sin embargo, en cualidad de escritor francés no debe ocuparnos Tommaseo. Su reputacion está fundada en titulos mejores: interesantes trabajos filológicos, algunas poesias, escelentes consejos sobre la educacion, y en fin dos obras á las cuales, á falta de un nombre mas propio, convienen en darle el de *novela*. Un estilo lleno de capricho, de abandono, de dulce languidez y de gracia realzan en ellas las menores cosas; solamente que este estilo carece de naturalidad. Diríase que el autor se ha molestado mucho para atormentar su pensamiento; pero parece que tal es el giro de su espiritu; su correspondencia mas íntima no lleva menos que sus libros ese carácter de rareza y estravagancia. Los italianos tienen una palabra particular para designar este género de estilo: le llaman *sazievoli*; es decir que sacia facilmente.

Si, antes de llegar á los ensayos de los italianos en la via de la novela íntima, señalamos las dos narraciones de Tommaseo, *Il Duca d'Atene*, y *Fede e Bellezza*, no es porque podamos unir las directamente al grupo de escritos en donde comienza á reflejarse la vida contemporánea de la Italia. Lo que mas nos choca en las novelas de Tommaseo, es que la una introduce en el género de la relacion histórica una manera nueva, y que la otra parece un llamamiento dirigido á los italianos en favor de la novela de analisis. *Il Duca d'Atene* es el relato de la conjuracion patriótica que tuvo por resultado la expulsion de aquel Gualtero de Brienne que los florentinos, siempre en busca de espedientes para restablecer la paz dentro de sus muros, habian llamado tan imprudentemente. Villani y Maquiavelo habian ya escrito esta bella página de historia. Tommaseo era hombre de sobrado gusto para querer luchar

con esos grandes maestros. Lejos de semejante cosa, segun una costumbre honorifica y bastante comun en Italia, cita él mismo, como piezas justificativas, las relaciones de sus dos modelos; pero en lugar de mezclar con los acontecimientos históricos aventuras imaginarias, se limita á presentar los detalles mas dramáticos, y á prestar á los actores los discursos propios de la situacion. *El duque de Atenas*, como se ve, es mas bien una brillante amplificacion dialogada, que una novela.

En cuanto á *Fede e Bellezza* es un estudio psicológico en el género de *Werther* ó mas bien de *Jacopo Ortis*, pero con una parte mayor dada al elemento dramático. Tommaseo hace en él el retrato anónimo de dos personas queridas y que han gozado de cierta celebridad; esto manifiesta por qué no se ha reimpreso este brillante estudio, despues de tantos años: si no estamos mal informados, es porque no ha querido el autor. Sin esto dificilmente se explicaria que los editores no se hubiesen engolosinado por el éxito de la primera edicion. En esta obra mejor que en otra ninguna, Tommaseo no marcha sino por vivos y caprichosos arranques; talento esencialmente personal y lirico, es incapaz de seguir una idea ó un plan con el rigor del lógico. Esta es una disposicion de espiritu poco favorable á la novela; y por lo mismo *Fede e Bellezza* casi no es susceptible de análisis. Yo compararia esta obra al agradable volumen intitulado *Desiderii sull'educazione*, en que Tommaseo pasa incesantemente de un objeto á otro, de la disertacion á una narracion cuyo fin algunas veces deja mas bien adivinar que contarlo. No es el espiritu, ni la elegancia, ni el sentimiento lo que falta á Tommaseo, es la fuerza y el nervio; es sobre todo la voluntad tan necesaria para no dejarse apartar del objeto por los accidentes y las curiosidades del camino. El autor de *Fede e Bellezza* es un moralista, un meditador espiritual mas bien que un novelista.

Todo lo contrario puede decirse de Julio Cárcano. Hombre de imaginacion, poeta no menos en su prosa que en sus versos, Cárcano es el primero, el único que haya obtenido en Italia un triunfo tan grande y legitimo en el género casi inexplorado de la novela doméstica. Dos obras, *Damiano* y *Angiola-Maria*, han fundado su reputacion. No hablaré de la primera. El autor intenta presentar en ella la lucha valerosa pero impotente del hombre contra las dificultades sociales con qué tropieza incesantemente: la intencion de despertar de este modo la actividad, y la voluntad humana que protesta noblemente y sin desesperacion contra la derrota, es honorifica; pero su desempeño es demasiado insuficiente. Me atendré á *Angiola-Maria*, que es el mejor trabajo de alguna estension que ha publicado Cárcano, y que al presente es un

modelo del género íntimo en Italia, como *I Promessi* lo son del género histórico. Ocioso es decir que, por estimable que sea esta novela, no puede sostener la comparacion sobre ningun punto con la de Manzoni; y que solo debe al acaso y á las circunstancias de que he hablado el honor de ser señalada como modelo. Para probarlo, bastará indicar las objeciones á que da origen este libro; pero antes de espresar nuestros escrúpulos, es justo que digamos cuales son las cualidades que hacen de *Angiola-Maria* una de las mejores novelas de la Italia contemporánea. El sentimiento verdadero de las bellezas de la naturaleza transalpina, la emocion, lo patético obtenido por los medios mas sencillos, y aun los mas vulgares, un cierto conocimiento de la realidad, bastante raro en este pais, véase aqui en lo que sobresale Julio Cárcano, y en lo que me parece merecer que se salude su advenimiento.

Cuando se leen las obras de imaginacion de los italianos, hay que adoptar una resolucion; ninguno de ellos, exceptuando siempre á Manzoni, duda de los recursos que pueden hallarse en la invencion. Entre nosotros, un novelista procura agradar por el desenvolvimiento del asunto, por el movimiento y lo imprevisto; en Italia, se pide únicamente á la forma el éxito. Una obra superior debe reunir indudablemente estos dos méritos; pero ¿no es justo reconocer, considerando todo, que el pueblo que se apasiona por las bellezas de la forma ha nacido mejor para el arte que aquel cuya atencion toda se dirige á las combinaciones, tanto mas aplaudidas cuanto son menos naturales? Los italianos se encaminan á esto simplemente; toman las circunstancias mas ordinarias de la vida, y procuran interesar en ellas á sus lectores. El problema es difícil, pero está resuelto en parte cuando, sin expedientes romancescos, y sin caracteres se llega, como Cárcano, á hacer llorar por la suerte de una jóven aldeana, y á excitar en el alma dulces emociones.

Nada mas sencillo que esta historia: *Angiola-Maria* acaba de perder á su padre. Su hermano Carlos, vicario de una parroquia bastante lejana, que ha acudido á tributar á aquel los últimos deberes, hace conocimiento con un jóven inglés, Arnoldo Leslie, cuya familia pasa en la casa concejal de la aldea, habitada por ella, la estacion del verano. Arnoldo se enamora de la encantadora lugareña. Bien pronto sus hermanas se hacen amigas de Angiola, y luego que viene el invierno, la conducen á Milan, con el consentimiento de su madre, de quien se separan con pesar. Allí, en una intimidad diaria, se atreve Arnoldo á hablarla de sus sentimientos. Angiola-Maria, aunque guarda silencio, se cree

ya culpable por haber respondido en el secreto de su corazón. Escribe al vicario, quien acude al punto; la arranca del peligro y la conduce á una casa segura, pero de gente pobre. Desde este momento y como para recompensarla de su virtud, la desgracia abruma á la jóven. Encarcelado por un supuesto delito político, el vicario muere en un calabozo; su madre le sigue al sepulcro poco despues; y Angiola, para no continuar siendo gravosa á una gente estraña, se pone á servir. En todas las casas en que se acomoda, su belleza la espone á indignos insultos; y se ve obligada á volver á la aldea. Arnolde arrostra entonces la maldicion paterna para ir á buscarla y á casarse con ella; pero la desgraciada rechaza con valor una union concluida bajo auspicios tan poco favorables, y ademas es acometida de una enfermedad de pesar que la consume y se la lleva en dos estaciones.

Ya puede verse que nada hay mas complicado que esta historia. Sin embargo se pueden poner contra algunos detalles, aun en el punto de vista de la verosimilitud, muchas objeciones graves. Sin espresar aqui el sentimiento de que la escena se coloque en Italia, para poblarla de ingleses, preguntaré al menos cómo una pobre viuda, privada de su hijo, puede consentir, por no sé qué humillo de vanidad ó interés hipotético, en separarse de su hija y en dejarla en una casa en donde hay un jóven. Aun en el punto de vista de la verosimilitud, casi no se puede aceptar la resolución de Angiola cuando la muerte de su madre la ha dejado sola en el mundo. ¿Por qué se dirige ella primero á una tienda de modista, despues al servicio de un viejo libertino, mas bien que volver al pais, á aquella casa, desierta es verdad, pero que todavia le pertenece, en donde puede vivir de su módica renta, y en donde estaria rodeada de amigos que la conocian desde su infancia, y que respetarian su juventud, su pureza y su desgracia? Despues que su historiador la ha paseado bastante por Milan de miseria en miseria, la hace tomar en fin este último partido, el único racional, y que no tenia otro inconveniente que el que ponía fin demasiado pronto á su narracion.

Tal vez séamos severos con un libro que no se lee sin placer; pero Cárcano es un escritor sério y de bastante talento para que deje de decirsele la verdad sobre los defectos de sus obras. En cuanto á los méritos que señalan á *Angiola-Maria* un rango distinguido en la literatura contemporánea, algunos, los de la forma, de la lengua y del estilo son apreciables difícilmente para nosotros. ¿Cómo hacer sentir ese dulce abandono, y esa graciosa y espiritual familiaridad del lenguaje que está tan lejos de lo que nos permite el genio de la lengua francesa?

Voltaire se quejaba vivamente de esta sujecion que nos impone una necesidad exagerada de nobleza en el estilo, y todo hombre de gusto será de su parecer, especialmente cuando vea á los pueblos estrangeros gozar de esa libertad preciosa de decir simplemente las cosas mas sencillas. Bajo este punto ninguna lengua es mas estensa que la italiana, y ningun escritor entre los mejores de aquella nacion, usa con mas medida y exactitud de esta liberalidad que Julio Cárcano.

Si dejamos á un lado esta ventaja, á la cual no podemos oponer mas que una estéril envidia, lo que especialmente nos agrada, y lo que buscamos en una novela italiana es todo lo que nos haga conocer la Italia, sus costumbres, y las bellezas incomparables de su rica naturaleza. Cárcano se ha limitado en *Angiola-Maria* mas bien á describir los sentimientos del corazon humano que las costumbres mas particulares y mas originales de su pais. No obstante, algunos parages de su libro indican un verdadero talento de observacion. Desearia que la traduccion no perjudicase demasiado á la escena siguiente, tan agradable en el original.

«¿Quién de nosotros en los hermosos dias del otoño, en el campo, no ha tomado asiento mas de una vez en medio de la brillante compañía colocada en circulo en la tienda del boticario? ¿A quién no le ha tocado hallarse entre los concurrentes á esta oficina, que es el centro, el corazon del lugar, por ociosidad ó costumbre, ó casualmente paseándose? ¿Quién no se ha sentado al lado de esas pobres gentes que discurren sobre cosas grandes, y no ha sufrido un tiroteo de chistes rancios y sin gracia, de noticias políticas añejas, de anécdotas de la ciudad, siempre las mismas, alimento cotidiano de chismes y de intriguillas despreciables?

»La tienda del boticario es la cámara legislativa, la academia, el club, el café, la corte enciclopédica del pais. No hay cuestion de estado ó de conflicto ministerial en ninguno de los cinco grandes gabinetes europeos, y aun hasta en el divan del Gran señor, cuyos motivos no sean atacados, combatidos, defendidos, pesados y decididos en la rebotica de un farmacéutico de lugar. No hay cuestion de paz ó guerra, de despacho telegráfico, de ley nueva tocante al estado ó al concejo mas pequeño, que allí no se lea, medite y comente de una manera que avergonzaria á todos los pares y á todos los diputados de Francia y de Inglaterra; y esto bajo la fé de un solo testimonio irrecusable, timbrado, bajo la fé de una miserable gaceta de provincia, que esperada con una ardiente curiosidad, llega fresquita al lugar, cuando mas, cinco ó seis dias despues de su fecha.

»Las notabilidades de... estaban en la *Oficina químico-farmacéutica de Samuel D...* En estos términos inesplicables y sorprendentes para aquellos buenos campesinos estaba escrita la muestra colocada encima de la puerta de la botica. Los parroquianos eran el señor cura, el síndico del lugar, un señor viejo que se contaba entre las personas notables del distrito, el médico, y un grueso propietario. La reunion estaba reducida una tarde á los tres primeros. El viejo señor era uno de esos nababes de pie pequeño que habitan á las orillas del lago, uno de esos hombres que habiendo partido en su juventud con el palo y el cajon de buhonero á la espalda, viajan por Francia é Inglaterra, y que despues de haber hecho una modesta fortuna, vuelven á la cabaña en donde han nacido, la hacen levantar un piso, la revocan de amarillo de arriba abajo; despues pasan alli en el seno del reposo el resto de sus dias, haciéndose llamar *señores*, y siempre dispuestos á contar las maravillas de que han sido autores ó testigos.

»El cura rayaba en los sesenta; tenia el aire autoritativo, y el cuerpo obeso; era un viejo bonachon que parecia hecho para vivir tranquilamente sus cien años; era de costumbres fáciles, con tal que no hubiese cogido ni reuma ni resfriado al dar su paseo por la ribera, con tal que una digestion dificil, despues de una comida de etiqueta en casa de alguno de los señores que pasaban la estacion del verano en el pais, no le hubiese trastornado la cabeza; y es justo decir que estos accidentes no dejaban de suceder. Segun su costumbre, el cura se arrellanaba en una gran poltrona que el señor Samuel habia puesto en el rincon mas abrigado, esclusivamente para el reverendo personage. Alli, á la luz de una mala bugía, leia la gaceta que acababa de llegar. Las tres personas que le rodeaban prestaban oidos á aquella lectura como las gentes sencillas de la antigüedad á las palabras del oráculo. Solamente el señor Gaspar (que asi se llamaba el viejo hidalgo pelon) meneaba la cabeza de cuando en cuando para manifestar su disentiimiento, ó se sonreia de una manera particular. El farmacéutico y el síndico escuchaban con la boca abierta las noticias políticas, que el cura entremezclaba con gusto al leerlas, con glosas y comentarios, como puede creerse.

»*Se asegura que va á mudarse el ministerio inglés.*—¡Ya habia dicho yo que esto debia concluir asi! Esto no podia durar. Esos señores de las cámaras jamás han podido ponerse de acuerdo con los ministros. ¡Chistosa cosa en verdad querer gobernar y no saber entenderse para hacer las leyes!

—»Alli sucede como en nuestras reuniones, en donde cada uno

quiere decir lo que le pasa por la cabeza, repuso el sindico....

—»*La compañía de las Indias Orientales ha tenido en la última semana una sesión, á la cual han asistido....* Paso este párrafo y todos estos nombres diabolicos; esto no tiene importancia ninguna.

—»Pero al menos decidme, exclamó el farmacéutico, ¿qué compañía es esa de la que con tanta frecuencia se habla en los diarios?

—»Debe ser, respondió el cura, una sociedad de sabios, de filósofos, de literatos que han enviado hace mucho tiempo á las Indias personas encargadas de descubrir allí antigüedades; pero ignoro con qué interés.

—»Os engañais, señor cura, interrumpió el señor Gaspar con una sonrisa burlona. La compañía de las Indias es una sociedad de negociantes, de ricachones que no saben lo que tienen. De otra cosa se trata que de sabios y literatos.

—»¡Oh! por el pronto no me dejo atrapar, dijo el cura, picado vivamente de aquella nueva interrupcion. Bien veo yo que os burlais. ¿Qué quereis que vayan á hacer unos negociantes en aquel pais de barbarie y de miseria? Pero si no se tratase mas que del gasto del viage.... Y despues, ya ve vd., con esas lindas maneras de empalar á las gentes y de quemarlas vivas!.... Algo de esto saben esos pobres misioneros que van á llevar la palabra de vida á aquellos diablos encarnados de indios. ¡Negociantes, ya, ya!

—»Pues señor cura, ya sabe vd. bien que yo he visto á Inglaterra. Yo la he recorrido á lo ancho y á lo largo; y de esos Cresos que hablan de millones como nosotros de escudos, he visto y conocido algunos como os conozco yo. Debeis creerme, á mi que he visto tantos paises, que apenas recuerdo sus nombres.

—»Entonces hay otra compañía; pero en cuanto á esta....

—»¡Pues bien! querido cura, esta vez....

—»Os sostengo que no es una compañía de mercaderes....

—»¿Si será quizá una compañía de comediantes? dijo el sindico, que queria conciliar los pareceres de ambos adversarios.

—»¡Silencio!—Aquí el pobre cura, que en toda su vida no habia perdido nunca de vista su campanario, se acaloró, y mirando fijamente á su contradictor, le dijo:—Me parece que he leído bastantes buenos libros, y que esto vale tanto como haber viajado, porque los que escriben tienen siempre razon, y saben en esa materia mucho mas que vos y yo. De manera, mi querido señor Gaspar, podria suceder que yo tuviese razon y que no la tuvieseis vos.

—»Calmaos, señor cura, y permitid que....

—»¡Pataratas! prosiguió éste tirando el periódico sobre la mesa lleno de cólera. Siempre estais contra mí; hace mucho tiempo que lo he notado....

»Mientras que el cura hablaba, el boticario y el síndico se veían apurados para hacer que se mantuviese en su sillón; ya trataba de levantarse con desden; habia tomado su bastón y su sombrero, y se disponia á marchar. No fué pequeña faena el impedirselo; murmuraba diciendo que era ya muy tarde, que tenia otras cosas en la cabeza que no todas esas miserias; y sacando del bolsillo su abultado reloj de plata, contaba con cuidado las horas y los minutos. Por su parte el señor Gaspar, que al menos por esta vez estaba seguro de tener razón, habia retirado atrás su silla, y vuelto de espaldas al cura, decia entre dientes: ¡Vaya un ignorante obstinado! Indudablemente hoy ha hecho mal la digestion.—Acaso las cosas no se hubieran quedado aquí, si el médico del lugar no hubiese entrado con aire afanoso en la oficina, como aquel que tiene algo nuevo que contar. La curiosidad hizo mas en un instante para la reconciliación que todos los esfuerzos del señor Samuel. El cura soltó su bastón y su sombrero; el señor Gaspar acercó su silla, y tácitamente se concluyó una tregua hasta la llegada de la próxima gaceta, ó hasta la próxima digestion laboriosa.»

Este último rasgo de costumbres es la coronación natural de la escena picante y verdadera que acaba de leerse. Acaso se dirá que son caracteres demasiado generales, y que es permitido ver bajo los rasgos del señor Gaspar ó del cura mas de un cacique, mas de uno de esos curas ecónomos de nuestros lugares franceses. Convenidos; pero en donde se reconoce el estudio verdadero de las costumbres italianas, es en el esceso mismo de esta ignorancia, poco verosímil en general en nuestro país. Desgraciadamente es demasiado cierto que tales son en los campos de la Lombardía, y aun en otros puntos de Italia, los representantes de la ciencia, de la inteligencia, y de las clases ilustradas: Julio Cárcano no ha hecho su caricatura, sino su retrato.

Cuando Cárcano describe la naturaleza italiana, no está menos inspirado que cuando pone en escena á sus compatriotas. Los novelistas lombardos sobresalen en general en la descripción de las bellezas de la naturaleza en su maravilloso país. En las líneas siguientes ¿no se conoce que Cárcano escribe sin preparación y casi sin reflexión?

«El que vea la aurora de un día de primavera en nuestra Italia, bajo este cielo sereno y trasparente de la Lombardia, y no sienta ensancharse libremente su corazón, y alzarse su pecho ligero y sereno respi-

rando este aire que le alimenta y que conoce le pertenece, este no tendrá nunca ese sentido divino que Dante llama con tanta verdad y profundidad *la inteligencia del amor*. Este sentimiento tan puro, no es alegría, no es admiración ni aun éstasis: es un amor profundo de las bellezas de la naturaleza, es la verdadera poesía. Si habeis contemplado algunas veces una de esas auroras en las venturosas orillas del lago de Como, decidme ¿no habeis pensado, casi sin quererlo, que la vida no puede ser mas dichosa, los años mas lentos y mas ligeros, y el corazón mas justo y mas apacible? ¿No habeis entonces pedido á Dios que haga mejores á los hijos de este dulce pais al cual ha prodigado las bellezas y las bendiciones de la naturaleza? Si no lo habeis hecho, lo he hecho yo por vos. Era una mañana: el día se anunciaba lleno de encanto; apenas principiaba la primavera; la pureza del aire y el esplendor del cielo, la armonía de la vida y de la naturaleza, todo resplandecía en una belleza misteriosa. Este es el tiempo dichoso en que el poeta sueña en la juventud del mundo, en los días de la creación, cuando el cielo y la tierra llevaban acaso el mismo nombre; este es el tiempo feliz que renueva esos milagros de la producción, que son una revelación para el sábio, devuelven al rico su agotada salud, y hacen al pobre la promesa de una pingüe cosecha. Entonces especialmente es cuando sentimos la necesidad de amar á nuestros hermanos, de amar á la tierra en que nacimos, los lugares en que nuestro corazón ha aprendido tantos nombres queridos, en donde tuvo tantos bellos ensueños de inocencia y de amor, en donde hemos conocido el dolor, y en donde hemos llorado por la vez primera!

»¡Oh patria mia!—He ahí ese sol que, en la plenitud de su luz hermosa, lleno el cielo de alegría, derrama la fecundidad en los campos, la tranquilidad en la vida y el amor en todas las almas! He ahí esas llanuras sin fin en donde la vista se pierde, esos lagos que reflejan la serenidad de los cielos, esos ríos magestuosos, esas corrientes irrigadoras; he ahí las campiñas de verdes moreras, de mieses florecientes, las risueñas colinas, las montañas cubiertas de viñedos, de pastos, de cabañas y de aldeas! Aquí los cielos son hermosos, la tierra es bella, los hombres muchos, las mugeres lindas. Este es el pais de nuestros padres, de nuestra religión y del pequeño número de recuerdos sagrados que nos quedan.

»Era un domingo. A la orilla y sobre las laderas de las montañas que coronan las tranquilas aguas del lago de Como, se oían por intervalos las campanas numerosas de las parroquias resonar en los aires y

reunir sus bulliciosos acordes. La mayor belleza de esta escena, cual es la risueña perspectiva de tantos pueblos que el sol ilumina y que se reflejan en el lago, esa mezcla de luz y de colores, esas tintas indefinidas de sombras y vapores, todas estas maravillas desafían al pincel y hacen impotente la palabra. Sin embargo, no hay mas que pobres cabañas esparcidas acá y allá sobre la cima de un collado, sobre la pendiente de la montaña, ó bañadas por las orillas del lago; apenas se destacan algunas por su blancura resplandeciente, por la viña verdegueante que las rodea, y el caprichoso follaje del árbol secular que las protege. Y no obstante, basta esto para regocijar la vista y el corazón; basta haberlo visto una vez para no olvidarlo ya. Por todas partes, pueblos y aldeas encantadoras se estienden á la ribera del lago, de donde parece que salen por encanto para rivalizar en bellezas pintorescas. Sobre cada orilla, sobre cada colina, detienen nuestras miradas nobles y vastos palacios, á donde se sube por escalinatas suntuosas; quintas pequeñas aisladas y elegantes se alzan al pie de la montaña ó sobre el declive de una colina, rodeadas de jardines floridos, adornadas de plantas raras y abrigadas de arboledas; mas arriba se ve la cabaña del campesino y su pequeño y pobre pegujar. Muy luego se hace mas rápida la pendiente y solo dominan los matorrales; y mas arriba todavía, no se ven sino anchas fajas de tierra de un gris pizarroso, una vegetación rara, y riachuelos que serpentean y descienden hácia la llanura....

«Un hermoso promontorio coronado por algunos grupos de pinos, presenta á nuestra presencia el paisaje mas encantador, panorama pintoresco de casas modestas y tranquilas, de viñedos y de jardines; retiro que seduce y atrae al que se halla fatigado de las cosas de este mundo. Y por detrás de estas aguas, de estas sombrías arboledas, de estas habitaciones silenciosas, se ven otras montañas, y por detrás aun otras cimas, los Alpes, despues el brillante horizonte, el sol que derrama á torrentes su esplendorosa luz sobre la superficie agitada del lago, y que reina en medio del cielo con toda su magestad, como la mirada de Dios que se dirige hácia la tierra para llamarla á la vida.»

En este gracioso cuadro, mejor que el indicio de un talento descriptivo, hay un sentimiento vivo y original de lo que constituye la belleza del paisaje lombardo. Sin embargo, por agradable que sea la narración en donde se hallan tales páginas, prefiero todavía á *Angiola-Maria*, una pequeña novela, una leyenda de costumbres aldeanas,—*La Nunziata*,—encerrada por Cárcano en menos de cien páginas. El embarazo evidente que tienen los italianos para crear caracteres ó imaginar un

imbroglio romanesco de alguna estension, los lleva á sobresalir mejor en la leyenda que en la novela. Aun en este género, despues de la poesia, es en donde han obtenido el éxito mas brillante, antiguo y legítimo. En él, el cuadro es menos vasto y menos difícil de llenar; en vez de una pintura de contornos determinados, puede uno contentarse con un bosquejo; y se acepta del autor una intencion ligeramente indicada, como si la ejecucion correspondiese á ella.

La idea esencial de *La Nunziata* es una sencilla pero elocuente protesta contra esa aglomeracion horrible de muchachos y muchachas en las fábricas, contra el embrutecimiento prematuro y la promiscuidad que son su consecuencia. Esta moral de la narracion está espuesta de una manera picante en una conversacion de café entre las personas notables de aquel punto. Nada es mas digno de interés que esta jóven casi maldita por su padre, arrojada de la casa como boca inútil, y ganando un pan amargo á espensas de su salud en la fábrica; nada mas templado y mas casto que la relacion de los asaltos que sostiene su virtud, nada mas lastimero que su resignacion, sus presentimientos y su muerte. Tambien aqui volvemos á encontrar las cualidades de Cárcano, lo patético y la mesura en la espresion; y no tenemos que censurarle ninguno de los defectos que deslucen á *Angiola-Maria*.

Este gracioso talento pudiera considerarse como gefe de escuela, si hubiese tenido imitadores. Casi no le conozco otro que Caccianiga; pero este jóven autor parece haberse formado mas bien en la escuela de los novelistas franceses. En 1848, cuando Milan se creia libre porque habia cerrado sus puertas á los austriacos y que ya no los veia, Caccianiga redactaba alli con talento y buen éxito *El Espiritu Foletto*, diario del género del *Charivari*. Algunos chistes inocentes le obligaron, en el dia de la derrota, á tomar el camino del destierro. En París, su viva inteligencia se ha penetrado facilmente de las cualidades mas pronunciadas del genio francés; y cuando ha vuelto á coger la pluma, el jóven periodista estaba ya demasiado naturalizado entre nosotros para encontrarse esclusivamente italiano. Este sin duda es un inconveniente, pero no ha quedado sin compensacion: Caccianiga evidentemente ha ganado mucho con ser proscrito. La emigracion politica no es un propagador menos poderoso de la civilizacion que la telegrafia eléctrica ó los caminos de hierro; que haya algunos destierros todavia, y los Alpes caerán á su vez como en otro tiempo los Pirineos, pero para no volver á levantarse mas.

El Proscrito, escenas de la vida contemporánea, es el titulo de una

novela en que Caccianiga sostiene esta proposicion poco disputable, que el destierro es una fuente de desgracias; pero para salir de lo comun, el autor toma por héroe á uno de esos jóvenes patricios que de ordinario se creen por todas partes que están en su pais, porque el oro les abre todas las puertas. Si á pesar de los goces de la fortuna, la proscricion destruye bien pronto la felicidad, es claro que la tesis de Caccianiga, ya mas original, será tanto mas concluyente.

Desde luego tocamos aqui en el escollo principal de un asunto semejante; y es que en vez de escribir sobre lo que conoce demasiado, sobre la Italia y las costumbres de su pais, Caccianiga se ve fatalmente conducido á colocar la escena, al menos para una parte de su novela, sobre la tierra de destierro, en medio de París, en que hace muy poco que habita, antes de que una amnistia honorifica lo hubiese llamado á sus hogares. Pero cinco años de permanencia no han podido enseñarle tanto en París, como veinte y cinco en Italia: ademas, tiene el alma sumamente honrada para penetrar á fondo ciertos misterios de la vida parisiense; y las aventuras vulgares que ocupan la segunda parte de su novela, no tienen interés para el público italiano ni para el público francés. Por fortuna la parte primera de la novela nos indemniza de la segunda. Allí al menos la escena es en Italia, ya en las seductoras orillas del lago de Como, ya en Milan, en medio de los ruidos precursores y aun del tumulto de la revolucion. Allí el futuro proscrito ama á una joven encantadora, forma parte de las sociedades mas inofensivas, echa brindis imprudentes á la independendencia, gime en esa prision de Santa-Margarita, ilustrada por Pellico, oye desde el fondo de su calabozo el tiroteo victorioso del pueblo, combate hasta lo último por su patria, y no se destierra sino en el momento en que le amenaza una nueva cautividad, y quizá la muerte.

Todas estas escenas y otras aun, las cuenta Caccianiga con entusiasmo, con mucho talento y atractivo, con una viveza mas bien francesa que italiana. Su estilo tiene esos rasgos, ese mordiente, esos giros netos y decididos que tan raramente se hallan del lado allá de los Alpes, y que casi únicamente posee Manzoni sin dejar de ser italiano. Por un privilegio notable, esta impetuosidad de espíritu no excluye la discrecion y la moderacion mas severa. Caccianiga ha sabido encerrar su narracion, por elástico que fuese el asunto de ella, en un pequeño volúmen, y evitar las alusiones políticas, las declamaciones y las imprecaciones que los desterrados se creen permitidas. El, indudablemente, siente y expresa con suma viveza las llagas sociales de nuestra época; pero nunca

su desaprobacion ni su ironia esceden de lo que un hombre bien educado puede confesar y firmar.

Los italianos podrán notar en el estilo mismo de Caccianiga visibles huellas de la influencia estrangera. Mad. Carletta-Calani, autora de la última novela de que tenemos que hablar, escribe igualmente en una lengua en que los puristas toscanos hallarian muchas incorrecciones que indicar. Aunque Mad. Calani haya fijado su residencia en Toscana, su *Palmira* prueba claramente que no ha nacido en la patria de Dante y de Boccaccio. El talento del novelista no salva por desgracia en Madama Calani la inexperiencia del escritor; pero poco le importa sin duda la crítica; ella no ha entrado en el palenque con el designio de hacer una vana ostentacion, arrójase á él con la lanza en ristre y la visera baja, y bien resuelta á dar un combate á muerte. El enemigo que se propone derribar, es la funesta negligencia que tiene la sociedad en la educacion de las mugeres. De ahí vienen, segun la autora de *Palmira*, todas las desgracias conyugales. Si hemos de creerla, viene tambien de ahí esa declinacion moral, esa universal decadencia que no es tiempo ya de negar, y que acaso es demasiado tarde para combatir. Esas infortunadas criaturas, educadas únicamente para agradar y lucir, gobernadas por su instinto y condenadas á una eterna infancia, hacen la desgracia de una sociedad cuya providencia y salvacion serian, si estuviesen mejor dirigidas!

De modo que *Palmira*, novela de costumbres domésticas, tiene una tendencia social muy marcada. La autora aboga mas bien que cuenta, y en su inexperiencia, no sabe evitar el doble escollo de la novela-alegato. El primero, es caer en la exageracion del principio, y referir todos los males á la causa que le preocupa. Que estando las mugeres mejor educadas, educarán mejor á los hombres, es indudable; pero habrá mucho que hacer todavía, y ademas la educacion no suprime ni las pasiones, ni el fastidio, estas dos causas ordinarias de las desgracias domésticas. El segundo escollo, es que, ante la soberania del asunto, la narracion desaparece ó se retira modestamente al lugar segundo para dejar el primero á los racionios y á las demostraciones. Apenas han dado un paso los personajes, cuando una mano, que no se toma el trabajo de ocultarse, los detiene; y al interés de la novela se sustituye el movimiento de un litigante.

No obstante se pasaria por un defecto tan grave, pero no sin ejemplo, si la ficcion probase realmente lo que la autora quiere probar. Por desgracia las trágicas aventuras que pone á nuestra vista pueden pro-

venir de otras mil causas que de la mala educacion de las mugeres. Una jóven educada al gusto del dia se casa con un jóven que reúne todas las ventajas, nacimiento, belleza, fortuna, talento y reputacion; pero poseído de si mismo, es déspota desdenoso y burlon, en una palabra, uno de esos tiranos domésticos que matan á alfilerazos las víctimas que ponen entre sus brazos, sin faltar jamás á los deberes que al pie del altar han jurado cumplir. Lleno de desden para su muger, á quien halla inferior á él para vivir en comunidad de espíritu con ella, renuncia á formar su educacion, y se avergonzaria de llevarla al gran mundo. Bien pronto la envia al campo. Sin embargo, viene un dia en que la pobre abandonada encuentra un hombre mas justo que habla á su inteligencia y la eleva hasta sí. El corazon se pone al momento de parte suya, y el marido, informado demasiado tarde de estos amores adúlteros, no puede tomar mas que una horrible venganza de su honor ultrajado; y aun él mismo muere de la horrible enfermedad que ha inoculado á su muger para desfigurarla.

¿Qué prueba todo esto? si el matrimonio es desgraciado desde un principio, la falta es del marido. Soberbio como se nos pinta, hubiera siempre desdenado á su muger, aun cuando ella hubiese recibido aquella instruccion relativa que no puede menos de ser inferior á la del hombre. Hay mas: por una singular coincidencia, el dia en que se dilatan el espíritu y el corazon de la jóven esposa, esta le es infiel. Hay tambien un accidente sensible que la autora, por el interés de su tesis, hubiera debido evitar.

De lo dicho se infiere que, para hacerse un nombre en las letras, Mad. Carletta-Calani necesita estudiar todavía y madurar su talento. Es menester que adquiera mas igualdad en el tono, mas acierto en la marcha, mas enlace en las ideas. Pensamientos elevados, sentimientos generosos, un patriotismo sincero, y un santo horror á la hipocresía, pueden señalar algunos lugares de la novela de *Palmira* dignos de nuestra estimacion, pero no bastan para recompensar sus defectos.

Vemos pues, que la vida contemporánea principia á preocupar á los novelistas italianos. Si procurásemos sacar una conclusion de este cuadro en que acabamos de comprender tres escuelas distintas, diriamos que la novela histórica ha cumplido su mision y constituido su tiempo. Bajo la influencia de Manzoni, ha contribuido con obras mas ó menos poderosas, pero siempre recomendables, para despertar el espíritu nacional de las poblaciones italianas. El esfuerzo de Güerrazzi para darle un temple nuevo y una nueva vida, ha quedado sin efecto; porque la reforma estaba en las palabras mas bien que en las cosas y en las ideas.

Hoy la novela íntima ocupa el lugar de la novela histórica, y á ella pertenece el porvenir; sin embargo, hay mucho que hacer para captarse enteramente las simpatías del público italiano, porque las pasiones políticas no dejan allende los Alpes calma bastante á los ánimos para entregarse con gusto á observaciones minuciosas y á estudios tranquilos. Esperamos que haya algunos escritores felizmente dotados para conciliar la emoción del patriota con los deberes del novelista, para pintar la sociedad italiana sin amargura y sin frialdad en su vida diaria, como Manzoni había sabido presentarla en su glorioso pasado. Esperamos también que se abrirá una era más tranquila para esas poblaciones que casi no pueden seguir, al través de tantos obstáculos y preocupaciones dolorosas, la gloria literaria. Una vida política mejor es lo que garantizaría á la Italia un desarrollo mejor de su genio feliz. «No insultemos al genio de la Italia porque duerme, decía un crítico ilustre. Creemos que esta nación, que estaba á la cabeza de todas las demás en el siglo XIV, tan brillante en el siglo XVI, tan espiritual, tan viva, tan bien nacida para la política y las artes, creamos que esta nación, si pudiese gozar de sí misma y de favorables instituciones, manifestaría al punto todo el ardor y genio que el cielo del mediodía mantiene en los habitantes de estos climas venturosos.» Tiempo hace ya que M. Villemain pronunciaba estas palabras. El espíritu italiano, madurado por la desgracia, nos autoriza cada vez más para participar de tan nobles esperanzas; quiera el cielo que se vean un día plenamente justificadas!

F. T. PERRENS.

(Version de A. Martinez del Romero.)

LOS CABALLEROS

DE SAN JUAN DE JERUSALEN (1).

SU ORIGEN, SU PRIMITIVO ESTABLECIMIENTO, SU TRAGE, SUS REGLAS, SUS COSTUMBRES Y SUS VICISITUDES Y PROGRESOS DESDE QUE SE REUNIERON EN FORMA DE INSTITUTO PIADOSO HASTA QUE TOMARON EL CARÁCTER DE ÓRDEN MILITAR.

I.

Mas allá de los últimos confines del mar Mediterráneo, y entre los abrasadores desiertos de la Arabia y del Bajo Egipto, se halla situada esa region eternamente memorable denominada la *Tierra Santa*, que se estiende de Norte á Sur desde el monte Líbano hasta la estremidad del mar Muerto, y de Oriente á Poniente desde el pais de los Ammonitas hasta el monte Carmelo. Borrados por la mano del tiempo los nombres de las tribus que la poblaron en épocas remotas, subsiste aun hoy, sin embargo, el de aquel pueblo desventurado, á quien en el enojo de su

(1) En este interesante artículo se contienen, con la separacion conveniente, los capitulos primero y segundo de una obra que con el título de *Historia de los caballeros de San Juan de Jerusalem* está escribiendo su autor, y que verá muy pronto la luz pública. Interin la anunciamos, llamamos la atencion de nuestros lectores hácia este trabajo, prometiéndonos desde luego que no podrá menos de escitar el interés de una clase numerosa en España, y á la que hasta ahora no se ha consagrado entre nosotros un libro de la importancia del presente.

ira condenó el Señor á andar errante por todo el mundo y á no encontrar asilo en parte alguna sobre la faz de la tierra.

En este pequeño territorio, conocido con el nombre de la *Judea*, y hácia la parte oriental del mismo, cuyo áspero y escabroso terreno se compone de peñascos y pendientes inaccesibles, cuyos ardorosos valles no riegan las aguas de un solo arroyuelo, y cuyos únicos horizontes son las montañas de la Arabia y de Jericó, calcinadas por el fuego de los volcanes, y las aguas estancadas é infectas del mar Muerto, es donde se encuentra grabada la memoria de la redencion del linage humano, y donde se encargan de trasmitírnosla todavía algunas ruinas abandonadas y algunos monumentos desfigurados con el trascurso de mil y ochocientos años.

Allí existen aun, tocando con las murallas de Jerusalem, el monte de las Olivas, cuyos añejos troncos refiere la tradicion á aquella época memorable en que el Salvador vino á ocultar junto á ellos sus mortales agonías: el valle de Josafat, rodeado por todas partes de monumentos fúnebres, angosto y solitario recinto, donde se albergan las ideas de la muerte, de la resurreccion y del juicio: el torrente del Cedron, cuyos abismos secos solo ofrecen en el verano un fondo de cayados blancos, semejante á la osamenta de un cementerio: el huerto de Getsemani, oculto en lo profundo del valle de Josafat, donde el Hombre Dios se acogió en sus momentos de amargura bajo la sombra de los árboles y de la noche: la colina de Sion, apenas separada de Jerusalem por un estrecho valle, donde se asentaba el templo de Salomon, y donde escogió el lugar de su residencia el autor del Cantar de los Cantares; y el sepulcro de la Santísima Virgen María, lindo y elegante templete que defienden de los ardores del sol las copas de ocho olivos.

En medio de estos antiguos monumentos y de otras muchas ruinas desiertas, elévase sobre la colina de Sion la ciudad de Jerusalem, con sus muros almenados, con su mezquita azul adornada de blancas columnatas, con sus miles de cúpulas de pizarra que reflejan la vaporosa luz del sol de la Palestina, con sus antiguas torres que sirven de centinelas á sus murallas; sobresaliendo por encima de este Océano de casas y de este monton de techos que las ocultan, una cúpula negra, rebajada, mas ancha que las demas, bajo cuya bóveda se cubre ese recinto augusto en que la planta del hombre no penetra sino con paso incierto y vacilante, y donde al corazon no es dado sustraerse al terror santo que inspira aquella mansion mil veces adorable.

Aquel lúgubre y silencioso lugar, en que reposó tres dias el cuerpo

del Señor; en que se encuentra todavía la piedra donde estaban sentados los ángeles cuando vinieron á buscarlo María y Magdalena; en que se conserva aun el sarcófago de mármol blanco que oculta la primitiva roca en que se abrió la tumba del Salvador: aquella fúnebre capilla, donde arden incesantemente muchas lámparas sepulcrales, cuyas columnas están hoy ennegrecidas con el trascurso de los años, en cuyos muros no se ven frisos ni adornos, cuyos altares son de informe piedra y sus candelabros de tosca madera, es la que guarda hace diez y ocho siglos la memoria de aquel acontecimiento providencial y solemne, que cambió repentinamente el curso de las edades, que separó el mundo antiguo del moderno, y que ha sido el principio de la regeneracion y de la santificación del linage humano.

Fácil será, pues, comprender cuánto interés ha debido escitar en todo tiempo al mundo cristiano el privilegiado territorio de que hablamos, y con que inefable dulzura han debido volver hácia él sus ojos las personas piadosas, que esperaban hallar en aquel suelo regado con la sangre de un Dios de misericordia el perdon de sus pecados. Asi la peregrinacion de Jerusalem, tan rara en estos tiempos de tibieza y de decaimiento del fervor religioso, fué tan frecuente desde que en el reinado de Constantino la religion del Crucificado llegó á ser la dominante en aquellos estados hasta entonces gentiles; y los cristianos griegos y latinos acudian de todas partes á la ciudad santa, por largo y penoso que fuese el camino que habia de llevarlos al suspirado término de sus afanes.

Un acontecimiento funesto vino, sin embargo, á impedir el pacífico curso de estas devotas peregrinaciones. Hácia principios del siglo VII apareció en el mundo el genio ardiente y destructor de Mahoma, y la raza de esos falsos profetas, que ejerciendo su ministerio á fuego y sangre, y llevando por norte de su empresa la guerra y el esterminio, conquistaron la Arabia, se apoderaron de Damasco, de Antioquia y de toda la Siria, penetraron en la Palestina, tomaron á Jerusalem, subyugaron el Egipto, destruyeron hasta en sus cimientos la monarquía de los persas, y se hicieron dueños de la Media, la Bactriana y la Mesopotamia, al mismo tiempo que se estendian en el Archipiélago por las islas de Chipre, Rodas, Candia, Sicilia y Malta, y que dilatándose por los arenales del Africa, se prepararon á salvar cien años despues el estrecho de Gibraltar y á invadir el territorio de nuestra España, de donde solo pudo lanzarles al cabo de siete siglos el incansable celo y heroico esfuerzo de los esclarecidos Monarcas Católicos.

Estos sucesos vinieron á hacer en extremo difícil la peregrinacion que en aquellos siglos acercaba tantas almas cristianas al sepulcro del Redentor. El paso á través de los territorios sometidos á la dominacion árabe era cada vez mas peligroso, y ademas los infieles, con el objeto de aumentar los rendimientos de aquellos paises, impusieron grandes contribuciones á los peregrinos. Esto, sin embargo, no bastó á resfriar el celo de los cristianos de aquellos tiempos. Trescientos años de trabajos, de peligros y de injustas exacciones no disminuyeron la afluencia á aquel lugar sagrado, no solo de las naciones vecinas, sino de las regiones mas apartadas del imperio de Occidente.

Así trascurrieron los años hasta la mitad del siglo XI, en que el sentimiento de su propio interés inspiró á los musulmanes algunas ideas de hospitalidad que parecieron al pronto favorables á los cristianos. En esta época los califas de Egipto, dueños á la sazón de la Palestina, permitieron á los cristianos griegos que les estaban sometidos albergarse dentro de la misma Jerusalem; y á fin de que no se confundiesen con los musulmanes, el gobernador de Judea les señaló para su morada el cuartel mas inmediato al Santo Sepulcro. Un monge francés, llamado Bernardo, que vivia en el año 870, cuenta en la relacion de un viaje hecho á la Ciudad Santa, que habia encontrado en ella un hospital para los latinos, y que en él se conservaba una biblioteca formada á espensas del emperador Carlo-Magno, á quien el califa Aarun-Raschid, admirador de sus hazañas, habia enviado las llaves del Santo Sepulcro y un estandarte, como las insignias de su autoridad, que ofrecia ante las gradas de su trono.

Pero con la muerte del califa Aarun y de sus sucesores inmediatos los europeos perdieron todas las consideraciones que se les guardaban en Palestina. Desde entonces ya no se les permitió tener hospicios en Jerusalem, y despues de haber comprado á fuerza de oro la entrada en la ciudad y de pasar el día recorriendo en piadosas estaciones aquellos lugares honrados en otro tiempo con la presencia del Salvador, apenas lograban con gran trabajo tener un lugar en que albergarse durante la noche.

Hacia mediados del siglo XI fué cuando la Providencia deparó á los peregrinos de Europa en las personas de unos comerciantes de Amalfi, unos benévolos mediadores cerca de los implacables musulmanes. Introduciéndose en Egipto á favor de las preciosidades que todos los años llevaban de Europa, lograron acercarse al califa Mustafar-Billah y alcanzar para los cristianos latinos el permiso de establecer un

hospicio en Jerusalem á las inmediaciones del Santo Sepulcro. Al cabo sonaba para aquellos desventurados la hora de tener un lugar de reposo junto á la tumba adorable que iban á regar con las lágrimas de su corazón. No bien el gobernador de la Judea les señaló por orden del califa una porcion de terreno para el objeto que deseaban, cuando se elevó en él una capilla bajo la advocacion de *Santa Maria de la Latina*, para distinguirla de las iglesias en que se celebraba el oficio divino conforme al rito griego; y el culto del nuevo templo quedó encomendado á los religiosos del orden de San Benito. Allí, bajo la proteccion de la Madre de la misericordia, se construyeron dos hospicios para recibir los peregrinos de uno y otro sexo, sanos y enfermos; y mas tarde cada uno de estos hospicios tuvo su capilla particular, una bajo la advocacion de San Juan el limosnero, y otra dedicada á Santa Maria Magdalena.

Nada mas interesante que el espectáculo de religioso celo y de ferviente caridad que ofrecian estos dos asilos destinados al albergue y socorro de los peregrinos. Allí lo encontraban todos los cristianos sin distincion de griegos y latinos, no obstante las rivalidades suscitadas entre ambas iglesias; vestíase de nuevo á los que en su peregrinacion habian sido despojados por los bandidos; curábase con el mayor esmero á los enfermos, y cada clase de miseria encontraba su remedio en la bondadosa compasion de los hospitalarios. Conmovidas á vista de este espectáculo algunas personas seglares de varias naciones de Europa, renunciaron á volver á su patria, y se consagraron al servicio de aquella casa. Los religiosos de San Benito dirigian todas las operaciones, atendiendo á sus gastos con las limosnas que los comerciantes de Amalfi les llevaban todos los años. Entre las personas piadosas del orden seglar que aparecen consagradas á esta interesante obra, nos ha trasmitido la historia el nombre del frances GERARDO TOM, que, llevado á Jerusalem por el deseo de visitar los Santos Lugares, era al poco tiempo administrador del hospital de San Juan, en tanto que una dama romana de ilustre nacimiento, llamada Inès, dirigia la casa destinada á las personas de su sexo.

He aqui pues la humilde y honrosa cuna, el origen altamente cristiano, de los caballeros hospitalarios de San Juan de Jerusalem. Este solo timbre es el mas glorioso que pueda ostentar jamás una orden militar y religiosa.

Pero este piadoso instituto se vió amenazado de muerte muy poco tiempo despues de su nacimiento. Apenas contaban los hospitalarios diez y siete años en el ejercicio de su mision, cuando apareció en aquel

pais la indómita raza de los Turcomanos, que llevando por do quiera la guerra y el esterminio, conquistaron la Palestina y se apoderaron de Jerusalem, desbaratando la guarnicion del califa de Egipto.

No nos detendremos en referir la historia y los orígenes de esa raza guerrera, cuya irrupcion en el imperio de Oriente es un hecho conocido en la historia de la edad media. No contaremos las escenas de desolacion y de sangre que siguieron á esta terrible aparicion. Nos bastará decir que despues de haber tomado á Jerusalem, degollaron á muchos de sus habitantes y no pocos cristianos, saquearon el hospicio de San Juan y hubieran profanado con sus manos impías el Santo Sepulcro, si un sentimiento de sórdida avaricia no les hubiera contenido. El temor de perder las cuantiosas sumas que producian las visitas de los peregrinos hizo que se conservase ilesa la tumba del Salvador. Pero deseando al mismo tiempo satisfacer su odio contra todos los que llevaban el nombre de cristianos, aumentaron las exacciones hasta tal punto, que los peregrinos, despues de haber agotado sus recursos en el viage y de verse muchas veces saqueados por los bandidos, no pudiendo satisfacer los escesivos tributos que se les demandaban, espiraban junto á los muros de la ciudad sin alcanzar de aquellos bárbaros el consuelo de ver en su última hora el suspirado objeto de sus afanes.

Las dolorosas nuevas que traian á Europa los que lograban escapar de tantos peligros, y la triste pintura que hacian del estado de servidumbre á que se veia reducida la ciudad célebre por los misterios de la redencion, fué la que, vivamente esforzada por Pedro el Ermitaño, dió origen á esa epopeya de la edad media, á esas famosas *Cruzadas*, en que la Europa entera, armada en batalla, se trasladó al Asia para rescatar el Santo Sepulcro de las manos de los infieles. Renunciaremos aqui á describir aquel viejo venerable, de rostro macilento y descarnado, notable por su humildísimo traje y por su estraordinaria abstinencia, que recorriendo la Europa con el crucifijo en la mano y los pies descalzos, y penetrando del mismo modo en la cabaña del pobre que en el palacio del monarca, arrebatava los ánimos con su elocuencia desordenada y vehemente, llegando á alistar en sus banderas cerca de trescientos mil hombres de todas las clases y condiciones sociales. No nos detendremos tampoco en pintar el fervoroso celo con que acogieron esta empresa, primero el patriarca griego Simeon y despues el pontífice Urbano II, ni el noble entusiasmo que se manifestó en los concilios de Plasencia y de Clermont, donde interrumpido el discurso del Pontífice con las aclamaciones de *¡Dios lo quiere!* sirvieron mas tarde de enseña á aquella

campana inolvidable, y eran el lema que llevaba grabado en sus banderas el grande ejército al emprender su salida para la Tierra Santa en la primavera del año 1096. ¿Quién no ha leído u oído referir alguna vez las aventuras de aquella célebre Cruzada? ¿Quién no recuerda entre los nombres de sus héroes los de Godofredo de Bullon, de sus hermanos Eustaquio y Baduino, de Hugo el Grande, de los dos célebres Robertos, el duque de Normandia, hijo de Guillermo el Conquistador, y el conde de Flandes, llamado la *Espada de los cristianos* por su valor en los combates; y de tantos otros insignes varones, señores y hombres de armas, que á las órdenes del obispo Adhemar y de Raimundo conde de Tolosa, figuraron en aquella expedicion verdaderamente grandiosa y gigantesca?

Interesa no obstante á nuestro propósito dejar aquí consignado que de aquel formidable ejército cuyas inmensas fuerzas juntas en las playas de Constantinopla, llegaron á constar de setecientos mil hombres de á pie y cien mil de á caballo, no quedaban, despues de las penalidades del camino, de las frecuentes deserciones, de las traiciones de sus falsos aliados y de la toma de Nicea, de Tarsis, de Edesa y de Antioquia, sino veinte mil hombres armados que se presentaron delante de los muros de Jerusalem el 7 de junio del año 1099, y debian luchar con una guarnicion de cuarenta mil soldados que el califa habia introducido en la plaza, además de veinte mil mahometanos á quienes se habia obligado á tomar las armas. Pero el propósito de los cruzados era demasiado firme y su fé demasiado viva, para que al tocar al término de su empresa vacilasen en combatir contra las fuerzas triplicadas y aguerridas de sus adversarios. La Ciudad Santa era el objeto de sus conquistas, y sus muros debian ser en esta ocasion teatro de la mas cruel y encarnizada lucha.

Jerusalen, una de las mas bellas ciudades del Oriente, eternamente memorable por los misterios de la redencion, habia presenciado dentro de sus muros en diversas épocas todos los horrores de la guerra. Conocido es por sus desastrosas consecuencias el sitio que mandaba Tito, que sin saberlo vino á cumpliren la Ciudad Santa todas las profecías: el templo fué destruido hasta en sus cimientos, á pesar de los esfuerzos del vencedor mismo. Reedificada ya, la destruyó mas tarde el emperador Adriano y la construyó de nuevo bajo la denominacion de Elia. Entonces hubierá llegado hasta perder su primitivo nombre, si no se lo hubiese devuelto Constantino. Mas adelante fué nuevamente asolada por Cosroes en el reinado de Focas; treinta mil hombres fueron pasados á cuchillo y destruida la iglesia del Santo Sepulcro. Afortunadamente Heraclio, sucesor de Focas, la volvió á conquistar é hizo reedificar sus iglesias. El califa

Omar tambien se apoderó de esta ciudad hácia mediados del siglo VII: y ya contaban los sarracenos cuatro siglos de posesion en ella quando los arrojaron los Turcomanos; pero el sultan de Egipto la recobró otra vez durante el sitio de Antioquia. El que los cruzados pusieron ahora delante de Jerusalem no duró sino cinco semanas. Godofredo de Bullon se lanzó el primero dentro de la ciudad por medio de una torre de madera que hizo acercar á sus muros, siguiéndole el conde de Tolosa que dirigia el ataque por otro lado. Todo el ejército cristiano penetró luego en tropel dentro de la ciudad, arrollando y desbaratando la guarnicion enemiga. Seguros ya de su conquista, se dirigieron al siguiente dia con los pies descalzos y en el mas profundo recogimiento, á depositar en el sepulcro del Salvador los trofeos de su victoria. Era un espectáculo verdaderamente admirable el que ofrecian aquellos valientes guerreros, pocos momentos antes en lucha encarnizada con sus enemigos, prosternándose ahora humildemente ante el sepulcro del Dios de las misericordias, que tambien es el Dios de los ejércitos. El piadoso Godofredo fué, como el primero en escalar las murallas, el primero en ofrecer sus laureles en el sepulcro del Redentor. En vano quisieron sus soldados colocar sobre sus sienes una corona de oro en señal de la soberania que de la nueva conquista acababan de conferirle. Protestando que no ostentaría jamás una corona de oro alli donde el Redentor de los hombres habia ceñido una corona de espinas, rehusó el titulo de rey y solo quiso aceptar el de Patrono ó defensor del Santo Sepulcro.

Uno de los primeros cuidados de este príncipe fué el de visitar la casa hospitalaria de San Juan, primitiva fundacion que los cristianos habian tenido en Jerusalem. Recibiéronlo con gran agasajo el piadoso Gerardo y sus consocios. Los cruzados heridos durante el sitio y conducidos alli despues de la toma de la plaza, elogiaban á porfia su caridad y la tierna solicitud con que eran tratados. El cardenal Vitri refiere que el pan de los religiosos era casi todo de salvado y harina gruesa, y que reservaban la mas fina para la manutencion de los enfermos. ¡A tal extremo llegaba la abnegacion de los primeros hospitalarios!

Muchos fueron los jóvenes que edificados con este ejemplo, renunciaron á volver á su patria y se consagraron en la casa de San Juan al servicio de los pobres. Godofredo perdió en los nuevos hermanos algunos valientes guerreros; mas no por eso dejó de aplaudir tan noble propósito: y ya que su interés por la conservacion de Jerusalem lo retenia á la cabeza del ejército, quiso á lo menos contribuir por su parte al sostenimiento del hospital, transfiriéndole el señorío de Monthoire con

todas sus dependencias, que formaba en otro tiempo parte de sus dominios en el Brabante. Este acto de munificencia fué imitado por otros príncipes y señores cruzados, y en poco tiempo el hospital se enriqueció con un gran número de tierras y señoríos, así en Europa como en Palestina.

Aunque el venerable Gerardo no tenía en aquella casa otra dignidad que la de administrador secular, desde que se verificó la toma de Jerusalén por los cristianos y concibió que pudiera aumentarse el número de sus consocios, propuso á estos y á las hospitalarias que adoptasen el traje de una orden regular é hiciesen profesion religiosa. Esta indicacion fué gustosamente acogida por todos. Por su consejo y á ejemplo suyo, los hospitalarios y las hospitalarias renunciaron al siglo y tomaron el traje regular, que consistia en un hábito negro con una cruz de trapo blanco con ocho puntas sobre el costado izquierdo; y el patriarca de Jerusalén, despues de haberlos revestido con estas insignias, les recibió los tres votos solemnes que pronunciaron al pie del Santo Sepulcro.

Algunos años despues, el papa Pascual II aprobó el nuevo instituto, declaró exenta la casa de Jerusalén y las que de ella dependian del pago de los diezmos, autorizó todas las fundaciones que se hubiesen hecho ó en adelante se hiciesen en favor del hospital, y dispuso que despues de la muerte de Gerardo solo los hospitalarios tuviesen derecho á la eleccion de un nuevo superior, sin que ninguna potestad eclesiástica ni secular pudiese intervenir en la direccion y gobierno de la orden.

II.

La toma de Jerusalén por Godofredo puso término á aquella expedicion gloriosa, en que la Europa entera, alistada bajo el estandarte de la cruz, se habia trasladado al Oriente para rescatar de las manos de los infieles el sepulcro del Redentor. Alli, como la embravecida ola que va á morir en las arenas de la playa, habia ido á exhalar su último grito de guerra aquel ejército formidable, y habian ido á desbaratarse aquellas legiones que poco antes ostentaban una fuerza de setecientos mil hombres junto á los muros de Constantinopla. Dueños al fin de la Ciudad Santa, por cuya conquista habian abandonado sus hogares y derramado su sangre en los campos de batalla, algunos cruzados regresaban de

nuevo á su pais natal, ansiosos de publicar sus conquistas y las maravillas que Dios habia obrado por medio de sus armas en aquella tierra ardorosa, regada con su sangre.

Imponderable es la alegría que causaron estas nuevas en todo el Occidente, y el deseo que se suscitó de visitar aquellos lugares santos, rescatados ya de la tiranía de los infieles. Salían entonces de todas las naciones de la cristiandad y de todas las profesiones y rangos sociales, inmensas caravanas de peregrinos, que abandonaban su patria para tener el consuelo de ver nuevamente restablecido el imperio de los cristianos en la ciudad donde se verificó la grande obra de su redencion. La bondadosa y cordial acogida que encontraban en el hospicio de San Juan, y el agasajo con que en él eran tratados, dejaba siempre en sus corazones un recuerdo difícil de borrar. A su regreso no se cansaban de elogiar la caridad y dulzura de los hospitalarios, creciendo con esto de tal suerte la estimacion y el favor de los principes de Occidente, que todos se apresuraban á colmarlos de mercedes, y difícilmente se encontraba en toda la cristiandad una provincia en que la casa de San Juan no tuviese grandes bienes y acaso establecimientos considerables.

Bien pronto, merced á tan copiosas dádivas y al celo del piadoso Gerardo, se levantó un magnífico templo á la advocacion de *San Juan Bautista*, en un lugar que, conforme á la tradicion, habia servido de retiro á Zacarias, padre de este gran santo. Construyéronse en las inmediaciones de la iglesia varios edificios con vastos departamentos, destinados, ya para la habitacion de los hospitalarios, ya para recibir los peregrinos, ó para servir de asilo á los pobres y á los enfermos. Los hospitalarios los trataban á todos con la misma caridad, en tanto que los sacerdotes ascritos á la misma casa cuidaban de su asistencia espiritual.

Pero el celo de los hospitalarios no se encerraba dentro de los muros de Jerusalem y de su escaso territorio. Los cuidados de esta naciente asociacion se extendian hasta las fronteras del imperio de Occidente. Con los bienes que habian recibido de la liberalidad de los principes cristianos fundaron hospitales en las principales provincias marítimas de Europa; y sus casas, que eran como las hijuelas de la de Jerusalem y que debemos considerar como las primeras *Encomiendas* de la orden, estaban destinadas para recoger y albergar á los peregrinos que se decidian á emprender su viage á la Tierra Santa. Cuidábase allí de su embarque, proporcionábaseles medios de trasporte, guias y escolta, y se atendia con esmero á los que caian enfermos y no se encontraban en estado de continuar tan largo viage. Tales eran entre otras la célebre

casa de *Sevilla* en nuestra pintoresca Andalucía, la de Provenza, la de *Tarento* en la Apulia, la de *Mesina* en Sicilia, y muchas otras que el Papa Pascual II tomó despues, como la de Jerusalem, bajo la proteccion especial de la Santa Sede, y que sus sucesores enriquecieron con varios y muy notables privilegios.

Una desgracia irreparable vino por entonces á turbar la alegría y la paz que habia devuelto á los cristianos la conquista de Jerusalem, y la satisfaccion con que veian el acrecentamiento de la Orden. El 18 de julio del año 1100, cuando acababa de cumplirse el aniversario de la toma de Jerusalem, murió el virtuoso y valiente Godofredo, que siendo un perfecto cristiano, era al propio tiempo el terror de los sarracenos y el protector mas celoso de los caballeros hospitalarios. Doce años despues falleció tambien Gerardo. La muerte de estos insignes varones dejaba en Jerusalem recuerdos inolvidables. Godofredo habia bajado al sepulcro con los mismos sentimientos de acendrada piedad que lo habian animado en aquella expedicion gloriosa. Gerardo, despues de haber llegado á una estrema ancianidad, espiró en los brazos de sus hermanos casi sin dolencia alguna, y cayó, por decirlo asi, como un fruto maduro para la eternidad. Por su muerte los caballeros hospitalarios se reunieron para nombrar sucesor conforme á la bula del Pontifice Pascual II, y todos los votos recayeron unánimes en el religioso RAIMUNDO DUPUY, uno de los mas valientes caudillos de la primera cruzada, y de los que, terminada la conquista de Jerusalem, se consagraron con mas celo y abnegacion al servicio del hospital de San Juan.

Su virtuoso antecesor no habia prescrito á sus hermanos otras reglas que la práctica de la caridad, la abnegacion y la humildad. Raimundo creyó deber añadir á estas escelentes máximas algunos estatutos, y de conformidad con todo el capítulo, los estableció para procurar en aquella santa casa la mas segura y estricta observancia de los votos solemnes que como religiosos habian contraído. Otra inspiracion no menos acertada y feliz fué la de añadir á la práctica de los deberes de la hospitalidad la obligacion de tomar las armas para defender los Santos Lugares, sacando así de aquella casa un cuerpo militar y una especie de cruzada perpétua, sometida á la autoridad de los reyes de Jerusalem, y que se obligase por voto y profesion particular á combatir á los infieles.

Véase pues como la *Orden de San Juan de Jerusalem* comenzó á ser guerrera sin dejar de ser hospitalaria, y como sus individuos comenzaron á ser caballeros militantes sin dejar de ser los humildes servidores de los peregrinos. Aquí principia para la órden una nueva existencia:

de aquí trae su origen una série de hechos memorables y gloriosos, cuya relacion causará mas de una vez la admiracion y el asombro de nuestros lectores.

Los motivos que inspiraron á Raimundo este feliz pensamiento no podian ser mas poderosos. En los tiempos á que nos referimos la Ciudad Santa solo estendia su dominacion por un pequeño territorio, en que algunas otras ciudades se hallaban todavia en poder de los mahometanos, de los turcomanos y de los sarracenos de Egipto: el odio que todos ellos profesaban á los nuevos conquistadores de Jerusalem espiaba con ánsia la ocasion de hacer cada dia nuevas víctimas; y los cristianos que atravesaban la Palestina eran objeto de las mas inauditas crueldades. Los latinos que habitaban las aldeas y las plazas abiertas de este territorio, no estaban tampoco mas seguros de sus terribles persecuciones. De ordinario se veian obligados á sostener con ellos una guerra perpétua; y cuando el invierno no les permitia mantener gente armada en los campos y despoblados, los infieles recorrían á mansalva el pais, saqueaban las ciudades, asesinaban á los hombres y se llevaban á las mugeres y á los niños para reducirlos á la esclavitud.

El nuevo Rector del hospital de San Juan, hombre dotado de un celo ardiente é inagotable, de un corazon á la par sensible y animoso, y cuyos elevados sentimientos correspondian á la nobleza de su alta alcurnia, no podia olvidar estas escenas de desolacion y de terror de que por do quiera era teatro el territorio de la Palestina. Representábase á cada instante esos combates sangrientos en que los pelotones de infieles armados atacaban á las caravanas de peregrinos cristianos: figurábasele ver á los primeros sufriendo el peso de las cadenas y la lóbrega oscuridad de los calabozos, en tanto que sus mugeres y sus hijos quedaban á la merced de los bandidos y habian de sufrir escesos mas insoportables todavia que sus mismas crueldades: imaginábase por último ver á los cristianos espuestos á renunciar á Jesucristo á trueque de salvar su vida ó de evitar por este medio horribles tormentos. Raimundo no cesaba de pedir á Dios que le inspirase el medio de poner coto á tan grandes males; y una inspiracion divina fué sin duda el pensamiento de convertir en militante á la órden hospitalaria.

Así es como la consideraron y como la acogieron sus virtuosos hermanos, que á buen seguro ignoraban entonces cuantas glorias les estaban reservadas en los tiempos venideros. Tambien ellos, como el valiente Raimundo, como el cristiano y bizarro Godofredo bajo cuyas banderas habian servido con honra, sentian latir en sus pechos el entusiasmo

guerrero y recordaban haber desbaratado dentro de los muros de Jerusalén una guarnicion de sesenta mil hombres: el mismo sentimiento que entonces puso las armas en sus manos para rescatar el sepulcro del Salvador, les armaba ahora para proteger á sus hermanos en Jesucristo y para auxiliar á los peregrinos en su paso á través de la Palestina. Convino pues, en que sin abandonar sus anteriores compromisos podrian armarse para combatir á los infieles, cuya santa resolucion aprobó y bendijo el patriarca de Jerusalén.

Créese que Raimundo, despues de haber realizado su propósito, dividió en tres clases el cuerpo de los hospitalarios, colocando en la primera á los que por su nacimiento y por la posicion que habian tenido en otro tiempo en el ejército, estaban destinados á llevar las armas; formando otra segunda clase con los sacerdotes y los capellanes, que además de las funciones anejas á su ministerio servian de limosneros en la guerra en caso necesario; y creando con los que no eran ni de familia noble ni eclesiásticos, los llamados *hermanos sirvientes*. Con este carácter ejercian los ultimos ciertos oficios en que los caballeros los ocupaban, ya en el ejército, ya en la asistencia de los enfermos: y se distinguieron en lo sucesivo por una cota de armas de distinto color que la de aquellos. Esto no obstante los religiosos no formaban sino un solo cuerpo y participaban por igual de todos los derechos y privilegios de la órden, que daremos á conocer al final de la presente obra.

El rápido incremento de la órden hospitalaria, en cuyas filas se alistó en poco tiempo la flor de la juventud y de la nobleza de Europa, hizo necesaria una nueva division, conforme á la cual se distinguieron el pais y la lengua de cada caballero en las de *Provenza, Auvernia, Francia, Italia, Aragon, Alemania é Inglaterra*. Esta division se ha conservado hasta nuestros dias, con sola la diferencia de que en los primeros tiempos de la órden los bailios y encomiendas eran comunes á todos los caballeros, y en adelante se asignaron á cada lengua y á cada nacion los suyos propios. Conviene asimismo hacer notar que desde que la heregia infestó el reino de Inglaterra dejó de contarse la lengua de este nombre, añadiéndose en el territorio de nuestra España las de *Castilla y Portugal*.

El traje de la órden consistia en un ropage negro con un manto del mismo color, al cual iba cosida una capucha puntiaguda, y sobre el costado izquierdo una cruz blanca de ocho puntas: traje que en los primeros tiempos era comun á todos los religiosos así como el nombre de *hospitalarios*.

Mas luego que la órden llegó á hacerse militar, como las personas de alto nacimiento experimentaban alguna repugnancia en entrar en ella confundidos con otras de diferente clase, creyó conveniente Alejandro VI establecer una distincion entre los *caballeros* y los *hermanos*. Determinó, pues, que en lo sucesivo solo aquellos podrian llevar en la casa el manto negro, usando en campaña una cota de armas encarnada con la cruz blanca, semejante al estandarte de la religion y á sus armas; y por un estatuto particular mandó que fuesen despojados del hábito y de la cruz los caballeros que en alguna batalla hubiesen huido ó abandonado sus filas.

La forma de gobierno de la órden era desde entonces, como lo ha sido despues, puramente aristocrática: la autoridad suprema residia en el Consejo, cuyo presidente era el gefe de los hospitalarios y tenia dos votos en caso de empate. A cargo de este Consejo corria la direccion de los grandes bienes que poseia la órden en Asia y en Europa. Para su manejo y administracion nombraba algunos hermanos con el título de *Preceptores*, cuyo encargo duraba mientras el Consejo y el Rector lo creian conveniente: de suerte que los preceptores no se consideraban en aquel tiempo sino como ecónomos y simples administradores de una porcion de los bienes de la órden, siendo responsables á la misma de su administracion. De estos fondos, que una previsora economía iba aumentando sin cesar, salian los auxilios para el mantenimiento de la casa de Jerusalem y para los gastos de la guerra.

Casi todas estas rentas pasaban íntegras del Occidente á la Palestina; los hermanos preceptores no se reservaban sino una pequeña parte para su subsistencia. Estos religiosos observaban en sus obediencias la misma austeridad que en el convento y á veces vivian en ellos en forma de comunidad. La caridad con los pobres y los peregrinos se practicaba en estos asilos privados como en el hospital de San Juan. La pureza de las costumbres no era allí menos recomendable que el espíritu de desinterés; y desde que la órden tomó en Oriente las armas contra los infieles, los hospitalarios que residian en las casas de Occidente, deseando seguir en todo su vocacion y cumplir con estas nuevas obligaciones, iban cada poco tiempo y conforme á las órdenes del Rector, ya á afiliarse en los ejércitos de Palestina, ya á tomar parte en la guerra que en nuestra península se sostuvo contra los moros, y mas tarde contra los albigenses en el territorio francés. Ninguno de ellos tomó partido en las guerras que se suscitaban entre los principes cristianos. Un caballero hospitalario no era mas que un soldado de Jesucristo; y cuando los intereses de la reli-

gion no le obligaban á tomar las armas, no se ocupaba sino en servir á los pobres y á los enfermos. Tal era el espíritu de la orden y su práctica constante y uniforme.

El patriarca de Jerusalem, no contento con haber aprobado la resolución de Raimundo, quiso atraer sobre él y sus hermanos las gracias del cielo, dando su santa bendición con gran solemnidad al cuerpo de caballeros hospitalarios, armados de todas armas y con su jefe á la cabeza. Fortalecido con este auxilio, Raimundo fué sin demora á ofrecer sus servicios á Baduino, rey de Jerusalem. El principe quedó agradablemente sorprendido, considerando este noble y aguerrido cuerpo como un socorro que el cielo le enviaba.

No consta en las memorias escritas sobre la orden el año en que los hospitalarios tomaron por primera vez las armas; pero puede fijarse entre el 1118 y el 1130 de la era cristiana. En el primero fué cuando subió Raimundo á la dignidad rectoral. Del segundo conocemos una bu-la espedita por el papa Inocencio II, en que habla de los importantes servicios que los hospitalarios prestaban á los reyes de Jerusalem, luchando con los infieles. Acaso se verificó esta innovacion poco despues de haber ascendido Raimundo á la dignidad rectoral. En esta opinion nos confirma el que por los años de 1119 y 1120 tomaron parte en las guerras á que dieron lugar las tentativas de los moros para arrojar á los cristianos de la Siria, en cuya época, contribuyendo poderosamente á la derrota de los árabes, facilitaron á Baduino la entrada en Antioquia, amenazada de caer en manos de los infieles; y el que en 1124 tomaron parte activa en el sitio de Tiro y mas adelante en la toma de Rafa, en cuyas conquistas marcharon siempre al lado del monarca Baduino.

La orden de San Juan dió origen por entonces á otra no menos célebre por sus proezas; la de los *Caballeros Templarios*. Segun Brompton, historiador contemporáneo, algunos discípulos de los hospitalarios que no subsistieron muchos años sino con los auxilios que estos les facilitaban, concibieron el pensamiento de formar esta orden, que aprobó el pontífice Honorio II, y cuya regla escribió San Bernardo, condecorándola Eugenio III con una cruz encarnada sobre el pecho. Esta nueva milicia se aumentó considerablemente en poco tiempo: principes de casas soberanas, señores de las mas ilustres familias de la cristiandad, quisieron combatir bajo la insignia y el hábito de los templarios, prefiriendo, por una delicadeza mal entendida, esta profesion esclusivamente militar á los servicios que los hospitalarios, aunque soldados, prestaban á los pobres y enfermos. Estos principes y señores llevaban consigo al

entrar en la orden riquezas inmensas, y ademas el renombre de sus hazañas les valió cuantiosas donaciones; y el mismo Brompton asegura que esta asociacion militar, apenas nacida del seno de la orden de San Juan, parecia querer oscurecerla con su brillo deslumbrador.

Mas adelante veremos que esta bizarra milicia fué esterminada al cabo de tres siglos. No parece sino que la Providencia quiso darle el castigo de su mundanal orgullo, así como realzando el humilde origen de la orden de San Juan y su noble y piadoso instituto, la conserva aun hoy dia, no obstante haber cesado de todo punto el objeto de su creacion.

De cualquier modo que sea, es un hecho indudable que los hospitalarios y los templarios fueron en la época á que nos referimos el mas firme apoyo de Jerusalem, y que Baduino y los reyes sucesores en su trono no emprendieron en adelante ninguna empresa considerable sin el auxilio de sus armas. Oigamos sino al pontífice Inocencio II en una bula dirigida por este tiempo á todos los prelados de la Iglesia. «Los hospitalarios, dice, esponiendo todos los dias su vida por defender la de sus hermanos, y combatiendo valerosamente con los infieles, son hoy el mas firme sosten de la Iglesia cristiana en el Oriente. Mas como sus recursos no bastan para mantenerse en estado de guerra perpétua, os exhortamos á socorrerlos con el supérfluo de vuestros haberes y á recomendarlos á la caridad de los fieles sometidos á vuestra vigilancia pastoral. Ademas os declaramos que hemos tomado á la casa de San Juan y á toda la orden bajo la proteccion especial de San Pedro y la nuestra.» Tan visible y marcada fué esta proteccion, que aunque legitima y justa, no dejó de producir algunas desavenencias entre el estado eclesiástico y el cuerpo de la orden.

Los caballeros hospitalarios llegaron á hacerse tan notables en pocos años, que sobre confiárseles la defensa de algunas plazas importantes, se les encomendaron asimismo algunas graves negociaciones políticas. Su fama y su prestigio en el Occidente era tal, que no habia testamento que no contuviese un artículo en favor de las órdenes militares, que muchos príncipes quisieron ser sepultados con el hábito y las insignias de una ú otra orden, y que algunos soberanos, llevando mas adelante su devocion, se alistaron en ellas, abandonando el gobierno de sus estados, al paso que otros les dejaban la soberanía despues de su muerte.

Un ejemplo notable de esta verdad nos ofreció el monarca aragonés Alfonso I de Aragon y Navarra y VII de Castilla, apellidado el *Batallador*, que por testamento otorgado en el cerco de Bayona en 1131, declaró que por carecer de sucesion directa, queria que muerto él pasaran sus

reinos á poder de los hospitalarios y templarios, estimulándolos á proseguir la guerra contra los sarracenos. Gran trabajo costó á sus sucesores en el trono impedir que se llevase á cabo su voluntad, como lo intentó el cuerpo de los caballeros y señaladamente Raimundo Dupuy, que vino á España con otros diputados de la orden para lograr tan apetecida herencia. Pero si al cabo sus esfuerzos no obtuvieron en esta parte una realizacion completa, por la entereza y decision de los señores aragoneses, no por eso dejó de adquirir la orden, á virtud de una transaccion honrosa, grandes territorios y señoríos en Zaragoza, Huesca, Barbastro, Calatayud, Daroca y otros puntos, el diezmo de los tributos que se cobraban en todo el reino, y el quinto de lo que satisfacian las tierras de los moros. Estas y otras concesiones importantes que alcanzó en Aragon Raimundo Dupuy, fueron las que le valieron el título de *Maestre*, que usó el primero y que llevaron despues de él todos sus sucesores.

JOSE MARIA DE ANTEQUERA.

EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS DE 1855.

CARTA V.

Muy señor mio y digno amigo : Prosiguiendo hoy la empezada tarea con la descripcion del palacio de las bellas artes, juzgo necesario fijar un tanto los hechos relativamente al éxito de la Esposicion universal y á lo que dije á Vd. en mi primera carta. La falta de animacion que entonces se notaba era tan estraña, atendido el número, el estraordinario mérito y la manera brillante con que se presentaban los objetos, que fué preciso investigar las causas que la producian. Indudablemente la concurrencia no correspondia á la magnificencia del acto: la falta de espiritu verdaderamente industrial en los franceses me dió fácilmente la solucion del enigma, fijándome principalmente en el descontento de los estrangeros de la clase media, que se resistian á dejarse espoliar por la codicia francesa. Afortunadamente la ligereza proverbial, cualidad más nacional que ninguna de los hijos de San Luís, ha dado al fin al traste con sus combinaciones y sueños de riqueza, y ayudando los regocijos públicos que no ha escaseado el gobierno, París ha vuelto á ser como siempre, una ciudad hospitalaria y alegre, y el parisiense aquel ente alegre, pedante y comunicativo, que

todo lo facilita, y á quien el mundo entero conoce como el más agradable compañero de sociedad, si no como el mejor amigo. Una inmensa concurrencia, única cosa que faltaba para el completo triunfo de la Exposicion, ha sido la consecuencia de este cambio efectuado en un par de meses; y para darle una idea de ella, á falta de datos completos y positivos, le diré que segun los registros de la policia se cuentan sobre sesenta y dos mil españoles en Paris en este momento; que los extranjeros en general pasan de seiscientos mil, y que añadiendo los provincianos franceses, se puede asegurar que la poblacion es casi doble hoy de lo que es habitualmente.

Consignados estos hechos, que al par que de testimonio de exactitud, servirán para que la imaginacion de Vd. comprenda con mas facilidad mis mal coordinadas descripciones, lleguemos al palacio de bellas artes. Su situacion no parece al pronto favorable, encontrándose demasiado lejos del centro activo, al final de la carrera llamada *Avenue Montaigne*; pero esta circunstancia se reconoce luego ser provechosa, debiéndose á ella el no verse invadido por la muchedumbre tosca é ignorante que en el otro suele encontrarse. Su forma es bastante irregular y su principal fachada algo mezquina para el pomposo nombre de palacio que lleva, aunque como Vd. sabe, esta palabra en Francia se prodiga, y se da casi indistintamente á todo gran edificio. Su área representa un gran rectángulo, en uno de cuyos pequeños lados está la dicha fachada en forma de hemicíclo y con dos alas laterales adornadas de frontones y pilares corintios. El centro circular ofrece siete puertas arqueadas que dan paso á un estrecho vestíbulo: las dos alas tienen una respectivamente cuadrada, y que solo sirve para la administracion, como tambien las piezas á que dan entrada. En cuanto á la distribucion interior, consiste en primer lugar, en una galería que ciñe en derredor todo el edificio, única que hay doblada, cuyo piso alto está destinado á láminas de todas clases y acuarelas, y el bajo, que tiene luces laterales, á obras de escultura, depósitos y almacenes. Todo lo restante se distribuye en tres grandes salones; uno central, rectangular, y dos menores cuadrados, rodeados en todos sentidos por una segunda galería interior que los separa entre sí, y que dividiéndose en los ángulos, forma otras nueve piezas más pequeñas. Encontrándose todas ellas libres de piso alto, obtienen fácilmente sus luces por el centro de los techos, y estas luces, sabiamente calculadas, esparcen en todos sentidos una claridad dulce, igual y uniforme, que en nada se refleja sino en los colores que cada pintor ha querido dar á sus cuadros, mientras estos se destacan perfectamente y sin que nada

choque del fondo verde oliva de las paredes; color escogido por los mismos artistas como el mas conveniente. En el gran salon central se han colocado los lienzos de mayores dimensiones, y en todos los restantes se encuentran clasificados separadamente los de los diferentes paises.

Con tal distribucion, con tales condiciones, y con cinco mil doscientas obras de diferentes escuelas y naciones, pero casi todas de algun mérito, *el palacio de las bellas artes* es una verdadera mansion de delicias, hasta para los menos aficionados. Cuatro mil cuadros próximamente (la pintura domina) representando asuntos de actualidad, pues hasta los históricos se refieren á las épocas, de que hoy más nos curamos, y cuyo colorido y entonacion ofrece todo el vigor y frescura de la juventud, palabra que significa gala y atractivo por do quier y hasta en las obras de arte, forman el conjunto más arrebatador, el más bello museo que pueda verse.

Vd. me conoce, amigo mio, y sabe que no soy aficionado á meter la hoz en mies ajena, mucho menos tratándose de pintura, que á buen derecho amenaza de continuo al imprudente con el famoso *nec sutor ultra esepidem*; pero pues que solamente cuento y no juzgo, séame permitido formular mejor ó peor mis impresiones. Las horas, que no corren sino vuelan, para el visitante, en aquel privilegiado recinto, no dejan durante muchos dias sino una agradable confusion en el espíritu, la sensacion vaga de su goce y el deseo de repetirlo. Allí las figuras de los reyes, de los potentados, de las altas capacidades, de las notabilidades de todo género, forman una gran galería, un rico acopio que el retratista pone á disposicion del que quiera representar la historia; el paisagista por su parte, le ofrece un teatro tan grande y rico en decoraciones como le puede necesitar, y entonces la mente creadora del verdadero artista evoca y fija las escenas que el espectador ve y comprende sin esfuerzo con una sola mirada. Allí se encuentran cogidas infraganti, en el momento crítico, en lo mas interesante, las mil peripecias de nuestra pobre y grande humanidad; allí todo lo marcado y notable, las más bellas acciones y las más grandes infamias, las mayores heroicidades y las más bajas villanías, la dicha más pura y la más honda desgracia, el más elevado triunfo y el más atroz desastre.... ¡hasta lo indiferente para más contraste, *si datur indiferentia*! Todas las consecuencias, en una palabra, de esa continua lucha de un espíritu divino enlazado á una carne maldita, pasan, en todos los paises y al través de los diferentes siglos, una grandiosa y fantástica revista. Nada más bello, si, ni más terrible en su conjunto; pero tambien cada cual tiene en su mano el

buscar y fijarse en aquello que más le agrade. Esta es una de las mil ventajas del hombre que se estudia y se domina. Si la historia, en su acepcion más lata, ofrece lo que llevo dicho, la poesía tiene tambien sus pinceles y colores, y allí lo demuestra palpable y magníficamente.

Por lo demas yo tenia, lo conozco, alguna razon más para que aquello me agradase: desde luego, como español, advertí que nuestra pobre y siempre querida patria hacia en este palacio mejor papel que en el de la industria. No era necesario ser inteligente, para juzgar de lo que decian los que lo eran; y eso que hay mucho menos de lo que pudiera haber, no pasando de ochenta las obras españolas presentadas y faltando casi absolutamente la representacion de esa escuela sevillana moderna, que á pesar de la falta de proteccion y aun de los inconvenientes de la rivalidad, á pesar principalmente de esa conspiracion del silencio, hoy la más terrible de todas y de la que viene siendo victima hace tiempo, crece sin embargo y se afirma en su género.

No nos precipitemos tampoco en acusar de incuria á los sevillanos ni á los artistas españoles en general. La misma reconvencion merecian los romanos, los toscanos, los sardos, los bávaros, los sajones, los napolitanos, en una palabra, las naciones más reconocidamente artisticas, cuya representacion parece casi nula en el palacio de las bellas artes; mientras por el contrario, otros paises que como la Gran Bretaña y el Austria han disfrutado hasta el dia de escaso concepto en pintura, figuran con un número portentoso de cuadros. La Bélgica, los Paises Bajos y la Suiza son tal vez los únicos que no ofrezcan esta contradiccion: ¿cómo podrá esplicarse?

No conoceria Vd. á los franceses, si creyera que se han detenido á indagar las causas de ello. Su método es más breve y expeditivo para resolver dificultades de este género, y sobre todo más conforme con su bendito orgullo. Los paises que han cometido el nefando crimen de no querer someter sus obras al fallo inapelable de sus críticos, han sido borrados de la lista de los vivos para las bellas artes; se les ha considerado como decaidos, como impotentes y se les ha cantado el *De profundis*; con grandes consideraciones sobre la inestabilidad de las cosas humanas y los caprichos del genio, que á su antojo salta de un punto á otro y que por el momento ha encendido su antorcha en Roma y Florencia y ostentándola brillante y refulgente en Lóndres y en Paris.

La verdad es á mi modo de ver, que el tono adoptado hace mucho tiempo por los artistas franceses y su vanidad creciente, como el poder de su nacion, ha debido retraer á muchos pintores de mérito, cuyas obras

faltan. Lea Vd., amigo mio, las revistas de bellas artes escritas en los primeros periódicos políticos y aun en las publicaciones especiales; segun ellas la pintura nació en Francia y allí solamente puede florecer: solo por incidente podrá haber hecho cortas apariciones en otra parte... Y de exigencia en exigencia han ido con la pluma invadiendo el género de cada escuela, como sus huestes invadieron con las armas los diversos paises á principios del siglo. No se les presentará un colorido, una idea de escorzo, un simple diseño que si parece bueno no lo refieran en origen á algun pintor francés; y es seguro que si asi continuan, va a llegar el dia en que afirmen que el colocar los ojos en la cara, es un género puramente francés y lamenten la falta de originalidad de los demas que lo hagan asi.

En suma, puede decirse, que el palacio de bellas artes abunda en obras medianas, en cuadros agradables que es hoy realmente el género francés; pero las obras de precio escepcional son muy pocas, contándose un gran número que no deberian verse alli.

Volviendo á la parte española, á pesar del corto número de cuadros que la constituyen, vense en ellos algunos de gran valor. El que representa el *Origen de la familia de los Girones*, debido al pincel clásico y vigoroso de Ribera, lo mismo que los tres lienzos del malogrado é inolvidable Villa-amil son cuadros dignos de verdadero lauro bien que de distinto género. Agrada tambien muy generalmente un panorama de la *feria de Sevilla*, lleno de animacion y originalidad, del señor Becquer; y atraen asi mismo las miradas de los inteligentes, aunque en muy distinto género, un *sueño del profeta Elías* del señor Clavé, establecido en Méjico, y unos pastores de Virgilio del señor Murillo Lopez, pensionado en Roma muchos años por el duque de San Lorenzo, y que no sé por qué figura en el catálogo como discipulo del señor Dumas. Pero en lo que realmente sobresale nuestra esposicion es en retratos, descollando entre ellos y muy por encima de los mejores que en todo el palacio se encuentran, el de la señora condesa de Vilches por don Federico de Madrazo.

Terminaré para ser justo diciendo que si entre la multitud de cuadros que componen las esposiciones francesa é inglesa, no se ven muchos de sobresaliente mérito como espresion de un verdadero número artistico, se advierte sin embargo en la mayor parte cierto esmero en la ejecucion y combinaciones dificiles llevadas á cabo con buen éxito. En esa parte industrial, por decirlo así, que tiene la pintura, ambas naciones conservan la superioridad adquirida ya de tiempo y que induda-

blemente resalta en toda la esposicion. Asi por ejemplo el escorzo se encuentra perfeccionado en Francia hoy dia y sujeto á reglas casi matemáticas de un resultado admirable: un gran número de cuadros y una *Parisina* italiana parecen estar ejecutados con el objeto de demostrar la utilidad de estas reglas. Asi tambien el estudio en los efectos de luz más encontrados ha dado motivo á algunos pintores ingleses para presentar contrastes de una verdad y de un efecto sorprendentes.

He hablado hasta ahora, ó más bien, he contado lo que dicen los inteligentes: séame lícito, siquiera al concluir, librarme un instante de su tiranía, para decir algo de mi gusto que coincide con el de otros muchos tan ignorantes como yo. Hay en el primer salon un gran cuadro de retratos en el cual la emperatriz se encuentra en su hermoso parque (el de St. Cloud), rodeada de sus damas de honor. No habrá una sola persona que involuntariamente no se dirija hácia este lienzo en cuanto entre y no se detenga largo rato á contemplarlo. Verdaderamente hay motivo para ello: con un cielo alegre y en un campo verde y fresco cinco mujeres á cual mas hermosas, elegantemente vestidas con telas tan ricas como ligeras, ocupadas en recoger flores que parecen saltar de sus manos para ofrecerlas á la que desde luego se reconoce como reina, es un conjunto que no puede menos de encantar. Los inteligentes, sin embargo, no le conceden sino muy escasa importancia artistica: en cambio los simples aficionados lo aplauden con entusiasmo. Ignoro que agrada más al pintor, que es Mr. Wintterhalter del gran ducado de Baden; pero se me ocurre por ello recordar nuevamente esos cuadros sevillanos modernos, que tanto encantan á la muchedumbre por la hermosura y viveza de su colorido, y armonia habitual de sus concepciones, mientras los sábios, los sacerdotes del arte sonrien, al verlos, de lástima: yo preguntaría ¿cuál es el objeto de la pintura? ¿para qué sirven las bellas artes?

En mi próxima carta diré el breve estudio que he podido hacer de la esposicion industrial española.

Paris 28 de agosto.

CARTA VI.

Amigo mío: Los productos españoles figuran como los de los demás países en dos locales separados, á saber; en el palacio de la industria los géneros ó artefactos concluidos y de uso inmediato, y en la galería anexa ó de las máquinas, las materias primeras, sustancias alimenticias y objetos mas ó menos toscos ó de gran peso y tamaño. En cualquiera de las dos partes que uno se detenga, se echa de ver inmediatamente algo que choca y desagrada, y son tantas las cosas que dan razon de este sentimiento que no se sabe en fin en que fijarse, siendo lo más razonable atribuirlo á todas ellas. Me limitaré, sin embargo, á indicarle algunas.

En primer lugar y comenzando por el palacio, tenemos allí un local perfectamente situado en uno de los ángulos de la galería alta, del cual se ha sacado muy poco partido. La estantería que peca de modesta en su adorno, no ha sido bien calculada en sus cierres de arriba, que continuamente se encuentran en la oscuridad mas completa: en ella se ven apiñadas con gran perjuicio de su lucimiento telas de seda de Barcelona y Sevilla por un lado, encajes por otro y sucesivamente paños, platería, armas etc.; pero todo con la evidente intencion de ahorrar espacio, y esto, para ver despues, en el centro, un gran cuadro entarimado, ocupado únicamente por un tocador, un buffete, dos sillones, un piano y dos remates de nogal esculpido.

En cuanto á la galería anexa ó de las máquinas, allí no se encuentra ningun vacío: el sistema de apiñamiento no sufre escepcion alguna y para completar su efecto concurren la pobreza de los envases, la mezquindad de los rótulos, las roturas no remediadas y el polvo por doquier. ¿A quién hay que culpar de estos males? no lo sé á punto fijo. Yo he visto á los dignos individuos de la comision ocuparse constantemente, aunque un poco tarde, en dar el mejor arreglo posible á los objetos; pero es menester confesar que la mejor voluntad del mundo no basta para llevar á cabo ciertas cosas. Estas requerian, práctica en primer

lugar, y en la comision solamente figuraba el señor Villanueva á quien se le pudiera suponer; pero el solo no bastaba ya para remediar errores de otros ni para contener las exigencias de algunos espositores. Requerian en segundo lugar ciertos gastos que en tales ocasiones aumentan precisamente por la prisa que se tiene, y aqui tambien faltó tiempo por una cuestion que fué preciso sostener con la comision imperial, sobre demanda de mayor local. Todos estos son inconvenientes de cierta magnitud, y sin embargo estoy seguro de que hubiera sido posible remediar mucho, si hubiese habido cierto tino en los nombramientos y una persona de antecedentes y circunstancias adecuadas, haciendo cabeza.

Lejos de mí la idea de poner en duda ni la suficiencia, ni los buenos deseos de los señores que han formado la comision ni mucho menos los de la persona que ha hecho de presidente; pero sin duda al nombrarlos se procedió, como desgraciadamente suele hacerse entre nosotros, buscando unas veces la conveniencia y comodidad de las personas en el desempeño de los empleos y procurando otras dar brillo á estos con la posicion de las personas; pero nunca teniendo en cuenta la aptitud para el buen desempeño. Y sin embargo, todos hemos visto allí á un hombre que, por su posicion, por los servicios que habia prestado en la esposicion de Londres y por otras mil circunstancias hubiera servido maravillosamente para dar la direccion y el impulso que segun las consecuencias, ha faltado; pero don Ramon de la Sagra, á quien todos creíamos nombrado presidente de la comision, no tenia más carácter ni atribuciones que las de *vocal ponente*, y así es que limitado á sus tareas, como miembro del jurado, sus conocimientos, su práctica y las deferencias de que siempre es objeto entre las personas de alta posicion científica, que tan útiles debieron ser para los espositores españoles, han sido casi nulas por falta de su carácter oficial conveniente, que él no ha podido suplir con la mejor voluntad del mundo.

A estas circunstancias contrarias, hay que agregar tambien la esencialísima, de que nuestra esposicion es realmente pobre. Escasamente representadas en ella algunas manufacturas de Barcelona y Sevilla, vése muy poco del resto de Cataluña y Andalucía, nada casi de Valencia, nada en absoluto de Málaga, de Antequera, de Santander, de Tolosa, de Segovia, ni de ningun otro, en fin, de esos mil centros industriales que cuenta hoy la Peninsula, y que ocupan una poblacion obrera bastante considerable para que economistas como Blanqui hayan creido deber estudiarla y contar con ella para calcular el porvenir industrial de la

Europa, al disertar sobre la esposicion de Lóndres. Quien, al calcular por la poblacion de España y su comercio de importacion, la produccion de sus fabricas, quiera tomar idea de ella en el palacio de la industria, se lleva un solemne chasco.

En medio de todo, ya le dije que nuestra esposicion no era tan insignificante como algunos han querido presentarla. Con efecto, si en ella no se encuentra una idea, siquiera aproximada, de nuestra produccion industrial, dice al menos algo en cuanto al grado de perfeccion que han llegado á alcanzar ciertos productos. Los primeros que sorprenden agradablemente las miradas del hombre entendido, son las sederias de Barcelona y Sevilla; ya en la esposicion de Lóndres nuestras sederias merecieron un lugar honorifico, inmediatamente despues de las tan famosas de Lyon; pero han sido tales los adelantos de esta fabricacion en los cuatro años trascurridos, que era de temer no se hubiera podido conservar tan honroso puesto. Nada de eso, sin embargo; el pabellon se sostiene bien y no creo hacer nada de mas con citarle los nombres de los que á ello contribuyen. El señor Vilumera, de Barcelona, presenta raso y telas negras de una calidad y un tinte superiores á todo elogio: sus paisanos los señores Oliver, Font y Coll, ofrecen, el primero mantones de crespon, lisos, ligeros y vaporosos, como los de la China, y de colores en extremo delicados; los segundos felpillas finisimas y en extremo variadas. Don Manuel del Castillo, de Sevilla, nos enseña un damascó de silleria amarillo y blanco de gran dibujo, tan rico como elegante: tambien presenta telas negras superiores de todas clases. Pero el que verdaderamente sobresale en sederias, el que puede vanagloriarse de haberse ostentado digno émulo de los mejores fabricantes de Lyon, es el señor Escuder, de Barcelona; su aparador es una maravilla de lujo y de buen gusto, ante el cual me he detenido más de una vez embelesado y para recrearme, dejando vagar la vista por entre los ondulados y brillantes pliegues de aquellas telas tan lucidas como tersas, y cuyo solo aspecto revela su fuerza y su riqueza: damascos superiores de seda, *moirés* riquisimos, mantones *brochés* de un gusto sin igual; pero sobre todo ¡trages para señoras!.... No puedo menos de citarle entre ellos uno de baile, *broché* color de oro recamado en blanco, otro negro que lo estaba en azul, un manton cobre y acero, y en fin, otro vestido fondo verde oscuro y dibujo de los llamados á *disposicion*, en brocado de diversos colores. Le repito, amigo mio, que es imposible ver nada que deba considerarse superior á lo que alli he podido admirar.

Siguiendo el orden de los objetos de mayor mérito, preséntase la

industria vascongada á rivalizar con la catalana por medio de sus armas de lujo, y bien difícil será por cierto determinar á quien corresponda la victoria. Si las sederías catalanas pueden rivalizar con las de Lyon, las armas de los señores Zuluaga (Eybar y Madrid), son á mi modo de ver superiores á cuanto allí se ha presentado en su género, y segun los mismos franceses, están al nivel de lo mejor que es dable hacer, confesando que por sus cincelados dichos señores deben colocarse en la categoría de los *grandes artistas*. Este mérito, sin embargo, se lo atribuyen á la permanencia que uno de ellos hizo, no sé cuando, en Paris, por lo que creen que esta industria y su gran adelanto entre nosotros debe considerarse, cuando menos, de origen francés: por toda contestacion me bastará recordar que de tiempo inmemorial los cañones vizcainos han gozado entre nosotros de una justa reputacion, y que la preferencia que se les ha dado, no fué jamás interrumpida, ni aun en las épocas de mas decadencia para todas nuestras industrias. Hablen por mí en este punto los magníficos arcabuces, escopetones, pistoletes y escopetas de nuestra Armería Real.

Como fabricantes de armas de fuego, la casa de Zuluaga presenta escopetas de todos calibres y de variados modelos, que el jurado podrá apreciar en las pruebas que para ello haga: como artistas, nos enseñan en primer lugar un grupo de pájaros muertos de tamaño natural cincelados en hierro, para adorno de un trofeo de cacería. Es imposible espresar la delicadeza y perfeccion del cincelado, que parece hecho con la misma facilidad y descuido que un simple dibujo, ni lo graciosamente agrupadas que se encuentran las figuras: con harta razon han sido distinguidos por la emperatriz, que los ha comprado. Vése en seguida, variando el género de trabajo, un gran escudo trofelado en hierro admirablemente concebido y ejecutado, que seguramente deja atrás cuanto de esta clase de trabajo se ha admirado hasta hoy de los antiguos. Encuéntrase despues unas cartoneras para album, adamasquinadas por fuera y grabadas al agua fuerte por dentro: ambos dibujos son complicadísimos y en extremo elegantes; la perfeccion con que están ejecutados es digna de la de las demas piezas. Hay en seguida un par de pistolas con su caja, hechas para el duque de Valencia, todas cinceladas y adamasquinadas en el estilo árabe, de una riqueza de trabajo singular; y finalmente, aparecen como las verdaderas joyas de esta magnífica esposicion, un sable y una daga con hojas y vainas admirablemente grabadas, y cuyas empuñaduras, de indescriptible elegancia y adornadas con figuras de medio relieve, son superiores á todo encarecimiento. Tambien en el mismo género presentan

escopetas de un lujo de ornamentacion extraordinario. Permitame Vd. terminar lo referente á los señores Zuluaga, como corta compensacion de las satisfacciones que han dado á mi orgullo patrio, copiándole siquiera tres líneas del elogio que de ellos hace uno de los autores más caracterizados que han escrito ya sobre la esposicion universal: «Los productos de estos hábiles artistas (dice) bastarian para indemnizar á la esposicion española de los vacios que se notan en ciertas industrias: jamás el cincelado en hierro, el adamasquinado, los grabados al agua fuerte, ni el arte de troquelar, pudieran encontrar intérpretes de más notable mérito ni de talento mas variado (1).»

Volviendo á la industria catalana, es forzoso reconocer que conserva el alto puesto que hace ya tiempo se conquistó en la fabricacion de encajes y que en la esposicion está principalmente sostenido por los productos de la casa de Fiter. Su coleccion es tan hermosa como variada en blondas blancas, en mantillas y pañolones negros, y en ricos adornos de cabeza, ya lisos, ya mezclados y entretejidos con oro y colores; pero puede considerarse como la pieza más notable de esta preciosa esposicion un magnifico delantero de altar de encaje de hilo, que presenta en armonioso conjunto y en diversos cuadros todos los atributos de la Pasion distintamente representados. Es tambien muy notable por su riqueza y buen gusto un gran volante de encaje de colores. En este género el señor Roldós, de Mataró, se hace acreedor tambien á una buena mencion por lindísimo *quipures* que presenta: igualmente el señor Corominas, de Barcelona, por sus tejidos de seda recamados de oro para ornamentos de Iglesia.

En el órden de colocacion viene despues don Jacinto Barran, de Barcelona, ofreciendo chalecos imitaciones de cachemir, notables por más de un concepto; pues, no solamente sus telas presentan ese aspecto rico y suave de las que se propone por modelo, sino que sus dibujos están agradablemente combinados y sus precios sumamente cómodos y al alcance de todas las clases. Tambien los señores Brugera y Buñol, de la misma Barcelona, esponen imitaciones de cachemir en chales y mantones muy baratos y de buen efecto.

Doña Dolores Clavé (Barcelona y Valencia) y los señores Margarit y Lleonard, de Barcelona, han llevado sedas crudas y flojas de una calidad superior y que corresponden á lo que ya les dije del adelanto de esta industria en aquella antigua metrópoli.

(1) Tresca, pág. 453.

Otra fabricacion que entre nosotros ha tomado gran desarrollo en estos últimos años y cuyo porvenir no ofrece ya duda, es la fabricacion de paños. Los catalanes han concurrido únicamente á la esposicion, y gracias á ellos, hacemos un buen papel, á pesar de lo mucho que de la brillante esposicion de paños belga y alemana se ha dicho. Tres grandes aparadores se encuentran llenos de paños de todas clases y matices, sobresaliendo en primer lugar los de don Juan Sallarés de Sabadell: buena calidad, flexibilidad estremada, tintes tan delicados y tan iguales como firmes... nada puede echarse de menos en las numerosas muestras que presenta de paños, satenes, pañetes, castores y lanillas. Vienen despues buen número de piezas, formando una lujosa y variada coleccion de los señores Amat, Frias y Vieta de Tarrasa, que dignamente compiten con los anteriores: tambien son escelentes los del señor Gurizna de Sabadell, cerrando dignamente la marcha los que algunos inteligentes decian estar á la altura de lo mejor que puede fabricarse, bien que limitado á los colores negro y azul; y son los de los señores Antonio Gali y compañía de Tarrasa.

Los demas tejidos de lana se encuentran representados por los señores Barran y Voltá de Barcelona que concurren con telas para pantalones; Bouvies y Laffite, de la misma, con tartanes perfectamente impresos, y alguno otro que no recuerdo. Para concluir con Cataluña diré á Vd. que el señor Puig, la casa de Brunet y Serrat, ambos de Barcelona, presentan hilos torcidos notabilísimos por su finura, igualdad y blanqueo como por su escelente calidad, y en algodones son tambien dignos de mencion el señor Palmerola de Barcelona por sus madejas y ovillos, asi como sus paisanos los señores Sadó hermanos, que presentan ademas un tapete de algodón perfectamente impreso. Nada quiero decirle de los tejidos, porque mas me valiera no haberlos visto en la esposicion: el proverbial mal gusto de los dibujos de los algodones catalanes sufre como por encanto todas las transiciones de lo raro y estrambótico hasta llegar al feo mas apurado.

Definitivamente puede decirse, que Cataluña figura en el palacio de la industria como la primera provincia industrial de España; pero por lo mismo merece fijar la atencion del observador un hecho que al propio tiempo que parece una anomalia es una leccion elocuentísima para calcular las consecuencias del sistema prohibitivo, de que se muestra tan partidaria. Sus adelantos en sederías, encajes, tejidos de lana, etc., son extraordinarios, á pesar de la competencia que ha sostenido con las similares extranjeras en todos los mercados de la península, mien-

tras que en telas de algodón, con una protección que bien puede calificarse de exorbitante é injusta, pues que ha sido á costa de enormes sacrificios por las demas provincias, se presenta en el atraso más lamentable.

Otra de las fabricaciones que mejor figura hacen en la esposicion y que data de muy pocos años en España, es la de la loza de mesa, fina, *porcelana* ó china opaca. Las fábricas la *Caprichosa* de Madrid, la de Sargadelos y las de los señores Royo y Sanchez de Valencia, presentan primeras materias y lozas de variado género de gran mérito por su baratura; de Valencia se ha hecho notar un azulejo con una figura que representa un gañan bebiendo montado sobre un burro, de tan perfecta ejecución y buen efecto, que ha merecido ser comprado por la emperatriz. Pero la palma en este género corresponde sin duda á la fábrica de la Cartuja de Sevilla. La esposición de esta fábrica, tan rica como variada, está al nivel de las mejores de Inglaterra, lo mismo en el género inferior que en lo más fino. Elegancia en las formas, brillo y fijeza en los colores y dorados, perfección en el dibujo; nada falta en la hermosa colección de servicios de mesa, juegos de café, jarrones, floreros etc., etc., que se presentan, algunas de cuyas piezas podrian confundirse con los mejores productos de Sevres. Mucho me equivocaré si esta fábrica no obtiene una marcada distincion.

En vidrios solamente los he visto planos, blancos y de colores de los señores Braña y Abella de la Coruña y algunos huecos de Madrid: nada han enviado las fábricas de Málaga y Cartagena.

Como transicion á un género ya algo artístico hay dos magníficos sillones de madera rica, embutidos en laca y metal dorado, tan ricos como elegantes: son procedentes de los señores Darde, hermanos, de Barcelona; la fábrica de Boisselot del mismo punto presenta dos buenos pianos, uno de cola y otro vertical: la platería de Martinez un sable cuya empuñadura y vaina son de un trabajo notabilísimo, una escribanía y algunas otras piezas; finalmente, la litografía de Martinez, de Madrid, ha presentado una série de láminas en cuyo elogio me bastará decirles que, segun el mismo escritor francés que ya le cité, con motivo de la fábrica de los señores Zuloaga, bastan sus muestras para dar una alta idea del estado de adelanto del arte del litógrafo en España y en Madrid.

Olvidaba mencionar dos industrias madrileñas que se hacen notar por más de un concepto: hablo de la sombrerería, representada por los productos de la casa de Aimable, que nada dejan que desear en cuanto á elegancia y buen aspecto, y la guantería de los fabricantes Dubóst y

Lafin, que segun su apariencia, sostendrán la superioridad de que disfrutan hace tiempo sobre todas las demas, inclusa la parisiense.

Involuntariamente he prolongado esta carta y advierto que es ya demasiado larga. Dejémos, pues, para otro dia la continuacion de mis observaciones sobre los objetos contenidos en la *Galeria anexa*.

Paris 10 de setiembre.

MANUEL CASADO.

EL PRINCIPE DE MAQUIAVELLO.

CESAR BORGIA,

O LA ROMAÑA EN 1502.

XXVII.

Sentada sobre la playa al declinar una hermosa tarde de otoño, frente á frente al sol que desaparecía en el horizonte, al soplo de una ligera brisa, al murmullo suave de las olas que venían á estrellarse á sus pies, bajo el azulado cielo de la bella Italia, se hallaba Lucrecia melancólica y meditabunda. Su pensamiento en el seno de aquella hermosa naturaleza, buscaba en la oscuridad de los calabozos á aquel que iluminaba su vida, al alma de su alma, á aquel Astorre, cuyo aspecto tanto había confundido y perturbado el corazón de Valentinois bajo el nombre de celos.

—Me será devuelto, se decía mezclando á sus secretos pensamientos oraciones, cual las formula la boca de una muger enamorada; le veré muy pronto, pues que mi hermano lo ha visto. ¡Dios mío! Apídate de la hija del que reina en tu nombre sobre la tierra, y purifica por un sentimiento verdadero el corazón en que por tan largo tiempo ha dominado el error de los sentidos. Todo se idealiza por el amor. El corazón es un santuario donde tú vives, espíritu, llama, porvenir!.... ¡Ah! ¡cuán

groseros son los placeres cuando se conoce la felicidad! ¡Y la felicidad es amar, es olvidarse uno de sí mismo por otro! ¡Es la union de las almas, y los recuerdos pueblan el espacio y burlan la ausencia! ¡Si, amar es quitar á la vida cuanto tiene de impuro, es trasformar en idea hasta las caricias!.... Astorre es el cielo donde he hallado los piadosos pensamientos que me elevan y me sostienen.... Astorre es el perfume en su aliento, la armonia en su voz, que me revelan á Dios Todopoderoso.... Desfallezco cuando desfallece, y mi prision es la naturaleza, porque estoy encadenada á su pensamiento, cual él lo está á una fria pared de su calabozo. ¡Astorre mio! ¡que no fuese yo un ligero vapor para penetrar cerca de tí, para permanecer eternamente á tu lado! ¡Que no fuese un sonido para resonar en tu oído y decirte siempre nuevos secretos! Entonces no habria calabozos, porque la facultad de vivir dos con una misma mirada, con una sola alma, cambia los cuerpos en sensaciones, y todo cuanto los rodea es viva y purísima luz.... ¡Astorre mio! ¡mi trono está á tus pies cuando sin fuerzas al mirarte, me siento tu esclava, yo, la hija, la hermana, la muger de príncipes; y tú reinas, tú, juguete de su ambicion, tú reinas sobre ellos, pues que yo los mando á todos!

Y á su pesar sus ojos se llenaron de lágrimas.

Durante esta meditacion Agosto la contemplaba estasiado: recibia al verla desconocidas emociones, alegrías de instinto, y tristes presentimientos á la vez. El ser que mas le habia amado en el mundo, que habia abierto su alma á sentimientos delicados, Marina, su madre, se unia por el recuerdo á esta muger que era su polo, que le atraia con la fascinadora magia de su mirada, y le contenia con su presencia: el misterio de su nacimiento ocupaba entonces, por un inconcebible capricho, su pensamiento virgen sin aterrarlo; ¡tanto candor habia en el fondo de su alma! Era una cosa natural é invencible que obraba en él y le arrastraba á su pesar.... Era tal vez, como lo habia adivinado Maquiavelo, la sangre de Borgia que influia sobre la vida material del jóven montañés; empero esa sangre se hallaba mezclada con la de una pura doncella, con la de una ciudadana de San Marino.

Hay en los primeros sentimientos de un jóven una timidez impetuosa, una fogosidad sin objeto, una indecision que presta á todos los objetos un colorido de predileccion, y las menores cosas reflejan una luz que los ojos no han visto aun. Asi la impaciencia se descubre por una agitacion interior, hay una vaga necesidad de moverse, es una negligencia inesplicable que parece clavarnos en un mismo sitio para alcanzar lo que por todas partes se busca, y no viene, lo que á toda costa se quiere, en fin,

lo que se tiembla tener y no tener, es un ensueño que se siente, un deseo que se reviste de formas, una forma que varia delante de la mirada, una imagen que tiene voz, un lenguaje, y que se escucha estendiendo los brazos delante de ella sin que la accion obedezca al alma.

Meciase Agosto en estas misteriosas sensaciones, cuando Lucrecia repasaba lo positivo de su vida anterior para perderse en los vagos é inciertos pensamientos del porvenir.

Aquel hijo de un príncipe, aquel hijo de una ciudadana, aquel educando de las instituciones cristianas, nada aun en la vida politica, todo esperanza por sus facultades, sensible al estoicismo de la virtud, así como al brillo de la gloria, se hallaba allí delante de una muger que hacia palpar su corazon, solo porque era muger y hermosa. Y aunque comprendió su nueva situacion, no olvidaba la que otro tiempo le habia hecho tan feliz. Pareciale, sin embargo, no ser ya el mismo; no habia huido con Marina, cuando podia haber tornado á la montaña: hallábase allí ocioso y con el corazon agitado. Pero un recuerdo, un impulso del alma no pueden ser contados por algo en su existencia, una intencion no equivale á una accion. Y jóven, pero pervertido en su carrera de pronto por la voluntad de otro, detenido en su porvenir por el soplo de una ambicion estraña, viviendo en la atmósfera del poder, presentaba una estraordinaria mezcla de vicios y virtudes, de dos principios opuestos, el poder unitario y la democracia; porque los individuos son siempre lo que les hacen ser las instituciones politicas: por eso es la politica una ciencia tan importante.

En esta escena de tristeza y de silencio, el sentimiento producía los mismos efectos sobre dos tan distintos corazones; el de una muger consumada en los ardides de su sexo, y el de un jóven cándido, para el que eran nuevas todas las impresiones; y es que para ambos la causa se hallaba exenta de interés personal, la adhesion formaba su principio, y las cosas que son puras en sí mismas tienen consecuencias regulares, deducciones lógicas, lo mismo que ciertas palabras primitivas no pueden tener dos acepciones, dos sentidos diferentes. Timido y sencillo Agosto, no apartaba sus miradas de la que tanto le encantaba ver; sin embargo, como el instinto de todo lo que es natural y verdadero adelanta la apreciacion exacta que solo da la esperiencia, al impetu de su admiracion venian á mezclarse los escrúpulos y recelos de su alma recta y pura.

—Soy muy feliz en su presencia, pensaba entre sí, [mi corazon [se turba cuando mis ojos se encuentran con los suyos, causa una viva emocion en toda mi existencia, se despiertan mis sentidos al aproximar-

me á ella, y sin embargo tiemblo de miedo al sentir estas extraordinarias impresiones que tan vivamente me agitan.....¿Habrá en esto algun mal, que yo ignoro? Nada semejante sentia en mí, en presencia de mi madre; y su sangre misma corre por mis venas, es la hermana de mi padre, y la debo tambien un respeto y una veneracion que sin embargo no me inspira....Lejos de ella, como en su presencia, la espresion de su mirada me estremece de placer á mi pesar. Me recuerdo los deliciosos contornos de su cuerpo, los dulcísimos rasgos de sus facciones, cuando no pueden devorarlos mis ansiosos ojos.....Jamás he sentido por ella el respeto que debia inspirarme la sangre.....¡Ah! sin duda el misterio de mi nacimiento es el secreto de esta estraña contradicción: ¿y por qué no puedo decir altamente quien soy, estoy destinado á sufrir estos sentimientos que reprueba mi conciencia?...¡Ay! ¿qué hay de culpable en hallarla hermosa y consagrarla toda mi vida? Cuando estaba en la montaña solo deseaba vivir para mí. Seguir la senda del deber, merecer por premio una sonrisa, una de esas palabras que hacen palpar el corazón.... Hoy es por ella, por lo que ambiciono la gloria de un caballero, y todos los honores que da mi padre; por atraer su atencion desafiaria la muerte....Y si su boca pronunciase una sola palabra en mi favor, secundaria todo mi porvenir....Si, lo conozco, este presentimiento ha penetrado en mi alma con su primera mirada, con su primera palabra: mi vida es suya, ella sola dispondrá de ella: mi destino se ha unido al suyo, y me envanezcó al pensamiento de vivir esclavo suyo, y de morir por ella....

—Bello escudero, ¿qué os hace alzar tan bruscamente la cabeza? dijo Lucrecia que acababa de detener sus miradas sobre Agosto. ¿Alguna valerosa resolucion sin duda?

—¿Se necesita acaso valor para tratar de complaceros, señora? Hay que admirarse de que se comprometa uno á obedecer vuestras menores insinuaciones y consagrar sus dias á vuestra buena voluntad?

—Gracias, señor mio, venid aqui, mas cerca de mí, y que mi mano recompense ese celo que mostrais por nuestra persona.

Alargó con deliciosa coqueteria una mano, que el jóven, rodilla en tierra, besó tímidamente. Estaba tan cerca de ella, que se estremecieron todos sus miembros. Notó Lucrecia esta turbacion, y concibió el proyecto de hacer servir la pasion de aquel niño á los intereses de sus amores. Sin querer animar un amor, que miraba como una de esas impresiones, que sabia ella que causaba siempre, no era bastante indiferente al poder de sus gracias que no sintiese un secreto placer en ello:

trataba además de asegurarse con algunas sonrisas la adhesión de un escudero tan en favor con su hermano, y después ¡quién es capaz de comprender todos los caprichos del corazón de una mujer! Descubría en la expresión de las facciones de Agosto un no sé qué de enérgico y apasionado que hubiera deseado ver brillar en el semblante de Astorre: y este no sé qué de altivo y varonil viniendo á adornar de pronto el objeto de su amor en su pensamiento, dejó pasar, sin saberlo ella, en su ademán y en su voz el sentimiento que llenaba su alma, y el pobre montañés recibió su poderosa influencia.

—¡Oh, señora, dijo, cuán buena sois! ¡cuánto me hará amar la vida el favor que me dispensais! Al veros meditabunda, meditaba: y permitidme que os lo confiese; era feliz pensando que es glorioso para un hombre vestido con una armadura de acero, colocar sobre ella los colores de una dama..... Y yo llevaré, señora, vuestros colores.

—¡Pobre niño! respondió la duquesa mirándole con bondad: poco tiempo habeis necesitado para iniciaros en el lenguaje de la caballería... Cuánto me gustaría veros recibir las lecciones de Astorre, él que es tan jóven y que conoce todas sus leyes, y todos sus deberes.

—El nombre de Astorre, dijo con aplomo Agosto, señora, añade un encanto mas á vuestro rostro, y aunque se me oprime el corazón al oírlo pronunciar, me siento vivamente conmovido al nombre de Astorre, el jóven prisionero.... ¡Era tan dulce su voz!

—Es dulce su voz ¿no es verdad, Agosto?

—Y sus miradas llenas de lágrimas me han hecho comprender por la vez primera esa palabra, *amor*, que hacía oír en su lastimera canción.

—¡Lágrimas y la palabra amor! ¿No es verdad, jóven, que hay en esas miradas, y en esa voz algo de irresistible?.... Y vos me habeis visto también llorar al recuerdo de sus penas.... Pero muy pronto estará en libertad; tengo la palabra de mi hermano, porque él se ha indignado al saber los injustos tratamientos que le han hecho sufrir. El duque de Romaña le ha visto, y yo he adquirido nuevas fuerzas para poder aguardar, al ver á mi hermano, al oírle. Aguardar ¡ay! es forzoso.... Estar tan cerca de él, y sin que sepa que estoy aquí, que cuento los instantes que me faltan para verle, que ruego por él..... Señor mío, sois jóven y valiente, pronunciais con respeto el nombre de una mujer, vuestro corazón es noble y generoso..... ¿Si os hiciese yo una súplica?

—¡Ah, señora, hablad, hablad! servirlos es mi mas vivo deseo.

—El está en un oscuro calabozo, y nosotros respiramos la brisa fresca y pura de la tarde, y vemos sumergirse el sol en las olas....

—Si, ese sol que con sus últimos reflejos dora las fantásticas cimas de la Dalmacia. ¡Señora! cuando yo estaba en la montaña venia á contemplarlo á estas horas, y me postraba delante de Dios, admirando su creacion.... Y muchas veces lloraba sin saber la causa; pero en este momento, aqui la misma emocion tambien produce lágrimas, y tal vez las debo á una cosa mas grave, á una cosa que vivamente siento y á que no puedo dar un nombre.

—Pero, jóven, él está en un calabozo..... y conocéis sin duda su prision, pero á vuestra edad se penetra en todas partes ¡Ah! cuán dulce me seria pensar que esta noche pudiéramos pasarla él y yo en el seno de la esperanza..... ¿Sabeis que es noble mision la de llevar palabras de consuelo y alivio á los que padecen?

—Iré, señora, le veré: ó si no puedo al menos en el silencio de la noche, mi voz resonará en su oido; porque es hijero el sueño del que está ausente y separado de lo que ama.... Iré cual el perro fiel á hacer oír un grito de desesperacion y vuestro nombre.

—¡Niño! despertar á los carceleros no es servir á su victima. Y el nombre de la duquesa de Ferrara no debe de ser pronunciado sino con respeto..... Pero hay una cancion que nosotros solos conocemos, y quiero enseñárosla.... Volvámonos, Agosto, volvamos á palacio, la noche está ya encima. Retened bien el tono de esta cancion que compuso para mi; ¡son tan dulces las palabras, y tan interesante su música!.... La aprenderéis bien, y con caballos se pasan pronto las distancias. ¿Iréis?

—El corazon tiene su memoria, señora, y todo se graba en él..... Iré, si, iré.

Levantóse Lucrecia, y pausadamente se puso á andar. Apoyaba su mano sobre el guante de acero del jóven escudero, sonriéndose con él con misterioso aire, y henchido de emociones el pecho respiraba con dificultad, no obstante de que reinaba en él la esperanza de ver pronto aliviada la suerte de su amor.

XXVIII.

En tanto que Lucrecia con su laud en la mano arrebatava los sentidos del jóven montañés arrodillado delante de ella: en tanto que se mezclaban y confundian sus voces y repetian como un eco las palabras de amor que una cancion lenta, triste, apasionada hacia penetrar en todos

los rincones del corazon: en tanto que el discípulo aprendia las lecciones que le daba una muger amada: Valentinois, bajo su voluntad de príncipe, ocultaba una vaga é involuntaria inquietud, y á medida que todo le salia bien en politica, esta inquietud sin nombre se estendia en su alma, esta secreta voz hablaba alto y sin descanso. Es que es condicion de la humana naturaleza el no estar jamás completamente satisfecha. Asi como el horizonte huye siempre delante del viajero, asi hay en el pensamiento una facultad de accion que tiende siempre á sacarnos del reposo, que tiene sus apetitos que satisfacer, y que crecen y se aumentan á medida que se satisfacen.

No era ahora ya el campo de la gloria y el poder politico de príncipe lo que estimulaba la insaciable alma de César Borgia; sin embargo, durante su entrevista con Antonio de Venafre, hombre hábil y astuto, le habian servido tan bien sus inspiraciones que habia engañado completamente al ministro de Petrucci. Como lo habia previsto, aquel hombre venia á entrar en tratos á nombre de los confederados. Pero demasiado bien informado de todos los movimientos de sus enemigos para temerlos, y contando con la fortuna que los entregaba en sus manos, nada quiso concluir hasta que no tuviese en su poder al único que temia entre ellos, al cardenal de San Pedro Advincula: las órdenes secretas que habia dado para tenderle emboscadas por todas partes á donde dirigiese sus pasos, la recompensa que habia ofrecido al que se lo entregase vivo ó muerto, le hacia concebir la esperanza de satisfacer á la vez dos pasiones de príncipe, la venganza y la ambicion. Asi se presentaba en la conferencia con tantas mas ventajas, teniendo interés en ganar tiempo y retrasar toda clase de arreglo.

—Aun no he vuelto en mí del todo del terror que me inspiró la confederacion, señor Antonio, dijo: vuestra presencia y las palabras de paz de que estais encargado, no me tranquilizan enteramente. Pandolfo Petrucci cree que yo codicio su señorío de Siena, como nuestro Padre Santo tiene interés en poseer el de Bolonia: agravios son estos que jamás se perdonan, y que no bastan á hacer olvidar los tratados.... Señor Antonio gozais de una reputacion demasiado bien sentada para que yo os disimule mis temores, y por tanto os confesaré, que el medio de las armas me parece preferible algunas veces al de las negociaciones: la victoria ratifica mejor las cláusulas mas difíciles, y hace aceptar los tratados.... Teneis buenas tropas, lo sé, con su ayuda he conquistado la Romaña.... Pero no os ocultaré que resuelto á ponerme al abrigo de la traicion, estoy decidido á imponer condiciones severas: vos las aproba-

reis, porque veis muy lejos y desde grande altura. Pero los Ursinos.... pero los Vitelli..... Seria poco razonable entablar negociaciones inútiles tal vez..... No es decir esto, que me niegue á todo arreglo, al contrario, lo deseo; pero hubiera querido que os acompañase un miembro de la familia de los Ursinos.

—Excelencia, el duque de los Ursinos aguarda á la entrada de vuestro campamento.

—¡Por qué no lo decíais, señor mio! Tenemos gran placer en recibir á los altos y poderosos barones romanos con todos los honores que se merecen..... Grande alegría seria para mí el ver al duque de los Ursinos: el cardenal su hermano ha debido asegurarle en mi nombre, asi como á los demas miembros de su ilustre familia, de mi sincera adhesion á sus personas..... Mañana recibiré al duque de los Ursinos, señor mio, á la cabeza de mis gefes de armas. Id á reuniros con él; yo voy á dar las órdenes para que os dispongan una tienda á la entrada del campamento..... Por esta noche tengo, señor Antonio, ocupado todo mi tiempo..... El duque de los Ursinos tiene derecho á presentarse á cualquier hora delante de nuestra persona, mucho hubiéramos celebrado que os hubiese acompañado sin vacilar..... Me han dejado, yo no he despedido á nadie: han desertado de la bandera del Soberano Pontifice; pero el gremio de la Iglesia no rechaza jamás á los arrepentidos.... Adios por hoy, señor Antonio; presentad mis respetos á vuestro noble compañero..... ¡Hasta mañana, hasta mañana!

Y el ministro del tirano de Siena sufria la influencia de una superioridad que asombraba á su astucia. Apenas habia salido éste, cuando un mensage de Marco Antonio de Fano, gefe de su infantería en la Marca de Ancona, vino á anunciar al duque la noticia mas importante, tal vez para él: el cardenal de la Rovera al llegar á las orillas del Metauro habia caido en poder de las tropas pontificias, y bajo buena escolta lo traian al cuartel general, á donde debia llegar al amanecer. Muchos otros prisioneros estaban con él, y algunos habian conseguido escaparse.

—¡Qué importa! se dijo Valentinois, sobre el Metauro el cónsul Levius despues de la derrota de los cartagineses, exclamó, queriendo poner fin á la matanza: «Dejad vivir á algunos para que puedan contar su derrota y nuestro valor.» ¡La Rovera en mi poder! ¡Vive Dios!..... contaba con ello: Asdrubal, para no sobrevivir á su desgracia, pereció con las armas en la mano en las filas de los romanos; empero el cardenal de San Pedro Advíncula no renuncia tan prontamente á la esperanza, virtud cristiana..... Nuestro Santo Padre decidirá de su suerte..... Todo secunda

mis proyectos; pero no seré yo á quien vean pasar de repente, sin intervalo de la modestia al orgullo, de la clemencia á la crueldad. ¡Prisionero la Rovera!.... ¡Justo!.... sufrirá mi mirada. ¡Es una dulce venganza!.... Me basta con esto. ¡Ya no tengo mas enemigos que temer! ¡Me queda la Italia por conquistar!.... ¡Pero no tengo ya enemigos! ¿Podré contar jamás con traidores? Si están aun á sueldo mio, necesitare vigilarlos y temerlos.... y por todas partes conservarán el recuerdo de su derrota! El sentimiento intimo de su inferioridad me hace de ellos eternos, implacables enemigos, y los perseguirá sin cesar.... ¿Por qué dudar? ¿Por qué tratar de retroceder en una resolucion tomada, cuando es necesaria y buena en politica? ¿No estamos anticipadamente seguros de la aprobacion del Soberano Pontifice?.... Los Ursinos están de rodillas, y la Rovera cabalga en este momento bajo la escolta de mis gentes de armas.... Le devolveremos su sombrero encarnado y su muceta de armiño para que se presente arreglado en trage delante de Alejandro VI.

La delirante alegría que experimentó César Borgia no hizo mas que pasar rápidamente por su alma. Reinaba en ella una preocupacion que al momento volvió á recobrar su imperio, y el nombre de la duquesa de Ferrara que llegaron á pronunciar, dispó enteramente la nube que ocultaba el objeto de sus secretos pensamientos.

—Decid á la duquesa, que voy á ir al momento como desca, respondió Valentinois al gentil hombre encargado de llevar el mensaje.

Y de pie, con la mirada clavada sobre la puerta por donde acababa de salir aquel, añadió mentalmente, entregándose á sus meditaciones:

—¡Mi hermana! ¿Qué decirle? ¿qué respuestas dar á sus preguntas? Impaciente de volver á hallar el objeto de su pasion.... ¡de su pasion!... ¡Si, ama mi hermana! ¡Lucrecia es feliz con amar! Y yo, agoviado con el peso de mi poder, no tengo nadie que me responda, cuyo corazon palpita con el mio, cuya boca forme para mí una dulce sonrisa, para hacerme olvidar los sombríos negocios del Estado, cuyas palabras cautiven y encanten mi atencion... Yo estoy solo en la vida, como solo estoy en el trono. Con una esposa, Carlota de Albret, que la ambicion ha colocado en mi tálamo, y que la prudencia ó la indiferencia retiene en Navarra; con tantos súbditos y vasallos que el temor y la obediencia pueden echar en los brazos del duque de Romaña; con todo cuanto mi voluntad puede producir de servilismo y de vergüenza, ¡estoy solo!... ¡Y mi hermana puebla su existencia de deliciosas sensaciones! ¿Por qué habré querido ver á Astorre? ¿por qué no se lo he vuelto á su ternura?... ¡En este momento estarian juntos, y no me llamaria á su lado la coque-

ta! En este momento olvidando el recuerdo de sus malos días confundían su porvenir en una misma esperanza!... Y yo en espiarlos, en sorprender la llama de sus ojos, en recoger el rumor de sus suspiros, bajaría mi coronada frente junto al resquicio de una puerta como un marido burlado, como un amante desdeñado: iría á devorar en silencio esos éxtasis que jamás he conocido, que me han sido negados: sentiría yo retroceder en mi corazón todos los impulsos que de él se escapan.... ¡No! yo he llorado, y las lágrimas de Borgia no corren sin devastar como los torrentes por donde pasan...

Había llegado la noche, y las antorchas con que alumbraban los pasos de Valentinois reflejábanse sobre su rostro. Fácil era ver en él aquella contracción con que de ordinario anunciaba sus inflexibles resoluciones. En efecto, á medida que se aproximaba á la estancia de la duquesa de Este, afirmábase en el pensamiento de turbar la felicidad que aguardaba esta.

—No volverán á verse, se decía deteniendo sobre sus labios el sonido de estas terribles palabras; ¡no volverán á verse mas! La idea de su felicidad me ofusca. ¿Sé acaso yo lo que pasa en el alma del conde de Faenza? Bajo el cándido aire de juventud ¿no se oculta un enemigo del poder de los Borgias? Esa loca pasión de mi hermana ¿no habrá sido de propósito inspirada para penetrar en el corazón de la familia?.... Hagamos volver á Lucrecia á Ferrara; el esposo me agradecerá que le detenga aquí preso el amante, y Alfonso de Este será tanto mas fiel á nuestros pactos, cuanto que me deberá el honor de su nombre, y la tranquilidad en su matrimonio.

Sostenido por este sentimiento, iba ya á entrar en el aposento de su hermana, cuando Ramiro se presentó de repente á su vista: adelantábase á un caballero que conducían dos esbirros.

—Os lo traigo aquí, excelencia; se le ha sorprendido á caballo en el momento de salir de los límites del campamento, y el obstinado silencio que se ha empeñado en guardar, me da lugar á creer que he obrado prudentemente arrestándolo.

No tuvo tiempo Valentinois de hacerle pregunta alguna, porque el caballero venía sin casco, y al momento reconoció en él á Agosto. Un gesto suyo hizo retirarse á algunos pasos al podestá y á sus agentes, y el jóven con paso firme se adelantó hácia su padre. Jamás había visto en las facciones del duque una espresion mas dura y sombría: temblaban sus labios, lanzaban sus miradas un siniestro pensamiento, y la palidez de su rostro al reflejo de las luces, aumentaba la impresion de

terror que la idea de su poderosa voluntad hacia nacer en el alma de los testigos de esta escena, que respetuosos y tímidos permanecían en la mas completa inmovilidad. El ruido de las espuelas del escudero interrumpió este horroroso silencio. El paso atrevido, la altiva apostura y segura mirada del joven montañés impusieron involuntariamente al príncipe. El sentimiento que oprimió su corazón, se unió de pronto al misterioso deseo que le dominaba enteramente, y la confianza que el joven parecía tener en él mismo, inspiró secretamente igual confianza á aquel príncipe, á aquel padre, cuyas menores palabras tenían tanta consecuencia.

—Agosto, dijo Borgia dominando su voz; ¡abandonabas el campamento á estas horas, y yo no sabía el motivo! Respóndeme, tú que no sabes mentir; ¿es acaso algun secreto que yo no deba saber, hijo mío? Es preciso que hables; deseo saber dónde ibas á caballo á estas horas.

—El duque de Romaña, respondió Agosto sin revelar la menor emoción, tiene mucha razón en pensar de que yo no me rebajaría hasta mentir en su presencia. Una causa que me es enteramente extraña, me alejaba momentáneamente de palacio: iba á Cattólica al pie de los muros de una prisión.

—¿Y qué ibas á hacer allí? replicó el duque estremeciéndose al recuerdo de Marina; nada de lo que allí pasa transpira fuera; y nadie sabe quién entra ó sale en los dominios de don Ramiro. ¿Qué te lleva, hijo mío, á los muros de una prisión?

—Excelencia, este secreto no es mío, pero pienso que no cometo una indiscreción repitiendo estas palabras de la duquesa de Ferrara: ¡es una noble y santa misión ir á consolar á los que sufren!

—¡Ah, ah! ¿un mensaje para el conde Astorre? dijo Borgia con un aire terrible.

—Sí, para dulcificar el fastidio de las horas que debe aun pasar en un calabozo, voy á hacerle oír una lastimera canción; la duquesa acaba de enseñármela.... Era tan dulce su voz, que la he retenido muy bien. Para ella la compuso el conde en días mas felices, y el pobre prisionero, si mi voz puede llegar hasta él, sabrá que la hermana del duque de Romaña solicita de vos su perdón.

—¡Está eso bueno!.... ¡Ah! ¡qué ingenioso es el corazón!.... ¡bello aprendizaje por cierto, hace en estas circunstancias un joven á quien reserva un brillante porvenir el hijo de Alejandro VI!

—Señor, cuando una mujer manda, es un deber obedecerla.

—Mejor que mejor, Agosto, añadió el duque con singular ironía: reconozco en esto los efectos de la severa educación que reciben los niños

en la montaña de San Marino al soplo del republicanismo.... ¡Vive Dios! que hacia mal en tener por rústicos á hombres tan corteses.

—Señor, replicó el jóven sosteniendo la mirada de su padre, ¿ha dependido acaso de mí el no haberme quedado en la montaña, y no habeis contado para amoldarme á los usos de vuestra córte, con la fuerza del ejemplo? Y cuando la hermana de mi padre me dirige una súplica....

—¡Una súplica, hijo mio, una súplica!

—¿No es una órden para mí? Seria injuriar á los buenos y nobles habitantes de San Marino suponer que pudiesen permanecer pasivos cuando pueden servir á complacer ó alguno. Ignoro el destino que me prepara el duque de Romaña, pero seguiré siempre el impulso de mi corazon, y cuando éste me diga: haz esto, lo haré.

—Con que Agosto, ¿vas á cantar al pie de las paredes de la prision? ¡y eso es obrar bien! ¿y es la duquesa de Este la que te ha enseñado la cancion?.... Pero yo quiero saber la letra de esa cancion; tú me la dirás.... Canta, canta, te digo.... No debo yo oir lo que puede repetirme el eco.... ¿Te intimidó yo.... yo, tu padre?

—Dispensadme, señor, no me atrevo.... Es una chanza de vuestra excelencia el quererme oir cantar.... ¿Qué importancia podeis dar á esa cancion?.... Os repito que no me atrevo. Es una cosa original ver al duque de Valentinois escuchar en presencia de su justicia mayor la voz trémula de un escudero.... Ya, señor, otra vez vuestro capricho me hizo cantar, y no podré olvidarlo; era un lazo tendido á mi respeto.... Bajá-bamos por el camino de la montaña, por aquel camino que temblaba yo no volver á subir jamás.... Pero veo brillar la cólera en vuestros ojos.... Obedezco, señor, obedezco á mi padre.

Con voz tímida cantó la canción que acababa de aprender, y al escucharle Borgia sentia desvanecerse el enojo que se habia levantado en su pecho; experimentaba poco á poco la influencia del sentimiento que habia inspirado aquella cancion; el reconocimiento y el amor se mezclaban con tanta gracia y abandono en ella, que la calma volvió enteramente á su alma.

—Gracias, hijo, gracias; la costumbre de mandar hace á veces caprichoso á uno, como has dicho. Marcha á cumplir la mision que te ha confiado nuestra hermana Lucrecia.... ¡La compasion es tan poderosa en el corazon de las mugeres! Quiero hacer aun mas por ella. Penetrarás en el calabozo del conde de Astorre; le dirás que la duquesa de Ferrara acaba de obtener que sea puesto en libertad, y que el soberano de la Romaña está muy contento de haber complacido á su hermana.

—¡Ah, señor! exclamó el jóven besando las manos de su padre; ¡voy á romper unas cadenas! Esta vez no será burlada mi esperanza.

—Agosto, respondió el duque moderando esta impaciencia, la política paraliza frecuentemente los buenos movimientos del corazón de los príncipes. Tenemos razones para retardar por un día, por dos tal vez, la salida de la prision del conde Astorre, y con nuestros agentes es siempre prudente explicar por motivos plausibles nuestra conducta. Escucha, hijo mio, y que mis palabras te hagan comprender que el que es dueño de tantos señoríos no lo es siempre de sus propias acciones.... Don Ramiro, acercáos, exclamó; vais á acompañar á nuestro escudero Agosto á vuestra prision de la Cattólica, á fin de que inmediatamente ponga en libertad, colmándoles de obsequios y atenciones, al cardenal de los Ursinos y al pronotario de Bentivoglio, á los que dareis una escolta que los lleve á donde gusten: les direis ademas que el duque de Valentinois les envia este jóven con encargo de presentarles sus excusas por la equivocacion que han cometido vuestros agentes arrestándolos arbitrariamente, á pesar de su salvo-conducto. Hareis abrir en seguida el calabozo del conde Astorre, á fin de que nuestro escudero Agosto pueda hablar libremente con él. Marchad, tal es nuestra voluntad.... Una palabra aun; si entre los prisioneros se hallase alguna muger, alguna mendiga, ¿qué sé yo? alguna persona sin importancia política, que quisiese poner en libertad nuestro escudero Agosto, que se haga lo que mande: tal es tambien nuestra voluntad; marchaos.

Había en la voz, en el porte del duque un carácter tal, repentino de bondad y grandeza, que enterneció al jóven, y apoderándose de nuevo de la mano de su padre, estampó en ella un ardiente beso.

Valentinois, bajándose un poco, añadió con el acento mas tierno, pues se dirigia únicamente á su hijo:

—Acabo de confiarte, hijo, uno de los mas nobles atributos de mi poder: sé un ángel de paz en las tinieblas de la prision: sé un mensajero de esperanza: da á los demas la felicidad que yo no tengo.... ¡Yo! palabra que frecuentemente está en mi boca: ¡yo! palabra impia para el gefe: ¡yo! no debo tener nada en la tierra, si quiero dominar en la tierra; yo, con esperanza ó terror no podré gustar los placeres, las alegrías cedidas á los que rodea y protege mi poder. ¡Yo soy príncipe!

Hablabá Borgia con voz débil, apagada, y atrayendo involuntariamente al jóven á sus brazos, túvole un momento estrechado en ellos, y fijando su mirada sobre su sencilla y candorosa frente leia en sus ojos la dulce emoción que le causaba, buscaba en el desórden de su cabellera

como ocultos secretos, como misterios que deseaba sorprender....Y el estremecimiento de aquel ser sensible, que poseía así, que estrechaba por la fuerza de un sentimiento, dándole el primer éxtasis que había jamás sentido, le hacía olvidarse del mundo.... Pero Agosto viendo correr lágrimas por las mejillas de su padre, cedió él mismo á la voz de la sangre y no pudo contener esta exclamacion natural: ¡padre mio! ¡padre mio! Entonces la cabeza del árbitro de la Romaña cayó lánguidamente sobre su pecho, secóse su llanto, apagóse su mirada: pasó su mano por su rostro, cual si despertase de un penoso ensueño: y de repente, con voz fuerte, exclamó dando una palmada en la espalda de su escudero, y levantando la cabeza:

—Marcha, hijo, marcha á cumplir las órdenes de la duquesa de Ferrara, y piensa que eres un enviado del duque de Romaña, investido del derecho de poder dar la libertad....

Despues con aire enternecido añadió:

—Agosto, piensa en tu padre, que nunca mejor que ahora ha comprendido el placer que causa el hacer bien.

Hizo una señal, los criados que le alumbraban echaron á andar, y agitado siempre de las impresiones que por la vez primera acababa de sentir, entró en el aposento de su hermana.

XXIX.

Acostumbrado Ramiro á ver solamente las cosas que se le permitia ver, á pensar lo que le mandaban pensar, tomó de las manos del esbirro que lo llevaba el casco de Agosto, se lo entregó con el mas profundo respeto, y se puso en camino para la Cattólica con el mismo celo que si se hubiese tratado de una mision enteramente contraria. Eso hay de bueno en los hombres-instrumentos, que se mueven en cualquier sentido con una abnegacion verdaderamente admirable. Cuando se ha abdicado una vez el libre arbitrio humano, cuando se ha entregado en alma y cuerpo un hombre á otro hombre, este individuo se convierte en una fraccion del otro.

Llegados á la prision, la imagen de Lucrecia apareció á los ojos del jóven ciudadano del Titan. Se estremeció y suspiró despues. Era un pesar resignado. Ignoraba él mismo lo que pasaba en su alma.

Al penetrar Agosto por la temible puerta recibió una de aquellas im-

presiones siniestras que jamás se borran del alma, y de que en vano intenta ésta conocer la causa. Sintió como frío en el fondo de su corazón, y su alma pura sentía la influencia del ruido de los cerrojos.

—Aquí, pensaba interiormente, siguiendo á su sombrío guía, falta el aire, esto es un sepulcro. ¡Ah, cuándo volveré á mi montaña! allí es pura y ligera la vida. ¿Sabia yo acaso cuando estaba en ella lo que era un calabozo? Pero tampoco conocia estos nobles movimientos, que asombran mi pensamiento, que tan dulces ensueños me causan, que someten nuestra voluntad á la de otra.....No habia visto á Lucrecia!

Oyó en aquel momento un suspiro, y aun creyó que acababan de pronunciar su nombre: deteniendo sus pasos escuchó, pero el silencio de la noche habia vuelto á recobrar su imponente calma.

—¿No es una voz de muger la que ha venido á herir mi oído? se dijo á sí mismo. ¡Ay! todo está callado ahora, era tan dulce esta equivocación..... La duquesa de Este me acompaña con sus suspiros, y mi alma los recibe á pesar de la distancia que nos separa.... ¿Qué muger estaria en una prision sino una miserable aventurera? Sin embargo, en memoria de mi presencia en esta triste morada, usemos del derecho que se me ha confiado. Demos libertad á una muger.... ¡Una muger! mi padre lo ha dicho, ¡una muger! ¿Qué importancia política puede tener una muger? Mi corazón se conmueve al solo pensamiento de poner en libertad tal vez una madre, tal vez una amante..... y en los brazos de un hijo ó de un esposo me deberá la felicidad y sus caricias.... ¡Ah, yo sé cuanta felicidad se goza en los brazos de una madre! conozco el valor de las caricias de una madre, y sobre el seno de la que me ha dado el ser, no hay sueños que fascinen las miradas.... Marina á estas horas en la montaña piensa en su hijo; si no cierra el sueño sus párpados repite suspirando mi nombre.... ¡Buena madre! Cuán feliz seria y con cuánto orgullo querría mostrar un día á nuestros conciudadanos de que no soy indigno de llamarme hermano suyo!

Durante esta meditacion don Ramiro habia ido á buscar á los ilustres prisioneros. El cardenal y el pronotario, despertados de improviso, murmuraron al pronto, pero la idea de verse libres les consoló al punto del disgusto de un viaje nocturno, y el justicia mayor, empleaba por otra parte, tan buenas formas y tanta dignidad en su mision, que era imposible que pudiesen guardarle rencor.

—Estais libres, señores, dijo, ningun cargo pesa sobre vuestras augustas personas, y el error de mis agentes será debidamente castigado: así lo quiere su excelencia el duque de Valentinois, y su excelencia ha

encargado á uno de sus escuderos que presente á vuestras señorías sus excusas y la espresion de su sentimiento por este malhadado suceso. Tengo además orden de proporcionaros una escolta que os acompañe á donde quiera que gustéis.

El cardenal habia recibido esta especie de arenga con el aire digno y porte de un príncipe de la Iglesia: por su parte el pronotario mostró al justicia mayor el poco caso que hacia de tales excusas. Llegados á la presencia de Agosto, el jóven desempeñó con tal gracia su comision, que se desvaneció en sus almas hasta la menor sombra de resentimiento, y unida su libertad á las consideraciones y buen trato que habian experimentado durante su permanencia en la prision, hizo que desapareciese completamente su mal humor.

—Señores, dijo Agosto acompañándolos hasta la puerta fatal, pertenecéis á un rango y familia que tiene tambien el poder de hacer abrir las puertas de una prision.... No olvideis el tiempo que habeis pasado en esta. La libertad es el primero de los bienes, como habeis podido comprender.

—Gracias por el buen consejo, señor mio, respondió el cardenal; en efecto, hemos maduramente reflexionado bajo los cerrojos de este lugar de seguridad, y si fuésemos bastante débiles de espíritu para creer en lo que una vieja bruja nos ha pronosticado esta madrugada misma, bien pronto estaremos en el caso de poder usar de represalias. Pero....

—¿Está presà la Zingana? preguntó con viveza el jóven.

—Si, gracias al cielo y para tranquilidad de nuestros campos, señor escudero: pero á fè de cardenal que no hemos vuelto á pensar en sus impías predicciones.... Decirnos que la causa de los Ursinos debe quedar decidida dentro de tres dias, con gloria de la justicia, es mucho prometer: pero añadir que nada turbará ya nuestra tranquilidad, es demasiado contar con la intervencion divina. Los hombres son siempre hombres y Satanás dirige sus pasiones.

Agosto al nombre de la Zingana recordó á su madre. Dió gracias á Dios de poder dar libertad á aquella buena anciana mendiga, que tantas veces la habia sostenido con sus consejos, y muy recientemente aun, en su penoso viage.

—Volverá á la montaña, se dijo para sí: verá á Marina y le contará que el piadoso recuerdo de una madre protege por do quiera que su hijo puede algo: irá á darle un beso y decirle: he visto el hijo de tus entrañas: el jóven ciudadano ha roto mis cadenas.

Interrumpido en su meditacion por la marcha de los nobles cautivos,

solo pensó en seguir el impulso de su corazón, y en cuanto quedó libre para hablar á Ramiro, le dijo:

—El duque de Romaña me ha dado el derecho de poner en libertad un prisionero, señor justicia mayor, lo habeis oido: os pido, pues, la libertad de la gitana. No pienso que tengais motivo ninguno para rehúsármela.

—Sereis obedecido, señor mio, respondió el podestá. Las órdenes de nuestro amo son siempre obedecidas: pero en medio de la noche, sin guía, espuesta á los insultos de la soldadesca, ¿quién la defenderá? En interés mismo de vuestra protegida, jóven, mandaremos que se haga vuestra voluntad en cuanto amanezca.

—Don Ramiro, esa muger debe ser portadora de un mensaje consolador; quiero hablarla.

—Mañana estaremos prontos á vuestra obediencia, señor Agosto; el favor con que os honra nuestro amo os da el derecho de contar con nuestra promesa.

—¿Con que me lo prometeis, señor podestá? mañana volveremos juntos; veré á esa pobre muger y la dire: estás libre.

—Sí, señor escudero, tal es la voluntad del duque la Romaña.

—Ahora llevadme al lado del conde Astorre.

Entraron en el calabozo.

Mientras que el enviado de la duquesa de Ferrara penetraba en el oscuro asilo del jóven prisionero, y cumplia su mision; mientras que el ciudadano de una república pobre consolaba á uno de esos seres privilegiados á quienes el acaso daba el poder por derecho de herencia sin darle siempre los medios de ser poderoso; el que se habia hecho á sí mismo fuerte, y solo debía á su genio su superioridad sobre los demas, César Borgia, se hallaba muellemente sentado al lado de su hermana, y Lucrecia le hacia oir cuantas palabras dulces puede contener la boca de una muger.

—Mi querido hermano, le decia, te has mostrado bueno y generoso en no haber detenido los pasos de ese jóven, en haber permitido que penetrase en el calabozo de un prisionero.... Ya ves, César, la calma que da la esperanza. ¡Esta noche me verán en sueños los ojos de Astorre, y mañana su primer pensamiento será bendecirte!.... Si, hermano mio; se olvidan fácilmente los dolores cuando se ve el término de ellos.... Y el conde debe ser devuelto á las artes que ama, que cultiva.... ¿No es esto?... Y yo, César mio, no olvidaré jamás que te debo su vida y mi felicidad....

Dejóse ver en la fisonomía de Valentinois un no se qué de extraño y sardónico, y se contrajo su labio inferior, poniéndose á jugar con la cadena de oro esmaltado que llevaba sobre su pecho.

—Jamás habia comprendido mas vivamente, querida hermana, la felicidad que dá la clemencia, dijo con aquel tono compuesto que ocultaba siempre algun pérfido proyecto. ¡Qué contenta queda el alma despues de una buena accion! Impaciente estoy ya de ver en libertad al conde Astorre. Ha encontrado el secreto de fijar todas las miradas de Lucrecia Borgia, ha concentrado en él todos los pensamientos, le hace olvidar á su padre el pontífice y sus hermanos, príncipes poderosos, maridos errantes, y Alfonso de Este, cuyo tálamo honra.... ¿Sabes, Lucrecia, que es afortunado el doncel? Porque yo te encuentro hermosa, ¡siempre hermosa! Ahora que la inquietud no altera tu dulce semblante, vuelvo á ver en él tus gracias de otro tiempo.... Verdad es que no tengo como él largos rizos de rubios cabellos y la fresca palidez de la juventud; pero tengo un corazon, tú lo sabes, un corazon que palpita fuerte, cuando palpita.... Mira, pon aquí la mano, ¿no lo sientes?.... Pues bien, es tu presencia la que lo agita cual lo agitaba en otro tiempo....

—Cállate, César, cállate.

—¿Cómo me echas fieros á mí, Lucrecia! ¿Soy acaso algun Tarquino para lanzarme una mirada tan terrible?..... ¡Vamos! ¡No podré olvidar que me has dicho hace poco, que la inocencia ha vuelto á renacer en tu alma, y debo creerte; confidente de tus amores, tercero coronado puedes pensar que quiero hacerte pagar un servicio!... Si se lo hiciese á nuestro padre, podria encontrar chistoso el soplarle su querida, y volvérsela despues de haberla besado y rebesado bien... Pero tú ¿qué puedes temer?... Vamos, menos dengues, y no tengas miedo...

—No puedo menos de tenerlo, ¡tiemblo!..... El infierno brilla en tus ojos.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

—¡No te rías de ese modo, hermano mio! Te lo pido de rodillas. Si supieses cuánto mal me causa tu risa y tu mirada... ¡No puedo comprenderte! ¿No tienes compasion en tu corazon? ¡Porque en fin, tú has visto, tú has oído al prisionero!... y tú no te has apresurado á devolvérmele y á decirme: hermana mia, aquí le tienes... ¡Ah! ¡César, tú no has amado jamás!

—Calla, Lucrecia, te digo yo ahora, cállate: hay llagas que no pueden tocarse sin causar terribles dolores...

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué pasa en tu alma?... Hermano mío, ten compasión, mírame de rodillas delante de tí como delante del Todopoderoso, y soy tu hermana! ¡y te lo repito, siento una cosa pura y santa que sostiene mis fuerzas! ¡Es el placer de los ángeles de que él es la imagen!... ¡César, tú le has visto! ¿es acaso un príncipe temible? ¿es un malvado, un ambicioso? ¿es un enemigo peligroso?... ¡Tú le has visto! Tú debes escusarme de querer iluminar su calabozo con una dulce esperanza, porque tú me lo devolverás; tengo tu palabra, hermano mío... Mañana, ¿no es esto? Tú me lo has dicho. ¿Es un exceso de prudencia el que lo tiene aun preso?.... y ahora que el joven escudero le habla y le mira, ¡no querrás desmentir tus promesas, no querrás matar á tu hermana!

—¡Local levántate... ¡levántate pues! ¡Me has conmovido! ¡Y me acusas de no tener compasión cuando las lágrimas se agolpan á mis ojos!

—¡Ah! exclamó Lucrecia arrojándose al cuello de su hermano, déjame besarlas y alimentarme de ellas. ¡Lágrimas! ¡en los ojos de César! ¡Cuán grande eres para mí de repente! ¡Cuánto respeto me impones, ahora que te hallo sensible, ahora que llevas un corazón de hombre bajo esa corteza de príncipe... Perdóname, loca estoy en efecto... ¡He dudado del fervor de mis oraciones y de mi fé!... ¡Mal, muy mal hecho! He osado acusar á mi hermano en mi pensamiento... ¡Cuán feliz soy!... Aguardaré tranquilamente, César mío, aguardaré un día, un día entero... ¿Estarás contento?

Y arrojando, en su desorden, los velos que cubrían su cabeza la reclinaba sin temor sobre el pecho del duque, le rodeaba con sus brazos y sus cabellos, sonreía con él tierna y apasionada: besaba sus manos y su boca entreabierta daba salida á ardientes suspiros. ¡No pensaba que hubiera crimen en esto! tan santo y poderoso era el sentimiento que la protegía!... ¡Valentinois también se embriagaba puramente con estas caricias! Pero poco á poco se alteró la expansión de su semblante, una expresión de duda oscureció sus facciones, y el pensamiento que destruía su corazón dejóse ver más terrible que nunca.

No me ha sido dada esta felicidad, se dijo á sí mismo, jamás he amado... Jamás he gozado bajo el peso del poder, lo que ella goza. ¡Y voy envejeciendo tan pronto!

Después, por última caricia, dando un casto beso en la frente á su hermana, volvió á tomar aquella actitud de príncipe, que raras veces abandonaba y su lenguaje ocultó la turbación de su alma.

—Muy ingratos seríamos, Lucrecia, en rehusar hoy á los demás la

tranquilidad que Dios nos concede. ¡Vive Dios! nunca he dudado de la proteccion especial de la Providencia. Participarás la alegría que experimento, Lucrecia. ¡Mi mas mortal enemigo, mi rival, el cardenal de la Rovera, es mi prisionero!... Antes de venir á tu lado he recibido tan importante noticia. Mañana podrá contemplarme en toda mi gloria: mañana le veré confuso... Mañana tambien el duque de los Ursinos y el ministro de Petrucci vienen á ajustar un tratado de paz...

—¡Con que los rebeldes están sometidos y arrepentidos, César! No mas temores...

—No están castigados: viven, y lo que no pudieron hacer ayer, podrán intentarlo aun mañana... é instruidos por la esperiencia, se vence, ¡hermana mia!...

—¿Qué quieres hacer? Los pueblos te miran: aguardan de ti justicia y seguridad.

—Los pueblos se alegrarán, Lucrecia... Adios.... Duermes, hermana mia: sé feliz y está tranquila, porque Astorre, en su prision, ha recibido tu mensaje... tambien está tranquilo y feliz...

Detúvose: una involuntaria emocion agolpó de nuevo las lágrimas á sus ojos; empero el esfuerzo que hizo las ocultó á las miradas de la duquesa de Ferrara, y se apresuró á separarse de ella.

Así que hubo llegado á su cuarto, se colocó delante de la ventana, y desde lo alto de la torrecilla buscó en la aldea que dominaba la casa que habian convertido en prision en nombre de su soberana autoridad; pero la noche era sombría y si algunas luces resplandecian como estrellas, no tardaban en desaparecer, cual en el firmamento desaparecen ligeras las exhalaciones.

¡El ambicioso príncipe hubiera dado al presente sus coronas por uno de esos abrazos que no proporciona el oro! lo positivo de las cosas materiales no tenia ya atractivo para sus sentidos. No le causaban ilusion ya las miradas de algunas mugeres que atraia su córte por el deseo de agradarle. No encontraba en sus recuerdos nada de lo que ahora deseaba. Y el sentimiento del amor puro, que jamás lo habia conocido, lo llamaba como un nuevo medio de agrandar su existencia, de espiritualizar sus menores concepciones. Lo llamaba porque sus conquistas no tendrian ya valor sino con esa condicion. Lo llamaba como una esperanza, como una promesa, como una revelacion. Valentinois tiene el instinto de esta pasion: y su pensamiento errante, inquieto, le dice todos los vagos secretos que contiene ese vago tormento, esa necesidad de salir de un egoismo impto, círculo estrecho que sofoca siempre á los príncipes.

— Me mata la soledad de los campos, ¿y dónde hallaré, se decía, lo que hace á la vida tan bella, tan pura, tan llevadera, sino en las grandes ciudades?... ¡A ellas iré!... Necesito muchedumbre para mis triunfos, y en la muchedumbre encontraré tal vez, por que lo buscaré, y Dios me lo enviará, ese objeto de mis deseos.... Quiero un ser que salga de mí mismo, quiero tambien al despertarme dirigir un pensamiento á Dios por otra persona que no sea yo.... Cerremos aquí mi vida pasada, puesto que es posible empezar una vida nueva.... ¿Posible?... Si la Marca de Ancona me lleva á Roma, seguiré la via Flaminia y Sinigaglia; no me detendré, lo espero largo tiempo.... Roma, Nápoles, París, ¡el mundo! Lo necesito todo para encontrar la felicidad.... lo necesito para distribuirlo despues en beneficios.... lo quiero como es de mi padre, como debe ser de cualquiera que sepa dirigirle hácia el progreso que reserva el porvenir.... Amar es, lo conozco, el manantial de todo bien en la tierra, y yo amo, sí, amo un ser que no conozco aun; que jamás he visto, que llamo, que vendrá. ¡Amo á una muger! una muger que me volverá amor por amor, caricia por caricia: una muger cuyo recuerdo me dará un pensamiento á cada latido en mi corazon, por quien viviré, por quien querré la gloria.... Y mi nombre resonará bendecido en su oido. Y su boca querida lo repetirá sin temor al universo.... Una muger que esté orgullosa de mí, como yo estaré loco con ella, y para siempre.... por que la felicidad es el cambio de sentimientos, la reciprocidad constante....

Detúvose, y despues de algunos momentos de silencio, prosiguió:

—¿Empero basta amar para inspirar las mismas emociones, los mismos trasportes?... ¿Corresponde en efecto Astorre á la ternura que Lucrecia ha concebido por él con tanta violencia?... ¿Esta pasion tan poderosa se halla exenta de dolores?... ¿Quién me dirá si dos corazones que se entienden, se entienden verdaderamente en los mas lijeros matices del sentimiento, en los mas profundos pliegues de los mas delicados pensamientos? ¿Quién me dirá si mi hermana es tambien para Astorre un manantial de felices ilusiones, y el objeto de todos sus deseos, sino es Astorre mismo?... Le hablaré.... Ganaré su confianza.... Sabré distinguir todo cuanto el amor produce en el corazon del hombre.... Iré á su calabozo, con un modesto traje.... con el que llevaba en la montaña.... fingiré ser enviado por el duque de Romaña.... O mas bien por Lucrecia.... ¿qué importa?... nada debe permanecer oculto á los ojos del principe que tiene la facultad y la voluntad de ver: quiero ver, y veré.

XXX.

—Deliciosa mañana, señores, exclamó Borgia al despertarse: ¡qué hermoso día anuncia!

Algunas horas de un sueño tranquilo, una dulce serenidad de alma, momentánea, es verdad, pero tanto mejor sentida cuanto era rara, y de ordinario de corta duración, hacían nacer esta exclamación: por que era una mañana de Italia, una de esas cosas á que se hallaba acostumbrada la vista. El alma es el criterio que nos hace apreciarlo todo: la piedra de toque de nuestros sentimientos, el crisol donde todo se purifica: vemos siempre al través de nuestras sensaciones pasajeras: ellas son las que oscurecen ó iluminan el horizonte, y el sol mismo sufre su influencia ó al menos no triunfa de ella.

El duque de Romaña dirigía la palabra á sus oficiales, á los que desde la víspera había invitado á que viniesen á hacerle la corte á la hora de levantarse. Los movimientos secretos ó los caprichos de su alma, no podían, por constantes que fuesen en atormentarle, hacerle olvidar los intereses positivos de su ambición. El espíritu de príncipe le era demasiado familiar, tanto el hábito había adelgazado los órganos secretos, las ruedas ocultas de su carácter, para que desconociese un solo instante la prudente y pomposa hipocresía, la saludable é imponente autoridad. La naturaleza que le sometía como cualquiera otro hombre á las leyes de la vida vegetativa, debía inspirarle también sentimientos comunes á todos los seres sometidos á los mismos sentidos: ¿pero qué efectos podían producir los gérmenes ocultos en su alma? ¿Por qué formas debían revelarse impresiones ordinarias, fecundadas por su poderosa energía? ¿Qué resultado debía traer su individualidad distintiva? ¿El príncipe y el hombre se hallaban tan perfectamente unidos que no debiesen separarse más?

—Señores, añadió, al concedernos Dios el descanso de la noche, no ha permitido que estuviere pronto á hablar con vosotros cual lo hago de costumbre. Os pido la libertad de dirigirme desde luego á Dios, señores: todo viene de arriba.

Hízose traer su relicario: era un pedazo de la verdadera cruz, encerrada en un armario de plata sobredorada, engastado de pedrerías. Sobre

el paño del fondo, Pedro Perugino había pintado un Cristo en la agonía, y sobre las portezuelas se veía en la una un papa arrodillado con la tiara en la cabeza: y en la otra un jóven guerrero de pié, apoyado sobre una lanza. Estas dos figuras de santos, por un capricho habitual á los pintores de aquella época, representaban retratos: el uno era el del artista, el otro el de su discípulo Rafael Sancio.

Colocado el relicario sobre un tapete de terciopelo carmesí, bordado con las armas pontificales, Valentinois se santiguó devotamente doblando las rodillas; y recitó en voz baja el *confiteor*, dándose golpes de pecho. Entre los asistentes, admiraban unos el trabajo de la platería, otros la belleza de las pinturas: aquí se asombraban de una devoción tan poco en armonía con la conducta ordinaria del duque, allí participaban de sus piadosos sentimientos. Pero lo que mas merece contarse es lo que ninguno podía ver, lo que solo Dios estaba en estado de conocer, la sinceridad, el candor de este movimiento religioso. La importancia de cada palabra de la fórmula sagrada, crecía en el alma del príncipe que la recibía mentalmente: era un arrepentimiento sin nombre, un espíritu de penitencia interior, y filtrándose en el corazón, sin saberlo la voluntad, era una exaltación desconocida á aquella alma entregada toda hasta entonces á los vínculos del mundo y de la carne, que por primera vez se deshacía de ellos, libre y pura por la oración.

Con los ojos fijos sobre las imágenes del relicario, el señor de la Romaña, en su recogimiento, las miraba al principio vagamente, con la distracción de un espíritu preocupado; y despues poco á poco encontrando un involuntario atractivo en ellas, fueron el objeto de sus pensamientos. El sentimiento en su mas elevado punto es el sentimiento religioso, porque comprende todo, como Dios hácia el que se transporta. El arte es el signo exterior del sentimiento, y la idea se adhiere fuertemente á la obra, cuando la mano que la ejecuta está guiada por una fé viva, una convicción sincera. El hijo de Alejandro VI, el conquistador de tantas provincias, el príncipe temido, era el esclavo allí, el juguete del pobre artista á quien le había creído pagar con liberalidades pecuniarias. Permanecía arrodillado delante de la obra del arte! El sentimiento le había llevado primero á presencia de la imagen; ahora era la imagen la que le retenía en la humilde postura, y prolongaba así el sentimiento. Es muy difícil, en efecto, cuando el pensamiento coloca á uno sobre el vulgo, cuando las facultades intelectuales obran noblemente, dejar de experimentar un no sé qué de santo, de solemne y de dulce á la vista de las pinturas de Pietro Perugino. Hay tanta vida en sus

personajes, tanta expresion y fé en sus miradas, tanta alma en su postura, tanta gracia y abandono en el conjunto de sus cuadros, que hablan á la imaginacion y revelan muchas cosas ignoradas á los que los contemplan. Valentinois, bajo el encanto de este arte poderoso, meditaba delante de aquellas nobles figuras; empero en aquel mismo piadoso acto hallaba el recuerdo de su hermana Lucrecia: la imágen de su amante prisionero se ofrecia involuntariamente á sus sentidos: arqueó las cejas: recibió su corazon una de esas impresiones desagradables que turban frecuentemente, sin que nada las esplice, la calma de nuestra alma. Separando inmediatamente los ojos del relicario, besó el lugar en que se veia el precioso pedazo de la cruz del Salvador: despues levantándose, dijo cubriendo su cabeza con una toca de terciopelo:

—Ahora, señores, os saludo. Os he convocado aquí para daros una noticia muy conforme con vuestros deseos y mi impaciencia de volver á ver la Ciudad Santa y nuestro Santo Padre. El duque de los Ursinos y Antonio de Venafre van á venir aquí esta mañana para concluir un tratado de alianza. Dios nos manda el olvido de las injurias, señores, y estamos á la cabeza de los pueblos para darles este ejemplo de la observancia del precepto cristiano. Por otra parte, aguardamos á un prisionero que es nuestra voluntad recibir con todo el aparato de nuestro poder guerrero. Su nombre es un misterio: no tardareis en conocerlo. No sé lo que sucederá de todo esto, porque los hombres son mudables y los sucesos frecuentemente muy imprevistos, pero suceda lo que suceda, cuento con vuestra adhesion. Nuestra causa es santa, señores, y no nos abandonará la Providencia.

En aquel momento entraron el secretario y el canceller: el duque vió sobre su rostro el abatimiento que no podian dominar en las malas circunstancias, pero continuó:

—Los confederados, que yo ayer llamaba aun rebeldes, tratan conmigo de potencia á potencia. Nunca es cara la paz aunque sea á costa de mi vanidad. La politica de la Santa Sede es de esencia evangélica. Todo lo que puede evitar la efusion de sangre debe ser la regla ordinaria de los príncipes que militan bajo la bandera pontifical. Los confederados ocupan á Fano y el ducado de Urbino; pero conocen vuestro valor porque han combatido con vosotros por nuestra causa, y os temen. Yo haria otro tanto en su lugar. Sin embargo, por muy dispuesto que esté á terminar amigablemente las diferencias que prolongan el malestar de la Italia, la prudencia de una sana politica nos manda estar dispuestos á combatir y marchar adelante.

Habíase escuchado con un silencio glacial la alocucion del duque, pero estas últimas palabras escitaron un murmullo de aprobacion. Los combates eran para aquellos gefes de armas toda su ambicion: para los unos, y era el mayor número, el botin, las exacciones, todo el desórden que acompaña á un ejército en marcha, les proporcionaba ventajas, con las que contaban siempre secretamente al estipular las cláusulas de su alistamiento, palabra honrada con la que disfrazaban la venta de sus servicios y la vida de sus soldados: para los otros, el deseo de adquirir nombradía y perfeccionarse en el oficio de la guerra, les hacia mirar como un tiempo perdido el que se pasaba en el descanso. Además, es un sentimiento natural de todo guerrero el amar las escenas de sangre y los azares de la guerra. Valentinois conocia demasiado bien el espíritu de sus condottieri y la manera de disponerlos favorablemente, para no sacar de ellos cuando queria esos rumores de aprobacion que le lisonjearan siempre á pesar suyo, aun cuando los despreciase cuando él mismo era el motor de ellos. Lo mismo que el artista goza con los sonidos que produce sobre un instrumento, así se escitaba con el entusiasmo que hacia nacer. Esta es una ilusion de príncipe.

Durante estos aplausos, Agapito, aproximándose á su amo, le habia anunciado que los habitantes de Camerino se habian insurreccionado.

—¿A instigacion de los Ursinos, Agapito? habia preguntado en voz baja, ocultando la turbacion que le causaba esta inesperada noticia. ¡Traidores! ¡Bien meditados estaban sus complots! ¡Estallar aun despues de renunciar á aprovecharse de ellos!... Pero ¿quién me asegura que renuncian á ellos? La Rovera es mi prisionero, el duque de los Ursinos está á la puerta del castillo. ¿Tal vez será un lazo?... Con tales enemigos no hay mas que un medio para concluir con ellos....

Estas amenazas tan frecuente y tan vagamente espresadas, pero siempre tan bien justificadas, asomaban apenas á sus labios; impaciente por verse libre, prosiguió dirigiéndose á sus oficiales:

—Repito otra vez, señores, que ignoramos completamente el aspecto que podrán tomar los sucesos, pero que á toda hora, así de dia como de noche, estén vuestros soldados prontos para ponerse en marcha. No se hace la paz noblemente sino cuando se está decidido á sostener la guerra. Marchaos, señores; os damos gracias de los sentimientos de adhesion que habeis mostrado por los intereses de la Santa Sede.

El ruido y el movimiento que produjo la salida de los hombres de armas, permitió al duque reponerse del golpe que acababa de recibir. Recorrió su pensamiento con la rapidez del relámpago la situacion de

sus enemigos, tal como las notas de sus agentes se la pintaban. Pero para apreciar las ventajas que podían hallar los rebeldes en hacer la paz ó en continuar, sin el socorro de la Rovera, una guerra en la que infaliblemente debían sucumbir, y avergonzado de haberse inquietado sin motivo, respiró con toda la libertad que reclamaban sus vastos pulmones; después, solo con sus confidentes, les dijo:

—Siento una viva alegría siempre al ver el marcial ardor de mis gefes de armas, y estoy tentado á esponerme al azar de las batallas.... Pero hablad, Agapito, ¿los habitantes de Camerino se han sublevado contra mi autoridad? ¿Quién os ha dado la noticia? ¿Se sabe en el campamento?

—No, excelencia: el embajador de Florencia solo ha recibido el parte al mismo tiempo que yo, y se ha apresurado á venir á comunicármelo.

—Agapito, Maquiavelo es un hombre hábil de quien es preciso desconfiar prudentemente.... Oído también, Spanocchi.... Cuanto mas celo y apresuramiento manifiesta en servirnos, mas debemos creer que está interesado en lo contrario: es preciso tratar á los hombres por la medida del mal que pueden hacernos. En vuestras conferencias con el florentino sed circunspectos, ó decid la verdad: este es el mejor medio de desconcertar á las gentes diestras.... ¿Han sido cumplidas puntualmente todas mis órdenes? Spanocchi, ¿habeis visto á Tomás Spinelli? ¿se ha apoderado del cardenal de los Ursinos á la salida de su prision para alejarlo de aquí lo mas pronto posible?

—Excelencia, el cardenal ignora que el duque su hermano se halla en el campamento para tratar á nombre de los confederados, y en este momento camina sobre las tierras de Baglioni.

—Está bien; es preciso ganar tiempo y hemos escrito á nuestro Santo Padre que no ratifique el tratado que vamos á concluir, mientras que el cardenal no lo haya suscrito él mismo y todos los señores contratantes, ¿entendeis? En cuanto al pronotario de Bentivoglio, Agapito, ¿lo habeis detenido á vuestro lado? ¿Le habeis hecho entender de parte nuestra que para concluir arreglos igualmente ventajosos á nuestras familias se podría, si consiente en abandonar el estado eclesiástico, formar una union íntima.... un matrimonio?.... ¿Habeis hablado de nuestra prima? ¿Habeis dicho que la hermana de Borgia es hermosa y rica?

—Jamás fallan las previsiones de su excelencia. El pronotario es ambicioso....

—Le habeis hecho entender que me interesaba menos poseer á Bolo-

nia, en definitiva, que conservar mis posesiones en Romaña, y que podríamos obtener en este punto cuanto quisiésemos del papa.

—Está en nuestra naturaleza el creer fácilmente lo que está conforme con nuestros deseos. El pronotario ha comprendido este razonamiento. Pienso que los Bentivoglios están ahora interesados en particular y separados enteramente de la causa de los rebeldes: además Spinelli no se separará de él.

—Perfectamente, podemos sin riesgo deslizar en nuestro tratado una cláusula que los señores de Bolonia no puedan firmar, y nuestras convenciones con los otros paralizarán su propio movimiento... ¡Cuántas astucias para llegar á este objeto, que ni nos da la tranquilidad ni satisface enteramente nuestras facultades! Está todo previsto para nuestra entrevista con la Rovera?... ¿Habeis visto al duque de los Ursinos? ¿Os habeis entendido con él sobre todos los puntos?

—Una entrevista de muchas horas ha servido para los preliminares de esta alianza: el duque y Antonio de Venafre muestran aplomo, hasta audacia.

—Lo creo, esta rebelion de Camerino los anima. Però os lo repito, sacrificad en esta circunstancia mis intereses, y si es necesario, mi dignidad. Es preciso que se haga esta paz: es preciso que dé una ventaja á mis enemigos: con todo, disputad, no cedais el terreno sino con trabajo, aparentad, sufrir la influencia de su superioridad... Es preciso darles seguridad, seguridad es lo que yo quiero inspirarles. Sentáos, escribid. Es bueno siempre saber todo lo que se debe hacer... Además, un borrador facilita mucho el trabajo.

Sentáronse los confidentes y Valentinois paseándose por el salon, comenzó á dictarles:

Acuerdo entre el duque de Valentinois y los confederados.

Acuerdo, me importa que sea esa la palabra.

«Sea notorio á las partes mencionadas que suscriben, y á todos los que las presentes vieren, como el duque de Romaña de una parte, y de otra los Ursinos, así como sus confederados, deseando poner fin á las diferencias, enemistades y mala inteligencia que han surgido entre ellos... al margen:

»Se unen por una paz y una alianza verdaderas y perpétuas, olvidando los agravios é injurias que puedan haberse inferido hasta el presente dia. ¿Habeis puesto olvidando? Está bién. Prometiéndose recíprocamente no conservar resentimiento alguno: y en conformidad de las espresadas paz y union, su excelencia el duque de Romaña recibe en

su confederacion, liga y alianza perpétuas á todos los precitados señores y á cada uno de ellos, y promete defender los estados... de todos en general y de cada uno en particular. *Defender los estados*, hé aqui lo que es preciso que obtengan de vos, Agapito. Defender los estados de todos en general y de cada uno en particular contra.... toda potencia que quisiese molestarlos ó atacarlos... por cualquier causa que fuese... ¿Por qué os asombráis, Agapito? Yo sé lo que me hago, continuad escribiendo. El honor y las consideraciones debidas á la Santa Sede exigen que insistais sobre la cláusula siguiente... Será admitida ó rechazada... escribid:

»Exceptúanse, sin embargo, siempre el papa Alejandro VI y su magestad cristianísima Luis XII, rey de Francia... Hé aqui bien entendido Agapito, que si reclamais todo lo que es peligroso para mí no cedereis sobre esta cláusula... No quiero discusiones largas con esos plenipotenciarios. Pero ¿qué piden? ¿Qué exigen?

—Que su excelencia prometa continuar á los Ursinos y á los Vitelli sus antiguos compromisos del servicio militar bajo las mismas condiciones.

—Lo prometo.

—Pero piden que su excelencia no obligue mas que á uno de entre ellos á su eleccion á servir en persona.

—Adelante.

—Que se comprometa ademas á hacer ratificar el tratado por el Padre Santo, con la condicion ademas de que, Su Santidad no podrá obligar al cardenal de los Ursinos á fijar su estancia en Roma.

—Basta, escribid.

«Prometiendo por otra parte, en los mismos términos, los espresados señores concurrir á la defensa de la persona, estados de su excelencia, asi como á la de los ilustrísimos don Zofre Borgia, príncipe de Squillaci don Rodrigo Borgia, duque de Sermoneta y de Biselli, don Juan Borgia duque de Camerino, todos hermanos ó sobrinos de su excelencia, el duque de Romaña.

»Ademas, como la rebelion y la invasion del ducado de Urbino y de Camerino acontecidas durante las mencionadas malas inteligencias. Insistireis sobre el hecho de Camerino, Agapito. Todos los mencionados confederados y cada uno de ellos de por sí, se obligan á concurrir con todas sus fuerzas al recobro de estos estados y demas plazas y lugares sublevados é invadidos. Es de toda justicia, que sea así, ademas yo accedo á todas sus demandas. Continúad:

»Su excelencia el duque de Romaña, se obliga á continuar á los Ursinos y á los Vitelli sus antiguos alistamientos en el servicio militar, bajo las mismas condiciones...

»Promete ademas no obligar sino á uno de entre ellos á su eleccion, á servir en persona: el servicio que podrán hacer los demas será voluntario. ¡Soy clemente!

»Se obliga tambien á hacer ratificar el presente tratado por el soberano pontífice, el que no podrá obligar al cardenal de los Ursinos á permanecer en Roma viviendo, sino en tanto que tal fuese su voluntad. ¡Puede creerse que Alejandro VI, el gefe de la cristiandad, suscriba este artículo! Sería demasiado insulto... Pero escribid Agapito.

»Ademas, existiendo algunas diferencias entre el papa y el señor Juan Ventivoglio, los mencionados confederados convienen en que se someterá al arbitraje sin apelacion y el cardenal de los Ursinos, del duque de Romaña y el señor Pandolfo Petrucci. Dejareis pensar al promotorio, que Pandolfo y el cardenal no harán en esta materia mas que lo que me agrade... Los Bentivoglio no suscribirán á este arreglo. Añadid:

»Se obligan tambien los mencionados confederados todos y cada uno de ellos á que tan pronto como sean requeridos por el duque de Romaña entregarán en sus manos, como rehenes uno de los hijos legitimos de cada uno de ellos, en el lugar y tiempo que tenga por conveniente señalarles. La dureza de esta clausula debe tranquilizarlo sobre todo. Proseguid:

»Prometen ademas los mencionados confederados todos y cada uno de ellos á advertirse y comunicarse cualquiera trama, que contra alguno de ellos llegase á su conocimiento.

»Convenido ademas entre el duque de Romaña y los mencionados confederados, el mirar como enemigo comun de todos al que faltare á las presentes estipulaciones, concurriendo á la ruina de los estados que con ellas no se conformaren. Agapito, no firmaré mas que este acuerdo, con esta fórmula, sin cambiar ni una sola sílaba: tal es mi soberana voluntad. Id á buscar al duque y al ministro de Petrucci, y que todo esté listo en poco tiempo. Spanocchi, dadme vuestra copia.

Anunciaron la llegada de Maquiavelo, y se retiraron el secretario y el canciller.

—¿Y bien? ¿Qué me decís de esa noticia de Camerino, señor enviado de Florencia? exclamó Valentinois adelantándose á recibir á Maquiavelo: es un plan arreglado, fijo: aquí el duque de los Ursinos para ador-

mecerme con la esperanza de un arreglo, y allá abajo los otros ganando terreno cada día, estendiendo la rebelion.... ¡Estoy resignado!.... Os doy gracias, Maquiavelo, de la prontitud con que me habeis hecho prevenir de este nuevo contratiempo.... Con la ayuda de Dios, yo saldré de esta situacion, y la paz.... Si, la paz que vamos á concluir me proporcionará, lo espero, el medio de reparar todo el mal.... ¿Qué me quereis en este momento? Tengo empleado todo este día. Pero, os lo repito, teneis mas que nadie derecho de hablarme á todas horas, y os suplico que hoy esteis lo mas que podais á nuestro lado....

—La conclusion del tratado ocupa todos los ánimos: corren los rumores mas contradictorios sobre él, como es costumbre, y miraria como un favor especial que el duque de Romaña se dignase decirme lo que deba creerse como cierto en este asunto....

—¿Por qué dar la menor importancia á esas hablillas sin fundamento? No creais á nadie mas que á mí, Maquiavelo; yo os diré la verdad. Este arreglo con los confederados está enteramente terminado. Si quereis conocer las condiciones, vedlas aqui: el papa les concede un perdón general. Renuevo á los Ursinos y á los Vitelli su alistamento militar. Pero no recibirán ni del pontífice ni de mí seguridad ninguna respecto á esto: al contrario, ellos son los que entregarán en mis manos como rehenes, sus hijos, sus sobrinos ú otros, á eleccion del papa. Deben ayudarme á recobrar el ducado de Urbino y á castigar á Camerino. Os prometo una copia de este acuerdo tan pronto como lo hayamos firmado.

—Pero vuestra excelencia ha tenido á bien decirme que Antonio de Venafre, á nombre de los confederados, le habia propuesto obrar contra Florencia, y que una de las condiciones de la paz era el marchar contra la república, y cambiar la forma de su gobierno.... La república es aliada de la Francia....

—Estad sin inquietud en ese punto. No se ha hecho mencion de Florencia. Yo no sufro que me hagan dos veces proposiciones desfavorables á mis aliados.... Porque aunque la señoría pierde un tiempo precioso y vacila largo tiempo en pactar conmigo, yo la miro como una amiga.... Me habeis dado seguridad de ello....

—Os la renuevo.

—Basta.

—¿Y Bolonia, excelencia?

—Los negocios de los Bentivoglios se arreglarán por el arbitraje del cardenal de los Ursinos y de Petrucci. Si veis al pronotario, mantened-

le en disposiciones favorables.... Voy á dar orden de que mis tropas evacuen los alrededores de Bolonia.... Los franceses se reunirán con Nemours. Queremos ir á reposar en Roma, y cuando nos lo permita la paz abandonaremos este sitio siempre con la ayuda de Dios, y gracias á la alianza que se prepara.... ¿Qué mas quereis saber para poder tranquilizar plenamente á Florencia? Escribid que el duque de Romaña está tranquilo; que el general de Milan ha levantado á su costa quinientos suizos que han llegado á Pavia.... La llegada de este refuerzo es aun para todos un secreto.... Podria, ganando tiempo, no terminar nada aun con los rebeldes, pero he dado mi palabra, y la palabra de un príncipe es sagrada.... deben creerle. Por otra parte, nos traen un prisionero, cuya presencia facilitará todos los arreglos.... ¿Quereis entre tanto acompañarme á la estancia de la duquesa de Ferrara? Esperamos que ya estará levantada.

Maquiavelo se excusó, y el duque salió muy contento de poder olvidar los negocios un momento.

—¿Dormir Lucrecia á aquella hora? pensaba entre sí. Sin duda en aquel momento Agosto está á su lado hablándole de su Astorre; y ella atenta á su relacion, le escucha, y le escucha aun despues que ha cesado de hablar.... Tal vez llora.... En fin, es feliz.

¡Borgia lo habia adivinado todo! Es que hay en el sentimiento tal fuerza é instinto, que obra sobre el alma como el fluido eléctrico sobre los sentidos. El príncipe que desea y que ora, que se arrodilla sin hipocresia ante la imágen de Dios, tiene toda la fuerza de un hombre, junta á la de su soberania. Hay una cosa superior á su voluntad de príncipe, y es el sentido moral que le juzga á él mismo interiormente, que dirige sus pensamientos en apariencia de una manera vaga y fantástica, pero en el fondo con lógica y sujecion á sus facultades intelectuales. Lo que Borgia pedia, hasta en sus ocupaciones políticas, era la felicidad de amar, felicidad vulgar que comienza de ordinario la vida; pero parecia que en la suya se hubiese invertido el orden natural: habia comenzado por una baja seducción, bajo la influencia de los sentidos, sin que estuviesen poetizados por lo vago de las primeras impresiones; y hoy sintiendo aquella enérgica languidez que habia faltado á la juventud, podia avergonzarse de los medios por los que se habia revelado su carácter; podia, cada vez que reposaba su mirada sobre Agosto, comprender que hay sobre los reyes una naturaleza que rebaja á su nivel los soberbios y los impios, y que la sed de placeres egoistas se apaga sin satisfacernos.

XXXI.

Cuando el duque llegó á la estancia de su hermana, lanzóse ésta delante de él. El entusiasmo daba á la hija de Alejandro una ligereza que habia dejado de tener: sorprendido de aquella juventud que encontraba hasta en sus movimientos, Valentinois recibió de nuevo esa penosa impresion á la que no se puede dar mas nombre conocido que el de celos. Y sin embargo, habia en ellos algo de interesante y generoso: eran como un impulso del alma, como un ensayo secreto de apasionamiento. Pero en los hombres acostumbrados á ser obedecidos, en cuanto manifiestan su voluntad, no siempre tiene el bien tiempo para madurar, y á falta de darse una escrupulosa cuenta de lo que sienten, engañanse por acciones vituperables, cuando el íntimo sentido que los anima no hubiera debido producir tal vez mas que virtudes. La impaciencia convierte frecuentemente nobles deseos de un objeto contrario.

—¡Hermano mio! exclamó Lucrecia, ¡el jóven escudero ha roto las cadenas de Astorre, le ha consolado en su prision, y mensagero de esperanza y de ventura, ha llenado fielmente su mision!

—Me alegro mucho de ello, Lucrecia.

—Después de haberle llevado nuestras palabras, me ha repetido las tuyas, hermano mio, y ha comprendido á Astorre el jóven escudero.

—Todo lo que me decís me colma de alegría, hermana mia.

—¿Qué hareis por amor mio, en favor de este jóven escudero?

—¡Vive Dios! ¿Qué puedo hacer por él, hermana mia, sino lo que debe ser el hijo de vuestro hermano?

—¡Tú hijo, César! tú hijo, ¡y no lo he adivinado!

—Ven, Agosto, acércate, y dobla una rodilla en tierra para recibir sobre la frente el beso de una tia.... Su nacimiento es un misterio, Lucrecia.

—¡Es tú hijo! Corre en sus venas la sangre de nuestro padre.... Si, encuentro ahora en él, todo cuanto yo descubria en tí cuando yo era jóven, á su edad.... ¡César, amo á tú hijo! ¡es el fruto del amor, yo te acusaba de ser insensible!.... Vamos, levántate, mi gallardo sobrino, puedo estrecharte en mis brazos.... Pero mira, César, tu hijo está pálido y temblando de emocion.... ¿Por qué tiemblas tú en mis brazos, ni-

ño? ¿No te place mi acogida? Tienes toda mi ternura, tal vez anticipada, á lo que ahora es un deber.... César, jamás me has hablado de su madre.

—Lucrecia, es el hijo de un estudiante. El fastidio del tiempo que he pasado en Pisa, no escusa hoy á mis ojos una seducción de que me arrepiento. Pero Agosto sabe lo que debe á su padre.... No es un hombre vulgar, hermana mia...

—¿Y te llamabas huérfano, Agosto?

—Solamente por la boca del duque de Romaña, puedo cesar de serlo, señora.

—¿Pero tú, me has hablado de tu madre?....

—Mi madre es una ciudadana de San Marino....

—Cuyo padre fué tres veces gefe del estado, hermana mia: acompañaba en Pisa, á un ilustre sábio, su tío, Juan della Penna era su nombre, si tengo buena memoria.

—Ese era su nombre, monseñor, y me causa grande alegría el oírlo pronunciar por la boca de.... mi padre....

—Todavía está conmovido, tartamudea, y la palidez cubre sus facciones.... Tranquilízale, César....

—¡Me sorprende ese estado, hijo mio! ¿Qué se ha hecho aquella audacia que mostrabas sobre la montaña? ¿Y tu alegría un poco burlona? ¿Y la serenidad de tú alma?

—Es que sobre la cresta del Titan, crecen las rosas, segun dicen, sin espinas.

—Y sin olores. La bondad de la duquesa de Ferrara merece ser apreciada, y esa frialdad ha debido sorprenderme.

—Monseñor sabe que yo no sé fingir. Yo no podré explicar lo que en mí pasa. No conozco palabras que puedan expresar el súbito frio que ha helado mi corazón, ni el presentimiento que en él se prolonga.... El recuerdo de mi madre y de mi patria han venido de repente á fundirse con otras ideas vagas, sin nombre....

—Tu madre, tu patria.... volverás á verlas.

—¿Volveré á verlas en efecto, monseñor?

—Agosto, te habíamos autorizado á poner en libertad una prisionera.... ¿Habrás olvidado don Ramiro lo que le habia mandado?

—No, monseñor: don Ramiro no ha querido esponer á una muger en medio de la noche, y debemos volver á la prision....

—Esta mañana.... No, Agosto: la presencia de nuestro justicia mayor es necesaria al lado de nuestra persona.... Pero mas tarde.... Además

vamos á dar órden para que te dejen penetrar libremente en la prision. La órden de libertar una muger.... Hijo mio, antes de entrar en la prision, piensa en tu madre.

—Pensaba ya en ella ayer, excelencia.

Valentinois á esta sencilla respuesta, consultó la mirada del jóven, no vió en ella ni cólera, ni sentimiento, y pensando que ignoraba cual era la muger que tenia que poner en libertad, añadió:

—Estamos poco al corriente del número y de los nombres de nuestros prisioneros: sin embargo, don Ramiro en una relacion que sentimos no haber escuchado, nos ha hablado de algunas mugeres.... Agosto, pedirás verlas, consolarlas si han padecido, y les dirás: la madre de Dios padeció tambien, salid de aquí, y consolad á las madres.

Exhalóse un suspiro del seno de Borgia: pero un suspiro era poco para aliviar su oprimido pecho. Conmóvida Lucrecia con los sentimientos que veia nacer en el corazon de su hermano, le colmó de caricias.

—¿No es verdad, hermano mio, que el ser clemente es una felicidad? ¿No es hermosa la vida cuando se consagra á amar? ¿No es amar, la mas noble, la mas dulce facultad del alma? ¡Es padre mi César! su corazon debe comprender el amor.... No quiero ya suplicarte en mi nombre, sino en el de este niño que adoptó.... Ven, Agosto, que en un mismo abrazo, estreche yo sobre mi seno, al padre y al hijo.... ¡Ah! ¡si yo fuese madre! César, tu hijo, el amigo, el protector de Astorre, volverá á la prision, tornará á verle.... ¿No es verdad que le verás, Agosto? Le dirás..... Hermano mio, ¿qué le dirá?

—Que ningun otro mas que él debe volverle la libertad.

—¿Comprendes tú tu felicidad, jóven? ¡ningun otro mas que tú!.... ¿Y cuándo, César?

—Mañana, hermana mia.

—¡Mañana, Agosto! ¿lo has oído?... Mañana se lo dirás tú.

—Los negocios del gobierno le reclaman.... Adios, Lucrecia, sé feliz.

El duque alargó su mano al jóven, que se la besó: despues le dijo:

—Volverás á ver á tu madre.

Cuando se hubo marchado, Lucrecia hizo sentar á Agosto á sus pies. Tenia necesidad de verle, y en tanto que le examinaba, maduraba su espíritu un proyecto, tal cual puede concebirlo una muger apasionada. Tenian sus miradas una espresion irresistible: hablaba su alma ese mudo lenguaje que solo el alma puede comprender.

—Mañana, mi gallardo sobrino, Astorre estará libre.... ¿Pero sabes tú cuantas angustias y suspiros puede causar á uno un dia tan largo y

una noche mas larga aun?... El duque te ha dejado libre de entrar y salir en la prision. ¡Ay! otros no salen mas que una vez de ella, vivos ó muertos.... ¡Pasar alli aun un dia! Tu edad, tu estatura es la suya.... Te callas, Agosto.

—Mi vida es vuestra, señora, hablad, seré feliz si á costa de ella puedo procuraros un instante de felicidad.

—¡Escelente jóven!... En su calabozo.... Estas últimas horas serán eternas.... Cuando se cuentan los instantes no concluyen nunca.... Si tú le dices tu armadura y tu casco, si tú le dijese sentándote en su lugar: salid, ella está allí y os aguarda.... Yo estaré allí.... Oh, yo estaré allí, nos aprovecharemos de la dudosa claridad que sigue al fin del dia.... ¡y quién lo reconoceria!.... Y bien, Agosto, ¿crees que todo esto sea posible?....

—Todo es posible, señora, cuando vos lo deseais. Mi porvenir es sacrificarme por vos.

—¡Ah, no, no! Tú porvenir será el nuestro.... Un porvenir de ventura y felicidad.... ¿Consientes, pues?

—Vereis al conde.

—¡Mucho misterio!

—Lo vereis, y yo ocuparé su lugar.

—Mi noble amigo, ¿sabes tú lo que yo puedo, yo la hija de Alejandro VI? ¿Sabes tú que en Roma, en Ferrara, en Spoleto, manda mi voluntad? ¿Sabes tú que el conde Astorre fué principe, tuvo súbditos y carceleros tambien? Es preciso tener compasion de los principes queridos: son tan frágiles los tronos ante la cólera de Dios, con la inconstancia de los pueblos.... Agosto, me pedirás una recompensa, y cualquiera que sea la obtendrás.

—Nada tengo que reclamar de la hermana de mi padre. Mi recompensa, señora, la veré en vuestra felicidad.

—Estas llorando, niño.... Bien sabia yo que Dios es mas grande que la tierra, y que es infinita su bondad. Bien sabia yo que envia por todas partes sus ángeles, para sostenernos á nosotros, débiles criaturas, en nuestros sentimientos generosos.... ¡Cuán feliz soy! pero el dia comienza, y debemos aguardar su conclusion.... Me encomendaré á Dios mi Salvador.

—Rezad por mí, señora.

—¿Por ti, hijo?

—Rezad tambien por la muger que es mi madre.

—¿Por qué esas tristes palabras?

—El cielo me las inspira, pues que mi boca no vacila en hacérsela oír, ¿y quién puede decir por qué Dios ha hecho nacer pensamientos en nuestra alma y deposita los sentimientos en el corazón?

—Verdad es, añadió Lucrecia inclinando la cabeza.

En aquel momento resonaron las músicas militares, y un page vino en nombre del duque de Valentinois, á prevenir á la duquesa de Este, que era llegado el momento de presentarse á la corte y á los gefes del ejército.

—Es preciso obedecer, dijo resignándose á aquel importuno deber: la etiqueta es la esclavitud de los grandes.

Antes de salir Lucrecia entregó á su jóven confidente una pesada bolsa.

—Está llena de oro, querido sobrino, le dijo en voz baja, y el oro es necesario.

—No para mi, señora.

—Agosto, el oro triunfa de todos los obstáculos: el oro abre los cerrojos: el oro es el móvil de los hombres: es preciso tener oro.

Apoyó su mano sobre el brazo del escudero, y se puso en marcha obedeciendo los mandatos de su hermano.

Valentinois, rodeado de ese aparato militar que impone siempre, aun á los ojos mas acostumbrados á su brillo, atravesaba el puente levadizo del castillo en el momento en que el duque de los Ursinos, Antonio de Venafre, el pronotario de Bentivoglio, uno de los Savelli, y algunos otros señores de las familias coaligadas llegaban al punto preparado para esta entrevista. Era este una tienda abierta por todos lados, y el obispo de Euna con su clero con los vestidos sacerdotales, aguardaba en ella apoyado sobre la cruz episcopal para celebrar una misa. Habia ordenado el duque que se desplegase la mayor pompa en esta ceremonia, y por contraste, afectando una gran sencillez, venia vestido solo de terciopelo oscuro con el collar de San Miguel, y solo la pluma encarnada de su gorra se hallaba sujeta por una hebilla de brillantes de inmenso valor. Acercábase lentamente en medio de sus guerreros adornados con armaduras adamascadas de oro y de plata que cual espejos reflejaban sus movimientos. Su negro bigote parecia dividir su rostro pálido, pero tranquilo, y su paso asegurado realizaba su estatura, y los señalaba á todos como príncipe, entre los gigantes de hierro que con tantas muestras de respeto le rodeaban.

Espectáculo verdaderamente magestuoso era el ver en aquel campo, bajo las miradas de un ejército atento, adelantarse á la cabeza de aque-

llos capitanes cuyos cascos relumbraban, al hombre con vestido oscuro, rostro pálido, ojo penetrante, que con una palabra ó con un gesto hacia mover tantos brazos y palpar tantos corazones. Detrás de aquel grupo se veía otro donde los alegres y variados colores, los bordados de oro, las ricas telas de seda formaban ondulaciones bajo los rayos del sol. Allí no había barbas puntiagudas, bigotes, ni miradas fijas y feroces. Allí mugeres hermosas y bellas rodeaban á la duquesa de Ferrara sin eclipsar su hermosura: gallardos y frescos pages con su capa corta, y rostros risueños y animados del deseo de agradar, representaban la Italia entera con sus restos de la edad media y el brillo del porvenir. Al lado del altar el prelado, y no lejos del prelado los hombres encargados de recordar el nombre de las naciones al oído del hijo de Alejandro VI. Allí estaba la Francia representada en un diplomático, y mas aun en los guerreros que suministraba á la Santa Sede: allí la Alemania representada en sus soldados; y en Maquiavelo representada una nueva era para todos los países, la astucia y la duda, pero la libertad por objeto: allí un círculo de seres humanos, que no son contados sino en virtud de los servicios que prestan ó del dinero que dan: en fin, allí una imagen del mundo, y del mundo por su mas hermoso lado.

En el campo del señor de la Romaña, en su presencia, el representante de los confederados, este baron feudal, este feudatario sublevado, el duque los Ursinos, no tenia en su favor ni el lujo ni el aparato, pero cual un resumen de los siglos, ofrecia en su persona el orgullo de su raza y la autoridad de sus derechos. Frio é insensible á todo lo que no podian evitar sus miradas, la noble audacia de su alma le daba dignidad. Conocia que podia envidiar un ejército tan hermoso, y todo lo que la fortuna concedia á los Borgias, sin que pudiese olvidar la insolencia de su conducta: comprendia que la necesidad le forzaba á la paz, sin alterar en nada su opinion sobre aquellos hombres que, pasando por el pontificado, se servian de un poder respetado, de la fuerza espiritual, de la palabra apostólica, para fundar su poder temporal, cubriendo así la usurpacion y la tirania con la infalibilidad pontifical por una parte, y por otra con el bajo servilismo con los soberanos que podian temer. El gefe de la familia de los Ursinos, se hallaba ademas en una muy buena posicion ante un principe temible, para no mostrar toda la dignidad de su carácter. Los insurrectos trataban no como rebeldes, no como súbditos, sino como principes; y gefe de partido, todo el brillo de la insurreccion realzaba al baron romano, bajo el vestido de su pasada magnificencia, y resplandecia por la sola idea de haber intentado sacudir el

yugo degradante á su propios ojos. Asi cuando Valentinois se aproximó era el duque el que parecia recibir á un huésped en su tienda; tanta autoridad le habia dado una larga série de gloriosos abuelos!... Grande de ayer, conquistador de hoy, sintióse César Borgia turbado interiormente delante del primogénito legitimo de una ilustre familia: ¡los Ursinos tambien habian dado papas á la cristiandad!

Los confederados, por la habilidad del agente de Borgia, estaban acordes sobre todo lo que este habia pensado; habian ademas arreglado cual él deseaba el ceremonial del acto que iba á celebrarse. El duque de la Romaña, despues de haber tomado asiento sin decir una sola palabra, se puso en pie y descubrió la cabeza para oir la misa. A su derecha se hallaba arrodillada la duquesa de Ferrara, y detrás de ella y á cierta distancia, su comitiva. En frente el duque de los Ursinos y los señores de su partido, se hallaban agrupados, atentos y recogidos. Alrededor de la tienda permanecian, gerárquicamente colocados, todos los oficiales del campamento.

El obispo de Euna ofició pontificalmente, y despues de la consagracion los duques de Romaña y de los Ursinos se acercaron al altar para oir la piadosa exhortacion del prelado, despues de la que respondieron los dos:

—¡Asi sea!

Lo cual fué repetido por todos los asistentes.

Despues Valentinois colocando su gorro sobre su cabeza, añadió:

—Yo César Borgia, de Francia, por la gracia de Dios, duque de Romaña y de Valentinois, principe de Adria y de Venafre, señor de Piombino y otros lugares, estipulando en mi nombre, bajo la proteccion del soberano pontífice, Su Santidad el papa Alejandro VI. declaro que habrá paz y acuerdo con los señores de los Ursinos y sus confederados.

—Yo, Juan Pagolo, duque de los Ursinos, dijo á su vez el gefe de los confederados, duque de Bracciano, principe de Roma-Vechia, marqués de Cantalupo, señor de otros lugares, estipulando en mi nombre y en nombre del duque de Gravina de los Ursinos, del cardenal de los Ursinos y demas miembros de la familia de los Ursinos, y á nombre de Vitellozzo Vitelli y demas de su familia, de los Savelli, barones romanos, de Pandolfo Petrucci, señor de Siena, de Juan Bagliani, señor de Brugia; de Juan Bentivoglio y demas de su familia, señores de Bolonia; de Oliverotto de Fermo, gefe de armas, condottiero, asi como de los demas condottieros reunidos á la confederacion, declaro que hay paz y acuerdo con Don César Borgia duque de Romaña y de Valentinois.

Entonces un heraldo gritó por tres veces: ¡silencio! y despues Agapito y Antonio de Venafre leyeron cada uno separadamente y en voz baja el tratado á los duques de la Romaña y de los Ursinos, que ambos contratantes firmaron con la pluma bendecida por el obispo de Euna. Resonaron las músicas en todo el campamento y un grito de alegría en diversos idiomas pobló el aire y quedando luego otra vez todo en silencio, se concluye el oficio divino en medio del mas piadoso recogimiento. Despues de la bendicion, el duque de los Ursinos acercóse al trono de Valentinois para hacerle pleito-homenage como á gefe del ejército, y César Borgia levantándose, dijo alargándole la mano:

—Basta con vuestra buena voluntad, señor duque: Dios os guarde. Hemos prometido olvidar lo pasado, y ningun recuerdo de ello debe quedar en nuestro corazon, lo que he prometido, lo cumpliré. Esperamos que el papa por una parte, el cardenal vuestro hermano y los Bentivoglios por otra parte, ratificando el acto que acabamos de firmar fijarán para siempre entre nosotros la armonia que nunca hubiera dejado de existir, si de mí hubiese dependido. ¿No quereis ahora hacer vuestra corte á la duquesa de Ferrara? Os invitamos tambien á que paseis una revista á nuestras tropas. Quiero presentar al ejército pontifical el hijo que torna al giron de la Iglesia.

Al decir estas palabras, la graciosa sonrisa y la especie de franqueza que afectaba, acababan de probar que habia vuelto á recobrar la superioridad de su posicion. Sin embargo, en tanto que el duque de los Ursinos saludaba á Lucrecia, manifestaba Borgia á su canciller la inquietud que le causaba el no ver llegar al prisionero. Apenas acababa de espresar su inquietud, cuando vino Spinelli á anunciar la llegada del gefe de las tropas enemigas en la Marca de Ancona, hecho prisionero bajo las murallas de Fano.

Miró Valentinois hacia el lado donde se hallaba el duque de los Ursinos, y lo encontró impasible al escuchar aquella noticia; empero no escapó á su atenta mirada un gesto de Antonio de Venafre.

—No tenemos ya enemigos bajo las murallas del Fano, dijo, ¿no es verdad, señor duque? y entregaremos nuestro prisionero á quien de derecho pertenece, á su señor natural, porque no dudamos que las ratificaciones hacen inútil esta captura. ¿Seria acaso Juan Baglioni, el que nos traen bajo aquella escolta que parece un ejército?... Plaza, señores, plaza.

Y se distinguia entre esbirros un guerrero montado sobre un caballo riquisimamente enjaezado; su armadura sencilla; pero de gran pre-

cio anunciaba un gefe, y su visera calada revelaba la noble vergüenza de verse conducido así en presencia de todo el ejército. A su lado cabalgaba Tomás Spinelli, sobre cuyo rostro era difícil reconocer el dolor ó la alegría, tan vaga y falsa era la ordinaria espresion de sus facciones. Gozaba ó se entristecía secretamente este agente de Valentinois, con todo lo que podia halagar ó disgustar á su digno amo.

Los confederados sin hablarse, sentian interiormente un estremo abatimiento al ver en aquella situacion humillante al que habian mirado como el alma y el brazo de su empresa: porque aunque cubria el acero las facciones del prisionero, su talle y sus armas les eran demasiado bien conocidas para que dudasen de la desventura del cardenal de la Rovera. La paz concluida no era mas definitiva para ellos que para su enemigo; y la presencia de Spinelli no hacia mas que confirmar un suceso que daba el último golpe á sus proyectos, que destruia sus mas caras esperanzas. El estupor en que de repente habian quedado todos, aumentaba la embriaguez de Valentinois. Jamás desde que habia abrazado la carrera política una alegría mas deliciosa habia agitado sus sentidos: su rostro lleno de expansion, la demostraba por mas que hacia por ocultarla, y las brillantes miradas que cambiaba con su hermana, contenian tantas cosas, que rápidamente pasaban por su imaginacion, que sus facciones cambiaban á cada instante de espresion.

—Esa es su estatura, decian para si, viendo llegar al prisionero: reconozco á ese fogoso la Rovera, que en el Sacro Colegio, á pesar de su edad, osaba competir conmigo en actividad y en energía: que en todas partes rivalizaba en lujo; pero jamás en galantería con los hijos de Alejandro VI. ¡Héle ahí! es mi presa en este momento: es el regalo que quiero hacer al soberano Pontífice, porque si su sagrado carácter le garantiza públicamente contra mi venganza, la disciplina eclesiástica tendrá *vinculos* para el cardenal de San Pedro Advíncula. Vamos, es preciso aparentar ejecutar por grandeza de alma, lo que nos fuerza á hacer la necesidad... Pero Roma le pagará mi deuda. Un príncipe de la Iglesia cogido con las armas en la mano contra la bandera del gefe de la cristiandad...

En aquel momento, el oficial de la escolta se acercó á Valentinois, y le entregó segun las órdenes que habia recibido de sus gefes, al comandante de las tropas enemigas hecho prisionero en Fano, y ademas á un caballero, que durante el viage habia intentado darle libertad.

—¡Honrado Spinelli! pensó el duque de los Ursinos.

—¡Astuto Spinelli! dijo para si César Borgia.

Volviéndose despues hácia el lado de los confederados con toda la cortesía que podía sugerirle la astucia; pero con aquel tono de autoridad que convenia á las circunstancias, les dijo el duque de Romaña:

—Son de los vuestros, señores; el uno fué cogido con las armas en la mano en Fano, y el otro el señor Tomás Spinelli, por quien siempre hemos mostrado tanta benevolencia, por haber intentado ponerle en libertad. Muy mal hacíais, Spinelli, en querer arrebataros la ocasion de ejercer una de las mas bellas prerogativas de nuestra soberania; pero no nos sienta bien el mostrarnos severos, y olvidar tan pronto las hermosas palabras del obispo: os devolvemos la libertad, señor mio. En cuanto á vos, caballero, preciso es que sepais, que hay al presente paz y acuerdo entre el duque de Valentinois, y los Ursinos y sus confederados. Hasta el dia en que todas las formalidades tengan dado al acta que acabamos de firmar la sancion que le falta, no tendreis por prision mas que mi córte, quien quiera que seais á quien la suerte ha puesto en mi poder, apreciamos demasiado el valor, y sabemos respetar la desgracia.

Un solemne silencio que turbó al señor de la Romaña hasta en el fondo de su corazon, se siguió á esta alocucion tan vanidosamente amañada. El caballero permaneció tranquilo y sin voz sobre su palafren, y alrededor del duque imponia respeto su muda espresion. Sin embargo, sostenido César Borgia por una cólera concentrada, volvió á tomar de nuevo la palabra.

—Y bien, caballero, ¿no hareis el honor de decir vuestro nombre á quien puede disponer de vuestra vida? ¿no os alzareis la visera delante de él? Sentiríamos tener que mandároslo.

Llevó lentamente el caballero su mano á su casco, y dejó ver un rostro desconocido con general sorpresa. Un movimiento vino á descubrir en los espectadores, según sus diversas opiniones, su despecho ó alegría, empero las facciones de Borgia, continuaron como las del extranjero, impasibles y tranquilas. Solamente en un abrir y cerrar de ojos, pudo leer en la fisonomía de Spinelli, el secreto contento que llenaba su alma, y la doblez cuyo motivo reconocia tan de repente.

—Se venga, pensó, y yo debía ser castigado! El principe debe de respetar la muger de su súbdito.

El temor y la esperanza que el desconocido guerrero acababa de destruir de pronto, pareció no haber hecho la menor mella en el alma de Valentinois. Tan firme era su continente. En el semblante de los confederados, se pintó el contento de verse libres de un terror, en los su-

balternos y agentes la espresion de una burlada esperanza, y en el príncipe nada, por que á nadie le era dado el sondear su pensamiento. La cólera como la satisfaccion, debian estar en el continuamente reprimidas y mudas, ó esponerse á perder su supremacia moral, y la autoridad de su palabra.

Vuelto en sí de su sorpresa Valentinois, dirigiéndose al prisionero:

—En vano consultamos nuestra memoria, dijo: no recordamos vuestra persona. Caballero, ¿vuestro nombre?

Entonces dejóse oír una voz bien conocida: Agosto se habia separado de Lucrecia, al reconocer al cautivo; se adelantó y dijo:

—Es Marino Giangi, ciudadano de San Marino.

—Marino Giangi, añadió Borgia sofocando un suspiro, me habeis arrebatado mi fortaleza de San Leo, no podré olvidarlo; pero ha sido cumpliendo un deber, y la fidelidad es una virtud que yo respeto, aunque sea en contra mia. La familia de Montefeltre, ha protegido siempre la libertad de vuestra república, no le habeis abandonado en su infortunio, eso es raro. Para daros una prueba de mi estimacion, juradme no volver á tomar las armas contra mí, y sois libre de volveros á vuestra montaña.

—El honor me prohibe prometer, lo que no tengo intencion de cumplir, respondió con voz varonil el ciudadano.

—La causa que habeis abrazado no tiene ya ejército, añadió el duque: hay paz y acuerdo entre nos y los confederados.

—Guidobaldo, duque de Urbino, no se halla en el palacio de sus padres, respondió aun el ciudadano.

—Mariano Giangi, prosiguió Borgia, yo he aprendido á conocer la virtud de los habitantes de la montaña; empero la sencillez de sus costumbres los hace estraños á los grandes intereses de la política, que hace largo tiempo trastornan la Italia. Lo que yo os pido á la cabeza de un ejército, de que vuestras miradas pueden contemplar una parte, os prueba que es una fórmula con que he querido honrar vuestro carácter. ¿Qué puedo temer de vos?

—Consultamos menos el mal que pueden hacer nuestras almas, que el motivo que nos ha hecho tomarlas. Los hombres libres de San Marino protestan contra la usurpacion del ducado de Urbino.

—Hombre libre de San Marino, marcha á volver á ver tu montaña.

Valentinois, dirigiéndose entonces á Agosto, le dió orden de velar sobre su compatriota, por que ya un movimiento maquinal de Ramiro le indicaba que la noble franqueza del montañés, tendria su castigo, si

por un gesto bien conocido del justicia mayor, no acabase de detener cuanto contra él pudiese emprender. Acercándose despues á su hermana, le ofreció su mano para acompañarla al punto, desde donde debían presenciar el desfile de las tropas. ¿Qué le importaba en aquel momento este brillante ejército? El cardenal de la Rovera no se encontraba allí para contemplarlo con celosos ojos. Habían quedado burladas todas sus esperanzas. Llamó á Maquiavelo á su lado, le encargó se reuniese con el ciudadano del Titan, y que lo trajese á su estancia antes de que dejase el campamento.

—Se trata de libertad, le dijo, se trata del porvenir de mi hijo, y del de la república de San Marino: Maquiavelo, espero que quedareis contento de mí.

Durante este tiempo, Lucrecia, impaciente, buscaba con los ojos á su gallardo sobrino, condenada á soportar la mirada de aquellos millares de soldados que pasaban por delante de ella. Cuando todo hubo al fin pasado, el duque para quedarse libre, y ocupar á sus huéspedes, impuso á su hermana la obligación de recibir sus cumplimientos. Se despidió de ellos, prometiendo volver muy pronto á buscarlos, y Lucrecia, de cuyos hermosos ojos estaban á punto de saltar las lágrimas, quedó para entretenerlos, esforzándose en parecer amable, cuando solo soledad é inquietud eran los elementos de su alma.

(La conclusion en el número de diciembre.)

DOLORA.

ACHAQUES DE LA VEJEZ.

Si no me atáran los pies
la gota, y la que no lo es,
contigo iría hasta el fin
de este encantado jardín.
Rompamos la marcha, pues,
ëa, á la una, á las dos,
á las.... por vida de Dios!
ténme, no me caiga, Inés.
Ah! cómo enciende de amor
de tus ojos el color;
el mismo con que Rafael
nos pinta la Caridad!
A su dulce claridad
cien vueltas á este vergel
diera de buen grado, Inés,
¿mas qué importa ¡maldición!

que me arrastre el corazon
si me flaquean los pies?

Bien! de nuevo tu beldad
nueva estension da á mi sér,
y de mi primera edad
ya casi siento el placer;
Inés, ¡qué felicidad
si ahora á mi voluntad
igualase mi poder!

Ya di un paso. ¡Ven á mi
fuego de mi corazon
de ese éter universal
donde en deliquio inmortal
de expansion en expansion
toda la vida vertí!

Otro paso. Bien! muy bien!!

Como el de Venus tambien

Inés tu talle español
arrastra á cuantos lo ven
subiendo de sol en sol
derechos hasta el eden!

¿Ves? ya me siento ascender:
demos la vuelta hasta el fin
ahora de este jardin:

¿a ver cómo marchó, á ver?

¿dices que tiemblo? ¡No.... no....

es que la tierra cual yo
vibra tambien de placer!

¿Oyes? ¡Cuán bien con su amor
celebra ese ruiseñor
nuestro epitalamio actual!...

Pero, por vida de tal,
que á los tres pasos, Inés,
del esceso del sentir
se me van algo los pies....

y ademas, al percibir
como me hiela el sudor,
ya comienzo á presentir
que ese inocente cantor
á la entrada del eden,
en vez de este mútuo amor,
acaso ¡fatalidad!

está cantando mas bien
mi union con la eternidad!
Ay Inés! no puedo mas!
Pongamos al viage fin.

Aquí estoy bien, y ademas
siempre está donde tú estás
el oasis del jardin.

¡Gracias, buena Inés! tú aun crees
que este corazon senil
no es un árbol sin calor,
cuando con tan tierno amor
mi mano coges, Inés,
con el mismo aire gentil
con que se coge una flor!

Ay! ignora tu bondad,
como ignoró mi ilusion,
que es inútil la beldad
cuando ya en el corazon
queda solo la razon,
flor de la esterilidad!

Sentémonos, pues, aquí
á las puertas del eden,
y mientras maldigo así
este cuerpo baladí,
perdona el error de quien
se está muriendo por tí:
muriéndome, Inés, si! si!
por eso creyendo voy
que evaporado ya soy
errante espectro de mí!

Mas si no alcanzo al honor
de dar dos vueltas ó tres,
no es por falta de valor
como tú sabes, Inés,
tan solamente ¡oh dolor!
por estos malditos pies
no puedo entrar como ves
en el templo del amor!

Y ya que has llegado á ver
que, para poder entrar,
solo me falta tener
los pies que me han de llevar,

te prometo, hermosa Inés,
que, en cuanto yo tenga pies,
en tí, por tí y para tí,
iré hasta el templo que ves,
y alguna vez mas allá....
¿dices que ahora? ¡ay de mí!
el *querer* lo tengo aquí,
mas ¿y el *poder*? ahí está.

R. DE CAMPOAMOR.

REVISTA POLITICA.

A su término tocan ya las facciones de Cataluña: se está cumpliendo lo que teníamos previsto, lo que no se ocultaba á nadie; que ninguna bandera contraria á la reina doña Isabel II y á los principios que representa desde la cuna puede hallar mucho número de defensores en España, y que todo grito alzado á favor de Montemolin espirará sin eco así en Aragon como en Navarra y en el Maestrazgo y en todas partes. Vanamente cruzaron los Pirineos gefes osados, Marsal, Estartus, Juvani, Borges, los Tristanis: vanamente se diseminaron por los lugares donde tuvieron mas ascendiente durante las discordias pasadas: vanamente se les agregaron algunos centenares de hombres, de aquellos que aman la vida errante y de aventuras, si no tuvieron séquito entre el pueblo á pesar de sus proclamas y alocuciones, si los industriales perseveraron en sus talleres, si los labradores no cambiaron por el fusil la esteva, si los sacerdotes no profanaron la cátedra del Espíritu Santo como hubo quienes lo hicieran otras veces para exaltar las pasiones y servir á causas determinadas. Ya en el campo los montemolinistas dieron cima á alguna sorpresa, y fieles á sus mañas habituales cuando se les perseguía de cerca, al remontar cualquiera altura se dispersaron para reunirse mas lejos; todo en vano; los activos Ruiz, Basols, Rios, les acosaron sin reposo distribuyendo bien sus columnas, alzando somatenes en grande extension de territorio, no consintiéndoles respiro y obligándoles á esconderse ó á trasponer otra vez la frontera. Batidas completamente las facciones el general Zapatero ha creído llegada la ocasion de conceder pleno indulto á los que se presenten en el término de seis dias, no siendo gefes, oficiales ó desertores, en cuyo caso solo se les indulta de la pena de muerte; aquellos á quienes se coja con armas serán fusilados en el término de tres horas.

Siendo tal el estado de las cosas ¿tornarán los montemolinistas á probar fortuna? ¿Hasta cuándo han de ser ilusos y pertinaces? ¿No les basta aun tanto nú-

mero de escarmientos? ¿dónde buscarán las probabilidades de triunfo? Cesen ya, cesen, si un átomo de patriotismo les queda en el alma, de promover discordias cuyo origen es impopular en España, cuyo curso aumentaría nuestras desventuras y cuyo desenlace sería para ellos de desengaño ó de muerte. Aquí definiendo á la reina doña Isabel II los que la aclamaron cuando heredó el trono, los que tras siete años de lucha se agruparon al rededor de su bandera en Vergara, los que tras ocho años de emigracion se acogieron á la amnistia que sin excepciones se dió en 1847 ¿dónde están pues los parciales con que el conde de Montemolin cuenta? Aunque se exageren los infortunios de nuestra patria, sin cerrar los ojos á la luz sería insensato buscarles remedio ó siquiera alivio en el primogénito de don Carlos, cuya cortedad de luces es pública y notoria, y que, despues de recibir una educacion digna de los tiempos del Santo Oficio, la está completando al lado de un príncipe que dista mucho de hacer á su nacion venturosa. No hay elemento alguno de triunfo para los montemolinistas en España y siempre que pugnen por desempolvar su malhadada bandera lo harán de cierto con la misma adversa fortuna.

Triste es el espectáculo que presentan las Córtes Constituyentes. Dentro de muy breves dias se cumplirá un año de su apertura: á los ocho meses de reunidas aun distaban mucho de constituir el país como era deber suyo, segun el texto de la convocatoria; pero se echaron encima los calores y los diputados no se atrevieron á hacerles frente y por dos meses se suspendieron las sesiones, usando la fórmula de que se avisaria á domicilio. Hizose así para el dia 1.º de Octubre; pero se exacerbó por entonces el cólera-morbo, no tanto que los invadidos en un dia hayan pasado de 113 y los muertos de 84, y sin embargo, tanto bastó para que muchos diputados se quedaran á ver venir en los puntos donde les cogió la noticia. Un si es no es dados á la historia recordamos el mes de julio de 1834. A la sazón el cólera-morbo se habia desarrollado en Madrid en toda su fuerza: no se revolvía una calle sin tropezar con una camilla, ó el Viático, ó la Santa Uncion, ó un ataud, ó una mortaja: para conducir los cadáveres á los cementerios hubo que valerse de carros: tantos eran los estragos de la epidemia que no los pudo concebir el vulgo, sino creyendo que estaban envenenadas las aguas; especie absurda que costó la vida á muchos inofensivos sacerdotes, vilmente asesinados hasta debajo de los altares. Tal era la situacion de Madrid el dia 24 de julio de 1834 en que por virtud del Estatuto Real se debían abrir los Estamentos de Próceres y de Procuradores; y los Estamentos se abrieron como estaba anunciado por doña Maria Cristina de Borbon, regente y gobernadora durante la menor edad de su augusta hija, y todos acudieron á su puesto, y siempre hubo número suficiente de próceres y de procuradores para deliberar hasta sobre los asuntos mas áridos.

¡Cuántas reflexiones se desprenden naturalmente de este recuerdo! Hágalas cada cual á su antojo: por nuestra parte nos limitaremos á insinuar que el verdadero patriotismo no se cuida de si hace frio en invierno y calor en verano, ni tiene miedo á las epidemias. Ya sabemos que en las Córtes se ha dicho que no están obligados á ser héroes los diputados; mas en su lugar hubiera estado decir que para ser diputados no se echan quintas, y que no se contraen compromisos cuando falta ánimo para satisfacerlos.

Naturalmente las Córtes no ganan en crédito de resultados de lo que pasa. No ha sido posible que traten de la ley fundamental del Estado y se han entretenido en aprobar una ley de emigrados políticos de escasa importancia; en tratar de colonias agrícolas de pasada; en consentir que el general San Miguel suba á gefe de Alabarderos y á Grande de España, aunque sujetándole á reeleccion como diputado, por lo que se queda de diputado sin subir á Grande ni á man

dar los Alabarderos; en conceder libertad á todo español para imprimir el calendario, mediante el pago de una suma y la obligacion de publicar los cálculos astronómicos del observatorio de San Fernando. Para el año venidero han fijado la fuerza del ejército en setenta mil hombres y ahora tratan de la ley de reemplazos.

A los principios hubo conatos de resuelta hostilidad al ministerio, para lo cual se coligaron los demócratas y los que se llaman progresistas puros: su objeto era derribar todo el gabinete, y que presidiéndole el duque de la Victoria, se formara otro capaz de desenvolver las que dicen que son legítimas consecuencias de la revolucion de julio. Firmes en su idea redactaron una especie de programa, se reunieron varias veces, y acordaron no presentar la proposicion de censura, sino con la seguridad de tener mayoría: les faltó esta seguridad, y la proposicion de censura quedó simplemente en proyecto, aunque no rota la alianza entre los demócratas y los puros, que ha podido tirar hasta la discusion de la ley de reemplazos. Llegada que ha sido cada fraccion se volvió á sus reales, porque los demócratas no quieren quintas y sí los puros, y aqui es imposible la avenencia y ha sido irremediable la discordia.

Un incidente hubo en la discusion de este asunto, que demuestra que los demócratas de nuevo cuño, hablan y obran como si no hubieran nacido ó como si no vivieran en España. Con el mayor aplomo dijo el señor Ruiz Pons, que el convenio de Vergara fué *un acto de humillacion*: le contestaron y confundieron el señor Escosura y el señor ministro de la Guerra, proclamando la verdad pura, que es una gloria nacional aquel grande acontecimiento. Sin duda el señor Ruiz Pons se hubiera escandalizado, al oir allá por los años de 1837, en boca del señor conde de Toreno, que la discordia fratricida, latente entonces, acabaria por una transaccion, que es el mejor y mas natural término de las guerras civiles. Por transaccion acabó á la postre y la mas honrosa que se podia imaginar siquiera, pues se interpretó al celebrarla á fines de agosto de 1839 la voluntad de la inmensa mayoría de los españoles, y hasta se celebró de suerte, que no hubo oprobio para nadie y que la gloria y la dicha alcanzaron á todos. Razon tienen los diputados de todos los matices para pedir que se alce en Vergara un monumento que perpetúe la memoria del célebre y fraternal abrazo, que puso fin á una sangrienta lucha de siete años. En contraposicion de esta idea nacional, hallamos en un periódico democrático este pensamiento que horroriza: «Un numeroso ejército que tiene detrás á todo un pais oficial debe vencer al enemigo *con las armas y no con abrazos*, que traen fatales consecuencias.»—Esto es sobre cruelísimo, evidentemente inexacto. Nunca las consecuencias de las reconciliaciones son fatales, y lo prueban de una manera muy luminosa, los servicios que á la causa de la libertad y de la reina doña Isabel II, han prestado y prestan muchos de los que militaron bajo la bandera de don Carlos. Esas ideas de exterminio desdican de las que deben animar á los que blasonan de liberales.

A muy poco de inaugurar las Cortes otra vez sus trabajos, presentó el señor ministro de Hacienda los presupuestos que deben regir desde 1.º de enero de 1856, hasta 30 de junio de 1857. Se ocupan asiduamente en examinarlos la comision y subcomisiones respectivas y evacuarán sus dictámenes pronto; entonces analizaremos el plan del gobierno y las modificaciones que sufra, por ahora nos limitaremos á enunciar que el señor Bruil no halla manera de cubrir los gastos sin recargar la contribucion territorial en 34.000,000 de rs. y sin restablecer la contribucion de puertas y de consumos impremeditadamente suprimida.

Ahora se está discutiendo el dictámen de la comision sobre el asendereado asunto del ferro-carril del Norte, y tropieza en la direccion que ha de llevar al

Las personas responsables de los libros, folletos, hojas sueltas y otros impresos políticos, para cuya publicacion no se exija depósito, si fuesen multadas, a consecuencia de denuncia, y estuviesen insolventes, sufrirán un día de prision por cada 100 rs.

Art. 4.º El único tribunal á que se someterán todos los delitos cometidos por medio de la imprenta será el jurado.

Habrán dos jurados, uno de acusacion y otro de calificacion.

Para ser jurado se necesita tener veinte y cinco años, ser ciudadano en el ejercicio de sus derechos y cabeza de familia con casa abierta y pagar por contribuciones directas la cantidad de 600 rs. en Madrid, 500 en las capitales de provincia de primera clase, 400 en las de segunda, 300 en las de tercera y 200 en los demas pueblos de la Monarquía.

Ademas tendrán derecho á ser jurados los doctores, los licenciados en leyes, cánones, medicina, cirugía y farmacia, los abogados, los individuos de las academias nacionales y de ciencias, los miembros de las sociedades económicas, los catedráticos en propiedad de los establecimientos públicos de instruccion, los profesores y los maestros de enseñanza, con tal que paguen contribucion.

No podrá ser jurado el que no sepa leer ni escribir.

La espendicion de cualquier periódico ó impreso se empezará precisamente y lajounulta, por entregar un ejemplar al gobernador, y donde no lo hubiere al alcalde primero nombrado y otro al promotor fiscal.

Siempre que se recoja algun impreso, despues de haber empezado á circular, de orden de la autoridad competente, por tener ésta motivo fundado para considerar que puede poner en peligro la tranquilidad pública, deberá denunciarse dentro de doce horas y calificado por el jurado de acusacion antes de las cuarenta y ocho.

Quando se trate de una demanda de injuria ó de calumnia á instancia de parte, se reunirá á puerta cerrada el jurado de acusacion, donde la parte ofendida tendrá derecho á sostener la denuncia.

A toda demanda deberá preceder un juicio de conciliacion.

Quando el jurado de acusacion declare que ha lugar á la formacion de causa contra la persona responsable, podrá la vista que haya de celebrarse luego ante el de la calificacion, ser tambien secreta á instancia del interesado, y siempre que asi lo acuerde previamente el tribunal por mayoria de votos.

Si la parte ofendida no se conformase con el veredicto de este jurado, tendrá derecho de apelacion á un tercer jurado, cuya sentencia será definitiva.

Art. 5.º Los grabados y litografiados serán considerados como impresos para los efectos legales.

Art. 6.º Ningun cartel, manuscrito, impreso ó litografiado podrá fijarse en los parages públicos sin previo permiso de la autoridad.

Entre estas bases y las de la legislacion vigente es la diferencia poco notable; ni á la imprenta se la asegura mas de lo que está contra las arbitrariedades del gobierno, ni á la sociedad se le pone mas á cubierto de los desmanes de la imprenta. Por supuesto que hablamos de la periodistica, siguiendo el uso, porque nunca se habla generalmente de si la libertad de emitir las ideas se halla mas ó menos restringida sino con relacion al periodismo: todos se fijan, por ejemplo, en las trabas y en la casi previa censura que abruma á los periódicos franceses desde fines de 1851; y nadie para mientes en que lo que es en libros se han publicado entre otros dos de Prudhon, en los cuales se predica la supresion de Dios, de la propiedad y del gobierno, y si se dudare, ahí están *La idea de la Revolucion Social del siglo XIX* y *la Revolucion Social demostrada por el*

golpe de Estado del 2 de diciembre. Sobre el periodismo pudiéramos hablar muy largo, y sobre el jurado en España tampoco dejaríamos de extendernos, á no ser porque recelamos si sabríamos limitarnos á lo justo. Una sola idea enunciaremos que mas ó menos tarde, sin duda, será admitida en la legislación de imprenta, se reduce á recomendar como conveniente el exigir que cada cual firme lo que escriba, con cuyo requisito ya se puede dar ensanches á la emision del pensamiento en letras de molde.

Es de esperar, que las Cortés vuelvan ya á sus tareas constitucionales, porque el cólera-morbo descende, al parecer, en impulsos del frio, y tambien deberá ir á menos la pavora de los señores diputados que han tomado posicion lejos de su influjo; y ya sabemos, que no solo de un voto de adiciones y enmiendas y de discursos vanos é insustanciales, sino del estado sanitario de esta coronada villa depende que el pais sea constituido lo mas temprano ó mas tarde, por cuya regla, los memorables diputados de Cádiz hubieran sostenido allí el espíritu público, de modo de cerrar aquel baluarte de la libertad á los franceses, si la fiebre amarilla les hubiera impuesto lo que el cólera morbo á los actuales constituyentes.

Y baste ya por hoy de miserias humanas para espaciarnos en las glorias de la civilizacion europea. Con lo cual dicho queda que siguen en derrota los rusos, pagando muy caras la temeridad del difunto emperador Nicolás ante el mundo, y la altanería, ó mejor dicho, la insolencia del principe de Mechinkoff en Constantinopla. Desde la ciudad de Sebastópolis hostilizan de continuo los aliados los fuertes del Norte; avanzan por el valle de Baidar para flanquear las posiciones enemigas; envían refuerzos á Eupatoria, en cuyas inmediaciones el general Alonville derrota al general Korf, gefe de la caballería rusa; señalan por rumbo la embocadura del Dniester algunas de sus naves, que bombardean y rinden á Kimburn, donde se preparan á mayores empresas. Donde quiera son vencidos los rusos. Contra Kars hicieron el 29 de setiembre un esfuerzo desesperado, sin otras resultas que aumentar el número de sus reveses, pues los escarmentaron los turcos, haciéndoles perder no menos de cinco mil hombres; y entretanto Omer Bajá se dispone allí á renovar los triunfos insignes que alcanzó á orillas del Danubio á los principios de la guerra. No se la vé el término por ahora, y sin embargo ya se columbran las ventajas que traerá la paz á la independencia de las naciones: quizá al Austria no quede mas vestigio de su dominación en Italia que Trieste: de seguro se ensanchará el territorio de Cerdeña; y no serán estas las únicas trasformaciones que se verifiquen sobre Italia, donde no se ocultan las simpatías de los mas ilustrados hácia las potencias occidentales, pues hasta trascienden dentro de Roma. Mucha parte de su juventud abrió una suscripción para socorrer á los sardos heridos en Crimea, y por esta via tuvieron ocasion de manifestar el alborozo que la toma de Sebastópolis les produjo. Dícese que el cardenal Antonelli quiso proceder en su contra, y que su entusiasmo quedó impune, gracias al gefe de las tropas francesas que defienden allí la soberanía temporal del papa.

Quizá en la próxima Revista podamos narrar mas sucesos de bulto con relacion á la guerra de Oriente: lo dan á entender así las noticias que se propagan lo mismo desde París que desde Viena, y así desde Lóndres como desde San Petersburgo.

Ya don Alfonso Escalante ha puesto sus credenciales de representante de España en manos del presidente de la república de los Estados-Unidos. De su discurso tomamos el siguiente pasage:

«Mantener, y aun estrechar cada dia mas, las relaciones cordiales de amistad y mútuo interés que han unido de antiguo á la generosa nacion española y

los Estados libres de la confederacion americana, y orillar con la solicitud que recomiendan la justicia, la buena fé y la conciliencia de ambos paises, cualquier dificultad que pudiese nacer entre nosotros mismos; es, señor presidente, el sincero y ardiente deseo de S. M. C. de su gobierno y el de la España toda, y la expresa y noble mision que se me ha encomendado.

»Dichoso yo, si con el acendrado amor que profeso á mi patria, con la lealtad y gratitud que debo á mi Rey, y al profundo respeto con que miro y acato los derechos sagrados de la humanidad entera, acierto á cumplir este importante cometido, y pudiese hacerlo con la benevolencia de V. E., señor presidente, y con el aprecio de este pueblo que ha inspirado á mi corazon desde la niñez tan justa admiracion.

Por su parte el presidente Pierce, le respondió de esta manera satisfactoria:

«Señor ministro: Tengo la honra de recibir de mano de vd. la carta de S. M. su Reina, con los mismos sentimientos de aprecio y alta consideracion hácia S. M., que vd. acaba de manifestarme en su nombre.

»No puedo olvidar el interés que España ha manifestado de tiempo atrás á este pais. Si bien es cierto que alguna vez que otra han ocurrido cuestiones que han venido á entibiar las relaciones existentes entre España y los Estados-Unidos, tambien lo es que unas se han arreglado ya y que las otras se arreglarán, espero, sin alterar la paz entre los dos paises. Estas dificultades han provenido generalmente de la inmediacion del territorio de ambos. Los intereses del uno están tan ligados con los del otro, que esloy seguro de que así como yo deseo la prosperidad de España, esta desea la prosperidad de los Estados-Unidos.

»La mejor prueba que S. M. la Reina ha podido darme de la sinceridad de sus deseos, ha sido el enviar un representante que, como vd., señor ministro, ha llenado una parte tan grande en la historia de su pais, y ocupado tan interesante puesto en su gobierno. Ahora conocerán los verdaderos sentimientos de ambos pueblos, respecto uno de otro; y se verán colmados sus deseos de paz y cordial amistad.

»Tanto á mi, señor ministro, como al secretario de Estado, aqui presente, nos encontrará vd. siempre dispuestos á facilitar y secundar sus miras para llevar el objeto de su alta mision.»

Con esto coinciden las noticias de la tranquilidad que se goza en la isla de Cuba, y del despecho que atosiga á aquellos de sus naturales que desde las playas de los Estados-Unidos han cifrado sus esperanzas en los triunfos de los filibusteros.

De la que se llamó Nueva España, solo se sabe la llegada á Méjico del general Alvarez, iniciador de la última revolucion de que aquel pais ha sido teatro, con lo cual habrá cesado, aunque no sea mas que por el momento, la anarquía feroz que tenia en alarma á todos.

F.

418/7 (1)

REVISTA ESPAÑOLA



DE

AMBOS MUNDOS,

PUBLICADA POR MELLADO.

TOMO 4.º -- AÑO 2.º

DICIEMBRE DE 1855.

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO,

CALLE DE SANTA TERESA, NUM. 8.

PARIS,

LIBRERÍA ESPAÑOLA,

Rue de Provence, n. 42.

DEPOSITO GENERAL

Rue St. Andrée des Arts, n. 47.

TODOS LOS LIBREROS DE ESPAÑA,
AMÉRICA Y EL ESTRANJERO, ESTAN AUTORIZADOS
A RECIBIR SUSCRIPCIONES A LA REVISTA ESPAÑOLA DE AMBOS
MUNDOS, BAJO LAS CONDICIONES QUE SE ESPRESAN
EN LA ÚLTIMA PLANA DE ESTA CUBIERTA.

1855.

Ayuntamiento de Madrid

ENTREGA DEL MES DE DICIEMBRE DE 1855.

- I.—CARACTER DE LA MONARQUIA WISIGODA, por don Ramon Rivera.
- II.—BIBLIOGRAFIA.—ALGUNAS CONSIDERACIONES CRITICAS SOBRE LA OBRA QUE ACABA DE PUBLICAR EL SEÑOR DON ANDRES BORREGO: DE LA ORGANIZACION DE LOS PARTIDOS, ETC., por don D. Menendez Bayon.
- III.—HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA POR M. G. TICKNOR, por don F. de Paula Canalejas.
- IV.—EL PRINCIPE DE MAQUIAVELO.—CESAR BORGIA, O LA ROMAÑA EN 1502. (Conclusion), por don José Muñoz y Gaviria.
- V.—ESPOSICION UNIVERSAL DE PARIS, por don Manuel Casado.
- VI.—REVISTA POLITICA DEL MES DE NOVIEMBRE, por F.
- VII.—DESPEDIDA.

AVISO IMPORTANTE.

En el presente número termina la publicacion de la REVISTA por las razones que espone-
mos en el artículo de *despedida* que va al final. Los que quieran adquirir los cuatro tomos
publicados, ya sea reunidos ó separadamente, pagarán á razon de 40 rs. tomo, ó sean 120 rs.
toda la obra encuadernada á la rústica. Los números sueltos 8 rs. cada uno.

En la tercera plana de esta cubierta insertamos el anuncio del Novísimo AÑO CRISTIANO
y en la cuarta el del DICCIONARIO DE ARTES Y MANUFACTURAS; recomendamos su lectura advir-
tiendo que los prospectos de estas obras así como el cuadro de materias del *Diccionario*, se
han remitido de muestra á los señores corresponsales y se hallan en el despacho de la calle
del Príncipe, para que pueda verlos el que guste.

CARACTER DE LA MONARQUIA VISIGODA.

I.

Uno de los estudios mas importantes para el conocimiento de la legislacion y costumbres de un pueblo, es el relativo al origen, carácter y atributos del poder supremo: esta importancia crece con relacion á la monarquía visigoda, origen de la institucion real en España.

Antes de la fundacion de aquella monarquía, la Península estuvo sujeta cinco siglos al poder romano. Bajo dominacion tan larga, la España careció de historia, de instituciones y de legislacion propias, pues su legislacion, sus instituciones y su historia, fueron las del mismo imperio á quien estuvo subyugada. La legislacion y la historia propiamente españolas empezaron con la dominacion de los visigodos, pues aunque usurpadores como los romanos, esta dominacion preparó la fusion entre vencedores y vencidos, quienes formaron un solo pueblo. Ciertó que esta fusion fué lenta, y que los godos y romanos se diferenciaron originariamente en sus creencias, costumbres y leyes; pero la lentitud era inexcusable, pues solo el tiempo y una sana política pueden orillar las dificultades consiguientes al antagonismo de dos razas heterogéneas, como la conquistadora y la conquistada.

En su origen, los visigodos y los romanos (1) se gobernaron recíprocamente por sus costumbres y leyes escritas. Eurico fué el primer monarca compilador de las costumbres de los visigodos; pero esta compilación se hizo exclusivamente para uso de los mismos. Los romanos continuaron rigiéndose por sus propias leyes, á cuyo fin Alarico las compiló nuevamente, conociéndose esta compilación bajo los nombres de *Breviario de Aniano* ó *Código Alariciano*. Digno es de observar, sin embargo, que antes de la fusión de las dos legislaciones, y después de los reinados de Chindasvinto y Recesvinto, primeros compiladores del *Fuero Juzgo*, la legislación romana fué el elemento preponderante en la Península: muestra de respeto que la barbarie de los vencedores rindió á la civilización de los vencidos.

A pesar de aquella predilección por la jurisprudencia del imperio, la organización del poder supremo se vació principalmente en el molde de las costumbres germánicas primitivas. Los visigodos eligieron siempre sus caudillos, y el elemento electivo fué el preponderante desde que Ataulfo echó los primeros cimientos de la monarquía: pues aunque tanto en el período del arrianismo como en el del catolicismo se dieron ejemplos de suceder los hijos en el trono de sus padres, estos ejemplos singulares no constituyeron derecho, antes bien hubo monarca á quien costó el trono el mero intento de proyectar su repetición, y en los casos coronados de buen éxito, hizo las veces de elección el reconocimiento de los grandes y prelados.

Hasta los tiempos de Recaredo, la elección real se rigió exclusivamente por la costumbre, no existiendo ley anterior á dicha época, prescriptiva de fórmula alguna concerniente á ella. La elección estaba, pues, abandonada á las eventualidades de los tiempos, y como en aquellos, y aun en casi todos, por desgracia, la fuerza ha impuesto á la sociedad su pesado yugo, la razón confirmada por la historia persuade que los caudillos fueron los verdaderos electores de los reyes visigodos; no quedando á la nación otro recurso sino someterse á la voluntad de los mas fuertes (2).

Las leyes existentes en la colección visigótica, relativas á la elección régia, son posteriores á la abjuración del arrianismo. Los concilios toledanos organizaron convenientemente el acto de elegir monarca después

(1) Así son llamados, en las colecciones legislativas de la época visigoda, los naturales de España.

(2) Véase la *Crónica de los visigodos* por Jornandez, capítulo 44, acerca de la elección de Turismundo por el ejército, y su reconocimiento por la nación.

de los días del reinante, y desde entonces la preponderancia del elemento militar, símbolo de la fuerza, cedió casi siempre ante la influencia de los prelados, personificación de la inteligencia. Los padres del cuarto sínodo, después de expresar su solicitud en favor de los monarcas, y de anatematizar los atentados contra su vida, ordenaron que muerto el príncipe reinante se reuniesen los mayores de los godos y los obispos, para elegir sucesor en el reino (3). Los prelados del quinto sínodo reprodujeron igual precepto, aunque generalizando el derecho activo de elección, pues ordenaron que ninguno aspirase al reino sino por voluntad de los godos (4). Los del sexto sínodo la repitieron del propio modo, requiriendo á la vez en el elegido que fuese del linage godo y de buenas costumbres (5), y finalmente, continuando siempre en el mismo propósito, los padres del octavo concilio toledano establecieron la verdadera pauta de elección de los monarcas visigodos, pues declararon el lugar donde debía hacerse, por quienes debían ser elegidos, las condiciones que el candidato debía reunir, las virtudes que le debían adornar, y el juramento que debía prestar antes de posesionarse del reino (6). La costumbre inmemorial entre los visigodos de elegir sus gefes

(3) Nullus apud nos præsumptione regnum arripiat; nullus excitet mutuas seditiones civium; nemo meditetur interitus regum, sed defuncto in pace principe primatus totius gentis cum sacerdotibus successorem regni concilio communi constitutum, ut dum unitatis concordia á novis retinetur, nullum patriæ gestisque discidium per vim atque ambitum oriatur..... Canon LXXV, de donde está tomada la ley IX, libro I. De electione Principum, del Fuero Juzgo.

(4) Quapropter quoniam in consideratè quorundam mentes et se minimè capientes, quos nec origo ornat, nec virtus decorat, passim putant licenter ad regniæ potestatis pervenire fastigia, hujus rei causa nostra omnium cum invocatione divina profertur sententia: ut quisquis talia meditatus fuerit, quem nec electio omnium provehit nec gothicæ gentis novitas ad hunc honoris apicem trahit, sit a consortio catholicorum privatus et divino anathema condemnatus. Can. III. y Ley V. tit. preliminar del Fuero Juzgo.

(5) Quamquam in concilio anteriori quod anno primo gloriosi Principis nostri habitum est de hujusmodi re fuerit promulgata sententia, tamen placet iterare quod convenit custodire.... Rege verò defuncto nullus tyranica præsumptione regnum assumat, nullus sub religionis habitu detonsus aut turpiter decalvatus aut servilem originem trahens vel estraneæ gentis homo, nisi genere Gothus et moribus dignus provehatur ad apicem Regni.... Cap. XVII.

(6) Abhinc ergo et deinceps ita erunt in regni gloriam præficiendi rectores, ut aut in urbe Regia, aut in loco ubi Princeps decesserit cum Pontificum majorumque palatii omnimodo eliguntur assensu, non forinsecus aut conspiratione paucorum aut rusticarum plevium seditioso tumultu, erunt catholicæ fidei assertores eamque et ab hac quæ imminet judæorum perfidia et à cunctarum hæresum injuria defendentes; erunt actibus, judiciis et vita modesti; erunt in provisionibus rerum tam parci amplius quam extensi, ut nulla vi aut factione scripturarum vel exigant vel exigendos intendunt; erunt in inquisitis oblationis graticiam rebus non prospectantes proprii jura commodi sed consulentes patriæ atque genti; de rebus congregatis ab eis illas tantum sibi vindicent partes quas dicaverit auctoritas principalis; verum quæcumque inordinata reliquerint, hereditabunt gloriam successores, propria eorum et ante regnum justissimè acquisita aut hæredes capiant jure proxi-

ó caudillos fué, pues, el origen del carácter electivo que tuvo en su cuna la monarquía española, y que no perdió sino siglos despues de estar empeñada la gloriosa lucha de su restauracion.

II.

Desde que el amor al estudio de la antigüedad tiene tantos apasionados, es comun ver empeñadas muy reñidas contiendas acerca de la exactitud de algunos hechos históricos importantes de la monarquía visigoda: tal es el relativo á la verdadera indole del poder de sus reyes. El punto investigado es antiquísimo: los materiales de aquella época escasos: á veces se presentan con caracteres al parecer contradictorios, y supuestas aquellas condiciones, la divergencia de pareceres es muy disculpable.

Los historiadores y publicistas que han examinado mas ó menos extensamente el poder y atributos de los reyes visigodos, están muy discordes sobre la naturaleza, extension y limites de las prerogativas de aquellos monarcas. Unos les han creído absolutos, sin mas freno que el de su conciencia (7): otros juzgaron calificarles propiamente llamándoles teocráticos (8): quienes han creído que los monarcas visigodos lo gobernaban todo á su albedrío, con las solas limitaciones de no poder senten-

mitatis. De affinium successione vel munere quamvis inordinata relictá, aut primum tantum filiis aut hæredibus sequenter proficiant vel propinquis, atque ita in eorum cunctis actibus, moribus atque rebus præfatæ legis erit auctoritas valitura, ut et perenniter maneat inconvulsa. Et non prius apicem Regni quisque percipiat, quam se illam per omnia suppleturum jurisjurandi taxatione definiat.... Canon X concordante con la ley 2. tit. 1.º prelim. del Fuero Juzgo.

(7) El señor Sampere, dice hablando del consejo y de la autoridad real en la monarquía goda..... «Pero ni los grandes, ni el clero, ni el oficio palatino, ni el consejo, como quiera que esto fuese en aquel tiempo, ni aun los concilios mas autorizados y respetados por toda la nacion española, bastaron para contener el despotismo de los reyes godos. ¿Qué seguridad, ni qué libertad podía gozarse bajo un gobierno, por el cual los soberanos apenas tenían mas freno que su conciencia?... En el visigodo, realmente todo el poder legislativo y ejecutivo residia en los reyes.....» y mas adelante añade: «..... «Los mismos concilios, esos mismos grandes y aquella misma nacion, tan fiera y tan amante de su libertad y de sus costumbres primitivas, esa misma vino á ceder á sus reyes el derecho mas precioso y mas fundamental de todos los Estados, cual es el poder legislativo, consintiendo que se sancionara en su código civil....» Sampere, Historia del derecho español, cap. 44.

(8) El gobierno de los godos era en la apariencia una monarquía absoluta; pero el poder de su caudillo ó rey estaba tan limitado en su ejercicio por el influjo ó intervencion de los prelados, que calificándole con propiedad, bien podria llamarse teocracia. Los reyes godos, en los dias primeros de su monarquía, no estaban menos tenidos á raya por los nobles, siendo de hecho *primi inter pares*.... Dunham, Hist. de Esp., cap. 4.º

ciar sino con las formalidades ordinarias de la justicia, y de necesitar el concurso de los grandes y prelados para que sus decretos fuesen valederos mas allá de sus respectivos reinados (9); y aun existe, en fin, quien supone que, deseando los visigodos poner una barrera al poder de sus monarcas, sofocar las semillas de la tiranía y precaver las consecuencias del gobierno arbitrario, sujetaron la autoridad de los principes con el establecimiento de las grandes juntas nacionales, en que de comun acuerdo se debían ventilar y resolver los asuntos mas áridos del Estado (10). Es, pues, evidente la contrariedad entre los juicios formados acerca del carácter de la monarquía visigoda: los unos sostienen que era absoluta: los otros le ponen algunas limitaciones, y aun existe quien vé en ella la division de poderes que constituye la esencia de las instituciones llamadas modernamente representativas.

¿Pero cuál de aquellas contradictorias opiniones es la verdadera? No sería indiscreto contextar que ninguna, porque todas parten de supuestos viciosos: de que la monarquía visigoda, ora se la crea absoluta, limitada ó representativa, tiene semejanza con la estructura propia de las de su género en los actuales tiempos. Aquella monarquía era *sui generis*: lo que podía ser entonces, con sus tradiciones del imperio, con sus instintos esencialmente militares y con la rudeza é ignorancia propias

(9) Nuestros reyes eran verdaderos monarcas independientes, que podían mover guerras y hacer paces, y disponer y mandar como querían en cualquier asunto de gobierno, con dos restricciones solas: la primera, que sin las formalidades legítimas de tribunal y proceso no podían dar sentencia odiosa; pero si favorable y de perdon, porque siempre se ha considerado como regalia propísima del soberano la graciosa dispensa del rigor de las leyes: la segunda, que sus órdenes y decretos no tenían fuerza sino durante su vida, y solo recibían perpetuidad y vigor de ley, cuando lograban la aprobacion de los dos estados eclesiástico y secular, con la firma de los obispos y de los grandes del reino. Masden, Historia crítica de España.—España goda, libro 3.º

(10) De tal suerte los godos traspasaron á sus principes el sumo imperio y el ejercicio de la soberana autoridad, que de ninguna manera consintieron en privarse absolutamente de la que naturaleza concedió á los pueblos, y permanece siempre en toda sociedad como en su fuente y origen primordial. Así fué que, siguiendo en esto como en otras muchas cosas las máximas políticas de los germanos, no otorgaron á los reyes un poderío ilimitado, libre y despótico.... La real dignidad estaba íntima y esencialmente enlazada con el mérito y virtud de los principes, y pendiente de la exactitud con que desempeñaban sus operaciones, y de la obediencia que debían prestar á las leyes, y de la religiosa observancia de los contratos, condiciones y pactos bajo los cuales habían subido al trono.... Pero la circunstancia mas notable de la constitucion del reino visigodo, y que siempre se consideró como ley fundamental del gobierno español, fué que deseando la nacion oponer al despotismo una barrera incontrastable y sofocar hasta las primeras semillas de la tiranía, y precaver las fatales consecuencias del gobierno arbitrario y de la ambicion de los principes, sujetaron su autoridad con el saludable establecimiento de las grandes juntas nacionales, en que de comun acuerdo se debían ventilar y resolver libremente los mas áridos y graves asuntos del Estado. Martinez Marina, Teoría de las Cortes de los reinos de Leon y Castilla, 1.ª parte, cap. 1.º

de aquellos aciagos siglos. Pretender amoldar aquellas instituciones á las conocidas actualmente, seria como querer explicar los trages de entonces, por los que usamos en la sociedad moderna. No existe semejanza entre ellos, y si algunos pretendiesen hallarla, sus pareceres serian tan discordes como las opiniones emitidas sobre el punto histórico controvertido. Aunque no existiesen razones para creerlo así, esa misma divergencia nos convenceria de la escasa razon de los contendientes: porque cuando los hechos históricos están justificados suficientemente, la duda racional es casi imposible. ¿Quién puede hoy dudar del carácter representativo de la monarquía inglesa, ni del absoluto del imperio ruso? Pues esta evidencia es el signo distintivo de los hechos bien calificados.

La manera mas racional de investigar la índole de un gobierno consiste en observar donde reside la facultad de legislar y de ejecutar las leyes. La teoría de toda organizacion política está circunscrita á la fórmula de mandar y obedecer: el poder es quien manda y el súbdito quien obedece. Los gobiernos reciben sus diversas clasificaciones, segun la forma dada al ejercicio del poder. Donde la potestad de hacer y de ejecutar las leyes reside exclusivamente en los monarcas, la opinion universal apellida el gobierno absoluto. Este era, pues, el carácter esencial de la monarquía visigoda; pero sometido siempre su poder á influencias mas ó menos preponderantes, segun las prendas de quien le ejercia, y las circunstancias transitorias de quienes le auxiliaban. La opinion expresada por Sampere en su historia de la legislacion española parece la mas juiciosa, si bien un tanto inexacta, por los términos absolutos con que está formulada.

Las nueve leyes contenidas en el título de la Colección Visigótica, *de legislatore*, se refieren evidentemente al rey, en quien reconocen los poderes judicial y legislativo. «Las cosas que son comunales débelas gobernar con amor de toda la tierra: las que son de cada uno débelas defender omildiosamente, que toda la universidad de la gente lo hayan por padre, é cada uno lo haya por señor, é así lo amen los grandes, é lo teman los menores en tal manera, que ninguno non y aya duda del servir, é todas se metan aventura de muerte por su amor (11).» No es posible dudar acerca de que el rey es el legislador, cuyos deberes especifica el primer título, libro primero de la legislacion visigoda: solo á él cuadran los dictados de padre de la universidad y señor de ca-

(11) Ley 8, tit. 1.º, lib. 1, Fuero Juzgo, version romaneada.

da uno: *ut hanc universitas patrem, parvitas habeat dominum.*

La potestad legislativa de los monarcas visigodos se comprueba además por otras disposiciones del propio código. Las contiendas provocadas sobre puntos omitidos por la ley, debían los jueces elevarlas al conocimiento del príncipe, emplazando ante él á las partes para oír su real acuerdo, el cual se insertaba en el cuerpo de las leyes (12). Los reyes visigodos podían, en fin, decretar nuevas leyes cuando la necesidad lo aconsejase, y sus decretos tenían la misma fuerza que las preexistentes (13): se estrellan, pues, contra la autenticidad de los datos anteriores, los que suponen á los monarcas visigodos privados del ejercicio absoluto del poder legislativo.

Empero, además de legisladores eran también jueces, como lo indica el epigrafe: *qualis erit in judicando artifex legum* (14): es decir, que reunían en sí todos los atributos del poder, pues en aquellos remotos tiempos, la justicia absorbía todo lo que en los tiempos presentes está bajo la influencia de la moderna ciencia administrativa.

El rey administraba indistintamente la justicia civil y criminal en primera ó segunda instancia, y este atributo era tan esencial de aquella monarquía, que ninguno podía ejercerle sino en virtud de delegación expresa (15). Los padres del concilio de Toledo creyeron pernicioso el ejercicio de este poder, y rogaron á Sisenando y sus sucesores que abandonasen á los gobernadores la decisión de los pleitos civiles y criminales, reservándose meramente la prerogativa de hacer gracia (16): esta súplica comprueba evidentemente la costumbre de ejercer por sí los monarcas visigodos las funciones judiciales.

(12) Nullus iudex causam audire præsumat quæ in legibus non continetur; sed comes civitatis vel iudex, aut per se, aut per exsequutorem suum conspectui principis utrasque partes præsentare procuret, quo facilius, et res finem accipiat, et potestatis regie discretionem tractetur, qualiter exortum negotium legibus inseratur. Ley 11, tit. 4.º, lib. 2 del Fuero Juzgo.

(13) Sane leges adiciendi, si justa novitas causarum exegerit principalis electio licentiam habebit, quæ ad instar præsentium legum vigorem plenissimum obtinebunt. Ley 12, tit. 1.º, lib. 2 del Fuero Juzgo.

(14) Erit iudicans in indagando vivax, in præveniendi fixus, in decernendo non auxius, in percutiendo parcus, in parcendo assiduus, in innocente vindex, in noxio temperatus, in advena sollicitus, in indigena mansuetus. Personam tanto nesciat accipere, quanto et contemnere eligere. Ley 7, tit. 4.º, Fuero Juzgo.

(15) Dirimere causas nulli licebit, nisi aut a principibus potestate concessa, aut ex consensu partium electo iudice trium testium fuerit collectionis pactio signis, vel subscriptionibus roborata..... Ley 13, tit. 4.º, lib. 2 del Fuero Juzgo.

(16) Nec quisquam vestrum solus in causis capitum aut rerum sententiam ferat, sed consensu publico cum rectoribus ex iudicio manifestu delinquentium culpa patiscat, servata vobis inoffensis mansuetudine, ut non severitate magis in illis quam indulgentia polleatis..... Cap. LXXV. Concuerda con la ley 9, tit. preliminar del Fuero Juzgo.

La disposición benévola de Sisenando y de casi todos sus sucesores á secundar los deseos de los sinodos toledanos, induce á la creencia de que en lo sucesivo escasearían el ejercicio del poder judicial; mas no le abandonaron totalmente, como se comprueba por varios textos de las colecciones civil y canónica. Los padres del sínodo XIII refieren como jurisprudencia inconcusa, que los reyes imponían por sí penas ligeras, como la de azotes (17), y aun despues de escasear el ejercicio de las funciones judiciales, conservaron intacto el de la alta justicia, por virtud de la cual resolvían las alzadas interpuestas de los fallos de los gobernadores de provincia (18).

Pero si los monarcas visigodos fueron de derecho legisladores y jueces de sus pueblos, de hecho vieron muchas veces limitado su poder, por el influjo mas ó menos legítimo ó preponderante de los próceres y prelados.

El uso frecuente del regicidio durante el periodo de la monarquía visigodo-ariana, demuestra la existencia de un derecho consuetudinario autorizado como poder moderador de la dictadura de aquellos monarcas. De diez y seis príncipes reinantes desde Ataulfo hasta Leovigildo, nueve murieron asesinados, dos en la guerra y solo cinco de muerte natural. El rey era ciertamente legislador y juez para decidir sobre la vida y patrimonio de sus vasallos; pero la sociedad visigodo-ariana empleaba un moderador eficazísimo: el puñal siempre alzado contra el príncipe que abusaba de su poder. La razón rechaza la existencia habitual de un poder público ilimitado; pero cuando el buen sentido ha olvidado establecer limitaciones legales á ese mismo poder, el instinto de conservación se encarga de proporcionarlo, y lo encuentra siempre en el inmenso arsenal de las pasiones.

(17) Qui etiamsi pro culpis minimis, ut assolet, flagellorum ictibus a principe verberentur, non tamen ex hoc aut testimonium amissuri sunt aut rebus sibi debitis privabuntur..... cap. II.

(18) Si quis iudicem aut comitem vel vicarium comitis seu tiufadum suspectos habere se dixerit, et ad suum Ducem aditum accedendi poposcerit, vel fortasse eundem ducem suspectum habere se dixerit, non sub ac ocaione petitor, ac præsertim pauper quilibet patiatul ultra dilationem. Sed ipsi, qui iudicant ejus negotium unde suspecti dicuntur haberi, cum episcopo civitatis ad liquidum discutiant, atque pertractent, et de quo iudicaverint pariter conscribant, subscribantque iudicium: et qui suspectum iudicem habere se dixerat, si contra eum deinceps fuerit querellatus, completis prius quæ per iudicium statuta sunt, sciati sibi apud audientiam principis appellare iudicem esse permisum. Ita ut si iudex vel sacerdos reperti fuerint nequiter iudicare, et res ablata querelanti restituatur ad integrum, et a quibus aliterquam veritas habuit iudicatum est, aliud tantum de rebus propriis ei sit satisfactum. Si certe injustam contra iudicem querellam detulerit, et causam, de qua agitur, iuste iudicatum fuisse constiterit, damnum, quod iudex sortiri debuit, petitor sortiatur. Et si non habuerit unde compositionem exsolvat, C. flagelis.... iudicis presentia verberetur.... Ley 22, tit. 4.º, lib. II, Fuero Juzgo.

Al advenimiento al poder del príncipe Recaredo, la condicion de los monarcas visigodos cambió ostensiblemente. Este cambio no fué debido á la promulgacion de leyes nuevas limitativas de su poder soberano, sino al saludable influjo de las nuevas creencias, y á la preponderancia casi absoluta de los consejos del clero en las decisiones del monarca.

La influencia que los prelados católicos ejercieron sobre el poder, desde la abjuracion del arrianismo, fué agena á la organizacion política de la monarquía, la cual continuó siendo la misma: nació del prestigio que el saber, la virtud y demás excelentes prendas de aquellos prelados ejercieron sobre los monarcas y sobre la generalidad de los ciudadanos. La autoridad del clero era pues moral: no estaba garantida por las leyes: se apoyaba meramente en la opinion, en el prestigio, que es la sancion mas eficaz y poderosa; pero legalmente no habia otro poder que el del monarca, quien reunia, consultaba y confirmaba despues las deliberaciones de los concilios. Los P.P. toledanos intentaron varias veces hacer anuales sus sínodos y nunca lo consiguieron: los asuntos que trataban eran previamente designados por el rey: sus decisiones se sancionaban por el mismo, y por último, ninguna ley obligaba á los monarcas á reunir sínodo periódicamente ni por causas determinadas, por cuya circunstancia unos lo reunieron mas, otros menos y algunos no convocaron ninguno. Tampoco habia reglas acerca de las materias de que se debian ocupar los concilios, razon porque unas veces lo hacian de asuntos meramente canónicos, y otras de políticos ó civiles. Los concilios de Toledo, tan célebres en el orbe cristiano por su sana moral, y en el político, por su preponderante influencia en el gobierno de la monarquía visigoda, no adquirieron su poder de las leyes política ni civil, sino de las creencias de la época, del amor de neófitos que, tanto los monarcas como los súbditos, tenian á los ministros de una religion que abrazaron con entusiasmo: del respeto que tanto á los unos como á los otros les inspiraban unos hombres llenos de virtudes y poseedores de toda la ciencia de aquellos tiempos. En una palabra, el poder de los P.P. de Toledo era moral y no político ni civil; estaba arraigado en el corazón de los visigodos, y por eso fué eficaz aun careciendo de la sancion de la ley.

III.

Para evidenciar la exactitud de esta opinion y el error de los que sustentan otras contrarias, es muy conveniente examinar esos mismos sínodos toledanos, sobre los cuales tan encontrados juicios se han emitido. Diez y siete son los mencionados en las colecciones canónicas mas autorizadas, pues aunque en otras se refieren hasta veinte y uno, se suprimen los restantes por causas ajenas del momento. De aquellos diez y siete concilios, los dos primeros fueron verdaderos sínodos eclesiásticos, celebrados, el primero en el año 400, en tiempo de los emperadores Arcadio y Honorio y del consulado de Stilicon, y el segundo en el de 517, año quinto del reinado de Amalarico, con cuya autorizacion se reunieron ocho prelados.

El primer concilio que debe ocuparnos es el tercero efectuado en el año 589, cuarto del reinado de Recaredo: sínodo muy célebre, pues en él se hizo la profesion de fé de los godos convertidos al catolicismo. Desde este concilio se observan en todos ellos ciertos caractéres generales muy dignos de atencion y exámen.

Dichos caractéres no aparecen siempre con igual evidencia; pero esta variacion procede sustancialmente de la mayor ó menor formalidad de las actas. Por ejemplo: los escritores eclesiásticos y profanos están conformes en que los monarcas reinantes convocaron todos los concilios toledanos, desde el III al XVII inclusivos. El mayor número de sus actas refiere esta circunstancia, y sin embargo las del IX, X y XI guardan silencio sobre ella, ¿Querrá esto decir, que en estas tres ocasiones los P.P. se reunieron espontáneamente, sin llamamiento especial del príncipe? No: este silencio procede de omision de los redactores de las actas, y así es que el último de esos concilios fué autorizado por diez y siete próceres, quienes no habrian concurrido sin autorizacion expresa del monarca. Partiendo, pues, de este supuesto, investiguemos los caractéres generales de los sínodos toledanos, para ver si podemos hallar en ellos su verdadera accion en la estructura de la monarquía visigoda.

El primer rasgo general que en dichos concilios se distingue, es su constante convocacion por el príncipe reinante: fundados algunos escritores en esta circunstancia, han calificado á aquellos concilios de córtes

generales del reino. La doctrina expuesta por los padres del segundo sínodo, acerca de que la convocatoria era un atributo propio del metropolitano (19), disculpa en cierto modo esta creencia; mas para desecharla deben tenerse en cuenta las circunstancias de aquellos tiempos, y que en punto á convocatorias, la disciplina eclesiástica no fué siempre la misma.

Convertidos los visigodos con Recaredo á la fé católica, natural era que los príncipes se constituyesen protectores de la Iglesia, y que se atribuyesen el derecho de convocar los concilios. Por iguales circunstancias, los emperadores romanos ejercieron ese mismo derecho, siendo dos ejemplos notorios y solemnes, la convocatoria de los dos primeros concilios generales nicenos por Constantino y Teodosio. Pero además del ejercicio constante de aquella prerogativa, los mismos papas la reconocieron alguna vez, como se comprueba por la carta que Leon II escribió á Ervigio, para que acogiese piadosamente la definición del concilio tercero de Constantinopla contra la doctrina de los monotelitas y otros hereges, mandando que fuese predicada y suscrita por los piadosos prelados de la Iglesia española (20).

Mas no solo el rey convocaba los sinodos, sino que su convocatoria dependia exclusivamente de su voluntad soberana. Por lo mismo, hubo monarcas que reunieron uno, dos y aun tres durante su reinado, pero los mas no convocaron ninguno. Es muy cierto que los prelados intentaron varias veces erigir en ley del reino la reunion periódica del concilio (21); pero sus deseos no se vieron cumplidos sino dos veces en los reinados de Recesvinto y de Ervigio, las cuales no pueden servir de regla; pues en los siguientes años de sus respectivos reinados no hubo reunion de ningun género. Si, pues, los monarcas visigodos reunian el concilio cuando les placia, su existencia no se puede reconocer de derecho como un poder moderador de la soberanía del príncipe; mas bien como un gran consejo que el propio príncipe convocaba cuando queria ilustrarse sobre los graves asuntos concernientes al Estado. Me parece

(19) Sane juxta priorum canonum decreta concilium apud fratrem nostrum Montanum Episcopum, si Dominus voluerit, futurum pronuntiamus, ita ut frater et coepiscopus noster Montanus; qui in metropoli est, ad comprovinciales nostros Domini sacerdotes litteras de congreganda Synodo adveniente tempore debeat destinare. Cánón V, segunda parte, del concilio II Tolet.

(20) Coleccion canónica de España, publicada por don Francisco Antonio Gonzalez; tomo 4.º, fol. 439, Madrid, 1849. El rey convocó al efecto sinodos provinciales, y como tal el XIV. de Toledo, no reuniéndose el concilio nacional, por las razones expresadas en dicho sinodo, referidas al mismo Sumo Pontífice.

(21) Asi lo acordaron los padres del concilio IV, cap., III; los del IX, al pie de sus actas, y los del XI cap. XV.

un delirio de imaginaciones preocupadas, la pretension de identificar estos sinodos con los cuerpos colegisladores existentes en las monarquías constitucionales de Europa. Los concilios toledanos carecian en lo temporal de vida propia, pues la recibian de los monarcas, y bien se alcanza la insuficiencia de instituciones de este género para tener á raya el poder ilimitado del principe, siendo él quien se lo limitaba voluntariamente á sí mismo.

Otro de los rasgos generales de los concilios toledanos es, que solo se ocupaban en los asuntos señalados por los mismos monarcas, especialmente con relacion á las materias políticas y civiles. Acerca de este punto se ofrece igual variedad que sobre el anterior, pues las actas sinodales no son siempre explicitas; pero esta variedad no desmiente la realidad de su existencia. Del mayor número de concilios resulta, que reunidos los prelados en virtud de la real convocatoria, el principe entraba en su seno, les saludaba mas ó menos expresivamente y les decia el objeto de su convocatoria. La exposicion de asuntos se hacia de dos modos: de palabra ó por un escrito llamado *tomo régio*. La primera fué mas frecuente al principio; pero la segunda, empleada ya en el III convocado por Recaredo, fué la fórmula casi constante de inaugurar los últimos sinodos toledanos. Observemos lo ocurrido en los casos de este género, y nos convenceremos de que los concilios toledanos se ocupaban solo en los asuntos señalados por los monarcas, que es el segundo rasgo general que constituye su especial fisonomía.

En el concilio III, Recaredo recomendó al sínodo que se diese prioridad á proclamar la abjuracion del arrianismo y á oír de los obispos, religiosos y próceres del reino, la fé con que creyeron en Dios, y el sínodo formuló su profesion de fé. El mismo Recaredo recomendó despues al sínodo el establecimiento de algunas prescripciones para firmeza de la religion Católica y refrenamiento de las costumbres, y sus deseos quedaron cumplidos. Todo lo acordado en aquel memorable concilio fué por excitacion del católico Recaredo, y así lo dió éste á entender en su edicto confirmatorio (22).

El ortodoxo Recesvinto autorizó en su tomo régio al sínodo VIII para terminar en justicia las quejas que se le presentasen, y para reformar las leyes en la forma que estimase conveniente. Reducid, dijo, á la claridad del medio día las oscuridades y dudas que se encuentren en

(22) Véanse las actas del concilio III de Toledo en la coleccion de cánones de la Iglesia española de don Francisco Antonio Gonzalez antes citada.

los cánones, y tratad de concordar con justicia, piedad y templanza todos los negocios que se presenten á vuestra audiencia (23).

En el tomo régio presentado por Ervigio á los padres del concilio XII de Toledo, recomendó entre otras cosas la correccion de las leyes que en-contrasen absurdas ó les pareciesen contrarias á la justicia: que estableciesen nuevas leyes sobre los puntos descuidados, y por último excitó á los padres santos y á los varones ilustres de Palacio, para que sin tener en cuenta la clase de personas, examinasen y resolviesen con sano criterio los asuntos á su audiencia presentados (24). En el tomo régio presentado por el propio monarca al concilio XIII, para que no pudiera olvidarse ni omitirse nada de cuanto pudiera decir de palabra, refirió todos los particulares de que debía ocuparse el sínodo; cuya exposicion hacia á fin de que los padres y varones palatinos reunidos, los tratasen y discutiesen para su estabilidad y firmeza (25).

En los concilios XV, XVI y XVII, celebrados durante el reinado de Egica, este monarca presentó tambien tomos régios, expresando en ellos mas ó menos menudamente, los particulares sometidos á su deliberacion y exámen. Sin embargo, para no cansar con repetidos ejemplos, citaré solo el tomo régio presentado al concilio XVI celebrado en el sexto año *del inclito y ortodoxo señor y príncipe Egica*. En dicho tomo, las materias sometidas al sínodo están expuestas con un método, precision y claridad admirables. Cada período es un asunto, y cada asunto tiene su decreto en las actas del concilio. El rey se quejó de la perfidia de los judios, y el sínodo los castigó en su primer capitulo. El monarca se lamentó del culto de la idolatría, y el concilio proveyó á ello seguidamente. Se indica el exterminio del pecado nefando, y el cánón tercero lo anatematiza. Se reclama contra los eclesiásticos malversadores de los bienes de sus iglesias, y el capitulo V satisface los deseos del príncipe. El monarca, en fin, se queja de la soberbia de los maquinadores contra su real persona, contra la nacion y gente de los godos, y el sínodo los castiga, prescribiendo ademas en el cánón VIII que se digan plegarias por el rey al celebrar en todas las iglesias el Santo Sacrificio de la Misa (26).

(23) Véanse las actas del VIII concilio id.

(24) Véanse las actas del concilio XII de Toledo.

(25) Id. las del XIII.

(26) Sed et quod his potius est, zelo Dei zelantes abrogandam judeorum utriusque sexus perfidiam radicatus demite, ut et legum nostrarum sententias quæ ob perfidiam eorum et in preteritis edite et hodierno sunt tempore condite, omni valeant robore subnixæ; et excessus nequitia ipsorum earundem legum dispereant sanctione..... Inter cetera tamen obscœnum crimen illud de cuncubitoribus masculorum extirpandum decernite, quorum horrenda actio et honestæ vitæ gratiam maculat, et

No cabe, pues, mejor armonía entre las preguntas y las respuestas, entre los deseos del monarca y los acuerdos del concilio. Solo así se concibe la solicitud con que los monarcas visigodos sometían frecuentemente al exámen y resolución de los sínodos toledanos, los asuntos mas áridos concernientes al gobierno del Estado.

Empero los concilios de Toledo, no solo se reunían y deliberaban en virtud de la convocatoria y señalamiento de materias especificadas en las alocuciones verbales ó escritas que les dirigía el príncipe reinante, sino que sus deliberaciones no adquirían fuerza obligatoria sino después de la promulgación regia; cuya circunstancia es el tercer rasgo general observado en los referidos concilios.

La existencia de este carácter en las actas de los concilios toledanos es tan evidente, que aun los escritores eclesiásticos le han reconocido, si bien disculpando su existencia con las prescripciones del bien del Estado. Apoyados en la autoridad de San Agustín y de San León, creen que los monarcas no pueden mostrar su piedad de un modo mas conveniente, sino decretando la observancia de los preceptos de la Iglesia; *pues Dios no les ha dado solo la potestad real para el gobierno mundano, sino principalmente para proteger la Iglesia y defender sus estatutos*. En comprobación de las autoridades invocadas, refieren el suceso del segundo sínodo general, cuyos padres dieron cuenta á Teodosio el Magno de sus decretos, pidiéndole la confirmación de sus actas, *así como favoreció á la Iglesia con sus cartas convocatorias*. Con estos precedentes, los mismos escritores eclesiásticos creen muy natural que los monarcas visigodos siguiesen el ejemplo de los emperadores, de convocar y confirmar los concilios; viendo solo en ello una muestra de lo muy unidos que se hallaban con los P.P. de la Iglesia (27).

Aun cuando estoy conforme con los escritores aludidos en punto á reconocer el hecho constante de la real convocatoria para la reunión de los concilios toledanos, disiento de ellos en cuanto suponen que los prin-

iram coelitus superni vindicis provocat. Et quia plerique perfidorum cothurno superviæ dediti non ex Deo regale fastigium sed solo jactantie tumore appetere dignoscuntur; quicumque amodo ex palatinis, cujuslibet sit ordinis vel honoris persona, in necem regiam vel excidium gentis ac patriæ gothorum fuerit conatus intendere, aut quodcumque conturbium intra fines Hispaniæ tentaverit excitare, tam ipse quam omnis ejus posteritas ab omni palatino expulsa officio sub tributali impensione fisco debeant perpetui inservire, amisis insuper facultatibus propriis, quas cui voluerit licenter conferat clementia principalis..... Estos periodos estan tomados del estenso *tomo régio* presentado al concilio XVI, cuyo original se halla en la colección canónica antes citada.

(27) Véase el tomo I de la colección de concilios de la Iglesia española; Madrid, 1849, fól. 494; de la confirmación de los cánones por la temporal potestad, y el tomo II de dicha colección, fól. 457.

cipes visigodos siguieron el ejemplo de los emperadores romanos, pues las circunstancias de los unos y de los otros fueron distintas. En efecto, los concilios convocados y confirmados por los emperadores versaban exclusivamente sobre asuntos eclesiásticos, y los toledanos deliberaban indistintamente sobre puntos canónicos, civiles y políticos: en los primeros definían solo los prelados de la cristiandad, y en los segundos deliberaron además de los prelados los varones ilustres de palacio, á quienes el monarca invitaba especialmente (28); en aquellos, los papas designaban el asunto, y en estos la designación procedía solo del rey. Estas y otras diferencias características de los concilios toledanos persuaden

(28) Sobre este esencialísimo punto existe también divergencia de pareceres, pues hay quien sostiene que la asistencia de los próceres á las reuniones de los concilios, fué con el solo objeto de que se impresionasen del espíritu de los padres, y aprendiesen á gobernar los pueblos en justicia (V. el pár. 3.º de la disertación compuesta por el padre M. Fr. Enrique Florez, inserta en el tomo VI de la España Sagrada). Sería necesario un trabajo muy extenso para demostrar el error de la opinión referida; pero siendo impropia tal extensión al presente, me limitaré á exponer brevemente mis ideas.

Para mí es un hecho evidente que, al menos desde el concilio VIII, asistieron á sus sesiones los varones ilustres palatinos, con voz y voto deliberativo en los asuntos civiles y políticos; y este aserto se comprueba por la fórmula con que suscribían indistintamente las actas: por esta circunstancia el cardenal Tomasino, en su tratado *De vetus et nova ecclesie disciplina*, dice que los concilios de Toledo fueron juntamente cortes del reino.

Los adversarios de esta opinión sostienen que la asistencia de los laicos fué meramente para que se enterasen de la piedad y justicia con que debían gobernar los pueblos, apoyando esta idea en el cap. 48 del concilio III de Toledo, y en el tomo regio del concilio XII; pero estas disposiciones se referían á los jueces y gobernadores de las ciudades y provincias, los cuales no deben confundirse con los *magnificentissimis et nobilissimis viris... optimatibus et senioribus palati*, que asistían á los sínodos por mandato del rey, para que discutiesen los asuntos que se designaban: sobre lo cual puede consultarse el tomo regio del concilio XII. Los primeros asistían meramente para aprender á regir con piedad y justicia los pueblos—*ut discant quam pie et iuste cum populis agere debeant*—y los segundos concurrían por elección real, para que sin afección de personas... discutiesen con sano exámen lo que á su audiencia se presentase.—*Quos interesse huic sancto concilio delegit nostra sublimitas... quia sine personarum acceptione aliqua vel favore... quæque se vestris sensibus audienda ingesserit sana verborum examinatione discutire*.—Los jueces y gobernadores asistían solo como oyentes, y los ilustres varones de palacio, como actores principales de aquellas asambleas.

Tan evidente es nuestra aseveración, que entre las firmas de los varones ilustres del oficio palatino que suscriben las actas del VIII concilio, no se halla ninguna de duque ni conde gobernador de ciudad ó provincia, sino de conde de los aposentadores, *cubiculariorum*; conde de las provisiones, *scanciarum*; conde de los notarios, *notariorum*; conde de los patrimonios, *patrimoniorum*; conde de los spatarios, *spatariorum*, y otros semejantes, cuyos cargos correspondían al servicio de la real casa.

En los concilios IX, XII, XIII, XV y XVI, aparecen también suscripciones de mas ó menos varones del oficio palatino; pero entre todos ellos no existe sino Valderino, conde de la ciudad de Toledo, que suscribe el concilio XIII; cuya excepción no desmiente la regla general, ora por su singularidad, ora también porque al conde de la ciudad que era á la sazón asiento de la corte, no era extraño que alguna vez se le concediese la preeminencia de deliberar juntamente con los altos dignatarios de la real casa.

que, la conducta de los príncipes visigodos se apoyaba en razones muy diversas de las invocadas por los escritores eclesiásticos. Cuando Recaredo, Sisenando, Chintila y sus sucesores, sancionaron las actas de los concilios celebrados en sus reinados respectivos, no confirmaban meramente los estatutos eclesiásticos, sino que daban existencia á las prescripciones legales aconsejadas por los próceres y prelados consultados colectivamente por la real munificencia, para mejorar lo existente y proveer á las necesidades siempre crecientes de la sociedad contemporánea. Aun cuando desemejantes, las fórmulas mismas de los decretos de promulgación justifican esta creencia; pues elogiada la autoridad sinodal, el respeto y veneración que merecía, solía hacerse mención de sus epígrafes, y concluían con el decreto de observancia, obligatorio á todos, bajo ciertas penas (29).

IV.

Las precedentes investigaciones sobre los concilios toledanos justifican la soberanía ilimitada de los príncipes visigodos, aun después de profesada la fe católica: la diferencia entre esta segunda época y la del arrianismo consiste sustancialmente en la variación del influjo moderador de la soberanía de los propios príncipes. Hasta los tiempos de Leovigildo, la omnipotencia real no tuvo otro límite que el temor á las conjuraciones multiplicadas, merced á las costumbres bárbaras de aquellos tiempos, según expuse anteriormente; pero desde Recaredo en adelante, aquel influjo se trocó en otro civilizador: este nuevo influjo

(29) *Congruum satis genti ac patriæ nostræ atque expedibile perpenditur omni ecclesiæ, si ea quæ synodali definiuntur conventu principali confirmantur stylo. Idcirco per hujus legis decretum serenitatis nostræ mansuetudo decernit, ut omnium capitulorum sententiæ, quæ in hac sancta synodo promulgatæ noscuntur, firmissimæ stabilitatis obtineant robur; id est: De tribus diebus quibus in initio concilii nihil aliud agendum jubetur, nisi tantum de fide ac de aliis rebus spiritualibus, nullo secularium interposito; De obserandis ostiis baptisterii in initio quadragesimæ: De ablutione pedum in Cœna Domini faciendâ: De sacris ministeriis vel ornamentis ecclesiarum: De his qui missas defunctorum pro vivis audent malevolè celebrare: De diebus litaniarum per totos duodecim menses celebrandis: De munitione conjugis ac prolis regiæ: De judeorum damnatione.*

Quarum omnium constitutionum decreta quiqui temeranda crediderint, observare noluerint venerari neglexerint, cujuslibet sint generis, personæ vel ordinis, secundum præcedentium conciliorum leges, quæ in confirmationem eorum sunt promulgatæ, sive ex communicatione seu etiam damno maneat usquequaque damnati. Lex in confirmatione concilii edita. Conc. XVII de Toledo.

fué la influencia preponderante de los consejos de los sínodos toledanos en la voluntad de los monarcas.

Y digo consejos, porque estoy muy lejos de creer que las decisiones civiles y políticas de aquellas venerables reuniones tuviesen el carácter de preceptos obligatorios: las resoluciones de los concilios no limitaban legalmente el poder de los monarcas. Para suponer esta limitación sería preciso que una ley política estableciese su ejercicio, como sucede en las constituciones de las modernas sociedades; pero esa institución no existía. Ora califiquemos los sínodos toledanos de meros concilios, de cortes del reino, ó de reuniones mixtas, es un hecho ciertísimo que no se reunían por derecho propio, sino en virtud de convocatoria del poder real. ¿Y cuáles son los títulos de una institución cuyas funciones no empiezan sino cuando las vivifica un agente extraño?....

Para que los concilios se apellidasen propiamente cortes del reino; para que sus actos tuviesen vida propia; para ver en ellos legalmente un poder moderador del de los monarcas, era preciso que existiesen independientemente de estos, que funcionasen simultáneamente con ellos, y que sus deliberaciones fuesen en cierto modo impuestas. Pero sucediendo todo lo contrario; no teniendo los sínodos toledanos mas vida que la que los monarcas visigodos querían darles; ni deliberando de otros asuntos sino de los que los propios monarcas querían someterles, parece irracional considerarles como un poder represivo del de aquellos príncipes: mas bien como un consejo de personas ilustradas, á cuyo parecer se adherían gustosamente: *porque aprovecha mucho hacer lo bueno con consejo de los buenos*, según dijo Ervigio en su tomo régio presentado al concilio XIII.

La omnipotencia de nuestros monarcas durante el período de la monarquía visigodo-católica es tan cierta, como que dicha época fué la en que los reyes de España ejercieron un poder mas soberano. Su poder alcanzaba no solo á hacer las leyes; á cuidar de su ejecución; á declarar la guerra y ratificar la paz (30); á mandar los ejércitos, cuando su formación era necesaria (31); á nombrar y separar los funcionarios públi-

(30) Véase la historia de España por Carlos Romey, cap. XVIII del estado moral, político y religioso de la península durante la dominación visigoda, donde dice, que los reyes encargaban las embajadas militares sobre tratados de paz á los obispos confirmando con ejemplos... Gibbon sostiene igual opinión, tom. 3. cap. 26. y añade, que Fritigerno, caudillo de los godos, mandó un eclesiástico al emperador Valente, con la embajada de tratar con el enemigo...

(31) Los reyes visigodos mandaron originariamente sus ejércitos; pero como su presencia no era siempre posible, se hizo necesario que delegasen sus facultades en los duques ó condes que al efecto designaban. Véase la historia de la Milicia española de Marin y Mendoza, part. 3.^a, cap. III.

cos (32): á la imposición y exacción de impuestos, y á cuanto constituye el cumplimiento de la soberanía; sino también á los asuntos meramente eclesiásticos, como son los de disciplina, interviniendo alguna vez también en los de fé. Estas atribuciones son ciertamente impropias del poder temporal de los católicos monarcas, quienes reconocen la division de poderes espiritual y temporal, de que habló bellisimamente el sábio autor de las Partidas (33); pero es preciso reconocer con la autoridad unánime de los escritores seglares y eclesiásticos, que en aquellos tiempos no estaban bien deslindados de hecho estos dos poderes, y que por virtud de su confusion, los monarcas ejercieron ámpliamente derechos que despues reivindicaron los representantes de la Iglesia. Como quiera que esto sea, es un hecho constante que en los concilio III y siguientes, y con especialidad en el V, VIII, XI, XIII, XVI y XVII, los principes designaron á los padres toledanos los puntos de fé y disciplina que debian tratar en sus sesiones. Apenas hay una alocucion ó tomo régio donde no se exprese la voluntad del monarca relativa á la profesion de fé católica y á la correccion de las costumbres y disciplina eclesiástica. Es frecuente ver á los reyes visigodos proponer y decretar la celebracion de letanias: referir los abusos de los eclesiásticos y proponer su canónico correctivo: denunciar los cultos idólatra y judaico y solicitar contra sus secuaces las censuras eclesiásticas. Pero fué tal y tan ostensible la intervencion de los monarcas posteriores á Recaredo en los negocios de la Iglesia, que segun el cánon tercero del concilio XII, el excomulgado que era recibido en la gracia del principe, ingresaba *ipso facto* en el gremio de la Iglesia (34), (35).

(32) Masdeu, historia crítica de España, tomo XI, España Goda, lib. III, números 20 y siguientes y leyes 13 y 25, tom. I, lib. II del Fuero Juzgo y sus concordatos del mismo código.

(33) Véase la introduccion á la Partida II... de don Alonso el Sábio.

(34) Sed quod regia potestas aut in gratiam benignitatis receperit, aut participes mensæ suæ effecerit, hos etiam sacerdotum et populorum conventus suscipere in ecclesiastica communione debet, ut quod jam principalis pietas habet acceptum nec á sacerdotibus Dei habeatur extraneum. Cánon III. concilio XII de Toledo.

(35) Pero no alcanzaban solo á alzarlas, sino que en calidad de ejecutores de los estatutos eclesiásticos, imponian también censuras espirituales, segun veremos en el ejemplo siguiente. El cánon VI del concilio XII toledano concedió al metropolitano de Toledo la potestad de consagrar los prelados de las demas provincias, y de confirmar los elegidos por el principe, si dicho metropolitano reputaba digna la eleccion. Este capitulo dió ocasion á un cisma de los obispos cartagineses, los cuales intentaron sustraerse de la metrópoli toledana, y consagrar obispos sin acuerdo del primado. Este proyecto ocasionó largas disensiones que terminaron despues en el concilio provincial celebrado en la misma ciudad de Toledo á 23 de octubre de 610 y I del reinado de Gundemaro, en cuyo sínodo, los cismáticos reconocieron explícitamente la potestad de su metropolitano. Pero lo conducente á justificar la intervencion real en los asuntos eclesiásticos de aquella época, es el decreto promulgado por el mismo Gundemaro contra los prelados cartagineses. Despues de referir que,

Pero si los príncipes visigodos eran de derecho soberanos absolutos, ¿cuál fué el carácter de los concilios de Toledo? ¿Cómo se justifica entonces toda su importancia en la gobernación del Estado, durante el período histórico de la monarquía visigodo-católica? Semejante extrañeza, pueden solo sentirla los que desconocen la excelencia de los medios indirectos de influir en la acción del poder. La preponderancia rara vez nace de la ley: las mas se ejerce moralmente por causas ajenas á la misma legislación. La influencia suele andar muy apartada de las instituciones escritas, y cuando las leyes vienen en su auxilio, es porque se van extinguiendo las costumbres públicas, que son su verdadero asiento. La influencia nacida de la moralidad, de la inteligencia y de la riqueza de una asociación ó individuo, podrá ser ajena á las leyes constitutivas ó secundarias de un país; pero tiene otro apoyo mas vigoroso: el apoyo de la opinión pública que recibe con solemne respeto y con sumisión religiosa todo lo que emana de su oráculo.

Entre los grandes sucesos ocurridos durante la edad media, hay uno que descuella magistuosamente, cual las pirámides en el desierto: este suceso fué la expedición de los cruzados hácia la conquista de la Tierra Santa.

Era aquella época de desarrollo del elemento feudal, de instintos im-

el especial atributo del príncipe consiste en el cuidado de las cosas temporales, añade que *su magestad se decoraba muy especialmente* de las que pertenecian á la divinidad y religion. Refiere en seguida el cisma de los prelados de la provincia cartaginense, y continua: lo que nosotros no permitimos de modo alguno que continúe así desde hoy para siempre, sino que manifestamos, que el honor del primado le tiene segun la antigua autoridad del concilio sinodal, por todas las iglesias de la provincia de Cartagena, el obispo de la sede toledana, y es el que entre sus coepiscopos sobresale tanto por la dignidad de su honor, como por la dignidad de su nombre... Ni tampoco consentimos que la misma provincia de Cartagena se divida en dos metropolitano en contra de los decretos de los padres, porque de aqui nacerá variedad de cismas, con los que se alterará la fé y se romperá la unidad; sino que esta misma silla, así como goza de la antigua veneración de su nombre y del culto de nuestro imperio, del mismo modo sobresalga por la dignidad de su iglesia en toda la provincia y aventaje á todas en potestad... Y porque es una é idéntica provincia, decretamos, que así como la Bética, la Lusitania, la Tarraconense y las restantes pertenecientes á nuestro reino, se sabe, que segun los decretos antiguos de los padres, cada una tiene su metropolitano; del mismo modo, la provincia cartaginense venerará como primado á quien declara la antigua autoridad sinodal... Ni permitimos que en adelante obren los obispos de igual modo por licencia desordenada; pero en atención á nuestra clemencia y teniendo presente la piedad, concedemos el perdón de la negligencia antigua... Y quedarán sujetas á censura mayor é inapelable los que intentaren violar temerariamente este nuestro decreto que procede de la autoridad de los padres antiguos: ni despues se concederá el perdón del delito cometido á cualquiera sacerdote de la provincia cartaginense que desprecie el honor de la misma iglesia, pues el *desobediente será degradado y excomulgado*, y ademas recibirá la censura de nuestra autoridad. Véase al pie del concilio XII de Toledo la constitución de los sacerdotes cartagineses y el decreto confirmatorio del príncipe Gundemaro.

pacientes, de ambiciones insaciables, de disensiones intestinas, de rencores y de venganzas privadas; pero todas estas y otras muchas malas pasiones estaban mezcladas con un gran sentimiento religioso, y con una inclinacion invencible hácia la fé. Un pontifice concibe el pensamiento de arrancar los Santos Lugares de la dominacion de los infieles, y convoca los príncipes y señores temporales: les refiere los grandes padecimientos de sus hermanos en aquellas remotas regiones: les muestra la impiedad profanando el Sepulcro del Salvador del mundo: les enseña un pobre ermitaño venido de alli para implorar el socorro de sus hermanos de Occidente: les habla en fin, y les señala como la mas honrosa y santa empresa, la de volar en pos de aquella sobrehumana hazaña, y la reunion entera dió un solo y unánime grito de entusiasta asentimiento. La voz del padre de la Iglesia resuena y estremece los ángulos de la Europa: todos los corazones se inflaman: la cristiandad se alza como un solo brazo á impulsos de un solo pensamiento: los rencorosos olvidan sus venganzas, los avaros su codicia, los señores venden sus estados, realizan sus capitales, se rodean de sus deudos y vasallos, y todos corren en tropel de las diversas partes del mundo á consumir su fortuna y verter su sangre por el Sepulcro de su Dios y por el amor de sus hermanos. Suceso grande y maravilloso: el mas maravilloso y grande de cuantos vieron los siglos y referirán probablemente las historias hasta su consumacion.

¿Y cuál fué el móvil de tan maravilloso suceso? Las heroicas expediciones de los cruzados se consumaron solo por un influjo moral: todo el poder de los monarcas y de las asambleas laicales no hubieran obtenido ni un reflejo de lo que fueron realmente aquellas expediciones. La sociedad de la edad media no amaba sino á su Dios: no creia ciegamente sino en su fé, y para obtener su obediencia, para arrebatlarla, para precipitarla á las empresas mas árduas, era preciso arengarle en nombre del cielo. Grande habilidad fué la de quien lo entendió así y sacó de ello el partido conveniente. En diferentes épocas, el corazon humano fué guiado misteriosamente á grandes sucesos por influencias ajenas á las instituciones escritas: la excelencia de las influencias morales sobre las directas en favor del gobierno de los pueblos es un punto exento de duda.

Una influencia de aquel género fué la ejercida por los sínodos toledanos en el gobierno de la monarquía visigodo-católica. La autoridad de los monarcas visigodos fué absoluta: ninguna ley limitaba su poder, antes bien, las colecciones civiles y canónicas justifican su omnipoten-

cia. Los concilios toledanos no se reunían sino cuando el príncipe los convocaba, ni se ocupaban en otros asuntos sino en los que al propio príncipe placía, requiriéndose por último un edicto real confirmatorio de las actas sinodales. Los prelados y próceres que deliberaban en las asambleas toledanas carecían, pues, de autoridad propia; pero su influencia era sin embargo muy grande, pues tenía en su favor la obediencia amorosa de la sociedad contemporánea, que es la mejor de todas las sanciones.

V.

Para explicar satisfactoriamente la influencia de los concilios toledanos en la dirección de los negocios del Estado, se requiere un conocimiento profundo del estado social de aquella época remota. Es preciso iniciarse en las condiciones desiguales de los individuos; en los sentimientos religiosos de aquellos neófitos fervientes; en la general ignorancia, aun de la clase mas ilustre; en la suerte deplorable, en fin, de las grandes masas del pueblo, para persuadirse de las circunstancias legítimas de aquella influencia á nuestros ojos disculpable. Sería trabajo muy prolijo enumerar todas las concausas determinantes de la preponderancia del clero; pero guiado de la superioridad de la empresa y de la conveniencia de no hacer este ensayo demasiado extenso, me limitaré á la exposicion de las que en mi juicio ejercieron el principal influjo.

Una de ellas fué en mi concepto, la creencia á la sazón muy arraigada en el corazón de los príncipes visigodos, de que lo resuelto por los P.P. toledanos era inspirado por el Espíritu Santo. Este sentimiento fué tan profundo y consecuente, que casi en todas sus alocuciones, los monarcas le invocaron como fundamento de su conducta. Recaredo expuso al concilio III, que lo reunía teniendo fé en la sentencia del Señor, que dice, que donde hubiese dos ó tres congregados en su nombre allí estaría en medio de ellos (36). Ervigio se expresó del propio modo, pues dijo al sínodo que descaba que purgase la tierra del contagio de la malicia, apoyándose en el texto evangélico que dice, que, si dos de los

(36) Unde valde pernecessarium esse prœpessi vestram in unum convenire vœtatudinem, habens sententiæ dominicæ fidem quæ dicit: ubi fuerint duo vel tres collecti in nomine meo, ibi ero in medio eorum... Alocucion del concilio toledano III.

prelados se convinieren sobre la tierra, serian secundados por el Dios de los cielos (37). Egica dijo al concilio XV, que no le cabia duda de que en su seno se hallaba nuestro Señor Jesucristo, dando crédito á sus palabras, de que donde se hallasen dos ó tres congregados en su nombre allí estaria en medio de ellos. Y añadió ser tal su confianza en esto, que cualquier cosa que determinasen, la creeria dictada por inspiracion de Jesucristo (38). El propio monarca pidió al concilio XVI consejos saludables para seguir reinando en paz, y gobernar con piedad y discrecion el reino que le estaba encargado. Deseo ademas, les dijo, que os mostreis dignos en este santo concilio, para que iluminando la gracia del Espiritu Santo vuestros corazones, se halle este Señor en medio de vosotros (39). Por último, en la alocucion dirigida al concilio XVII, el mismo príncipe Egica exhortó *al colegio sacerdotal de la Iglesia católica... y á los ilustres varones del real palacio... á quienes nuestra alteza mandó que asistierais á esta escogida junta, que por considerar que es largo deciros de viva voz las cosas necesarias al provecho de nuestro reino os entregamos este tomo, en el que está contenido todo lo que hemos creído deber noticiaros, invocando al que dijo, que en donde quiera que estuvieren dos ó tres congregados en su nombre, allí estaria en medio de ellos: para que trateis con madurez y termineis con justicia y firmeza lo que contiene este pliego, y otras cosas relativas á la disciplina eclesiástica ó á los diversos negocios que se presenten á la audiencia de reunion tan venerable* (40).

(37) ...Et ideo quia Dominus in evangelio præcipit dicens; amen dico vobis: si duo ex vobis consenserint super terram de omni se quaecumque petierint fiet illis à patre meo qui in cælis est; ob hoc venerabilem paternitatis vestræ cætum cum lacrymarum effusi ne convenio, ut zelo vestri regiminis purgetur terra à contagio pravitatis... Alocucion régia del concilio XII de Toledo.

(38) Ecce, sublimissimi patris et celesti jure honorandi nulli pontifices, speciosum vestri ordinis adiens cætum illa plus effero potentia gaudiorum, quò in vestri medio positum non ambigo Dominum Jesumchristum, ejus quippe sermonibus fidem accomodans quibus ait: Ubi cumque fuerint duo vel tres in nomine meo collecti, ibi ero in medio eorum, tanta spei hujus fiducia feror, ut quidquid vestra fuerit sententia cautum non nisi eo dictante credam exorsum.... Alocucion régia del concilio XV.

(39) Igitur vobis coram positus vestris precibus supernam mihi clementiam suffragari efflagitans universitatem sanctitudinis vestræ christiana mentis debotione convenio, ut quia ecclesiæ digna speculatione perstatis, votis meis fautores sitis vestrique pontificatus meritis in regendis populis præstantiora mihi subsidia præparetis, et conciliorum nutrimenta salubria afferatis; quo valeant sanctimonie vestræ adminiculo fultus et regnandi gresus in pace perficere, et gentem mihi subditam pio ac discreto moderamine regere... Alocucion Régia del concilio XVI.

(40)Ecce sanctissimum ac reverendissimum ecclesiæ catholicæ sacerdotale collegium et divini cultus honorabile sacerdotium, seu etiam vos illustre aulæ regni decus, ac magnificorum virorum numerosus conventus quos huic honorabili cætni nostra interesse celsitudo præcepit, quia satis longum est ea quæ regni nostri

Después de tan repetidos ejemplos, parece indudable que la influencia sinodal procedía en parte de las creencias religiosas arraigadas profundamente en las conciencias de los monarcas.

Otra de las principales razones determinantes de la preponderancia de los concilios toledanos en los negocios del Estado procedía, de la necesidad en que se hallaban los príncipes de contar con el clero, á quien el pueblo estaba amorosamente sometido. Donde quiera que existen fervorosos creyentes, el sacerdocio es objeto de veneración profunda; pero los prelados de la Iglesia visigoda tenían en su favor grandes motivos de gratitud, pues eran los patronos de los desvalidos, y muy particularmente contra la arbitrariedad de los jueces y gobernadores de las aldeas, ciudades y provincias.

Para conocer la necesidad en que se hallaban los monarcas visigodos de contar con el clero, bastará observar que en las grandes crisis, imploraban frecuentemente la intercesión de los sínodos toledanos para atraer en su favor la obediencia del pueblo: lo ocurrido al advenimiento al trono de los príncipes Sisenando y Ervigio, será la demostración de este aserto.

Reinaba Suintila por elección de los grandes y prelados, en memoria de su padre y rey Recaredo, cuando el año 626 y quinto de su reinado, asoció al gobierno á su hijo Rechimiro, con ánimo, al parecer, de asegurar la sucesión del reino en su familia, por cuyo intento se supone fué destronado; pero fuese este ú otro el motivo verdadero, lo cierto es que Sisenando, jefe de la conjuración, fué su sucesor en la monarquía.

No debía estar muy satisfecho del amor y obediencia de sus súbditos, pues al tercer año de su reinado convocó el concilio IV de Toledo para ensañarse contra la familia de su desgraciado predecesor y asegurar su puesto con la omnipotente influencia del brazo eclesiástico: *capa con que muchas veces suelen encubrirse grandes engaños*, según la severa sentencia del ilustre Mariana. Los prelados de aquel sínodo recomendaron al pueblo la religiosa observancia del juramento que prometieron al

utilitatibus seu genti et patriæ nostræ necessaria sunt vobis proprii oris nostri alloquio enarrare, ideo hunc tomum, quia universa quæ nostra mansuetudo ad peragendum vestris sensibus debuit intimare dignoscitur continere, contado, præcipiens pariter et exhortans vos per eum qui dixit: Ubicumque fuerint duo vel tres congregati in nomine meo et ego ero in medio eorum; quia ea quæ tomus iste continet vel alia quæ ad ecclesiasticam disciplinam pertinent seu diversarum causarum negotia quæ se venerabili cœtui vestro ingesserint audienda gravi ac maturato consilio pertractetis atque iudiciorum vestrorum edictis iustissime ac firmissime terminetis,.... Allocución régia dirigida al concilio XVII.

glorioso rey Sisenando, relajando simultáneamente el que tenían hecho á su predecesor destronado (41).

Por medios muy análogos, Ervigio sucedió en el trono de Wamba. Los historiadores están discordes sobre los medios utilizados para obtener la abdicación de este monarca; pero fuesen cualesquiera, convienen en presentar á Ervigio como principal autor de aquellas maquinaciones. Muy escandalizada debía andar la opinión pública con motivo de aquel suceso, cuando los padres asistentes al sínodo XI, se vieron precisados á desvanecer los siniestros rumores esparcidos. Así fué que, por primera y única vez durante el largo período de aquella monarquía, se abrió un juicio público y solemne sobre los medios de llegar al trono el príncipe reinante. Allí se expuso que acometido Wamba de una enfermedad gravísima, admitió la venerable señal de la tonsura, y luego eligió por su sucesor á Ervigio. Seguidamente se refirieron las investigaciones hechas sobre el particular; se expuso la conformidad del sínodo acerca de ellas, y en su virtud el pueblo fué absuelto del juramento de fidelidad que tenía prestado á Wamba, y requerido simultáneamente para que sirviese con gozo á Ervigio, anatematizando á cualquiera que se levantase contra el mismo, ó buscase ocasión de dañarle (42).

(41) Quapropter nos ipsi sacerdotes omnem ecclesiam Christi ac populum admonemus, ut hæc tremenda et toties reiterata sententia nullum ex nobis præsentium atque æterno condemnet iudicio, sed fidem promissam erga gloriosissimum dominum nostrum Sisenandum Regem custodientes ac sincera illi devotione famulantes, non solum divinæ pietatis clementiam in nobis provocemus, sed etiam gratiam auctori principis percipere mereamur.

..... De Suintilano verò qui scelera propria metuens se ipsum regno privavit et potestatis fascibus exiit id cum gentis consulto decrevimus: ut neque eundem vel uxorem ejus propter mala quæ commiserunt neque filios eorum unitati nostræ unquam consociemus, nec eos ad honores a quibus ob iniquitatem dejecti sunt aliquando promoveamus, quique etiam sicut fastigio regni habentur extranei, ita et á possessione rerum quas de miserorum sumptibus hauserant mancant alieni, præter in id quod pietate piissimi principis nostri fuerint consequenti..... Cap. LXXV del conc. IV de Toledo.

(42) Etenim sub qua pace vel ordine Serenissimus Ervigius princeps regni conscenderit culmen, regnandique per sacrosancam unctionem suscepit potestatem, ostensa nos scripturarum evidentia docet: in quibus et præcedentis Wambanis principis poenitentiae suspectio noscitur, et translatus regni honor in hujus nostri principis nomine derivatur. Idem enim Wamba princeps dum inevitabilis necessitudinis teneretur eventu, suscepto religionis debito cultu et venerabili tonsuræ sacræ signáculo, mox per scripturam definitionis suæ inclitum dominum nostrum Ervigium post se prælegit regnaturum et sacerdotali benedictione ungendum. Vidimus enim et pariter patulo alterius visionis intuitu prelucente perspicimus hujus præmissi ordinis scripturas, id est notitiam manu seniorum palatii roboratam, coram quibus antecedens princeps et religionis cultum et tonsuræ sacræ adeptus est venerabile signum, scripturam quoque definitionis ab eodem editam ubi gloriosum dominum nostrum Ervigium post se fieri Regem exoptat; aliam quoque informationem jam dicti Vri in nomine honorabilis et sanctissimi fratris nostri Juliani Toletanæ Sedis Episcopi, ubi eum speravit pariter et instruxit, ut sub omni diligentiae ordine jam dictam

Es muy ageno de mi actual intento investigar si la solemnidad de aquel juicio fué una mera superchería. A mi propósito basta el convencimiento que produce su misma acta, acerca del estado de alarma en que se hallaba la opinion pública con motivo de la abdicacion de Wamba, y de que para alejar un conflicto, su sucesor Ervigio necesitó implorar la influencia del clero, para tranquilizar las conciencias sobre la legitimidad de su soberanía. Sensible es que tan augusto influjo se emplease alguna vez canonizando usurpaciones; pero la existencia misma de este abuso es un vigoroso comprobante del grande ascendiente del clero sobre el pueblo visigodo-romano.

Otra de las razones que influyeron en favor de aquella preponderancia consiste en que, los prelados católicos reunian en sí casi todo el saber de su época.

La superior inteligencia de los Leandros, Isidoros, Fulgencios, Eulgenios, Julianes, y otros muchos prelados de aquellos tiempos, con relacion á los próceres sus contemporáneos, es una creencia llegada de generacion en generacion hasta nosotros; pero la inteligencia de aquellos prelados sobresalia aun sobre la de los demas del orbe cristiano: mereciendo los concilios toledanos el honor de ser considerados por escritores propios y estraños, como los monumentos mas célebres de su época (43).

Desde principio del siglo VI, las tinieblas de la ignorancia y de la barbarie se condensaron rápidamente. Los pueblos que destrozaron el

Jominum nostrum Ervigium in regno ungere deberet, et sub omni diligentia unctionis ipsius celebritas fieret; in quibus scripturis et subscriptio nobis ejusdem Wambanis principis claruit, et omnis evidentia confirmationis earumdem scripturarum sese manifestè monstravit. Quibus omnibus approbatis atque perfectis dignum satis nostro coetui visum est, ut prædictis definitionibus scripturarum nostrorum omnium confirmatio apponatur, ut qui ante tempora in occultis Dei judicii præscitus est regnaturus, nunc manifeste in tempore generaliter omnium sacerdotum habeatur definit omnibus consecratus. Et ideo soluta manus populi ab omni vinculo juramenti, quæ predicto viro Wambæ dum regnum adhuc teneret alligata permansit, hunc solum serenissimum Ervigium principem obsequendum grato servitii famulatu sequatur et libera, quem et divinum judicium in regno præelegit et decessor princeps successorum sibi instituit, et quod superest quem totius populi amabilitas exquisivit. Unde his præcognitis atque præscitis serviendum est sub Deo coeli predicto principi nostro Ervigio regi cum pia devotione, obsequendum etiam promptissima voluntate, agendum et enitendum quidquid ejus saluti proficiat, quidquid genti vel utilitatibus patriæ suæ consulat: unde non erit jam deinceps aut ab anathematis sententia alienus, aut á divine animadversionis ultione securus, quisquis superbè contra salutem ejus deinceps aut erexerit vocem aut commoverit cædem aut quam cumque exquisierit lædendi occasionem.—Conc. XII, cap. I.

(43) Véase la historia eclesiástica del abate Ducreux, siglo VII, artículo 8.º sobre las costumbres generales, usos y disciplina.

Véase ademas á Mr. Guissot Historia de la civilizacion de Europa, leccion VI, y ademas la disertacion del padre Flores inserta en el tomo VI de su España sagrada sobre los concilios de Toledo en general, pár. I.

imperio de los Césares para constituir sobre sus ruinas nuevos estados, desconocían el amor á las ciencias, las cuales despreciaban por instinto y por creerlas el origen de la corrupcion y afeminamiento de la decadente civilizacion romana. Por fortuna, los prelados católicos eran casi todos romanos (44), por lo cual participaban de distintas creencias, y á esto se debió entonces que no se apagase por completo la antorcha de la ciencia, y que la Península viese repetido en su suelo el maravilloso ejemplo de quedar sometidos los vencedores al influjo de los vencidos. La conversion de Recaredo y de todo el pueblo visigodo se debió exclusivamente, despues del favor de Dios, á las santas costumbres y esclarecida ciencia de San Leandro, prelado insigne de la iglesia de Sevilla á fines del siglo VI (45) (46). Desde entonces continuó la influencia del clero en el gobierno del Estado, ejercida siempre en nombre de la civilizacion, cuyo estandarte llevó la Iglesia; de la sabiduria absoluta de Dios, y de la relativa que absorbían los prelados españoles.

Una influencia de este género es siempre natural y legitima; porque el órden mismo de las cosas nos enseña que, cuando las leyes del mundo siguen su curso natural, cada cual ocupa el puesto que merece. Si dos amigos se asocian, la direccion se confia al mas inteligente, y cuando amenaza un peligro, nadie disputa el timon al mas hábil piloto. El órden inverso es la violacion de las leyes imprescriptibles de la hu-

(44) Fleuri, troisiem discours, sur l' histoire ecclesiastique.

(45) En medio de la ignorancia de los siglos VI y VII, sobresalieron en España los siguientes escritores eclesiásticos; en el primer siglo, Orencio, obispo iberitano; Apricio, de Badajoz; Liciniano de Cartagena; Severo, de Málaga; San Eugenio de Valencia; San Leandro de Sevilla; San Martin de Braga; San Juan de Baclara, ó sea el Viclareense, y San Fulgencio de Ecija.

Del segundo siglo sobresalieron, San Isidoro, San Eugenio, San Ildefonso y San Julian de Toledo; San Braulio de Zaragoza; San Fructuoso de Braga; San Valerio, abad de San Pedro de Montes; y San Félix, obispo de Sevilla.

(46) En comprobacion del respeto que los prelados españoles merecian por su ciencia en todo el orbe cristiano, voy á referir un ejemplo notable por la importancia del asunto y por el éxito que obtuvo la doctrina de los obispos de España. Terminado el concilio constantinopolitano, VI general, celebrado con el principal objeto de anatematizar las doctrinas de los monotelitas y otros hereges, el papa Leon II escribió al rey y al primado de nuestra Iglesia, con el fin de que suscribiesen las doctrinas del ecuménico. Con dicho objeto se reunió el XIV concilio de Toledo, en el cual se leyó y aprobó la confirmacion conocida con el nombre de apologético, escrita por el primado San Julian, la cual se remitió á su Santidad por medio de legados especiales. Dicha acta de confirmacion no agradó por lo visto al referido pontifice, pues censuró en ella algunas proposiciones; pero no bien lo supieron nuestros prelados, cuando formaron una apologia de la pureza de su doctrina, la justificaron con textos de la Sagrada Escritura y de los padres mas señalados de la Iglesia, é impugnaron enérgicamente las opiniones del papa. Cuando esta apologia llegó á Roma, Leon II habia ya fallecido, y su sucesor Benedicto II la estimó en tanto, que la remitió con los mismos embajadores españoles al Emperador de Oriente, quien contestó al prelado de Toledo manifestándole su beneplácito. Coleccion canónica española, tomo II, fólío 520 y siguientes: Madrid 1849.

manidad. Cuando la ausencia del riesgo inminente permite el desarrollo de la ambición, es cuando los primeros puestos suelen estar reservados á los mas hábiles intrigantes: por eso suelen manchar tan bien las cosas.

Pero el clero español superaba á las demas clases no solo en inteligencia sino tambien en virtudes, y he aqui la cuarta razon determinante de su preponderancia en el periodo historico á que nos vamos refiriendo. En los prelados de los tiempos inmediatos á la abjuracion del arrianismo, esta cualidad está comprobada por la tradicion, por la historia y por la autoridad del mundo cristiano. La tradicion nos representa como modelos de santidad á los Leandros, Isidoros, Eugenios, Fulgencios, Ildefonsos, Julianes y otros ciento que ocuparon dignísimamente las sillas de las iglesias españolas desde fines del siglo sexto en adelante. La historia nos refiere, que solo á las esclarecidas virtudes de aquellos justificados varones se debió el florecimiento del catolicismo, en un terreno elaborado de muy antiguo para el culto arriano. Los historiadores eclesiásticos refieren que, la doctrina de los padres toledanos fué la norma de la moral y disciplina de todo el orbe católico.

Sensible es haber de confesar, sin embargo, que desde el concilio XI celebrado en el cuarto año del reinado de Wamba, se empiezan á notar en las actas sinodales signos evidentes de decadencia en las costumbres de ese mismo clero: decadencia que progresó hasta la gran catástrofe que dió fin en Guadalete á la monarquía visigoda.

Una de las causas mas influyentes en la relajacion del brazo eclesiástico fué la multitud de godos que entraron en su seno. En los primeros tiempos del catolicismo casi todo el clero era romano; pero desde que la raza dominadora aspiró á las prelacias como medio de realizar la ambicion que les devoraba (47), el clero español degeneró lentamente, hasta llegar al lastimoso estado que revelan las actas de los sínodos XI y siguientes. Harto influiria tambien en igual sentido el grado de esplendor y de opulencia á que llegó el clero visigodo-católico, merced á las bondades de los sucesores de Recaredo. Mientras los prelados españoles fueron perseguidos, atesoraron la virtud: don precioso que rara vez conserva su pureza sino en el crisol de la desgracia; pero cuando el clero se vió lisongeado por los seductores halagos del poder, la corrupcion siguió de cerca sus huellas.

La quinta y última de las principales causas determinantes, en mi

(47) Fleuri: Troisiem Discours sur histoire eclesiastique, VIII clers chafeurs et guerriers.

juicio, de la intervencion de los prelados en los negocios del Estado consiste, en el sentimiento que animaba á los monarcas visigodos á tomar consejo de sus principales vasallos, cuando su voluntad real lo estimaba conveniente.

El derecho de pedir y dar consejo es ciertamente una de las costumbres mas características de los germanos: costumbre que recibió carta de naturaleza en los pueblos que subyugaron. Los reyes visigodos conservaron gran deferencia hácia esta costumbre de sus predecesores, y por eso no desdeñaban consultar los asuntos mas árdulos del estado, aun cuando el carácter absoluto de su poder hiciese innecesario aquel consejo. Mas adelantados los tiempos, el uso del consejo formó una de las páginas mas brillantes del feudalismo, de donde procedieron instituciones que, modificadas sensiblemente por el trascurso de los siglos, subsisten remozadas entre nosotros; pero el desarrollo de este vasto asunto no entra en el plan de estas investigaciones.

Lo conducente á mi actual intento es observar, que en las alocuciones orales ó escritas presentadas á los concilios toledanos, los monarcas hacian siempre indicacion mas ó menos expresiva, del deseo de oír el consejo de los grandes y prelados: sirva de ejemplo el tomo régio presentado por Ervigio al concilio XIII, á quien despues de manifestar su satisfaccion por ver reunido el sínodo, expuso que creía ilícito ejecutar por sí mismo aun las cosas mas excelentes: pues aprovecha mucho el hacer lo bueno con consejo de los buenos (48).»

VI.

Pero si la influencia de los sínodos fué meramente moral, no por eso careció de eficacia para templar el absoluto poder de los monarcas. Los concilios toledanos fueron muy perseverantes en su propósito de dulcificar el despótico poder de los principes, á cuyo fin les inculcaron incesantemente los sentimientos mas justos y humanos. Esta heroica perseverancia produjo al fin sus benéficos resultados: los monarcas visigodos

(48) Neque enim fas est quemquam, etiamsi bonum sit opus, sine concilio agere, quum tamen multum prosit bona cum consilio bonorum egisse.... conc. XIII, tomo regio.

dejaron de ser sangrientos y rapaces, merced á las prescripciones canónicas y civiles que recibieron espontáneamente.

La primera piedra de esta obra la sentaron los prelados del IV concilio, quienes aconsejaron á Sisenando la mansedumbre para con sus súbditos: que no juzgase por sí solo pleito alguno civil ni criminal, y que fuese menos cruel que misericordioso (49). El sínodo VIII celebrado el quinto año de Recesvinto, aconsejó á los príncipes que fuesen mansos y piadosos: que no tomasen por fuerza cosa alguna de sus súbditos, y que atendiesen menos á su provecho que al beneficio de sus pueblos (50). Estos consejos no fueron estériles, pues en el *decreto del juicio universal* de dicho concilio, Recesvinto hizo propias las sanas doctrinas morales, civiles y políticas de tal suerte que, tanto en la parte expositiva como en la dispositiva, la ley de dicho príncipe inserta al pie del referido VIII concilio es una compilación de preceptos represivos del arbitrario poder de los monarcas. *Por que los príncipes han estado muy codiciosos de robar el pueblo en los tiempos que son pasados....* Recesvinto mismo se impuso limitaciones que garantizasen en lo sucesivo la ausencia de aquellos excesos (51).

Empero la conquista principal de los concilios fué haber logrado que el mismo Recesvinto se sometiese, y sus sucesores, á las leyes generales del reino. Las ideas que cunden en la ley aludida son tan sublimes, que nos sentimos inclinados á insertarla aquí casi textualmente, tomándola de intento de la versión romanceada de las leyes visigodas. «Nuestro Señor, dice, que es poderoso rey de todas las cosas, é facedor, el solo cata el provecho, é la salud de los omnes, é manda guardar justicia en la su sancta ley á todos los que son sobre tierra: y él que es Dios de justicia é muy gran lo manda. Conviene á todo omme, magüer que sea muy poderoso, someterse á sus mandados, é á él á quien obedecen la caballería celestial. Onde si alguno quiere obedecer á Dios, debe amar justicia, é si la amar, debe facerla todavía, y estonce ama omne la justicia mas verdaderamente, quando tiene un derecho con su prójimo. Et por ende nos que queremos guardar los comendamientos de Dios, damos leyes en sembla pora nos, é pora nuestros sometidos á que obedezcamos nos, et todos los reyes que vinieren después de nos, et tod el pueblo que es de nuestro regno generalmente. E que ninguna persona, por

(49) Cap. 75 del conc. IV de Toledo, citado en la nota 46.

(50) Cap. 40 del conc. VIII, id. citado en la nota 6.

(51) Lex edita in conc. VIII á Recesvintho príncipe glorioso; corresponde á la ley v. tit., I, lib. II del F. J.

poder que haya, ni por dignidad, ni por orden, no se escuse de guardar las leyes en sí, que nos damos á nuestro pueblo (52).»

Después de la lectura de la anterior ley, es imposible desconocer la grande influencia que los prelados católicos ejercieron sobre los monarcas visigodos, quienes merced á ella olvidaron las tradiciones de su raza, las preocupaciones de su elevado puesto, y se confesaron iguales ante la ley á todos sus súbditos. Tanta moderacion es un prodigio en aquellos calamitosos tiempos en que la justicia parecia haberse huido de la tierra. Por lo mismo era preciso invocarla en nombre del cielo, y esta fué la gran mision del clero católico: mision que llenaron predicando incesantemente el amor á la justicia y procurando inculcar esta virtud en el ánimo de los monarcas. «Rex ejus eris, les decian, si recta facis, si autem non facis non eris... Regiæ igitur virtutæ precipuæ duæ sunt, justitia et veritas....» Por este medio consiguieron templar el ejercicio del poder absoluto de los monarcas, hasta el punto de que estos se sometiesen á la observancia de las leyes promulgadas para el buen gobierno de los pueblos.

Pero si la influencia de los sínodos toledanos impuso al poder real ciertas limitaciones, las compensó superabundantemente con el gran prestigio que la institucion monárquica debió al influjo de esos mismos sínodos.

Ya expusimos anteriormente el trágico fin que tuvieron la mayor parte de los monarcas visigodos reinantes durante el periodo del arrianismo. Pues bien, la cesacion respectiva de un estado de cosas semejante se debe esencialmente á los perseverantes esfuerzos de los concilios toledanos. Si los prelados y próceres á ellos asistentes fueron solícitos en aconsejar á los monarcas que fuesen mansos, desinteresados, misericordiosos y justicieros, no fueron menos enérgicos en reprimir las conjuraciones tramadas incesantemente contra los príncipes reinantes y contra sus desventuradas familias. Todas las leyes existentes en el título preliminar de la coleccion civil, y algunas otras incorporadas en otros lugares del propio código, fueron acuerdos tomados en los concilios de Toledo. Abranse sus actas, y no se hallará quizá una que carezca de anatemas contra los violadores del juramento de fidelidad hecho al monarca; contra los que intentasen cortar su vida; contra los que se propusiesen apoderar por fuerza del reino; contra los que designasen sucesor antes de morir el príncipe reinante; contra los que se apoderasen del

(52) Ley II, tit. I, lib. II, Fuero Juzgo.

trono sin el concurso de los obispos, de los grandes y del pueblo; contra los que no vengasen la injuria hecha al príncipe finado, y finalmente, contra los que vejasen á su viuda é hijos. El celo de los P.P. toledanos les inspiró, además, que se orase diariamente en el Santo Sacrificio de la Misa por el rey y la régia prole, apoyándose en las grandes bondades que la Iglesia debía á los monarcas.

Después de todo lo expuesto creemos poder asegurar juiciosamente que, la monarquía visigoda fué absoluta, sin otro moderador que el temor á las conjuraciones durante el periodo del arrianismo, y el influjo moral de los concilios toledanos en el periodo del catolicismo.

DOMINGO RIVERA.

BIBLIOGRAFIA.

ALGUNAS CONSIDERACIONES CRÍTICAS SOBRE LA OBRA QUE ACABA DE PUBLICAR EL SEÑOR DON ANDRÉS BORREGO, TITULADA: DE LA ORGANIZACION DE LOS PARTIDOS EN ESPAÑA, CONSIDERADA COMO MEDIO DE ADELANTAR LA EDUCACION CONSTITUCIONAL DE LA NACION Y DE REALIZAR LAS CONDICIONES DEL GOBIERNO REPRESENTATIVO.

Vamos á tratar de la obra arriba indicada, no con la latitud que deseamos y ella se merece, tanto por insuficiencia nuestra, cuanto porque plumas mas autorizadas se ocuparán de libro tan importante. El laudable deseo de que los estudios políticos, á los que hemos consagrado con aficion suma los mejores años de nuestra juventud, tomen en España el vuelo de que han carecido hasta ahora, nos mueve, en lo que nuestras débiles fuerzas permitan, á trabajo tan necesario é importante, cuanto hasta el presente descuidado, por mas que se juzgue lo contrario, teniendo en cuenta la libertad y discusion de la prensa que hace muchos años funciona en nuestra patria. Y tan es asi, que libros de la naturaleza del que vamos á considerar son rarísimos en nuestra habla castellana, pudiéndose afirmar que, fuera de las lecciones incompletas de derecho político de los señores Galiano, Donoso Cortés y Pacheco, esplicadas en el Ateneo de Madrid y publicadas despues, apenas se hallan trabajos encaminados á resolver, sea en el sentido que fuere, los principios fundamentales de esta ciencia. Sensible y hasta vituperable es falta seme-

jante, que ha acarreado males sin cuento á la nacion y á los partidos, porque la influencia de los libros estrangeros acaba por estraviar nuestra personalidad como nacion, y nos hace abdicar la inteligencia en estas materias en aras de otra que juzgamos superior; abdicacion que es el colmo de la desventura á que puede llegar un pueblo, y que es tanto mas sensible cuanto que España es la segunda nacionalidad que existe en la Europa Occidental, no pudiéndose tal vez contar en el resto, despues de la Francia, otra mas homogénea y enérgica que tenga tambien mas grande y esclarecida historia desde los tiempos del romano imperio.

Error lamentable es el de aquellos que juzgan ser inútiles las grandes y fundamentales cuestiones del derecho público, apellidándolas con desden abstractas y estériles; como si pudieran regirse la humanidad, ni los pueblos en particular, por otros móviles que por principios supremos, tanto en política como en religion, en moral y en derecho, juzgando torcidamente que el empirismo puede construir algo *á priori*. Mientras no estemos de acuerdo sobre el principio ó principios de que ha de partir esto que se llama civilizacion del siglo XIX, es inútil que nos afanemos por edificar, puesto que faltando los cimientos ó basa, se derrumbará incesantemente, como la experiencia demuestra, el edificio que se levante.

Prueba innegable de esto son las organizaciones de los pueblos que nos precedieron, y sabido es que la inmediatamente anterior, en cualquiera de sus mas simples manifestaciones, derivábase de una cuestion metafísica y científica resuelta de antemano. La soberanía de derecho divino en los reyes era de suyo cuestion abstracta: la del derecho patrimonial de las monarquías, teniendo por basa la primogénitura, era tambien altamente fisiológica y mista de derecho divino y humano, y lo mismo diremos de la de la voluntad ó libre albedrío, de la del deber y del derecho, y de tantas otras que en su aplicacion positiva organizaban la sociedad, sacando su fuerza de tan elevadas fuentes, que eran sus orígenes, investigados, resueltos y con anterioridad plenamente discutidos. Este ejemplo deben tener presente los hombres de saber que se aventuran á gobernar las sociedades, y no procediendo á esperiencias funestas y siempre falsas por carecer de un principio racional de ser. Por eso anhelo para mi pais en esta materia un movimiento científico que no tiene, necesario para llevar á cabo sus destinos; porque la experiencia me ha demostrado que los gobiernos, como los pueblos, son mas fuertes á medida que son mas creidos los fundamentos sobre que reposan, que es lo que se ha llamado fé.

Muévenos tambien á emitir nuestro juicio personal, independiente de los partidos, sobre el libro del señor Borrego, no solo su deseo de que se ocupen de él, sino la creencia de que fuere escrito bajo el patrocinio del partido moderado, así que tambien para atenuar, si posible fuere, la influencia que puede ejercer persona tan autorizada, dueña de todos los resortes por que ha venido eslabonándose la politica en estos últimos treinta años. Bajo este concepto, pues, emitiremos estas ligeras consideraciones, que así recaerán sobre el autor como sobre el partido para quien escribe, procurando dar á nuestras opiniones algo de trascendental, á fin de que á su vez recaigan tambien sobre las diversas fracciones en que se halla dividida la escuela Monárquico-Constitucional; y esto se hará aquí con tanto mas desembarazo y libertad, cuanto que nunca he estado sometido á las exigencias de los partidos, ni he tenido patronos, ni soy cliente de nadie.

Una cosa nos ha sorprendido desde luego, y sorprendido sobremedera, por ser el autor persona de reconocida ilustracion y mérito, versada, como es notorio, en este género de materias. Consiste, pues, en advertir que en toda la obra no se menciona ninguna de las acertadas criticas que de algun tiempo acá se han hecho de los gobiernos parlamentarios por hombres de mérito indisputable. ¿Ignora el señor Borrego que las negaciones sobre esta clase de gobiernos son hoy una cosa demasiado seria para poder desentenderse de ellas absolutamente de la manera que lo hace? ¿Es posible pensar con seriedad en la organizacion de los partidos antes de afirmarles en sus bases contra negaciones radicales? ¿En dónde ha vivido el autor si ignora esto? Y si no lo ignora y ha presenciado las crudas controversias que se han entablado entre distinguidos publicistas, ¿cómo no se hace cargo de un hecho tan esencial que debía ser la base de su trabajo? No acertando á explicarnos este fenómeno, no insistiremos mas en él por ahora, puesto que muchas de nuestras observaciones tendrán por base algo de lo que hasta el presente se ha dicho del derecho público de los liberales. Como quiera que fuere, la falta es grave, mutila completamente la obra, la hace carecer de interés y respetabilidad científica, y da á conocer al autor como persona que no obra con franqueza, lo que estamos lejos de creer, ó que su buena fé da desde luego por verdadero lo cuestionable; buena fé que, si bien es verdad que honra al hombre, no ensalza al pensador: tan grave es la falta de no ocuparse ó desentenderse de las encarnizadas controversias que en esta materia han agitado y agitan al mundo científico.

Toda la obra del señor Borrego está consagrada á procurar en nuestra patria la verdadera organizacion de los partidos, y entre ellos especialmente la del monárquico-constitucional al cual pertenece con una fé digna de mejor causa, y no lo decimos aquí por ironía, sino por considerarla una causa perdida, como se procurará ir demostrando. A la falta de esta organizacion achaca todos los males porque ha pasado el país, para cuya comprobacion traza con verdaderos, si bien un tanto tímidos, rasgos, la historia de todos los que sucesivamente han venido dominando desde que apareció el régimen liberal en la Peninsula: deduciendo de la historia presente que nuestros males no tendrán remedio, ó que si le tienen, debe esperarse de la organizacion que se propone y para la cual se dan reglas tan menudas y detalladas como pudieran serlo para una comunidad: tal es el espíritu de la obra encaminado á conseguir su objeto por medio de un socialismo que pudiéramos apellidar político.

Indicado queda que es imposible, porque es antilógico ó contra la naturaleza de las cosas, organizar antes de conocer los principios fundamentales sobre los que la cosa ha de organizarse, en una palabra: formar el reglamento antes de tener las bases que le han de preceder. Esto no sería mas que, y perdónesenos la espresion, un *arbitrismo* político que cualquiera puede inventar á medida de su deseo y que en sus infinitas combinaciones, tiene que ser siempre inseguro por lo arbitrario.

En prueba de que lo dicho es cierto, ¿qué ha establecido el señor Borrego ni la escuela parlamentaria, á que se gloria pertenecer, sobre los principios cardinales, no solo de su sistema, sino de todo gobierno? En nombre del orden, de la buena fé y de la ciencia en que todos estamos interesados yo pregunto al autor y á los hombres que capitanean á los partidos: ¿dónde reside la soberanía? ¿El poder encierra en si la idea de unidad ó la de variedad? ¿Es indivisible ó es fraccionable? ¿La razon humana se revela individualmente ó colectivamente? ¿La sociedad es un ser sensible ó un ser racional puro? ¿El poder es creacion de la sociedad ó coexistente con ella? ¿Tanto uno como otra nacen de un contrato? ¿La sociedad es un ser simple ó compuesto: esto es, tiene ó no tiene un doble organismo natural y artificial? ¿Cuál es la naturaleza del gobierno y cual la de la sociedad? ¿Los intereses y fuerzas sociales son elementos de gobierno ú objeto de gobierno? ¿La libertad y la igualdad pueden ser á la vez social y políticas? ¿Cuál es la naturaleza del sufragio? ¿Las mayorías que forman la ley son la espresion de la fuerza numérica ó de la justicia?

¿Pero á qué cansarnos mas sobre un interrogatorio que podia estenderse demasiado, cuando la escuela parlamentaria no ha respondido hasta hoy categóricamente á ninguna de las anteriores preguntas? ¡Y luego se quiere organizar un partido sin resolver antes todos los principios fundamentales, sobre que ha de reposar y vivir...! ¡tanto valdría organizar el caos antes de aguardar la luz! La sociedad antigua, cuando asistimos á sus orígenes, vemos que luchó mucho tiempo por resolver estas cuestiones, y que una vez resueltas, durmió en paz largas edades apoyada en tan sólidos cimientos. Verdad es que el mundo en sus evoluciones llegó á una época en que encontró angosto por demas el carril de su derrotero: tales eran algunos de los falsos principios, descubiertos á la luz de una mas clara civilizacion. Esta en su vigoroso empuje, y llevando á cabo un sistema completo de negaciones, no conoció que mezclaba y confundia en un mismo anatema lo verdadero y lo falso con grandes principios naturales y racionales que habian de conducir mas tarde á ciertas clases al estado en que hoy se encuentran. Claro se presenta que cuando la lucha se entabló entre lo pasado y el porvenir pudiesen los hombres y los pueblos, á medida de las resistencias, levantarse hasta el heroismo; pero hoy, cuándo aquella organizacion ha sido reducida á polvo, y cuando no ofrece ya obstaculo alguno al progreso ¿no es inconveniente escitar las pasiones en nombre de derechos y principios que no se esplican y organizar ademas para la lucha? La buena fé puede salvar y dispensar gracia en aras de la recta intencion; pero los hombres de ciencia que toman á su cargo la grave responsabilidad de gobernar, ilustrar y dirigir los pueblos, deben prever consecuencias tan lamentables; porque, á que repetirlo, cuando una teoria no da los resultados que se apetecen, á pesar de largas y costosas esperiencias, necesariamente contiene en sí algun vicio radical que lo impida, y esto cabalmente sucede hoy con la doctrina parlamentaria.

El señor Borrego profesa una admiracion tal por esta que afirma es *una solucion tan procedente de nuestro estado moral, que si no existiera el gobierno representativo seria menester inventarlo para remedio de nuestros males y esplicacion de la situacion á que hemos llegado.* Para realizar esta doctrina deben agruparse en un mismo centro *todos los hombres de ciencia, nacimiento y fortuna;* en una palabra: todas las clases ó mas bien dicho la clase mas granada de la sociedad, la cual podrá dar gran brillo al trono y atemperarle, y añade: *que el partido organizado podrá y valdrá mas que el gobierno.*

Las palabras arriba subrayadas demuestran el espíritu de la obra,

cual su punto de partida, cual su desarrollo y aplicacion en nuestra patria; allegar un partido y organizarle por la disciplina para el poder. Afirmer á la manera que Voltaire de la religion, que si el gobierno representativo no existiera sería preciso inventarlo, es una asercion estrana y fuera de la órbita de la ciencia actual. Sostener que por él se pueden explicar todas las calamidades presentes, es cierto; pero que puede ser remedio de nuestros males, de ninguna manera; pues la razon y la esperiencia están demostrando, con mas certeza cada dia lo contrario. Ademas: establecer que un partido politico bien organizado puede valer mas que el gobierno, es la suversion de la idea de autoridad; porque una de dos: ó un partido vale mas que el poder ó el poder mas que el partido: en ambos casos uno ú otro sobran para el buen orden y concierto de la república; que es contra la razon y la esperiencia que deba haber dos fuerzas de esta naturaleza, y si hay un partido que pueda y valga mas que el Estado, este partido será de hecho gobierno. Por último, sobre este particular vamos á emitir claramente nuestra opinion.

En España como en algunos países de Europa, la organizacion politica y sistemática de los partidos no sería otra cosa, que la lucha encarnizada de las diversas facciones y el triste sepulcro de la libertad humana, y si esta ha de conseguirse por los medios que se proponen yo protesto en nombre de la libertad democrática contra la tiranía de los partidos regimentados por semejante forma, que daría lugar, ademas de sangrientas luchas á las mas tristes é inevitables explotaciones del hombre por el hombre. Yo protesto en nombre de la libertad individual, contra esta tiranía reglamentaria, y si la libertad estuviere condenada á vivir en esta forma para lo futuro, renuncio para siempre á ella. ¡Libertad! ¡qué idea tendrán de tí los que hoy quieren someterte, retrocediendo, al estrecho cauce de un misero reglamento! ¡Cómo á veces las edades se copian! En los antiguos tiempos existias en las castas guerreras, en las castas sacerdotales, en ciertas razas, y andando estos mismos tuviste tu asiento entre los patricios, entre el cuerpo de señores feudales, entre las noblezas y aristocracias, y hoy entre la clase media; pero aun te restaba tu última forma, la mas terrible de todas las formas, la organizacion del partido, la union falaz y momentánea de los fragmentos de varias clases ó intereses de la sociedad contra otros; en una palabra, una guerra fratricida. No: la libertad no es la concesion gratuita de un guerrero, de un sacerdote, de una raza, de una aristocracia, de una clase, ni de un partido; es la voluntad sometida á la idea de lo moral y de lo justo en la region de la conciencia individual, y á la idea de autoridad

en las trasgresiones manifiestas y tiranías mutuas de los asociados, de los intereses, de las clases y de los partidos, entre sí.

Pasando de este desahogo legítimo á quien ame racionalmente su libertad y la de sus semejantes, vamos á descubrir que es lo que viene á representar al mundo la escuela parlamentaria y cuales son sus aspiraciones. ¿Para qué ocultar la verdad de las cosas y hacer misterio por mas tiempo de lo que no puede serlo ya? Levantemos, pues, una punta del velo, ó descorrámosle, para que todo el munda vea patente lo que detrás se oculta.

El parlamentarismo es un sistema inventado por la *Mesocracia* ó clase media, en otro tiempo *Estado Llano*, para regir á los pueblos y dispensarles cierta gracia y libertad, como en otro tiempo lo verificó con ella su antigua dueña y señora la aristocracia. En una palabra, la *Mesocracia* es una clase, última en el orden cronológico, de las que han venido á regir al mundo. A imitación de su rival, la nobleza, trató de circunscribirse en cuerpo político limitándose y determinando por medio de leyes, cuales deben ser las aptitudes convenientes y necesarias para constituirse en cuerpo gerárgico. Se apropió los atributos de la monarquía y formuló una doctrina contradictoria, oscura y difícil por demas de desmarañar, para esconder por este medio á la vista de los profanos la flaqueza de su base. Pero como quiera que esto no bastase, y cundiere la duda entre otras clases sobre la legitimidad de su poder y advenimiento, gobernó y gobierna por la fuerza, para reducir á obediencia los disidentes, en nombre, á falta de principios mas sólidos, del alto principio del orden, que no le pertenece, puesto que contiene en sí virtualmente el gérmen del bien y del mal; ademas de ser medio ó principio no nuevo y si comun á toda clase de potestad, incluso el despotismo. Esta es la realidad palmaria de las cosas, que no podemos esplanar mas en este corto artículo, y cuando, por otra parte, será suficiente lo dicho para que los avisados entiendan.

Ahora convenia investigar aqui; pero falta lugar para ello, si la *Mesocracia* es una clase social que tiene condiciones hábiles, racionales y posibles para gobernar la sociedad. Esta es la cuestion: que las aristocracias son idóneas para el mando lo vemos, y es y ha sido, ademas, posible, dadas ciertas condiciones sociales; pero considerada la *Mesocracia* como sustitucion de la nobleza es incapaz en estos tiempos, y un paralelo, si bien sucinto, entre las dos lo pondrá de manifiesto. La aristocracia estaba perfectamente circunscrita en el orden político y social; la *Mesocracia* tiene limites tan vagos que no se sabe con certi-

dumbre donde empieza ni donde acaba. Era la primera limitadísima; de la segunda se ignoran sus términos verdaderos. La una poseía riqueza sólida, estable, colosal y homogénea, que atravesaba las edades con el individuo; la otra la posee en desigualísimas proporciones, movediza hasta lo sumo, heterogénea y divisible hasta lo infinito. La primera representaba en sus individuos, cada uno de por sí, altas tradiciones y glorias nacionales adquiridas por medio de sus numerosas clientelas; la segunda no tiene gloria mas allá del individuo; su clientela es de un año y muchas veces de un día, y no puede decirle: «atravesaremos juntos el tiempo y el espacio, y tu vivirás á mis pechos y yo velaré por ti en cambio de tu lealtad y amor.» La aristocracia compartió lealmente con sus rivales el altar y el trono, el poder, porque comprendió su alteza y su razón; la Mesocracia es exclusiva y atea porque no cree mas que en sí; por eso gobierna en nombre de su propia suficiencia, y se ha burlado de la religion, de la monarquía, de las costumbres, de la historia, de las plebes, al par que la otra respetó, si bien aparentemente, todas estas cosas, y afirmó que solo en nombre de ellas tenía el derecho de regir al mundo y de consolar al pobre. Por fin, la primera, comprendiendo ser un despojo negarlo todo al estado llano y á los desvalidos, concedió algo al primero y cumplió con su conciencia con el segundo levantándole palacios y pingües rentas que han admirado al mundo.

Por este corto paralelo, espuesto solo bajo el punto de vista de las condiciones hábiles para gobernar, se podrá comprender si la clase media puede insistir en su propósito. Nosotros creemos que de ninguna manera: tal es el resultado de continuados estudios y observaciones á que nos hemos consagrado largo tiempo; en una palabra, la solución de esta sencilla pregunta: ¿puede gobernar la clase media en sustitución de las clases antiguas? Así, desde luego nos ha parecido inútil el intento del señor Borrego, ó de su escuela, de querer colocar en el gobierno una clase de la sociedad, ni menos un partido que pueda representarla, porque además de ser esto una confusión permanente, sería también una protesta á cada paso terrible de todos los partidos desheredados. Este es el error capital hoy día de todas las fuerzas sociales, de todos los partidos, incluso el democrático, querer ser gobierno, y no hay que dudarlo, lo mismo las clases, que los partidos, que los intereses que pugnen por absorber el gobierno ó gobernar, serán incesantemente lanzados por sus contrarios, lo cual basta para probar que la idea de autoridad no implica ni la idea de tutela, ni la idea de clases y partidos; que es una idea pura, libre é independiente, natural y necesaria, coexistente con la

sociedad, á la que todos estamos sometidos, y que un partido ó clase que quiera usurparla en provecho propio comete un atentado flagrante contra la libertad de todos los demas conciudadanos.

Creemos, por último, que los principios y consideraciones generales que hasta aqui hemos emitido nos dispensan de entrar en detalles mas prolijos sobre el libro que nos ocupa, puesto que habiéndose procurado demostrar ser falso en su aspiracion capital, erróneas deben ser todas las consecuencias que de ella se deriven. No debemos, sin embargo, olvidar aqui cuanto se esfuerza el autor, para dar mas autoridad á sus pensamientos, por introducir en España la organizacion de los partidos ingleses, y aun de los Estados-Unidos, si bien con aquellas modificaciones que la diversa índole, costumbres é intereses requieren. Error es este que ha estraviado clarisimos entendimientos, como se vió en los revolucionarios franceses de 1789, que pretendian estar verificando una copia mejorada de la Constitucion inglesa. Suponiendo que fuese posible copia de esta naturaleza, siempre quedaria en pie la dificultad de saber quién era la persona ó personas capaces de verificarla, y aun esto no bastaria, pues, á la manera que en la pintura, seria preciso, entre las muchas copias y modos de copiar, saber cuál era la mejor; puesto que cada uno, segun sus deseos y criterio particular, pudiera elegir lo que le pareciere, y esto seria un caos, una copia interminable. Cabalmente por andar imitando ya á la Francia, ya á la Inglaterra, hemos perdido nuestro carácter peculiar y nuestra independencia; véase sino como son mas poderosos los pueblos á medida que son mas originales ó tienen mas personalidad. Yo concibo posible algo de esta imitacion en nuestra revolucion del año de 1812, en que los grandes de Castilla podian formar la *Pairia* hereditaria, y el estado llano ó nobleza media, la Cámara de los Comunes, nombrada por las universidades, ciudades de voto en Cortes, y aun por algunas municipalidades; todo sostenido, por supuesto, por la gran base de la amortizacion civil y eclesiástica, ó cuando menos de la primera. Esto seria posible, porque estaria en condiciones semejantes, si no iguales, al gobierno semi-feudal inglés; lo que no sabemos es si seria duradero. Pero hoy, ¿qué hemos de imitar, si estamos en condiciones infinitamente distintas, tanto como pueden estarlo Marruecos y España? ¿Puede darse el caso que se cita en la página 219? ¿puede repetir aqui ningun patrono á los suyos lo que Roberto Peel á sus clientes? de ninguna manera. Y si hubiera un pobre hombre que capitaneando un partido le dijera, no diez años; aguardad cuatro, seguro estaba de quedarse solo en la palestra al siguiente dia. Aqui el

cliente no tiene espera porque no le mantiene su patrono; es un parásito del estado que necesita esperanzas largas y plazos cortos. Asi, pues, en este punto es falso todo lo que se intente importar. Apenas hay escritor juicioso en Francia que no se lamente de las funestas consecuencias que ha ejercido y ejerce la manía de imitar á la Inglaterra. Nuestros escritores han protestado lo mismo contra una y otra, señalando como causa de todos nuestros males semejantes imitaciones, y han tenido sobrada razon, porque la esperiencia diaria se la ha conferido plenamente. En una palabra, la Inglaterra es, como queda dicho, una organizacion semi-feudal, que ningun pueblo en progreso puede copiar racionalmente sin hacer traicion á sus principios. Los Estados-Unidos son, antes que una organizacion política, una organizacion social. El día que haya pauperismo y proletariado agrícola y fabril, que haya un déficit en las subsistencias, y un empleo, por miserable que sea, valga mas que toda especulacion mercantil, veremos lo que es aquel pueblo. ¿Qué hay allí de nuevo y desconocido en Europa? nada: lo que hay es un pueblo joven y una produccion superiorísima al consumo: esto es lo que debemos imitar, y nada mas. Con respecto á Inglaterra, ya llegamos tarde, y no es un secreto revelar hoy que su decadencia es visible, es manifiesta; que aquel vetusto edificio empieza á cuartearse, y que *aquella patria de grandes ejemplos*, como la llamaba Mirabeau, lo es hoy de muy pequeños. En prueba de esto, véase lo que el señor Moron, con penetracion y claridad notable, escribia en 1844; época en que podia pasar por profético lo que hoy seria una vulgaridad decir.

«Esto prueba que las instituciones en Inglaterra no son nada, por que lo que domina su política y su marcha es su constitucion especial, aristocrática y tradicional. En nuestros dias se ha verificado la reforma parlamentaria, y están próximas otras de importancia. Las tendencias democráticas se presentan audaces y todos los hechos indican, que la constitucion inglesa va á perder su carácter especial y *asimilarse al de otros países regidos por los parlamentos*. El día en que este cambio esencial se realice, el gobierno de Inglaterra *ofrecerá el mismo espectáculo que el de otras naciones* y tal vez será inminente el peligro de una revolucion social, mas temible por la desigual distribucion de la riqueza pública en la Gran Bretaña que en ningun otro estado (1).»

El señor Borrego permanece fiel á sus ideas de política emitidas en el Correo Nacional de que fué fundador en 1838. Con placer cita sus

(4) Nos hemos tomado la libertad de subrayar algunas palabras en el testo para determinar mas la exactitud del pensamiento.

pensamientos de entonces y siente que por no haberlos querido escuchar el partido moderado echó por la pendiente de los desaciertos que mas tarde todos hemos presenciado. Nosotros, sin entrar aqui en estos pormenores ajenos á nuestro propósito, diremos que por lo espuesto en este artículo se viene sobrado en conocimiento de que, entonces como ahora, parte de un principio erróneo que tantos hechos posteriores han puesto de manifiesto; hechos que, como dicho señor pretende, no pueden esplicarse por la falta de organizacion de los partidos y sí por otros motivos mas elevados y fundamentales.

Por nuestra parte, y para terminar, damos el parabien al señor Borrego por su deseo de fomentar aqui estas cuestiones cuya falta, como hemos indicado, va postrando mas y mas nuestra inteligencia; postracion que nos conduce á ser tratados y remediados en nuestros males por empiricos y curanderos que nos han puesto como estamos y que nos conducen sabe Dios á donde.

Ya hemos dicho al empezar que nuestra crítica recae igualmente sobre el libro del señor Borrego, cuya sinceridad y buena fé se palpa con la simple lectura, como sobre las doctrinas de la escuela para quien se escribe, incluso la democrática, tal como hoy se formula; puesto que no es otra cosa que un parlamentarismo mas ó menos disfrazado; esto es, la insistencia de querer gobernar con nueva forma á imitacion de las clases y partidos, prescindiendo por ahora de lo justo, racional y legítimo de sus esenciales aspiraciones.

Madrid 9 de noviembre de 1855.

D. MENENDEZ RAYÓN.

HISTORIA

DE LA LITERATURA ESPAÑOLA,

POR M. G. TICKNOR.

TRADUCIDA AL CASTELLANO CON ADICIONES Y NOTAS CRÍTICAS, POR

DON P. DE GAYANGOS Y DON E. DE VEDIA.—TOMO I, II Y III.

RIVADENEYRA, 1855, MADRID.

I.

El tomo tercero de la obra del historiador anglo-americano, comprende la historia del teatro español desde Calderon hasta la muerte de la literatura dramática bajo el reinado de Carlos II, estudia los poemas históricos y simplemente narrativos, cuenta las glorias y estravios de la poesía lírica desde Garcilaso, analiza la poesía satírica, cuentos y novelas, traza el cuadro que presentan la elocuencia forense y del púlpito en este interesantísimo período, y sin omitir el estudio de la composición histórica y de la prosa didáctica, concluye valorando este siglo de oro, sin disputa el de mas precio de cuantos encierran los anales literarios.

Esperábamos con ansiedad esta parte, la mas importante de la obra de Mr. Ticknor, por si descubríamos en ella lo que en las otras no aparece, esto es, la clave y esplicacion del sistema, que guía á nuestro crí-

tico en sus laboriosísimas tareas. Publicado ya el tercer tomo, gracias á los esfuerzos de su erudito anotador don P. de Gayangos, es cosa hacedera justipreciar el libro que se anuncia como Historia de la literatura española.

En vano hojeamos las páginas del libro de Mr. Ticknor en busca de aquel felicísimo enlace que se nota en la historia de los pueblos, entre los diferentes géneros que forman su tesoro literario; y si volvemos los ojos deseosos de asistir al origen de nuestras formas literarias, á los primeros dias de su historia, solo encontramos las opiniones que respecto á puntos de tanto interés vienen repitiéndose desde fines del pasado siglo.

Descuidado por Mr. Ticknor el estudio de la civilizacion española, no conoce, ni es fácil con el sistema seguido conocer, la necesidad social que engendra uno y otro género literario, ni explica las causas que motivan las trasformaciones del arte; y finalmente, desconociendo que el arte español es el arte religioso por excelencia de los tiempos modernos, queda ignorada y no aparece en el libro del historiador anglo-americano, la magestuosa série de sus inspiraciones, sostenidas siempre por la aspiracion y los sentimientos del pueblo.

No tachariamos la obra de Mr. Ticknor si reconociendo las cualidades inherentes al titulo que escribió al frente de su libro, hubiera limitado sus conatos á estender el conocimiento de las letras españolas por las comarcas Americanas, sin hacer vanos alardes de historia y sin anunciarse en España como historiador de nuestras glorias literarias; pero no fué así, y precisa vindicar los derechos de la historia literaria de nuestra patria, y tan alta consideracion nos mueve á recorrer los tres tomos de la traduccion que publican los señores don P. de Gayangos y don E. de Vedia.

II.

No nos es dado asentir á la division establecida por Mr. Ticknor, por creer arbitrario y poco fundado en razon dividir la historia de la literatura española en dos grandes épocas que comprenden, la primera desde los orígenes hasta Carlos V, y la segunda hasta nuestra edad, cimentando esta division en la escuela Hispano-toscana, que nació en dias del emperador. Mr. Ticknor olvida que la mudanza debida á Nava-

giero es solamente de forma, que la influencia del genio y gusto italiano habíase ya presentado y sido acogida con aplauso en años anteriores, y por lo tanto, no es bien apoyar una division general de las letras españolas en un aumento de formas que recibe la poesía lírica.

No encontramos clasificacion ni punto de vista crítico en la obra de que tratamos, hasta el capítulo VI, y en los anteriores se analizan las primeras producciones de la literatura española, que como tales juzga Mr. Ticknor á los poemas del Cid y leyendas primitivas, á Berceo, al Rey Sabio, á Juan Lorenzo, el infante don Juan Manuel, al arcipreste de Hita, don Santo de Carrion y Pero Lopez de Ayala, es decir, un periodo que se estiende desde los primeros lustros del siglo XII hasta el reinado de Enrique de Trastamara. En el capítulo siguiente clasifica las formas de la poesía popular, y se ocurre preguntar ¿cómo considera Mr. Ticknor el periodo recorrido? porque sorprende mirar confundidos los poemas del Cid con las obras de Berceo, y á éste con el Rey Sábio. Si como es doctrina admitida, este periodo entraña y descubre lo que palpita de mas original, primitivo y español en nuestra literatura, si los cantos del Cid son ecos de la lira nacional, y los caracteres que pinta con tanta gallardía reflejos del ideal que concebía un pueblo guerrador y generoso, si los rasgos y sentimientos propios del arte erudito no se encuentran en los primeros cantos, ¿cómo escusar el que se presenten como hermanos, al desconocido autor de los cantares del Cid y á Gonzalo de Berceo, que vive con vida muy diferente? Y crece el asombro si se considera que el arte en Berceo tiende á convertirse en erudito, así en forma como en fondo, y que el elemento religioso sufre una trasformacion, que lo aparta á gran distancia de como aparece en los cantares de Gesta.

Pocos desconocen los caminos por los que viene á España la influencia oriental, que en el reinado de don Alfonso X se admiten principios y doctrinas no conocidas, y se llevan á cabo bajo su inmediata inspeccion traducciones de libros y fábulas orientales; y este hecho rompe mas y mas el parentesco que entre elementos tan diversos pretende establecer Mr. Ticknor en los primeros capítulos de su historia. Segura de Astorga, Juan Ruiz, don Santo de Carrion y Ayala, son nuevas facces del arte erudito, y escogen en sus obras nuevos elementos que procuran vestir á la usanza castellana, dando así curiosa enseñanza á los que se niegan á reconocer la originalidad y singular vigor, que anima al ingenio español en todas las edades de su historia.

Entrando en el exámen de la clasificacion anunciada, que se reduce

á establecer como formas de la literatura popular los romances, las crónicas, los libros de caballería y el teatro, conócese sin gran esfuerzo que este punto no ha sido tratado con el estudio y detención que su importancia exigía. En el estudio de la primera forma, ó sea de los romances, notamos que dar por terminado el debate acerca del origen del romance diciendo es «una forma sencilla que naturalmente se presentó,» es muy propio de quien se desentiende del origen del metro y de la rima, pero no lo es del que debe conocer la procedencia de los elementos que juegan en la literatura española. No nos indemniza la distribución de romances de las faltas notadas, que distribuye los romances en caballerescos, relativos á la historia de España, moriscos y de costumbres, y de la vida doméstica de los españoles, y como no se apuntan los fundamentos de semejante distribución, no alcanzamos á adivinarlos, pero sin temor afirmamos que ni filosófica ni históricamente considerada, admite razones que justifiquen las pretensiones de su autor.

«Si lo primero que llama la atención en los romances antiguos castellanos es el espíritu verdaderamente nacional que en todos y en cada uno de ellos domina,» ¿por qué se colocan los caballerescos en el primer término de la clasificación? Apuntando las formas de la literatura popular, escribe Mr. Ticknor en tercer lugar los libros de caballería, como que su aparición es muy posterior á la de las crónicas; y ahora al comenzar la historia de los romances, primera forma de la literatura popular, coloca en primera línea los caballerescos, y detrás los de la historia nacional, contradiciendo lo sentado en su primera clasificación.

Mr. Ticknor no ignora que el contenido sustancial de los romances, es el sentimiento y la creencia del pueblo, que la oración y el anhelo de combatir á los infieles son el alma del romancero, y que esa forma que es el espíritu vivo del pueblo, acoje cuantas ideas y altos hechos se suceden en nuestra patria, si son religiosas las ideas y heroicos los hechos. Así, cuando ya existían el romancero nacional y el religioso, que brotaron quizá en un mismo día, y volaron de los mismos labios, vistió el romance la forma caballeresca y mas tarde la morisca. Cuando se desea respirar el aire de los siglos heroicos de nuestra historia, y sentir los latidos de aquellas gloriosas generaciones, se respira ese aire y se cuentan esos latidos abriendo las páginas de nuestra Iliada popular. Si la clasificación de Mr. Ticknor fuera ajustada á razón y exacta bajo el punto de vista histórico-literario, no cabía celebrar al romancero, porque no se encontraría en su fondo el sentimiento propio, poderoso y vivo de un pueblo, sino el misero reflejo de las influencias políticas y literarias,

que contara la historia española; no es así por fortuna, y la clasificación de Mr. Ticknor es errónea y el romancero nacido de los himnos de entusiasmo guerrero y fé religiosa, que resonaban en nuestras montañas, es el alma de nuestra literatura, por mas que en alguna época se alimente con las glorias caballerescas y los recuerdos moriscos.

Prescindiendo de la estrañeza que causa ver unidos los *romances* á las *crónicas* bajo la denominacion comun de «formas populares,» ocurrentes únicamente de como nace la crónica y se convierte en historia, segun relata el escritor anglo-americano. Si bien al presentar la clasificación considera las crónicas como forma popular, al entrar en su examen contradice lo sentado creyéndolas continuacion de los cronicones y leyendas monacales y atendiendo á su espíritu, ya cree Mr. Ticknor debieron aparecer primeramente en la corte. Creyendo así, dá Mr. Ticknor pruebas de sano criterio, por mas que combata su pretenciosa clasificación de las formas «verdaderamente populares.» Recuerda sin duda el historiador anglo-americano, que le bastaban al pueblo en sus momentos de solaz los juglares de boca y los relatos de los poemas del Cid, para levantar su ánimo despertando en su pecho deseos de gloria y aquel belico ardimiento que si siempre no triunfa, nunca desmaya.

En efecto las crónicas son como sombra de los cronicones latinos y su cuna son los santorales y apuntamientos de los monasterios, y lo atestiguan los anales que se conservan de nuestras primeras edades. Señalar los pasos dados por la historia desde aquellas apuntaciones hoy oscuras, triviales y cándidas que se leen en los monumentos eclesiásticos hasta la Crónica general, es estudio que estimó como poco interesante el escritor anglo-americano y comienza á tejer la sucesion de nuestras crónicas por la inmortal del hijo de San Fernando.

¿No le sorprendió al erudito escritor al comenzar este estudio, el ver en los dias que, segun él, son los primeros de nuestras crónicas, el pensamiento de una historia general? ¿Qué civilizacion no acusan los libros de Herodoto y Tito Livio? Que la Crónica general es un poema no hay para que negarlo, pero confiésese, que no con otro carácter se presentan las rapsodias de los escritores griego y latino, y convengamos en que al mandar don Alfonso á los buenos caballeros presten atencion á las hestorias de los grandes fechos de armas que otros fecieron, tenia muy en cuenta la importancia de un libro que presentara el origen, vicisitudes y luchas de un pueblo acampado en los solares donde levantaron sus antepasados suntuosos templos, que Dios mandaba reedificar con los escombros de las mezquitas agarenas.

Siguen en la enumeracion las crónicas de Sancho el Bravo y Fernando IV, las de Villaizan y Ayala, las de Juan II, Enrique IV y Fernando é Isabel, sin tener en cuenta aparece rota la tradicion de la Crónica general y desconocidos los elementos históricos latinos, de siglos anteriores, los cuales no le merecen una mirada, condenándose á no comprender como se genera en España el pensamiento de la historia general.

«A mediados del siglo XVI se ve claramente que el tiempo de las crónicas habia pasado ya en España» segun dice Mr. Ticknor, y continúa su relato ocupándose de Guevara, Ocampo, Sepulveda y Mejia. Cuales eran las causas que motivaron esta trasformacion y cuales los elementos que unidos á la primitiva crónica, hicieron posibles los escritos de Mariana, toca al lector adivinarlas, que Mr. Ticknor despues de contarnos los asuntos que ocuparon á Gomara, Bernal Diaz y Fernando de Oviedo, dedica algunas páginas á describir y valorar los trabajos de Zurita, Morales, Sigüenza, Mariana y de los historiadores particulares.

En verdad que tememos no ser creidos por los que desconozcan la Historia de la literatura de Mr. Ticknor y aun nosotros mismos temerosos de dirigir falsas imputaciones á tan celebrado autor, hojeamos los tomos publicados de su historia recelosos de que se oculte á nuestra diligencia algun capitulo, que convierta la vaguedad é incoherencia de este libro en armonía y razonado concierto. Pero ya que no encontramos tal clave apuntaremos que así al leer lo que escribe Mr. Ticknor respecto á Mariana como lo que hace relacion á Mendoza, Melo y Moncada, no queda satisfecha la curiosidad, que se despierta aun en el ánimo del menos cuidadoso de las cosas de su patria, al leer nombres tan principales.

¿Fué el engrandecimiento de la corona española durante el reinado de Carlos V, lo que hizo nacer el pensamiento de la historia general? Quizá fuera este el estímulo que movió al docto jesuita, pero en el desarrollo sucesivo de las formas históricas desde los anales hasta la Crónica general y desde esta hasta la historia del padre Mariana, se descubren los elementos que aseguraron el éxito de su empresa, y atendiendo al carácter de los estudios históricos en nuestro suelo, puede valorarse la concepcion del historiador español, por mas que Mr. Ticknor no se ocupe en investigaciones de este linage, tan apropiadas al juicio y examen que reclama la historia literaria de un pueblo.

Y si pasamos á los historiadores particulares, el estado político y social de la nacion española bajo el cetro de la casa de Austria y el es-

tudio reflexivo de sus obras, ¿no nos permiten sospechar eran los escritos de Mendoza y Melo el folleto político como podía existir en aquellos días? Creemos no rayaría en lo absurdo si sostuviéramos como verdad lo apuntado como sospecha, pero como nuestro historiador cuida poco de marcar las relaciones que existen entre la sociedad y la literatura que es su reflejo y la expresión del sentimiento de los pueblos, nos es preciso consignar solamente la enojosa serie cronológica de los varones que se dedicaron á los estudios históricos, sin otro objeto que el de conocer algunas noticias biográficas y los títulos de las obras en que consumieron sus vigilias.

Son los libros de *caballería* la tercera forma de la literatura «verdaderamente popular,» y los considera Mr. Ticknor como «intermedios entre el entretenimiento vulgar de los romances y la gravedad de las crónicas.» Sin parar mientes en este *intermedio* que su clasificación, así como la historia condenan y rechazan, diremos que ya un distinguido escritor ocupándose de esta materia, sostuvo como es razón, no eran los libros de caballería producto nacional. Mr. Ticknor conoce que si á principios del siglo XII eran conocidas y gustadas en Bretaña las historias de los caballeros de la Tabla Redonda, era así, porque el estado social de aquellos pueblos y su constitución feudal favorecían este linaje de producciones; pero considerar la literatura caballeresca como elemento patrio, es desconocer las circunstancias que acompañaron á su tardía aparición en nuestro suelo, como una de las muchas consecuencias que tuvo aquella revuelta é intervención extranjera, que rompió el cetro español en la frente de don Pedro de Castilla.

No es por cierto mas completo el estudio sobre los libros de caballería que el analizado respecto á la historia, y aunque no es fácil confundir la dinastía de los *Amadises*, con los *Palmerines* y la *Caballería celestial*, porque se ve en cada una de estas gradaciones como se amortigua la influencia extranjera y cobran vigor los elementos propios de la nacionalidad española, sin embargo, Mr. Ticknor, fiel á las tradiciones de su escuela, se contenta con apuntar cuantas ediciones ha registrado de libros de caballería.

Es el *Teatro* la cuarta forma de la literatura popular, y por esta vez no anduvo descaminado el escritor anglo-americano, calificando el Teatro de popular, que lo es y en tal grado, que las censuras que en nuestro sentir merece Mr. Ticknor en esta materia las motivan faltas originadas del olvido en que puso el carácter de esta forma, la primera y mas principal de cuantas encierra nuestra historia literaria.

De popular califica Mr. Ticknor á nuestro teatro y muy pronto, al estudiar sus orígenes, dió al olvido esta calificación. Si siguiendo el método adoptado, solo encuentra en este estudio «especies vagas, inciertas é inseguras,» si las palabras del Rey Sabio sirven solo para aumentar su confusión, y las noticias del marqués de Santillana acerca de su abuelo don Pedro Gonzalez de Mendoza que escribió poemas escénicos á la manera de Plauto y Terencio, no le fuerzan á estudiar con detención punto tan importante, si por otra parte es indudable, que los espectáculos de asuntos religiosos eran comunes y muy conocidos á mediados del siglo XIII y tenían historia por haber sufrido ya variaciones y resentirse en aquella sazón de abusos que se habían introducido, ¿cómo cúmulo tal de noticias, no le hicieron sospechar á Mr. Ticknor la existencia de una forma dramática española, del drama cristiano hijo de elementos propios, y que Lope de Vega y Calderon esplicarian en siglos no remotos? No de otra suerte se concibe la historia, y si en vez de seguir esta senda vemos empeñarse al nuevo historiador en las sendas vulgares recorridas y recurrirá Juan de la Encina, Gil Vicente y Torres-Naharro para explicar el nacimiento y primeros dias del teatro, ¿qué mucho que no comprenda el arte español y sea repugnante para este historiador la Devoción de la Cruz de Calderon de la Barca?

Si en el siglo VII se representaban comedias, si durante la dominación goda subsistió este espectáculo, si la vida de las razas muzárabes bajo el yugo de los caudillos árabes, fué por largo tiempo vida propia y el sentimiento religioso y la forma dramática que es inseparable de aquel, cobran vigor y aliento durante la dolorosísima epopeya que escriben los mártires de Córdoba y Sevilla á cuyos ayes se enciende el espíritu de asturianos y leoneses, ¿por qué Mr. Ticknor coloca el nacimiento del teatro español en 1472 con las coplas de *Mingo-Revulgo*? Al ver que la Sofonisba de *Trissino* se escribió en 1515, que *Juan de la Encina* vivió en Roma en el siglo de Leon X, que *Naharro* pretende corregir los preceptos de Horacio respecto al teatro, ¿no conoce Mr. Ticknor que el teatro nacional no viene á España con tales hombres, ni podía venir con la *Soldadesca* y la *Tinelaria*?

¿No recuerda que calificó al teatro de popular? Es empeño absurdo narrar como eruditos los orígenes del teatro español, cuando todas las naciones europeas, los consideran como populares, y entre todas descuella España por la rara originalidad de su ingenio. Alguna vez como que reconoce Mr. Ticknor no es este el sendero recorrido por el teatro y confiesa la ninguna influencia de las obras de Torres-Naharro, al leer

en Sandoval la relacion de los festejos celebrados en Valladolid en 1527 y «al encontrar allí hecha mencion de nada menos que cinco dramas á lo divino» deja en aquel momento á los imitadores de Naharro, y á las traducciones de Plauto y Sophocles, porque «ningun efecto produjeron ni podrán producir en el teatro nacional,» se detiene ante la egloga de Juan de Paris, titubea al estudiar las producciones de Lope de Rueda y como con el gozo del que concluye penosísima jornada escribe el venerando nombre de Lope de Vega, á quien consideramos sino como el fundador del teatro español, como al que le dió forma propia y ajustada á los elementos nacionales que venian alentando su engrandecimiento.

Desconociendo, como se ve, los elementos que concurren á la formacion del teatro, cuantos pasos adelanta Mr. Ticknor son nuevos embrazos que dificultan y confunden su relato. Colocado delante de Lope de Vega, no acierta á definir su genio ni encuentra el lazo que une amorosísimamente su teatro con las tradiciones del arte español. Indeciso, confuso y como fatigado, da vueltas en torno del coloso, y analizando las comedias que él llama de capa y espada, y al estudiar las heroicas, no le es posible formular clara y distintamente la significacion é influencia de Lope de Vega en la historia de nuestra literatura.

Ocasion era esta de recordar á Mr. Ticknor su clasificacion de las formas de la literatura popular, y como prueba de nuestras doctrinas mostrar como el teatro toma su forma en la Iglesia, su sentimiento y caracteres en el romancero, trayendo la historia al servicio de la inspiracion popular de nuestros poetas dramáticos. El teatro, como espresion la mas alta del genio nacional, se alimenta con tradiciones y sentimientos nacionales, al mismo tiempo que abraza armonizando cuantas influencias literarias dejan huella en nuestra historia; pero abandonando esta cuestion harto conocida, resta el estudio de la forma y el averiguar como se fué ajustando á la norma que aparece despues generalmente seguida. Es muy fácil repetir lo escrito por Lope de Vega en su «Arte nuevo de hacer comedias,» y creer que desdeñadas las prescripciones de los preceptistas antiguos, nace la forma dramática del gusto del vulgo, al cual se acomodan críticos y poetas, como si ese gusto no fuera la nueva forma estética, la nueva espresion que nace, crece y se desenvuelve, rigiéndose por altas leyes, y recogiendo rica herencia de influencias y aspiraciones populares. En esta como en otras muchas cuestiones, sigue Mr. Ticknor el juicio vulgar, naciendo de aqui el escaso interés que ofrece su libro, por no corresponder á las exigencias de la época presente.

Levantado y enaltecido el teatro por Lope de Vega, los diferentes y aun encontrados elementos que se miran en sus producciones, á su vez, y con separacion los unos de los otros, se desenvolvieron, originando necesidades que el fecundo ingenio español se apresuró á satisfacer por medio de ingenios tales como Montalvan, Tirso, Moreto y Rojas. Deslindar la influencia bajo la cual se inspiraron cada uno de estos poetas, y conocer los medios ya hijos de su preclaro ingenio, ya prestados por el arte, que ayudaron y sostuvieron su empresa, es tarea grave y para el crítico de quien nos ocupamos dificultosa en alto grado, si no imposible. Asi los juicios que le merecen Tirso y Alarcon reunen á una superficialidad que lastima á cuantos tengan en algo las glorias españolas, tal inexactitud en la apreciacion, que no titubeamos en asegurar son de los de menos valer de cuantos se leen en los archivos de la literatura moderna.

Los capitulos que en el tomo III dedica Mr. Ticknor á Calderon de la Barca, necesitan correctivo mas severo, en razon al juicio que le merece el gran poeta, asi como por la manera injustificable con que trata las comedias *á lo divino*, segun la culta frase con que designa al drama católico. En verdad que las continuas acusaciones que dirige Mr. Ticknor á la intolerancia y estrechas miras de la Iglesia católica, nos hicieron creer que colocado en la esfera del arte, consideraria al español con aquella elevacion y dignidad que prestan los estudios filosóficos y que resplandecen en la mayor parte de los criticos modernos; pero el modo con que juzga las inmortales producciones del cantor del *Príncipe Constante*, nos hace creer peca asimismo de intolerancia y estrechas miras la doctrina de algunas comuniones protestantes.

Bien se nos alcanza que quien no ha conocido el movimiento del arte español desde los poemas del Cid y Santa Maria Egipcíaca, la transformacion que sufre en Berceo, el nuevo aliento que le inspira Juan Ruiz, los horizontes que le abre el rey Sábio, ni valora las riquezas que rinden á sus pies las literaturas orientales, la de la Provenza é italiana, mal podia mirar en el gran dramático la sintesis de ese arte maravilloso, la forma de la inspiracion católica, y el portentoso enlace de los elementos nacionales que se concentran en su vasta inteligencia para producir un monumento de tal precio como es el teatro de Calderon de la Barca. Quien no pierde ocasion de zaherir los autos sacramentales y las comedias *á lo divino*, quien de tal modo desconoce la influencia del catolicismo en el arte y no valora el sentimiento religioso como es justo discurriendo sobre la historia de las artes españolas, ¿cómo podrá

apreciar el «Purgatorio de San Patricio» y la «Devocion de la Cruz» sino diciendo que la «primera no es tan repugnante como otra titulada la Devocion de la Cruz?»

La religion católica, por los principios morales que predica, favorece y es mas propia para el drama que otra ninguna. Las virtudes que preconiza y las reglas de conducta que establece, hicieron volver los ojos á las acciones humanas, y de tal consideracion nació el arte dramático dotado de larga vida y con vastos campos que recorrer. Bien efecto de condiciones físicas ó quizá con mas verdad como producto de nuestra azarosa historia, el sentimiento religioso se tinturó en España de un carácter ferviente y apasionado, que prestó nuevo realce al sentimiento dramático, y que Calderon espresó con felicísima inspiracion en la mayor parte de sus obras, añadiendo como tintas que completan y hermosean su obra, la altivez y delicadeza del carácter castellano.

El arte católico no tiene cantor mas celebrado ni espresion mas acabada y completa que ese rico joyel que forma la diadema de nuestra literatura; pecaria por lo tanto de ridículo el entretenernos aquí en combatir las apreciaciones de Mr. Ticknor, renovando las controversias literarias de que ha sido objeto el autor de que tratamos. Somos poco dados á la critica de minuciosidades y poco ganosos de sacar á plaza faltas y lunares, que si así no fuera llenaríamos algunas páginas en notar como Mr. Ticknor censura amargamente en ocasiones lo que merece disculpa en otras, y preguntáramos ¿cómo, si los autos sacramentales respondian al sentimiento popular, se tachan por enojosos, grotescos y ridículos en un libro de critica literaria?

No nos estraña que «pasando el escritor anglo-americano de las *comedias á lo divino* y autos de Calderon á sus comedias profanas, tropieze con la dificultad de clasificarlas y dividir las. No se funda una clasificacion en lo arbitrario ó en el juicio y buen parecer de un escritor, sino que estriba en el conocimiento exacto y profundo de los elementos que prestan vida á las diferentes producciones que se pretenden clasificar, y como ya hemos apuntado, no se encuentra este conocimiento en la obra que venimos estudiando, así que aparece lógica y necesaria la dificultad de que nos habla Mr. Ticknor.

En un capítulo historia Mr. Ticknor el Teatro posterior á Calderon, y en él se encuentran los nombres de Moreto y Rojas confundidos con los de Leiva, Zárte, Matos-Fragoso y Zamora, y en el mismo capítulo reseña la decadencia de la poesia dramática, que sienta como un hecho, hablando de Cañizares, sin curarse de inquirir las causas de tan rápi-

da caída, como juzgarán muchos cumplia á un historiador literario.

De este modo concluye en este libro la Historia del Teatro Español, y tal es el trabajo de Mr. Ticknor, y tal el estudio que le merece el fenómeno literario mas grande que cuenta la edad moderna, así por su nacimiento y sagrada influencia que presidió á su desarrollo, como por los elementos literarios que se agruparon en torno suyo y por la grandeza de los ingenios que lo animaron y sostuvieron con sus originales y maravillosas inspiraciones.

III.

Uniendo los nombres de Berceo, Juan Lorenzo, Juan Ruiz, el Rey Sabio y Ayala, llegamos á los dias de don Juan II. Pocos periodos literarios ofrecerán mayor interés que éste, en que vivieron Juan de Mena, el marqués de Villena y el de Santillana, que son los nombres que caracterizan esta época, mostrando uno el renacimiento clásico, el gusto provenzal el otro, y éste la influencia toscana. Estos elementos juegan durante los años que median hasta los Reyes Católicos, como prueban los Cancioneros, que permiten seguir esta curiosa historia y la del renacimiento, desatendida por nuestro historiador, desde sus primeros albores en la corte del rey poeta, hasta que crece en la de los Reyes Católicos convirtiéndose en culto reverente y estudiada imitacion de las letras orientales, griegas y latinas.

Llegando á los dias de Boscan, conviene advertir que el nombre de Garcilaso no causó mudanza tan general por mas que fuera muy preparada, que no sean dignos de la mayor atencion y deferencia los defensores de la antigua forma nacional, que una y otra vez renovaron la discusion contra los poetas de la escuela toscana. Arrancando de la influencia toscana, se ocupa Mr. Ticknor de Mendoza y fray Luis de Leon, y en breves páginas analiza toda la poesia lirica, uniendo Herrera á Góngora, á Paravicino y Arquijo, á Quirós con los Argensolas, y Jáuregui á Villegas y Rioja, etc., etc., como si bajo la denominacion general de poesia lirica cupieran cuantos se creyeron poetas en aquel siglo de glorias y guerras, de poetas y soldados. La confusion que venimos notando en este libro crece de tal modo en los capítulos consagrados al examen de la poesia lirica, que se nos aparecen como una página del infierno del Dante, y es imposible poner orden ni concierto en aquella rapidísima espo-

sición, donde se siguen poetas de distintas escuelas y gusto literario, de diferentes tradiciones sagradas y profanas, como si fueran hermanos que compusieran dilatadísima familia.

¿No advierte Mr. Ticknor desde los primeros días de la poesía lírica española la existencia de dos escuelas que hablan un lenguaje poético distinto y que beben sus inspiraciones en fuentes literarias, que no tienen el menor punto de contacto? La escuela Sevillana con su Herrera, Arquijo, Quirós, Rioja, etc., no sigue los pasos de la escuela Salmantina, que en sus diferentes vicisitudes llegó á caer bajo el dominio de Góngora y de sus imitadores. Cómo se formaron estas escuelas, cuál era el estado de los estudios clásicos y de los orientales en nuestras universidades, y qué influencia se dejó sentir con mayor fuerza en la Sevillana, y cómo las letras greco-latinas influyeron en la Salmantina y prepararon y sostuvieron el vuelo del culteranismo, son cuestiones muy propias para una historia, pero inoportunas en un artículo crítico, y en aquella debían encontrarse.

Confesamos de buen grado que el estudio de la poesía lírica desde su origen hasta la decadencia del culteranismo, es difícil y está sembrado de escollos, porque aun prescindiendo del genio nacional que desconoce Mr. Ticknor, de la particular propensión de la lengua al metro y á la rima que Mr. Ticknor no analiza, contamos, con la influencia árabe-oriental, la provenzal, la escuela toscana, la historia de los estudios clásicos que no relata Mr. Ticknor, con la influencia de la poesía dramática en la lírica y viceversa, que no sospecha el escritor anglo-americano, y por último, con el estado moral y político de la sociedad española en los siglos XVI y XVII, que no le merece particular atención al autor de la historia de nuestras letras.

Si damos por averiguado, como pretende el distinguido orientalista don P. de Gayangos, y en nuestro humilde juicio con mucho fundamento contra lo sostenido por Mr. Dozy, que existieron, si no una poesía popular (que no diremos tanto) formas poéticas vulgares entre los árabes, es incuestionable que desde los primeros lustros del siglo XIV, se siente en España la influencia árabe, como se había sentido la hebraica en días anteriores, segun acusan monumentos literarios del siglo XIII. Que esta influencia en materia de gusto no llegó á nuestra literatura popular, es indudable, y que quedó en las altas regiones de la poesía lírica, no hay para que dudarlo, así como que los estudios clásicos destruyeron de consuno con la escuela toscana la influencia provenzal, reanimada en algun tanto por los libros de caballería.

Descuidadas las formas populares ó absorbidas por el Teatro, con los elementos extraños ya enumerados y con los caracteres poéticos de nuestra lengua, coloreadas por el sentimiento de patria y religion, nació la poesía lírica, adquiriendo en el siglo XVI vuelo tan prodigioso que asombra y sorprende por su fecundidad, y maravilla por lo original y atrevida y por el inagotable raudal de poesía, que mana de continuo de los labios de nuestros poetas al través de las sombras y embarazos, con que oscurecen su fantasía elementos nacidos en suelo extraño.

La verdad de las tesis que venimos sosteniendo, nos procura á cada paso nuevos testimonios que confirman los hechos apuntados. En la escuela sevillana predomina el elemento religioso y el elemento poético oriental, en nuestro sentir mas apropiado al genio poético de nuestro idioma que el greco-latino, y esta y no otra es la causa de las diferencias, que se notan entre los vates que se entregan á los delirios culteranos.

No es la historia literaria de un pueblo otra cosa que el estudio de su civilización por medio de las letras. Perdidos ó dados al olvido en aquel siglo los elementos nacionales y sin aliento los sentimientos del pueblo, preso el ingenio en dobles hierros, la poesía lírica, que como elemento subjetivo del arte espresa la inspiración del momento, hija de sucesos que la historia no refiere, y que solo se graban en la mente del poeta, no podia buscar ni el sentimiento de la patria, ni en el imperio de la inteligencia calor que diera forma y vida á sus creaciones. La escuela Sevillana idólatra de la forma queriendo suplir el genio con una espresion digna y levantada cayó en el culteranismo. Mas dada á los estudios filosóficos la escuela salmantina, quiso inspirarse ya en fuentes paganas, ya en el terreno que la alegoría presenta y delira procurando ocultar sus ideas escribiéndolas con un idioma oscuro y nebuloso, que desorientase á los censores mas hábiles en la tarea de perseguir al pensamiento. Si la mitología, envuelve alta significación política y religiosa en la cuna del arte griego, significado tiene tambien en manos de nuestros poetas Salmantinos, aleccionados con las sutilezas de las controversias escolásticas y de la mística teología.

Basta lo dicho para conocer cuán á bulto ha procedido Mr. Ticknor al historiar nuestra poesía lírica y cuanto estudio y minucioso exámen requiere esta empresa y es muy de sentir, que las páginas del historiador anglo-americano embaracen mas y mas esta senda y la dificulten para el que sienta en sí aliento bastante para narrar las glorias y vicisitudes de la poesía lírica en las dos centurias recorridas.

IV.

Un capítulo dedica Mr. Ticknor á la poesía heroica, que desde el Emperador no son para contados los poemas que salieron á luz con este título ú otro semejante. Nosotros creemos el poema nacional imposible si el poeta no es el pueblo y por lo tanto juzgamos que en la edad moderna el laurel épico pertenece á España por sus poemas del Cid y su Romancero. Entre el sinnúmero de poemas que cuenta nuestra literatura, tres únicamente alcanzan justo renombre, porque entran en su composicion elementos españoles, que los cantos de Ercilla guardan la entonacion de nuestros himnos de guerra, el sentimiento religioso de Virues es el que sentia el pueblo, y Bernardo respira con el generoso aliento del castellano que lucha por su Dios y por su adorada independencia.

No de otra suerte acertamos á esplicar la voga de estos poemas y el demérito de los demas, cuando sus dotes literarias no rayan tan bajo como pretende Mr. Ticknor, al esplicar las causas del desgraciado éxito de tantas tentativas como se hicieron para llegar á escribir nuestro poema épico, olvidando los principios constitutivos del arte español.

Hay en todas las literaturas nombres que no es lícito considerar como unidos al movimiento general de las letras, por la mayor individualidad que revelan sus obras y por el modo peculiar con que visten las ideas y sentimientos que sirven de materia á sus creaciones. Tres cuenta de estos seres singulares nuestra literatura y son *Hurtado de Mendoza*, *Cervantes* y *Quevedo*. Guerreros, políticos, poetas, prosistas, profundos pensadores, humoristas (perdóneseme la palabra), ó destruyen una época, ó iluminan á un siglo, ó crean para sí renombre imperecedero. Estos nombres han sido acariciados con amorosa solicitud por nuestros críticos, venerados por el pueblo y en su patria y en el extranjero sus obras han recogido solamente aplausos y loores. El estudio de Mr. Ticknor sobre los dos primeros deja poco, muy poco que desearse; tambien merece elogios el que dedica á Quevedo, por mas que en nuestro sentir, y quizá sea efecto del culto que rendimos á su privilegiada inteligencia, no peque por extenso y profundo. Estos juicios nos confirman mas y mas en el nuestro respecto al libro de Mr. Ticknor: cuando no se encuentra frente á frente con el pueblo, ni necesita

valorar el pensamiento de una generacion que palpita en las producciones de aquel siglo, su pluma corre con libertad, crece su ingenio critico y como que ve con luz mas clara.

V.

Réstanos solo el estudio de la prosa castellana. Damos por averiguados los orígenes de la lengua española y por hecho el exámen de sus primeros monumentos, y creemos en vista de los datos que pueden aducirse, no sea exagerado señalar los primeros años del siglo XI como los que presenciaron el nacimiento y primeros pasos de nuestro idioma.

Sospechamos que alguno de los documentos latinos que se citan escritos en aquellos y en anteriores dias, en vez de ser latinos, el intento de su autor al escribirlos fué el de acercarse á la lengua sin nombre que abjuraba de las desinencias, conjugaciones y régimen de la lengua del Lacio y arrojaba lejos de sí en calles y en plazas tan pesadas vestiduras al pasar á los labios rudos y vigorosos del soldado; pero sea de esto lo que quiera, lo cierto es, que Mr. Ticknor despues de citar la carta-puebla de Avilés no encuentra prosa castellana hasta el Rey Sábio, en cuyos dias despliega ya la lengua castellana riquísimo tesoro de gracias, flexibilidad y gallardía, prestándose así á la espresion de los sentimientos delicados, como á las discusiones juridicas, al carácter preceptivo de la ley como á la entonacion y magestad propia de la historia. Es ya la lengua castellana con leyes propias y con su génio y carácter.

Leyendo á Mr. Ticknor aparece como por ensalmo y por la virtud de un conjuro, sin precedentes y sin historia, y no suple tamaña omision la ilustracion ó nota que se dedica á estudiar como punto filológico los orígenes de la lengua, que aqui era preciso mostrar sus pasos al través de los sucesos referidos por la historia al narrar la de los siglos X, XI y XII.

Desde el siglo de don Alfonso X al cual sigue el de don don Juan Manuel y su *Conde Lucanor* no encontramos prosistas, si se exceptuan las crónicas ya mencionadas, hasta los tiempos de don Juan el Segundo en el que ademas de Juan de Mena y el Centon Epistolario, aparecen *Juan de Lucena* que indica la introduccion de nuevos elementos en la

prosa y el bachiller *Alfonso de la Torre*, que en su *Vision Delectable* acepta el giro que tomaban los estudios teológicos en nuestras aulas y que pasados algunos años, se convierten originando nuestra escuela de escritores ascéticos y místicos. *Fernando del Pulgar* resucita la noble prosa del siglo del Rey Sábio acentuándola con aquella magestad é imperio, que cuadra con perfeccion tan rara al orgullo y fiereza de los antiguos castellanos.

Es muy de extrañar no haya percibido Mr. Ticknor estos ensayos y precedentes, y no haya notado la rara coincidencia de que crece y se desarrolla la prosa por el camino de la historia, aumentando de dia en dia, el ya copioso caudal de sus giros, voces y acepciones, de tal modo, que aun no olvidados los tristes dias del reinado de Enrique IV y los laboriosos de los reyes Católicos y los guerreros de Carlos V le permite á Hurtado de Mendoza recoger justísimos laureles, resucitando bajo su encantada pluma, en vez de narrar, los sucesos de la rebelion de los moriscos. Por sí adolecia el habla castellana de cierta rudeza contraída en la continua ocupacion de contar guerras y horrores, fray Luis de Granada y despues el de Leon le prestan la dulzura de su alma y Cervantes aquella armonia inimitable que nace de su espontánea y no artificiosa colocacion de las palabras.

Las dos formas que reviste la *fiction* ó sea la novela en los siglos XVI y XVII, no son debidas á la buena ventura que dirige al ingenio español, como podria creerse leyendo al escritor anglo-americano, sino que son las mas conformes con la cultura y carácter peculiar de la sociedad española bajo el férreo cetro de la casa de Austria. La novela pastoril no nace de lo comun que fué en España la vida pastoril, como supone Mr. Ticknor, si, es mas lógico suponer y la critica fortalece esta suposicion, que nacida y alentada la novela, en la imposibilidad de presentarse como cuadro de costumbres, vistió el pellico, y celebrando los goces de la vida campestre, dió rienda suelta á los sentimientos individuales ya que la vida social vigilada por el poder eclesiástico y oprimida por el poder real, no se prestaba á las ingeniosas fábulas y pinturas que bullian en la mente de nuestros prosistas. Sannazaro dió el ejemplo contando la historia de sus amores, con nombres fingidos, pero con hechos reales, y los escritores españoles comprendieron que en aquella *Arcadia* podrian espresar los sentimientos de su alma, sin temor de los alcaldes reales, ni de los familiares del Santo Oficio. Declaran al tenor que Sannazaro, Montemayor y Figueroa, y cuantos se ejercitaron en este género aluden mas ó menos á la situación social y

política de su patria, y hablan por los hombres que descollaban entre los magnates, poetas y guerreros.

La novela vulgarmente llamada picaresca, es un paso mas audaz y de mayor intencion. Los engaños, astucias y bajezas pintados por la diestra mano de Mendoza ponen en relieve los vicios de las clases que componian aquella singularísima sociedad, sin sacar á plaza ningun tipo de las poderosas y aristocráticas, por la misma razon que impedia á los poetas romanos poner en escena nombre alguno de las orgullosas familias patricias. Pero sino directamente de una manera sagaz y simulada Mendoza, Aleman, Espinel, etc., daban á conocer las costumbres y sentimientos de las gerarquías sociales mas elevadas.

Dejando á un lado los nombres del gran número de novelistas y omitiendo el cumplido elogio que merecen el ingenio y donaire con que abrazaron los mas variados matices del género novelesco, dando curso al pensamiento que instituciones potentes se esforzaban por debilitar y comprimir, entremos en el capítulo que intitula Mr. Ticknor «elocuencia forense y del púlpito,» y «prosa didáctica» y aqui como siempre que hablamos de alguno de los florones de nuestra corona literaria, censuraremos al escritor anglo-americano. Nuestros escritores *Leon Granada, Juan de Avila, San Juan de la Cruz, Santa Teresa, Malon de Chaide*, etc., ¿no le descubren el pensamiento de la civilizacion española en el siglo de la Reforma? Las modificaciones que sufre en sus manos la teología moral y los nuevos tesoros que descubren en la mística, ¿no son digno objeto de concienzuda meditacion? Los estudios teológico-filosóficos de nuestras aulas, y la influencia ejercida por los doctores nombrados, ¿son puntos, que pueden pasar desapercibidos en la historia de nuestras letras? Las modificaciones que sufre la lengua las novedades que introducen y su influencia en la poesia lirica y en el arte católico en general, ¿no son cuestiones dignas de prolijo exámen? ¡Cómo esplicar tal incuria y tan ridiculo é injustificable abandono!

En el exámen general del pensamiento europeo, en los azarosos dias de la reforma y de su propagacion, se mira inferior al catolicismo en aquel solemne debate, sino se vuelven los ojos á la *escuela de Misticistas* como escribe Mr. Ticknor, y se contempla, como despues de los padres de los primeros siglos y de los tiempos medios, la escuela española abre nuevos horizontes á las almas de los creyentes, oponiendo el vuelo del espíritu por la via mística, al libre exámen racionalista de los profundos reformistas alemanes. No es este asunto (como todos los apuntados en este bosquejo critico) para tratado de ligero, que se enlaza con la

historia interna del catolicismo y con la de movimiento general de la inteligencia tan osadamente promovido por Lutero.

VI.

Es ya tiempo de dar por concluida nuestra tarea, por demas ingrata y enojosa. No será, sin embargo, la última vez que nos ocupemos de Mr. Ticknor.

No se creará por cierto apasionado el debido tributo de respeto, y los aplausos que tributemos al libro anglo-americano. Mas completo que los estudios publicados hasta hoy, lo copioso de sus datos bibliográficos y lo exacto de sus noticias biográficas merecen repetidas alabanzas, y mas si se recuerda su rara constancia y continuos cuidados por conseguir los materiales necesarios para su obra, y se adivinan sus afanes, vigiliass y dispendios al consagrar su vida á la realizacion de esta empresa.

Al escribir estas consideraciones sentimos moverse nuestra alma á la gratitud hácia el extranjero, que asi se aficiona á nuestra pobre España, y buscamos palabras para espresarle nuestra veneracion y el afecto que nos inspira.

Las faltas notadas, hijas son de circunstancias que en su mano no estuvo evitar: cuanto requeria investigaciones y reclamaba diligencia y laboriosos afanes, se encuentra en esas páginas. Nosotros pediamos un alma española para ese libro, sin curar de que nació su autor en suelo extraño y no vió correr los dias de su infancia bajo las bóvedas de nuestras catedrales, ni delectó los romances del Cid, ni escuchó las tradiciones heróicas de nuestra patria repetidas por los que cultivan nuestras fértiles llanuras, ni por los que moran en las altas cumbres de nuestras ásperas montañas.

Ya no concluiremos este artículo, como era costumbre en todos los de su clase, lamentándonos por la falta de un libro tan deseado como es una Historia de la Literatura Española. Dias ha que se dió al público la fausta nueva de que el distinguido literato don José Amador de los

Rios habia emprendido un trabajo de este género, y alguna vez que otra han anunciado los diarios noticias, que demostraban no desmayaba el laborioso académico en su loable empresa. Poco ha anunció esta Revista como próximo á darse á la estampa su tomo I, y en efecto hemos visto ya corregidos y revisados, y prontos para la imprenta los tomos I y II, y su autor se ocupa en dar la última mano al III, que comienza con el exámen de los primeros monumentos escritos en lengua castellana.

Conocidos algunos capitulos de esta obra, y aplaudidos y encomiados en los altos círculos literarios, no se tendrá como efecto del acendrado amor de un discípulo á su maestro, el que consignemos aquí que, si por mucho tiempo se ha hecho esperar una Historia de la Literatura Española, la que anunciamos satisface los deseos concebidos, y realiza cuantas esperanzas alimentó la fantasía.

Habia en nuestra historia como una oscura noche que se extendia desde los últimos dias del imperio godo hasta fines del siglo XIII, y nuestra historia de la edad media, á pesar de los esfuerzos de propios y extraños, continua siendo escollo para historiadores y madre de confusiones para los amantes de las glorias nacionales. Sospechábamos desde que años atrás escuchamos las lecciones dadas por don José Amador de los Rios en la Universidad Central, estudiando nuestra edad media, que el estudio de las letras era el camino que podia conducirnos al conocimiento de la historia de la nacionalidad española. Hoy nuestra sospecha se ha convertido en firmísima conviccion, y ademas de este beneficio que procura el libro que anunciamos, el ingenio español y el arte patrio brillan con luz tan nueva, que no parece sino que se despierta de profundísimo letargo.

No elogiaremos las tareas, afanes, desvelos, investigaciones, estudios, viajes y disgustos, en que ha consumido su existencia el catedrático de la Universidad Central; la gloria y justo renombre que le aguardan, recompensarán su laboriosa existencia. Obra filosófica que une dichosamente la historia civil, política y religiosa con la literaria, escrita con la hermosa frase castellana de los mejores dias del siglo de oro, la Historia de la Literatura Española de don José Amador de los Rios, sobrepuja las esperanzas concebidas aun por los admiradores mas entusiastas de sus talentos, vasta instruccion y altas cualidades de escritor.

1855, Noviembre.

F. DE PAULA CANALEJAS.

EL PRINCIPE DE MAQUIAVELO.

CESAR BORGIA,

O LA ROMAÑA EN 1502.

XXXII.

Después de la toma del fuerte de San Leo, el cardenal de la Rovera fastidiábase de mirar desde lo alto de las murallas que había conquistado el campo enemigo: su primer ventaja no hacía mas que escitar mas su ardor guerrero: ejercitaba como por pasatiempo á sus valientes Sanmarineses en la esgrima y hacía simulacros en las plataformas del castillo, empero esto no era mas que un medio de distraer el fastidio sin acabarlo de vencer. Erale preciso lo positivo de la gloria, porque su objeto no era únicamente el distinguirse por su destreza en el manejo de las armas, ni ejercitar la fuerza de su brazo: príncipe de la Iglesia, ambicioso de ocupar la cátedra de San Pedro, se hallaba demasiado interesado en destruir el partido de los Borgias cuya influencia debía serle contraria á la muerte del pontífice, para permanecer largo tiempo ocioso en la carrera que acababa de abrirse delante de él. Atusándose el bigote y con paso enteramente caballeresco, veíasele andar meditando campañas ó trazando sobre la arena planes de batallas, maldiciendo las for-

talezas que condenan á tantos valientes soldados á una vida inerte. Muchas veces dirigiéndose á Marino Giangi le decia:

—¿Qué hacemos aquí? Los habitantes de San Leo están decididos por Guidobaldo: confiémosle la custodia de estas murallas, y abrámonos paso hasta el mar, aunque tengamos que combatir con todos los condotieri del mundo. Juan Baglioni se dirige con las tropas de la confederacion sobre el Metauro: trátase de atacar á Fano y de defender Sinigaglia.... sin duda hay gefes hábiles entre nosotros: pero yo tengo confianza en mí y en vuestros cincuenta republicanos.... ¡Por la espada de San Pablo! ¡vamos á batirnos!

Y una mañana vino á despertar, antes de amanecer, al gefe de la cohorte de San Marino, y le dijo:

—Yo no duermo en esta maldita ciudadela.... ¡Si quereis, marchemos! Tomás Spinelli, un buen gentil-hombre, que aunque un poco poltron, ha venido ayer y me ha puesto al corriente de todo lo que pasa: los confederados temen y están dispuestos á capitular. ¡San Pablo! tratar con un Borgia, un usurpador, un devastador, un emponzoñador.... que sé yo... ¡Vamos á batirnos! batiremos á los mercenarios extranjeros, y reanimados por nuestro valor, no doblarán los Ursinos la rodilla delante del despurpurado.

Ya se habian puesto en camino los fieles ciudadanos del Titan. Los piadosos y valientes hijos de la vieja república, teniendo á su cabeza un cardenal vestido de hierro, desafiando todos los peligros que presentaba semejante empresa: y como la fortuna favorece la audacia, llegaron á los alrededores de Fano, sin tener que lamentar la pérdida de un solo hombre, aunque muchas veces se habian visto obligados á luchar contra las bandas errantes de Valentinois. Pero allí, á consecuencia de una escaramuza, sea que hubiesen sido vendidos, lo que hace presumible la presencia de Spinelli, sea que la casualidad sirviese á sus contrarios; la Rovera y Giangi á la entrada de la noche, separados un momento de sus soldados, cayeron en manos de los esbirros enemigos. Conducidos á la cabaña de un aldeano para ser custodiados en ella, hasta el momento en que la claridad del día permitiese llevarlos con seguridad á la ciudad, el principe eclesiástico no habia tardado en reflexionar sobre su posicion. Por la primera vez despues que se habia quitado la púrpura, esa respetada ropa talar, ante la cual todo se inclina en la cristiandad, que podia dar á sus estocadas alguna cosa del sagrado carácter de que se hallaba revestido, y que debia protegerle contra un ejército entero, comprendia que la gloria no es el efecto del valor.

—¡San Pablo, díjose á sí mismo, no es tu espada la que me salvaria en esta circunstancia, si no tu elocuencia, tu fé, tu conviccion, para convertir á los infieles! héme aquí prisionero de guerra, bajo una armadura, entregado á merced de codiciosos soldados que venderán mi cabeza al que quiera pagársela. Me matarán si quiero defenderme: me matarán si saben quien soy, porque conozco demasiado la manera espeditiva de los Borgias: se mata un hombre de armas, es negocio del oficio.... me matarán, aunque deban hacerme despues los honores que me son debidos y esponerme públicamente en una capilla ardiente.... ¡Morir así! ¡renunciar á la tiara, á la vida, á la venganza, á la guerra! ¡Si pudiera llorar lo haria! ¡Pero soy príncipe de la Iglesia! ¡Nadie debe tocar á mi persona, cardenal! ¿Pero bajo una coraza?.... Yo se lo diré, pero ¿me creerán esos glotones alemanes, esos orgullosos franceses?.... Si yo hablo se harán los sordos, los incrédulos: me enviarán encadenado á su Satanás, padre ó hijo....; ¡y qué es la vida! ¡es el baldon! antes morir de un golpe.... primero vender caros mis días.... todo esto es triste, y no basta tener valor, y que la prudencia sea una virtud.

Durante este coloquio, el republicano de San Marino participaba tambien de sus sombríos pensamientos hasta olvidándose del interés de la causa que habia venido á defender. Pero rompiendo inmediatamente el silencio se aproximó al cardenal y le dijo en voz baja:

—Sois un hombre superior á los otros, monseñor, y yo un pobre ciudadano de una república pobre. Estais llamado á representar en el mundo un papel importante, á influir sobre el destino de la Italia: y yo de vuelta á la montaña, no tengo otro porvenir que la vida de lo pasado, el trabajo y la oracion. Si uno de nosotros debiese morir no seria justo que fuese yo.

—Es verdad. Pensaba en ello.

—Estais cubierto con una armadura bien cincelada de acero pero que vale mas que si fuese de oro y que la pagarian bien.

—¡Y muchísimo! En las fábricas de Milan.

—Y yo no ofrezco á la codicia mas que una ropilla de paño pardo y unas calzas oscuras, que en cualquier parte pueden comprarse por un escudo: si los mercenarios quisiesen vender el despojo de uno de nosotros ¿á quién matarian?

—Al que lleva la rica armadura.

—Pues entonces yo debo ponérmela desde este momento, monseñor.

—¿Hablas de veras?

TOMO IV.

—¿Quién tiene derecho de dudar de la palabra de un hombre del Titan?

—Tal vez morirás.

—Vos vivireis, monseñor. En la balanza en que se pesan los hombres, el que es útil á los demas hace inclinar á su favor el platillo. ¿Qué puedo yo, yo? Y vos podeis librar la Italia. Podeis devolver á Guidobaldo de Montefeltre la herencia de sus padres.

—Es verdad.

—La oscuridad nos favorece.... cambiemos de corteza: el buen árbol es el que debe dar frutos.

—El hábito no hace al monge, como la armadura no hace al guerrero.

—Vos sereis siempre grande, cualquiera que sea el vestido que lleveis, monseñor.... Vamos, quitaos pronto esa coraza inútil ahora. Grande alegría tengo al ver que un vestido de mi montaña protege á un príncipe de la Iglesia, á quien destina el cielo tal vez para bendecir el mundo.

—Siempre lo he pensado así, valiente mío, y mas de una vez he ensayado mi papel.

—¡Cuando seais papa, monseñor, no olvideis la república de San Marino: domina la Romaña!

—La respetaré.

—Pero quitad vuestra armadura.... no han visto nuestras facciones los esbirros del traidor, y mañana cuando el día los atraiga hácia su presa, vos respetareis en mí al cardenal de la Rovera: mañana podreis huir tal vez: la vigilancia que se observa con un hombre poderoso permite frecuentemente á los pequeños engañar sus miradas.

—Cuento con eso.

—Pero quitaos esa armadura.

—Un instante. ¡Mariano Giangi, de rodillas! ¡de rodillas! porque yo tengo el poder de absolver y de bendecir: ¡de rodillas! porque voy á hablar en nombre de Dios.

Y poniendo su terrible mano sobre la cabeza del montañés, devotamente arrodillado, alzó al cielo sus negros ojos y habló con voz lenta y solemne, produciendo en el corazón de ambos la santa convicción de sostener sus nobles resoluciones. Así que hubo concluido, se desnudó y se puso el sencillo vestido de montañés.

—También yo siento una viva alegría, dijo, dando un golpe en la espalda de Giangi, al ver mi armadura en el pecho de un valiente como tú: yo la he llevado largo tiempo bajo la sotana encarnada, la sangre la

ha enrojecido en la pelea, adquiere mas valor á mis ojos aun desde que veo que tú la llevas. Vamos, ánimo, monseñor.... Es preciso que me acostumbre á postrarme delante de vos.

—Y yo, yo me siento crecer desde que llevo el peso de este acero. ¡Ah! si Dios me concediese la vida, si debiese gozar largo tiempo de la dicha de haber salvado la vuestra, monseñor.... Pero yo debo perder la costumbre de daros este título.... no os pido mas que el poder conservar esta armadura para gloria de mi familia.

—¡Amen! Marino Gangi.... ¡San Pablo! la noche es larga y voy teniendo sueño.

—Dormid, monseñor, dormid; podeis hacerlo: yo velo, y si entran durante vuestro descanso, creerán, es una verdad bien conocida que un villano duerme en todas partes en paz; creerán en nuestra estratagema.

—¡Amen! volvió á repetir otra vez la Rovera abriéndose la boca.

Y se durmió profundamente.

Como el digno ciudadano del Titan lo habia previsto, los soldados que vinieron á buscarlo no tuvieron consideraciones y vigilancia sino con el hombre cubierto de la armadura, cuando supieron cuál era el carácter de su prisionero. Asi es que antes que llegasen á Fano, encontró el cardenal ocasion de escaparse. Y bien pronto, mientras que el príncipe buscaba su seguridad, no en el ejército confederado, sino tratando de irse á Roma, el ruido de la captura del cardenal de San Pedro Advíncula, valia á la armadura cincelada de acero todos los respetos y consideraciones que se hubieran desdeñado de tributar al generoso ciudadano, al noble republicano de la montaña que con riesgo de su vida se habia cubierto con ella.

Por un noble desden, un silencio obstinado, una conducta fria y tranquila, y teniendo constantemente calada su visera, habia logrado Marino Gangi prolongar el error de todos cuantos se apresuraban á verle pasar hasta el momento en que como hemos dicho el duque le habia forzado á decir la verdad. Colmábale de caricias y festejos á Agosto cuando se le reunió Maquiavelo. No sin asombro encontraba el cándido ciudadano en el campamento donde pensó hallar la muerte, al hijo adoptivo de la montaña, y al ciudadano de Florencia que se habia mostrado amigo de las instituciones de su patria. Pero en el uno debió ver el hijo del dueño de la Romaña, en el otro al embajador de la señoría florentina: él solo era el que sentia una dulce satisfaccion por no dejar de ser un ciudadano del Titan.

Los sucesos forman bien pronto á los hombres, y los hechos dan

una provechosa instruccion, asi yendo al lado de Valentinois, Marino Giangi se hallaba vivamente impresionado por cuanto veian sus ojos y sentia en su alma una horrorosa duda que á todo trance combatia su virtud. El sentimiento secreto de un poder que no debia encontrar en su patria, obraba sobre su alma, y producía poco á poco el desarrollo de todo lo que habia permanecido en gérmen sobre la montaña.

—¿Será el mal una cosa necesaria? pensaba.

Y una voz misteriosa, íntima, le respondía en su conciencia: Sin el mal no hay bien.

—Estos hombres que es preciso mirar como azotes ¿son útiles en la tierra? continuaba el pensamiento.

Y respondió á su vez la voz: Sin un déspota mil tiranos; sin los abusos, la prolongacion de mezquinas costumbres: sin la ambicion de un hombre, la parálisis de las facultades de todos. El mal es el elemento de los progresos, y los que fecunda abren las puertas de un porvenir siempre mejor.

—Esto es falso, replicaba el pensamiento; nada hay mas justo y mas grande que ser ciudadano de la república de San Marino.

Asi pasa todo siempre intelectualmente en nosotros.

XXXIII.

Valentinois habia sido constantemente favorecido por la fortuna, y asi sintió mas el desengaño y contratiempo que acababa de experimentar. La especie de grandeza de alma que la necesidad le obligaba á aparentar frecuentemente, y de que acababa de dar una prueba en esta circunstancia, no era uno de esos movimientos que calman las conciencias agitadas, y que dan la paz do quiera que se manifiesten. Las astucias de la politica pueden calmar la imaginacion, empero no satisfacen el corazon. Por la primera vez, esta vida de sentimientos, esta existencia continuamente agitada le agobiaba. Es que una felicidad hasta entonces desconocida de él, le habia revelado la necesidad que aguijoneaba su alma. El hábito de los negocios presidia solo á un mecanismo intelectual: la fuerza moral, aunque débilmente velada por una trasparente nube, no funcionaba ya. Aguardaba entretanto á Maquiavelo y al republicano del Titan: la ocasion era favorable de realizar el proyecto que habia concebido para su hijo, y tal vez sin explicárselo demasiado, con

el único objeto de realizar su vanidad de príncipe. Tenia ahora gran fuerza en él este sentimiento, para que no consagrarse á él toda su atencion, toda la superioridad de su genio.

—¡Hermosa cosa, pensaba entre sí, llegar á dominar sobre la cima de esa indomable montaña, ver tremolar en ella mi bandera de púrpura en nombre de la libertad! No es solo una ambicion pueril, no; es una victoria moral la que yo logro, son ventajas inmensas las que de ella deben resultar: la veneracion de los pueblos entre ellas, y hoy conozco que no es ilusoria la fuerza de la virtud. La virtud en las masas del pueblo, como en los que las dirigen hace duraderos los vínculos de la amistad, y produce la fidelidad hasta el heroismo. La familia de Montefeltre, desposeida hoy del trono, y los duques de Urbino, que en todo tiempo han protegido la libertad de San Marino, conservan amigos en aquella montaña: ¡empero yo soy duque de Urbino, y yo reclamo á nombre de mis derechos el de ser tambien el protector de la vieja república! Yo no quiero un tributo; no quiero oro de los que tienen virtudes; al contrario, yo les debo auxilio y apoyo para su existencia, hasta salario por sus trabajos.... Hace largo tiempo que en mi pensamiento estudio el resolver el problema de la mejor forma de gobierno: hagamos alli como los médicos, una esperiencia *in anima vili*: establezcamos una cosa mista é intermedia para ver sus efectos.... Por ejemplo, la autoridad de príncipe bajo el nombre de magistratura, unida á legisladores nombrados por el pueblo.... ¡Poderes que se combatan para convenirse!.... ¡Eso es el desórden!.... El magistrado que debe combinarlo todo, podrá siempre influir en todo: el poder ejecutivo, administrativo; sus ventajas son inmensas.... Reflexionando en esto: ¡veo que es hermoso, que es grande! Es la tiranía mejor disfrazada, la única que no perjudica al que se aprovecha de ella, la única que le permite bajo el manto de las leyes hacer cuanto le dé la gana: mirándolo bien.... puesto que los pueblos necesitan cadenas, que los pueblos mismos se las den: que ellos mismos forjen sus hierros y sean los fautores de sus penas.... ¡Seductora utopia! ¡verdadera piedra filosofal, te hallé al fin!.... ¡Admirable concepcion, y que tiene el aire de ser la sabiduria misma! No hay extremo sino en el vicio y en la virtud, y este es un término medio que debe engañar á todo el mundo. El déspota mas cruel es el que nada oye, el que permanece inflexible; y ese es la ley, ese es el juez que la aplica. Dicen que la justicia da la felicidad á las repúblicas y á los reinos, empero nada hay mas raro que el que la aplicacion de sus testos sea la justicia aqui en el mundo.... Las ideas y las necesidades cambian cada dia, y el có-

digo se ha escrito una vez para todos. Los nuevos decretos no abolen los antiguos.... No hay arsenal mas formidable, y armas mas crueles que el tribunal y las leyes.... ¡En verdad que es grande y noble la idea que me ha sido revelada! ¿Me la ha sugerido el cielo ó el infierno? ¿Qué importa? ¡La idea producirá sus frutos en la tierra! ¡Tal vez llegará un día para castigar á los hombres de su egoismo, en su ceguedad por la vanidad de ser algo en el Estado, pagando cara esta pueril ventaja, en que mirarán este sistema como un beneficio, y será bendito mi nombre entre la risa de Satanás!....

Detúvose César Borgia, asustado de sí mismo: estenuado con esta espresion de desesperacion, y elevando su alma con un piadoso pensamiento, buscó un refugio en el recuerdo de Lucrecia.

—¡No, no haré eso, dijese, no seré ante Dios, y ante mi mismo tan perverso! respetaré los pueblos: seré noblemente déspota á cara descubierta, sufriendo el castigo ó recompensa durante mi vida, para verme libre de una parte de este peso en el día del juicio... en la eternidad... ¡Por qué yo creo en la inmortalidad; creo en ella á mi pesar, y es un poderoso freno! Sofoquemos para siempre la culpable idea, y ójala no haya nunca un príncipe bastante bribon para concebirla! ¡Renuncio á ella, Dios mio! Quiero vivir y morir como un caballero... Con los poderosos seamos lo que ellos mismos son: con los pueblos imitemos sus virtudes.

Y aliviado con esta resolucion, asomó una sonrisa á sus labios, y volvió á cobrar la serenidad su semblante.

—¡Qué hermosa religion! dijo en voz alta, con entusiasmo, ¡qué idea tan sublime es el cristianismo! ¡tenemos para merecer una vida de algunos instantes, y el reino eterno de Dios por recompensa! En este mundo dueños de nuestra voluntad, en el otro tendremos que sufrir sus consecuencias. Aquí la materia, allí el espíritu. ¡Ah! conozco hoy que el amor, la abnegacion, el sacrificio son obras santas, y un preludio de la vida sin fin, que nadie puede evitar.

En estas disposiciones hallaron al señor de la Romana, Maquiavelo y el ciudadano de San Marino. Acercóse á ellos con una cordialidad que realzaba la ordinaria magestad de su porte, y no viendo con ellos á su hijo, manifestó su disgusto.

—Hubiera deseado que os acompañase, dijo: las cosas serias que oyen, sirven de profundo estudio á los jóvenes; pero puesto que nuestra hermana Lucrecia se ha apoderado de él, segun decis, señor Maquiavelo, aprovecharemos nosotros el tiempo. Sentaos, Marino Giangi, sen-

taos vos tambien, señor embajador de la señoría de Florencia: á mi me toca quedar en pie, porque las cosas que os voy á decir, merecen vuestra atencion, y á mí me agitan. Escuchadme: Roma es siempre la metrópoli del mundo, y á ella debo cuanto soy: al poder espiritual, á la fuerza de la palabra evangélica ha recurrido hoy mi brazo. La debilidad ó el egoismo de algunos papas han suscitado la incredulidad de los príncipes: se rien de las excomuniones; pero si conoceis la historia de Ildebrando, si sabeis cuantas luchas tuvo que sostener contra el emperador de Alemania Enrique IV, rey de romanos, podeis ver de que parte estaba y debia estar la autoridad, y si los rayos fulminados desde lo alto de la catedral de San Pedro son merecidos. El papa es infalible, porque habla en nombre de Dios. Pues que los príncipes y los poderosos en su ceguedad no se postran ya ante el anillo del pescador, pues que dan á los pueblos el funesto ejemplo de la insurreccion contra el poder, que solo puede sancionar su poder, caerán, y su orgullo será castigado, porque los pueblos son los instrumentos de la divina venganza. Necesita, pues, un ejército el soberano pontífice, yo soy el gefe de él. ¡La bandera de la Iglesia debe de ondear, por do quiera donde se alce en los aires el venerado signo de la cruz! ¡por do quiera á donde se reúnan los hombres para recibir la bendicion de un sacerdote! Marino Giangi, yo he subido al Titan, y he paseado mis miradas sobre la Romaña desde lo alto de la Guaita, y no he descubierto tierra alguna que no haya hecho sumision y rendido homenaje á la Santa Sede, escepto la roca que yo hollaba. Conozco el espíritu de vuestra república, sé apreciar la virtud de sus ciudadanos, yo quiero respetar sus instituciones, transmision de siglos; pero yo soy duque de Urbino, y aspiro á mi vez al honor de ser su protector y su protegido, á ser su aliado hasta tal punto, que no se haga nada sobre esa cima que no sienta yo, y que no apruebe las causas y sus efectos. La república de San Marino es respetada, el duque de Valentinois es temible: el nombre del uno debe añadirse al de la otra... Ya lo veis, hablo con sinceridad, aunque me acusan de ser muy disimulado, me esplico de un modo positivo.....

Una astuta y burlona sonrisa reprimida por la escrupulosa observancia de las conveniencias diplomáticas asomó á la fisonomía de Maquiavelo; pero en tanto que permanecía éste impassible, se levantó el ciudadano del Titan y dijo con tono brusco:

—En nosotros la libertad es la vida: la esclavitud es la muerte. Nada de sumision, nada de amo y señor: ved aquí mi respuesta, y otro tanto os dirán todos los ciudadanos de San Marino.

Aguardaba ya Valentinois esta enérgica y fiera indignacion y así no se mostró sorprendido de ella.

—Espliquémonos con calma, señor Marino Gangi, dijo con un aire de interesante benevolencia, ese es el medio que lleguemos á entendernos. El embajador de Florencia que participa de vuestros sentimientos, os lo dirá como yo... ¿No es así, Maquiavelo?

—Cuanto mas se discuten las cosas, mejor se entienden, respondió el florentino.

Valentinois prosiguió,

—Yo no sé que haya nada mas respetable en el mundo que la libertad: desgraciado el principe que intente destruirla cuando produzca los efectos que yo mismo he observado sobre el Titan. El incógnito que guarda el hombre poderoso tiene por objeto hacerle conocer frecuentemente la verdad, y la verdad debe de ser la compañera, la hermana de la libertad... ¿No es esto, Maquiavelo?... Me acuerdo que estando en Pisa hizo su entrada en ella el rey de Francia Cárlos VIII, y solo se oyó un grito en todo su tránsito, ¡libertad! ¡libertad! podría haberse oído desde Florencia. Y el rey como buen principe se sonreía á los gritos de los pisanos. Mi juventud se ha pasado en contacto de las santas cuestiones que suscita el amor de la libertad: esto se graba en la memoria. No podré olvidar que he luchado con Pico de Mirándola en griego, tomando por asunto la libertad de Roma... Os lo repito, Marino Gangi, yo no quiero atentar á las instituciones republicanas de San Marino. Siempre ha habido hombres que sirvan y otros que manden. Los hay que sirven mal de su grado, y otros de buena voluntad: los hay que se insurreccionan, y son reprimidos... Si para mantenerse un principe en sus estados no debe fundarse en la amistad de los estados rivales ó celosos: sino pudiese fiarse de las milicias auxiliares, de las tropas extranjeras, de los condottieri asalariados, puede emplearlos con éxito en conquistas, porque la guerra entonces alimenta la guerra... Yo me he presentado en la Romaña armado de franceses, con cajas llenas de oro para pagar á los suizos y á los mercenarios de todos los paises... Aun cuento muchos en mi ejército... Maquiavelo, vedme ahora á la cabeza de diez mil caballos, escribidlo á Florencia porque una alianza con ella es mi objeto, y me abandono á ella con toda lealtad... Señor Marino Gangi, tal vez ignorais que hay dos modos de combatir, el uno con las leyes, el otro con la fuerza. El primero es propio de los hombres, el otro nos es comun con las fieras. Pero cuando son impotentes las leyes, es preciso recurrir á la fuerza: un principe debe saber combatir con las dos clases de ar-

mas. Debe tomar las formas de la zorra y del leon. La primera se defiende mal contra el lobo, y el otro se deja coger facilmente en las redes que se le tienden. Es preciso, pues, del uno aprender á ser sagaz, y del otro á ser fuerte. ¿No es esto, Maquiavelo?... Señor Marino Giangi, las leyes de San Marino serán mis armas en San Marino: aunque la guerra sea santa y sagrada, cuando es necesaria, no es la guerra la que quiero yo llevar á la Guaita, es mi hijo, es Agosto, el hijo adoptivo de vuestros conciudadanos, el discípulo de vuestras instituciones. Es digno de vosotros y de mí. Los historiadores hacen mas aprecio de Hieron, simple ciudadano de Siracusa, que de Perseo rey de Macedonia; porque no faltaba á Hieron para ser principe sino el poder supremo, y Perseo no tenia de las cualidades de rey mas que el serlo. Nuestro hijo debe de ser un vínculo de amistad entre nosotros, que nada deberá romper... Agosto es el que me representará en la montaña. Júntese el Arringo, deliberen los ciudadanos sobre esto: ved aquí lo que os autorizo á proponer á nombre del soberano pontifice, á nombre del señor de la Romaña. Entre vosotros la muchedumbre es mas prudente que un principe, y sobre todo, mas constante. Hé aquí mis proposiciones, llevadlas al consejo. De un lado la paz, la proteccion del duque de la Romaña y su hijo como prenda de ella, bajo el nombre de gefe. Si yo no tuviese un hijo, diria á los hombres del Titan, elegid entre vosotros al mas justo, al mas virtuoso para que ejerza á nombre de César Borgia la influencia de su caracter y la autoridad que le habeis conferido... De otro lado, la guerra con sus horrores; una guerra de esterminio... Ahora, ciudadano del Titan, vos que habeis bajado de él para combatirme, volved á subir á él encargado de mis palabras, para hacerlas oir á hombres libres: sed mi embajador: es vuestra causa y no la mia, la que podreis defender. Pensad en que os doy mi sangre, mi sangre mezclada con la sangre de una hija de la montaña. Digase cuanto quiera, la prudencia humana tiene una gran parte en las cosas de este mundo: Dios al darnos el libre albedrío, nos ha dejado dueños de combatir á la Providencia, y de vencer el destino. Suceda lo que suceda, vosotros lo habeis resuelto.

Sin voz quedó Marino Giangi, al oir esta comunicacion: tan solemne habia sido el carácter con que le habia sido hecha en presencia del embajador de Florencia. Inclínose respetuosamente, y respondió que iba á transmitir á sus conciudadanos la proposicion del duque de la Romaña. Antes de salir, consultó con la vista al amigo de la montaña; empero el rostro de Maquiavelo permaneció tan mudo como su boca: á la entrada

del palacio halló una escolta de honor para acompañarle hasta las puertas de la ciudad.

—¿Estais contento de mí, embajador de la señoría? decidme, preguntó el duque en cuanto se vió solo con Maquiavelo: habeis estado llamado.

—¿Cree su excelencia que pueda yo olvidarme del carácter de que estoy revestido?

—Yo no es al embajador de Florencia al que hago asistir á esta importante entrevista, sino al amigo y al consejero en cierta ocasion, de la república del Titan.

—Tal vez me hubiese aprovechado de esta libertad que me da el duque de Romaña si lo hubiese sabido en tiempo útil.

—¿Qué hubierais dicho, pues, Maquiavelo?

—Hubiera dicho que no debe jamás dejarse establecer un desórden por huir una guerra, porque esta guerra no se evita y solo se difiere con desventaja del que la teme.

—¡Un desórden! ¿Pensais que mi hijo?...

—No, excelencia; yo hago al jóven Agosto toda la justicia que se merece. Pero el señor de la Romaña sabe que es preciso halagar ó destruir los hombres. Sabe que se vengan ofensas ligeras y que no pueden vengarse ofensas graves. La ofensa que se haga á un hombre debe de ser tal, que no se tema su venganza.

—Yo sé tambien, Maquiavelo, lo que los Ursinos ignoran, sé que es preciso no tocar á los hombres poderosos sino para matarlos. Tiempo vendrá, y gracias á vos que proyectais haceros el preceptor del poder, en que harán tales progresos los reyes en el arte de ejercer su oficio, que sabrán segun el proverbio, *desplumar la gallina sin que cacaree*.

—¿Pero piensa su excelencia, que los pueblos no aprenderán tambien su oficio de pueblo? Al menos con el objeto de enseñárselo quiero yo escribir.

—Bueno, yo os proporcionaré apuntes.

Inclinó la cabeza Maquiavelo, ¿era por ocultar una sonrisa?...

XXXIV.

En un espléndido festin, en las inmediaciones de Rimini y de Pé-saro, el duque de los Ursinos y los otros confederados habian recibido

de parte del duque y de su hermana, tantas muestras de benevolencia, que pudieron pensar y decirse entre sí al salir de la mesa todo lo que el vino inspiraba de franqueza.

—Nos ha burlado este hombre. El miedo de Spinelli ha abultado los objetos, doblado los números: nos temia. ¡Su alegría de haber hecho un tratado, era demasiado viva!

—Pero, decia el pronotario, mi hermano no ha ratificado nada.

—Afortunadamente el cardenal está ausente, añadía el gefe de los Ursinos.

—¡El papa tiene caprichos! decia en voz muy baja Antonio de Venafre.

—No esperéis nada por ese lado, replicaba el duque de los Ursinos, los ladrones se entienden en el reparto, y apostaría el valor de una villa á que su caja está viuda de cequíes. ¿No sabeis cuán pocos franceses le quedan al despurpurado?

—Han ido á reunirse con Nemours á quien el gran Gonzalo de Córdoba zurra grandemente por sus pecados y nuestra venganza.

—¡Amen!

—Menos alto, caballeros, decia Spinelli, porque Spinelli debía meter en todo su cucharada, nuestro huésped puede oiros.

—¡Ah! ¡se hará el sordo! Está demasiado contento con haber comprado la paz.

—¡La paz! mucha hambre habia de haber tenido de ella para hacerla en perjuicio suyo.

—Esa es una verdad, la justicia de nuestra causa ha triunfado de su orgullo, de los obstáculos.

—Silencio, aqui llega Borgia el astuto, Borgia el zorro.

—¡Mirad qué aire tan cortés, y qué amorosas ojeadas dirige á Lucrecia su digna hermana! quisiera que ese pobre Alfonso de Este estuviese en medio de nosotros.

Pasaba este alegre coloquio en el jardin del palacio, despues de beber, porque los criados de Valentinois habian recibido la orden de no escasear el vino: y el amo aprovechándose de estas disposiciones venia á hacerlas valer ventajosamente para su politica.

—¡Vive Dios, monseñor Valentinois que sois un digno huésped, exclamó el duque de los Ursinos, y que la paz que hemos firmado no puede menos de ser duradera con modales como los vuestros!

—Estamos encantados de oiros discurrir así, señor duque, respondió César Borgia con un tono de dignidad politica, pero fria, que debía turbar un poco el aplomo de aquella alegría. Hemos hecho cuanto estaba en

nuestro poder para recibiros bien. Pero si por mi parte el interés de mis súbditos, me obliga á continuar mis penosas, tareas por la vuestra debéis estar impaciente por llevar á vuestros confederados una paz que hemos concluido con las condiciones que habeis exigido. Mi amor á la concordia, mi obediencia á las órdenes del soberano pontífice han superado en esta circunstancia á todo cuanto podia serme puramente individual. Las ratificaciones no se harán sin duda aguardar mucho, al menos así debo creerlo. Sin embargo, pienso que es necesario una entrevista entre nosotros. Tenemos que arreglar los detalles de interés particular, relativos á los alistamientos militares. Estoy dispuesto á acudir al lugar que al efecto os parezca conveniente indicarme. En mi campamento si quereis... pero tal vez Oliveroto no se creeria seguro en él: Vitellozzo tambien podria temer mi resentimiento... Sin duda he sido ofendido; pero lo olvido, señores míos: la religion y no la necesidad me impone un deber de hacerlo... Vuestras tropas están en la Marca. Alejándolas de Fano, tal vez el cardenal de la Rovera querria conducir las á Sinigaglia, á esa señoría tan prontamente abandonada por el prefecto de Roma... ¿Quereis darme la hospitalidad en esa ciudad?... Yo tengo confianza, sé que se está bien en cualquier parte entre los aliados, en medio de sus fuerzas, bajo la bandera de Barones romanos. No os haré la injuria de vacilar un solo instante en ir allá. Vamos á enviar un correo para invitar á Vitellozzo á que venga á esta conferencia: nuestro correo se encargará de vuestros despachos.

Vueltos á su sangre fria los confederados por la importancia de estas palabras aceptaron en efecto, una cita que debia en apariencia terminar las diferencias, y saludando cada uno de ellos al señor de la Romaña y su hermana Lucrecia, pensaba aprovecharse hábilmente de las ventajas de su posicion si como lo proponia Borgia se esponia éste á venir en medio de ellos.

—El éxito corona todas las astucias, les dijo Antonio Venafre en cuanto se hubo retirado el duque: ¿no podemos obrar con el traidor, el usurpador, cual él tantas veces ha obrado con nosotros, y notablemente con Guidobaldo de Montefeltre? Su seguridad es un inesperado socorro de la Providencia. El tratado de paz no tendrá efecto sino despues de la ratificacion. No hemos firmado tregua alguna... Misterio, prudencia y la muerte del despurpurado nos vengará de todos sus crímenes.... Vamos, señores, á escribir á Vitellozzo, á comprometerle á que acepte la proposicion del bastardo. No hay picaro tan diestro que no se deje alguna vez coger en sus propias redes.

Valentinois al acompañar á Lucrecia á su aposento se sonreía con ella con ternura. Había en aquella sonrisa la espresion de la secreta tristeza de su alma y de la momentánea satisfaccion que le causaba el éxito de las negociaciones.

—Ved aquí, hermana mia, la dijo con melancólico tono, cual es nuestra raquítica vida de príncipe: esperanza, desengaños y nunca seguridad. Creía tener á la Rovera, y me traen otro en su lugar, un hombre leal, hermana mia, uno de esos hombres que pueden vivir sin peligro para nuestro poder. Se halla en camino para su montaña, va allí á llevar mi ley: y mi hijo desde lo alto de esa torre, guardará para mi la Romaña.... Y bien, ¿qué has hecho de nuestro jóven escudero, Lucrecia?

—Mi gallardo sobrino aguarda nuestra vuelta en su aposento. ¡Qué carácter tan noble tiene!

—¿No es verdad, hermana? Franqueza, energía, un poco de rusticidad tal vez, pero un corazón tan recto.

—¡Es un Borgia!.... Pero antes de hacerte oír un nombre que me es muy querido, permíteme, César mio, que una muger te dé un consejo: tú sabes que las mugeres tenemos el don del presentimiento. Los Ursinos te aborrecen: girás á esponder tu vida, metiéndote en medio de ellos?

—Iré, hermana mia: ¿no han estado ellos en mi poder? Escucha, Lucrecia, tu presencia causaba en otro tiempo placer, hoy produce pensamientos dulces y puros.

—¿Hablas de veras, César? ¡cuánto me envanezco de ello!

—Sí, tú me has hablado de virtud, y esta palabra ha resonado en mi alma. Yo te he visto feliz, vivir desprendida del agoviador pensamiento que nos rebaja sin cesar, y he querido imitarte. Veo la felicidad de mi porvenir.... Pero la política tiene exigencias terribles: vive de cosas positivas..... Tranquilízate; los confederados no podrán tramar nada contra su señor, que éste no lo tenga previsto.... y tu hermano no los teme.

—Te comprendo: tú eres el que los engañas.

—Hermana mia, un príncipe debe colocarse siempre en una situación, en que le sea posible perdonar ó castigar.

—¿Y ahora puedo hablarte de Astorre?

—Siempre.

—¿Le veré?

—Mañana.

—¿No han cambiado tus proyectos?

—Mis proyectos son los mismos.

—¿Y recibirás bien á Astorre?

—Lucrecia, estoy impaciente por conocerle: y si merece el sentimiento que le concede el duque de Romaña, estaré muy contento de verle en mi córte.

—¿Entonces, quieres que viva siempre en ella?

—¡Local! siempre apasionada, mañana, hermana mia.... mañana, puede que todo sea nuevo. ¿Te ama él tambien mucho?

—Me lo ha dicho una vez, y el corazon es crédulo cuando está enamorado.

—¿Pero y si la ausencia hubiese alterado su amor?

—¿Ha producido en mi semejante efecto?

—Hermana mia, es jóven.... muy jóven.

—¿Por qué quitarme una ilusion?

—Por que yo no puede apoyar esta intriga misteriosa, si no hay reciprocidad de sentimientos de una y otra parte.

—¡Intriga! ¿Por qué usas, César, esa palabra que me ofende? ¿No sabes que todo entre nosotros es puro, hasta el pensamiento? ¿No has comprendido que los sentidos nada pueden añadir á la felicidad de amarle?

—¡Oh! ¡sí, sí! Lucrecia, todo lo he comprendido.

Llegaban á la puerta del aposento, y al separarse de su hermana, apresuróse Valentinois á retirar su mano, que ésta habia cogido entre las suyas, para ocultarla el temblor involuntario que le agitaba.

—Agosto, sobrino mio, exclamó Lucrecia, el cielo me inspira una feliz idea. Es preciso que yo vea á Astorre: su porvenir, el mio, dependen de las impresiones que el duque debe recibir: es preciso que mi ternura le aconseje é inspire.

—Señora, la noche está próxima. Pero en el momento de ir á esa prision, siento una tristeza de que en vano busco la causa: por que Dios sabe cuanto deseo lo mismo que vos quereis....

—Niño ¿será preciso rogártelo?

—No, lo que necesito es ánimo, por que si se ofendiese el duque....

—Sus disposiciones son siempre benévolas. Mi hermano quiere tu felicidad, cual quiere la mia. Marcha.

—Voy corriendo.

—Detente.... aturdido. ¿Dónde quieres que él se reuna conmigo? ¿Dónde debo yo estar?... ¿Cerca de esa prision hay algun punto oculto?

—La noche estiende por todas partes su sombra: pero enfrente de la puerta he visto una grande encina.....

—Aguardaré debajo de la encina.

—¡Sola, señora, sola la duquesa de Ferrara!

—La muger que encuentra fuerzas en su corazon, y valor en su amor, puede ir sola.

—¡Pero de noche! espuesta á la brutalidad de la soldadesca! Don Ramiro temia por una muger pobre y anciana.

—¿Qué puedo yo temer, apoyada en el brazo de Astorre?

—¡Adios, pues, señora!

—¡Adios, Agosto! Tu recompensa te aguarda á la vuelta. Mañana yo, yo solo, quiero con la órden del soberano libertar un hijo querido.... Ven, que yo te bese en la frente, Agosto... Y bien, ¿por qué doblas las rodillas y juntas así las manos?....

—Porque despues de haber recibido una vez la bendicion de una muger.... era mi madre.... he podido salvar al duque de Romaña.

—Yo te bendigo, Agosto: salva al conde de Faenza.

—Dios lo quiere ahora, señora.

Salió lleno de un piadoso entusiasmo, y Lucrecia, llamando á la camarista, púsose un vestido sencillo, y con un santo recogimiento aguardó el momento de dirigirse hácia la Cattólica. Algunas de sus criadas y dos pages, debian acompañarla hasta los limites del campamento.

Durante este tiempo, por su parte el duque de Valentinois, se despojaba tambien del collar de San Miguel, y de su vestido de terciopelo, para sustituirlo con otro pardo, y el peto y cintura de búfalo. Desde su excursion sobre la montaña de San Marino, no habia vuelto á tener ocasion de ponerse aquel sencillo vestido, y en el espejo de Venecia, delante del cual le ayudaban á vestir sus camareros, parecia mirarse como un ser extraño á él mismo: y los sucesos que le recordaba aquel vestido renacian en su memoria, causándole una emocion indefinible, pues con él habia visto la primera vez á su hijo.

—¡El admiraba esta arma! pensó para sí en el momento en que un escudero le presentó el puñal que llevaba entonces en la cintura. Si, es el mismo, lo reconozco, y habia prometido regalárselo, cual prenda del sentimiento que debia unirnos. ¡Con que ánsia devoraban sus ojos esta arma!.... ¡Pobre jóven! ¡cuántas mudanzas en su vida! Su infancia, como la mia, se ha pasado en la oscuridad. Cual yo, vivió quince años sin pronunciar el nombre de su padre, y despues, de repente, siempre como yo, colmado de honores por la voluntad paterna, ha sido colocado en la cumbre del poder. Destino singular, extraña semejanza.... ¿Pero no he dado crédito en mi juventud á las predicciones de un astrólogo, que en-

gañaba mi credulidad? He creído que mi estrella.... Así me lo predijo.... Unía mi vida, á la vida de aquel á quien yo debía la vida, mi fortuna á la suya: y me ha predicho tambien que mi hijo, por que me pronosticó que tendria un hijo, ofrecería la misma conformidad de signos, debiendo nacer bajo la influencia de la misma constelacion.... Lenguaje impostor! ¡Mentirosa ciencia!.... ¿Pero no me ha dicho tambien el astrólogo, que mi padre me daría la muerte? ¿Y que yo no prolongaría mi existencia sino en las entrañas de un caballo vivo...? Todo esto ha dicho el digno sábio. Antes que el cardenal Borgia subiese al trono del apóstol, antes de que hubiese llegado yo á la edad de poder tener un hijo.... La casualidad sirve frecuentemente á los que pretenden leer en el porvenir de los astros, y tantas cosas suponen, que algunas siempre han de verificarse....

Ensayando sus modales delante del espejo, discurría así, y por un movimiento de vanidad satisfecha, olvidando lo pasado, sonreíase al contemplar su feliz porvenir.

Comenzaba á declinar el día; don Ramiro aguardaba con su impasibilidad ordinaria á que el duque, á las órdenes del cual habia acudido, le mandase echar á andar. Embozado en una capa bajo la cual acostumbraba ocultar su toga, cuando acompañaba á su amo en alguna expedicion secreta, ignoraba siempre hácia qué lado debian dirigirse sus pasos. Sin embargo, acabado de vestirse Valentinois, permanecía inmóvil. Habia enviado uno de sus gentiles-hombres á prevenir á su hermana que no se inquietase por su ausencia en aquella noche: el mensagero al cabo de algunos minutos habia vuelto á decirle que la duquesa de Ferrara acababa de salir de palacio, y esta circunstancia, tan poco importante en la apariencia, preocupaba su pensamiento.

—¿Dónde se habrá ido? se decía á si mismo. Sin duda con Agosto á pensar en el prisionero.... Necesitan las almas meditabundas parages solitarios: el ruido de la brisa, del acompasado canto de las olas del mar, agradan á la imaginacion de una muger; y en la forma de las nubes doradas por el sol poniente, encuentra fugitivas imágenes.... He ahí lo que ella me ha hecho comprender y que yo ignoraba.... Pero en tanto que ella se engaña con ilusiones, yo voy.... voy á saber.... Si, un no sé qué instintivo en mí existe, que no concibo y que quiero conocer.... Bien pronto estaré á su lado.... ¡Hola! don Ramiro, ¿ha usado nuestro escudero Agosto del derecho que le hemos conferido?

—Excelencia, el temor de esponer á la muger por quien se interesaba Agosto, y á la que queria hablar antes que se marchase, no han permiti-

tido que se la pusiese ayer en libertad, en medio de la noche. Pero he dado órdenes terminantes para que pueda entrar y salir libremente en la prision.... Sin duda en la impaciencia que mostraba ha puesto ya en libertad la prisionera.

—Basta, nuestro digno podestá. A la prision vamos á ir tambien nosotros.

Inclinóse Ramiro: Valentinois se embozó en su capa, echóse sobre los ojos un gran sombrero de fieltro, y el sol habia desaparecido ya enteramente del horizonte, cuando atravesó el campamento. Pero á la entrada, percibiendo un grupo de mugeres y de pages, pensó que su hermana se hallaba descansando de su paseo, y echó á andar con paso tan rápido, que al justicia mayor le costó gran trabajo seguirle.

XXXV.

Preceden siempre á los sucesos algunas secretas advertencias que no se saben interpretar. Agosto al dejar á la duquesa de Ferrara, contristado y oprimido el corazon sin motivo, encontró á Maquiavello, y el embajador florentino trató de detener sus pasos.

—Tenemos que hablar, señor escudero, le dijo; tengo que daros una noticia que os alegrará, y tengo, sobre todo, que haceros oir algunas verdades importantes que comprendereis, porque habeis vivido al contacto de la libertad, y amais las virtudes republicanas, y habeis gustado el reposo y felicidad que proporcionan.

—No me detengais, señor embajador, en este momento. Voy á llevar un mensaje de la duquesa. Siempre siento el mayor placer en oiros; pero si no se interesa en ello la vida de alguien, podríamos dejar para mañana esta conversacion, que podré comprender mejor no estando tan preocupado como estoy ahora.

—Si no conociese tan bien al jóven ciudadano del Titan, si no supiese cuánto ama las instituciones de su patria, concebiria sospechas de él al ver su turbacion.... Podria creer que estraviado por la fogosidad de su edad.... Vamos, noble Agosto, tranquilizaos. No se interesa solo la vida de uno en lo que voy á deciros, para preparar vuestra alma al porvenir que os destinan: si, no es la vida de uno solo, sino la de una nacion, la de vuestra madre adoptiva, la antigua y santa república de San Marino.

—¡Ah, señor! ¡de veras!... pero no, yo he dado mi palabra.... Mañana, señor embajador, iré á sentarme á vuestro lado, iré á recibir las lecciones de vuestra elocuente sabiduría.... ¡Oh! mañana tengo presentimiento de que mi alma recibirá una nueva luz.... ¡Patria mía! ¡mi querida montaña! siempre escucharé cuanto me hablen de ellas.

—Me escuchareis, porque hablaré de ellas.... pero no quiero ya deteneros mas, príncipe.

—¿Por qué me dais este título? ¿por qué vacilo en ir á donde iba?.... ¡Ved cuanta es la magia de los santos nombres que me recuerdan mi madre y mi infancia! Me estoy parado con vos y olvido que la duquesa de Ferrara.... Adios, señor Maquiavelo, adios; ¡mirad qué hermoso y apacible está el campo! ¡Cuán magestuosa es la puesta del sol!.... Sin embargo, los árboles están ya en parte despojados de sus hojas.... La naturaleza tiene sus estaciones, cuya marcha es regular; los hombres solos pasan sobre la tierra sin volver jamás á ella.

—Empero no es sin dejar una huella en pos de sí.... He ahí lo que os aconsejo que mediteis. El hombre útil produce sus frutos, Agosto.

—¡Qué no diese yo los míos!

—Vuestra infancia ha recibido un saludable rocío....

Quiso hablar el joven y no pudo; las lágrimas embargaron su voz, y se retiró sin responder.

Al llegar á la prision, se abrió la puerta. Don Ramiro habia dado órdenes terminantes. Todos saludaron á Agosto, y oprimido el corazón dijo se éste para sí:

—¡Se saluda á los muertos cuando pasan!

Al penetrar en el patio descubrió dos mugeres: la una era su madre, y á su vista recobró toda su energía, haciendo desaparecer de su corazón todos los vagos temores que exaltada su imaginación le presentaba hacia algunos momentos.

—¡Mi madre en una prision! exclamó mentalmente; ¡una ciudadana del Titan en la esclavitud! No, el duque no ha querido esto, y yo estoy encargado de reparar el error de sus agentes. En este rasgo reconozco á mi padre; cada día me ama mas. Escuchando un piadoso sentimiento de su alma, me ha encargado cumplir su voluntad.... Y la montaña está aquí inmediata.

Marina reconoció tambien á su hijo viéndole dirigirse hácia ella.

—¡El es, Zingana! dijo; es mi Agosto. Bien sabia yo que velaba por su madre.... ¿Ves su noble paso, su varonil belleza?....

—Veo tambien que con un gesto nos recomienda la prudencia.

—¿No ves cómo aleja de nosotros á esos carceleros sin entrañas?

—¡Silencio, Marina! ¿no me has dicho que el misterio protegía su vida y la tuya?

—Yo lo he dicho, lo he dicho, pero él manda aquí....

—Tal vez obedece. ¡Silencio!

—¡Oh, madre mia! dijo Agosto cuando pudo esta oírle: debía volveros á ver y ¡en un calabozo! ¡y cuando os vuelvo á ver no puedo cubriros de besos! ¡Madre mia, yo vengo á abriros la puerta que os impide volver á vuestra montaña! ¡Gemáis aquí, y yo os creía en mi patria, y os seguía allí con el pensamiento!.... ¡Ahora recuerdo que el eco de vuestra voz ha resonado en mi corazon, que os he oído pronunciar mi nombre!

—¿Hay otro acaso á todas horas en mi boca? Ven, querido mio, salgamos pronto de este lugar, que yo pueda llenarte de caricias: no bastan mis esfuerzos á contenerme....

—¿Salir? Yo no puedo hacerlo hoy, madre mia.

—¡Quedarte tú en este sepulcro, Agosto!

—¡No, madre querida, no! Una noche solo, una noche por amor de otra, para servir á una noble señora, para hacerme acreedor á las bondades que prodiga á vuestro hijo.

—Y bien, esta noche la pasaré á tu lado, en los brazos de mi hijo, en verle, en oírle.

—Bueno, madre, la libertad....

—Nada vale para mí sino participándola contigo.

—Pero tal vez es comprometer la esperanza de una noble señora, es despertar sospechas: yo debía poner en libertad una muger, vuestra compañera la Zingana.

—Ella es la que debe de salir libre. ¿La noble señora no tendrá mañana bastante influjo para hacer poner en libertad á una pobre muger á quien ningún cargo pueden hacer en esta tierra?

—¡Verdad es, buena madre!.... ¡Pero entre tanto esta noche estaremos separados por paredes! Debo de penetrar en un calabozo muy sombrío.

—No hay vigilancia por activa que sea, que no logre burlar mi amor. Además, nuestros guardas solo velan por miedo de que se escapen los presos. En lo interior de esta triste mansion no hay miradas que observen: cada cual vive como quiere. ¡Fuera del bien, todo es lícito aquí! ¿Quién se admiraría de ver á una muger seguir los pasos de un hombre de armas de Valentinois? Vamos, Zingana, quedas libre, la mano de mi hijo descorre tus cerrojos.

—¡Libre! y ¿qué haré yo de mi libertad? ¿á donde llevaré mi vejez? dijo la anciana. Desde que me han quitado mi mágico báculo estoy sin apoyo, no, hija del Titan! No quiero mi libertad sino con la tuya. No saldré de este lugar sino sostenida por tí. La cautividad ha matado mi alma y tengo necesidad de un brazo hasta el momento en que el espíritu venga á reanimar mi existencia.... La noche última me hallaba en este sitio cuando tú dormías, y me decía á mi misma mirando á la luna llena: este el tiempo en que el espíritu descende á iluminar mi mente, pero todo está ahora triste.... y no veo por donde andar. ¡La noche está clara como otras veces, empero muda! Si, yo nada oigo... sino el aullido de un perro, siniestro presagio!

Un involuntario terror se apoderó de nuevo de los sentidos de Agosto al oír estas palabras: asustóle la idea de separarse de su madre: y no halló ya obstáculos que oponer al proyecto que ésta habia concebido, y dirigiéndose á la vieja adivina la suplicó que se marchase.

—Lo haré, si tú así lo quieres, por amor de tu madre, respondió ésta.... Porque no eres ya el chiquitín de otras veces á quien hacia yo bailar sobre mis rodillas: hoy eres un hombre de hierro, y no se te engaña y separa de tus caprichos con una golosina.... adios, hijo del Titan, adios: te aguardaré en el camino de la montaña.

Volvió una tímida mirada, sobre la tierna madre, y á un gesto del escudero, el carcelero descorrió el temible cerrojo.

Presentando Agosto entonces una orden del duque, hizole abrir el calabozo del conde, porque aunque Ramiro en sus instrucciones no hubiese previsto esta circunstancia, no osaron negarle nada. Las atenciones que debían tener con el prisionero daban la certidumbre de que el conde de Astorre debía ser puesto en libertad: habíanle permitido pasar el día fuera de su cuarto, y aun ahora la puerta de su calabozo no estaba cerrada sino por un cerrojo echado por la parte de afuera, como las de los otros cuartos durante la noche.

Habia muy poca luz: era la hora en que de ordinario cada cual se retiraba á su calabozo: Marina pudo seguir los pasos de su hijo sin ser vista del carcelero que marchaba al lado de él y llegó á una pieza oscura que servía de entrada á este calabozo de lujo: retiróse el guía y quedó la madre en el colmo de todos sus deseos.

—¡Madre mia! dijo Agosto dejándose caer en sus brazos.

Al eco de estas palabras levantóse de la cama en que se hallaba echado el conde. El pálido crepúsculo de la noche que iluminaba aquel lugar, dejó ver la sorpresa sobre el apacible rostro del prisionero: pero

apresurándose á esplicarle los motivos de su nueva mision, Agosto se despojó de su armadura.

—Apresuráos, conde, le decia, la duquesa de Ferrara os aguarda á la entrada de esta mansion, debajo de la encina que hay en frente, sola: apresuráos, la oscuridad os favorece: caláos bien la visera, no digais mas que esta palabra: ¡abridme! es la única que he pronunciado. Id corriendo, os aguarda el amor: es decir, la felicidad.

Entonces disfrazado con los vestidos de Astorre ocupó su lugar, y habiendo hecho la señal para llamar al guarda, salió el conde de Faenza sin que nadie pudiese sospechar lo que acababa de suceder.

Por un lado Lucrecia con Astorre.... No los seguiremos, son felices y sería turbar su felicidad.... empero en el calabozo de la aldea de Catolica tambien habian quedado el amor y la felicidad! el amor maternal, la felicidad que un hijo gusta sobre el seno de su madre! en voz baja contaba Agosto á su madre, que le escuchaba con la mayor atencion, todas las ocupaciones de su nueva vida, y la madre á su vez le hacia la triste relacion de sus pesares.

—Ya están olvidados, hijo mio, decia, ahora que puedo enseñarte á todos dándote el dulce nombre de hijo. He merecido sin duda un castigo, debia sufrirlo: si, cuando lejos de la montaña natal, indigna de mi patria, cometí una falta: ya está espiada... Querido Agosto, tú puedes ahora hablar de tu padre, le he perdonado... la ternura que te profesa repara un olvido demasiado largo.... ¿Pero por qué te obstinas en guardar silencio cuando te pregunto qué posicion ocupas en la corte de Valentinois? ¿Por qué está en peligro mi vida permaneciendo en el campamento? ¿Hay algun misterio que yo no pueda penetrar, hijo mio? Era el estudiante Lenzoli, que destinaban á la iglesia, cuando su mentirosa boca me encontraba hermosa... ¿Cuál es su rango en la gerarquia de los guerreros, para que desprecie á una hija de San Marino? Pero yo soy hija de príncipe: tres veces mi padre fué gefe de un Estado libre, independiente!.... Y aun cuando tuviese un trono, ¿son mas que hombres los que inclinan su frente al peso de una corona?.... ¿Tú te callas?...

—¡Madre mia! madre mia!.... respeta mi silencio....

—¿Y quién es tambien ese prisionero que tú reemplazas aqui y que te debe su libertad?

—Astorre Manfredi; arrojado de sus estados por el duque de Valentinois.

—Y sin embargo, ¿es al lado de la hermana del traidor á donde iba?... Si, están juntos en este momento...

—¿Por qué ese tono de tristeza, hijo mio?

—¡Tristeza en los brazos de mi madre! Oh! nada puede turbar mi embriaguez.... Al presente yo sabré protegerte, volverás á subir sin riesgo á la montaña.

—¿A la montaña sin tí, Agosto? Sino has de volver á ella mas, déjame morir en esta prision: el aire que se respira en la patria es un veneno mortal, cuando no se tiene el corazon libre como ella.

—Volveré, madre, tengo esperanzas: volveré á orar sobre la tumba del piadoso fundador de nuestra república, para hacer cesar en ella esas largas divisiones que separan los ancianos de la juventud.... Verás á tu hijo realizar el gran pensamiento de la union entre todos los hombres, no solamente de familia á familia, sino tambien de ciudad á ciudad, de provincia á provincia, de nacion á nacion.... esa idea sublime de Dios al morir en la cruz!... Gozaremos sobre la cumbre del Titan de todas las dulzuras de la civilizacion: las artes y las letras encontrarán alli un palacio como en Florencia, como en Ferrara... Si, lo espero, y todo vive ya en mi espíritu por la voluntad de mi padre.

—¡Cuánto me envanezco al oirte de haberte llevado en mis entrañas!... Si, Agosto, vuelve á la montaña: alli serás rey, el primero entre tus iguales...

—Iré, madre mia, pero el sueño cierra ya mis párpados.

—Duerme en mis brazos, hijo mio, duerme: que un rayo de la luna ilumine tu rostro, que yo te vea! hace tanto tiempo que no tengo este consuelo!

Colocó la cabeza de Agosto sobre sus rodillas, y el jóven guardó silencio durante algunos instantes... Ay! era fuera del calabozo donde se lanzaba su pensamiento! su imaginacion le transportaba en pos de la duquesa de Ferrara!... Veíala sonreirse, oia su dulce voz... Empero un suspiro de su madre le hizo volver inmediatamente al lado de esta.

XXXVI.

Oculto en su ancho sombrero, envuelto en su capa, desembarazado el paso, el hombre poderoso á la faz del sol lo era tambien en la noche. Llevado por una idea bien fija no se distraia en vagos proyectos: y en medio de las tinieblas acompañado de Ramiro, los pensamientos que su hermana y su hijo habian suscitado en su alma, cesaron de sostenerle

con su influencia moral, y Satanás recobró su imperio. ¿Qué quería pues Cesar Borgia? ¿Qué habia resuelto con su firme voluntad?

El duque de Romaña llegó á la prision sin que su compañero hubiese turbado ni con una sola palabra sus meditaciones. Sin embargo, al descubrir á la luz de las antorchas al mudo confidente, al Ramiro sin voluntad, al hombre sin instinto de su esencia, tuvo Borgia un movimiento de disgusto y de horror, cual si desmintiendo de pronto sus pensamientos, hubiese contenido su boca una retractacion solemne, una piadosa y santa máxima: una palabra de contriccion: pero es inherente á la autoridad soberana el no retroceder jamás; parece que sea tan imposible á un principe el volverse atrás, como al espíritu humano el retrogradar: y tal vez porque es falible el director social, progresa la sociedad.

Borgia, en la bujia encendida que servia á los dependientes de la prision, parecia interrogar, lo que venia en semejantes horas á hacer en aquel sitio. Pero por una de esas combinaciones satánicas que envuelven en una red á los grandes, Ramiro en el ejercicio de sus funciones hacíase dar cuenta circunstanciada de los sucesos del dia, y estas palabras llegaban á los oídos del amo: «el escudero encargado del mensaje de su excelencia ha venido un poco antes de oscurecer: ha puesto en libertad á una prisionera: ha penetrado en el calabozo del conde Astorre y despues de un rato ha salido de él. Mas tarde la muger ha vuelto á la puerta de la prision y llamando, ha pedido volver á entrar en ella, por no verse espuesta á pasar una noche fria y sin abrigo.»

¿Está aun aqui? preguntó vivamente el duque.

—Mañana al amanecer se marchará, si otra orden no se opone á ello.

—¿Qué ha dicho?

—Ha dicho estas palabras: he querido marcharme y mis miembros se han opuesto á ello. No me dejeis sin asilo: la noche está muy fria. Mañana tendré tal vez fuerzas.

—¿No tienen piedad los habitantes de esta aldea?

—Ha preferido esta mansion, contestó el podestá, prueba de que no le va tan mal en ella.

—¿Y ahora duerme? preguntó el principe.

—En la cama en que su compañera estaba sola.

Valentinois, queriendo conservar el mas severo incógnito, hizo una señal á su agente y los dos se dirigieron solos hácia el calabozo.

Despedía la luna una claridad tan viva al atravesar el patio, que no

podía descubrirse la lámpara que en la mano llevaba Ramiro: llegaronse, pues, cerca de una muger que sola, con la mirada fija sobre la única estrella que brillaba en el cielo, hablaba en extraordinario lenguaje.

—La turbacion que me agita, decia esta, me anuncia la vuelta del espíritu. Leo... nada hay para mi oculto en el porvenir.

Borgia reconoció á la Zingana, y con un gesto impuso silencio á su compañero.

—¿Do está ella? ¿Do está la hija del Titan? mientras que yo estoy aqui: mientras que la duquesa de Ferrara se halla en los brazos de su querido... Todo duerme, todo está tranquilo, la luna está en su plenilunio: yo velo, aguardo al espíritu, y el espíritu viene á reanimar mi vejez.

Asomóse al rostro del príncipe una risa de compasion, empero el nombre de su hermana mezclado al de la madre de Agosto le hirió en el corazon. Púsose en marcha, y un estremecimiento inesplicable vino á apagar el ardor que hasta alli habia mostrado.

—¡La duquesa de Ferrara en los brazos de su querido! repitió en su pensamiento. ¡La bruja ha mentido! Astorre está durmiendo en la prision... y Lucrecia en palacio!... ¿Lucrecia?... hallábase fuera del campamento cuando yo ahora salia de él... condenacion! ¿si fuese juguete de los que amo? ¿si sus caricias no fuesen mas que para engañarme?...

Por un movimiento involuntario echó mano su puñal.

—Pero prosiguió, esa vieja está loca... Agosto ha vuelto al lado de mi hermana: ella aguarda el día de mañana con toda la impaciencia de la pasion. Ese mañana llegará para ella como para mí, como para todos; pero mi voluntad solo reinará mañana.

Antes de penetrar en el calabozo el duque mismo echó los cerrojos con tanta precaucion que el mas ligero ruido no turbó el silencio. Despues mandando á Ramiro que velase á la puerta, puso la luz en el suelo, atravesó en la oscuridad la primera pieza guiado por el rayo de la luna que iluminaba la estancia del prisionero, y deteniéndose sobrecogido de una estraña emocion aplicó el oido... Ningun sonido turbaba el silencio.

Duerme, pensó entre sí, está tranquilo y yo inquieto, con el corazon agitado vengo... vacilo... Esta Lucrecia lo ha querido. Yo vivia en paz conmigo mismo, feliz con mi ignorancia: no sabia nada de esta vida del corazon; me eran desconocidas las estrañas impresiones que ahora recibo... Ha sido preciso que abandonara á Ferrara, que me hablase de su

felicidad para turbar la mia... Y estoy en un calabozo temblando, al lado de mi víctima... En aquel momento rompió el silencio Agosto, y con una voz débil, con esa languidez que la tristeza y la soñolencia producian, porque á su edad es mas fuerte que las penas del corazon, pronunció estas palabras que respondian á sus pensamientos y á los de su madre.

—Si, tienes razon, la libertad es la felicidad.

Borgia escuchaba.

—La felicidad es vivir en los brazos del que se ama, ¿no es así, ángel mio? dijo á su vez Marina con una voz debilitada por la emocion.

—¡No está solo! díjose Borgia, no es un sueño que me engaña... ¡He oido bien! una muger ha hablado! una muger!... ¿Qué muger puede ser sino Lucrecia?

—Dulce pensamiento, dijo aun Agosto, Astorre es feliz al lado de la duquesa de Ferrara.

—¡Ella es!

—Los diamantes de la corona ducal no valen uno de estos abrazos.

—¡Ella es, no hay duda! Esta muger que entra y que sale... ¡Todo se explica, adivino la trama!... ¡Ah! Lucrecia! Ah! hija condenada de nuestro padre... ¿Ha olvidado ya la muerte del duque de Gandía?... Pero no se burlarán de mí como de un anciano... ¡Hélos ahí! los veo á los dos sobre esa cama...! los veo... gran Dios! son felices... felices con una embriaguez que jamás he sentido, que yo venia á buscar á su lado... Si, yo queria tambien uno de esos puros abrazos á costa de mi corona ducal... ¡Quería tambien estrechar la mano de un amigo! Quería ver en sus ojos la mirada de un amigo, queria sacarle de este calabozo donde se consume, y volverle todo el brillo de su fortuna... y sorprendo aqui la traicion. Mi corazon se subleva á esta idea... ¡Lucrecia! bajo un vil vestido! Lucrecia! olvidando su rango en un calabozo, á merced de groseros subalternos...

Quiso llevar la mano á su corazon, pero por un movimiento convulsivo se detuvo sobre su puñal.

—¡La amistad no puede existir para mí, se dijo, y al presente todas las ilusiones del amor están destruidas!...

Un sonoro beso se dejó oir, y Marina, al depositarlo sobre la frente de su hijo, le dijo:

—Duerme ahora, querido mio.

—La vida de este hombre, será, lo conozco, un suplicio para mí.

—Lucrecia me debe una sonrisa, dijo Agosto.

—Tengo sed de su sangre.... Espectro viviente, vendria cada hora de mi vida á atormentarme con un recuerdo. No.... ¡Soy príncipe!

—¡Duerme, duermel! volvió á decir aun su madre con dulcísima voz.

—¡Para no volver á despertarte mas! gritó Borgia con voz terrible.

Y lanzándose sobre el jóven, le hundió el puñal en el pecho, y dirigiéndose á la que creía su hermana, añadió:

—¡Caiga sobre tí su infame sangre!

—¡Espiro! dijo Agosto con voz moribunda.

Marina dió penetrantes gritos.

—¡Agosto! ¡Hijo mío! ¡Socorro!

Atraído por estos gritos, entró Ramiro en el calabozo, lo iluminó con la lámpara que llevaba en la mano: siguió sus pasos corriendo la Zingana.... Vinieron á contemplar esta escena de desesperacion.

—¡Un crimen, un crimen! dijo la adivina; ¡lo he presentido!

Y volviéndose hácia el justicia mayor, prosiguió:

—¡Verdugo! tú no has tenido el valor de herir tú mismo. ¡He ahí el hijo de tu amo! Los Borgias son asesinos por sí mismos. Los padres matan á los hijos, los hermanos matan á los hermanos en esta familia.

—¡Agosto! ¡hijo mío! exclamaba Marina arrancándose con desesperacion los cabellos.

—¡Madre mía! ¡madre mía! respondió el jóven tratando de reanimar un resto de vida, y abriendo sus apagados ojos.

Y sacando el puñal de su herida, lo contempló un momento: besó el puño que tenia la forma de una cruz, y añadió entregándosele á Ramiro:

—Esta arma me estaba destinada: volvédsela á vuestro amo, y decidle que bendigo al morir la mano que me ha herido.

Cayó sin fuerzas, y del hijo adoptivo de los ciudadanos de San Marino no quedó mas que un cadáver que la madre cubria de infinitos besos.

Embozado en su capa, encasquetado el sombrero en su cabeza, en el rincón mas oscuro del calabozo, asistia el duque al horroroso espectáculo del horror de una madre. El autor de aquel drama de desolacion, taciturno, sin ideas, presa de la mas completa agonía, estúpido, veía sin ver, escuchaba sin oír: ser degenerado, poderoso vulgar, príncipe en la acepción mas baja de la palabra, el genio habia abandonado su cerebro: dejaba caer la cabeza sobre su pecho, temblaba con todos sus miembros delante de un niño sin vida, delante de dos mugeres, delante del instrumento ordinario de sus venganzas: el infierno no le dejaba un momento de tregua; la sangre que corria siempre humeante era la suya; sentia el desfallecimiento, doblábanse sus rodillas, y la palabra de compasion deteníase sobre sus helados labios. Sin embargo, Ramiro sintió

en sí su compasión de verdugo: preguntó si era preciso matar á aquellas dos mugeres. César Borgia no respondió nada.

No podían apartarse sus miradas de aquella sangre que había vertido, la suya; en su oído vibraban aun las últimas palabras de su hijo espirando, y las predicciones del astrólogo, cual amenazadores espectros, se agitaban en su mente....

—Esa es tu obra, le decia una voz misteriosa: la muger que has seducido, el hijo que lisongeaba tu orgullo, ¡helos ahí bajo tu mano de príncipe! ¡Oh, hijo de Alejandro VI, hermano del duque de Gandía, sobre tu hermana Lucrecia querías verter la copa de tus festines! ¡La embriaguez seria dulce y la orgía sin pesares si el nombre de Astorre resonase bajo aquellas bóvedas! ¿Tú querías felicidad? ¡Pues bien, gózala, digno príncipe!.... ¡El hijo de Marina tenia el corazón noble y puro, amaba la libertad! ¡Gózate, pues, príncipe! ¿Por qué no sonries á las dulces proposiciones de tu justicia mayor, príncipe? ¿Por qué esa muda y sombría actitud? Esa no es la de los príncipes. ¡La sangre ha manchado tu capa, pero la sangre no aparece sobre la púrpura de los príncipes! ¡Vamos, despierta: la sangre no es nada, el espíritu solo es algo: deja esa muger republicana y vuelve á tu palacio de príncipe!

—¿Volver á él? se dijo Borgia: ¡Lucrecia respira allí en los brazos de Astorre!

Entonces, alejándose de aquel sepulcro, ordenó respetar el dolor de aquellas mugeres, ordenó que las permitiesen salir de la prision con el despojo del muerto.

—¡Muchísimas gracias, príncipe!!!

XXXVII.

El sol se mostró radiante como en los días precedentes, empero todo era ruido en el campamento de Valentinois. Relinchaban de impaciencia los caballos, resonaban las trompetas, los gefes en medio de sus oficiales daban órdenes, los soldados proferían impíos juramentos, y la gran bandera de púrpura en que se hallaba escrito este lema, *Aut César, aut nihil*, ondeaba á la entrada del campamento hácia la parte de Ancona: el duque de la Romaña abandonaba el antiguo palacio de Guido de Montefeltre, y se dirigía sobre Fano. Todos se preguntaban el motivo de

aquella repentina partida, pero nadie sabia lo que habia pasado en tan pocas horas.

Sin embargo, el canceller de Ferrara, Maquiavelo y el nuevo enviado de la señoría veneciana, habian ido al aposento del duque, empero ninguno podia penetrar ante su excelencia. Todos los rostros tenian un aire severo, el silencio reinaba en el interior del palacio, y los confidentes que salian de la presencia de su amo pálidos y temblando, anunciaron que el duque de Romaña no recibiría á los embajadores sino en Fano, á donde debian acudir. Pero Maquiavelo, á quien el favor que gozaba autorizaba intentar un nuevo esfuerzo, habiéndose quedado solo con Agapito, éste respondió á sus preguntas con un tono lacónico.

—La señoría de Florencia, le dijo Maquiavelo, está sinceramente unida á los intereses de su excelencia. El duque de la Romaña me ha dado muchas veces en presencia vuestra, pruebas de su estimacion: sabeis que tengo el honor de poseer algunos de sus secretos... ¿Qué ha pasado?

—Es un misterio impenetrable. En medio de la noche, el duque ha entrado en el cuarto de la duquesa de Ferrara, despues de haber hecho guardar todas las salidas: al cabo de algunos instantes, ha hecho llamar al obispo de Euna. Todas sus órdenes han sido dadas por escrito, y antes del amanecer, una escolta de cien hombres, conducia sobre el camino de Roma un caballero, el escudero Agosto. Otra escolta, está prevenida para acompañar á la duquesa de Este, que vuelve á Ferrara. Por lo demas, con nosotros no se ha ocupado el duque sino de asuntos de gobierno.

—Marcharé para Fano. ¿Sábese á que hora saldrá para alli el duque?

—No se ha dado aun ninguna orden sobre esto: el obispo de Euna vuelve á Rimini, con las funciones de gobernador. Don Ramiro seguirá al ejército.

No sacó luz alguna Maquiavelo de sus informes, y la brusca mudanza del humor de Valentinois, le hizo temer que su hijo hubiese incurrido en su cólera. Propúsose calmarla, sabiendo bien con que palabras habia de calmar el corazon de un padre.

En la antecámara del aposento de Valentinois, dos camareros hablaban en voz baja, y estos subalternos que saben ordinariamente todo, se preguntaban reciprocamente

—¿No sabes tú nada, Sabino?

—Nada, Español. La tempestad ha estallado sobre nuestras cabezas, mientras dormiamos, pero no ha herido á nadie.

—¡A nadie! Y nuestro pobre camarada Giovanni, que ha tenido la

torpeza de ver una mancha sobre el vestido de su excelencia, ¿dónde está ahora que don Ramiro le ha echado el guante? ¡Viva Jesus!

—Por eso me ha hecho quemar en su presencia, el justillo, el peto, la capa, el sombrero; ¡y cómo brillaba su mirada delante de las llamas!

—Pobres de nosotros, á quienes de justicia tocaba el desecho de ese buen vestido, que solo se ha puesto tres veces, porque la primera, era para trepar á esa roca, allá abajo.

—¡San Marino! Delante de esa montaña, permanece con los ojos clavados, ahora que está solo. Si tú le vieras, de pie derecho delante de la ventana, la vista fija, y yo creo.... ¡Dios me lo perdone! uno ve mas que lo que debe ver, cuando el sol da en la cara.... los lábios descoloridos, y trémulos.

—Pienso que la fiebre le devora lentamente, sin que quiera escuchar su médico: solamente abusa de su pocion ordinaria.... Tres veces ha tomado la dosis, esos calmantes le matarán.

—¡A él! Es de hierro.

—Pero no es así la señora Lucrecia, ¿sabes tú que se teme por sus días y que el obispo de Euna, que es un santo, ha venido á exhortarla en medio de la noche?.... En fin, está fuera de peligro, lo que me ha dicho un page.

—Ya ha enviado hoy tres mensajes, y ninguno ha sido admitido por su excelencia.

En aquel momento un nuevo mensajero de la duquesa de Este, venia á solicitar para ella una entrevista antes de su marcha; pero una seca negativa fué la única respuesta de Valentinois. Entonces el page se adelantó para poner entre sus manos un billete de su ama. Habia escrito en él con mano trémula algunas lineas. Borgia leyó en él estas palabras: *en nombre de nuestro padre, su vida por la mia*. Pero trazando en él esta respuesta: *rogad á Dios por los muertos*, despidió al page sin proferir una palabra.

A la mañana siguiente, revestido de una riquísima armadura empavonada de oro, el casco con un penacho de plumas de color de púrpura, con noble continente, la cabeza altiva, mirada firme y rostro frio, salió sobre un fogoso caballo del palacio de Fano, á donde habia llegado por la noche: acompañábanle todos los gefes del ejército. Atravesó las calles de la ciudad, en medio de las aclamaciones de los habitantes, marchaban delante de él los escuderos, arrojando monedas de plata al pueblo, y despues de haber pasado revista á sus tropas, volvió á palacio escitando el mas vivo entusiasmo en su tránsito.

—¡Viva el duque! gritaban de todas partes; ¡viva el príncipe!

—Si, pueblos, por todos los crímenes que vuestros vicios engendran, ¡viva el príncipe!

XXXVIII.

Cuando el duque de Romaña admitió en su presencia, en su palacio de Fano, al embajador de Florencia; Maquiavelo, á quien la inesplicable conducta del príncipe habia asombrado y tal vez humillado, en el fondo del corazon, llegaba con la secreta intencion de conocer el misterio que nadie habia aun podido penetrar. Habia preparado tan diestramente sus redes, y habia disfrazado de tal modo su adulacion, que se lisonjeaba con la esperanza de conseguirlo. Empero el hombre de estado, no habia aun reflexionado bastante, para apreciar el carácter de César Borgia, no habia aun escrito estas importantes líneas: «los príncipes no tienen otro medio de apartar los aduladores, que el de mostrarles que la verdad no puede ofenderles: empero si todos tuviesen la libertad de hablar alto, ¿qué sería del respeto debido á la magestad del soberano? Un príncipe prudente, debe tener un justo medio, eligiendo hombres sábios á quienes solo les dará la libertad de decirle la verdad, pero *únicamente sobre las cosas que pregunte*. Debe sin duda interrogarlos, oír su parecer sobre todo lo que le concierne, pero *determinar en seguida segun su propia opinion*, y conducirse de tal modo, que convenza á todo el mundo que cuanto mas libremente se le habla, mas se le agrada. *En cuanto á los demas* el príncipe no debe oírlos, pero seguir el camino que se hubiese trazado sin apartarse de él.»

Maquiavelo buscó desde luego en el porte del duque, algo que le indicase el lado débil, el flaco de la coraza. Jamás habia hallado en su continente mas aplomo, mas seguridad en sus miradas, mas tranquilidad en sus facciones, y cuando despues de las fórmulas ordinarias de respeto, usando del favor que el duque le habia concedido de decir la verdad, quiso comenzar su ataque por una de esas conversaciones mitad filosóficas, mitad politicas, que tanto gustaban al ex-cardenal, *el príncipe prudente* la hizo recaer *sobre las cosas que queria preguntar y únicamente sobre ellas*.

—Maquiavelo, le dijo, ¿no sabeis tal vez que yo tambien tengo la pretension de escribir? Es muy raro que una pequeña vanidad pueril, no

se apodere del alma de los que gobiernan: siempre pertenecen y tienen algun flaco de esa pobre naturaleza humana, tan miserable, tan insolente, tan necesitada: y ordinariamente tienen un flaco que nada puede justificar. Podria citaros el ejemplo de grandes reyes.... Es un camino que reserva el cielo, para dejar llegar al corazon de los poderosos la voz suplicante de los pequeños. ¿Pensais, Maquiavelo, que Dionisio de Siracusa hizo buenos versos?

A esta pregunta el embajador florentino creyó ver pendiente sobre su cabeza la espada de Damocles. La libertad de talento que manifestaba Borgia le asombraba mas y mas, y cuando iba á responderle continuó el duque:

—Tranquilizaos, no os someteré al tormento de que tengais que oir una lectura, señor embajador: esta cualidad no os permitiria ademas decir vuestra opinion.. En una obra literaria ¿haceis consistir el mérito en el pensamiento ó en la ejecucion?

—En las dos cosas.

—Yo creo que el pensamiento no debe sujetarse á reglas que son otras tantas barreras y trabas. Aristóteles que me hicieron estudiar en Pisa, y que tengo aun presente en mi memoria, hay momentos en que me ha parecido un frio pedante. El sentimiento que inspira el poeta debe producir todo á la vez y el pensamiento da la forma. Yo miro como una cosa mezquina la ley que obliga á un escritor á fundir su pensamiento en el molde comun comenzando de tal manera para concluir de tal otra, no dejando libertad sino para peripecias facticias. Las catástrofes que terminan siempre la obra que desenlazan los hilos del drama, no producen jamás el efecto que deberian producir porque son un fin, que por un hábito vulgar se cree que debe haber siempre, y que todo concluye en el mundo: nada concluye sin engendrar lo que le sigue. La catástrofe, objeto final del escritor, que os deja despues tranquilo, libre de vagar ó de dormir deberia de ser, sino el punto de partida, al menos el intermediario, la causa de los desarrollos humanos, el motivo de las observaciones filosóficas, el texto de poderosas palabras. Despues de los acontecimientos, es preciso juzgar á los hombres, es preciso apreciar sus discursos y sus acciones: entonces solo puede conocerseles. El cadáver no nos dice nada, nada nos puede enseñar. Asi la obra que se detiene en el momento en que hay grandes cosas que hacer valer, ¡es un cadáver! ¡nada mas que un cadáver! ¿Pareceis sorprendido, Maquiavelo? ¿Os asombra este lenguaje mio aqui, en Fano, cuando me he metido en medio de mis enemigos? Empero os hablo asi para mostrarme á vuestros

ojos tal como soy: un príncipe á quien su fuerza de voluntad sostiene á despecho de cuanto puede herirle en el corazón. El hombre corre frecuentemente tras de ilusiones; pero cuando es la expresión de una grande idea, vuelve la unidad que presenta á la misión que debe cumplir sobre la tierra porque su destino no es tal vez el de un hombre ordinario, y es preciso sufrir su destino... Volviendo á mi opinión sobre la poesía, una obra en tanto tiene mérito en cuanto instruye retratando la vida humana, por ejemplo, la de los hombres á quienes está confiada la dirección de los pueblos. En materia literaria solo lo que sirve al porvenir es digno de nuestra atención... Supongamos que en una epopeya, un padre, por una funesta equivocación se mancha con su propia sangre... Maquiavelo, ¿á quién compadeceríais al padre que sobrevive, ó al hijo que ya no existe?... ¿Sobre quién haríais resaltar el interés, sobre el que no tiene mas que comparecer ante Dios, ó sobre el que debe aun presentarse á los ojos de los hombres? Lo veis, todos los libros concluyen por donde debían comenzar. Deducir consecuencias de los hechos, sacar moralidad de los actos, es lo que debe hacer un escritor útil. Recordad que el Génesis comienza por estas palabras: Dios hizo el mundo en seis días.

Aunque habia larga materia para disputar, Maquiavelo aprobó todo; el diplomático habia comprendido al príncipe en esta ocasión. En las circunstancias en que se hallaba el duque y en su afectación en dar gravedad á cosas tan poco importantes para hombres que tienen en su mano las riendas de cosas positivas, no vió mas que un medio de evitar responder, pensando que habia sido adivinado, y lisonjeándose tal vez de ser temido. Maquiavelo resuelto á no soltar su presa, formuló su curiosidad de una manera bien clara y categórica.

—Si su excelencia gusta, dijo, en otra ocasión continuaremos hablando de esta materia porque hoy tengo que someterle consideraciones mas urgentes é importantes y le suplicaria se dignase escuchar.

El silencio de Borgia fué una especie de triunfo para el embajador florentino, y cobrando repentinamente fuerzas con él, prosiguió:

—Su excelencia ha abandonado bruscamente su campamento de la Cattólica. Se ha interpretado de diferentes maneras esta precipitada marcha y la de la duquesa de Este para Ferrara, y la del escudero Agosto para Roma, bajo buena escolta... Seria de temer, que en las cortes extranjeras interpreten bajo un falso punto de vista estas circunstancias: y yo que deseo presentar á su excelencia bajo el aspecto mas favorable á la señoría, vengo á suplicarle me dé las explicaciones que

guste... Tambien me será permitido interesarme en el porvenir de la república del Titan, en ausencia de su embajador natural...

—Sois muy generoso y os doy gracias, señor embajador. Correspondo al interés que os tomáis por mí, y os lo pagaré dándoos un consejo. Sois jóven aun, Maquiavelo: teneis en el corazon la noble ambicion de hacer fortuna sirviendo á vuestro pais como buen republicano; pero sabed que en la carrera que habeis comenzado con lucimiento en la córte de Francia y cerca de nuestra persona, la franqueza, otros dirian la audacia que acabáis de mostrar, puede tener dos resultados: la mas completa desgracia ó un favor sin límites. Voy á daros las esplicaciones que me habeis pedido. Cuando se envia á nuestro lado esos hombres que no tienen para representar su córte mas que el lujo de su persona y el esplendor de su nombre, se les dice únicamente lo que son capaces de comprender: la mentira se halla entonces sobre su propio terreno, se la siembra, germina, se desarrolla, y la diplomacia es el arte de engañar. Pero esto es muy mezquino, poco digno de mí, poco digno de vos. Los hombres necesitan la verdad, cuando saben oirla y decirla: y yo se la debo decir no al enviado de la señoría, sino al osado escritor que proyecta anatematizar los príncipes en interés de los pueblos... Yo estoy en Fano: mi hermana se halla al lado de Alfonso su marido, y Agosto mi hijo se halla delante del trono de Dios... Si, Maquiavelo, ese jóven que yo amaba, no existe, ha perecido... y la razon de todo esto, es que el príncipe es un hombre, es que tiene sus pasiones..... ¿Comprendeis ahora lo que yo queria deciros, la terrible epopeya que el poeta puede sacar de este suplicio de sobrevivir al que tanto se ama?... Agosto, víctima inocente, ha muerto delante de mis ojos: su última palabra fué un perdon, su vida entera fué la de un ángel..... Maquiavelo, el príncipe, Satanás por sus mas pequeños defectos, por sus puerilidades, por sus caprichos de muger, por su vacilante voluntad: el príncipe, Dios por el vigor de su pensamiento, por la firmeza de su genio, por la flaqueza de su querer, por la fuerza de su brazo: el príncipe está encima de los hombres para castigarlos, para impelerlos sin cesar en el camino que deben recorrer hácia el punto que deben llegar. Si, la república de San Marino, es una existencia dormida porque no ha tenido su príncipe..... En las repúblicas tan elogiadas, el príncipe figura alli por todas partes: en Florencia está en diez personas, en Venecia en su dux: aqui, en la aristocracia de los grandes, alli en la de los ricos, en otra parte accidentalmente en el motin popular... el príncipe está por todas partes, os digo, porque la autoridad es el mal necesario: contiene en sí el príncipe.

pio destructor que tiende á renovar todo sobre la tierra, purificándolo todo. ¿Dónde estaria la humanidad sin el mal? El principe la ha hecho marchar de Egipto á Grecia, de Grecia á Roma, de Roma á Francia. El principe, es el hombre indispensable, es la espada fulminante de la justicia divina. ¿Ahora escribireis á los magníficos señores de vuestra república, que un niño ha bajado al sepulcro porque su padre estuvo celoso de un bien que no estaba en su naturaleza poseer? ¿escribireis que la duquesa de Ferrara se ha vuelto allí como habia venido, muger enamorada sin otro objeto que un sentimiento individual? ¿escribireis lo que todo el mundo ignora, que bajo la armadura de mi hijo, un amante de mi hermana, cabalga hácia el castillo de Sant-Angelo? Creedme, no busqueis la causa frecuentemente imperceptible de los sucesos que trastornan el mundo. Yo he dado un paso, se estremece la Italia, es una noche sin sueño, una nada que va tal vez á cambiar la faz de todo. Después de los tristes sucesos, después del golpe que me priva de un hijo, después de haber visto á mi hermana desolada arrastrarse á mis pies, si fuera un hombre ordinario desfalleceria en una sombría desesperacion: principe, he blandido la espada, un ejército se ha puesto en marcha, y vos enviado de una nacion, habeis buscado largo tiempo en vano el motivo de mi conducta, y no debeis el saberlo sino á mi condescendencia... Todo lo sabeis.

Maquiavelo respondió:

—Su excelencia se ha confesado conmigo. Tendré la virtud del sacerdote. Lo que acabo de oir, me parece en efecto superior á inteligencias vulgares, y haré de ello el objeto de mis meditaciones. Pero el duque de la Romaña ¿no se espone un poco temerariamente en medio de los confederados?...

—Yo marchó á la cabeza de mi ejército.

—¿Pero debeis ir solo á Sinigaglia, al lado de los Vitellozzos, de los Oliverotos?

—¡Vive Dios! ¿Olvidais que soy principe? ¿qué temeis?

—Las conjuraciones.

—La historia está llena de ellas; ¿pero cuántas se cuentan que hayan triunfado? Además, ¿qué es una conspiracion? una asamblea como la de Magioni. Maquiavelo, nadie conspira solo, y aquellos con quienes se comparte los peligros de la empresa son descontentos que frecuentemente por el aliciente de una buena recompensa del mismo del quien tienen que quejarse, denuncian á los conjurados y hacen abortar su plan. Los que se han visto obligados á asociarse á la conjuracion, se hallan

entre la tentacion de una ganancia considerable y el temor de un gran peligro: de modo, que para guardar el secreto confiado, es preciso ó ser un amigo extraordinario, ó un enemigo irreconciliable del principe. Preguntad á mi secretario qué es una conjuracion y vereis como se echa á reir; preguntad á mi tesorero cuánto valen los conspiradores y os lo podrá decir á punto fijo. El principe no teme las conspiraciones cuando tiene el amor de su pueblo; pero tampoco le queda ningun recurso si llega á faltarle este apoyo. Contentar el pueblo y contemporizar con los grandes, he aqui la máxima de los que saben gobernar... Mañana marcharé para Sinigaglia, señor embajador, y no soy yo el que debe temer la entrevista que debe verificarse en esa ciudad.

XL.

Fano y Sinigaglia, escribe Maquiavelo (1) son dos ciudades de la Marca de Ancona, situadas sobre las orillas del mar Adriático distan entre sí cinco leguas. Los Vitelli y los Ursinos habian dado las órdenes necesarias para prepararlo todo y recibir al duque convenientemente: para colocar á su ejército habian distribuido sus soldados en diferentes fortalezas á los alrededores de Sinigaglia y no habian dejado en la ciudad sino á Oliveroto con su tropa compuesta de mil infantes y ciento cincuenta caballos.

Estando todo preparado, el duque de Valentinois se puso en marcha para Sinigaglia. Salieron á recibirle Vitellozzo, el duque Pagolo de los Ursinos y el duque de Gravina á caballo, saludándole con mucha cortesía, y siendo recibidos con aire risueño.

—Señores, dijo Valentinois, me encanta volveros á ver y recibir de vosotros la hospitalidad que antes os hemos dado: señores de los Ursinos, os saludo como antiguos amigos: Vitellozzo Vitelli, os doy gracias de haber venido á nuestro lado, á pesar de vuestros padecimientos.... porque no atribuimos sino á ellos el aire triste y preocupado de vuestro rostro.... Sentimos mucho no ver en medio de vosotros al cardenal de los Ursinos, y á nuestro feliz competidor el cardenal de San Pedro Advíncula. Pero, señores, contábamos con la presencia de Oliveroto.

(1) Del modo tenuto dal duca Valentino nello ammazzar Vitellozzo Vitelli, etc. Opera, t. III.

—Excelencia, dijo el duque de los Ursinos, Oliveroto ha quedado en la plaza de armas á la cabeza de sus tropas.

—Don Ramiro, replicó Borgia, id al lado de nuestro condottiero Oliveroto, y decidle que no es este el momento de tener sus tropas fuera de su cuartel, porque seria de temer que las mias, no teniendo nada que hacer, tratasen de apoderarse de él. Aconsejadle que las haga retirar y venga cerca de nuestra persona....

Hizo un gesto el duque, marchó el justicia mayor, y poco despues el gefe de armas se presentó á Valentinois, que se dirigió hácia el alojamiento que le tenian preparado.

El duque de la Romaña hallábase cubierto con la armadura, pero al entrar en la ciudad entregó su espada á uno de los que se hallaban á su lado: era Ramiro de Orco. A la mañana siguiente Maquiavelo escribia á su gobierno las cartas que vamos á copiar. Testigo ocular de los hechos, los refiere: es preciso dejar hablar al gran historiador.

MAGNIFICOS SEÑORES (4):

Os he escrito antes de ayer desde Pésaro lo que sabia sobre Sinigaglia. Me trasporté ayer á Fano. El duque ha salido esta mañana temprano y ha venido á esta ciudad, donde se encontraban los Ursinos y Vitellozzo. Le rodearon á su llegada, pero tan pronto como entró con ellos en Sinigaglia, volviéndose hácia su guardia, la dió la orden de arrestarlos y los hizo á todos prisioneros. La plaza está amenazada de saqueo. Estamos en una inquietud terrible. Son las seis de la tarde y no he podido encontrar á nadie que lleve la carta. Mi primera contendrá mas detalles. Dudo que los prisioneros vivan mañana. Sus tropas han sido tambien hechas prisioneras. Las circulares que escriben dicen que se ha cogido á los traidores, etc.

Entregareis tres ducados al portador de esta carta. Yo ya le he dado tres, que os suplico reembolseis á Biagio.

Sinigaglia, el último dia de diciembre de 1502.

NICOLAS MAQUIAVELO.

(4) Legacione al duca Valentino.

MAGNIFICOS SEÑORES:

Os he escrito ayer en dos cartas lo que habia pasado en Sinigaglia despues de la llegada del duque, y como habia arrestado á Pagolo de los Ursinos, al duque de Gravina, de la misma familia, Vitellozzo y Oliveroto. El primer despacho contenia sencillamente esta noticia: el segundo daba detalles particulares. Contaba en ellos la conversacion del duque conmigo y el juicio que formaba de este paso. Envié estas cartas con dos espresos, el uno de Urbino, mediante seis ducados, y el otro de Florencia, mediante tres. Debeis haberlas recibido, pero por si no fuese así, os referiré sumariamente los sucesos. El duque salió ayer mañana de Fano con todo su ejército para ir á Sinigaglia, que habia sido ocupada, á escepcion de su ciudadela, por los Ursinos y Oliveroto de Fermo. La vispera habia llegado alli desde Castello, Vitellozzo. Fueron los unos despues de los otros al encuentro del duque, entraron con él en la ciudad, y le acompañaron hasta su alojamiento. Cuando estuvieron en su aposento, el duque los hizo arrestar, mandó desarmar su infantería, que se hallaba en los arrabales, y envió la mitad de sus tropas para hacer otro tanto con los hombres de armas que se encontraban en algunos castillos á seis ó siete millas de Sinigaglia. Me hizo llamar en seguida, me manifestó con el aire mas sereno la alegría que le causaba el éxito de esta empresa de que dijo haberme hablado el dia anterior, pero no de una manera terminante, lo que era verdad. Esplicóse en seguida en términos muy sensatos, y lleno de afecto por nuestra ciudad, sobre los diversos motivos que le hacian desear vuestra alianza, deseo al que esperaba que correspondiéseis. Ha concluido por exigirme que hiciese tres invitaciones á su señoría: la primera que se congratulase con él de un suceso que hacia desaparecer los mortales enemigos del rey, de su excelencia, así como de nuestra república, y destruía todos los gérmenes de turbaciones y disensiones propias á devastar la Italia, servicio que debia escitar vuestro reconocimiento con respecto á él: la segunda rogaros le deis en esta circunstancia una prueba marcada de amistad, haciendo pasar vuestra caballería hácia Borgo, á fin de poder en caso de necesidad marchar con él sobre Castello ó sobre Perusa, camino que queria tomar sin dilacion, y que hubiera tomado desde ayer noche á no haber temido dejar á su salida espuesta Sinigaglia al pillage. Me reiteró sus instancias para obligarme á escribiros que os mostreis sin reserva

amigos suyos, no debiendo tener la menor inquietud y temor desde que veis á su excelencia con las armas en la mano, y presos á vuestros enemigos. Desea, en fin, que hagais arrestar al duque Guidobaldo si se refugiase desde Castello á vuestro territorio, al saber la prision de Vitellozzo. Yo le hecho presente que seria indigno de la república el entregárselo, y que jamás consentiriais en ello vosotros, y ha aprobado mi modo de pensar, dándose por satisfecho con que le detengais y no le pongais en libertad sin participárselo. He prometido á su excelencia comunicaros todo esto, de lo que aguardo respuesta.

Os he hecho notar ayer que muchas personas inteligentes de la ciudad me habian manifestado que deberiamos aprovechar la ocasion tan favorable que se nos presenta para mejorar nuestras relaciones. Todos están persuadidos que podemos contar con la Francia, y que seria muy oportuno enviar alli pronto uno de los ciudadanos mas distinguidos de la república. Si ese embajador llegase en los momentos presentes con proposiciones admisibles, seria muy bien acogido. Ved aqui lo que me han repetido personas muy celosas por nuestros intereses. Os lo transmito de nuevo con la fidelidad de que he tratado siempre de daros pruebas.

El duque ha hecho morir esta noche sobre las diez á Vitellozzo y á Oliveroto de Fermo. Se ha conservado la vida á los otros, aguardando probablemente á que se sepa si el papa tiene en su poder, como se cree, al cardenal de los Ursinos y á los demas que estaban en Roma. Entonces se decidirá de la suerte de todos á un mismo tiempo.

La ciudadela de Sinigaglia se ha rendido esta mañana al amanecer: así el duque se encuentra absolutamente dueño de esta plaza. Ha salido esta mañana y ha venido aqui con sus tropas. Es cierto que iremos de aqui hácia Castello ó Perusa. No se sabe si se adelantará hácia el lado de Siena. Recorrerá en seguida los alrededores de Roma, y para hacer entrar en orden todos los castillos de los Ursinos, se apoderará á viva fuerza de Bracciano, lo que facilitará sus demas expediciones. Permaneceremos aqui mañana, y pasado mañana nos pondremos en camino para ir á dormir en Sassoferrato. La estacion es malísima, como podeis conocer, para hacer la guerra. Dificilmente se concebirán las penalidades que sufre el ejército, y los que van en su comitiva. Es uno feliz cuando logra conseguir un alojamiento bajo techado.

Goro de Pistoia, enemigo y rebelde de esta ciudad, y que estaba con Vitellozzo, se halla ahora prisionero en manos de algunos españoles. Creo que lo entregarán á alguno de vuestros rectores, si quereis sacrifi-

car sobre unos doscientos escudos. Meditadlo, y comunicadme vuestras intenciones.

Corinaldi, 1.º de enero de 1503.

MAGNÍFICOS SEÑORES:

Os he repetido en mi última, lo que os escribia en mis dos anteriores desde Sinigaglia. Desearía que el portador de aquella la haya entregado en buen estado. Cuando sepais en medio de la confusion en que vivimos, disculpais mi tardanza. Los aldeanos se esconden, los soldados solo tratan de enriquecerse con el pillaje: los que están conmigo, no quieren separarse de mi lado, por miedo de ser victimas del latrocinio que reina en este pais; todo esto hace, que apenas encuentre persona alguna, que quiera encargarse de llevar mis despachos. He buscado un amigo, y le he ofrecido una buena recompensa, y asi y todo, no sé si podrá llevar esta carta y la de anoche, que es importante. Poco puedo añadir á lo que en ella os decia, hallándose aun el duque en Corinaldi. Hoy ha dado la paga á su infantería, que se halla á tres millas de aqui, y ponen en orden la artillería que se va á dirigir hácia Agobio, desde donde la enviará á Castello ó Perusa, segun crea mas á propósito. Yo he tenido hoy una entrevista, con uno de los principales personajes de esta corte. Despues de haberme reiterado una gran parte de las protestas amistosas del duque hácia nosotros, me ha dicho, hablándome de este último, que su excelencia habia hecho perecer á Vitellozo y Oliveroto, como á tiranos, asesinos y traidores; pero que queria conducir á Roma á Pagolo de los Ursinos, y al duque de Gravina, á fin de que se les procesase en toda forma, con los cardenales de los Ursinos y de la Rovera, que debian hallarse ya en poder del papa. Añadió, que la intencion del duque era quitar á los facciosos y á los tiranos, todas las tierras dependientes de la Iglesia, y devolvérselas al soberano pontífice, no reservándose mas que la Romaña; lo que debería merecerle el reconocimiento de Alejandro VI, que no seria asi esclavo de los Ursinos y de los Colonnas, cual lo habian sido sus predecesores. He creído daros parte de esta conferencia de que hará el uso conveniente vuestra sabiduría.

Corinaldi, 2 de enero de 1503.

Las ciudades de Castello y de Perusa, amagadas por las fuerzas de César Borgia, mandaron su sumision, y éste las puso en poder de la

Santa Sede. Faltábale solo verificar la expedición de Siena, cuyas puertas habia resuelto abrirse de grado ó por fuerza, resuelto á arrojar de allí á Pandolfo Petrucci, su enemigo capital, y uno de los miembros de la liga formada para despojarle de sus estados. Habia enviado á intimar á los sieneses que arrojasen ellos mismos al tirano, prometiéndoles su protección y evitándoles así la guerra.

XL.

Todo se hallaba sometido: habia cesado el pillage, y los soldados de Valentinois, despues del movimiento de descontento que habian experimentado por no tener los despojos de las tropas de Oliveroto, se habian recordado que César Borgia, mas poderoso que nunca, podia castigar sus motines. El asesino de Juan Togliani, el usurpador de Fermo, sufriendo tristes represalias, daba ahora sus cuentas con la cuerda al cuello: Vitellozzo no tenia mas traiciones que cometer. Pagolo de los Ursinos y el duque de Gravina, aguardaban en el castillo de la Pieve, á donde habian sido encerrados, á que se supiese que el papa habia hecho igualmente arrestar á los cardenales de los Ursinos y de la Rovera: aguardaban para ser estrangulados! Tal habia sido la justicia y la voluntad del príncipe. Los gefes de las tropas extranjeras, hallábanse mudos de asombro: aplaudian los condottieros, adulaban los cortesanos, y absteniáanse de presentarse al duque de la Romaña los enviados extranjeros.

En medio de este terror, Ramiro de Orco recorria tranquilo y reposado, en medio de sus esbirros, la ciudad de Sinigaglia, para enseñar á sus habitantes aquella temida toga, aquel signo de la alta jurisdicción de su nuevo dueño. Ejecutor de órdenes terribles, habíalas cumplido con una conciencia y humanidad raras. Habia escuchado todas las palabras de los pacientes, y cuando se habia presentado delante de Borgia para anunciarle la ejecucion de su buena voluntad, no olvidó transmitirle la súplica que Vitellozzo dirigia al papa, de que le concediese indulgencia plenaria por todos sus pecados. César, que se hallaba sentado en medio de su córte, descubrió su cabeza, y dijo: *Amen*.

Hallábase tan tranquilo y reposado el príncipe, que tan cruelmente habia castigado á traidores por una traicion. Recibia el homenaje y sumision de la señoría de Sinigaglia, de que acababa de apoderarse, sin

combates, por el terror de su nombre, por la sangre de los señores, y no á costa de la vida de los ciudadanos. Los escesos que no habia podido impedir, debian ser reparados, dió palabra de hacerlo; y el pueblo al llegar la noche, durmió tranquilo y reposado tambien.

¡La noche! ¿cómo pasó el príncipe estas horas silenciosas en su palacio de Sinigaglia? Durmió: el día habia sido muy cansado en medio de los homenajes de sus nuevos súbditos. ¿Pero no se despertó sobresaltado, agitado por el sueño? No, nada: solamente al despertarse, una muelle pereza le detuvo en su cama mas tiempo que de costumbre; y repasando en su pensamiento los sucesos de la víspera, los analizó con conciencia: y satisfechos los intereses de su ambicion, sintió un ligero estremecimiento: una idea importuna se deslizó en su corazon, pero apresurándose á llamar á sus secretarios, triunfó de la naturaleza.

—Agapito, dijo: es preciso enviar á los hombres de San Marino un comisario, encargado de entenderse con ellos y de representarme. La eleccion de sus magistrados deberá hacerse en mi nombre. Eso es todo cuanto exijo de la montaña.

Y añadió en su pensamiento: fué la cuna de mi hijo, es hoy su última morada, que mi poder la proteja!

Despues prosiguió:

—Cuando hayais hecho una eleccion, me presentareis al que juzgueis digno de semejante mision: yo mismo le daré sus instrucciones.

—Si lo aprueba su excelencia, Romolino cumplirá bien ese cargo.

—Sea Romolino: que lo llamen. Entre tanto, Spanochi, dadme cuenta de vuestros informes sobre los principales habitantes de esta ciudad.

—Ved aqui los documentos mas exactos que he podido procurarme.

—Dádmelos.

Tomó los papeles que le presentó el canciller, y los recorrió.

—«Pietro Dionigi, hombre integro:» Nos le creamos presidente del tribunal..... «Ludovico Charamonti, hombre de energía, amado de sus conciudadanos, pero adicto á Francisco de la Rovera:» Nos le nombramos comandante de la guardia urbana. «Francisco de la Rocca, anciano venerable, perseguido por la familia destronada, por motivos puramente personales:» Que sea gefe del consejo de la señoria. Nos consultaremos á estos nuevos magistrados, sobre las otras elecciones que hay que hacer..... Ahora, Spanochi, escribid: «Señor Spinelli, en recompensa de vuestros leales servicios, el duque de Romaña os gratifica con cien escudos de oro: teneis orden de no salir de vuestra casa de campo, sin su espreso permiso. Dado en Sinigaglia.....» Hareis entregar esa carta.....

Escribid todavía: «Monseñor obispo de Euna, don Ramiro de Orco, nuestro justicia mayor, os entregará en persona esta carta. Las crueldades de este ministro, han hecho frecuentemente murmurar á mis nuevas provincias. Nos deseamos, que no tengan en lo sucesivo motivo de queja. La paz y el orden que debeis establecer de una manera estable, tienen necesidad de una garantía, y quiero darla á mis buenos romañeses. En cuanto recibais la presente, mandareis dar muerte á don Ramiro de Orco....» ¿Por qué os deteneis, Spanochi? escribid, escribid, estas son mis órdenes mas terminantes.... «Ramiro de Orco, recibirá la muerte inmediatamente que hubiereis ordenado todo para la ejecucion de su justo castigo. Despues de lo que, hareis esponer su brazo derecho en la plaza pública de Imola, en la punta de un palo, con un cartel que contenga el nombre y los crímenes del ajusticiado: el brazo izquierdo, será espuesto en la plaza de Cesena del mismo modo, y la cabeza en Rimini del mismo modo. Tal es nuestra voluntad. En nuestro palacio de Sinigaglia.....» Dadme esa carta para firmarla.

Y con mano segura escribió estas palabras *Ne varietur*, despues firmó: Cesar Borgia, duque de Romaña, señor de Sinigaglia.

—Spanochi, dijo en seguida, sellad esa carta con nuestro sello grande.

En este momento entró Agapito conduciendo á Romolino. El duque, despues de una instruccion detallada de sus voluntades, añadió en voz baja nuevas órdenes.

—Hay en la montaña una muger: su nombre, María de la Penna, es respetada, porque todos vivieron sin mancha en su familia: será por parte tuya objeto de una particular atencion: sus deseos serán órdenes, y jamás deberá conocer ninguno de donde proceden estos favores especiales. Te serán entregados doscientos escudos de oro para erigir un sepulcro al hijo cuya muerte llora; y cada mes me escribirás tú una carta, á mí solo, en que me hablarás de ella. Tal vez no tendrás que escribir por mucho tiempo, porque su corazon maternal está herido de muerte. Ahora, vete.

Los gefes de armas, los enviados de las córtes estrangeras, los cortesanos, los principales ciudadanos de Sinigaglia, fueron admitidos á la presencia del duque despues.

—Os saludo, señores, dijo.

Agapito, presentó entonces á Francisco de la Rocca, nombrado gefe del consejo de la ciudad, inclinóse éste delante del duque, y dijo:

—Juro y prometo fidelidad al muy alto y poderoso príncipe, don Cé-

sar Borgia, duque de Romaña y de Valentinois, señor de Sinigaglia, como súbdito y como gefe del consejo de la ciudad.

Ludovico Chiamonti, repitió el mismo juramento, en su cualidad de comandante de la guardia urbana, y Dionigi, como presidente del tribunal.

—Señores, les dijo el duque, lo que bagais por mí, lo hareis por vosotros, y los vuestros. Los intereses de los súbditos, son siempre los del príncipe: cuento con vuestra adhesión.

Entonces llamando con voz fuerte á Ramiro, le dijo:

—¿Cuánto tiempo necesita nuestro digno podestá para ir á Rímíni?

—Menos de un día, excelencia, con buenos caballos.

—Marchad, pues, allí; ved una carta muy importante para el obispo de Euna, que os reemplaza momentáneamente como gobernador civil: os encargo que la entregueis en propia mano... don Ramiro, os va en ello la vida...

Graciosa era la sonrisa en los labios del príncipe. El justicia mayor, inclinó su cabeza, con su ordinaria tranquilidad.

—¿Dónde me he de reunir con su excelencia? dijo éste.

—Ese mensaje contiene la recompensa que os es debida.

Palpitó el corazón del hombre instrumento por la vez primera, porque él también tenía ambición, la de volver á ver la España, su patria, y se marchó bendiciendo al duque.

Volviéndose en seguida hácia los hombres de armas, les dijo el duque:

—Preparaos, señores, á marchar. Me aguardan en Roma, y tenemos unas cuentas que ajustar al tirano de Siena, Pandolfo Petrucci. Pasaremos por Perugia, si Dios quiere.

Después adelantóse hácia los embajadores, los saludó con aire cortés, diciendo una palabra á cada uno de ellos.

—¿Habeis tenido noticia de nuestra hermana Lucrecia, señor canciller? ¿Ha llevado feliz viage hasta Ferrara?... Me han avisado, conde Pigtigliano, que Guidobaldo se habia embarcado para volver á sus estados.

—Yo venia á haceros saber, que ha llegado ayer á la fortaleza de San Leo, contestó el diplomático.

—Bueno, añadió el duque, que se quede allí. Esa es una prision como cualquiera otra. Haremos de suerte que esté allí bien guardado... Después acercándose al embajador de Florencia, Maquiavelo, le dijo en voz baja:

—Reino en ese nido de águila de San Marino: lo que no ha podido

producir el oro y la fuerza de las armas, lo han hecho palabras afables y dulces.

—Excelencia, los pueblos son confiados, no abuseis de su virtud.

—¡Virtud! virtud! Esa es una palabra... como la del amor... Maquiavelo, yo solo creo en la sangre fría y en la fiebre... empero si mencionais alguna vez mis acciones en vuestro tratado del *Príncipe*, no olvideis mostrarlas como un ejemplo que deben seguir los reyes...

—Así debe ser, excelencia, cuando se escribe en interés de los pueblos.

XLI.

Sobre la antigua via Flaminia, ultraje indestructible de aquellos tiempos, en que la república romana no producía más que gigantes, no emprendía más que obras útiles: cerca de un cerrillo, aquel tal vez donde Cesar, ¡Julio Cesar! se detuvo para ver pasar sus legiones cuando marchaba contra Roma, hallábanse sentadas dos mugeres, silenciosas, con la cabeza caída sin fuerza sobre el pecho, pero con la vista vuelta á un mismo lado: contemplaban el objeto de su culto, el motivo de aquel mudo y profundo dolor, que sigue á la desesperacion, de aquel dolor sin término que sostiene el corazón de las madres. Sobre unas parihuelas, formadas con ramas de encina, rodeadas de esas hojas que resisten á los inviernos, debajo de una mortaja debida á la piedad de los pobres, yacía tendido Agosto, el hijo del duque de Romaña. Ofrecía su rostro la imagen de un tranquilo sueño; y las largas pestañas negras de sus ojos cerrados, su boca muda para siempre, revelaban la pureza de su vida sobre aquel pálido rostro, sobre aquella dormida frente.

—Vamos, Marina, ya el sol está bastante alto, y aun estamos lejos de la montaña... ¡Vamos, valor!

La Zingana, al concluir estas palabras, ayudóse de su báculo para ponerse en pié.

—Desde que me han quitado el báculo mágico, precioso regalo del Egipto, que me inició á mí, cristiana, hija de la Italia, en la ciencia de adivinar, no tengo ya fuerzas, y siento el peso de los años.

La madre desolada, no respondió, y permaneció inmóvil; entonces continuó la vieja:

—¡Yo era jóven, muy jóven! Dos hombres llegaron á la cabaña donde

habia nacido. El uno me dijo, mirándome con ternura: ¿quieres mi corazón? es tuyo; y llevaremos la vida de los felices de la tierra. Iremos á las ciudades en busca de placeres. El otro me dijo: ¿quieres mi corazón? es tuyo, y llevaremos la vida de los virtuosos de la tierra: permaneceremos en esta morada, para encontrar en ella la tranquilidad. Una voz secreta me dijo: hé ahí el bien, y he ahí el mal: elige. ¿Pero se sabe discernir, cuando se tiene un corazón que palpita, y ojos desvanecidos que miran sin ver? Para mí la vida no fué bien pronto mas que un arrepentimiento, ¡ay! ay! ¡el manantial de nuestras lágrimas se seca, y no mueren nuestros recuerdos!... ¡Vamos, Marina, levántate! Es preciso ponernos en camino: dos mugeres agoviadas por el dolor, no andan mucho con el peso que deben llevar...

Marina no oyó aun. Ocupada siempre con sus propios pesares, continuó la Zingana hablándose de nuevo á sí misma.

—¿Qué se quiere á esta edad que decide de la eternidad? Por que ahí comienza á hilarse en la rueca el estambre que es preciso continuar hilando hasta el fin.... Se quiere lo que brilla á los ojos, lo que lisongea la vanidad.... ¡Y bien, hija de la montaña; si el peso de tu pena es el cadáver de tu hijo, yo tambien llevo el mio! Bajo este grosero vestido oculto mas diamantes, mas perlas, mas rubies y zafiros que ostenta en un día de fiesta la hija de Alejandro VI, ú otras damas de alta condicion: ¡si! ¡entre dos trapos no se reflejan los tesoros, no tientan á las inocentes doncellas, y yo no duermo jamás sin que estos pedruscos de tan alto valor y precio no rompan mis viejos huesos! Y si alargó mi mano á los señores que cabalgan, ó si ellos me alargan la suya para conocer lo que no tienen el buen juicio de querer ignorar, tengo lágrimas en los ojos: ¡perlas son tambien, empero, á las miradas de Dios! Y la burlona sonrisa que contrae mis labios, es una imprecacion para el oído de Satanás, y yo los desprecio.... porque soy mas rica que ellos; porque he arruinado á los que me han perdido.... y arrastro estas inútiles riquezas á la morada del pobre, ó al chirivital de los criados, ó bajo la colgadura de terciopelo del poderoso desdeñando cuanto veo. ¡Podría si quisiese, tener un palacio con colgaduras de terciopelo y criados que me sirviesen!... ¡Podría cubrir de brillantes mis plateados cabellos, que fueron antes tan negros! ¡podría tener una litera que me llevase!... Vamos, Marina, echemos sobre nuestras espaldas ese pobre niño que han muerto.

Llegaron estas palabras al corazón de la madre; levantóse sin decir una palabra, pero en su pensamiento dirigió á Dios su alma una eloquente oracion.

En tanto que caminaban, la Zingana continuaba su murmullo, y de distancia en distancia repetía cual un conjuro estas palabras pronunciadas lentamente con solemnidad:

—¡Que no haya un sepulcro para quien le ha herido!... ¡Que su memoria sea maldita!... ¡Que caiga si se eleva!... ¡Que desaparezca su raza, y que Dios le devuelva en la eternidad todos cuantos dolores nos ha causado! ¡Amen!

Bien pronto vino á envolverlas una nube de polvo, é hirieron sus oídos el ruido de caballos.

—Detengámonos aun, replicó la vieja: dejemos pasar á esos caballeros.... los hombres que van en bandada están siempre dispuestos á cometer el mal, y delante de dos mugeres arrodilladas al lado de un muerto, inclinarán la cabeza y se santiguarán si no son malos creyentes.

Era una tropa de hombres armados. Relinchaban los caballos, y en medio de aquella escolta de honor, veíase una litera cerrada, con cortinas de gasa y de seda; mugeres, pages y caballeros, cabalgaban á su alrededor. De pronto oyóse un ruido terrible.

—¡Al diablo con el muerto! exclamó el jefe de la tropa. Las mugeres son supersticiosas, y la duquesa está ya demasiado melancólica....

Reinó de repente un gran tumulto entre las mugeres: detúvose la litera; la duquesa se hallaba desmayada.

—¡Al diablo con el muerto! volvió á decir de nuevo el jefe: vereis que todavía tendremos que quedarnos esta noche en Rimini.

Era Lucrecia: arrancada brutalmente de los brazos de Astorre, obedecía las órdenes de su hermano. Las lágrimas, los ruegos, no habían podido doblarle; y la política, el frío respeto que impone, las consideraciones del rango y del poder, cerraban aquella boca de amante: insensible, dejábase arrastrar, sus miradas se fijaban sobre el campo sin ver nada; su vago pensamiento no se detenía, no era bastante fuerte aun para sentir vivamente su desgracia. Empero al divisar en el camino el traje de la Zingana, salió de su languidez ¡ay! para reconocer el pálido rostro de Agosto en su mortaja. Ignorante de la suerte de aquel niño, su aspecto fué un golpe terrible. Penetró la verdad cual un relámpago por entre las nubes de su dolor, y los remordimientos la hicieron sentir su aguda y acerada punta.

Al volver en sí, la idea del crimen que ella había causado paralizó todos sus movimientos. Quiso ir á orar y llorar sobre el despojo mortal, pero volvió á caer sin fuerzas, y apenas pudo su boca dar la orden de que se aproximase la adivina.

—¡Señora! dijo la vieja en cuanto estuvo al lado de Lucrecia; ¡ved lo que han hecho de este hermoso niño! ¡Ved lo que ha sido de su pobre madre!.... ¿Qué crimen había cometido?.... Por vos iba á un calabozo, mensagero de amor.... y la muerte fué el premio de su sacrificio.... Pero el sacrificio no tiene recompensa en esta vida, y la otra es eterna, ¿no es así, señora?

Lucrecia hizo una señal con la cabeza; gruesas lágrimas corrian de sus ojos. La Zingana prosiguió.

—¡Sois tambien muy desgraciada!.... He ahí que estais insensible y sin voz como la pobre madre.... Pero Dios prueba tambien las débiles criaturas; es preciso valor.... ¡Que su matador no halle sepulcro! ¡Que su memoria sea maldita!.... ¡Que caiga si se eleva!.... ¡Que desaparezca su raza!....

—¡Perdon! ¡Perdon! exclamó Lucrecia.

—¡Y que Dios le devuelva en la eternidad todos los dolores que nos ha causado! ¡Amen!

—¡Perdon! dijo la duquesa: ¡eres anciana y maldices!

—Agosto será vengado.

—Las maldiciones de los pobres que van á abandonar la tierra, son la herencia que dejan á los ricos.

—¡Dios mio! exclamó Lucrecia juntando las manos: ¡perdon! ¡perdóname!

—¿Por qué luchais así conmigo, señora? Vuestro rango sobre la tierra no será visto del juez de lo alto. El impulso del corazon es lo único que aprecia, y si maldigo es porque tengo razones para aborrecer.

—¡Dios mio! ¡Perdóname! repitió Lucrecia con mas fervor: ¡perdóname como nosotros perdonamos!

—No creía que esas palabras pudiesen salir jamás de boca de los poderosos de la tierra.... ¡Ah, señora! ¡veo que sois muy desgraciada: es un sentimiento generoso el que puede elevaros hasta perdonar!....

—Muger, responde, ¿dónde llevais así ese cadáver?

—A San Marino, señora, para que descansa tranquilo donde ha vivido irrepreensible; para que su tumba esté cerca de su cuna; para que su madre pueda allí orar á todas las horas del día.

—Muger, toma este oro para cambiarlo por una piedra, por una cruz, por una flor para el sepulcro de Agosto.

—¡No, no: nada de oro, señora, nada de oro! pero sí una oracion y serán cumplidos vuestros deseos. El oro es Satanás: la oracion es Dios.

Nada de oro para el sepulcro del pobre: es un metal que atrae al demonio, aun cuando tenga una forma sagrada.

—¡Una oracion, muger! ¡yo la haré! ¡Adios: consuela á la madre!

—¡Adios, señora! ¡Animo, hija de Alejandro VII!

Lucrecia corrió las cortinas de su litera, y la escolta se puso en marcha. Por su parte, las pobres mugeres caminaron con su preciosa carga, y al pie de la montaña, dos ciudadanos de ella, que por sus negocios habian ido á Rimini, las ayudaron en las piadosas funciones que iban á llenar.

Sobre el Titan tañia la campana, no lentamente como para un funeral, sino con el rápido movimiento que anunciaba una convocacion general de los ciudadanos. Hallábase llena la gran plaza de gente: los jóvenes mezclados con los ancianos, y al lado de los magistrados, bajo la bandera nacional, á cuyo alrededor se hallaba formado el clero con las vestiduras sacerdotales, veíase á Marino Gangi.

Cual en la mar agitada, todo era ruido y ondulaciones en la muchedumbre. Algunas mugeres de luto llegaban con sus familias, y por todas partes se les abria libre paso: inclinábanse delante de este grupo formado de las viudas, de los huérfanos y de los padres de los que habian perecido en la escursion guerrera dirigida contra Valentinois. La desgracia les daba un derecho escepcional en todas las ceremonias, como tambien el de ser declarados pensionistas del estado.

Veíase en todos los rostros las disposiciones mas favorables á la concordia y á la union. En fin, dada la señal para reclamar silencio, dejóse oir la voz del magistrado: dió una cuenta circunstanciada de la expedicion, cuyo mando habia sido confiado á Marino Gangi. Este contó sencillamente como habia sido conducido á la presencia del duque de Valentinois: y despues de un corto preámbulo, dió parte de las proposiciones que habian sido hechas por el señor de la Romaña en favor de su hijo Agosto, hijo adoptivo de los ciudadanos.

Esta noticia escitó desde luego una gran sorpresa. ¡Agosto, el hijo de Marina della Penna, hijo del duque de la Romaña! pero habiendo pedido la palabra un anciano, restablecióse inmediatamente el silencio y escucharon religiosamente este discurso.

—Ciudadanos, lo que acaban de proponer al Arringo, es una voluntad estrangera, una órden dictada por un conquistador. El señor que nos proponen ha nacido en esta montaña, es el educando de nuestras instituciones; pero es un señor y jamás nuestros antepasados quisieron reconocer dominacion alguna, ni aun la que se trataba de imponerles á

nombre de Dios, por orden del soberano pontífice. ¿Habremos degenerado de tal modo de esta sublime independencia á que nos habian elevado los siglos que no podamos trasmitirla á los que vengan despues de nosotros, pura y santa cual nos fué trasmitida? Libres eran los compañeros de Marino, cuando alrededor suyo se juntaron para escuchar la palabra sagrada, para seguir sus piadosos ejemplos, libres cual las águilas que se mecian en el aire sobre sus cabezas. Libres han permanecido de siglo en siglo, todos los habitantes de este respetado monte. Nosotros hemos dado hospitalidad á reyes, y los duques de Urbino nos han protegido. Siempre hemos vencido en la balanza de nuestras relaciones con los señores extranjeros. Pero el tiempo, es verdad, hizo nacer en las almas nuevas pasiones: descuidáronse las antiguas y saludables costumbres: y la juventud sin esperiencia despreció los sábios consejos de la ancianidad. Los republicanos del Titan pudieron bien pronto juzgar por si mismos lo que valia la palabra de un príncipe. Borgia ha subido sobre nuestra roca para sembrar en ella disturbios, para robarnos un niño que no le pertenecia aun. Ahora, ciudadanos, ese niño no os pertenece ya. Acaban de decirnos, que su corazon, late siempre por la libertad y por la patria: ¿á qué esponernos sin motivo, sin necesidad, á lejanas traiciones? ¿A qué comprometer con un mal antecedente la independencia de la patria? Sabemos lo que ha producido en lo pasado la santidad de nuestras instituciones ¿sabemos acaso lo que producirá una innovacion que ataque su carácter sagrado? Pretenden que no podemos permanecer estacionarios, que es preciso marchar y salir de los estrechos límites que nos encierran como un rebaño. El rebaño, ciudadanos, tiene por pastor á su Dios: no se está encerrado en la altura en que estamos, no podemos caminar sin bajar. Y cuando se ha conseguido el objeto de las sociedades, cuando se posee la independencia y la felicidad, ¿á qué agitarse en el círculo que debe llevarnos siempre al mismo punto? Porque no tenemos necesidades, ¿somos acaso menos felices? Porque sabemos limitar nuestros deseos, ¿somos acaso pobres? Por que no tenemos influencia ninguna exterior, ¿estamos acaso sin seguridad?.... ¡No, no, nada de señores! Que Valentinois sea grande; pero que la república de San Marino permanezca virtuosa. El hijo de Alejandro VI desea plantar su bandera sobre la Guaita, eso no debe asombrar á nadie. El mismo ha visto nuestras virtudes y nuestro amor por nuestros amigos. Pero todos los pueblos, todos los siglos venideros con justicia se asombrarian de nuestra voluntaria sumision. ¡Un pueblo que ha sido libre, no puede obligarse á la esclavitud. ¿Por qué promesas, César Borgia, cuenta se-

ducirnos dándonos su hijo? Los desgraciados solos son los crédulos, los esclavos solos desean mudanzas; pero nosotros somos dichosos y libres, y dichosos porque somos libres. Que al ruego de Borgia irritado, el cielo nos ciegue, San Marino, entonces podrá odiar lo que hace su felicidad y desear lo que debe causar su pérdida; pero en tanto que veamos las calamidades que pesan sobre las señorías de la Italia y la tranquilidad que disfrutamos, debemos envanecernos y compadecerlos: debemos conservar las instituciones de la república cual lo mas sagrado que hay después de Dios... Se nos amenaza con la guerra, ciudadanos; empero ¿habéis cesado de ser hombres libres para temerla? ¿Nos faltan brazos y valor? La montaña ¿no está sobre la llanura? La cruz del Salvador, ¿no domina ya en la montaña? ¡La guerra antes que un Señor! Con la guerra hay probabilidad de victoria; con un señor no hay impulso para la libertad...

Un sordo y prolongado murmullo interrumpió al anciano; pero como no podia comprender el sentido de él redoblando sus esfuerzos, prosiguió:

—Yo sé como vosotros todas las garantías que pueden dar el caracter de Agosto: es hijo nuestro; empero que venga en medio de nosotros como ciudadano y no como gefe impuesto por el duque de la Romaña, y nosotros le veremos con alegría y con el tiempo podremos decretarle una recompensa si la merece. Aquí el derecho de mandar a nombre de la ley, no se adquiere sino por la obediencia a la ley.

Aplausos casi unánimes cubrieron la voz del orador. Entonces salió un joven de las filas y reclamó silencio; pero cuando iba a hablar, oyóse un grito, un grito de horror que se comunicaba de unos en otros, y se vió adelantarse lentamente a Marina, a su anciana compañera y a los ciudadanos que conducian el despojo de Agosto.

—¡Lo han muerto! decía la Zingana.

—¿Y cuál era su crimen? preguntaban.

—¿Qué crimen puede haber cometido un niño, un ciudadano del Títan? respondía ésta.

—¡Venganza! ¡venganza! gritaron de todas partes.

Llegados bajo la bandera, depositaron allí el muerto. La Zingana tomó la palabra, y mostrando a Marina, dijo:

—¡Respetad el dolor de una madre! ¡Ciudadanos, vuestro amigo amaba la libertad, vuestro hermano! ¡Y lo han muerto!

—¡Venganza! ¡venganza! repitieron.

Entonces Marina arrodillada, soltó la helada mano que besaba, y se levanto imponente.

—¡No, no, dijo: nada de venganza, sino una oracion y un perdon: Dios solo es el juez!

Produjeron estas palabras sobre la asamblea un efecto mágico. De repente, las campanas doblaron con fúnebre tañido, descubriéronse todas las cabezas y con piadoso recogimiento aquella poblacion entera repitió mentalmente la oracion de los muertos, que el clero recitó. Después, los magistrados disolvieron la asamblea ó Arringo. Podíase sobre la montaña aplazar una cuestion política para interesarse en una desgracia privada. Además, la muerte del jóven lo dejaba todo en suspenso. Maquiavelo hubiera tal vez dicho en estas circunstancias: la muerte es del partido de los pueblos, porque los pueblos no mueren nunca, y los que son llamados á reinar sobre ellos tienen sus dias contados.

A la mañana siguiente, al amanecer, comenzaron en la iglesia los cantos fúnebres. Habíase abierto cerca del sepulcro de los ciudadanos muertos por la patria, la sepultura del hijo de Marina. Hallábase abierto su atahud, y veíase en él el vestido de oro que habian hallado sobre él. Los magistrados llegaron á la cabeza del pueblo. Mudo era el dolor, nadie osaba gemir y llorar: antes de cerrar para siempre su sepulcro, un anciano hizo oír algunas palabras á nombre de sus conciudadanos, después la Zingana arrojando flores, pronunció lentamente su conjuro. Acabábase apenas cuando se presentó una muger éstrangera sostenida por otras dos mugeres: sus cabellos en desórden cubrian enteramente su rostro; sus pies descalzos hallábanse ensangrentados, su saco de grosero paño estaba ceñido alrededor de su cintura con una cuerda. Besó el velo de Marina é insensible á cuanto pasaba á su alrededor, oró con fervor, y se alejó en seguida, sin que se hubiese sabido quién era, sin que se tratase de saberlo.

La Zingana no abandonó ya mas la montaña. Marina ofreció un ejemplo de longevidad rara en aquel clima. Tenia mas de cien años cuando la llevaban aun al sepulcro de Agosto. El duque de la Romaña, dicen los historiadores, hizo perecer al conde Astorre en el castillo de Sant-Angelo; pero Voltaire es el único que esplica las razones. Voltaire para destruirlo todo, creia que todo le era permitido. Hoy pensamos que las verdades útiles son las únicas que deben presentarse desnudas.

Traducido por DON JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS DE 1855.

CARTA VII.

Señor don José Amador de los Ríos. Mi siempre querido amigo: constándome sobradamente que su cualidad de académico no le hace estar mal con nuestros antiguos refranes, principiare con uno, esta mi carta, última de las referentes á la esposicion universal. *El hombre propone y Dios dispone*. Todo lo que estas palabras tienen de consoladoras, cristianamente hablando, me es necesario hoy para aminorar el sentimiento que experimento al tener que sacrificar el propósito de darle detenida cuenta de los mas notables adelantos que la esposicion universal demuestra en la industria y en las artes. Por mil circunstancias que á nuestra vista le diré, tengo que precipitar mi viage, de modo, que el tiempo se me hace estremadamente corto, y para no sacrificar del todo mi plan, no pudiendo remitirle un estudio, mas ó menos acertado, tengo que contentarme con transcribirle los breves apuntes que he podido tomar y que debían servir para cumplir lo prometido; anudo, pues, el hilo de la narracion de mi anterior, y ya que hemos podido recorrer la parte española del *Palacio de la industria*, contentémonos, haciendo lo mismo con la de la *Galeria anexa*.

Ya indiqué á vd. cuán poco habia que esperar de la colocacion y aspecto

exterior de los objetos contenidos en este local. La malhadada cuestion, sobre ensanche de terreno, fué precisamente aqui, de modo que aunque nuestros buenos hermanos de Portugal, nos hicieron el favor de terminarla, cediéndonos su parte de galería alta, de la que necesitaban muy poco, con todo; la precipitacion presidió á casi todas las operaciones necesarias para aprovecharla y ¡es tan mala la precipitacion cuando no hay dinero para cubrir sus faltas con algun dorado barniz! pero... ¡oro y barniz!... Dios lo dé! Polvo y manchas si se quiere, que no podia menos de haberlas, tratándose de aceite y carbon, y faltas de ortografia en las notas y rótulos, lo cual era tambien preciso, cuando tanto catalan se oia hablar por todos lados: pero estos lunares, que al fin lo son, tal vez lleguen á redundar en beneficio, sinó de los espositores, pues de seguro no estarán contentos, al menos del pais que tan parco ha estado al enviar sus muestras al gran teatro de la competencia y que asi oculta algo su pobreza.

Dos órdenes de cosas echa de menos enalquiera que conozca á España, sus productos y el estado de su industria, en la Galería anexa. En primer lugar la falta de maquinaria y herramientas; en segundo la de los vinos y frutos de las provincias meridionales, que son precisamente las que mas contribuyen al gran renombre de que el pais goza en esta materia. La primera, ha sido atribuida, quizá con alguna razon, al carácter particular de nuestra naciente industria que necesita servirse de instrumentos extraños: yo sin embargo encuentro otro motivo mas plausible y que dice algo mas en favor de nuestros industriales y es que reconociendo, modestamente, su inferioridad, no pretenden luchar en ese terreno, sin embargo de que su fabricacion está, hasta cierto punto, á la altura de sus necesidades. Para apoyar esta opinion solo recordaré á Vd. el número y la importancia, respetable por cierto, de los establecimientos de fundicion y maquinaria que hoy cuenta España; añadiendo que todo lo que se encuentra en este género es un cañon de la fábrica de Truvia que, por cierto, atrae las miradas y provoca los elogios de los inteligentes; pero ni una máquina de vapor, ni una gran pieza de fundicion se deben á la industria particular que, sin embargo, como, con razon, hace observar un entendido critico francés, está suministrando la magnífica entubacion que requiere la grande obra para llevar á Madrid las aguas del Lozoya y da en Barcelona y otros puntos, no ya solamente máquinas á precios favorables para los barcos, sino tambien locomotoras para los ferro-carriles. La segunda, es decir, la falta de los productos de las provincias de Valencia, Murcia y Andalucía, se explica

tambien suficientemente, por la epidemia y la revolucion que han debido hacer sentir mas su influjo, relativamente á la esposicion, en aquellas localidades cuyas comunicaciones son mas dificiles con el vecino imperio.

Ya que incidentalmente he principiado citando la esposicion del Gobierno, y supuesto, tambien, que es lo mas notable que en este local figura, continuaré con ella, diciéndole á Vd., desde luego, que en esta parte, nuestros funcionarios son acreedores á los mayores elogios y nuestros cuerpos facultativos justifican sobradamente la preferencia con que, hace algun tiempo, se les mira: procediendo por antigüedad principiaremos por el de artilleria. La fábrica y fundicion de Truvia que este sirve y dirige, se ostenta, por sus productos, digna émula de las mas acreditadas del extranjero; recorriendo toda la escala de tan importante y dificil fabricacion, principia esponiendo mineral de hierro calcáreo, hierros fundidos, escorias de altos-hornos, ullas y cok, barros y ladrillos refractarios, y terminan con el mencionado cañon que es de á 32, aceros, herramientas de todas clases, una máquina para hacer balas para las carabinas rayadas y un hipo-celómetro. Como prueba de la facilidad y acierto con que funden el hierro, presentan dos retratos en bustos parecidisimos de SS. MM. la reina y el rey. Todos estos objetos son dignos de elogio, los unos por la inteligencia que ha presidido á su eleccion, los otros por el ingenio de sus mecanismos y lo perfecto de su acabado; ¡lástima que no haya habido tambien artilleros para dirigir su colocacion, formando algun bonito trofeo, como se ha hecho con sus similares los franceses! pero ¿á qué insistir en las faltas de colocacion? confio en que, á pesar de ellas, la ilustracion del jurado sabrá dar en la clasificacion relativa de los productos mejor lugar á los de la fábrica de Truvia que el que tienen en la *Galería anexa*. Del cuerpo de artilleria tambien se encuentran algunas muestras de mineral de azufre y azufre estraido de él procedentes de las cercanías de Albacete.

Los inspectores de minas de Madrid y de Murcia, han presentado, el primero muestras de magnesita, y el segundo de traquita utilizable para la fabricacion del alumbre: ambos productos son admirados por los inteligentes y hacen honor cuando menos, á la solicitud de los dichos ingenieros.

Una de las cosas mas notables que hay en toda la esposicion, apesar de su humilde aspecto, es nuestra coleccion de maderas de construccion. Seguramente hay otras de diferentes paises, que ofrecen mayor lucimiento, por la magnitud y el pulimento dado á las muestras, y la del

Canadá, en particular, se puede decir que es deslumbradora en su género; pero ninguna se encuentra presentada tan científicamente, permítaseme la espresion. La série de muestras sacada de los bosques de la corona, enriquecida y completada con las de los de Alicante, Córdoba y Villaviciosa, se presenta clasificada rigurosamente, segun el sistema de Linneo, y con una inteligencia que nada deja que desear, pues hace comprender al observador con una sola mirada, todo cuanto puede importarle en la materia; los trozos de tronco, cortados transversalmente, para poner en evidencia las diferentes capas y la calidad de la fibra. tienen despues una cala vertical que permite apreciar el veteado y demas cualidades: revestidos ademas de su corteza, se reconoce mejor cada especie, por muestras de las hojas y aun de las flores y de los frutos, que justifican la clasificacion anotada en una tarjeta: una coleccion de instrumentos del arte, acompaña y adorna esta esposicion.

Los ingenieros de minas de Zamora, de Almeria, de Linares y de Riotinto, presentan preciosas muestras: el primero, de minerales ferruginosos y de hierro estraido de ellos por conversion directa; los demas, ejemplares variados y ricos de minerales de plomo y cobre, y de ambos metales estraidos: el de Hiedelaencina, ofrece minerales de plata, y productos varios metalúrgicos; el de Valencia, presenta muestras de cal hidráulica del mejor aspecto y cuyas propiedades apreciará sin duda el jurado; tambien el ya citado de Zamora, ofrece barro refractario para altos hornos, de escelente calidad.

Para terminar digna y brillantemente lo que se refiere al gobierno español, me tomaré la libertad de citar á nuestra augusta Soberana, en cuyo nombre se presentan magnificas muestras de fina lana, procedente de los ganados del real patrimonio, que dan buen testimonio de la solitud con que mira este importante ramo de produccion, y nos hace esperar que con las envidiables condiciones de nuestro clima, y con tan alta proteccion, volverán nuestras lanas á adquirir la supremacia que, tanto por su abundancia como por su calidad, han gozado, durante tanto tiempo, en todos los mercados del mundo.

Como es natural, la esposicion de los particulares en la parte española de la *anewa*, es rica, principalmente en productos agrícolas y en materias primeras: una sola máquina me dijeron habia, y no me ha sido posible verla; pero sobre todo, las sociedades mineras han hecho gala de una actividad, que deberia elogiarse sin restricciones, si no se advirtiese tal vez, alguna segunda intencion en su afan de figurar. Solamente de ulla, he podido contar hasta ciento veinte muestras de todas clases

y calidades, alguna de las cuales da excelente cok, aplicable á las operaciones de la metalúrgia; en parecida proporcion, hay minerales de hierro, cobre, plomo, zinc, manganeso, plata y mercurio. Yo preguntaría ¿están en explotacion las minas todas, cuyos productos he visto allí? Mucho lo dudo; por lo demas la presentacion, hecha con tino é inteligencia, da una gran idea, no solamente de nuestra riqueza mineral, sino de lo que es mejor y mas positivo, de nuestros adelantos en el conocimiento de la ciencia y de los procedimientos de explotacion.

Los cereales que he encontrado, y que se deben en su mayor parte á las autoridades municipales de varios pueblos, en cumplimiento sin duda, de los mandatos del gobierno, no corresponden ni por su aspecto, ni por su variedad, á la riqueza bien conocida de nuestra produccion en este ramo: ignoro cuales serán sus condiciones de peso, y si merecerán, despues de probados y vista su aptitud á la panificacion, mas elogios de los que hoy se atraen, pero desde luego puedo asegurar, que se echa de menos al examinarlos, en primer lugar, las muestras de ese trigo racimal que tanto se propaga hoy en Andalucía, y que tan bien se multiplica; en segundo, una indicacion que acompañe á cada muestra, como las que se ven en los productos coloniales franceses, donde se veia el número de medidas, de producto, que se obtiene por cada igual de sembradura, cosa que debe tenerse muy en cuenta, al par que la calidad para juzgar del estado del cultivo en un pais, y esto es lo que aqui debe atenderse y premiarse. Debo hacer, tratando de cereales, una especial mencion del Instituto agricola catalan, que presenta los suyos con un cuidado especial: igual distincion merece por su coleccion de frutos; las harinas y almidones siguen, naturalmente, la suerte de los granos de donde proceden.

Los caldos, vinos, aceites, etc., están aun mas pobremente representados que los cereales. Únicamente las provincias catalanas puede decirse que han acudido al concurso; pero los malos envases dan á su exposicion tal aspecto de pobreza y confusion, que seguramente nadie diria al verla que aquello representaba la produccion del pais mas vinífero del mundo. Como le digo á vd., casi no se ven mas que vinos catalanes, y aun cuando por el catálogo se sabe que existe alguna que otra muestra de otras localidades, se las ha colocado detrás de aquellas, de modo que es inútil buscarlas; únicamente he podido ver una de nuestro celebrado vino de Málaga, que se debe al señor Rubio de Velazquez: y ciertamente que este señor es digno de elogio en doble concepto: primeramente por su patriotismo y noble anhelo, gracias al cual mi provincia no pasará

desapercibida en tan notable ocasion: en segundo lugar, por su oportunidad en presentar una muestra de ese vino blanco, color de topacio, claro y trasparente como la mas fina de esta clase de piedra, puro y sin mezcla de ningun género, que tanto por estas cualidades, como por su fuerza, su gusto especial y su exquisito aroma, es el que verdaderamente está destinado, en un porvenir cercano, á levantar la reputacion de los vinos malagueños á la altura que tuvieron hasta hace poco, y de la que han principiado á decaer por los malos métodos de confeccion. Nada quiero decir á vd. de los frutos; los pocos higos y uvas que han sido enviados han llegado en tan deplorable estado, que con razon los han puesto un tanto apartados de la vista; únicamente se ven con buen aspecto algunas muestras de aceitunas de Sevilla, que por su tamaño hacen detener á los transeuntes para admirarlas; y una caja de pasas de Málaga de la clase moscatel, que presenta la casa de don Eduardo Huelin, y que, como todas las que llevan esta acreditada marca, son de una calidad inmejorable y de hermosísima vista.

Los demas productos naturales que alli se encuentran, habas, habichuelas, altramuces, rubia, colza, higos chumbos, etc., etc., sirven para dar una idea de la infinita variedad de nuestras producciones agrícolas, y de la maravillosa aptitud de nuestro suelo para suministrar toda clase de semillas.

La parte industrial de la esposicion española de la anexa es tambien bastante escasa en su representacion. Una escepcion merecen, sin embargo, los productos quimicos, cuya importancia es grande por su número y calidad; tratándose, por ejemplo, de velas esteáricas, las tenemos de Sevilla, de Hernani, de Berlanga y de Barcelona; con mas, de tres distintas fabricas de Madrid. De estas últimas, la de Perla, es mas notable que ninguna otra, por la variedad de productos semejantes que ofrece, como son, bugías de la Estrella, fabricadas por saponificacion, otras de la Aurora, obtenidas por destilacion; materias vegetales destiladas, velas vegetales obtenidas por la misma destilacion; bugías y cirios de cera vegetal ó stearina de aceite de palma, fabricadas del mismo modo, ácido esteárico; jabones de la Estrella, hechos al vapor; jabones de oleina de palma y de oleina de aceite, y otros: ademas, como muestra de la importancia de este establecimiento, que fabrica tambien los elementos con que trabaja, presenta ácidos sulfúrico y azótico, de diferentes concentraciones.

La *Sociedad manchega industrial de Madrid*, concurre con sulfato de sosa, sacado, ya del sulfato de magnesia, ya de la sal comun; tam-

bien presenta sulfato de magnesia purificado, ácido azótico, ácido muriático y las materias primeras que sirven para la estraccion de estos productos. También los presentan muy variados los señores Cros, de Barcelona, Lopez Prebe, de Sevilla, la sociedad *Purísima Concepcion*, de Murcia, y finalmente, los señores Urgelles y Viñas, también de Barcelona.

En jabones, los he visto muy buenos de Alvarez, hijo, y Pinillos, de la Coruña, Jimenez, de Sevilla, Lizarbe, de Berlanga, y Gerar y Germain, de Barcelona; estos últimos fabricantes abrazan también el ramo de perfumeria: asimismo tenemos muestras, aunque ya mas inferiores, de papel, de objetos de goma y de cueros; á propósito de estos últimos, debo hacer especial mencion de dos fabricantes, á saber: el señor Vidal, de Barcelona, que presenta pieles de vaca y ternero charoladas para capotas de carruages y para calzado, de mucha solidez y lucimiento; pero sobre todo de don Salvador Roig, de Madrid, que ostenta en un aparador particular, una coleccion de tafiletes de todos colores de un aspecto que encanta. Es imposible pasar y no detenerse ante aquellas pieles que ofrecen todos los colores, desde los mas vivos hasta los mas delicados, comprendiendo todas las transiciones y matices, cuyo brillo y grano son tan notables y forman pliegues tan especiales, que hacen comprender desde luego una superioridad en tinte y curtido, muy marcada sobre todos los productos semejantes que allí he visto; posteriormente he sabido que el señor Roig fué premiado en la Exposicion de Londres.

De los demas ramos de industria me queda muy poco que decir; lo mas notable me parece ser un reloj de iglesia y unos aparatos para telegrafia eléctrica que presenta don T. de Miguel, de Madrid; pero hay también, de Barcelona, una máquina de telar y cardadores para las mismas de bastante mérito; asimismo y de la dicha ciudad, hay algunos buenos anteojos, pesos y balanzas modernos, contadores de gas, broncees de adorno y alguno que otro objeto de fundicion.

He terminado la enumeracion que me propuse hacer á vd. de lo mas notable que presenta la exposicion española en la *anexa*. Aquí, lo mismo que en el Palacio de la industria, falta una representacion, siquiera aproximada, de lo que es la produccion y la industria española en los ramos designados; pero sin embargo, tal como está, lo que hay, basta para comprender que nuestros adelantos industriales marchan hoy á paso de gigante. La actividad é inteligencia de nuestros cuerpos facultativos, la preferencia con que se ven tratadas ciertas materias, el gran desarrollo de

la fabricacion de productos químicos, etc., son todas señales inequívocas del grande ensanche á que propende nuestra industria y de lo brillante y sólido de un porvenir que descansa en tan estensa base; y si bien se consideran las circunstancias porque hemos atravesado mientras se preparaba la esposicion, con una revolucion reciente, con un cambio completo en el personal de los empleados y con un desquiciamiento general en la administracion de las provincias; si se piensa que lejos de verse invitados, como en Francia, los espositores españoles han encontrado obstáculos de toda clase para la remision de sus productos, sin medios de transporte, sin garantías, sin instrucciones de lo que les convenia hacer, é impresionados al mismo tiempo por una terrible epidemia que casi simultáneamente tenia invadidos todos los grandes centros industriales, no se podrá menos de admirar la conducta de los que han tenido suficiente teson, mas diré, bastante patriotismo para presentarse sin esperanzas de triunfo en el campo de batalla, únicamente por el honor del pabellon y para tener el derecho de volver á presentarse en otra igual solemnidad cuando las circunstancias sean mejores para probar fortuna.

Nada he dicho á Vd. de nuestras colonias por su escasa produccion industrial. Lo poco que de ellas figura se debe á la solicitud del gobierno: asi es, que la presentacion se ha hecho á nombre de las comisiones provinciales de la Habana y Puerto Rico. Como es natural, el tabaco es entre todo, lo que mas llama la atencion, tanto por la calidad, como por la buena elaboracion, y no tendrá vd. dificultad alguna en creer, que la superioridad, en absoluto, de estos productos es incontestable: lo mismo, casi se puede decir de los azúcares que presentan un envidiable aspecto; hay ademas muy buenas muestras de café, y lo que es mas, de excelente cacao de Puerto-Rico; vense, en fin, ademas de una buena coleccion de maderas finas para muebles, algunas curiosidades ú objetos raros, fabricados por los indígenas, como son: una silla de montar con sus correspondientes arreos, todo de palma, de Puerto-Rico y una gorra blanca de crin hecha en la Habana, cuyo tegido es de un trabajo admirable.

Creo dije á vd. pensaba darle alguna idea especial de la esposicion de nuestros vecinos de Portugal, que apesar de antiguas prevenciones bien amortiguadas hoy, gracias á Dios, (y que siempre han sido mas parecidas á quisquillas de hermanos que á verdaderos rencores), debe inspirar gran interés á todo buen español. Como quiera que, lo mismo en el mapa que en la historia, nos encontramos siempre juntos, no me

pareció sino muy natural ver sus productos al lado de los nuestros en el Palacio de la industria, lo mismo que en la *anexo*; escuso repetirle, que apenas podré dar á vd. de ellos una rápida enumeracion, como es lo que voy haciendo en todas estas cartas.

En el Palacio de la industria, la esposicion portuguesa se encuentra como dije, al lado de la nuestra; pero mucho mejor colocada, asi bajo el punto de vista del arreglo de los objetos como por el buen gusto y el tino con que están contruidos y adornados los aparadores. Lo primero que en ellos llama la atencion son las porcelanas ó chinas opacas de la fábrica de los señores Ferreira Pinto-Basto, en Vista Alegre cerca de Aveyro; de ella, se presentan piezas en todo género tanto para el uso diario de las casas, como para el adorno, ya en liso, ya con preciosos dibujos y colores; de un lado y otro de ellas se ven otras de trasparente cristal, notables ademas por la elegancia de sus formas; un poco mas allá se recrea la vista en una coleccion de figuritas de filigrana de plata, perfectamente trabajadas, y que representan en su mayor parte trages y costumbres populares.

De Evora han enviado multitud de muestras de maderas de lujo y de construccion, que creo gozan de justo renombre; rivalizan con ellas otras no menos preciosas enviadas por el señor Pareira Loulé, y para construcciones marítimas completan la coleccion, las llegadas á nombre del arsenal de Alentejo, entre las que, se cuentan, segun tengo entendido, muchas que provienen de las numerosas colonias que aun posee el Portugal, en Africa y en la India Portuguesa.

Como producto natural é industrial á la vez, presentan nuestros vecinos oro laminado de diferentes colores, cuyo aspecto deslumbrador fascina á mas de un codicioso que dificilmente calcularia, por su aspecto, el escaso valor real de tal materia, y como contraposicion figuran á su lado muestras de oscura piedra que lo tienen, quizá inmenso en un porvenir cercano; hablo de algunas muestras de excelente piedra litográfica, procedentes de una cantera descubierta en Coimbra en 1844 y que podria, si se explotase convenientemente, libertarnos de la dura precision en que hoy estamos, de proveernos de tan precioso artículo en algunos de los mas apartados confines de Alemania. Tambien es muy notable la rica y variada coleccion de mármoles que presentan con el necesario pulimento para hacerlos lucir, entre las cuales he podido admirar el famoso amarillo de Siena que alli únicamente se encuentra hoy.

Los paños de Portugal, sino se presentan muy notables por su tinte

y finura (habiéndolos, sin embargo, muy buenos) lo son, en extremo, por su baratura, que no es menos importante; lo hay hasta de á 8 reales vara que es el que sirve para el ejército y lo digo, porque diariamente tenemos ocasion de ver soldados portugueses y sabemos, que sus casacas no parecen inferiores á las de los militares de otros paises.

Como efectos de lujo, he podido ver calzado de señora en extremo variado y de suma elegancia en su forma: un poco mas allá piezas de encaje de hilo de la clase *Valenciennes* perfectamente trabajado y de precioso dibujo: tambien hay lindísimas flores contrahechas, que cuesta trabajo distinguir de las naturales; y en clase de objetos de adorno, trabajos en paja, corcho y médula ó corazon de higuera, de un efecto agradable y sorprendente, por lo nuevo.

Finalmente y para terminar con lo que en el Palacio de la industria se encuentra, hay que notar algunas piezas de alfarería comun de un señor Damazio que son sumamente ligeras y de muy poco precio; sillas y arcos para caballo de muy buena forma y esmerado trabajo, algunos regulares instrumentos quirúrgicos, y en joyería, piedras perfectamente engastadas por un señor Ribeiro.

En la *anexa* tienen los portugueses muestras bien presentadas de sus productos naturales, que son casi como los nuestros, de las que podrá Vd. formar idea diciéndole, que solamente en vinos y aceite presentan sesenta y cinco muestras de los primeros y sesenta del segundo. Pero lo que hace súmamente curiosa esta esposicion, son los productos de las numerosas colonias portuguesas que aun se sostienen en las regiones mas apartadas del globo, como son: los de Macao, en China; los de Solor y Timor, en la Oceanía; los de Goa y Damao, en la India; los de las islas del Cabo Verde, los de Santo Tomé y Principe, en el golfo de Guinea; los de Mozambique, Angola y Bengala, en Africa, etc., sin contar Madera y las Azores: el cuidado especial que el gobierno portugués ha tenido para el mejor lucimiento de su esposicion resalta en la presentacion de tan variados y raros productos, entre los que solamente le citaré las muestras del agave ó seda vegetal y las del cebo tambien vegetal de Mafarra, sustancias ambas, que la opinion general considera como de gran porvenir para la industria.

Ya que me he permitido esta pequeña correria fuera de nuestro territorio, séame lícito prolongarla hasta la América española, que no debe merecer menos nuestras simpatías que Portugal. No nos intimide, para ello la distancia, que en toda ocasion la cabeza sigue facilmente lo

que el corazón aficióna y esa raza española que anima nuestra misma sangre, que tiene nuestras mismas cualidades y cuyas familias llevan en su mayor parte, nombres escritos en nuestra historia con gloriosa aureola, los cuales son la mejor respuesta que podemos dar hoy á ese brutal sarcasmo con que las naciones preponderantes en Europa nos acusan de incapacidad, esa raza, repito, no puede nunca sernos indiferente.

De todas las potencias de la América Meridional, la república mejicana es la que primero ha traído sus productos á la esposicion: tal diligencia en medio de los horrores de la guerra civil, ha debido sorprender á todo el mundo y mucho mas cuando ha podido apreciarse la naturaleza de las cosas que presenta.

La seccion de minas, es naturalmente lo mas importante que entre ellas se ve; pero es tambien lo mejor que hay en su género en toda la esposicion. Solamente la coleccion mineralógica perfectamente clasificada que, por la escuela de minas de Méjico, presenta don Joaquin Velazquez de Leon, contiene cuarenta y tantas especies diversas de minerales, seguramente los mas ricos y curiosos del globo, ya en metales como en plata, oro, cobre, mercurio, zink, manganeso, hierro, plomo y estaño; ya en piedras preciosas como topacio, granate, kaolin, ágata, malaquita y otras; ademas de esta coleccion hay otras de varios departamentos, como son los de Veracruz, Puebla, Guanajuato, etc., ricas por sus mármoles y por alabastro de singular belleza. A estas siguen otras de maderas, entre las cuales hay una que cuenta doscientas doce especies, ya sean para construccion, ya para muebles ó ebanisteria y muchas en fin, de propiedades olorosas y tintoreras.

Despues de estos productos, hay otros muchos no menos notables por su valor, que por su calidad y abundancia. Todo lo que en Europa conocemos con el nombre de géneros coloniales, café, cacao, azúcar, especias de toda clase, etc., se encuentra representado de un modo importante; ademas hay hermosas muestras de añil de varias clases, de algodón y de tabaco: esto es lo que recuerdo como lo mas digno de mencion en cuanto á materias primeras, y por lo que respecta á la industria, si bien nada hay que pueda sorprendernos, debe sin embargo advertirse, que las muestras de tejidos de hilo, algodón y lana, asi como sus papeles, sus cueros curtidos, sus lozas y chinatas opacas, sus calzados y muebles, denotan un adelanto en toda clase de fabricacion que, á muy poco que se viera favorecido por las circunstancias, podria bastar para el consumo del país; y si se atiende á objetos de lujo, el landó de ceremonia,

presentado por el señor Vilson de Méjico, sostiene dignamente la competencia con la brillante carruageria francesa, entre la cual se encuentra colocado. Son dignas en fin, de especial atencion, ciertas industrias particulares del pais, en las cuales no tienen que temer competencia alguna: tales son el modelado en cera, con la cual hacen de tiempo inmemorial los mejicanos, figurillas representando costumbres populares y aun personajes idilicos, que ofrecen una verdad y animacion extraordinarias. La comision ha tenido la buena idea de aprovechar la habilidad de los artistas que las hacen, para presentar una multitud de facsimiles de las diferentes frutas, propias de aquel suelo, y que son poco conocidas en el nuestro. En el mismo caso se encuentran esos mantones de seda de un tejido particular que ignoro por qué, son de extraordinaria duracion y hacen graciosísimos pliegues; se conocen con el nombre de paños de rebozo y visten admirablemente. Lo mismo, en fin, debo decir de las sillas de caballo, arreos y guarniciones, hechos principalmente en cueros superiormente curtidos y admirablemente labrados. En suma, puede asegurarse que la esposicion mejicana es bastante completa y muy superior á cuanto de ella se habia dicho y se esperaba.

Los demas paises hispano-americanos, han sido menos diligentes que Méjico. Nada he encontrado de Chile, cosa estraña, sabiéndose el estado de prosperidad y adelanto que disfruta esta república; nada tampoco de Bolivia ni del Perú. La Nueva-Granada figura con algunos productos de valor, como son nácar, concha, carey, y diferentes clases de café, quina y vainilla; tambien presenta algunos productos minerales, aunque de escasa importancia; en cuanto á la fabricacion, únicamente figura en sombreros de jipi-japa ó Panamá, sobre los cuales básteme decirle que han sido considerados superiores á su reputacion y á su elevado precio. Los mismos ó semejantes productos presenta el Paraguay, aunque en menor escala. En cuanto á Buenos Aires, solamente ha enviado una regular coleccion mineralógica.

Tal es en globo el contingente de la esposicion hispano-americana, cuyo aspecto general, poco brillante para el gran valor de los objetos, da como una última idea de esa civilizacion española, dislocada por el torrente de las nuevas ideas y por los apóstoles anglo-sajones de otra civilizacion que, podrá estar mas de moda, lo concedo, pero que hasta ahora no es mas grande.

He terminado la ligera descripcion que le prometí, amigo mio, y ahora debí acremplender con el estudio; ya le he indicado las circuns-

tancias que me impiden hacerlo, ¿y quién sabe si tampoco alcanzarían mis fuerzas para ello? Me limitaré pues, á consignar en su obsequio, ya al terminar, alguna de esas impresiones de bulto, que todo el mundo ha experimentado al ver la esposicion.

En primer lugar, ella en si, es un inmenso adelanto. Hubiera podido temerse despues de la de Lóndres, que no siempre los productores se encontrasen dispuestos á concurrir, que el disgusto y la envidia de los no premiados, les hiciese reacios para encontrarse de nuevo en el gran campo de la competencia. Nada de eso: la mayor parte de los concurrentes á Lóndres, se han visto en París acompañados de otros muchos nuevos espositores, y algunos he visto que, con toda confianza se han dado cita al separarse, para dentro de cinco años en Viena ó donde se les llame.

Es evidente, que si se logra hacer periódicas estas magnificas reuniones, la economía política y la humanidad, habrán dado un paso inmenso; ya no será con cálculos é hipótesis como se juzgará la produccion de cada pueblo y la aptitud particular de sus habitantes, sino tocando y comparando sus obras; y esto conseguido, animados los gobiernos con ese espíritu de paz que mas clama mientras mas se prolonga la actual funesta lucha, será sumamente fácil llegar á entenderse, para ese soñado arreglo de produccion tan conveniente y provechoso para todos, nivelando por decirlo asi cada quinquenio la prosperidad de las naciones.

Una cuestion, la mas vital de todas, ha querido abordar la comision imperial, é ignoro si obtendrá algun éxito: hablo de la satisfaccion en las primeras necesidades del hombre, haciéndole mas fácil la obtencion de lo que para ellas se requiere. Por una disposicion reciente, se ha mandado habilitar una galeria, aparte, donde puedan competir *en baratura* los objetos mas necesarios para la vida. La galeria se ha visto concurrida, en efecto, con telas de todas clases: los paños principalmente han sido puestos en evidencia, habiéndolos, alemanes, ingleses, franceses y suizos que varian entre los precios de 3, 7 y 10 francos. Con razon, sin embargo, dudan algunos de la verdad de estos precios, que puede ser desfigurada por el calor de la competencia; asi es que, hasta hoy, la voz pública, á quien distingue, es á un fabricante inglés que por 10 francos proporciona un vestido completo, no de paño, sino de una especie de pana suave, de abrigo y de duracion, desmostrando, al mismo tiempo, que hace ya mucho, suministra dichos trages á corporaciones enteras de obreros que los encuentran muy de su gusto. Nada diré de los

tejidos de algodón para ropa interior cuyo bajo precio á nadie admira ya.

Pero si en ropa puede decirse que el pobre ha ganado mucho en estos últimos tiempos, no sucede lo mismo con la alimentacion. Las conservas de carnes saladas que alli he visto del Canadá y la América del Norte, es muy poco lo que pueden mejorar, por su precio, la suerte de nuestros pobres de Europa; sin embargo, cuando se piensa en la fabulosa produccion animal de algunas apartadas regiones como Buenos Aires por ejemplo, se siente renacer la esperanza de que muy pronto, mejorándose aun más los medios de trasporte, pueda verse una competencia que como la de ropas hoy, garantice mañana la subsistencia del hombre poco favorecido por la fortuna.

Por eso considero que el gran adelanto de nuestro siglo está principalmente representado en la Galeria anexa. Le veo sobre todo en esa enorme locomotora que, con poco mas combustible que el que otras consumen, promete andar sesenta legüas por hora; le veo tambien en esas hélices colosales que pronto darán impulso y harán fácil el movimiento de barcos que, cargando treinta mil toneladas, abastecerán de una vez, y con prodigiosa baratura, una poblacion de cien mil almas; le veo, en esos aparatos eléctricos que, anticipándose á la tempestad y á los huracanes, avisarán á tiempo al barco para que no se esponga y al labrador para que resguarde sus frutos; le veo, en esos nuevos procedimientos de cultivo, en esos abonos artificiales, en esos sistemas de drenage con los que se harán feraces y productivos los terrenos mas estériles; ¡cuánta y cuán consoladora esperanza! ¿Será posible que llegue algun dia la vida á ser verdaderamente fácil y agradable para todos? ¿se parará entonces la humanidad? no lo teman los amigos del progreso; basta para convencerse de ello salir de la anexa y entrar en el Palacio de la industria; alli esperan á uno ricos telas que encantan los ojos, libros admirables que exaltan la fantasia, muebles de lujo que escitan la codicia, instrumentos armoniosos que conmueven dulcemente el alma, y de todo este gran conjunto resulta un deseo de gozar que multiplica nuestras necesidades y es el mas seguro garante de la continuidad del adelanto; yo añadiré, sin temor, de la perfeccion humana; porque para mí, lo mismo por el precepto divino que por el convencimiento racional, no es el mas meritorio el que se priva de lo necesario, sino el que, á fuerza de trabajo, se sabe procurar lo superfluo.

¡Trabajo! ¡entidad soberana! ¿cuándo te se honrará como es debido?

perdone este desahogo, amigo mio, he querido tenerlo con vd. que tanto y tan elevado culto rinde á esta deidad para gloria de nuestras letras y que próximamente, segun me consta, se dispone á darnos uno de sus mas sabrosos y sazonados frutos (1). ¡Ojalá tenga vd. imitadores, como de seguro será honrado y enaltecido en un porvenir cercano! Tal es al menos el deseo de su amigo que ansía verlo.

Paris 23 de setiembre, 1855.

(1) Una historia critica de la literatura española.

MANUEL CASADO.

CRONICA LITERARIA.

Über die arabischen wörter im Spanischen (sobre las palabras arábigas que se hallan en la lengua castellana) por el baron Hammer-Purgstall. Viena, 1855.

Nuestra antigua literatura parece destinada en todos sus ramos á ser ilustrada y comentada por estudiosos extranjeros. Apenas hay departamento de ella que desde principios de este siglo no haya dado origen á trabajos mas ó menos exactos, mas ó menos oportunos, aunque siempre marcados del sello de la laboriosidad. Dejando á un lado nuestra historia nacional que como es notorio ha sido y es hoy día objeto de nuevas é importantes investigaciones, como lo prueban las obras de Romey, Rousseau de St. Hilaire, Ashbach, Prescott, Stirling, Mignet y otros que pudiéramos citar, nuestra poesia lírica y nuestro teatro antiguo, han hallado por do quiera eruditos comendadores y para que nada falte, hé aqui que un docto alemán emprende la difícil tarea de inventariar y explicar las infinitas voces arábigas que el roze y contacto con los moros invasores de nuestro suelo ha introducido é incrustado en nuestra habla castellana.

Empresa es esta que aunque acometida ya por varios filólogos no ha tenido hasta ahora el resultado que era de esperar, ya por la misma dificultad del asunto, ya porque los que de él se han ocupado no reunian ni con mucho los conocimientos para dicho fin indispensables. Asi es que los trabajos hechos hasta ahora no pasan de meros ensayos, en que si bien se fija la etimología y origen de muchas voces, se incluyen otras que ni por asomo pertenecen á la familia semítica. Otra falta muy grave se nota en todas las obras de este género: tal es la ausencia de textos ó citas para probar que tal ó tal palabra castellana tuvo real y efectivamente la significacion que se le atribuye, porque de nada aprovecha decir que *alatar*, *alcora*, *alfanques*, *anezmes*, *chulamo*, y otras son de-

rivadas del árabe, si no se demuestra que su significacion genuina ó trasladada es la misma que se les da y la que tenían ó tienen en árabe. Y no basta para ello un texto solo; las palabras de una lengua cambian de forma y de sentido y preciso es por lo tanto ir las siguiendo de siglo en siglo para fijar con exactitud su significacion. Este es el principal defecto en que han incurrido cuantos hasta ahora se han ocupado del asunto, sin hallarse tampoco exento de él el erudito y laborioso orientalista cuya obra nos proponemos examinar.

Varios son los trabajos de este género que desde principios del siglo XVI se han hecho, y algunos de los cuales han visto la luz pública. Los árabes primero, en los tiempos de su mayor prosperidad, y mas tarde los desgraciados moriscos introdujeron en nuestro idioma castellano tal copia de voces de su algarabía, que muchos de nuestros doctos escritores y filólogos sintieron la necesidad de declararlas y explicarlas; así es que los editores del Diccionario de Nebrija hubieron de valerse de un tal Urrea, morisco converso, del racionero Francisco Lopez Tamarid, y de Alonso del Castillo; como mas tarde Aldrete y Covarrubias aprovechaban los conocimientos filológicos de un padre Guadix, de quien no sabemos mas sino que compuso un diccionario árabe-español que no llegó á imprimirse. En 1623 John Minshew, un judío de Londres y profesor de idiomas en aquella capital, publicaba un diccionario inglés y castellano, al fin del cual imprimía para enseñanza y aprovechamiento de sus discípulos una lista bastante extensa de voces castellanas que en su sentir eran de origen árabe. En 1789 el portugués Antonio Vieyra, catedrático de lenguas orientales de la Universidad de Dublin, daba á luz su *Etymologicum magnum* con una lista de voces latinas, francesas, inglesas é italianas derivadas del árabe, persa y otras lenguas orientales, juntamente con otra tabla mas extensa y copiosa de las castellanas y portuguesas que tienen igual origen. Siguióle de cerca otro escritor y orientalista, tambien portugués, llamado Fr. Joáo de Sousa el cual compuso un diccionario de voces portuguesas y algunas castellanas que se deriban del árabe, y lo imprimió en 1796 con el título de *Vestigios da lingua arabica em Portugal*. Por último, en 1810 el inglés Weston, publicó en Londres un catálogo de las voces castellanas y portuguesas que traen su origen del árabe, precedido de un bosquejo de la historia de España desde la batalla de Guadalete hasta la expulsion de los moriscos, y seguido de varias cartas y documentos diplomáticos de la India portuguesa; pero Weston hizo poco mas que reproducir el trabajo de Sousa y extraer ademas lo que éste habia dicho en sus *Documentos árabicos para la historia portuguesa, copiados dos originales da Torre do Tombo* (Lisboa 1790, 8.^o). El trabajo del Sr. Marina inserto en el tomo IV de las *Memoorias de la Real Academia de la Historia*, es justamente apreciado de los eruditos y demasiado conocido para que nos detengamos á examinarlo. No contiene ni con mucho todas las voces de origen árabe que hay en nuestra lengua; algunas de ellas no tienen la etimología que allí se las señala, y no pocas son tomadas del latin y de otros idiomas; pero así y con todo es un trabajo muy apreciable y que goza de bastante crédito entre los eruditos.

Desde Marina acá no sabemos que se haya hecho otro trabajo, si exceptuamos unas treinta voces de trages y vestidos que Mr. Dozy explica en su reciente *Dictionnaire détaillé des noms des vetemens chez les arabes* (Amsterdam, 1845, 8.^o); pero este escritor á quien seria injusto negar laboriosidad, y vasta erudicion, peca á veces por demasiada ligereza é incurre en errores de mucha trascendencia, como el siguiente. Al tratar á la pág. 384 de la especie de manta llamada *alquicel*, cita un pasage de la *Descripcion de Africa de Marmol*, en que describiendo este trage de los berberiscos de la provincia de Heka, dice que: «su vestido mas comun son unos alquiceles, como mantas de lana, por

batanar, algo mas delgados, que traen revueltos al cuerpo,* y despues añade el autor: «el verbo *batanar* que se halla usado en este pasage, y al que muchos diccionarios españoles así antiguos como modernos por mí consultados dan una significacion que de ninguna manera le cuadra en este lugar, significa cubrirse y viene del arábigo *battana* que los árabes andaluzes parecen haber usado en dicha acepcion, como puede verse en el *Vocabulario arábigo* de Pedro de Alcalá y en el mismo Marmol (libro III, fól. 9.)» Escusado nos parece advertir que ni uno ni otro de los autores citados por el señor Dozy da al verbo *batanar* una significacion que nunca tuvo, y que tan contraria es á su etimología: *batanar* viene de *batan* que es el mazo con que se golpea y tunde en los molinos de papel, el paño y el trapo, y por consiguiente *alquiceles por batanar* son alquiceles bastos hechos de lana no sometida á la accion del batan. Esta palabra *batan* no es arábigo, sino latina de *battare* ó *battire* que en francés se dijo *battere*, en italiano *battere*, y en romance *batir*, de donde vino el llamar batihoja y batidor de oro al operario cuyo oficio consistia en triturar y adelgazar planchas de oro. *Battanderius* y *Battanderia* era el nombre del instrumento empleado en la trituration del cañamo, de donde nosotros tomamos, á no dudarlo, la voz *batan* y de esta el verbo *batanar*.

Muchas son las equivocaciones de este género que se encuentran en la citada obra de Mr. Dozy, y sobre las cuales pudiéramos llamar la atencion de los lectores; pero no cumpliendo por ahora á nuestro propósito el ocuparnos de él, pasaremos á emitir nuestro juicio acerca de la del Baron Hammer-Purgstall.

Ha reunido este escritor cuatrocientas noventa y ocho palabras castellanas, que explica en alemán y en latin y á cada una de las cuales asigna su etimología arábigo. Por de pronto hallamos en su trabajo el notable defecto ya antes indicado de no estar las voces suficientemente autorizadas con textos ó citas de los autores que las hayan usado; así es que el índice comprende no pocas tomadas de antiguos diccionarios como los de Victor, Oudin, Las Casas y otros, de las cuales bien puede decirse que dado caso que hayan existido, no tuvieron nunca la significacion que aquellos les dan. Y sino quien oyó ó leyó las palabras *ajeivo* por admiracion; *alara* por huevo; *alcorde* por sordo; *alamar* por accion ó hecho; *alwendola* por tapete ó alfombra; *almatrique* por canal de riego; *almifor* por caballo ó mula y así, á este tenor. ¿Quién nos asegura que tales palabras se han usado en nuestra lengua en la acepcion que aqui se las dá? ¿y no hubiera sido mejor y mas conveniente para todos, así para el autor como para los lectores, aducir los textos y pasages en que se hallaban? De otro modo nos exponemos á que un error tipográfico, una mala pronunciacion, ó la ligereza de un lexicógrafo nos haga dar carta de naturaleza á voces que nunca pertenecieron al caudal de nuestra lengua. Aparte de esta imperfeccion comun segun ya dijimos, á todos los que de este asunto se han ocupado, y que si bien es disculpable en escritores extranjeros, no lo es ni lo puede ser en los nacionales, el trabajo del baron Hammer nos parece muy apreciable y bastante completo, digno á todas luces de la gran reputacion con que de cincuenta años á esta parte ilustra y ensancha con sus escritos la esfera de los conocimientos orientales. No es esto decir que estemos conformes con él en todas sus etimologías; muchas hay que le disputariamos, si tuviéramos lugar para ello, como son la de «cigarro» que dice derivarse de la voz persa *dschagare*, la de «palurdo» que hace venir del arábigo *belid*, y las de *basto*, *box*, *haba*, *hito*, *matar*, y otras que siendo evidentemente latinas deriva igualmente del arábigo.

PASCUAL DE GAYANGOS.

REVISTA POLITICA.

Como ni la terquedad es nuestro númen, ni el espíritu de partido nuestro porte, nos complacemos en reconocer que la situación creada por julio de 1834 ya entrando cada vez mas en caja contra los pronósticos de los que mas bien á impulsos del interés propio, que del patrio, la creyeron de corta dura. Desde que S. M. la reina sancionó por el mes de mayo la ley de desamortización, vinieron por el suelo de súbito las esperanzas de los que imaginaban que se les volvía el poder encima, aun antes de lo que era de su agrado. Desde que se deshizo como el humo la vasta conspiración montemolinista, con la pronta derrota de los que en Aragón alzaron tan impopular bandera, ya se concibió que sus obcecados secuaces no podrian hacer pié firme ni en las cumbres de Navarra, ni en las quebradas del Maestrazgo, ni en las fragosidades de Cataluña. Aquí es donde ha ido mas allá la intentona, y sin embargo, ya solo quedan unos cuantos mas regueros de sangre desde los Pirineos hasta el cadalso, donde han sucumbido no pocos de los ilusos. Que los Tristany perseveren todavia con unos cuarenta hombres en su pais nativo, nada prueba en abono de su infeliz causa, sino de su testarudez ignominiosa ó quizá de su codicia culpable. Si con matiz un tanto democrático ha tremolado por un momento el estandarte de la rebelión dentro de la heroica Zaragoza, todos los hombres honrados, sin diversidad de opiniones, anatematizaron el alboroto, y de suerte que ha sido posible un expurgo en aquella milicia.

A todo esto las Cortes constituyentes van tocando al término de sus tareas legislativas, pues ya el código fundamental está casi formado, y falta poco para que las bases de las leyes orgánicas sean objeto de debate. Por lo que hace á los presupuestos solo tropezarán con oposicion mas ó menos fuerte en lo relativo á los medios de cubrir el déficit entre los ingresos y los gastos, contra lo

cual hay varios votos particulares, no pareciéndonos con algun fundamento si no el del señor Figuerola, firmado por otros dos compañeros suyos; pero la mayoría de la comision otorga al gobierno lo que pide, y es de esperar que las Cortes hagan lo propio, con lo que habrá recursos hasta mediar el año 1837; y un gobierno con recursos y voluntad de que sin menoscabo de las libertades públicas, prepondere el orden en pais como España tan necesitado de respiro, tiene muchos elementos de vida. Nosotros lo podemos aseverar así con lisura, no depuestos de ningun cargo por la revolucion de julio, no ascendidos á ninguna categoría de resultas de ella, no ambicionando que ninguna otra situacion haga el menor caso de nosotros, y atentos únicamente y ganosos de la prosperidad patria, llámese como quiera el que la dé impulso.

Bajo este aspecto aplaudimos sinceramente un buen libro del conocido publicista don Andrés Borrego *sobre los partidos en España*, publicado á principios del mes de noviembre. Sobre la parte doctrinal es posible en nuestro dictámen que se le impugne y quizá en algunos pasages con ventaja; mas las apreciaciones históricas están hechas de mano maestra. Que el partido llamado monárquico constitucional profesaba principios muy populares en toda España el año de 1837, lo prueba de una manera luminosa, expresando que con elementos progresistas en todas partes vencieron legal y noblemente en la lucha electoral los que se honraban de pertenecer á aquel partido. De imprudente lo califica por haber promovido la cuestion de haber de ser propuestos los alcaldes en terna para que la corona designara á quien debiera servir el cargo. No aprueba que la coalicion de 1843 tuviera el fin que tuvo: haciendo plena justicia á la alta suficiencia del general Narvaez, censura con severidad que, el partido monárquico constitucional se le entregara en cuerpo y alma, cambiando así sus principios por un hombre; y consigna atinadamente el hecho, de que derribado por el señor Bravo Murillo el duque de Valencia, perdió el partido monárquico constitucional el hombre por el cual habia trocado sus principios, quedándose de resultas sin nada; todo lo cual explica muy de sobra los acontecimientos posteriores. Por supuesto que el señor Borrego sigue abogando por la union liberal, aunque hasta ahora haya tenido mala fortuna.

Nosotros fiamos en que ha de triunfar un día ú otro. Desde luego puede tener por ancha base el trono constitucional de la reina doña Isabel II, acatado hasta por los demócratas, segun declaracion del señor Rivero, uno de sus mas fuertes adalides, desde que las Cortes lo pusieron en discusion hace un año, y lo reconocieron por inmensa mayoría de votos. Nosotros nos permitimos creer que con la votacion y sin la votacion de las Cortes, la monarquia no corre ningun peligro en España, y que si la reina doña Isabel II hubiera sido vencida en las Cortes, se alzara en masa la nacion para sacarla vencedora; pero algun desahogo se ha de conceder á los que bajo el título de demócratas ocultan mas ó menos la inclinacion republicana.

Y ya que hablamos de demócratas y de desahogo, no es posible guardar silencio sobre lo acaecido el sábado primero de diciembre en las Cortes. Con insinuar que hizo una interpelacion el marqués de Albaida y que fué sobre los sucesos de Zaragoza, ya hay predisposicion del espíritu á esperar escándalos deplorables. Pero de Zaragoza dijo poco ó nada, pues la interpelacion no sirvió sino de pretexto para dirigir al general O'donnell un ataque personalísimo, brusco en la forma, inmotivado en la sustancia, y no continuamos las calificaciones por que involuntariamente nos apartaríamos de la templanza. A la verdad es muy árduo perseverar en ella tratándose del señor Orense, que animado de excelente intencion sin duda, dice y hace como si no se propusiera otro objeto que la ruina final de España. Contra el general O'donnell descargó su furia, llegan-

do hasta aseverar que para continuar de ministro se había agarrado á los faldones de la casaca del general Espartero. No queremos aventurar ninguna especie sobre lo que se propuso el marqués de Albaida, por mas que entendamos que designó con claridad bastante el sucesor que deseaba para el señor conde de Lucena.

Este, vigoroso en el raciocinio, templado en el tono, pulverizó cuanto había dicho el señor Orense: con rebajar un poco el estilo podemos expresar el efecto de su discurso, significando que le dió una carrera de baquetas. Sin linage alguno de duda patentizó su fidelidad al programa de Manzanares: hizo justos elogios del señor duque de la Victoria, manifestando que estaban unidos, no por que el uno se agarrara de los faldones de la casaca del otro, sino por que los dos se estrechaban las manos resueltísimos á combatir á todos los enemigos de la libertad española. Otros demócratas metieron tambien su cuarto á espadas y quedaron no menos mal trecho que su caudillo.

Pero al cabo el ataque al general O'donnell se había dado impunemente, y aunque las Cortes resolvieran pasar á otro asunto, quedaba el ministro de la Guerra amenazado para el lunes con una proposicion de censura, anunciada por el señor Orense. Hábil, oportuna y muy justamente el señor Ulloa presentó una proposicion con otros señores diputados, pidiendo que declararan las Cortes como el general merecia su entera confianza. Aquí fué lo de poner los demócratas el grito en el cielo, y escasos como son en número desobedecer al presidente y provocar una especie de tumulto, y exacerbar los ánimos hasta de los mas pacíficos discutidores, de diputados que peinan canas, y á quienes hace mucho tiempo que tributan justa veneracion los que desinteresadamente observan y juzgan la marcha política seguida ya hace años en nuestra patria. Motivo hay para creer que unos cuantos demócratas, no todos los que pertenecen á las Cortes constituyentes, entre los cuales hay alguno de muy buen seso, propendian á poner al presidente, á fuerza de vocerío, en el caso extremo de calarse el sombrero y de dar aquella sesion por terminada, neutralizándose de esta suerte el efecto que necesariamente había de producir la proposicion del señor Ulloa. Nada consiguieron sino que al fin se les impusiera silencio, y que la proposicion de confianza en el conde de Lucena se tomara en consideracion por 106 votos contra 6, que fueron los señores Orense, Ruiz Pons, García Ruiz, Figueras, García Lopez y Uzuriaga. Ya sabemos que mas que el número, vale sin duda la razon, pero aunque no tuviéramos noticia alguna del debate, solo con leer muchos nombres de los que figuran entre los 106 votos y parangonarlos con los susodichos, nos bastaría para afirmar que la razon estaba de parte de aquellos.

Y cuenta que en nada de lo escrito entendernos hablar con lo que se llama legitimamente democracia: si está de Dios, ella se hará paso en el mundo; mas para hacer pie, se habrá de despojar de los instintos turbulentos, de las doctrinas disolventes con que asoma por el horizonte de nuestra patria; se presentará con plan fijo y tal, que á los ciudadanos pacíficos y laboriosos no inspire zozobra ni sobresalto: traerá mas vastas miras que las de poner al nivel de las Provincias Vascongadas los antiguos reinos de Aragon y Castilla. Ignoramos lo que sucederá en Europa; mas lo que es en España hay afortunadamente trono y liberalismo para muy largo tiempo.

Aun cuando la institucion monárquica no tuviera en nuestro pais tan profundas raices, de seguro adquiririan consistencia bajo el cetro de la reina doña Isabel II, cuyo magnánimo corazon tiene toda la amplitud que requiere la felicidad de los españoles. Nada mas grande que ver á esa augusta señora presidir el acto solemne de apertura de la Universidad central de España, complacién-

dose en acercarse á las fuentes de la sabiduría y soltar sus benéficos y fecundos raudales, y galardonar con su propia mano á los alumnos mas sobresalientes en el estudio. ¿Cuándo olvidarán los que merecieron tal honra el día en que la recibieron de su reina ante un lucido y numeroso concurso? ¡Ah, jamas se apartará de su mente! Impresiones supremas son esas que se arraigan en todo corazón noble, que estimulan á superar las dificultades de una larga carrera y que sirven como de talisman para hacer frente á los contratiempos de la vida. Nada mas patético que ver á esa misma Señora atribulada por haber atropellado el jefe de su escolta, sin poderlo evitar de ninguna manera, á una pobre muger que por dar á la Reina un memorial en mano propia, se metió indiscretísimamente entre los pies de los caballos, y no contenta con hacer que la metieran en el coche de respeto y la condujeran á su hogar humilde, ir en persona allí con su augusto esposo y su primer médico de cámara á consolarla en su mismo lecho y á dejarla una esplendente muestra de la generosidad de su alma. No mas que buenos consejeros ha menester la Reina doña Isabel II para alcanzar que España florezca y prospere á buen paso.

Mas si teniendo en el trono á tan ilustre reina es imposible abrigar temores por la monarquía, tan amada en're los españoles; tampoco la naturaleza de la época ni el camino andado permiten el restablecimiento de lo antiguo, fantasma al cual tienden en ademan suplicante los brazos, unos porque echan de menos las ollas de Egipto, otros porque se amilanan ante cualquier ruido que altera su reposo, y otros porque sin exámen ninguno consideran mejor cualquiera de los tiempos pasados. Lo ha dicho uno de los hombres mas eminentes de Europa: quienes tal desean y procuran *ni tienen razon, ni aunque la tuvieran les valdria*; y Mr. Guizot, á quien pertenece esta idea, no es de los que pueden ser tachados de buscar ganancia entre las revueltas. Ciertó es, que la mano de hierro del absolutismo corta el vuelo de ilegítimas ambiciones y al par comprime las manifestaciones de la opinion pública mas pronunciada; cierto es que bajo el sistema liberal no reina la paz de los sepulcros, y que á veces resuenan voces de tumulto en calles y plazas, ó de subversion en la imprenta, ó de escándalo en la tribuna. Pero ademas de que el liberalismo no presume de restaurador del paraíso terrenal en el mundo, por boca de otro varon eminente y español de cuna, podemos decir muy de plano: «El estado de libertad, es un estado continuo de vigilancia y frecuentemente de combate. Así sus adversarios, considerando aisladamente la agitacion de las pasiones y el conflicto de los partidos que acompañan á la libertad, dicen que no es otra cosa que una arena sangrienta de gladiadores encarnizados. Este espectáculo á la verdad no es agradable; pero hay otro mucho mas repugnante todavia, y es el de Polifemo en su cueva devorando uno tras otros á los compañeros de Ulises.» Con los ochenta años frisaba ya don Manuel José Quintana, cuando escribia estas líneas de oro.

Recientemente se ha expresado en igual sentido otro escritor de justo renombre: llámase Mr. Thiers, ha escrito en Francia sobre Napoleon el Grande y bajo el imperio de su sobrino, con cuyas advertencias á nadie se puede ocultar la grave importancia de lo que transcribimos en esta forma. «Acerca del genio de Napoleon ante la historia no hay cuestion posible; pero entiendo que si la hay en punto á la libertad que se le dejó de quererlo y hacerlo todo. Tal convicción mia data, no de 1855, ni de 1852 sino del día en que empecé á pensar. Poder todo lo que uno es capaz de querer es, en mi sentir, la mayor desventura. Los jueces que ven en Napoleon un hombre de genio, no lo ven todo: conviene ademas reconocerle como uno de los espíritus mas sensatos que han existido y desembocando á pesar de todo en la política mas insensata. Todo lo

»puede el despotismo sobre los hombres cuando alcanzó á pervertir en Napo-
 »leon el buen seso... Conozco todos los peligros de la libertad, y lo que es peor
 »aun, sus miserias. ¿Y quién los conoceria, ignorándolos aquellos que han pro-
 »curado fundarla sin salir airosos? Pero hay cosa peor todavía, y es dejar la fa-
 »cultad de hacerlo todo al mejor y aun al mas cuerdo de los hombres. Frecuen-
 »temente se repite que la libertad estorba hacer esto ó lo otro, erigir tal
 »monumento, ó ejercer tal accion sobre el mundo. Profundísimas reflexiones me
 »han llevado á pensar que si los gobiernos han menester á veces ser estimulados
 »es mas comun que necesiten ser contenidos, que si degeneran en la inaccion á
 »veces, con mas frecuencia propenden á emprenderlo todo en materias de poli-
 »tica, de guerra, de gastos, y que nunca será un mal que se les ponga alguna
 »traba. Verdad es que se añade: Pero á esa libertad, encargada de contener
 »el poder de uno solo ¿quién la contiene? Respondo sin titubear que todos. Sé
 »perfectamente que ocurre que un pais se estravie, y lo he visto con mis propios
 »ojos; pero se estravia con menos frecuencia y no tan del todo como un solo
 »hombre?»

No pertenecemos á la escuela antigua de aquellos que ante la fórmula sabi-
 da de *el maestro lo dijo*, cerraban al exámen toda puerta, y anulaban comple-
 tamente el propio discurso; y se nos alcanza muy bien que el argumento de
 autoridad no convence solo por serlo, sino á proporcion de la razon en que se
 funda; pero despues de reflexionada, nos parece tan obvia la que asiste á los
 tres autores citados, que no son sino intérpretes fieles del espíritu de la época
 en que vivimos, que no hay mas arbitrio que el de acatarla. Y acatándola ha-
 cémosla nuestra, y si por desgracia nos equivocáramos pensando de este modo,
 á la hora del desengaño siempre nos quedaria el grande consuelo de habernos
 perdido en excelente compañía.

Donde quiera que se vuelvan los ojos, se hallan testimonios para afirmar-
 se mas y mas en tal creencia, y el mas culminante de todos es el de cuanto se
 relaciona con la gigantesca guerra de Oriente. Allí los aliados, señores de la
 disputada Sebastópolis, ensanchan mas cada dia el campo de sus operaciones,
 mientras los rusos llevan trazas de alejarse de Kars, ante cuyos muros se han
 estrellado sus esfuerzos una vez y otra. Mientras el czar Alejandro recorre va-
 rios puntos amenazados mas ó menos de cerca por las potencias occidentales,
 sin que se noten muestras de que reanima los espíritus é infunde verdadero en-
 tusiasmo, puesto que sus huestes no se lanzan á empresa osada, y antes bien
 perseveran en una laboriosísima defensiva: el rey de Cerdeña, Victor Manuel, en
 quien se cifran las mejores esperanzas de Italia, visita las córtes de sus podero-
 sos aliados, y recibe en universales aclamaciones el galardón mas puro que
 Dios concede en esta vida á los monarcas que rigen las naciones á tenor de las
 necesidades de su tiempo; y el general Canrobert, afamado por sus recientes
 operaciones en la peninsula de Crimea, es brillantemente acogido por los sobe-
 ranos de Suecia y de Dinamarca.

No podemos seguir siendo todos los meses cronistas entusiastas de los gran-
 des hechos que se están cumpliendo á nuestra vista; y así, como si leyéramos en
 lo venidero, nos limitamos á decir por conclusion de nuestras actuales tareas,
 que no se puede dudar del triunfo de las potencias occidentales sobre la Rusia,
 que por final desenlace se variará no poco el mapa de Europa, y que lo ganará
 de resultas la libertad de todo el mundo.

F.

DESPEDIDA.

Mucho nos allige decirlo, y todavía mas no poder obrar de otro modo; pero con este número termina por ahora la publicacion de la *Revista española de ambos mundos*. Cuando la comenzamos há dos años la predijimos larga vida, fundando los cálculos en nuestra voluntad y en la cooperacion de los suscritores: firme se ha mantenido la primera; nos ha faltado la segunda, y vinieron al fin por el suelo nuestras risueñas esperanzas. Al principio mostrósenos propicia la suerte; así en España como en las regiones ultramarinas, que fueron suyas, galardonaron nuestros esfuerzos los amantes de la literatura y de las artes, y era nuestra *Revista*, en la periodística esfera, como nave gallarda suavemente impulsada por el viento en mar tranquilo y siempre á rumbo. Poco llevaba de existencia, cuando semejóse mas bien á bagel azotado por los temporales y próximo á estrellarse en las rocas, hasta que finalmente es trasunto del que naufraga á pesar de la energia de los pilotos.

Muy distantes nos vemos de juzgarla con este dato; pero la revolucion de julio fué la que, atravesándonos de por medio, nos hizo desmayar por sus inmediatas resultas concernientes á la publicacion en que nos habíamos empeñado, no como especulacion de lucro, sino por des-

interesado amor á las letras. Verificándose en nuestro país que todo movimiento político trae consigo el relevo casi absoluto de la sociedad oficial española, cuyos individuos en mucha parte viven con cierta holgura cuando están en servicio activo y vienen á grande estrechez de cesantes, todos ó casi todos los suscritores de nuestra *Revista* que se hallaban en este caso han dejado de serlo, sin haberles sustituido en proporcion grande ni pequeña los que han pasado al activo servicio desde la cesantía. Ni es de extrañar que así suceda, y no por la vulgaridad de si tal ó cual partido es mas ó menos literato ó iliterato que el otro, sino porque agitadas las pasiones de una manera extraordinaria, fogosos los ánimos de los que hacen ó pretenden hacer figura, puestas á la órden del día todas las cuestiones, no es menester averiguar qué denominacion tienen los vencedores ni cuál es la de los vencidos; con solo existir el hecho basta para tener por seguro que la política lo absorbe todo y que por muy bajo quedan las pacíficas discusiones y las fructuosas enseñanzas de las ciencias, de las letras y de las artes.

No hay mas que tomar los tiempos segun vienen, con serenidad de espíritu, mientras duran las tempestades, alimentados por la esperanza racionalisima de que no son perpetuas, y de que antes bien las suceden las calmas. Lectores tuvimos ayer muchos, hoy tenemos pocos, mañana quizá tendrémolos mas numerosos y constantes que nunca. Ademas, si el país lo ganare, ¿qué importa que nuestra *Revista* lo pierda?

Tampoco debemos atribuir totalmente al trastorno político reciente la decadencia de nuestra publicacion mensual y su final ruina; hánla trabajado tambien mucho los efectos de la mortifera epidemia que ha infectado todas nuestras provincias, y puesto en movimiento de peregrinacion y de fuga á los pudientes y aun á los no tan acomodados, que dispersos aquí y allá y sin hacer en parte alguna pié firme, no se cuidaron (é hicieron perfectamente) mas que de sofocar su miedo enorme, poniendo tierra entre sus personas y el terrible huésped del Asia, con el laudable fin de salvar la vida. Unos ni aun así lo consiguieron por su desgracia, y en su huida al azar hallaron abierta la tumba; otros salvaron por bien de ellos; mas de retorno á sus hogares, con las glorias se les olvidan las memorias, y no renuevan sus suscripciones.

¿A qué aglomerar ya mas datos? Sin fingimientos, ni artificios que son de costumbre en trances como el que hoy nos aflige, con toda lisura declaramos que nuestra *Revista* perece por lo que el árbol falto de jugo. Nos sonrojára esta confesion pública sobremanera si fuéramos cómplices de su muerte; pero ninguna otra culpa nos toca sino la de haber-

la dado existencia. En cuanto á si procuramos que fuera lozana, impresos están los cuatro tomos de que consta para testificarlo por siempre. Apenas hay firma de crédito en nuestra patria que no dé á sus páginas lustre; y esta coyuntura, aunque triste, no es para desperdiciada, como lo fuera sino consignáramos aqui el agradecimiento por la cooperacion que nos han prestado todos aquellos á quienes hemos acudido, sirviéndonos de guía su legítimo y bien conquistado renombre. Nos consuela poder afirmar que ninguna puerta hallamos cerrada. Cuantos nos podian auxiliar con su ingenio, nos lo brindaron á porfia: no encontramos sordos, sino á los que solo con un desembolso insignificante cada año hubieran bastado á sostener un periódico de literatura, ciencias y artes, bien acogido ya por las corporaciones sabias de Europa, y que perfeccionado de dia en dia, á lo cual hubiéramos dedicado todos sus rendimientos, aunque fueran muy abundantes, hubiera sido constante muestra de que son llegados para España los tiempos de no economizar fatiga hasta incorporarnos en la senda de la civilizacion y el progreso bien entendido con las naciones que marchan al frente del saber humano.

Nuestras ilusiones están marchitas; pero su raiz no se ha estirpado de la mente: acaso reverdecerán mas pomposas: entre tanto sepan que son partícipes de nuestro reconocimiento los suscritores perseverantes, que reciben hoy de improviso, y sintiéndola como nosotros sin duda, la infausta nueva de que nuestro periódico *de literatura española y extranjera, historia, ciencias, filosofía, viages, industria, etc.*, pertenece ya al número de los finados.

ÍNDICE.

- Don Pedro de Castilla, ps. 5, 129 y 257.
Estudios críticos sobre la Jerusalem libertada del Tasso, ps. 26 y 418.
Un paseo á las ruinas de Herculano y de Pompeya, p. 44.
El Príncipe de Maquiavelo.—Cesar Borgia ó la Romaña en 1502, ps. 63, 199, 334, 440, 570 y 686.
Revista política, ps. 110, 240, 374, 488, 617 y 758.
Crónica literaria, ps. 125 y 755.
Exposición universal de París de 1855, ps. 149, 312, 556 y 740.
Historiadores primitivos de América, ps. 159 y 276.
Sobre los cantos de Leopardi, p. 178.
El Manzano y el Castaño, poesía, p. 238.
Análisis sintético del dibujo, considerado bajo todos sus aspectos y relaciones, p. 295.
Historia general del Brasil, p. 377.
La revolución hispano americana, p. 397.
Filosofía alemana.—Kant-Fichte-Schelling y Hegel, p. 472.

- La Luna y los Vapores.—El Arroyo, poesías, ps. 484 y 485.
 La novela y los novelistas en Italia, p. 497.
 Los caballeros de San Juan de Jerusalem, p. 539.
 Achaques de la vejez, poesía, p. 613.
 Carácter de la monarquía visigoda, p. 625.
 Bibliografía, p. 656.
 Historia de la literatura española, por M. G. Ticknor, p. 667.

INDICE

El libro de la vida, p. 102 y 103.
 La novela y los novelistas en Italia, p. 497.
 Los caballeros de San Juan de Jerusalem, p. 539.
 Achaques de la vejez, poesía, p. 613.
 Carácter de la monarquía visigoda, p. 625.
 Bibliografía, p. 656.
 Historia de la literatura española, por M. G. Ticknor, p. 667.

NOVISIMO AÑO CRISTIANO,

POR D. RAMON MUÑOZ Y ANDRADE.

DE LA MILITAR ORDEN DE ALCANTARA, CAPELLAN DE HONOR HONORARIO DE S. M., ANTIGUO PARROCO CANONIGO DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE LEON, ETC. ETC.

13 VOLUMENES EN 3.º

EDICION DE LUJO CON 120 LAMINAS LITOGRAFIADAS APARTE DEL TESTO.

La mayor parte de las ediciones de los años cristianos publicadas, apenas contienen de seiscientos á ochocientos santos. Nosotros en la redaccion del **NOVISIMO AÑO CRISTIANO**, hacemos mencion no solo de los santos contenidos en el Martirologio romano, sino de otros muchos que la tradicion hace venerar en los pueblos, y que los traen en sus obras autores de nota, pudiendo asegurar que pasan de **CUATRO MIL** los nombres de los santos cuyas biografías entran en nuestro **NOVISIMO AÑO CRISTIANO**.

El plan que nos hemos propuesto en su redaccion es el siguiente: escribir la historia del santo principal del dia. Dar una noticia de los demas santos que mencionan la Iglesia y los Santos Padres. La epístola y el Evangelio del dia en castellano. Unas ligerísimas reflexiones sobre el Evangelio ó virtudes del santo, condensando en ellas la doctrina mas pura del catolicismo. Las efemérides religiosas del dia.

Todo esto podrá ser muy bien leído cada dia en un cuarto de hora, y asi las gentes de grandes ocupaciones ó consagradas al trabajo, podrán sin fatiga y pérdida de tiempo dedicarse á esta piadosa lectura.

La division natural de nuestro **NOVISIMO AÑO CRISTIANO**, es la de meses, asi que constará de doce tomos de á 400 páginas, llevando cada uno diez estampas perfectamente litografiadas de los santos mas notables del mes, y que vendrán á formar al año una galería religiosa.

Al final de cada tomo ponemos tambien las novenas de los santos de mas general devocion, como San José, San Antonio, San Roque y otros.

Ademas cada tomo lleva un índice de los santos mencionados en él. La reunion de estos índices viene á ser un *Diccionario* completo de todos los bienaventurados que venera la Iglesia en los altares.

Las fiestas movibles, como son las de la Cuaresma, Semana Santa, Pascuas de Resurreccion y de Pentecostés, Ascension, el Corpus y la Santísima Trinidad forman un tomo por separado, que puede al mismo tiempo servir de una Semana Santa meditada, cuya lectura es muy propia para esos dias que ha consagrado la Iglesia al dolor y al recogimiento.

Precio 12 rs. cada tomo suelto, y 144 toda la obra encuadernada á la rústica.

DICCIONARIO DE ARTES Y MANUFACTURAS.

AGRICULTURA, MINAS, ETC.

DESCRIPCION DE TODOS LOS PROCEDIMIENTOS INDUSTRIALES Y FABRILES.

EDICION ESPAÑOLA

* PUBLICADA POR DON FRANCISCO DE P. MELLADO.

refundida y acomodada al alcance de todos con arreglo al plan ordenado para la segunda edicion francesa

POR M. CH. LABOULAYE.

OBRA ILUSTRADA CON 3,000 GRABADOS INTERCALADOS EN EL TESTO PARA
INTELIGENCIA DE LOS APARATOS Y MAQUINAS INDUSTRIALES.

CUATRO VOLUMENES EN GRAN 4.º

Las exposiciones universales de Lóndres y París han puesto á la vista del público los productos industriales de las naciones mas adelantadas; la obra que anunciamos es una esposicion universal de los procedimientos para obtener esos productos: quizá sea mas provechosa que aquellas, contribuyendo al progreso de las artes en nuestro pais. En nuestra edicion hemos suprimido todo lo supérfluo, pero en cambio añadimos todo lo necesario para los españoles. Nuestras especiales industrias asi como nuestros buenos procedimientos ocupan su debido lugar, teniendo en cuenta, al traducir los métodos estrangeros, las modificaciones que exigen nuestro clima, nuestro suelo, nuestros hábitos y nuestras latitudes geográficas, asi como las de aquellos paises donde se habla el idioma castellano; con ese objeto, hemos refundido y arreglado las fórmulas y tablas de aplicacion especial relativas al péndulo, á la gravedad, á la caida de los cuerpos, etc. Esperamos que nuestros esfuerzos serán secundados, no solo por la poblacion industrial y agrícola de España y América, sino por todas aquellas personas interesadas en el adelanto de la civilizacion de su patria y que por su posicion pueden fomentar la produccion é introducir los buenos métodos dando consejos á las clases laboriosas.

Se han remitido á todos los señores corresponsales de la Península y de Ultramar ejemplares del cuadro metódico de las materias que contiene esta importante obra para que puedan juzgar de su mérito los que quieran adquirirla.

Precio 40 rs. el volúmen, ó sea 160 rs. toda la obra á la rústica.